EL ÚLTIMO CAPÍTULO

EN EL LIBRO DE LO ETERNO

José Gómez Muñoz, Granada, España

riodauro@gmail.com



Colección de relatos cortos, 450 palabras aproximadamente cada uno, escritos en la etapa de la covid19. Algunos de estos relatos en videos en Youtube:

https://www.youtube.com/playlist?list=PLxqZgAlY5YV0-7kZHQr9F_vvCt-dn4EVu

¿POR QUÉ?

¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo? ¿A dónde se han ido, se van o se irán cada una de las personas que en estos días y otros, murieron, mueren o morirán? ¿Por qué no se detiene el tiempo y deja para siempre en presente la realidad de cada persona, ser vivo, paisaje, flor, puestas de sol, momentos de lluvia, ríos o arroyuelos? ¿Por qué pasan, mueren y se desvanece en el tiempo tantas y tantas cosas bellas, sueños de las personas, sonrisas de niños, cantos y vuelos de los pájaros, música del viento en los bosques, prados floridos, nubes y amaneceres frescos?

¿Por qué lo que es hermoso y llena de hondo gozo el alma y corazón, irremisiblemente se lo lleva el tiempo y para qué y a dónde? ¿Por qué la vida, esencias, música de la naturaleza, misterios de atardeceres y cálidos rayos de sol, nacen y se renuevan a cada instante empujando para que desaparezca todo lo que es viejo? ¿Por qué todo es nacer y morir y nadie ni nada parece quedar eterno?

¿POR QUÉ?

¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo? ¿A dónde se han ido, se van o se irán cada una de las personas que en estos días y otros, murieron, mueren o morirán? ¿Por qué no se detiene el tiempo y deja para siempre en presente la realidad de cada persona, ser vivo, paisaje, flor, puestas de sol, momentos de lluvia, ríos o arroyuelos? ¿Por qué pasan, mueren y se desvanece en el tiempo tantas y tantas cosas bellas, sueños de las personas, sonrisas de niños, cantos y vuelos de los pájaros, música del viento en los bosques, prados floridos, nubes y amaneceres frescos? ¿Por qué lo que es hermoso y llena de hondo gozo el alma y corazón, irremisiblemente se lo lleva el tiempo y para qué y a dónde? ¿Por qué la vida, esencias, música de la naturaleza, misterios de atardeceres y cálidos rayos de sol, nacen y se renuevan a cada instante empujando para que desaparezca todo lo que es viejo? ¿Por qué todo es nacer y morir y nadie ni nada parece quedar eterno?

Índice:

EL ÚLTIMO CAPÍTULO EN EL LIBRO DE LO ETERNO

Colección de relatos cortos, 450 palabras aproximadamente cada uno, escritos en la etapa del covid19 // ¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo?

2 de enero 2021 -296
52- LA NIÑA DEL PASEO DE LOS TRISTES

10 de abril 2020 -25

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

Desde mi balcón pequeño, en sueño lo he visto. Caminando cabizbajo por la solitaria calle. Las autoridades lo han parado y le han preguntado:
- Está prohibido salir de casa. Todo el mundo se encuentra cofinanciado. ¿Tú, a dónde vas?
- Solo me quedan unas monedas en el bolsillo. Voy a comprar unas patatas para asarlas y después…
- Puedes seguir pero ten cuidado de no contaminar ni contaminarte y vuelve pronto a tu casa.

Lo he visto entrar en la última tienda de la calle, ha comprobado las patatas y luego ha salido. Ha caminado lento por la calle solitaria y, al poco, ha dejado atrás a la ciudad, sumida en su silencio y algo de niebla. Bajo su brazo porta una carpeta con papeles. Desde la distancia y en mi sueño, le he preguntado:
- ¿Qué son los papeles que llevas ahí?
- Es la pequeña novela que estoy escribiendo. Solo me queda el último capítulo, el más corto.
- ¿Y qué cuentas en esta pequeña novela tuya?

- ¿A caso eres tú el único que no sabe lo que en todo el mundo está ocurriendo en estos días? Las personas enferman en masa y a chorros mueren. De ningún modo es posible contar esto pero yo lo intento en esta pequeña novela mía.
- ¿Y después?

No ha contestado a esta última pregunta mía. Ha seguido caminando y al llegar a ladera, continúa remontando. Busca la fuentecilla que brota cerca de unas rocas bebe un trago de agua, recoge ramas secas y les prende fuego. En las brasas pone las patatas y mientras espera que se asen, abre la carpeta con los papeles y se prepara para escribir el último capítulo. El más corto de los cuatro capítulos de su pequeña novela. A los lejos se ve la cuidad sumida en un silencio profundo y como dormida. Al levante, se elevan las altas montañas y por el lado de abajo, entre las zarzas y tarayes, se oyen cantos de mirlos y ruiseñores. El cielo es azul y parece como si lo arropara.

24 de marzo 2020 -8

CAMINANDO HACIA…

El río se estira como dormido, a lo ancho y largo de pequeño valle. Escondidas sus aguas entre los juncos, juncias y tarayes y deslizándose silencioso, como escondido, hacia el lado de la tarde. Desde el valle, desde las mismas aguas en la parte media de este cauce, arranca el camino. Ancho y resto como si fuera a algún lugar importante y tapizado a los lados y en el mismo firme de camino en varios trozos, por alfombras de hierba verde y fresca. Por aquí, por este camino y surcando el valle hacia donde el camino lleve, me he visto esta noche.

Me acompaña una persona que no conozco. Me da confianza y siento que es mayor que yo hasta en su estatura. Yo me noto pequeño, todavía de corta edad. Por eso creo que necesito la presencia de esta persona y por eso creo que confío en ella. Habla y cuenta cosas que apenas comprendo. Pero me gusta lo que oigo, el tono de su voz, la confianza que transmite y la fuerza que me deja intuir. Para remontar una elevación del terreno, el camino gira a la izquierda en un ángulo totalmente rectangular. Nos venimos para este lado y enseguida a la derecha veo el pequeño bosque de árboles muy verdes. Álamos, acacias y algunas encinas. Al frente se empieza a ver un edificio grande por completo elevado sobre el terreno, en silencio y recortado en el azul del cielo. Le pregunto al que camina conmigo:
- ¿Qué es ese edificio?
- Fue un gran edificio lleno de niños, jóvenes y personas mayores no hace mucho.
- ¿Por qué dices fue?
- La epidemia que surgió en un país lejano y se extendió por todos los territorios del planeta Tierra, yo llego para siempre a todas las personas que en este edificio hacían vida.
- ¿Y cuándo fue eso?

El que camina a mi lado no responde a esta pregunta. Siento confianza y me noto protegido pero en mi corazón se rebulle como un desconocido remolino de miedo.

30 de marzo 2020 -14

ESTA NOCHE me he visto en mi pequeño balcón frente a Granada. Es un trozo de terreno dentro del espacio donde vivo y que mira a Granada, a la Vega y puesta del sol. La ciudad estaba por completo en silencio y como dormida. En el mismo centro de este espacio de terreno veo a un joven. Tiene delante de él una especie de ordenador y una gran pantalla frente a la ciudad. Me acerco y le pregunto:
- ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?
Sin mirar me responde:

- No me conoces y lo que hago aquí es intentar conectar para transmitir en directo con el corazón del Universo.
- ¿Quieres hablar con alguien?
- Quiero hablar con el que existe más allá de las nubes, de las estrellas y de los confines del Universo. Tengo necesidad de preguntarle por lo que ahora mismo le está ocurriendo a todos los humanos del planeta Tierra y por qué sucede esto.

No le he preguntado más. Por el pequeño trozo del terreno del balcón frente a la ciudad, me muevo despacio mientras observo. Aquí mismo hay un limonero cargado de limones amarillos, cantan por entre los árboles del jardín muchos mirlos, palomas y currucas y las nubes se cuelgan en el cielo. Han bajado las temperaturas y corre un poco de viento. La ciudad sigue sumida en su silencio y como en una lejanía inabarcable. Todos llevamos ya quince días sin salir de casa y esperamos.

26 de abril 2020 -41

LA MÚSICA

Ayer llovió a lo largo de todo el día. Las flores, hierba y plantas por el jardín, se decoraron con muchas gotitas transparentes de agua clara. Realmente parecía un día de primavera. La ciudad se veía todas silenciosa y casi sin ninguna contaminación en la atmósfera. Hoy se abre el día todo cerrado en niebla, parece que pudiera llover algo y todo cuánto rodea, muestra por doquier la primavera.

En el espacio del balcón pequeño que mira a la ciudad desde cierta distancia, lo he vuelto a ver esta noche en mi sueño. Con un altavoz bluetooth puesto sobre el banco y mirando a la ciudad y con un móvil en sus manos. Desde mi mundo invisible lo he observado y, al poco, he oído la música. Notas matizadas de piano desgranando una muy delicada melodía con un fondo de coros. Me he acercado y le he preguntado:
- ¿Qué es este experimento?
Y sin más, me ha dicho:
- Una amiga mía pequeña que quiero mucho, descansa en la cama en una de las habitaciones en esas casas que estamos viendo. Ayer intérprete y grabé para ella este tema musical. No puedo ir a verla para regalárselo directamente pero sí quiero que lo oiga desde aquí y así el mal que la tortura, se vaya y la deje libre. Es muy hermosa y quiero mucho a esta amiga mía.

No le he preguntado más. Me he retirado de él mientras a mis oídos llega la melodía de la hermosa música que, desde la distancia y por el aire, se expande hacia la ciudad de Granada. La niebla, silenciosamente tapa muchas de las casas de esta ciudad, calles y plazas. Por el jardín que hay cerca del balcón pequeño, cantan los mirlos, las currucas y las palomas torcaces. Para estas aves y las plantas, la primavera revienta y se desarrolla con la misma fuerza y belleza que otros años. Como ajena, como si no supiera nada de la preocupación y tragedia que en estos días se extiende por todos los rincones del Planeta Tierra.

15 de abril 2020 -30

FRENTE A LAS ESTRELLAS

Vivía en la última casa del pueblo. Al final de una calle larga y donde, solo unos metros más delante de su casa, ya todo era campo. Dos grandes eucaliptos crecían delante de su casa, una acacia y, por el lado izquierdo, higueras y almendros junto al arroyo. Era joven, tenía muchos amigos y poseía un humilde coche que compartía con muchas personas. Sobre todo, con amigos más o menos de su misma edad. Todas las personas del pueblo lo conocían y lo respetaban porque siempre se comportaba con sencillez y educación.

En mi sueño lo he visto esta noche. Dos jóvenes amigos suyos, se han acercado a su casa, lo han saludado y le han dicho:
- Nos gustaría que nos llevaras a ese lugar de la montaña que a ti tanto te gusta. Podríamos montar allí nuestras tiendas y quedarnos a vivir durante un tiempo mientras pasa estos encierros que cada uno tenemos en nuestras casas.
Y él le ha dicho a sus amigos:
- Nos vamos a ese lugar de la montaña ahora mismo. Preparad vuestras tiendas, sacos de dormir y comida.
- Ya lo tenemos todo preparado. Partimos cuando tú quieras.

En un abrir y cerrar de ojos, acomodaron todo en el humilde coche y, media hora más tarde, salían del pueblo. Hora y media después, llegaron al lugar especial en la montaña y los amigos enseguida se pusieron a montar sus tiendas. Prepararon sus sacos, hicieron una lumbre y se disponía a preparar algo para comer. Caía la tarde y el sol se iba durmiendo al fondo, muy lejos sobre el horizonte. De pronto, los amigos se dieron cuenta de algo y por eso le dijeron:
- Vemos que tú no has traído tienda ni saco de dormir ni ropa ni alimentos. ¿Es que te vuelves a tu casa en el pueblo?
Y sin más, sentado cerca de los amigos en todo lo alto de la loma, frente al río y al embalse de aguas azules, les dijo:
- No me voy a volver a mi casa en el pueblo. Quiero quedarme aquí con vosotros todo el tiempo.
- ¿Pero si no tienes tienda mi saco de dormir ni alimentos?
- Voy a dormir al aire libre, frente a las estrellas. No necesitaré más casa ni tienda ni alimento. Presiento que ya ninguna otra cosa voy a tener ni necesitaré en este suelo. Presiento y quiero el abrazo que supera a todos los abrazos en todos los tiempos entre los humanos.

17 de abril 2020 -32

EL AGUA MILAGROSA

La aldea, diez o doce casas muy humildes, se alza en un lugar muy bello. Cerca de dos o tres pequeñas lagunas, rodeada de un denso bosque de pinos, robles y encinas, abrazada al levante por un arroyo de agua muy buena y clara, tapizadas todas sus tierras cercanas de praderas de hierba verdes y frescas, regadas con mucha frecuencia por las lluvias de las nubes que por estas zonas circulan y acariciada por vientos limpios y perfumados. Se alza la pequeña aldea a media altura entre las altas crestas de las montañas y las tierras llanas de la extensa vega. Sobre las cumbres, las nieves cubren en los meses de invierno y por la vega, el gran río de aguas verdes y azules, serpentea señorial. La pequeña y humilde aldea, es una joya en un lugar realmente privilegiado. Solo unas cuantas familias viven aquí cuidando de sus animales y cultivando las tierras cercanas a las casas. Y a estas personas también ha llegado la noticia del virus que por estos días se expande por el mundo entero y por eso están preocupadas.

En mi sueño esta noche he visto a esta aldea, a las personas que en ella habitan, a los paisajes que por aquí hay, al manantial, al arroyo y especialmente a ella. Una niña de doce años que a media mañana, ha salido de una de las casas de la aldea, ha caminado dirección al poniente siguiendo una sendilla y al llegar al arroyo, donde brota copioso el manantial y un azul charco se remansa, se ha parado. Durante unos minutos frente a estas aguas, ha mirado quieta como meditando y luego se ha puesto manos a la obra. Desde el charco, ha ido limpiando la corriente del arroyo, encauzándola por entre piedras, juncos y pequeñas cascadas con la intención de llevarla a un sitio muy concreto. La he visto muy

emocionada y por completo concentrada en este solitario y original juego. El agua clara del arroyuelo se deja modelar por las tiernas y delicadas manos de la niña y se desliza rumorosa por el camino que ella va construyendo.

Me parece tan delicado, dulce y tierno el juego de esta criatura que en mi sueño y no sé desde qué dimensión, me acerco a ella. Como si la conociera desde siempre o fuera hermana real de sangre, sin más, le pregunto:
- ¿Qué pretendes construir con el juego que aquí estás llevando a cabo?
Y ella, como si me conociera desde siempre o fuera hermana real de sangre, aclara:
- Una obra pequeña, bonita y milagrosa.
- Veo que tu obra, aunque sea pequeña, sí es muy bella. Pero ¿qué es eso de milagrosa?
- Todas las personas que ahora mismo están sufriendo en el mundo entero por culpa del virus que enferma y mata, si vienen por aquí y contemplan esta pequeña obra mía de aguas claras, charcos y cascadas, se curan para siempre. El virus y la muerte, se alejaran de ellos como por arte de magia.
- ¿Estás segura de eso?
- Por completo segura.
Por la cascada que hay unos metros más debajo de donde ella construye su pequeña obra, oigo derramarse el agua, oigo el canto de los ruiseñores y oigo el siseo del viento paseándose por entre las hojas de los árboles.

12 de abril 2020 -27
LA MADRE ENTRE FLORES
Hoy es Domingo de Resurrección. Ha amanecido un día no muy soleado, con nubes densas por el cielo, temperaturas de 20 grados y todo muy en silencio. En la ciudad y el país entero y otras muchas partes del mundo, todos estamos sin poder salir de las casas. Pero es primavera y en el jardín del rincón donde vivo, la naturaleza así lo muestra. Cantan alegres los pájaros, mirlos, gorriones, currucas, tórtolas, palomas, petirrojos, abubillas y oropéndolas pero no se ve ni siquiera una golondrina. Otros años por estas fechas ya han surcado el cielo en este lugar las golondrinas dóricas. Todos los años hacen su nido por aquí cerca y todos los años sacan adelante sus crías. Este año no se ve por aquí ninguna de estas aves.

Pero ella, la madre, mujer joven, en mi sueño la he visto salir al jardín que hay por donde mi balcón pequeño. Lenta la he visto avanzar con sus dos niñas de la mano, la menor de 9 años y la mayor de 10. Y según han ido avanzando por el no muy amplio espacio, las dos niñas se han dedicado a sus juegos. Han cortado algunos lirios morados, amarillos, blancos y azules celestes. Han cortado ramas de cilindras ya todas con las flores abiertas y muy olorosas. Han cortado abundantes tallos de lilas moradas y blancas y también han cortado ramas de romero florecidas, rosas de pitiminí amarillas y blancas, cantuesos, margaritas y las amarillas y brillantes flores de la hierba diente de león. Con todas estas flores han hecho un ramo muy grande. Han cogido a la madre de la mano y se la han llevado el lugar más importante de mi pequeño balcón frente a la ciudad de Granada. La mayor de las dos niñas, le ha dicho a la madre:
- Queremos que te sientes aquí porque vamos a jugar un juego muy importante.
Y la madre sin más, ha obedecido a su niña.

Sobre la hierba muy verde y cuajada de florecillas moradas, blancas y amarillas, la madre se ha sentado. Frente a la ciudad de Granada y en silencio. Como en un juego muy divertido y lleno de belleza, las dos niñas han comenzado a rodear a la madre con los ramos de flores que han cortado por todo el jardín. Y mientras juegan este juego la más pequeña comenta:

- Tú siempre has sido para nosotras la mejor madre del mundo y por eso ahora te estamos decorando con todas las flores que la primavera ha traído por aquí. Queremos verte feliz y hermosa porque desde hace unos días sabemos que estás muy preocupada. Y la otra niña, la mayor mientras también decora a la madre con todas las flores que han recogido por el jardín, le pregunta:
- ¿Por qué tantos días llevamos encerradas en casa y no podemos salir a pasear por la ciudad, jardines y parques como sí hemos hecho siempre? ¿Qué está pasando en esta ciudad y en otras partes del mundo que a ti te tiene tan preocupada?
Y la madre sonríe a sus niñas, agradece las flores que le están regalando y quieres dar una respuesta a las preguntas que le hacen. Pero la madre no sabe cómo decir a sus niñas que es lo que en estos días en esta ciudad está pasando y en otras muchas partes del mundo. Mira a sus niñas muy embelesada porque le parecen que son las más bellas de todas las princesas, mira a la ciudad en silencio, mira al cielo por donde van las nubes y a veces sale el sol en este Domingo de Resurrección y parece como si desde su corazón, se le escapara una sincera y onda oración, que no sabe ni cómo formular ni cómo compartirla con sus niñas ni con las personas que pueblan el Plante tierra.

4 de abril 2020 -19
BAJO LA ENCINA
En mi sueño esta noche me he visto caminando por la senda que surca la solana. Por la parte alta de esta ladera y frente al sol de la tarde. A mi derecha y en lo hondo, un claro y amplio río se desliza y al frente bastante lejos, se ven montañas muy altas. El sol está a media altura en el horizonte también por mi lado derecho. Es final de primavera y por eso las temperaturas son un poco elevadas. No hace frío ni calor y el airecillo que se mueve es como una caricia que anima y alimenta.

Avanzo lento y de pronto, al trazar una curva por entre unos árboles, los veo. Bajo una gran encina, parecen tener su casa. Ahí mismo, brota un copioso manantial de agua muy clara. Se desliza esta agua por un pequeño arroyo decorado con fresca hierba y florecillas blancas, amarillas y rojas. Algo más abajo y por donde cae el arroyo, crecen varios acebos entre cuyas ramas cantan mirlos. Ella, acompañada de un hombre no muy mayor, es la madre de una niña de edad mediana que, un poco retirado de la encina, juega. Más adelante y más cerca de las aguas del río, dos niños también juegan. Creo que son sus hermanos. Ellos dos, ajenos a cuanto les rodea, parecen ser dueños del universo entero. Se le ve felices y como si su única preocupación fura exactamente el juego que tienen entre manos. Como si no existieran más cosas ni cerca ni lejos ni en los confines del Universo. Ella, la que creo es hermana de los dos niños e hija de la mujer que bajo la encina es feliz y se siente libre observando a sus niños, también se siente plenamente satisfecha con su juego. Ha recogido hierba y pasto de las tierras cercanas y ha elaborado como una pequeña cama frente al sol de la tarde, por encima de las aguas del río y no lejos de donde la madre parece tener su hogar.

Siguiendo la senda voy caminando lento y al encontrarme con estas escenas, me paro. Mira un momento a la madre en su casi invisible pero hermoso hogar frente a sus hijos y reflexiono. Me muevo con respeto hacia la madre y me acerco. La saludo y cortésmente me corresponde. Le pregunto:
-¿Qué hacéis aquí y qué hacen tus niños en este escenario tan especial y tan lejos de las ciudades y de los humanos?
Me responde:
- Nos dormimos hace unos días, como muchas otras personas, en el Planeta Tierra y ahora nos encontramos aquí. Llenos de una libertad y felicidad plena y en los escenarios, paisajes, ríos, fuentes, sendas, cantos de pájaros, flores, cielos azules y noches estrellas

que tanto siempre hemos amado. Esto que ahora mismo estás viendo, no es un escenario real ni material en el Planeta Tierra. Estos paisajes, el aire, el canto de los pájaros, las luces del cielo, la caricia del aire, el río, los caminos, las montañas, mis niños y yo, estamos en la dimensión que existe al otro lado de la vida en la Tierra. Todo en la tierra es temporal y perecedero. Aquí, ya nada es temporal sino que existe y así será sin límites de espacio ni tiempo.
- No entiendo.
- Lo que ves, puede sentir y tocar, existe y es real y tú ahora mismo puedes comprobarlo solo a través de tus sueños.

No le hago más preguntas. En silencio observo durante un buen rato y experimento un placer y felicidad profunda. Todo es hermoso y ni yo ni ellos tenemos miedo ni sentimos molestias de ningún modo. Y me llena profundamente, me sacia y gusta, la presencia de los niños en sus juegos. Son felices y para ellos parece no existir ninguna otra realidad. Lo mismo parece transmitir la presencia de la madre y del hombre.

17 de marzo 2020 -1

MI REFLEXIÓN

Todo y todos en este mundo, tenemos solo un poco de tiempo. Todo y todos nacemos, crecemos y maduramos a lo largo de algunos años y al final envejecemos y para siempre nos marchamos. Nos lleva de su mano, no sabemos adónde, algo que llamamos muerte. Y yo, en los días que concebí esta historia y le di forma escrita en este sencillo texto, estoy conociendo y viviendo algo que de ningún modo quiero dejar de compartir contigo. Tú ya te fuiste de este mundo de los humanos hace mucho tiempo y yo aún sigo por aquí buscando y recorriendo lo que ya tantas veces te conté. A nivel mundial, en todo el planeta llamado Tierra, en estos días ocurre algo realmente extraño. Algo inesperado que me sorprende no solo a mí sino a cada una de las personas que en estos momentos pisamos y respiramos en este planeta. Estoy preocupado y están preocupadas muchas, muchas personas. Voy a contarte.

18 de marzo 2020 -2

HUYENDO DE LA **…**

Siguiendo la estrecha senda, los vi bajar. Derechos al encuentro del cauce del río. El grupo no era muy numeroso y detrás, a unos metros de los que caminaban al frente, avanzaba el marginado. Cabizbajo y en silencio. Oyendo, de vez en cuando, lo que murmuraban los que le precedían: “Ni siquiera sabemos para qué lo queremos entre nosotros. No solo no va a ayudarnos en nada sino que hasta será un estorbo”.

Los que avanzaban al frente, llegaron a las aguas del río. Es que parecía jefe, dijo:
- Ya veis que no hay puente que nos sirva para cruzar estas aguas. Busquemos el mejor lugar y saltemos poco a poco de piedra en piedra hasta llegar a la otra orilla.
Por el lado de abajo de dos grandes fresnos, este jefe se puso a cruzar la corriente de las aguas. Pisando con cuidado las piedras que por el pequeño valle sobresalían de las aguas. Le siguieron el resto del grupo y, cuando ya todos alcanzaron la orilla opuesta, el marginado se puso a cruzar la corriente. Antes de pisar tierra en la orilla opuesta, vio que los del grupo se habían parado. En la pequeña torrontera, se sentaron y esperaban a que el marginado se acercara a ellos.

Temeroso y sin apenas atreverse a mirar, consiguió cruzar la corriente. Rodeó al grupo por el lado derecho y se puso en la parte de arriba de la torrontera por delante de todos. Soltó en el suelo la mochila que portaba y dijo a los del grupo que no paraban de mirarlo fijamente:

- No perdamos mucho tiempo porque el día está declinando y todavía estamos lejos.
Uno de los del grupo, se atrevió y dijo:
- Nosotros estamos huyendo de la gran epidemia de un extraño virus que en estos momentos asola a la ciudad que dejamos atrás y a otras muchas ciudades y naciones del planeta Tierra. Queremos salvarnos pero de ningún modo deseamos que estés entre nosotros.

El marginado los miró durante un rato sin pronunciar palabra y luego volvió su cabeza y miró al frente. Por la cañada, entre los árboles, la hierba y algunos arroyuelos de agua clara, Vio la senda que subía. Al fondo y en todo lo alto, también vio el collado que en el horizonte y sobre un fondo azul de cielo y nubes blancas, anunciaba la presencia y fronteras de las nuevas tierras. Donde, al otro lado de este collado, sabían que ya no existía contaminación de virus ni otras enfermedades.

19 de marzo 2020 -3

LA CASA DEL AMIGO

¿Te acuerdas del hombre bueno que con nosotros recorría los caminos de las montañas? Era todavía bastante joven y realmente se comportaba con mucha bondad. Nos lo demostraba a cada instante según nos acompañaba por los caminos de los montes. De pronto un día le detectaron cáncer. Aguantó lo que pudo y solo un año y medio después, murió. Sus amigos lo llevaron a la montaña que durante mucho tiempo había recorrido y en unos de los árboles que a él le había gustado mucho, junto al tronco, enterraron las cenizas de su cuerpo. Desde aquellos días y hasta hoy, nunca he podido olvidar ni a este hombre ni su historia.

Hoy, aquí en la ciudad de Granada y en todo el país y otros países alrededor del Planeta Tierra, hay un problema muy grande. Hace unos meses surgió un virus muy malo en un país lejano de este nuestro. Se fue extendiendo por todos los rincones del mundo y hoy, aquí en Granada, en toda la región y en España entera, hay muchas personas enfermas y otras muchas personas están muriendo. Los hospitales están saturados, los médicos no dan abasto, el mundo científico a nivel global no encuentra un remedio a esta enfermedad y menos aún dan soluciones buenas las personas que gobiernan las naciones. Hoy en esta ciudad de Granada y en otras muchas en toda España, todas las personas estamos encerradas en nuestras casas para prevenir la expansión de este virus y que no contagie y mueran más. Algo serio, muy grave, invisible y que asusta mucho, mucho.

Pero yo en estos momentos como ya en otras muchas ocasiones, soy un privilegiado. Vivo y respiro bastante al margen y lejos de la ciudad y personas y eso me hace sentirme privilegiado. Estoy encerrado donde vivo pero tengo espacio para poder moverme algo de libertad. Y esta mañana, 19 del mes de marzo, además de acordarme de ti y sentirme bastante preocupado por lo que está sucediendo a nivel mundial, esta noche en sueño, he recorrido una de las sendas que hicimos juntos cuando estabas. Me he acordado mucho del hombre bueno que se marchó casi de la noche a la mañana y por eso me he acercado al lugar donde él tenía una pequeña casa. Una casa blanca, muy cerca del cauce del río, rodeada de vegetación y con muchas plantas y flores a un lado y otro y en la entrada. Según me acercado, el corazón me temblaba y las emociones me rebosaban.

He caminado lento y nada más remontar el pequeño puntal y avistarla, me he parado. A solo unos metros frente a esta pequeña casa y no muy lejos del río y del jardín que aquel hombre bueno cultivaba por aquí. Durante bastante rato he mirado sin pestañear, mudo y como rezando al cielo. Los recuerdos son tremendos, el momento es aplastante y casi con poca esperanza, el silencio a nivel mundial es sobrecogedor y la incertidumbre… ¿qué

quieres que te diga? Sin embargo las aguas claras de la corriente del río, siguen deslizándose por la tierra muy cerca de la pequeña casa del amigo, la mañana se alza silenciosa, un poco brumosa y algo fresca y la quietud es casi de piedra. Se oye el canto de algunos mirlos por entre la vegetación cerca de la casa y por las orillas del río, se ve la luz del sol reverberando sobre las laderas y rocas de estos montes, se siente hondamente la ausencia de aquel hombre bueno por aquí y el corazón se encoge. La ciudad está por completo en silencio, nadie puede salir de sus casas y menos caminar por las calles, no se oye ruidos de coches ni de aviones y esto impresiona mucho. Tú ya te fuiste hace mucho tiempo, se fue aquel amigo bueno, se han ido muchas otras personas que después he conocido y sé que cualquier día también yo me iré. Pero te cuento esto para que sepas cómo son las cosas en estos momentos y por otras partes y rincones del mundo. Te echo de menos, creo en Dios, espero que de alguna manera las cosas cambien sin mucha tragedia y reflexiono como tantas otras veces: ¿La vida, la existencia de cada una de las personas, seres vivos en este planeta y las cosas? Nos destruye el tiempo, nos borra poco a poco y a las cosas y nada, absolutamente nada nosotros los humanos podemos hacer para que esto no sea así.

20 de marzo 2020 -4

BUSCANDO AIRE LIMPIO

La ciudad permanece en silencio. Muy poca gente se ve por las calles coches y otros vehículos también son escasos. Las noticias continuamente hablan de la expansión del virus. 20.000 personas dicen que son ya las que hay en estos momentos aquí en España. Casi 300 en la ciudad de Granada. Los muertos también son muchos y las autoridades dice que lo peor aún está por llegar punto saturados se encuentran los hospitales y los sanitarios, médicos y enfermeros, además de cansados, muy preocupados. Tienen gran escasez de material para protegerse de esta enfermedad ya su cansancio por tanto trabajo atendiendo a las personas contagiadas, se suma continuamente está preocupación.

Me acuerdo de ti y me acuerdo de aquellos días cuando en libertad podríamos recorrer las sendas de los montes que tanto nos ha gustado siempre, los rincones que teníamos cerca, algunos espacios por esta ciudad de Granada y otros muchos sitios. Hoy todo está solitario y como ya te he dicho, la preocupación es grande, muy grande. Tan grande que esta noche en mi sueño he visto lo siguiente: una persona, todavía bastante joven, ha avanzado lento y solitario por las calles de la ciudad. Cargando a sus espaldas una gran mochila repleta de alimentos y sujetando en sus manos varias bolsas también repleta de alimentos. Me ha llamado mucho la atención su presencia, del modo en que caminaba, las cosas que portada y la dirección en que caminaba.

Lo he visto salir de la ciudad, seguir andando sin pararse, recorrer los lugares próximos a esta ciudad y avanzar hacia espacios casi desconocidos en las montañas. Sin desprenderse ningún momento de la gran mochila repleta de alimentos ni de las bolsas en sus manos también lleva. Y he visto que buscaba como un sitio donde esconderse o descansar. Parece que nada de los que encontraba ha sido de su agrado y por eso ha seguido moviéndose por las laderas de la montaña. Al final, después de remontar una empinada ladera y sortear grandes rocas en un barranco, se ha parado. Bajo una de las rocas se ve como una reducida cueva mirando al sol de la mañana. Lejos muy lejos de la ciudad y de otros rincones de este país poblado de personas. En la hierba que por aquí crece, has soltado su mochila y las bolsas. Lo he visto mirando al cielo y he oído que ha murmurado:

“Dios mío, protégeme y ayúdame que me refugio en ti porque mi suerte y vida está en tus manos”. Después de esta oración, para sí ha seguido diciendo: “Alimentos, tengo para

muchos días. Soledad y silencio también tengo y, lo más importante, aire limpio y por completo libre del virus que está matando al mundo entero. Y si a pesar de todo, decides llevarme contigo, al menos lo haré mientras contemplo el azul del cielo, oigo el canto de los pájaros, me susurran los arroyuelos de aguas claras y viendo las nubes revoloteando por el cielo".

Se me ha llenado el corazón de no sé cuántos sentimientos extraños al oír y ver a esta persona y todo lo que ahora mismo está ocurriendo a nivel mundial por culpa de este extraño virus. No sé lo que puedo pensar, tampoco sé lo que siento ni cómo expresarlo y menos aún tengo fuerza para hacer un juicio. La realidad es la que es ahora mismo en el mundo entero y nadie sabe cómo parar y menos aún se sabe cómo evitar tantas tragedias y muertes. ¿Por qué sucede esto y a nivel mundial?

21 de marzo 2020 -5

LA CARTA

"Estoy leyendo de nuevo tu carta que me has escrito hace meses. Allí me cuentas de Úbeda, la pequeña ciudad de verdad hermosa. He visto in Internet algunas fotos de sus rincones y me gustan mucho. Yo sé ahora porque te gusta tan fuerte la naturaleza o mejor decir que tienes necesidad di estar en la naturaleza, pasear por las montañas, como nuestros paseos por las montañas cerca Granada. Sé porque sabes todo de las plantas y de los animales. Especialmente de los pájaros. ¿Recuerdas cómo me has enseñado a coger el té de montaña para tomarlo? Ahora entiendo como te gusta pasear y ver las cabras montesas y me da mucha pena que no fuimos a la Alpujarra como queríamos hacer.

Gracias por tu carta y por todas las cartas que mi has escrito. Yo decidí di no hacer discusión de trabajo de grado en marzo. Seguí tu consejo. Por el momento decidí de escribir el cuento de mi vida en Roma pero eso no me sale con tanta inspiración como el cuento de Granada. Sabes que cuando escribía el cuento del Granada parecía que alguien me estaba dictando las palabras para escribir. Era muy fácil quizás porque era una carta para ti.
Un abrazo muy fuerte".

La Organización Mundial de la Salud hoy ha registrado un total de 234.073 casos de coronavirus en el mundo, lo que implica cerca 25.000 más que en la víspera. Las muertes se elevan a 9.840, unas 800 más que el jueves, según las estadísticas remitidas por los países afectados a la OMS. Según esos datos, se trata del primer día en que Wuhan, la ciudad china origen de la pandemia, no registró ningún caso, lo que constituye un hito en la lucha contra el coronavirus. Los países afectados son 176.

Hoy aquí en España se cumple exactamente una semana de estado de sitio. Momento en que todas las personas deberíamos habernos encerrado en casa y no sale nada. Hasta ahora parece que es la única posibilidad de poder cortar el contagio de este virus. Pero las cosas no están mejorando mucho. Las noticias cada día anuncian elevados contagios, bastantes personas que mueren y otros muchos problemas como falta de material para protegerse en los hospitales y falta de cama también en estos hospitales. Casi 300 personas son las contagiadas en esta ciudad y esto es solo a las personas que le están haciendo el test. Solo las que tienen síntomas y a ninguna de los posibles portadores de esta enfermedad. Tengo que contarte lo que desde el lugar donde vivo, cada tarde contemplo. Tengo que contarte cómo se ven y oyen ahora mismo las calles y plazas de esta ciudad y tengo que contarte otras muchas cosas. Las personas están muy asustadas,

los que gobiernan parece que no están aceptando pienso decisiones de la parte más negativa de todo esto, aún parece que está por llegar. Tengo que contarte poco a poco.

22 de marzo 2020 -6

¿Sabes? La persona que escribe esta carta ahora mismo vive en Italia. Está nación, es la que en estos días está sufriendo el más fuerte azote del coronavirus. Esta persona es joven, vive al sur de Italia y por donde más fuerte está atacando la epidemia es por el norte de esta nación. Como nosotros, todas las personas de esta ciudad de Granada y de los pueblos y de España entera, esta persona está encerrada en su casa. La única medida eficaz que hasta ahora se conoce para bajar un poco la fuerza que este virus está extendiendo por todo el planeta Tierra. La persona que ha escrito esta carta, hace dos años estuvo una temporada aquí en Granada estudiando en la universidad. Tocada a guitarra por la calle Carrera del Darro y por eso la recuerdo y recuerdo también en estos días esa zona de la ciudad de Granada. Hoy hace exactamente 8 días que no paso por aquí y pienso en los patos de río, en los gansos, las palomas y las lavanderas cascadeñas. Imagino el silencio y la soledad que por esta zona y por todas las zonas, calles y plazas de Granada, se extiende estos días.

Pero es necesario este silencio y ausencia de las personas por las calles. No se conoce hasta ahora otra manera de poder frenar este virus. Cerrar a las personas en las casas durante un tiempo que pueden ser dos semanas un mes, mes y medio, dos meses o solo Dios sabe cuánto tiempo. No hay otra solución. Y a pesar de que las cosas sean así, ni siquiera sabemos todavía cómo va a ser el final de esta enfermedad si es que llega en algún momento. Aquí en Granada Hoy las noticias anuncian que hay 333 personas contagiadas y ya han muerto 13. A nivel de España son casi 40000 personas contagiadas y 1200 muerto. Las cosas son peores en otras partes del mundo como en el país de la joven que nos ha escrito la carta y, según lo que se va conociendo, la epidemia seguirá avanzando por todos los territorios del planeta.

Hoy es el segundo día de la primavera, no hace mucho frío, llueve a chaparrones de vez en cuando y el ambiente de este rincón donde vivo, se ve y oye por completo en silencio. Las nubes son densas y negras, como de tormenta en algunos momentos y los chaparrones caen con fuerza. La hierba come a la que puedo ver desde donde vivo, crece muy vigorosa y Colón color vivo y brillante. Sobre la película de esta hierba y las flores que ya han brotado, se quedan las gotas de la lluvia trabada. Sobre el silencio, las sombras de las nubes y la tarde que cae, hay un universo suspendido. Para mí, la joven que nos ha escrito esta carta, aún no se nos ha acabado la vida en esta tierra pero para otras muchas personas que esta pandemia se ha llevado por delante, ya todo ha terminado en este mundo. Y las personas, tú lo sabes, nos agarramos a la vida y, a pesar de todo, queremos seguir por aquí respirando el aire, contemplando los azules del cielo, oyendo el canto de las aves, recreándonos en la verde de la hierba y las flores que de esta hierba brotan, disfrutando la lluvia al caer y dando gracias por la libertad y todas las hermosas realidades que en este universo el Creador nos regala. Quizás por esto creo que a veces oigo surgir de la tierra a lo ancho y largo una sencilla oración al viento: “Protégenos Dios nuestro que nos refugiamos en Ti porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”.

23 de marzo 2020 -7

La tarde de este día está muy lluviosa. Las temperaturas han bajado y las nubes lo cubren todo. Desde dónde vivo, la ciudad de Granada se ve como envuelta en niebla y por completo en silencio. Las noticias que se pueden leer en muchos sitios y lo que se puede oír en televisión y radio, solo hablan de la epidemia que asola en estos momentos a España. Y poca, muy poca esperanzas dan estas noticias. Yo, de la mejor manera que

puedo, intento conocer la realidad pero también intento no dejarme superar por este pan incomprensible acontecimiento. Cada tarde paseo un rato por el lugar cerrado dónde vivo y cuento los pasos. 5400 pasos que he dado esta tarde a las 5. Creo que es bueno hacer algo de ejercicio el tiempo que oigo música, rezo y, como tantas otras personas, espero.

La incidencia del coronavirus sigue creciendo en Andalucía, donde Granada es la segunda provincia más afectada, tanto en número de personas contagiadas como en fallecimientos. Así, según la última estadística oficial difundida por la Consejería de Salud y Familias de la Junta, ya son 1.961 las personas contagiadas en Andalucía, que ha sumado en las últimas horas 236 nuevos casos. En Granada, según estos datos oficiales, hay 374 casos positivos en Covid-19. Son 39 más que los contabilizados por Salud este domingo.

La pandemia del coronavirus supera los 340.000 contagiados y se aproxima a los 15.000 muertos
España es el cuarto país más afectado por el Covid-19 con más de 28.000 positivos. Según los científicos, el tipo de sustancia sobre la que se deposite el virus dura: hasta setenta y dos horas en materiales porosos de uso frecuente como las telas o los papeles y cartones; de doce a veinticuatro horas en materiales pulidos, como las temidas barras de los transportes públicos y solamente tres horas en el aire, suspendido en las secreciones respiratorias emitidas por las personas infectadas, de aquí la importancia de las mascarillas.

25 de marzo 2020 -9
EL POEMA
En la rama del acebo
vieja y fría,
sumido en silencio
y como sin vida,
se ve al mirlo
a lo largo del día.

A veces canta
quebradas melodías,
notas al viento
y mira.
Por la calle nadie pasa,
las horas son frías,
en silencio la ciudad
como dormida,
el cielo es azul
y casi ni respira
el corazón y el alma
sorprendida.

Desde el hondo silencio,
llora y grita
la humanidad entera
herida, muy herida.
¿Qué está pasando, Dios mío
que tan de rodilla
nos encontramos todos
ante Ti y la brisa
del universo entero

sin sonrisa?

Quiere cantar el mirlo
en la rama fría
del viejo acebo
y su melodía,
se ahoga en el silencio
sorprendida.

26 de marzo 2020 -10
“¿Qué parte del camino hacia Dios nos muestra la epidemia del coronavirus?"
Palabras del Superior Mayor de la Compañía de Jesús, jesuitas.

Nos está mostrando que somos una sola humanidad. Cada uno de los seres humanos, todos los pueblos, cada una de las culturas que enriquece la diversidad humana, forma parte de la única, variada, única e independiente humanidad.

Nos está mostrando como la superación de una crisis es posible cuando nos hacemos conscientes de la importancia de atender el bien como y asumir seriamente la propia responsabilidad individual. Solo podemos vivir como único cuerpo. Separados, cada persona o cada pueblo por su cuenta, es imposible.

Nos está mostrando que no hay diferencia de edad, raza, religión o condición social dentro del único cuerpo que forma la humanidad. Todos y cada uno formamos parte, nadie sobra, ninguno puede prescindir de los demás.

Nos está mostrando que queremos caminar juntos. Todos estamos preocupados, nos ayudamos mutuamente a superar miedos y angustias, cada quien busca la manera de echar una mano, empezando por controlar los propios deseos y aceptar someterse a las medidas y sacrificios que permiten contribuir al bien de todos.

No sabemos cuál largo es este trecho del camino y cómo es el trecho que sigue. Pidamos luz para iluminar su recorrido y la gracia necesaria para hacerlo juntos y elevando una oración al cielo para pedir su protección.

27 de marzo 2020 -11
Está el día nublado, sale el sol al rato, han bajado mucho las temperaturas y se anuncian lluvias. Las personas seguimos encerradas en nuestras casas tanto aquí en Granada como en todas las ciudades y España entera. Nada puedo ver ni saber más allá de este pequeño rincón donde vivo excepto las noticias que a través de la radio o de Internet, continuamente bombardean. Noticias no son buenas, ni nada buenas. Los que nos gobiernan y dirigen los destinos de este país en estos momentos, parece que dicen y hacen cosas que no se corresponde con lo que realmente está sucediendo. Está extraña epidemia se está extendiendo por todos los territorios del planeta Tierra y nadie, absolutamente nadie encuentran y saben cómo parar esto. 13 son los días que ya llevamos recluido en las casas en toda España.

28 de marzo 2020 -12
DESDE DONDE VIVO encerrado desde el día 15 de este mes igual que otras muchas personas en este país y en el mundo entero, mientras espero y rezo no solo por mí sino por todo las personas que ahora mismo están sufriendo, veo y oigo. Oigo a un mirlo cantar desde primera hora de la mañana y a lo largo de casi todo el día en el acebo que hay bajo

mi ventana. Oigo el canto de otras avecillas, gorriones, palomas, currucas y carboneros y oigo el silencio, muchos silencio. Tanto silencio que pareciera que todos los humanos se han marchado del planeta Tierra.

Veo el cielo azul, veo las nubes colgadas en el cielo como si no tuvieran prisa de marcharse, veo las puestas del sol al caer las tardes, veo a la ciudad totalmente en silencio y como entre nieblas, extendida a lo largo de la amplia Vega por debajo de Sierra Nevada, lejanías y horizontes. Como a tantas otras personas en estos momentos, me gustaría andar por algunos de estos lugares, respirar el aire que ya huele y está cargado de primavera y disfrutar de las flores y olores que en estos días la naturaleza ofrece. Pero, al igual que sucede a tantas otras personas, nada de esto puedo realizar en estos momentos. Y claro que me pregunto igual que se lo preguntan tantas personas ahora mismo en el mundo qué si llegará el día. Para muchas personas aquí en mi país y en el mundo entero, ya el día no va a llegar nunca. Se han ido para siempre y bastante de estas personas, ni siquiera han sido despedidas y muchos menos van a ser recordadas en este mundo. Esta es la realidad, aunque no todas sí una parte de lo que está sucediendo en estos días tanto en mi país, en mi ciudad, región y otros lugares del planeta Tierra.

Pero desde donde vivo, desde un espacio de tierra que sí puedo pisar porque está limitado como yo, en los momentos en que miro a la ciudad, muda sobre la amplia Vega y como si durmiera, en silencio rezo y de ninguna manera quiero preguntarme. En mi sueño, desde este pequeño trozo de tierra que está encerrado como yo, esta noche me he visto frente a la ciudad. Por entre unos árboles y algunas matas de hierba y con una especie de flauta de madera en mi mano. Mudo frente a la ciudad, he puesto en mis labios esta flauta, he intentado sacar de ella algunas melodías. El instrumento ha sonado y la melodía que oigo, me deja sorprendido. Es como un silbido ronco, profundo, lastimero y potente, muy potente. Enseguida lo asocio a un grito, a una llamada que dice: “Despertad todas las personas que ahora mismo estáis encerradas en vuestras casas en esta ciudad. Despertad del sueño porque el amanecer está llegando. El amanecer llega en un día espléndido de primavera y un sol radiante. La vida, los sueños de los corazones y de las almas en las personas, son tan potentes, que atraviesan todas las fronteras, todos los espacios, las barreras y océanos del tiempo y para siempre quedan hermosos y únicos en el universo de la eternidad. Despertad humano que amanecer llega”.

No he sabido interpretar este sueño y menos aún el mensaje que la melodía de la flauta me regala. Pero continuo sacando sonidos de este instrumento mientras miro fijo a la ciudad dormida en la Vega. Me siento como volando por encima de esta ciudad y, aunque sigo sin comprender y en el fondo continúo asombrado, también palpo que el amanecer está llegando y es hermoso, muy hermoso.

29 de marzo 2020 -13
DESDE LA BELLEZA
En estos días circula por Internet un bonito vídeo. Dos niños coreanos acompañados de su padre con la guitarra, cantan una vieja canción cubana. La canción es bonita pero la voz de los niños es tan dulce que fascina al mundo entero. Con la voz de estos niños cantando esta canción, hoy he realizado yo también un vídeo que he puesto en Internet. Un pequeño trozo de belleza como reflexión para estos días y lo que en España y en todo el mundo está sucediendo.

https://youtu.be/X6_bCTYGd7E
Desde la belleza, una reflexión.
Letra de la canción: Veinte Años:

Cantan los niños, Isaac y Nora

Qué te importa que te ame
si tú no me quieres ya
El amor que ya ha pasado
no se debe recordar.

Fui la ilusión de tu vida
un día lejano ya,
hoy represento el pasado
no me puedo conformar.

Si las cosas que uno quiere
se pudieran alcanzar
tú me quisieras lo mismo
que veinte años atrás.

Con qué tristeza miramos
un amor que se nos va
es un pedazo del alma
que se arranca sin piedad.

31 de marzo 2020 -15
SEGUNDA CARTA
Vanesa Mart: Canto a la vida
https://youtu.be/q6c7ev6GfsA

Gelena Ostroumova
Hola mi querido Pepe,
Estos días mis pensamientos son de España e Italia. Que horror lo que esta sucediendo en el mundo. Pobre gente. Como esta Usted? Como van las cosas por Granada?

Por aquí ya sabe, es horrible. La cantidad de la gente infectada, lo mismo esta pasando aquí, no hay plazas en los hospitales, no hay mascarillas, nada. Lo peor lo pasa la ciudad de Nueva York. Yo ya llevo tres semanas trabajando desde mi casa. Las guarderías están cerradas también, los niños están conmigo, no me dejan hacer mi trabajo, por eso empiezo a trabajar cuando se van a dormir por la noche. No les dejo salir a la calle, solo al patio de nuestro piso. Gracias a Dios mi mama esta con nosotros. Me ayuda con los niños y por la casa (cocinar, limpiar, lavar - todo lo hace ella). Si no, yo no hubiera podido hacer nada. Gracias a Dios por ahora estamos bien sin síntomas.

Para finales de mayo tengo billete de avión a Granada y el piso alquilado. Lera también quería ir, alquilamos el piso juntas. Queríamos pasear por Granada, acordarnos de aquellos años, verle a Usted, pero con el Coronavirus ya no se que va a pasar...

Por favor cuénteme como está Usted. Un abrazo muy fuerte,
Guela

1 de abril 2020 -16
PALABRAS DEL MENSAJERO

En el rellano que es como un balcón frente a Granada y frente a la tarde, lo he visto esta noche otra vez en mi sueño. Es joven, de estatura mediana, de cuerpo algo delgado piedad esto hermoso. Mira va a la ciudad por entre los árboles que hay al lado de debajo de este pequeño balcón, y en silencio se mantenía inmóvil. Me he acercado el concierto respeto y otra vez le he preguntado:
- ¿A qué se debe tu actitud en este lugar, frente a la ciudad y frente al lado por donde el sol se pone cada tarde?
- Muchas personas están enfermando a lo ancho y largo del mundo entero y otras muchas están muriendo. Tú sabes como yo lo que en estos momentos sucede. Estás encerrado en este espacio y otras muchas personas también. Esperando el momento mientras se cierne sobre cada humano algo nadie explicar.
- ¿Y tú sí?

Desde su actitud inmóvil frente a la ciudad y frente al lado de la tarde, se ha mantenido en silencio. Luego me ha dicho:
- Yo miro al infinito, dejo mi mente en blanco y siento el tiempo resbalándome.
- ¿Tu mente en blanco?
- Desde los ojos de mi cara, por los lados de mi cabeza, a lo largo de todo el cuello, espaldas y hasta el mismo centro de mi corazón, relajo todo mi ser.
- ¿Y esto para qué?
- Para evitar que por mi mente entre o pase ningún tipo de pensamiento. ¿Sabes? No sirve de nada pensar, darle vueltas a las cosas en la mente, razonar, hacer planes o juicios. De nada sirve cualquier cosa de estas. Lo tengo claro y así lo decido. Lo único que en este momento quiero es estar en mí, por completo con todo lo demás silenciado en mi mente, mirar desde aquí al cielo y a las nubes que van y vienen y esperar. Esperar desde lo más hondo de mi corazón y pronunciar ahí mismo dos palabras: “¡Dios mío!”

2 de abril 2020 -17

LA LLUVIA

Hoy ha estado todo el día lloviendo. Y las temperaturas han sido tan bajas, que en las cumbres de Sierra Nevada, ha caído una de las mayores me va a dar de este año. Por donde mi balcón pequeño frente a la ciudad y frente a la tarde, crece la hierba. En los tallos de esta hierba, se ven las gotas de lluvia trabada y lo mismo en las amarillas flores de la planta diente de león. Crece por aquí en abundancia esta pequeña planta y a ratos me entretengo en recolectar algunas de sus tallos y flores. Según leo por muchos sitios, esta planta es comestible y tiene bastantes propiedades buenas. Y en este pequeño trozo de mi balcón frente a la ciudad, tanto esta planta como las naranjas, limones y la hierba, están limpios de virus y otras contaminaciones. En estos momentos, ni animales ni personas tienen acceso a este pequeño trozo de terreno.

Quisiera compartir con otras personas estas cosas y más, pero poco puedo hacer. Ya están floreciendo los naranjos y en el pequeño huerto junto al balcón, crecen las espinacas y las acelgas. Cantan las palomas torcaces, alguna tórtola, los mirlos y las currucas. Todos ellos ajenos por completo a lo que está sucediendo en esta ciudad, en la región, en el país entero y a nivel mundial.

5 de abril 2020 -21

DESDE LA ROCA

Lo he visto subir por la ladera. Despacio, buscando una senda por entrar las altas y voluminosas rocas. Durante dos o tres días seguidos, ha estado lloviendo y por eso las rocas, se ven todas tapizadas de tupidas alfombras de musgo muy verde. Es muy resbaladizo este musgo y de aquí que, según avanza despacio buscando paso por entre

estas rocas, lo haga con mucho cuidado. Asciende solo, en silencio y como buscando algo muy concreto. Son tan altas y voluminosas todas las rocas clavadas en la tierra de la ladera, que su figura queda casi por completo oculta en los estrechos pasillos que entre estas rocas va buscando.

A media mañana llega a donde una de las rocas se alza en forma de bella y extraña estatua. La rodea por la parte de atrás y apoyando sus manos, asciende hasta lo más alto. Aquí, en todo lo más alto de esta extraña y robusta roca, hay como una pequeña plataforma que sirve de asiento. Se acomoda en esta plataforma y, como meditando, mira a lo lejos. La ciudad se extiende a lo largo de la ancha y larga vega y parece que nadie la habitara. Por completo toda en silencio, sin nada de contaminación en el aire, ninguna presencia humana por las calles y plazas y el sol bañándolo todo. El sol se alza a medio cielo por encima de las cumbres a su izquierda y los bosques que de estas cumbres caen hacia las hondonadas, se ven silenciosos, muy verdes y como expectantes. A su derecha le queda una muy recogida terraza de tierra donde crecen hortalizas, legumbres, verduras y plantas aromáticas. Siente que ahora mismo es el dueño y único ser humano que puede recoger estos frutos. Piensa que quizá haga esto dentro de un rato.

Ahora mismo, sentado en la plataforma en todo lo alto de la robusta roca, mira, observa y en su corazón reza: “¡Dios mío! ¿Qué ha pasado y está pasando en este Planeta Tierra? Los humanos enferman y se mueren en masa, las calles de las ciudades y pueblos están solitarias, las puertas de las casas se ven cerradas y un grito silencioso se alza pidiendo ayuda. Pon de Tú de tu parte y préstanos está ayuda porque es lo único que puede salvarnos. Ya ves que a pesar de todo, somos frágiles, muy frágiles. Ayúdanos porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”. Cruza sus piernas según está sentado en la pequeña plataforma en todo lo alto de la roca, alza su cabeza, respira profundo saboreando el limpio aire con olor a musgo que le regala la naturaleza y aquí se queda. Por completo mudo y esperando. Al despertarme en mi cama este día 6 de abril, lo sigo viendo y sigo viendo los paisajes y los lugares. También medito y busco una respuesta.

7 de abril 2020 -22

EL EDIFICIO

El edificio se encuentra entre la primera parte del arroyo y antes de final de éste. Entre un bosque de recios y altos árboles. Álamos, encinas, almeces y chopos. En primavera, por entre estos árboles revolotean, cantan y hacen sus nidos muchos pajarillos. Currucas, ruiseñores, mirlos, urracas y palomas. El edificio fue construido, todo de piedra y en dos plantas, hace mucho, mucho tiempo. A unos quinche kilómetros de la gran urbe y en una hondonada en plena naturaleza virgen. En la ladera espaldas al sol de la tarde, crecen espesos y abundantes olivos y en la ladera que recibe el sol de la tarde, la solana, todos los años la siembran de cereales. Trigo, cebada, centeno, avena y también garbanzos, girasoles o habas. Todos los años en la época de la primavera, esta ladera presenta un aspecto realmente bello.

Al edificio de piedra junto al arroyo entre el bosque de árboles, él ha venido a lo largo de muchos años. Acompañando a las personas que desde la gran urbe a este lugar acudían en procesión. Como en forma de romería y para venerar, durante un día entero, a las imágenes que en la pequeña capilla del edificio, hay. Y él, como en un juego de niños o como en grupo de nobles y sinceros amigos, todos los años ha compartido sus alimentos. Con muchas y cualquier persona, en los momentos de la comida al mediodía.

Hoy, día siete de este mes de marzo y casi en el centro de la primavera, lo he visto bajando por el camino que desciende ladera espalda al sol de la tarde. Silencioso y solo muy cabizbajo. Se acerca al edificio con cierta reverencia y durante un rato, observa y medita. Todo está en silencio, muy en silencio, solo se oye el rumor del aire por entre las hojas de los árboles y el canto de los pajarillos. Todo lo demás, es silencio, profundo silencio. Ninguna persona se mueve por aquí. Desde el edificio, por la parte de atrás, busca el camino y sube hacia la ladera que mira de frente al sol de la tarde. Avanza unos metros y entre el verde y espeso trigal, busca un sitio. En la piedra se sienta y acaricia con sus manos las delgadas cañas de las matas de trigo. Mira al frente y todo lo que ve, es un bellísimo paisaje lleno de silencio y soledad. Abre la fiambrera que trae consigo con unas patatas asadas y algo de verduras y, como en forma de fracción, murmura: “¡Dios mío! ¿Con quién comparto ahora mismo y hoy esta humilde comida?”

8 de abril 2020 -23

REZANDO A DIOS

Al caer la tarde, los cuatros se reunieron. En sus ojos y actitud, se veía la inquietud y el miedo. Él dijo a los tres compañeros:

- Hemos terminado la jornada y nos despedimos. Los que aquí nos han dado trabajo hasta hoy, siempre se han comportado con nosotros con mucha dignidad y respeto y por eso sabemos que son personas buenas. Nos despiden pero no por su propia voluntad. Las circunstancias que ahora mismo ocurren en mundo entero, les obligan a ello. Nos despedimos entre nosotros y nos vamos a encerrarnos en nuestras casas, quizá para no volver más.

Dejo de hablar y ninguno de los tres que lo miraban, dijo nada. Cabizbajos, comenzaron a moverse como en busca de los lugares donde vivían sabiendo que quizás nunca más volverían a este lugar.

Él, joven, alto y delgado, durante un rato estuvo quieto mirando a los compañeros alejarse. Ni siquiera se dijeron adiós. Luego, pasado unos segundos, se volvió para el lado de la tarde y lentamente comenzó a caminar. Pisó la somera corriente del río, atravesó las aguas, sintió bajo sus pies la arena y grava en la orilla de los charcos y avanzó en silencio. Llamó a su perro pequeño y éste le siguió ajeno por completo a lo que en este momento ocurría. Durante un buen rato, caminó dirección a las altas montañas, lado del levante, como si buscara algo concreto. A lo lejos y a sus espaldas, se veía la ciudad sumida en silencio total. Pequeñas nubes blancas decoraban el cielo azul y se oía al canto de muchos pajarillos. Era primavera y no hacía mucho frío.

Cuando el sol de la tarde comenzaba a ocultarse en el horizonte, se paró al lado de debajo de unas grandes rocas. Nada traía consigo. Ni mochila ni bastón ni alimentos. Buscó ramas secas y troncos algo gruesos y cerca de una de las rocas más voluminosas, prendió fuego a esta leña. Con la retirada del sol al final de la tarde, las temperaturas comenzaron a bajar. Extendió sus manos frente a las llamas, dejó que el calor de la lumbre le confortará un poco y mirando a su pequeño perro, le dijo: “Ponte aquí a mis espaldas y acuéstate cerca de mí. Quiero sentir tu compañía y que tú también sientas la mía. A pesar de todo, creo que otras personas lo están pasando o lo van a pasar peor que nosotros. Yo rezo a Dios y confío en Él. ¿Por qué permite que ocurra lo que está sucediendo en el mundo entero? Nadie lo sabemos. ¿Qué será de ti y de mí dentro de un rato, mañana o pasado? Tampoco lo sabemos. Pero ahora mismo, nos tenemos el uno al otro y el calor de esta lumbre. No sé cómo pero puede que cuando el sueño nos abrace esta noche, nos convirtamos en los silencios eternos de estas montañas, en el murmullo de las corrientes de los arroyos, ríos y fuentes, en el perfume de todas las flores que brotan en las primaveras, en los cantos de los pajarillos, en las sinfonías de los grillos bajo las estrellas en las noches calidad, en el

vientecillo húmedo y con olor a musgo que tantas veces hemos saboreado y en la quietud profunda de una eternidad más grande que el universo entero. Quizá esta noche o mañana, suceda esto".

9 de abril 2020 -24
LA HIERBA CURATIVA
Lo he visto por el espacio del pequeño balcón que mira a la ciudad. Por donde la hierba ya crece espesa, alta y abren las florecillas. Miraba en silencio a la ciudad y a la tarde y luego comenzó a moverse y, por entre la hierba, se puso a buscar. En mi sueño, me he acercado a él y le he preguntado:
- ¿Qué estás buscando?
- Por aquí crecen muchas y frescas martas de diente de León.
- ¿Qué es eso?
- Una hierba casi insignificante pero que buena para muchas, muchas cosas.

Me he retirado un poco de él y me he puesto a buscar. Encuentro enseguida fiesta mata de hierba que me dice. Tiene flores amarillas muy bonitas, tallos largos y bajas como en forma de colmillos de León. Una planta muy humilde que crece espontánea en el césped de los jardines y casi en cualquier erial. Me agacho junto a una de estas plantas, corto unos tallos de ella y me los llevo a la boca. Su sabor es algo amargo parecido al de una lechuga recién cortada. Saboreo despacio este tallo y mientras lo miro y observo a la ciudad a lo lejos y en silencio me digo: "Si esta hierba es tan buena para muchas, muchas cosas ¿pudiera ser buena también para luchar contra la epidemia que ahora mismo está acabando con la vida de tantas y tantas personas en esta ciudad, en este país y en el mundo entero? Si fuera así, ahora mismo yo empezaría a repartir tallos de esta hierba diente de león a cada una y a todas las personas de este planeta Tierra. Sería estupendo para que nadie más sufriera ni se le acabará la vida de la manera en que está sucediendo".

11 de abril 2020 -26
LA ANCIANA
Donde brota el río, a la sombra de nogueras y olor a berros, tenía ella su refugio. Desde que nació, según iba creciendo, cuando ya se hizo mayor y cuando años más tarde se casó y tuvo sus hijos. Tres niñas y un niños y todos crecieron jugando con las aguas del río, cuidando a las ovejas, corriendo detrás de los corderillos, atravesando los bosques buscando setas y recogiendo moras de las zarzas y los majoletos. Cuando ya estos hijos suyos se hicieron mayores, todos se casaron y se fueron a vivir a las ciudades. Ella y su marido, se quedaron solos en la humilde casa junto a las aguas del río y arropada por la sombra de las nogueras. Lentamente fue corriendo el tiempo y envejecieron como todas las personas en este mundo.

Las paredes de la pequeña casa comenzaron a desconcharse, algunas nogueras se secaron, las personas que aún quedaban en la aldea, murieron y más jóvenes se marcharon lejos en busca de oportunidades. Los rebaños de ovejas también fueron desapareciendo de estos territorios y las veredas por los montes se borraron. Las lluvias y las nieves siguieron cayendo, el río siguió regurgitando sus aguas en la fuente del nacimiento, las ranas croaban sin parar en las estrelladas noches de primavera y el sol derramaba sus rayos cada días lo largo y ancho de los paisajes. El mundo y la vida rodaba y casi nadie se acordaba de ella y su marido que envejecían lentamente en la humilde casa junto a las aguas del río.

Pero a ella, en mi sueño, yo la he visto esta noche. Encorvada, apoyándose en un palo de noguera usado como bastón, con pasos torpes, ha salido de la humilde casa junto al río.

Lentamente ha caminado y al llegar a la corriente de las aguas, sin miedo las ha atravesado. La he visto remontar la pequeña cuestecilla y, al llegar a lo alto, se ha movido para el lado izquierdo. Torpemente ha buscado el puntal de las rocas y bajo las ramas del viejo majuelo, se ha parado. Como sorprendida, ha mirado hacia el río por donde su humilde casa y en silencio se ha quedado inmóvil. En mi sueño y desde el universo inmaterial, me he acercado a ella y le he preguntado:
- ¿A qué has venido aquí y por qué miras tan fijamente al rincón por donde tu casa se desmorona?
Sin más, me ha dicho:
- Mi marido y yo ya nos hemos enterado de la gran epidemia que se extiende por el mundo entero. Nos preocupa mucho todo lo que está sucediendo. Mis hijos se encuentran encerrados en sus casas en la ciudad y nosotros aquí nos vemos solos. Tenemos miedo.
- Eso es cierto y lo sé. Pero ¿A qué has venido aquí y que estás buscando?
- A pedirle a Dios que me ayude. Quizás desde este lugar, rincón de mi fantasías y juegos cuando era pequeña, pueda volar y, como esas nubes blancas que van por el cielo, irme al mundo de la eternidad y llevarme conmigo todo lo que por aquí desde que nací, tengo y quiero.

13 de abril 2020 -28
COLEGIO CERRADO
El edificio es grande, muy grande. Lo construyeron todo de piedra y madera hace mucho tiempo. Las grandes y recias vigas de madera que se ven en los artesonados, son de los pinos salgareños que crecen en las sierras cercanas, Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. Las piedras con las que está construido el edificio, las sacaron de canteras cercanas. Rocas calizas y de granito perfectamente talladas. El edificio se alza en lo más alto de la loma. A un lado y otro corren dos grandes ríos y desde la loma hasta estos ríos, todos los campos están poblados de olivos. Extensos y amplios olivares que cubren de verde las tierras de estos lugares.

En el edificio se concentran los jóvenes con sus profesores para estudiar. Desde las primeras etapas de la enseñanza hasta los últimos años de carrera universitaria. Todos los días y a lo largo del año escolar, el edificio es un enjambre de estudiantes yendo y viniendo, asistiendo a las clases y portando sus libros, mochilas y apuntes. El gran edificio de piedra y rematado con gruesos troncos de pinos salgareños, es un enorme centro de enseñanza. A la entrada del pueblo en lo más alto de la loma, rodeado de extensos olivares verdes y coronado por cielos azules en casi todas las épocas del año.

Y esta noche lo he visto en mi sueño. El edificio ha estado por completo cerrado, durante mucho tiempo. Sin ninguna persona caminando por sus pasillos, estudiando o recibiendo clases en las aulas o despachos. Hoy sin embargo, en mi sueño me acerco a este gran edificio. Entro por la puerta de madera, atravieso el patio y voy derecho a los despachos de los directores, profesores y administrativos. Miro sorprendido porque no conozco a ninguna de las personas que veo. Me acerco al que creo es el director en estos momentos y le pregunto:
- A ninguno de vosotros os conozco de nada. Es la primera vez que en mi vida os veo. ¿Dónde están las personas, directores, profesores, administrativos y alumnos que yo sí he conocido siempre por aquí?
Y el que creo que es el director simplemente me responde:
- Todos se fueron y para siempre. Nunca más los volveremos a ver por aquí. En silencio se los ha llevado ese extraño mal que, como escondido, recorre todos los lugares del mundo, quitando libertad, asustando, destruyendo y arrasando vidas.

14 de abril 2020 -29

LA NIÑA PASTORA

A pesar de todo, la primavera sigue adelante y despliega todo su potencial. Ayer estuvo lloviendo casi todo el día. Solo en algunos momentos salió el sol y a caer la tarde, una tormenta de cargó con mucha fuerza. Llovió copiosamente a lo largo de una hora. No bajaron las temperaturas y hoy ha salido el sol. Se presenta un día por completo sin lluvia ninguna, muy soleado y lleno de tonos verdes primaverales. Aunque el mundo está parado porque encerrados en las casas, enfermos o en los hospitales, estamos casi todas las personas, la primavera se desarrolla con toda su fuerza. Ajena por completo a lo que las personas estamos viviendo.

En mi sueño esta noche, he visto a los pastores que conozco en la montaña. Llevan sus rebaños por las dehesas de las encinas tapizadas de hierba muy verde y la madre con su niña, ayuda en estas tareas. He visto la pequeña subiendo por la ladera en busca de las partes altas. Por la izquierda y cerca del arroyo, la madre la espera. Las ovejas bajan por el lado izquierdo del arroyo en busca de las partes bajas. Cuando la niña llega a dónde crecen los olivos, separa, mira busca a la madre. Por alguna razón, tiene necesidad de encontrarse con ella. Cree que su rebaño de ovejas, con tanta abundancia de hierba a lo largo y ancho de las praderas, en estos momentos no necesita más cuidado que dejarlo en su libertad.

Siguiendo la sendilla, busca a la madre que se ha parado justo en el arroyo, al borde de un redondo charco. Al acercarse, la madre comenta algo y ella se siente bien. Cree que su trabajo y comportamiento, estás siendo bueno y esto le deja muy satisfecha. Y más satisfecha se siente aún notando que la madre lo aprueba. Quiere decir algo sobre este sentimiento en su corazón, sobre el rebaño de oveja bajando por la ladera en busca de las praderas, sobre el soleado día, el verde de la hierba por los campos y los viejos olivos que crecen cerca de este arroyo. Quiere decir algo y compartir con la madre pero no sabes qué ni cómo expresarlo. Esto es lo que he visto y oído esta noche en mi sueño mientras el mundo entero sigue angustiado y luchando por la epidemia que ahora se extiende a lo largo y ancho de las naciones.

16 de abril 2020 -31

QUE SE HAGA JUSTICIA

Lo que esta noche he visto en mi sueño, me ha dejado desconcertado. Después de mucho tiempo sin poder salir de las casas a causa de la epidemia que se extiende por el mundo entero, los he visto avanzar en grupo. Separados unos dos metros uno del otro y recorriendo la calle larga que baja desde las partes altas del pueblo. Destaca en esta calle, los gruesos y altos pinos piñoneros escoltando a lo largo de todo el recorrido. Ellos son cuatro, no muy jóvenes ni tampoco muy mayores. Hablan entre sí y avanzan lentos hasta que, al llegar a donde la calle traza una pequeña curva, el que parece ser el mayor en el grupo, comenta:

- Yo voy a irme por aquí para acortar terreno. Llegaré antes que vosotros, así que luego nos vemos.
- Como quieras. Nosotros seguimos por donde siempre hemos caminado.

Se separa del grupo y, por el lado izquierdo, avanza casi campo a través. Los otros tres, continúan avanzando por la calle de los pinos y a remontar la pequeña elevación en el terreno, también se vienen para el lado izquierdo y se adentran en el pueblo. Siguiendo ahora la calle escoltada por casa a un lado y otro y después de trazar varias curvas, llegan a la plaza. Aquí se paran y uno de ellos comenta:

- Vosotros dos, seguid y al llegar, pagáis lo que os están reclamando. Aunque sea injusto, procedamos con nobleza.

- Y tú ¿A dónde vas?
- Tengo la carta conmigo con todas las quejas y reclamaciones que hemos escrito. Quiero entregar personalmente esta carta a la persona que todos sabemos.

Los dos del dinero, bajan por la calle y al final de ésta, entran al edificio para pagar lo que le están pidiendo. El de la carta, se viene para el lado derecho, baja por una estrecha calle y al llegar al gran edificio, entra y entrega el escrito con las denuncias, quejas y reclamaciones. Vuelve lento hacia la plaza de la fuente en el centro y aquí se encuentra con los dos que han ido a pagar. Justo en estos momentos, aparece el que en la curva de la calle de los pinos, se separó del grupo. Sin más, habla a los tres y les dice:
- Creéis que habéis hecho lo correcto y, como os sentís engañados después de tanto sacrificios y sufrimientos, protestáis. Queréis que se haga justicia y que se respeten vuestros derechos.
- Lo que tú acabas de decir, es lo que necesitamos y queremos. Desde el principio, han cometido muchos errores, nos han ocultado la verdad, nos han engañado, no han reconocido para nada nuestros sacrificios y ahora quieren elegirse los salvadores. Hay mucha maldad y mala fe en su modo de comportarse.
- ¿Y pensáis que os van a hacer caso en algo?

18 de abril 2020 -33
LAS CEREZAS
Al levante de la ciudad de Granada, frente a las nieves de las cumbres y cerca del río, crecen los cerezos. Algunos entre castaños, otros entre almendros y muchos, solitarios. Florecen estos cerezos, casi a la par que los almendros: los primeros días o meses del año y antes de que la primavera llegue. Las almendras se recogen ya duras en los meses del otoño y las cerezas maduran y se cosechan, al final de la primavera o los primeros días del verano.

En el día de hoy, cuando escribo esto, aún no han madurado las cerezas. Pero en mi sueño, sí las he visto ya muy gordas y por completo rojas. Sobre todo, en el viejo cerezo que clava sus raíces no lejos del pueblo, enfrente al río que baja de las Nieves. Bajo este cerezo, entre la hierba y mirando a las ramas cargadas de cerezas rojas, el visto al niño. Sentado solo y como esperando. Un hombre se ha acercado a él y le ha preguntado:
- ¿Esperas algo?
- Tengo que recoger una buena cantidad de cerezas y también un buen puñado de la hierba que cura todas las enfermedades. ¿Tú puedes ayudarme?
- ¿Para qué quieres la cerezas y esa hierba que lo cura todo?
- Mis dos amigos mayores, ella y él, me han pedido que haga esto. Ellos están encerrados en su casa y no quieren salir para no contagiarse del virus malo que ahora se extiende por todos sitios. Dicen que comiendo cada día un puñado de las cerezas de este árbol y bebiendo unos sorbos de infusión de la hierba que lo cura todo, diente de león, van a sanar y sentirse libres del virus que se extiende por todo el mundo.

Y el hombre sin más, ha dicho el niño:
- Yo voy ahora mismo a coger todas las cerezas que en este viejo árbol ya han madurado. Voy a coger muchas para esos dos amigos tuyos mayores, unos puñados para ti y también unos puñados para mí. Luego voy a coger todos los tallos que pueda de la hierba que lo cura todo. Muchos tallos y hojas para eso dos amigos tuyos y unos pocos para ti y para mí. Así todos nos ayudamos y, si Dios quiere, nos salvamos.
El niño se ha sentido feliz. El hombre se ha puesto manos a la obra, a recoger las cerezas ya gordas y maduras. Hace tres pequeños montones y, por entre la hierba de la pradera,

busca las pequeñas matas de diente de león. Recoge bastantes tallos y hojas de esta hierba y la reparte entre los tres montones de cerezas.

19 de abril 2020 -34

LAS NARANJAS

A estas alturas del año, los naranjos ya han florecido. Han subido las temperaturas, de vez en cuando llueve, no hace mucho viento y la primavera avanza. Por eso los naranjos se han llenado todos de pequeños y preciosos ramos de flores sillas blancas. Azahar en forma de estrellas que regalan un delicado perfume primaveral. Por estos días a estás delicadas florecillas, acuden muchas abejas a libar su néctar y recoger el polen. También mariposas, abejorros y pequeños pajarillos. Entre las ramas de estos naranjos florecidos, los mirlos tienen sus nidos igual que las currucas y los mosquiteros.

En los naranjos que hay por donde el balcón pequeño, las florecillas blancas son tantas que, al caer sus pétalos, alfombran y cubren por completo todo el suelo. Y en estos naranjos, aún cuelgan las naranjas de la cosecha que ya ha pasado. En las mismas ramas se mezclan las florecillas de la nueva cosecha y los frutos, naranjas ya muy sazonadas, de la cosecha pasada. Se ven también en estas son ramas, los tallos nuevos qué tal las plantas echan en estos días de primavera. Todo un espectáculo y a la vez emocionante explosión de vida que nada tiene que ver con el problema la epidemia que en estos días acosa al mundo entero. Claramente se ve que la naturaleza, sigue su ritmo como ajena es indiferente a lo que las personas hacemos y vivimos.

Pero esta noche en mi sueño, he visto a un amigo mío que aprecio mucho. Lo he visto salir de su casa en un rincón de la ciudad, ha llegado a los naranjos que crecen en la tierrecillas del balcón pequeño y ha puesto a recoger naranjas y pequeños ramos de azahar blancos. Acercado él y le he preguntado:
- ¿Para qué recoges estas naranjas y las florecillas blancas que en estos momentos brotan en los naranjos?
- Voy a repartir, una cosa y otra, entre todas las personas que en estos momentos están encerrados en sus casas asustados de miedo por el virus enferma y mata. Quizás sirva para que se hagan fuertes, venzan al virus, y recobren la libertad.
Y he visto a mi amigo salir de rincón de los naranjos cargado con un gran manojo de naranjas y flores blancas, lo he visto avanzar hacia las casas de la ciudad y he visto, como si se tratara de un espejismo, como su figura se ha hecho grande, muy grande y, por encima de todas las casas de la ciudad, ha avanzado. Regalando a naranja y flores de azahar blancas muy perfumadas, a todas las personas asomadas a los balcones de las casas, ha visto.

20 de abril 2020 -35

BAJO LAS ESTRELLAS

Al caer la tarde, lo he visto en mi sueño. En la pequeña llanura que hay cerca del río, al lado de arriba de la alameda y por la parte de debajo de los olivos. No lejos de las aguas del cauce, donde crece espesa y verde la hierba y entre unas piedras, ha encendido una lumbre. Cerca del fuego, ha extendido su saco de dormir y antes de que la tarde caiga más y la noche llene de oscuridad los paisajes, se ha puesto a buscar. Por entre la hierba que tapiza la llanura, la que crece cerca del río y por entre los olivares y la alameda.

Sabe él que muchas de las plantas que crecen silvestres en los campos, son comestibles y alimenta bien a las personas. Conoce a muchas de estas plantas. Despacio busca y recolecta los tallos más tiernos, jóvenes y sanos de espárragos, dientes de león, cardillos,

hinojos, berros, flores y tallos de malvas y otras plantas silvestres. En poco tiempo junta un buen puñado de estas plantas, en las aguas del río las lavas con cuidado, en la brasa de la lumbre asa algunos de estos tallos y luego, mientras mira al sol de la tarde que se oculta a lo lejos y por el horizonte donde la ciudad duerme, se los va comiendo despacio. Saboreando cada brizna de estas hierbas y sabiendo que es el único alimento que en estos momentos tiene.

Al llegar la noche, se acurruca en su saco de dormir frente a las llamas de la lumbre y no lejos de éstas. Durante bastante tiempo, según está recortado y refugiado en el calor que le ofrece el saco, se concentra en las llamas y el humo que la lumbre desprende. Escucha también muy concentrado el rumor de las aguas del río, el canto de algunos grillos y ranas y los trinos de varios ruiseñores por entre las zarzas. Concentra sus miradas en los pequeños puntitos luminosos que titilan en las profundidades del universo y en su corazón siente la voz. Una voz persistente que no tiene sonido pero que sí susurra muchas, muchas cosas. Y una de estas cosas parece como si la lanzara al viento para que se la lleve hasta las profundidades donde las estrellas brillan y alguien, no saben quién, escuche: "¡Estoy cansado, Dios mío, muy cansado! Nada tuve nunca y menos tengo ahora ni a nadie conocí ni conozco en este mundo. De nadie recibí una palabra buena ni un apoyo y menos aún en este momento. En Ti siempre me he apoyado porque has sido lo único, el único que me has mantenido. Estoy cansado, Dios mío, muy cansado!"

21 de abril 2020 -36

LOS CHURROS

Al final de la calle, después de mucho tiempo encerrada, ve la tienda abierta. También es la primera vez que él sale a la calle después de muchos días encerrado en la casa. En su corazón siente una emoción especial al notarse libre y al percibir en el aire el regalo a olor a churro recién hecho. Algo delicioso que casi ya tenía olvidado pero que en estos momentos le llena de emoción. Camina despacio en silencio y observa a la pequeña tienda al final de la calle, un poco escondida entre unos árboles. A nadie ve por ningún lado. Parecen como si todos aún durmieran encerrados en sus casas.

Al entrar a la tienda, desde la distancia recomendada, saluda y pregunta:
- ¿Ya puedo compraros una rosca de churros eran?
- Estamos preparando todo. Solo tardaremos unos minutos. En cuanto el aceite se caliente, tendrás en tus manos la mejor rosca de churros que hayas comido nunca.
- Pues espero.

Y en estos momentos entran a la tienda dos personas. No tarda en llegar una mujer con un niño pequeño en sus brazos y en cuanto la primera rosca de churros está a punto, los del establecimiento se la dan a las dos personas que han llegado después de él. Se sorprende un poco pero no dice nada. El niño en los brazos de la mujer lo mira cómo extrañado y he observa a este pequeño. Entran al establecimiento varias personas más y según van retirando del aceite las roscas de churros calentitas, se las van dando a estas personas. No entienden porque a él lo están ignorando.

Después de un rato y bastante desorientado por lo que le está sucediendo, sin decir nada, sale de la tienda. Antes de retirarse observa despacio al niño que la mujer tiene en sus brazos eso es miradas se le quedan clavadas en el corazón. Camina como en dirección a las montañas por el levante de la ciudad sin llevar en sus manos ni poderes saborear los churros que están todavía ha apetecido. A nadie dice nada y mientras se aleja sin comprender, no puede apartar de su mente a la mujer con su niño en los brazos y la mirada de este pequeño clavadas en sus ojos. Se pregunta: "¿Por qué todos los que han ido llegando a la tienda después de mí, sí han recibido su ración de churros y yo no?"

22 de abril 2020 -37

LA PRIMAVERA

Desde que estamos encerrados en las casas para evitar los contagios por el virus que se extiende por todo el mundo, cada día pasea un rato por el jardín. En las primeras horas de la mañana, al mediodía y por la tarde. Para hacer ejercicio, un poco, para tomar el sol, otro poco, para despejarse y salir al aire libre y también para contemplar la ciudad y la primavera que en estos días explota con fuerza. Por el jardín que se extiende donde el balcón pequeño, una extensión de terreno regular de grande, la primavera cada día reluce más. A veces llueve mucho, como fue el caso de ayer y otras veces se despeja el cielo de nubes y sale el sol muy radiante, como es el caso de hoy mismo.

Mientras por este pequeño jardín da sus paseos, a veces recolecta tallos de la planta diente de león. Esta pequeña hierba, tiene muchas propiedades y es buena para muchas cosas. Lo sabe y a veces come algunas de sus hojas o tallos y otras veces recolecta las flores, hojas y tallos y prepara una infusión. También mientras pasea por el pequeño jardín, a veces se recrea en las rosas que han brotado o están brotando, en las flores de los naranjos, en los lirios en todos los colores, en las cilindradas, en las lilas y otras plantas. A veces hace algunas fotos o vídeos, a veces corta algunas de estas flores y se las llevas para decorar su habitación, a veces se para frente a la ciudad y al contemplarla tan silenciosa y ahora en estos días muy brillante por la poca contaminación que hay en la atmósfera, medita y pide al cielo que alivie los problemas de las personas. Y a veces agradece también al cielo el aire limpio que por aquí se respira, el brillante sol que cada día ilumina, el canto de los pajarillos y el verde de las plantas y de la hierba, el rumor del agua en las fuentes y el perfume de las flores por todo el jardín.

Y a veces se sienta y escribe despacio. Un pequeño diario donde cuenta cosas sencillas que solo comparte con su corazón y el cielo aunque en sueños, a veces ocurren pequeños milagros. Y esta noche parece que así ha sido. En sueños ha visto a la niña pequeña, unos doce años, con pelo largo, cara redonda de piel muy fina y delicada, sonrisa fresca y derramando inocencia. En el mismo balcón frente a la ciudad, la pequeña se ha acercado a un hombre amigo suyo. En sus manos tiene un cuaderno escrito a mano que abre frente a este hombre al tiempo que comenta:

- Aquí están escritos, a mano y con letra muy bella, todos los pequeños relatos que él en estos días ha ido creando. Yo te los voy a ir leyendo y tú los pasas a limpio en formato digital. Son cosas muy sencillas y a la vez muy hermosas y sentidas, lo que en estos pequeños relatos él ha ido dejando. Me gustaría que esto se conservara para siempre y muchas personas pudieran disfrutar de ello.

El hombre amigo se ha preparado para pasar a limpio lo que la pequeña vaya leyendo y él, desde el corazón de su sueño, ha experimentado una muy agradable sensación.

24 de abril 2020 -39

EL EDIFICIO

Antes de las altas cumbres al levante de Granada y bastante lejos de la ciudad, se encuentra el edificio. Como incrustado en un imponente tajo rocoso, frente al río y cara al sol de la tarde. Lo construyeron hace mucho, mucho tiempo. Todo de piedra y maderas procedentes de los árboles en estas montañas. Por eso el edificio, lo que queda de él, así se funde y se confunde con las mismas paredes rocosas donde está construido. Hace mucho tiempo que ya nadie habita en este edificio y por eso se desmorona poco a poco y en silencio. En realidad, en mi sueño esta noche lo he visto tan desmoronado, que ya no es un edificio sino una colección de paredes, tejados, puerta y ventanas rotas y casi convertido en escombros.

Lo he visto a él, el joven que una noche y otra de hoy mis sueños, acercarse a este edificio. Silenciosamente y como con algo de prudencia. Mientras se acerca, mira cada vez más sorprendido y lleno de curiosidad. Llega a lo que aún es la puerta principal de las ruinas del edificio y, después de un momento observando, avanza y entra dentro. Mira a un lado y otro y para arriba y solo ve paredes rotas, muchas piedras llenas de musgo, plantas silvestres creciendo por los rincones, maderas podridas el silencio. Un silencio impresionante que asusta nada más respirarlo y aún asusta más potenciado por la onda quietud. Se pregunta por qué quieres saber pero nadie va a responder lo hilo que está viendo, le resulta difícil, muy difícil de entender. Sigue avanzando, atraviesa varias puertas, entra y sale estancias solitarias y todas en ruina y siente que cada vez pene está más como en el corazón de la gran montaña. Hasta que al final, el asombro lo invade tanto, que decide volver.

Intenta regresar por los mismos sitios qué recorrido y descubre que no sabe. No sabe volver ni sabe encontrar el camino para regresar y salir de este espacio tan solitario y de ruido. Buscas sin descanso y por momentos más preocupado y de ninguna manera encuentra la salida. Lanzando una voz muy potente grita:
- quiero salir de aquí. ¿Quién me ayuda?
Y como de las profundidades del edificio en ruinas, resuena un eco que retumba por el espacio Ken otros tiempos ocupaban los tejados.
- Podemos ayudarte pero será a cambio de algo.
- ¿A cambio de qué?
Pregunta él.
Y en mi sueño, me he despertado.

El nido del mirlo -1
En el rincón de los seis naranjos, esta mañana he visto el nido del mirlo. Pasaba por ahí buscando tres cosas: algunas plantas de ombligo de venus, tallos de la planta diente de león o una naranja de las últimas que aún quedan en estos árboles. Ni la primera de estas tres cosas ni la tercera, encontré. Sí vi matas de diente de león y justo cuando cogía algunos de sus tallos, del naranjo del centro, salió volando el mirlo. Enseguida he mirado y es descubierto el nido. Me he emocionado. Tiene tres huevos y le he hecho varias fotos. Voy a intentar seguir todo el proceso del nido de este mirlo.

25 de abril 2020 -40
TROZOS DE SOL
En el lado del pueblo que mira el sol de la tarde, se alza el edificio. De paredes blancas, tejas de barro color naranja, puertas y ventanas de madera pintadas de verde y con tres o cuatro eucaliptos muy grandes y altos en la misma puerta. Por el lado de abajo del edificio y casi rozando las paredes, discurre una pequeña vía de tren, en paralelo también con una muy pequeña carretera asfaltada. En el lado de debajo de estas vías, nace el arroyo justo en una pequeña llanura. A la derecha de este arroyo y llanura, hay algunas casas y a la izquierda, se eleva una no muy pronunciada ladera cubierta por completo por un denso bosque de pinos, eucaliptos y encinas.

En mi sueño esta noche he visto al edificio, a la madre trajinando en su interior y por la puerta y a él, moviéndose entusiasmado como en un juego fantástico. Desde la puerta verde del edificio, salta y queda encaramado encima de la pared de unos dos metros de alta. Desde aquí, por entre las ramas de los eucaliptos, mira al sol que está situado totalmente en vertical sobre él. Reflexiona durante un momento y luego salta al tejado del edificio. Vuelve a mirar para el lado en que el sol ilumina y luego desvía sus miradas un poco hacia el horizonte de la tarde. Como cayendo desde el incandescente disco del sol y

en forma de bandadas repartidas por todo el cielo, ve muchos tallos repletos de flores en todos los colores. Tantos más colores que el mismo arco iris. Sin sentirse sorprendido, sigue observando y en su interior, se prepara.

Oye en estos momentos la voz de la madre que le llama desde la puerta de madera pintada en verde.
- Te necesito para que me ayudes.
- Ahora no puedo, mamá.
- ¿Por qué no puedes?
- Estoy a punto de saltar al cielo y coger entre mis brazos unos puñados de trozos de sol convertidos en tallos con flores en todos los colores.
- ¿Qué estás diciendo?
- Sí, mamá, es cierto. Necesito coger estos trozos de sol para llevárselos a mis amigos que han enfermado del virus que recorre el mundo entero. No quiero que mueran. Estos trozos de sol que veo volando por el cielo en forma de ramas cuajadas de flores en todos los colores, en cuanto yo se los lleve, van a curarlos para siempre. Desde este tejado, voy a echarme al viento y volar por el espacio para recoger los pedazos de sol que te estoy diciendo.

El nido del mirlo -2
Tres huevos tiene el nido de mirlo y creo que en estos momentos ya los está incubando. Ayer hizo un gran día de sol e incluso bastante caluroso. Hoy está nublado, las temperaturas han bajado mucho y llueve. Por eso hoy no me he acercado al nido. Si está incubando y el mirlo se levanta, los huevos pueden mojarse y perder calor y así pueden morir los embriones. Pero sé que el mirlo está pendiente de su nido porque por aquí cerca crecen muchas matas de diente de león de las cuales recojo algunos tallos y lo he visto y he oído. Ojalá los arrendajos no descubran el nido porque si no, acabarán con él como ha sucedido con otros muchos nidos de mirlos, de currucas, gorriones y palomas torcaces.

El nido del mirlo -3
En las ramas bajas del naranjo, sigue el mirlo en cubano sus tres huevos pequeños, azules con pintas negras. Los arrendajos no lo han descubierto aún y de esto me alegro. Pero esta mañana, día de niebla y muy húmedo, sí es sentido a los arrendajos por aquí cerca. Uno de estos arrendajos, emite sonidos muy variados. A veces parece un gato maullando. Otras veces los sonidos que hace, imitan al canto de una oropéndola. También imitan a los llantos de un niño pequeño y a los graznidos de las grajas. Y hasta lo he oído imitando al canto de las abubillas y de los pájaros carpinteros.

27 de abril 2020 -42
LA VIVIENDA
Es lo más parecido a una vivienda. Pero no es un piso ni una casa ni algo que se le parezca. Solo tiene una puerta, dos ventanas a los lados y la fachada. Nada más se ve de esta vivienda pero sí dentro, hay cinco pequeñas habitaciones, un cuarto de baño y cocina y una sala no muy grande. Algunas de estas habitaciones y la sala, tienen un par de ventanas que ni siquiera dan a la calle ni entra la luz del día ni del sol por ellas.

En mi sueño, al caer la tarde, los he visto llegar a la puerta de esta vivienda. El padre y la madre y tres hijos el mayor de unos trece años. Los que acompañan a este grupo, al llegar a la entrada, se paran, abren la puerta de la vivienda y dicen a los dos padres:
- Pasad y acomodaros ahí dentro.
Los padres y los niños, ni siquiera pronuncian palabras. En silencio, pasan dentro y es la niña la que enseguida recorre las estancias y a continuación dice a los padres:

- Yo quiero la habitación última. No es la más grande ni la más pequeña y por eso me gusta.
La habitación última, solo tiene una ventana que da a una pared por donde ni siquiera llega luz ni el aire. Toda la vivienda está como a unos treinta metros bajo tierra.

En silencio, los padres seguidos de los niños, recorren y observan despacio cada una de las instancias. Pasado un rato, se sientan en la sala y es ahora el hijo mayor el que pregunta:
- Nos han encerrado en un lugar extraño. ¿Dentro de cuántos días vendrán para abrirnos las puertas?
Los padres no responden y los niños en silencio miran y los rodean.

El nido del mirlo -4
El mito del nido, me incluye antes de que incluso esté cerca del lugar. Y en cuanto esto sucede, sale del nido muy sigilosamente y se escabulle por entre los naranjos que hay cerca. No le hago mucho caso ni tampoco me acerco demasiado a sonido. Quiero que tengas confianza y que no abandone su puesta. Quiero que saque sus crías adelante y quiero que los arrendajos no descubran este nido y lo depreden. Me temo que va a ser casi un milagro pero deseo que suceda esto.

28 de abril 2020 -43
LA ÚLTIMA VEZ
La última vez que los vi, fue por la cañada de los majoletos. Los dos hermanos, él y ella y entre diez y doce años de edad, iban delante del grupo. Subían algo apresurados por entre la vegetación como en busca de las partes altas de la montaña. El grupo sí parecía tener muy claro a dónde iban y lo que buscaban pero ellos dos, no. Por eso él dijo a la hermana:
- Al llegar a donde crecen esos álamos, giramos a la izquierda y, por entre la vegetación, volvemos en dirección contraria. Lo que ellos están buscando, no me gusta nada.

Al llegar a los álamos, unos minutos antes que todo el grupo, los vi girar hacia la izquierda. Ocultos entre la vegetación y campo a través, los vi bajar. No tardaron en llegar a las tierras llanas de la cañada, toda tapizada de hierba y, desde aquí, caminaron seguros dirección al sol de la tarde. Él iba delante y la hermana le seguía. A sus espaldas y por la parte alta del terreno, el grupo siguió remontando. Como prediciendo de ellos ignorándolos. La hermana, muy confiada en la decisión que el hermano había tomado, preguntó:
- Y cuando lleguemos a donde tú dices se encuentran la frontera y la puerta que nos dará paso al mundo que buscamos ¿Cómo podremos abrir esta puerta?
Y sin más, el hermano dijo:
- No te preocupes tú por eso. Yo sé dónde se encuentra la clave que nos servirá para abrir la puerta.

Desde la distancia, los observé avanzando lentamente por entre la vegetación dirección al sol de la tarde. Era primavera, unas horas antes habían caído finas lluvias y en estos momentos, el sol salía y, de las hondonadas, arroyos y ríos, comenzaron a levantarse pequeños vellones de niebla blanca. Poco a poco, en la distancia y por entre esta niebla, lo fui perdiendo. Esta fe la última vez que los vi.

29 de abril 2020 -44
LOS LADRONES
Lo he visto caminando por la calle. Ha llegado a la puerta de su tienda y, al oír ruidos, se ha parado. Ha abierto y los ha visto. Dos muchachos, no muy mayores, bastante desarrapados y con melenas largas, al verse sorprendidos, intentan esconderse al final de la estancia. Al

descubrirlos él, sin sentir miedo, se ha ido derecho a ellos, con ambas manos, ha acogido a cada uno de los pelos y los ha arrastrado hacia la puerta de la calle. En el mismo umbral, los ha puesto como si pretendiera mostrarlos a las personas que por aquí pudieran ir y venir.

Por la calle no pasa nadie. A un lado y otro y al frente, todo está solitario. Pero si al otro lado de la calle, algunas personas se asoman a los balcones y ventanas. Mira expectantes y esperan ver el desenlace. En la misma puerta de la tienda, agarrando fuerte por los pelos a los dos muchachos, el hombre parece esperar a que alguien le diga lo que debe hacer con ellos. Más personas se asoman a los balcones y ventanas y ninguno pronuncia palabra. Los jóvenes sí gritan algo y parecen esperar un castigo o una sentencia. Pasado un buen rato, el hombre grita, con una voz potente y algo ronca:
- Los he cogido robando en mi tienda. Yo también soy pobre y tengo necesidades, muchas necesidades.

Nadie responde a estas palabras. Todos, desde sus balcones y ventanas, miran expectantes y esperan un desenlace. Hoy es primavera, en estos momentos, media mañana y el sol luce radiante sobre un fondo de cielo azul. Un silencio ancho y profundo se extiende por toda la ciudad y las calles siguen solitarias.

30 de abril 2020 -45
LA GOTA DE AGUA
Lo he visto sentado en el balcón pequeño, mirando de frente a la ciudad. Llovía mansamente y no hacía ni viento ni frío. De vez en cuando movía su cabeza y se quedaba quieto mirando a un punto fijo muy cerca de él. Como si estuviera interesado en algo muy importante o como sí, un pequeño misterio, le tuviera intrigado. Me causa mucho respeto tanto su presencia como su silencio y su manera de ver y estar. Tanto respeto me causa que a veces pienso que es un mensajero que, de alguna manera, quiere transmitir un mensaje en su momento concreto.

Lleno yo de este respeto, me he acercado a él y le he preguntado:
- ¿Qué estás observando tan fijamente y con tanto interés aquí cerca de ti?
Me ha mirado hoy sin más me ha dicho:
- Fíjate en esta gota de agua que lentamente va resbalando por la hoja del naranjo hasta el extremo final de esta hoja.
- Veo lo que me dices pero no entiendo.
- La vida de cada persona aquí en la tierra, es semejante a esta gota de agua que ahora mismo resbala por la hoja del naranjo. Como puedes ver, va poco a poco avanzando y creciendo y se aproxima al final. Justo ahí se detendrá un poco y luego caerá al suelo. Y justo ahí será el momento el gran milagro y misterio.
- ¿Milagro y misterio?
- Espera unos segundos.

Sin perder mi concentración, me he quedado fijo mirando a la gota de agua resbalando por la hoja del naranjo y frente a él. Como esperando algo importante y lleno de misterio. Y veo como muy lentamente la gota de agua avanza por la superficie de la hoja y llega hasta el final. La menuda lluvia que está cayendo, poco a poco la hace crecer y es justo este el momento en que, al llegar al extremo final, la gota crece tanto que se desprende y prepara para caer. Siento como un poco de miedo por lo que pueda suceder en el momento en que esto suceda. Y la gota se desprende. Rápidamente se descuelga de la hoja, surcan muy veloz la pequeña distancia hasta el suelo y justo a caer en la tierra, ocurre lo sorprendente. No puedo entenderlo y por eso de nuevo le pregunto:

- ¿Qué es lo que ha ocurrido?
- Se ha fundido con el Universo y se ha hecho esencia en la eternidad. Ya pertenece a otra realidad lo mismo que nuestras vidas, la de todas las personas, al llegar su momento final.

2 de mayo 2020 -47

LA COLECCIÓN

Lo he visto sentado bajo la encina en la mitad de la ladera y frente al río. Hoy es 2 de mayo, las temperaturas han subido mucho y la primavera ya se prepara para dar paso al verano. En el cielo no se ve ni una sola nube, el sol brilla muy limpio y todo parece como si se despertara de un tranquilo sueño. Es media mañana y ahí, sentado bajo la sombra de la encina, mira a los paisajes mientras entre sus manos sostiene la colección de objetos antiguos. Unas cuantas cruces pequeñas de oro y plata, varias monedas también de plata, algunas cadenas de oro, un par de relojes pequeños y muy antiguos también de este mismo metal, algunos pendientes de oro y plata y otros pequeños objetos. Observa despacio todos estos abalorios mientras deja pasar el tiempo y busca en su mente la manera de conservarlos.

El mensajero, de aspecto hermoso y joven, se acerca a él desde el lado de arriba. Siguiendo una sencilla que va justo por el borde de la acequia por dónde se desliza un brazo de agua limpia y fría. Justo a su lado se para el joven mensajero y le pregunta:
- ¿Te preocupa algo?
- Temo contagiarme con el virus que se ha extendido por todos los rincones del mundo. Si me sucede esto y me pasa algo ¿qué va a ser de estos pequeños tesoros que tengo en mis manos? Todo tendré que dejarlo aquí y para siempre.
- ¿Y de alguna manera estás buscando una solución?
- Eso es exactamente lo que hago. ¿Podrías tú ayudarme algo?

Y el joven mensajero le dice:
- Lo puedo decirte y debe saber que aunque para ti este pequeño tesoro tuyo sea importante, no tiene valor ninguno ni sirve para nada al otro lado del tiempo.
- Pero no quiero perder nunca estás pequeñas cosas que ahora mismo tengo en mis manos.
Y el joven mensajero, sigue avanzando por la pequeña senda que va al borde de la acequia. Es de la colección de pequeñas cosas antiguas, se levanta de donde está sentado, cruza la ladera hacia el río, da varias vueltas buscando un punto concreto y, bajo una roca grande, detiene sus pasos. Mira toma medita y se dice: “Este es un buen lugar. Escavaré un hoyo profundo al helado de esta roca y aquí ocultare este pequeño tesoro mío. Nadie podrá encontrarlo nunca y yo si podré recuperarlo cuando pase todo este mar que ahora mismo se expande por el mundo entero”.

3 de mayo 2020 -48

LOS DULCES

En la humilde casa, en mitad de la calle, los dos padres y la pequeña, pasan el tiempo encerrados. No pueden salir a causa de las restricciones impuestas por la enfermedad que se tiene por el mundo entero. Pero a media mañana, la niña ha dicho a sus padres:
- Un amigo mío me ha dicho que los dulces caseros y únicos que se venden en algunos sitios de este pueblo, protegen y curan contra la enfermedad que nos asusta. ¿Por qué no compramos una docena y probamos a ver si es cierto?
Y la madre le ha respondido:
- Por intentarlo, nada perdemos. Pero ¿Cómo lo hacemos?

La niña ha mirado para la calle y avanzando por ella, ha visto a un joven muy elegante, algo alto y vestido con ropa limpia y casi resplandeciente. Ha sentido mucho respeto pero lo ha llamado y le ha dicho:
- ¿Podrías traernos una docena de esos dulces buenos que curan la enfermedad?
- Te los traigo ahora mismo.
Le ha respondido el joven. Ha caminado un poco y en la casa al lado de arriba ha llamado a la puerta y a la mujer que se ha asomado, le ha preguntado:
- ¿Vendes los buenos dulces que lo curan todo?
- Hace tiempo que yo ya no los hago. Pero en esa casa próxima, sí los están vendiendo.

En la casa próxima, la tercera al lado de arriba de la humilde de la niña, el joven ha preguntado y la mujer le ha dicho:
- La última docena aquí la tengo guardada para ti. Sabía que ibas a venir a por ella. En tus manos los pongo para que vayas rápido y se los des a la persona que la está necesitando.
Ha dado el joven las gracias a la mujer y sin perder tiempo, vuelve a la casa de los dos padres y la niña. Pone los dulces en las manos de ella y sin pronunciar palabra, da media vuelta y calle abajo, silencioso se aleja. La madre la observa y dice a su niña:
- No lo conocemos de nada pero se ha comportado con mucha bondad y respeto. Parece como si fuera un mensajero que, para ayudarnos, viene por aquí desde el corazón mismo del universo.
Al fondo de la calle y a lo lejos, se ve brillante y profundo el azul del cielo. Un azul tan puro y bello que transmite serenidad y un placentero gozo espiritual intenso, muy intenso.

El nido del mirlo -10
El nido del mirlo, en la mañana de este día 3 de mayo, ya tiene dos pequeños pajarillos. Han nacido esta noche. Hasta ahora, los arrendajos no han descubierto este nido. Espero y deseo que los padres de estos dos pequeños pajarillos, puedan sacarlos adelante sin que se los lleven los arrendajos. Todavía hay un huevo sin eclosionar. Hoy han subido mucho las temperaturas y ya parece casi verano. Me alegro por el nacimiento de estos tres pequeños pajarillos en el nido del mirlo en el naranjo de jardín.

3 de mayo 2020 -49
LA MUDANZA
Revisaba documentos en compañía de un compañero. Iré pronto, desde el despacho del director, llego un mensajero. Sin más, le entregó la carta. Y el coma en su corazón sintió el miedo. Rápido abrió la misiva y directamente leyó: “Tu destino, a partir de hoy, es en la ciudad al norte bien lejos de aquí. Ve preparando tus cosas que dentro de nada debes estar allí". Tragó saliva al terminar y por su mente, rápido cruzó un pensamiento: “¡Si ya tengo parte de mis cosas en la ciudad al sur no lejos de aquí!”

Dobló la carta, se la guardó en el bolsillo, salió del recinto y se puso a pasear por el jardín. Por momentos sentía que su corazón se le llenaba de miedo y por momentos sentía más inseguridad y angustia. Como rezando, se decía: “¿Qué voy yo a hacer ahora allí donde a nadie conozco ni tampoco los sitios ni los caminos? Dejar este sitio que si conozco bien y las cosas que por aquí tengo bien anidadas en mi corazón, me resulta duro, muy duro. No quiero marcharme de aquí. Sé que allí, no voy a sentirme bien ni voy a encontrar nada que me guste y haga feliz”.

Salió del jardín, camino despacio, rodeo un poco la elevación del terreno por el lado norte y lentamente subió hasta lo más alto del cerrillo. Al frente y no muy lejos, vio la casa donde

en estos momentos tenía su estancia, a su derecha, observo las grandes extensiones de árboles por donde los ríos surcaban las llanuras, aceite verde aislado del Levante, contemplo las altas montañas quiero largo de los meses siempre estabas cubiertas de nieve y a sus espaldas, bastante lejos, le quedaba la ciudad en estos momentos como dormida y ajena por completo absoluta interior. De nuevo se dijo: “Si ahora mismo todo lo que me agobia y asusta, lo tuviera aquí como tuve este invierno el gran muñeco de nieve que en este lugar hice, igual que aquel día, le daría un empujón para que rodara hasta el barranco y ahí se deshiciera para siempre. Aquello fue una decisión libre que me llenó de gozo y por eso ahora siento deseos de repetirlo.

El nido del mirlo -11

El nido de mirlo, esta mañana ya tiene sus tres pequeñas crías. Ayer por la tarde nació la última y esto le gustó. Los arrendajos no dejan de emitir sonidos por aquí cerca pero aún no han descubierto es tenido. Tengo que en cualquier momento lo descubra y como han hecho con otros muchos nidos en este jardín, depreden los pajarillos y acaben con el trabajo de los mismos.

5 de mayo 2020 -50

LA VISIÓN

En mitad de la ladera, frente al río y no lejos de la acequia, crecen las encinas y los acebuches. Tres muy frondosas y viejas encinas y cinco no muy grandes acebuches. Bajo estos árboles, al caer la tarde, el grupo de jóvenes montaron sus tiendas. El mensajero de las estrellas, les había dicho:

- Al salir el sol mañana, lo veréis alzarse por encima de aquellas montañas.

Y ellos le preguntaron:

- ¿Y dices tú que eso será bueno?

- Será muy bueno para vuestro espíritu, alma y cuerpo. Elevar los ojos y el corazón hacia las profundidades del firmamento, siempre es bueno muy bueno.

Y al amanecer del día siguiente, todos ellos ya estaban sentados en las puertas de sus tiendas. Observando en silencio la luz del alba abrirse lentamente por encima de las altas montañas de la nieve. Observaron luego la aparición del sol y derramarse éste sobre laderas y cumbres. El mensajero de las estrellas, de nuevo les comunicó:

- Y ahora, al caer la tarde, es bueno que veáis la puesta de este mismo sol. Se dormirá lentamente al otro lado de las montañas verdes, a vuestra izquierda.

- ¿Y nos guiará tú hasta el gran mirador que nos ha dicho?

- En cuanto desmontéis las tiendas, me pongo al frente de vosotros para recorrer los caminos y llegar al lugar antes de que el sol se vaya.

Ya empezaba el sol a inclinarse para el lado de la tarde, cuando ellos terminaron de desmontar sus tiendas. Enseguida el mensajero se puso al frente y empezó a guiarlos por las sendas. Por entre el monte, bajaron hasta el pequeño collado. Lentamente remontaron por la ladera de la hierba y justo cuando ya el sol en estaba a dormir de sobre las puedes montaña en el horizonte a lo lejos, alcanzaron el promontorio del mirador. Nada más llegar, todos miraron como extasiados. No lejos de ellos y como a sus pies, se veía el blanco edificio coronado por la verde montaña, más a lo lejos se veía la intensa llanura por donde el río se alejaba y aún más lejos, el sol se dormía detrás la cordillera de montañas. La ciudad se adivinaba lejos, muy lejos. Algunos preguntaron y el mensajero simplemente dijo:

- Ya os lo dije: simplemente esto, es suficiente para librarse de todos los miedos y epidemias del mundo.

6 de mayo 2020 -51

EL LIBRO

La imprenta se encuentra en una de las calles más pequeñas del pueblo. No tiene esta calle más de 10 metros de larga y de ancha, unos cinco metros. Justo al lado de arriba del gran edificio de piedra y cerca de la carretera que sale y entra al pueblo. En la imprenta se imprimen pequeños folletos, algunas revistas en blanco y negro y también libros.

A la imprenta, aquella mañana de primavera seis de mayo, el joven llegó con los textos de su libro. Saludó al dueño y le dijo:
- He tardado varios años en escribirlo pero al fin lo tengo. Y también a lo largo de este tiempo he ido ahorrando para poder pagar lo que cueste imprimirlo.
- Nosotros podemos hacerlo y no vamos a tardar mucho. Déjanos tu trabajo y vuelve dentro de tres días.
- Ya sabes que no quiero un libro lujoso sino que me conformo con verlo impreso y encuadernado.
- Para nosotros no va a ser difícil este trabajo y por eso también vamos a ponerte un buen precio.

Ilusionado se marchó el joven de la imprenta y tres días más tarde, volvió. Con la ilusión en su corazón de ver el libro impreso y encuadernado. Saludó de nuevo al dueño y éste enseguida le dijo:
- Tu libro no está hecho porque nosotros no podemos imprimir las cosas que tú has escrito.
- ¿A qué te refieres?
- Hablas y cuentas en tu libro grandes verdades de la manera más clara y directa. Si nosotros imprimimos esto, seguro vamos a tener problemas. Lo sentimos mucho.
Guardó silencio el joven y al rato, triste y muy preocupado, simplemente comentó:
- Pero las cosas que dicen y hacen las personas, sean buenas o malas, hay que contarlas tal como son. Por eso para mí es tan importante este libro mío.
Y el dueño de la imprenta de nuevo dijo:
- Lo sentimos mucho pero no podemos imprimir tu libro.

El nido del mirlo -13

I- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa. A partir de hoy voy a intentar subir a YouTube un vídeo y 3 fotos cada 3 días para que se vea el crecimiento de estos polluelos.
NACEN en la mañana del día 3 de mayo. Día caluroso, 33 grados en Granada, España.
COMENTO que ha sido un momento muy bonito y todo va bien. Creo que es interesante seguir la evolución de este pequeño y natural acontecimiento.

El nido del mirlo -14

II- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa.
PROCESO: en la mañana del día 6 de mayo, tres días de vida. Hoy caluroso, 33 grados en Granada, España. Cada tres días, voy a poner aquí un vídeo y tres fotos, suficiente para ver el proceso.
COMENTO: A los tres días de su nacimiento, todo va bien. Temo que en algún momento aparezcan los arrendajos, las urracas o los gatos y acaben con ellos. Estas tres especies de animales, este año han acabado con casi todos los nidos que por el jardín los pájaros han hecho. Nidos de mirlos, currucas, palomas torcaces, petirrojos, carboneros, ruiseñores y hasta con los nidos de las golondrinas. También las ardillas acaban con estos nidos. Estas crías de mirlo están en peligro desde ahora mismo hasta que vuelen como los padres.

8 de mayo 2020 -53

SU NIÑA

Lo he visto sentado una vez más en el balcón pequeño que mira a la ciudad. Lucía un sol muy brillante de primavera, en las primeras horas de la mañana y el aire era fresco. Las pequeñas florecillas moradas del árbol Melia azedarach, árbol del Paraíso, llenaban de un aroma delicioso todo el entorno. Por estas fechas, estos árboles singulares, se pueblan con pequeños ramilletes de florecillas moradas que huelen a miel a incienso y a muchas otras esencias naturales. En los naranjos cantaba un mirlo, en las ramas de los pinos arrullaban las palomas y las abubillas y una juguetona ardilla, por el rellano correteaba de acá para allá. Entre los naranjos, hace tres días, en el nido nacieron tres crías de mirlo negro. Tengo miedo de que los arrendajos enseguida acaben con estos débiles polluelos.

Sentí la voz del padre y enseguida lo vi. Por su lado izquierdo donde el fondo se ve la ciudad, por donde los granados y el huertecillo, lo vi asomar con su niña entre los brazos. Salía como del viento por donde un bosque transparente de hielo y cristal se extendía hacia el azul del cielo y al infinito. Y como por el viento, el padre avanza con su niña entre los brazos al tiempo que se le oye:

- Mi niña se está muriendo. ¿Quién puede ayudarme?

Siguió él tal como estaba mirando a la ciudad y dejó que el padre al llegar, tiernamente soltara a su niña delante mismo, a sus pies, sobre la hierba. Con palabras amables, le dijo:

- Tu niña no se está muriendo. Tu corazón está lleno de miedo. Tu niña es un ángel y su nombre está escrito en un lugar muy especial en las regiones del universo. No estés tan angustiado. Sigue avanzando con ella en tus brazos.

Volvió a coger el padre dulcemente a su niña y con ternura, la colocó en sus brazos. Avanzó lentamente como por un camino de cristal y viento y poco a poco lo vi perderse por su derecha. Por donde, en el mismo viento y el azul del cielo, el camino se iba difuminando y aparecían grandes bosques transparentes surcados por ríos de aguas cristalinas. Él, sentado en el pequeño balcón frente a la ciudad, seguía mirando en silencio y pensativo. A sus espaldas y por el rellano, la ardilla seguía con sus juegos y el mirlo continuaba por entre los naranjos desgranando sus cantos.

9 de mayo 2020 -54

LAS SEMILLAS

Por el relleno de tierra del balcón pequeño que mira a Granada, esta noche he visto algo muy curioso. Todo el terreno estaba tapizado con una densa y muy verde alfombra de hierba. Algunas florecillas amarillas, temblaban al paso de la brisa y pajarillos pequeños buscaban entre esta hierba, semillas. Por encima de estas brillantes matas de hierba, he visto muy destacadas, pequeñas bolitas blancas como de algodón. Temblando al paso de la brisa y como si tuvieran un especial interés en recibir los rayos del sol. Me ha llamado mucho la atención este pequeño fenómeno porque nunca antes por aquí lo he visto.

Al lado de abajo del terreno de este mirador, descubro que él, el joven mensajero enviado desde las estrellas, estás sentado frente a la ciudad de Granada. Mira en silencio y, como otras veces, parece meditar. Con cierto respeto, intento acercarme a él pero antes de llegar, veo que se levanta. En sus manos tiene una pequeña bolsa como de cristal transparente y flexible. Se mueve por entre la hierba y empieza a recoger algunas de las pequeñas bolitas parecidas a algodón. Durante un buen rato y desde cierta distancia, observo lo que hace y luego me aproximó un poco más. Sabe de mi presencia pero no le da importancia. Le pregunto:

- ¿Qué son estas bolas blancas parecida a algodón?

- Son las semillas de una planta muy especial.

- ¿Qué planta es y para qué sirve?

- Te lo voy a decir dentro de un momento.

No le pregunto nada más y dejo que siga recogiendo lo que él llama semillas especiales. En poco rato, llena por completo la pequeña bolsa de cristal transparente que tiene en sus manos y entonces se vuelve al lugar donde una vez y otra se sienta al contemplar a la ciudad de Granada. Le vuelvo a preguntar:
- ¿Para qué son estas semillas especiales?
- Mañana, cuando de nuevo vuelvas por aquí, me verás en ese mismo lugar. Tendré conmigo este saquito de semillas especiales y los dos juntos, vamos a irnos, primero por la ciudad de Granada y después, por otras ciudades, regiones, países y todos los rincones del mundo. Por todos estos sitios, vamos a ir esparciendo estas semillas. De ellas, no tardará en brotar una mata de hierba muy especial. Es la sencilla planta natural que todas las personas necesitan para curarse de todos los miedos y enfermedades, llenarse de paz y vivir en armonía unos con los otros y con la naturaleza y universo en general.

El nido del mirlo -16
III- NACIMIENTO y seguimiento de crías de mirlo en un nido en el jardín de mi casa. FINAL TRÁGICO

PROCESO: En la mañana del día 7 de mayo, tres polluelos con cinco días de vida.
En la mañana del día 8 de mayo, un solo polluelo con seis días de vida.
En la mañana del día 9 de mayo, ningún polluelo en el nido.
Los depredadores han acabado con los tres polluelos de esta ave

COMENTO: Lo que me temía, ha sucedido. En la mañana del día 9 de mayo de 2020, el nido del mirlo en el jardín de mi casa, está vacío. Los depredadores han acabado con los tres polluelos de esta ave. Creo que ha sido obra de los arrendajos. Desde que aparecieron por estas zonas donde vivo y entorno, poco a poco han ido acabando con casi todos los nidos de pájaros. Este año ni un solo mirlo joven veo por estos espacios. Años atrás, por estas fechas, se veían y oían aves jóvenes por todos sitios. Los arrendajos, por estas fechas, también están sacando sus nidadas adelante y tienen que alimentar a sus crías. Arrasan todos los nidos que encuentra. Lo mismo sucede con las urracas que a la vez son depredadas, en su etapa joven, por los arrendajos. Estas dos especies de pájaros, atacan continuamente a todos los nidos y crías de otras aves. Son realmente dañinos en todos los sentidos. Y por si aun fuera poco el daño que hacen estos depredadores, a ellos también se unen los gatos, que estos días han aparecido bastantes por aquí y tienen poco para alimentarse. Al faltar las personas de los espacios, los gatos que viven libres, se encuentran sin alientos. Atacan y depredan todo lo que se pone a su alcance. Siento mucho lo que ha pasado con este nido de mirlo pero esta es la realidad.

10 de mayo 2020 -55
LA MÚSICA
Lo he vuelto a ver esta noche. La luna estaba totalmente en el centro de firmamento, por completo redonda y derramando luz plateada. Por el pequeño rodal de tierra del mirador que mira a la ciudad de Granada, la alfombra de hierba verde, está toda tapizada de florecillas pequeñas. Florecillas en todos los colores y tamaños. Y, como la otra noche, lo he visto recolectando algunas de estas pequeñas florecillas. Las más jóvenes y de colores más vivos. Poco a poco ha ido juntando un buen puñado y luego, se ha venido para el punto donde siempre se coloca frente a la ciudad de Granada. Aquí se ha centrado ya su derecha ha colocado todas las florecillas que acaba de recolectar. Lado izquierdo, ha cogido una pequeña caña de bambú como de un metro y se la ha puesto al frente.

Lentamente y con mucha paciencia, ha comenzado a colgar de esta caña de bambú cada una de las florecillas de colores que tiene a su derecha. En fila y no muy separadas unas de las otras. Como si pretendiera hacer una pequeña cortina de florecillas internacional de Granada y no lejos de sus ojos. Como el otro día, me acerco a él y le pregunto:
- Estoy lleno de curiosidad. ¿Qué estás haciendo?
No responde a mi pregunta. Sigue concentrado en su pequeño y original trabajo dando a entender que realmente es algo bello y muy bueno.

En no mucho rato, termina de colgar cada una de las florecillas que de la hierba ha arrancado. Los sujeta en la pequeña caña de bambú como un dedo de gruesas y de su derecha, coge también un trozo de caña de bambú. De unos cinco centímetros de larga y un poco menos gruesa que la que utiliza para sostener a las florecillas. Lentamente y con mucha solemnidad, va rozando cada una de las florecillas que cuelgan de la caña de bambú. Y al tocar cada florecilla, de ella brota una nota musical muy dulce y bella. Comienza a surgir como una gran nube de notas musicales que, en todos los colores, se expanden y extienden por el aire hacia la ciudad que sobre la vega parece dormir. Ahora sí me mira y dice:
- Esta nube musical, como una lluvia fina, dulce y placentera, va a derramarse sobre esta ciudad y otras y el mundo entero. Las personas, a llenarse de esta música, perderán todos sus miedos, se llenarán de paz y fuerza y curarán de todas las enfermedades. Los corazones de todas las personas, es esto lo que necesitan.

11 de mayo 2020 -56
LOS PUENTES
A la derecha del gran arroyo según se mira hacia el norte, se encuentra el pequeño pueblo. Como escondido entre un beso bosque de castaños con troncos gruesos y muy en silencio. Sus casas son todas blancas y las calles estrechas y con pequeñas pendientes. A la izquierda de este arroyo y también mirando hacia el norte, entre varios castaños centenarios, algunas nogueras y almendros, se encuentra la casa. También de paredes blancas, rodeada de rosales, algunas parras de donde cuelgan racimos de uvas aún muy vedes, higueras y granados.

Es primavera en sus días últimos ya casi dando paso a los primeros calores del verano. Es media mañana y el sol se extiende radiante y limpio. Huele el aire a florecillas silvestres y a mejorana y muchos pajarillos desgranan sus cantos. Ella, empujado el carrito con su niño de un poco más un año, recorre una de las pequeñas calles del pueblo, busca la vereda de tierra y poco a poco se va acercando al arroyo. Según avanza, al otro lado del profundo cauce, ver la casa como escondida entre los árboles. Y según se aproxima al arroyo, empieza a sentir la preocupación. “No sé cómo voy a poder cruzar las aguas ante este cauce con el carrito y mi niño. Si algo sale mal, todos podemos caer a la corriente y despeinarnos por la cascada. Que Dios nos ayude pero necesito marcharme de este pueblo para que mi niño esté a salvo de la enfermedad que a tantos está matando. Necesito refugiarme en esa solitaria y al llegar a casa blanca para estar a salvo”.

Y según se aproxima al arroyo, de pronto y por su derecha, aparece el mensajero joven de las estrellas. Como si la conociera de toda la vida, la saluda y le dice:
- Tú no tengas miedo. Aquí cerca de ti y a tu derecha, este gran puente de piedra va a servirte para cruzar el cauce cómodamente y librarte del peligro.
Mira ella para su izquierda y de pronto queda sorprendida. Nunca en su vida ha visto por aquí este puente que ahora y como de la nada, antes sus ojos aparece. El joven mensajero de nuevo le comenta:

- Es lo que todas las personas, ciudades y naciones del mundo, necesitan: puentes hermosos y robustos que sirvan para pasar de un lado a otro sin peligro y vivir en paz y a salvo.

12 de mayo 2020 -57

EL VIAJE

El blanco pueblo, se extiende a lo largo de una pequeña colina. A ambos lados, para el norte y para el sur, caen dos pequeñas pendientes por donde, en lo hondo, avanzan los cauces de dos arroyos no muy grandes. Al norte del arroyo en este lado, se extiende una gran llanura poblada de encinas y alcornoques. Al sur del arroyo en este lado, se eleva una ladera también poblada de encinas, alcornoques y cornicabras. Por la mitad de esta ladera que da de frente a la colina por donde el pueblo se alarga, discurre una no muy importante carretera. Sube desde la ciudad y por esta carretera, una vez al día, pasa el autobús.

En la mañana soleada de la primavera, el joven matrimonio salió de las últimas casas del pueblo. Llevando con ella a su niña y algunos enseres personales. Por la senda bajaron hasta el arroyo al lado sur y luego remontaron buscando un punto concreto en la carretera por esta segunda ladera. Navegar a lugar, separaron y pacientes esperaron la llegada del autobús. Media hora más tarde apareció éste y el joven matrimonio se dispuso a subir para emprender el viaje. El conductor le preguntó:

- ¿Y vuestra documentación?

El joven matrimonio le mostraron unos papeles y al terminar de hojearlos, el conductor comentó:

- No podéis subir mi viajar en este autobús porque vuestros papeles me están ordenados ni tampoco están en regla.

Devolvió los papeles al joven matrimonio y el autobús se alejó dirección al sol de la tarde.

Junto a la carretera se quedaron ellos como acurrucados y esperando no sabían qué, sin pronunciar palabra, tristes y como sin esperanza. Desde el lado del bosque de las encinas, se acercó a ellos el mensajero de las estrellas, los saludó y les digo:

- No estoy triste ni preocuparos.

- Pero ya ves nuestra situación. ¿Qué podemos hacer?

- Esta noche, ni hará frío ni lloverá. Cantarán por el campo los grillos y las aves nocturnas y la luna saldrá redonda y por completo bella. Mirad en esos momentos al firmamento repleto de estrellas brillantes y dejad que el viento y el silencio os abrace. Vuestros corazones se llenarán de paz y fuerza. De nuevo mañana volverá a pasar por aquí el autobús y todo será nuevo. Tus papeles estarán ordenados y perfectamente en regla. Nada hay más grande que la esperanza y el abrazo sincero y amoroso que siempre regala el corazón mismo del Universo.

13 de mayo 2020 -58

LA BODA

Caminaba sola delante del grupo calle abajo. Vestida con ropa elegante pero no con traje de novia. Ella libremente lo había decidido así. El grupo de sus amigos, no muchos, le seguían detrás y a cierta distancia de ella y entre sí. A su derecha según avanzaban, les iba quedando algunas pequeñas casas de paredes blancas, un terreno llano sembrado de cereales y, al fondo y bastante lejos, las siluetas de montañas cubiertas de vegetación. A su izquierda, también se veía una hilera de blancas casas, terreno llano por detrás de estas casas, más al fondo, el cauce de un ancho río y al otro lado de este río, una extensa llanura que se perdía en la línea del horizonte. Era media mañana de un soleado y claro día de primavera.

Al llegar ella un poco antes del final de la calle, los que controlaban, le pidieron que se detuviera. Le reclamaron varios documentos, le advirtieron de retenciones y normas y luego le hicieron firmar varios papeles. Después la dejaron pasar y al llegar los que le seguían, se repitió la escena. Poco después dejaban atrás las casas blancas de la calle larga y torcieron para su lado izquierdo. Durante un buen rato, caminaron siguiendo una senda de tierra que avanzaba como dirección al levante y hacia las aguas del río. Al llegar a la curva de este cauce, vinieron para el lado derecho y en una pequeña plataforma de tierra algo elevada, se pararon. Miró ella al frente y vio el grupo de casas donde sabía estaba la persona amada, su futuro esposo. Dijo a los que le acompañaban:
- Ahí está él pero ni yo puedo entrar en este barrio y menos puedo acercarme a dónde vive. Tampoco él puede salir de su casa. La boda tendría que celebrarse hoy, esta mañana, y ya estáis viendo.
Los que le acompañaban, miraban pensativos y no pronunciaron palabra.

Se vino ella para el lado izquierdo, como hacia las aguas del río y al ver al joven que le salía como al encuentro lentamente, se acercó a él y, como buscando apoyo y algo de consuelo, quiso abrazarlo. En su corazón sentía como si lo conociera desde hacía mucho, mucho tiempo. Por eso sentía confianza y por eso, desde esta confianza, le estaba pidiendo que le ayudara. El joven mensajero enviado desde las estrellas, le pidió que se acercará con él a las aguas del río. Las aguas del río bajaban claras, muy serenas y reflejando una belleza única. Junto a estas aguas, se detuvo el joven y le digo a ella:
- La transparencia de esta corriente, su serenidad y música, puede curar todas las soledades, dolencias y enfermedades. Quédate aquí en silencio conmigo durante un rato y ya verás como descubrimos mundos nuevos, la belleza que en tu corazón sueñas y la eternidad de una realidad que en nada se parece a la que en este mundo viven los humanos.

14 de mayo 2020 -59

EL FARSANTE

Tenía poder, conseguido de la forma menos limpia y noble. En la ciudad, solo los que obtenían algún beneficio de él, lo aceptaban. Los demás, sabían bien que no era buena persona ni procedía con honradez ni en su corazón había buenos sentimientos. Siempre que se le presentaba lo ocasión, engañaba, maltrataba a quien le llevara la contraria o le pusiera dificultades, humillaba y destruía incluso al más humilde. Muchos sabían la maldad que en su interior tenía y por eso no lo aceptaban. Entre se coma con frecuencia comentaban:
- Es un inculto ignorante que ni siquiera tiene estudios. Mentiroso como él solo, soberbio y prepotente, liante y malo, muy malo.

Aquella mañana de primavera, recorrió las calles y entró en la tienda de ropa más caras de la ciudad. Durante un buen rato, estuvo buscando hasta que encontró lo que quería: la camisa más bonita de cara que en el establecimiento había. Se dijo: “Es exactamente igual a la que ya he usado algunas veces. Me va a servir para lo que pretendo”. Cogió la prenda, pagó en el mostrador y al que le atendía, le preguntó:
- Si se presenta algún problema porque algo no esté bien ¿cuánto tiempo tengo para devolver esta prenda?
- Tiene quince días para devolverla.
Dio las gracias, cogió la bolsa con la camisa, salió de la tienda el camino por la calle con un pensamiento muy fijo en su mente.

Tres días más tarde volvió a la tienda con una bolsa en sus manos. Busco a la persona que le había tendido unos días antes, le mostró la camisa y le dijo:

- Quiero devolverla porque no me queda bien ni me gusta mucho.
- Sin problemas.
Comentó el empleado. Cogió la bolsa, sacó la camisa, la puso sobre el mostrador y se quedó fijo mirando. El que había llegado, comentó:
- Ni tiene virus ni está contaminada por nada.
- Puede ser así pero esta camisa no es la que usted se llevó hace unos días.
- ¿Me estás acusando de engañarte?
El empleado de la tienda, volvió a meter la camisa en la bolsa, se la entregó al hombre y de nuevo le dijo:
- No puedo aceptar esta prenda porque es vieja y está usada.
- Pues si no la quieres, tírala a la papelera y aquí tiene el ticket de la compra que hice el otro día. Devuélveme el dinero y estamos en paz.

15 de mayo 2020 -60
LAS TAREAS
Lo he visto sentado al lado de abajo del terreno que hace como de balcón frente a la ciudad de Granada. Por todo parecía dormir al tiempo que se oía un latido inmenso sobre el fondo del silencio. Estaba solo y miraba como meditando. A él se han acercado las dos niñas, la mayor de catorce años y la menor de doce. Traen libros en las manos, cuadernos y bolígrafos. A su lado se han parado y le han preguntado:
- Los profesores nos han mandado muchos trabajos y algunas cosas no sabemos cómo resolverlas. ¿Tú puedes ayudarnos?
- Puedo hacerlo pero a cambio os voy a pedir algo.
- ¿Qué vas a pedirnos?
- Hacemos vuestros ejercicios y después os enseño algo que también es importante que sepáis.

Estuvieron ellas de acuerdo y, sin más, se pusieron a resolver los ejercicios. Con elegancia, suavidad y sabiduría, les aclaró todas sus dudas y les explicó lo que ignoraban. Después dejó que por entre la hierba y las plantas de jardín, jugaran y corrieran en libertad. El sol de la mañana primaveral, se derramaba muy brillante y el aire regalaba esencias a flores frescas. Pasado un rato, las llamó y les dijo:
- Vuestros juegos son especiales y divertidos pero hay todavía una tarea pendiente. Tengo que enseñaros algo que es bueno para vosotros que conozcáis.
- ¿Y tenemos que dejar de jugar?
- Durante un rato, sí.
- Pues nosotras queremos seguir jugando.
Dijo la más pequeña.

Nada dijo él. Lentamente se apartó de ella y caminó en silencio como hacia la ciudad. Al verlo, la mayor de las dos niñas, dejó su juego y se fue como a su encuentro. Lo cogió del brazo y con amabilidad le preguntó:
- ¿Estás enfadado con nosotras?
- Yo vengo del corazón mismo del universo, mucho más allá de donde las estrellas que brillan en el firmamento. Vuestros juegos y ejercicios de clase, son importantes y es muy bueno que os dedicáis a ello. Pero lo que yo quiero mostraros, es de una belleza y valor superior. Si no estáis conforme con ellos, no pasa nada.
- Pero nosotras no queremos que estés enfadado ni que te marches. Yo quiero ser tu amiga y por eso deseo que me muestres lo que tú dices es tan importante.

16 de mayo 2020 -61
EL ERMITAÑO

Desde hacía bastante tiempo, cada amanecer y a lo largo de todo el día, desde el balcón que mira a la ciudad, observaba en silencio. Meditaba y le dolía en su corazón lo que veía, oía y leía. Por eso sabía que las personas estaban encerradas en sus casas, que muchas enfermaban, bastantes acudían a los hospitales y un número grande de estas personas, cada día morían. Sabía que los políticos, los gobernantes, se peleaban entre sí buscando solo su propio interés. Se le llenaba el corazón de tristeza al comprobar esta desgracia y sufría porque nada podía hacer ni tenía en sus manos herramientas para ayudar a estas personas. Se decía: "¡Si al menos pudiera darle algunos alimentos para que no se mueran de hambre, si al menos pudiera aliviar un poco la enfermedad que tanto les atormenta, si al menos pudiera estar a su lado y coger sus manos en el momento de la muerte, si al menos, algo, cualquier cosa, pudiera hacer por ellos y para frenar esta terrible enfermedad y sufrimiento…!

Agobiado por estas circunstancias y sintiéndose por completo inútil, una mañana preparó cuatro cosas, recorrió las calles de la ciudad, subió por los caminos y en un lugar de la montaña que conocía desde hacía mucho tiempo, junto al río y un manantial limpio, se detuvo. Buscó piedras, madera y monte y en poco tiempo, construyó una humilde cabaña. Se acomodó dentro y junto al río, labró algunas tierras, sembró semillas, buscó frutos silvestres y plantas por el bosque y se alimentó de esta manera. Sabía que aún era rico porque el agua no le faltaba, los pajarillos alrededor le ofrecían sus cantos, las plantas, además de frutos, le regalaban aromas y colores, el aire en cada momento lo acariciaba y el cielo azul, el sol y las nubes, le mostraban caminos a lejanos infinitos. Rezaba al cielo para que el Dios de la creación aliviara los sufrimientos de las personas en el mundo entero.

Y una noche, cuando estaba acurrucado en un rincón de su humilde cabaña, sintió ruidos. Se levantó y vio a un hombre que recogía semillas y frutos de las tierras que junto a las aguas del río tenía sembradas. El hombre al verlo, sintió miedo y como llorando, dijo:
- Mis hijos, mi mujer y yo, nos estamos muriendo de hambre encerrados en la casa. La enfermedad nos ha atacado y nadie puede echarnos una mano. Estamos sin agua, sin luz, sin alimentos y sin libertad. Siento mucho si te estoy robando.
Y él, el ermitaño, sin mostrar enfado sino como aclarando, dijo:
- Yo también me estoy muriendo de hambre y de tristeza. Nada puedo hacer por ti ni por otros muchos que como tú tienen el mismo problema. Lo que por aquí encuentres, cógelo como si fuera tuyo. Yo seguiré rezando al cielo por mí, por ti y por todos, hasta que se me acaben las fuerzas. Es lo único que sinceramente puedo. Y si a ti y a mí y a otros muchos se nos acaben los alimentos y morimos, quizá Dios nos regale allá en el firmamento y en la eternidad, un paraíso lleno de estrellas.

17 de mayo 2020 -62

EL VALLE

Después de tantas primeras, veremos, otoños e inviernos, después de tantos silencios, recuerdos, momentos de soledad repitiéndose un día y otro, después de tantos sueños rotos y momentos oscuros, todavía los sigo viendo tal como en aquellos días de mi niñez. Como si el tiempo no hubiera pasado o como sí, de alguna manera, se hubieran quedado para siempre eternos como eran en aquellos días. Algo realmente maravilloso y lleno de un gozo hondo que pertenece a lo más elevado, misterioso y sagrado del universo.

Me he asomado esta noche por lo alto de la loma de las encinas. Gozando de la misma libertad y sensaciones que en aquellos tiempos. Al llegar al punto exacto que en ningún momento puedo borrar de mis recuerdos, me he parado. Mirando hacia el lado norte, he observado despacio. Y ahí, a unos quinientos metros, como a mis pies y en silencio, he

visto al valle. Extendido en tierras llanas, cubierta toda la extensión bosques de álamos y mucha hierba resultado por el río de aguas claras. Contra este río, en la curva, he visto a la casa y cerca de esta vivienda, he visto a la madre, al hermano mayor, a la niña y a mí mismo todavía pequeño. El padre no está lejos cuidando de los animales y la madre trajina cuidando de la casa, ropa, alimentos y nosotros. La madre es pequeña pero es todo nervio, con un corazón hermoso, esfuerzo y sacrificio en todo momento. Noble borro gris nos sirve de compañía y de juguete. Es mi amigo predilecto.

Desde lo alto de la loma y a lo lejos, me emociono ver esta escena. Como si no hubiera pasado el tiempo a pesar de que si son ya muchos, muchos los años transcurridos. Nada es igual en el valle a como fueron las cosas en aquellos tiempos y ninguno de ellos excepto yo, viven. Todos ya se fueron pero lo que mis ojos han visto esta noche desde lo alto de la loma y por el valle de los recuerdos, es como un pequeño y hermosísimo paraíso donde ellos y, en el centro la madre, permanecen hermosos y eternos. Gran acontecimiento que celebro en mi corazón porque esto me confirma una vez más que la inmortalidad es real y la eternidad existe tal como a todas horas la sueño.

18 de mayo 2020 -63

¿A DÓNDE VAN?

Antes de ayer y ayer por la tarde, descargaron tormentas sobre la ciudad de Granada. Con gran aparato de truenos, viento, granizos y recia lluvia. El día de hoy, se ha presentado con un cielo totalmente limpio de nubes y muy azul. Desde primeras horas de la mañana, brilla un sol puro y las temperaturas no son muy altas. Un hermoso día de primavera que pareciera por completo lleno de esperanza. Huele el aire a fresco y los paisajes se ven muy verdes porque en estos últimos días las lluvias han caído sin parar. Y hoy por primera vez este año, he visto por aquí surcando el cielo, una pareja de golosinas.

A primeras horas de este luminoso y brillante día, me he acercado al balcón donde lo veo lo veo una vez y otra cada noche en mis sueños. No está por aquí pero sí miro despacio hacia la ciudad extendida por la llanura de la vega y me parece verlo alejándose como por un transparente camino sostenido en el mismo viento. Camina de espaldas a mí y según se aleja, me parece verlo fundirse con el mismo viento y la luz radiante de este nuevo día. Lo observo muy concentrado intentando comprender algo de este misterio y, al mismo tiempo, un poco sorprendido. Me preguntó: “¿Por qué hoy no pronuncia palabra? ¿Por qué parece que ya no es necesario decir ni hacer nada más y por eso se aleja? ¿Por qué se hace viento fundiéndose precisamente con este viento y la luz radiante de la mañana? ¿Por qué suceden las cosas así y a dónde va?”

Pero antes de que desaparezca de mi vista y lo pierda quizá para siempre, según presiento, desde donde estoy al borde del mirador frente a la ciudad extendida por la vega, le digo:

- A lo largo de mi vida, he conocido a muchas personas y bastantes de estas personas, después de un tiempo siendo amigos, se han marchado lejos. De pronto y en un momento, guardaron silencio y se alejaron y nunca, nunca más he tenido noticias de ellas. Las he recordado cada día y por eso ahora me atrevo y te pregunto: ¿A dónde van, a dónde se fueron estas personas y por qué tan de pronto y sin avisar se alejaron y guardaron silencio para siempre? ¿Qué son y a dónde van las personas que ya no puedo oír ni ver en ningún momento?

19 de mayo 2020 -64

EL ENFADO DEL PADRE

He visto al hermano menor en todo lo alto de la torre de roca natural entre las dos montañas. Un espigón rocoso en forma de columna en la cuerda entre dos montañas y justo donde nace un caudaloso y casi torrencial arroyo. He visto luego al hermano menor hablando con el padre que va con los animales, justo donde el arroyo torrencial se junta con el río. El padre le ha preguntado:
- ¿Por qué has dejado sin tu cuidado a los animales por estos lugares?
Y el hermano menor le ha dicho:
- Los animales saben moverse sin problemas por todos estos lugares y a ellos les gusta ser libres. Les gusta no sentirse guiados porque son inteligentes y aman la libertad.
Nada ha respondido el padre a estas palabras del hermano menor.

Poco después he visto al hermano menor sentado en la mesa de la sala en la vivienda junto a la madre, el hermano mayor y la hermana menor. Delante de ellos, sobre la mesa, tienen los platos y los cubiertos y se preparan para comer. Por la puerta del fondo, aparece la figura del padre y muy enfadado, habla casi gritando:
- No puedo más.
- ¿Qué es lo que te pasa?
Le pregunta la madre.
- Estoy cansado, inquieto agobiado y también atiborrado de oír tantas noticias todas negativas. Los que nos gobiernan no están haciendo las cosas bien porque son unos inútiles, mentirosos y egoístas. No hacen nada más que hablar, proponer y prohibir pero ya ni siquiera sé qué cosa de la que hacen o dicen, es verdad o mentira. Estoy cansado, por completo agotado por tanto ruido inútil y falso.

La madre le ha pedido al padre que se siente en la mesa junto a ella. Todos están callados y el hermano menor, también sentado en la mesa frente al padre, lo mira y muy seguro de sí, comenta:
- Padre, lo que yo pienso es que tú no debes hacer caso ninguno a lo que oyes continuamente. Porque tienes razón en lo que dices: muy pocos son los políticos, los que nos gobiernan, que cuando hablan dicen la verdad. Nos cuentan cosas que luego ni hacen ni cumplen y además, cambian de opinión una vez y otra.
Y la madre le dice al padre:
- Lo que está comentando tu hijo, es la pura verdad. Para no llenarte de rabia y vivir en paz, sin que te hago daño lo que oyes una vez y otra, lo mejor es que las cosas te entren por un oído y te salgan por el otro. No hagas caso a nada, a nada absolutamente de lo que estas personas nos dicen un día detrás de otro. Tú eres bueno, nos quieres noblemente y estás llenando en todo momento de dignidad a esta familia nuestra. Que los ruidos de esas personas que estamos diciendo, te entren por un oído y te salgan por el otro.

20 de mayo 2020 -65
LA SOLEDAD
La madre lavaba en el arroyo entre las adelfas. Sin parar remojando y frotando la ropa y con la única compañía de la hermana pequeña, la corriente del arroyuelo, el canto de algunos pajarillos, el aire fresco de la mañana, el aroma que la naturaleza le regalaba y el azul del cielo. Todo lo demás eran silencios y soledad. Una soledad llena, acariciada por los rayos templados del sol y auténtica. La madre, menuda de cuerpo, baja de estatura, pelo recogido en moño sobre su cabeza, voz melodiosa y ojos redondos y negros, apenas conocía ni tenía otro mundo ni horizontes. Y embargo, era buena, muy buena.

El hermano menor, sin más compañía que la presencia de varias encinas entre el arroyo donde lavaba la madre y la casa, en nada se ocupaba. De acá para allá sobre las rocas por la puerta de la vivienda, se movía despacio y miraba a las encinas y a la sombra que estos

árboles proyectaban por el terreno. Sentía en su corazón que le faltaba algo y ni siquiera sabía que la soledad era su única compañía. El padre estaba pendiente de los animales, cabras, ovejas y algunos cerdos, al otro lado del arroyo, por las laderas que caían hacia el río. También en su soledad concreta, cada vez más cansado y con poca esperanza de que las cosas mejoraran. El padre era alto, recio, con pelo espeso, ojos castaños y corazón noble. Su mundo era el trabajo y casi nunca con la posibilidad de verse con otras personas y hablar un poco.

A la puerta de la casa, donde el hermano se movía por encima de las rocas, se acercó la otra madre con sus dos niñas. Al verlas, el hermano menor se animó un poco y enseguida le preguntó:
- ¿Qué estáis buscando por aquí?
Y esta madre, le dijo:
- Hemos oído que tenemos que apuntarnos para pertenecer a algún grupo. No sabemos ni a qué grupo, de qué modo ni para qué.
Y el hermano menor, no supo que decir a lo que oía. Sí, de alguna manera, sintió en su corazón la necesidad de que sus dos niñas y ella, se quedaran por el lugar. Intuía que, al menos con algunas personas podría compartir las horas y los días. Ni la madre que lavaba entre las adelfas ni el padre ni el hermano menor ni la segunda madre con sus dos niñas, eran conscientes de la inmortalidad y hondo misterio que en estos paisajes y días, estaban viviendo.

21 de mayo 2020 -66

YATING ZHONG, **大头哈**

Llegó a la ciudad, al principio de curso, desde un país lejano, China. Se preparó para comenzar y realizar su tesis en la universidad y, en los primeros días, paseó por las calles de la ciudad. Se encontró con ella y la saludó por donde la Carrera del Darro, las palomas y los patos.
- Quiero practicar mucho el idioma español y para eso fundamentalmente he venido a este país.
Decía. Unos meses más tarde, aparecieron los primeros infectados por el nuevo virus precisamente en su país de origen. Y no tardó en extenderse este virus por todo el mundo. Cinco meses más tarde, ella y todas las personas de este país, estaban encerradas en sus casas sin poder moverse ni pasear por las calles ni asistir a las clases de la universidad. Unos de estos días, a mediado del mes de mayo, recibió un correo:

"¿Es conveniente que me llames ahora? Tengo un asunto muy urgente. Tengo granos extraños en mi mano. Ayer fui a una farmacia a consultar y la doctora me dijo que parecía herpes zoster. Pero no estuvo segura. Me sugirió que fuera a la clínica a ver al médico. No tengo dinero para mi teléfono ahora, pero necesito contactar a mi compañía de seguros y pedirles que hagan una cita para un médico de la clínica. Salí ayer y olvidé cargar mi teléfono... Debido a que la situación es urgente ahora, quiero molestarte para que me ayudes a contactar a mi compañía de seguros y pedirles que hagan una cita para un médico de la clínica".

Enseguida contactó con ella y, después de conocer mejor lo que le sucedía, la animó y ayudó para que fuera al hospital.
- No es necesario llamar para concertar una cita. Coge tu documentación y preséntate directamente en el centro hospitalario.
Le facilitó la dirección y forma de ir a este edificio y, sin perder tiempo, ella se puso rumbo al hospital. Según caminaba por las calles, intercambiaba información para acertar con la ruta más correcta y corta. En unos de estos momentos, comentó:

- No hay nadie por las calles y hace mucho, mucho color.
Las temperaturas en esta ciudad justo alcanzaban los treinta y dos grados. Media hora después, dijo:
- Tengo todo el brazo lleno de ampollas, me pica mucho y mi teléfono se está quedando sin batería. Cuando luego esta noche ya esté en mi casa, te llamo y te cuento cómo ha ido todo. A las diez de la noche, llamó.
- La doctora me ha dicho que sí tengo el herpes zóster. Me ha mandado una medicina que tengo que tomar por la boca y una crema para untarme en el brazo. Me ha dicho que desinfecte toda la ropa y también la de la cama. Ahora voy a ducharme, luego voy a preparar algo de comida porque tengo mucha hambre, lavaré mi ropa después con agua caliente y detergente que he comprado y mañana por la mañana, lavaré también toda la ropa de mi cama. Las medicinas me han costado más de cincuenta euros.

22 de mayo 2020 -67

LA HERENCIA

Esta noche, en mi sueño, he visto a joven mensajero de las estrellas, sentado en el borde mismo del balcón que mira a la ciudad de Granada. Es ya casi final del mes de mayo y por eso a media mañana, el sol calienta mucho. A treinta y dos grados llegaron las temperaturas ayer. El verano ya se acerca aunque aún todavía los mirlos y otros pajarillos, se afanan en sus nidos y en la cría de sus polluelos. Son los que se conocen como nidos de reposición porque los primeros que hicieron, fueron depredados por los arrendajos, urracas o gatos. Han florecido las azucenas, por el aire expanden su perfume y todo el jardín se prepara para la llegada del verano.

Abajo, a solo unos cientos de metros de donde el mensajero está sentado, entre muchos edificios y viviendas, se ve una blanca casa. Las puertas están cerradas y dentro, en la cama, el padre respira con dificultad. Ha pedido que todos los familiares se acerquen y escuchen. Habla también con mucha dificultad y a cada uno va diciendo lo que le deja en herencia. Todos escuchan en silencio y ninguno pronuncia palabra. La madre, las hijas y alguno de los varones, de vez en cuando retiran pequeñas lágrimas que les resbalan por las mejillas. Miran y escuchan y ni siquiera están seguros de que sea real lo que está ocurriendo. En el jardincillo de la puerta, entre unos rosales, se oye el canto de un mirlo y algo más a lo lejos, se oye el ruido de algunos coches. En la cama, el padre guarda silencio y su aliento se apaga.

Veo que en estos momentos, el joven mensajero de las estrellas que está sentado al borde del mirador que domina a la ciudad de Granada, se mueve hacia su lado derecho. Alarga su mano y como del viento, coge un hermosísimo ramo de flores. Flores todas frescas, de colores muy variados, transparentes como el cristal o como el hielo más puro, las azucenas que a la vez reflejan blancura y se ven frágiles, muy frágiles. No puedo entender lo que estoy viendo pero si tengo conciencia de que es cierto y por eso, en algún momento, hasta siento temor de que las flores se rompan. Pero el mensajero, con mucho cuidado, aprieta en sus manos este mágico ramo de flores y camina hacia la casa donde el padre ya no respira. Oigo que susurra: “Tengo que presentarme y acompañarlo para sienta la paz y el gozo”. Quiero preguntarle pero no digo nada. Observo y medito.

23 de mayo 2020 -68

EL ÚLTIMO JORNAL

Su bicicleta la había dejado no lejos del camino, ceca del arroyo. Resguardada del sol, bajo una encina mientras él, a lo largo de todo el día trabajaba con la cuadrilla. Labrando las tierras de la pequeña ladera a la derecha del arroyo, sembrando las semillas, escardando y quitando las malas hierbas y arrimando la mejor tierra a las plantas ya brotadas. Solo media

hora se detuvo en el trabajo al medio día para comer un sencillo y pobre bocadillo y beber unos tragos de agua. Era primavera ya camino del verano y por eso todos los paisajes mostraban brotes y colores de vida nueva. Por el arroyo, entre las zarzas y adelfas, se oían los cantos de los ruiseñores y también el de las oropéndolas.

Al caer la tarde, el manijero pidió a la cuadrilla que detuviera el trabajo. Junto al camino, sobre unas piedras, puso unos sobres y abrió el cuaderno. Uno por uno fue llamando a los de la cuadrilla y al tiempo que le entregaba el sobre con el sueldo del día, le daba la noticia. Lo llamó a él, le entregó el sobre con las monedas del jornal y le dijo:
- Mañana ya no vuelvas. Para ti se ha terminado el trabajo en estas tierras.
Como un pequeño puñal clavado en el corazón, recibió la noticia. Nada dijo. Se fue hacia donde su bicicleta, la sujetó, la puso sobre el camino, montó en ella y lentamente comenzó a remontar hacia el collado, dirección al pueblo. A sus espaldas, se ponía el sol y sobre la vega y bastante lejos, se vislumbraban los edificios de la ciudad. Pedaleando lentamente sobre su bicicleta, iba alcanzando la parte más alta en el collado al tiempo que preocupado, muy preocupado, meditaba.

Después de coronar la elevación y nada más empezar a descender por la pendiente dirección al pueblo, vio a las personas. Muchas personas a un lado y otro del camino que en fila y con mascarillas, parecían esperar algún importante acontecimiento. Avanzó él y al encontrarse con las primeras personas, unas muchachas le dijeron:
- Esto es un acto en recuerdo a la memoria de todas las personas mayores que ha muerto en la etapa de la epidemia. Queremos llevar flores a sus tumbas y construirles algún monumento para que su memoria no se olvide. Si puedes darnos algunas monedas para colaborar, te lo agradecemos.
Y sin más, él le dio a esta joven el sobre con el dinero de su jornal y ella se lo agradeció. De nuevo le dijo:
- Y cuando llegues al pueblo y te encuentres con personas y lugares, ten mucho cuidado. Este virus es como una cuadrilla de personas malas, muy malas que acecha y persigue para atacar y hacer daño.

24 de mayo 2020 -69

SIN CASA

En tiempos pasados, hubo guerra en el país. Unos contra otros. De la misma nación y las batallas fueron muy cruentas. Sobre el pequeño pueblo en lo alto de la loma, uno de estos días de guerra, arrojaron muchas bombas. Y donde más bombas cayeron, fue precisamente en las humildes casas de la calle larga. Murieron muchos de las personas que vivían en estas casas y las viviendas, casi todas quedaron por completo destrozadas. Sin techo, rotas paredes, puertas y ventanas y con solo algunos trozos de muro y cimientos. Las pocas personas que escaparon de este bombardeo, cargando con sus penas y pobreza, se fueron lejos. Nunca, nunca más volvieron por el lugar.

Pero pasado mucho tiempo, casi cien años, otras personas reconstruyeron un poco las ruinas los bombardeos y en una de las casas más humildes, al final de la calle, el matrimonio con sus hijos, se acomodó. En un reducido espacio donde apenas cabían. Pocos años después se extendió por todo el país y otros muchos territorios del mundo, un extraño virus muy infeccioso e inmortal. En la humilde casa, el hermano menor, fue atacado por este virus. Y para no contagiar a su familia, preparó un humilde colchón lleno de paja, una manta de lana algo rota y poco más. Al lado de afuera de la casa y entre algunas de las ruinas que dejaron las bombas de la guerra, se refugió. Al raso, frente a las estrellas, el viento y el sol de los días de primavera.

Bajó él varias veces al arroyo de la izquierda, buscó delgadas ramas de mimbre, eneas y algunas maderas y en el rincón donde se había refugiado, se puso a tejer cestas y sillas. En la soledad de las mañanas, del mediodía y al caer la tarde y con la esperanza de que alguna persona al pasar por allí, le comprara estas sencillas obras de arte. Pocas personas pasaban por el lugar pero las que lo hacían, desde cierta distancia, lo mirarán y seguían adelante. Él se decía: “No importa que nadie me compre estas cosas que estoy haciendo. Si esto del virus pasa y yo recupero mi salud y fuerzas, en algún momento, se me presentará la oportunidad y entonces me alegraré de ello”.

25 de mayo 2020 -70

LA MONTAÑA

Los he visto cruzando el estilizado y casi colgante puente del río. El hermano pequeño camina el primero, llevando de la correa a su perrillo blanco. La hermana le sigue sujetando en su hombro el violín color caoba y los padres siguen a sus niños. De las espaldas de cada uno de ellos, cuelgan las mochilas casi llenas. La mochila de la niña, es rosa y azul, la del hermano, verde y negra y las de los padres, grises con trozos verdes agua. La mañana del transparente y sereno día de primavera, se abre toda llena de sol y regalando colores y perfume a plantas silvestres. Todos los tomillos, romeros, aulagas y cantuesos, están florecidos. El aire es fresco y el cielo, azul limpio.

La carretera se estira a lo largo del río, según corren las aguas y algo elevada en la ladera. Pero ellos, nada más cruzar el puente, toman por la vereda que ascienden trazando zigzags en busca de la cumbre. A la montaña se le conoce con el nombre de Torreárboles. Comenta la niña:

- En cuanto estemos en lo más alto de todo, voy a llamar a mi hermana. Hace mucho que nada sé de ella y más tiempo hace aún que no la veo. ¿Cómo estará viviendo lo del encierro en las casas y la presencia de virus?

Todos guardan silencio. La hermana mayor, hace mucho tiempo que se fue a otras partes del país, en busca de trabajo. Pasado un rato, la madre comenta:

- Tu hermana mayor, es valiente pero está sola y en estos momentos, ni siquiera sabemos cómo se encuentra. Desde lo alto de la montaña, vamos a llamarla para hablar con ella.

Después de mucho rato ascendiendo por la senda, remontan hasta lo más elevado de la cumbre, se paran y miran. Al frente, lado de la tarde y muy lejos, se extiende la ciudad. A sus espaldas, entre un espeso bosque de árboles, se esconden las casas del pueblo. Sobre una roca de granito, la niña se sienta, prepara su violín y antes de interpretar la melodía, de nuevo comenta:

- Él me dijo que este lugar, es el correcto para que el violín vibre y la música suene. Retumbará por el aire y se escuchará en muchos lugares de la tierra. Las personas al oír las melodías, se alegrarán, se llenarán de gozo sus corazones, curarán por completo de la enfermedad y el virus se irá para siempre de nuestra presencia.

26 de mayo 2020 -71

SIN FUERZAS

Ya era muy mayor. Se cansaba bastante en cuanto recorría un trecho, la respiración se le entrecortaba de vez encuadernado y al andar, casi nunca lo hacía recto. No padecía ninguna enfermedad y ni siquiera en el rostro tenía arrugas pero el paso del tiempo se lo iba a comiendo poco a poco y de la manera más silenciosa.

Nada más despertarse en su cama aquel templado día de primavera, oyó la voz del director que les llamaba.

- Quedamos que a partir de hoy tienes que hacerte cargo de la portería. El colegio ya está abierto y los alumnos y profesores van llegando. Ahí en la portería tenías que estar tú ahora mismo atendiendo a todas las personas que necesiten ayuda.
Sin pronunciar palabra, rápido abandonó la cama. Se cambió de ropa sin asearse casi nada y en unos minutos, ya estaba en la portería atendiendo a los que lo necesitaban: teléfono, fotocopias, preguntas, horarios de clase… profesores, alumnos y padres, uno detrás del otro, le pedían cosas y casi todos con urgencia. Al poco rato se sintió tan cansado que ni siquiera en su mente tenía la realidad clara. Se quejaron algunos profesores y entonces apareció el director.

Lo llamó, le pidió que se sentara a su lado al tiempo que le decía:
- Ya ves la cantidad de quejas que unos y otros tienen de ti. ¿Qué es lo que te está pasando?
Con voz muy apagada intentó explicar al director que el cuerpo no le respondía porque los años lo tenían ya muy roto.
- Mi corazón quiere y mi alma también pero no tengo fuerzas.
- ¿Y qué quieres que haga contigo?
A través de los cristales de la ventana a su derecha, miraba como ausente. Vio como varias personas cortaban los árboles de la entrada al tiempo que comentaban:
- Están ya tan viejos estos árboles que ni siquiera para leña sirven.

27 de mayo 2020 -72

LOS PASTORES

Lo he visto caminando solo por la calle. Mira a un lado y otro buscado el número de la casa. No está seguro de encontrarla porque no conoce bien la calle ni la casa ni el pueblo. Vino por el lugar, hace mucho, mucho tiempo. Desde aquellos días y mucho antes, sabe que esta villa, desde su nacimiento, fue el pueblo de los pastores. Huele a pastores, el sol siempre le da de lleno, tiene color de nieve, como un rebaño de ovejas se extiende en el centro del gran valle y se mantiene en silencio, como acurrucado en el tiempo. El blanco pueblo, es hermoso y tiene personalidad propia. Él lo sabe.

En la casa de la esquina, ve la ventana como tapada por las ramas de la higuera. En la puerta, bajo las ramas de este árbol, se para, llama y enseguida le abren. Al verse, se saludan expresando la alegría del encuentro y, la mujer mayor de la casa y madre de los jóvenes pastores del valle, al instante pone sobre la mesa, varios platos con alimentos.
- Después de tanto tiempo, de verdad que nos alegramos. En la familia, con frecuencia hablamos de ti a pesar de lo poco que nos tratamos.
Comenta el hombre de la casa, padre de los jóvenes pastores del valle y marido de la mujer. Casi al instante, ella anuncia.
- Voy a salir un momento para comprar algo especial en la tienda de alado. Tu visita nos llena de gozo porque, como otras muchas personas, llevamos más de dos meses encerrados aquí en la casa. ¡Qué virus tan extraño y cuánto miedo de que en algún momento nos mate!

Mientras comenta con el padre y esperan a que ella vuelva, se mueve por la estancia y, de vez en cuando, se asoma por la ventana. Le llama la atención la higuera tan frondosa que casi en la pared, crece. Y de pronto, por la calle que sube recta hacia la ventana, los ve avanzar. Son cinco o seis jóvenes que caminan entusiasmados derecho a la casa. Le pregunta al padre y éste le aclara:
- Son nuestros hijos, tus primos y los jóvenes pastores del valle. Lo mismo que tú, vienen a vernos después de casi dos meses y medio confinados. Se alegrarán mucho encontrarte aquí con nosotros.

- ¿Y qué son esos ramos blancos que las muchachas traen en sus manos?
- En el cortijo donde en el valle viven y cuidan los rebaños de ovejas, hace unos años, sembraron tubérculos de azucenas. Todas las primaveras florecen estas plantas y nuestras hijas, también cuando todos los años vienen a vernos por estas fechas, le traen ramos de azucenas a su madre. Y esta primavera, como estás viendo, no solo no se han olvidado de ello sino que hasta traen más flores y son más blancas.

28 de mayo 2020 -73

FRENTE A LA NOCHE

El arroyo baja de los montes de las jaras. Las primeras aguas, brotan en el Valle de la Cruz y las segundas, en la Fuente de la Higuera. Discurre durante un trecho por entre la Umbría de las Cornicabras y la Solana de los Acebuches. Antes de llegar al olivar, por el lado del levante, se le une el pequeño arroyo que baja de los naranjos. Avanzan sus claras agua por entre la sombra de los algarrobos y, al llegar a donde los álamos se mecen, la pequeña llanura le saluda. Una llanura muy recogida, hermosa y fresca frente al olivar y frente al blanco cortijo que se alza en la loma a la derecha de los naranjos. A esta llanura arrullada por las aguas del arroyo, ellos llegaron al caer la tarde.

A primera hora de la mañana, salieron de la ciudad siguiendo la carretera que remonta al pueblo de las montañas. Cinco en total, tres jóvenes y dos muchachas. La excursión, era como una huida del virus presente en las calles, plazas, casas y jardines de la ciudad. Buscaban aire puro, perfume de hierba y monte, rumor de agua, sol y silencios y cantos de grillos. Siguiendo la carretera y cargados con sus mochilas, caminaron durante varias horas. Al llegar a donde ya el olivar mostraba los olivos más centenarios, giraron para la izquierda en busca del blanco cortijo en lo alto de la loma. Al encontrarse con el edificio, lo rodearon por el lado de abajo y, sin pararse, continuaron por la senda que, por entre los olivos, baja hasta la llanura del arroyo. Cruzaron la corriente de las aguas y, junto al charco redondo y donde el terreno estaba alfombrado por muchos tallos de grama verde y fresca, soltaron sus mochilas. Dijo una de las muchachas:
- Exactamente este es el sitio que él me dijo. Montemos aquí las tiendas.

Antes de que la tarde se fuera y la oscuridad de la noche dejara en penumbra todos los paisajes, ya tenían ellos instaladas sus tiendas, preparadas algunas cosas para comer y también, sobre la grama y cerca de las aguas del arroyo, extendidos sus sacos de dormir. El cielo se había cubierto con densas nubes negras y el airecillo regalaba perfume a tierra remojada. Preguntó uno de los jóvenes:
- ¿A qué hora te dijo que llegaría?
Una de las muchachas confirmo:
- Cuando los grillos y las ranas comiencen a croar y la lluvia se desgrane por aquí, me dijo él que llegaría.
- ¿Y qué mensaje nos traerá?
- Yo creo que va a revelarnos cómo podremos los humanos librarnos del virus que en estos días se extiende por todo el mundo. Y también va a decirnos cuál será la mejor medicina para que en todos los humanos nazca la más sincera alegría, gozo y libertad. Será algo tan realmente maravilloso que nada ni nadie podrá nunca darnos.

29 de mayo 2020 -74

EL RÍO

El río que baja de las montañas
de manantiales escondidos
en sus entrañas,
desciende impresionante

en cascadas,
azules cielos, verdes hierbas
y nieves blancas,
lanzando gritos al viento
mientras ríe y canta.
Es como el río de la vida
que en sueños, lento se marcha.

El arroyo nace en el Collado de los Robles. En un humilde manantial entre espinos y lentiscos y en borbotones de agua tan limpia, que parecen escarcha. Enseguida se abre en varios surcos de arroyuelos frágiles que se deslizan por entre la hierba y las piedras calizas y va poco a poco el caudal avanzando y creciendo según se precipita hacia el barranco. Escoltado cada vez más por esbeltos y robustos pinos, zarzas, robles y pinsapos. Junto a la corriente de las aguas que descienden como en busca del sol de la mañana, crecen lirios silvestres, narcisos, aquilegias aguileñas, tomillos y mejoranas. Muchas aves pequeñas y mariposas, revolotean, van y vienen por entre esta vegetación. Y, junto al cauce que se hunde hacia el barranco, discurre la senda.

Bajando solitario por este camino, lo he visto esta noche. Con solo una mochila color verde y pequeña a sus espalda y un trozo de palo de castaño, en la mano. Siguiendo la senda, cruza las aguas del cauce varias veces, según avanza. Es media mañana de un resplandeciente día de primavera. Le va dando el sol de frente, alzado ya bastante sobre las montañas al levante. Y pareciera que nadie, ningún ser viviente hubiera por la hondonada que recorre ni por los paisajes, valles, laderas, llanuras, cerros, collados y cumbres que por todo el entorno existe. Los paisajes, la naturaleza entera, se ve y se siente como si por mucho tiempo lo hubiera estado esperando y ahora, en este momento, lo cogiera y reverenciara de una forma especial. Como si quisiera ofrecerle el homenaje más noble y sincero.

Al llegar a donde las aguas que bajan por el arroyo, se remansan en una muy hermosa laguna natural, se detiene por un momento y mira. En el espejo de estas aguas, se reflejan los recios pinos, arces y robles en las laderas a un lado y otro y entre los juncos de las orillas, juguetean varias especies de aves silvestres. Sigue avanzando y al poco, se encuentra con el impresionante cauce del río que desciende desde las altas montañas. Las aguas, al saltar y despeñarse por las cascadas, se convierten en nubes blancas de espumas y los remolinos en los charcos, juegan como si celebrará fiestas. Roza las aguas y se va derecho al charco azul verde donde la cascada en forma de abanico, se derrama. En la roca, frente a la cascada, frente al charco y frente a la corriente que se aleja, se sienta. Una fina nube de gotas diminutas que manan de las aguas que se derraman en el charco, lo cubre como en un velo de nieve evaporada. Mira al frente en la dirección en que río se aleja y, por entre los rayos del sol y la fina nube de gotas blancas, descubre la casa. Como tallada en el impresionante paredón rocoso y al mismo tiempo, bellísimo edificio, colgando en el mismo aire. Asomada al balcón de la dorada casa, ve a la madre y a la hermana pequeña. Sabe que se las llevó el tiempo ya hace mucho pero es consciente también que en su corazón y alma y en algún rincón del universo, siguen hermosas y sonríen. Y siente que, con el río que se va, las blancas nubes de niebla que revolotean y los delicados rayos del sol que se derraman sobre los paisajes, también puede hacerse esencia y marcharse en cualquier momento.

30 de mayo 2020 -75
ASOMADO A LA VENTANA

Cada tarde, un poco antes de ponerse el sol, se asoma a la ventana. Y, durante mucho rato, en silencio, mira y medita. A su derecha le queda y en todo momento le impresiona, el antiguo edificio de piedra ahora facultad en la universidad. Rodeado y por la entrada, de árboles casi centenarios. Cedros, cipreses, olmos, acacias… Al frente y no muy lejos, puede ver un alargado y robusto edificio todo construido en cemento y coronado por muchas antenas. Es otra de las facultades de la Universidad. Durante muchos años y días, entrando y saliendo de este edificio, ha visto chorros de jóvenes universitarios. Ahora, cada tarde lo contempla solitario. A la izquierda de su ventana, le queda la parte norte de la ciudad y, a sus espaldas, se extiende toda la ciudad hacia la vega.

En uno de estos edificios casi en el centro de la ciudad, mientras medita en silencio asomado a su ventana, imagina a la joven universitaria. Es extranjera de un país muy lejano, China, y ahora mismo está superando la infección de una enfermedad. Desde hace bastantes días, nada sabe de ella. La ha llamado varias veces y su teléfono siempre está apagado. Le preocupa y siente cierta compasión. ¡Tan lejos de su tierra y los suyos y enferma! También está preocupado por otra joven universitaria de un país distinto, Chile, que aquí se ha quedado aislada sin poder regresar a su patria. Sin dinero para pagarse un piso ni comprar alimentos. En otros lugares del mundo y países, Rusia, Dinamarca, Italia, también imagina a varias jóvenes universitarias que otros años conoció en esta ciudad. Todas y en toda su nación, se encuentran encerradas en sus casas y con el miedo de la enfermedad en su corazón. Medita, piensa en estas personas y reza mientras en silencio, asomado a su ventana, cada tarde despide a los últimos rayos del sol. Quisiera hacer algo para aliviar el sufrimiento de las personas que conocen y de otras pero no sabe qué.

Y cada tarde, cuando desde su ventana mira y medita, le llama la atención el coche blanco que aquí mismo se para. Justo unos metros bajo su ventana y siempre del vehículo sale una joven acompañada de otra mujer algo mayor. La joven es alta, tiene el pelo rubio, cubre su boca y nariz con una mascarilla blanca y recoge su pelo con una cinta roja. Acompaña a la mujer mayor y lentamente, las dos se van hacia el edificio antiguo de piedra que le queda a la derecha de su ventana. Caminan lentas como si no tuvieran prisa y las nota preocupadas. Las observa hasta que se pierden entre los arriates en la entrada del edificio y, media hora más tarde, las ve regresar. Llegan al coche, abren la puerta, lo ponen en marcha y se alejan. Se pregunta: “¿Quiénes serán y qué es lo que por aquí cada tarde hacen?” Y la única respuesta que recibe, es el profundo silencio y la ausencia total de personas en todo el espacio que desde su ventana, cada tarde contempla mientras espera, pasa el tiempo y reza.

31 de mayo 2020 -76

EL MENSAJE

El que conoce el terreno, el mensajero, ha subido el primero. Solo, ha remontado hasta el collado y, desde aquí, ha girado para el lado izquierdo. A media ladera entre la cumbre y el valle, se ha parado en el raso de los cuatro almeces. Ha mirado para la izquierda y, por la senda que remonta desde el arroyo oscuro, los ve avanzando. Llegan desde la ciudad huyendo del virus y buscan conocer, seguridad y paz. Al verlos el mensajero avanzado separados por entre el monte y como desorientados, desde la distancia, los llama, les da indicaciones y se dirige al collado para recibirlos. En cuanto ya todos han llegado, les pide que se coloquen sombre las rocas, al lado de arriba de la pequeña llanura. Les indica varias cosas y, al poco el improvisado coro, desgrana sus cantos llenando de armonía todos los paisajes frente al levante y a la gran cumbre a lo lejos.

Un poco antes de que el sol se ponga, a los que han llegado, el mensajero les pide que se acomoden en las rocas que hacen como de pedestal y que entre sí, se repartan los

alimentos y coman. Frente a la cima rocosa de la elevada montaña que, a la izquierda, les queda no muy lejos. Y los que han llegado, todos, mientras comen, fijan sus miradas en los paredones de la cumbre a su izquierda. Los últimos rayos de sol se reflejan sobre las doradas rocas calizas y toda la cumbre parece teñirse de fuego y sangre. Entre la cumbre espejo de los últimos rayos del sol de la tarde y el collado donde se encuentran los que han llegado, en las tierrecillas tapizadas de hierba, se ve el blanco cortijo. Como entre niebla y lanzando al aire un denso chorro de humo blanco. Embelesados los que han llegado y mientras se reparten y comen sus alimentos en compañía del mensajero, miran mudos. Ninguno pronuncia palabra ni pregunta nada.

En cuanto ya el sol se ha puesto y un poco antes de que la noche llegue, el mensajero se mueve para la senda que, desde el collado, cae hacia el valle de los álamos al levante. Les pide a ellos que lo sigan y todos, comienzan a moverse y a descender lentamente por la senda hacia la hondonada del valle. En poco tiempo, llegan a la densa alameda donde mana la fuente. Aquí el mensajero les pide que monten las tiendas y que se preparen para pasar la noche. Todos le obedecen porque notan que el que les enseña, es sabio y bueno. Por eso, se preocupan y sienten como cierta pena cuando, en el momento en que la luna empieza a elevarse por encima de las altas cumbres al levante, ven al mensajero que camina en esta dirección como alejándose por el viento. Antes de alejarse mucho, se vuelve hacia ellos y les dice:
- No me voy, volveré mañana. Vosotros, pasad aquí la noche y aprended del silencio, la música del viento y del agua, del canto de los grillos y de la luz de la luna.
Guarda silencio, lo ven alejarse y entonces, uno del grupo, comenta:
- Quizá lo que nos esté enseñado sea la mejor y única medicina para curar la infección del virus. Ardían nuestros corazones en su presencia mientras nos mostraba y enseñaba.

1 de junio 2020 -77
EN BUSCA DE LA MADRE
Al padre lo contrataron en los meses más caluroso del verano. Para guardar animales en las tierras de la campiña al levante de la gran ciudad junto al río grande. Aceptó él este trabajo porque lo necesitaba para dar de comer a su familia y se marchó a las tierras por la campiña dejando a sus hijos y esposa a muchos kilómetros de distancia, al norte de la ciudad grande. Y como el padre tenía necesidad de un ayudante, se llevó con él al más pequeño de los tres hijos. Al que todavía no superaba los doce años. De cuerpo menudo, baja estatura, algo inteligente y sin apenas saber leer y escribir. Sabía que con las únicas personas con las que se iba a rozar a lo largo del verano era solo con el padre y la compañía de los animales. El hermano menor, ya a esta edad, sentía cierto rechazo de esta forma de vida y, de alguna manera, se revelaba contra las cosas que tenía que hacer y vivir cada día. Soñaba con amigos y una vida mejor.

Por los rastrojos de cereales, trigo, cebada y avena, daba careo a los animales en compañía del padre una muy calurosa tarde de verano. Desde el cortijo en el centro de la finca, llegó hasta ellos uno de los trabajadores de los terrenos. Se acercó al padre y le dijo:
- Me manda el dueño de esta finca y de los animales para que te diga que tu esposa, ha enfermado gravemente. Si quieres verla con vida, tendrás que ir lo más pronto posible. En el cortijo espera el dueño que ha venido con su coche y puede llevarte si quieres.
Sin perder tiempo ni pronunciar palabras, rápido el padre dejó al hijo menor en compañía del hombre y de los animales, buscó al dueño y al poco se alejaba de los lugares en busca de la esposa enferma. El hermano menor, al saber la noticia y sentirse abandonado del padre en tierras desconocidas, comenzó a sentirse desorientado y el miedo se clavó en su corazón. Un poco antes de que el sol se pusiera, sin decir nada, buscó los senderos y se puso a caminar dirección a la ciudad grande en busca de los padres y de los hermanos.

Con la obsesión en su mente y corazón de dar un abrazo grande a la madre en cuanto la viera. De ningún modo quería que ella se muriera.

Después de toda la noche recorriendo caminos y atravesando lugares desconocidos, orientado solo por el resplandor de las luces de la ciudad, al amanecer, ya muy cansado y bastante desorientado, llegó y deambuló por las calles de la ciudad grande junto al río. Preguntó a varias personas y todas le dijeron de dónde salía el autobús y a qué hora, que podría llevarlo al lugar que buscaba. Se decía: “Pero si no tengo dinero ni sé qué autobús debo coger ¿qué puedo hacer y para qué me sirve lo que me están diciendo?” Siguió caminando, al caer la tarde salió de la ciudad, continuó recorriendo caminos dirección al norte, por donde se encontraban sus padres y hermanos. Le sorprendió la noche y a lo largo de toda ella anduvo sin parar. De nuevo al amanecer, se encontraba por las calles de un pueblo que también desconocía y volvió a preguntar. Todos le repetían lo mismo.
- El autobús que va al pueblo que buscas, sale a las seis de la tarde de la Plaza de la Fuente.
Caminó por las empinadas calles de este pueblo en busca de la plaza del autobús y ya muy cansado, con mucha sed y hambre, cuando el sol se encontraba casi en la mitad de la tarde, se sentó bajo unos árboles y junto a una fuente. Mirando a la tarde que se iba, a las blancas casas del pueblo desconocido para él y a las personas que por un lado y otro se movían. Y en su soledad y cansancio, una vez y otra se repetía: “Si no tengo dinero ni comida ni sé por dónde van los caminos ni conozco a nadie para pedirle ayuda ¿cómo voy a poder coger el autobús?”

2 de junio 2020 -78
ASOMADO A LA VENTANA
¿Para qué sirven los recuerdos
si nada vuelve a ser igual
tal como fue en su momento?
Ni la sonrisa de un niño
ni los amigos ni sueños
ni la juventud en las personas
ni los abrazos y besos,
volverán a ser en el presente
tal como antes fueron.
Los recuerdos son esperanzas
construidas sobre el viento,
porque nada es nunca más
tal como fue en su momento.

Al sentirlo hablar, se asomó a la ventana. Caía la tarde y empezaba a refrescar. A lo largo del día, había hecho mucho calor aunque por la noche habían caída varias tormentas. Es comienzo del mes de junio, aún todavía primavera y por eso el clima se muestra tan cambiante. Todavía se ven pajarillos ocupados en sus nidos y en la crianza de sus polluelos. Las ardillas del jardín, también están en estas mismas tareas. Por las ramas de los almendros buscando las almendras de la nueva temporada, se mueven algunas crías de estas ardillas. Y en el acebo que hay bajo su ventana, casi a todas horas, cantan los mirlos y revolotean los gorriones.

Y nada más asomarse a la ventana, lo vio. Subía como desde la ciudad y, en dirección contraria, bajaba ella, una mujer de mediana edad que al verlo y cuando se entraban a unos metros, le preguntó:
- ¿A dónde vas tan solo por aquí y a estás horas?

Y él, sin más, le respondió:
- Me marcho.
- Que te marchas ¿por qué y a dónde?
- Me marcho porque ya no aguanto más.
- ¿Qué es lo que te pasa?
- En la casa donde vivo, hay un pequeño jardín. Tenía este jardín muchos y hermosos árboles. Algunos, con más de cien años y gruesos como columnas de catedrales. Hoy mismo han cortado los tres últimos que quedaban. Y con estos que hoy se han llevado por delante, suman más de cien desde que empezaron. Casi cuarenta de estos cien árboles, son de especies diferentes y muy valiosas. Con la persona que da las órdenes para cortar estos árboles y con otros, he hablado muchas veces y nunca me ha hecho caso. Y hoy, una de estas personas, hasta se ha burlado de mí, me ha humillado y me dicho que soy el menos indicado para corregir sus comportamientos. No aguanto más estas cosas y menos cuando en estos días todos estamos encerrados y muchos están muriendo por lo del virus. No aguanto más y por eso me marcho.
- ¿Y a dónde te vas?

No responde a esta pregunta. Sin más, agacha su cabeza, camina lento apoyándose en el bastón que lleva en su mano y como cansado, como sin fuerzas. Desde la ventana, lo observa y vez como la mujer, durante un rato, mira al hombre que calle adelante, se aleja. Un poco más arriba y al fondo, sobre el pequeño cerro poblado de pinos, se ha formado una tormenta. Se oyen los truenos después del brillo de cada relámpago, se ve la lluvia caer y los colores de un brillante arcoíris. Desde su ventana, observa mudo viendo caminar lento al hombre mayor, algo encorvado y apoyado en su bastón, como al encuentro de la lluvia y el arcoíris que se descuelgan desde la nube de la tormenta. La mujer se mueve y camina solitaria calle abajo como en busca de la ciudad.

3 de junio 2020 -79

EL JUICIO

Los he visto avanzar, en forma de comitiva, siguiendo la senda que va río arriba por el lado derecho, entre árboles. Según avanzan, a la izquierda les va quedando el cauce del río y a la derecha, el paredón rocoso que, en forma de muralla, marca el final de la montaña antes de las aguas del río. Los primeros en la comitiva, mientras avanzan, no paran de hablar y, por momentos, hasta discuten entre ellos. En el centro de la comitiva, llevan al reo y detrás, camina también un buen grupo de personas. Estos, solo alguno hablan entre ellos y los demás, van en silencio. Y a todos, los que van a la cabeza de la comitiva y los que van a la cola de este grupo, caminan muy decididos y seguro de sí. Como si no tuvieran miedo y supieran muy bien lo que deben hacer.

Al llegar la comitiva a donde el paredón rocoso es más potente y elevado, entre un denso bosque de árboles también recios y muy altos, todos se detienen. Rápidos, forman un círculo y en el centro, encierran al reo. Es un hombre delgado, no muy alto, con pelo enmarañado, nariz un poco aguileña, cara enjuta y ojos hundidos. Todos saben que a él lo llaman el científico pero también piensan, que es un liante y falso. El que hace de acusación, se dirige a este hombre y le dice:
- Te hemos traído aquí para juzgarte y condenarte por tus hechos y malos comportamientos. Queremos que sepas que a lo largo del todo el tiempo que el virus ha estado entre nosotros encerrándonos en las casas, enfermándonos y matándonos, tú has estado engañándonos. Todos los días has hablado a la nación y has dicho cosas que después has rectificado sin mostrar arrepentimiento ninguno. Has sumado y has resultado el número de muertos y enfermos casi al capricho tuyo, según te convenía y creías que era bueno para los que te han colocado en este puesto y nos has pedido que hagamos una

cosa y al día siguiente la contraria. Tu forma de actuar y comportamiento, nos ha hecho mucho daño y te ha dado igual el sufrimiento de las personas. Te acusamos y condenamos por esta forma tuya de comportarte porque las personas no somos simples números como tú das a entender sino que tenemos corazón y alma y sufrimos. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Y el reo, se ha mantenido en silencio. Uno de los que rodean en círculo, se adelanta un poco hacia el reo, saca un papel de su bolsillo y con voz potente, lee: "El mensajero de las estrellas muy claro no lo ha dejado escrito: solo los sencillos y limpios de corazón, alcanzarán el cielo de la eternidad". En este momento, en el cielo se ven siluetas de buitres volando y sobre la parte más alta de la cantidad, aparece la figura de un joven como vestido de luz. Al verlo, todos saben que es el mensajero. El círculo de los que rodean al reo, se abre por el lado que da al acantilado y el hombre, lento se mueve. Sale del círculo de los que le rodean y camina despacio como a la oscuridad y densidad del bosque. Al fondo hay por el lado de la tarde, se ve la ciudad y también al fondo pero por el lado de la mañana, por detrás de la figura del mensajero alzada sobre el acantilado, se ven las altas cumbres de la sierra aún cubiertas por las nieves del invierno.

4 de junio 2020 -80

SIN ÁRBOLES

Primero, hace muchos años, construyeron un edificio no muy grande en un buen trozo de terreno fértil y con un copioso manantial en el centro. De piedra y madera hicieron este edificio y justo a las afueras del pueblo, por el lado de la tarde. En este edificio, comenzaron a estudiar y aprender oficios humildes, jóvenes huérfanos de la guerra. Y, entre los oficios que aprendían los jóvenes, estaba el trabajo y cultivo de las tierras que rodeaban al edificio. Sembraron cereales, hortalizas, árboles frutales y decorativos y también criaron y cuidaron animales en una pequeña granja. Una obra hermosa y humana que empezaron a valorar muchos todas las personas del pueblo y en otros lugares cercanos.

Pasaron los años y los árboles que sembraron los primeros jóvenes que aprendían cosas en este edificio, crecieron mucho, sanos, robustos y bellos. Un día, destinaron a la obra en este edificio y tierras, a un hombre. Lo
nombraron como tutor de un grupo de jóvenes y encargado de las tierras y granja. Y nada más tomar posesión de su cargo, ordenó que se cortaran todos los árboles que habían alrededor del edificio y por la finca. Decía:

- De esas higueras y moreras, un día se cae un niño y se mata. Y con las púas de estas acacias, también un día vamos a tener disgustos. Hay que cortar estos árboles cuanto antes.

Algunas personas mayores, dijeron:

- Muchos años, casi cien, llevan aquí estos árboles y nunca ha pasado nada de lo que dices.

- Pero un día puede pasar. Hay que hacer lo que yo digo. Repoblaremos el terreno con otras plantas.

No muchos días después, una noche que la luna alumbraba un poco, se sintió un ruido de sierras. Los alumnos que vivían en el edificio y también muchas personas en las casas cercanas, se alarmaron algo. Al amanecer, se asomaron y acercaron a las tierras donde crecían los árboles y a ver lo que había sucedido, muchos empezaron a increpar y tirar piedras a los hombres que cortaban los árboles. Por la parte de debajo de los terrenos del edificio, se vio correr al grupo de los leñadores y al frente de ellos, el que había ordenado la corta de los árboles. Los alumnos del colegio y las personas cercanas nada pudieron hacer

para remediar lo sucedido. Resignados dejaron que pasara el tiempo y años, bastantes años después, cuando por el mundo entero se extendió la epidemia del virus que enfermaba y mataba a muchas personas, se vio cerrado este edificio. Ninguna persona, ni directores ni profesores ni alumnos, había dentro. Y por las tierras que rodeaban a este colegio de piedra y madera, los terrenos que tiempos atrás habían sido muy fértiles, dando cosechas de cereales, frutas y hortalizas, todo se veía estéril, seco y si una brizna verde de hierba, hortalizas ni árboles.

5 de junio 2020 -81
LA VACUNA
La casa con cuatro plantas, tiene forma de cilindro, sus paredes son blancas, el tejado es de color naranja y las cristaleras de su ventanas, se abren en todas las direcciones. La construyeron hacen algunos años y aún parece recién hecha. Se ve hermosa en medio de los campos, en el centro de un buen rodar de tierra llana toda tapizada de hierba. Por el lado que da al norte, la protege un denso bosque de árboles en forma de ladera y colina. Por el lado que da al oeste, la decora una ancha y larga cañada por donde desciende el pequeño cauce de un arroyo. Por el lado que da al sur, queda decorada por campos sembrados de cereales y por el lado que da al este, la circunda un ancho camino de tierra. En cuanto se rebasa la casa, siguiendo este camino, se encuentra el río de las adelfas, juncos y tarayes.

Dentro de esta original y blanca casa, desde hace mucho tiempo, vive un grupo de personas. Algunos ya muy mayores y solo unos cuantos jóvenes. Se dedican estas personas al estudio de las religiones, de la historia y la filosofía y a enseñar a otros estás materias. También a meditaciones y rezos y a compartir y aconsejar a personas pobres. Y en estos días en que un extraño virus recorre todos los rincones del planeta Tierra enfermando y matando a muchas personas, los que viven en esta casa, se afanan en encontrar una vacuna para curar esta pandemia. Lo mismo que, a lo largo y ancho del mundo entero, están haciendo muchos científicos. Estudiando y buscando con urgencia una vacuna que pueda curar la enfermedad que provoca el virus.

Uno de los jóvenes en la comunidad de este edificio, a media mañana, de pronto dijo al grupo con el que compartía casa y trabajo:
- Creo que ya tengo la solución, el remedio, la vacuna para curar la enfermedad del virus.
Enseguida todos lo miraron y rápidos preguntaron:
- ¿Cuál es esa solución?
- La vais a ver dentro de poco.
Y sin dar más explicaciones, salió del edificio, se dirigió al camino que rodea a la casa por el lado del levante, recorrió este camino hasta el río, cruzó las aguas por un rústico puente de madera y caminó por la orilla norte de este río en la dirección en que se deslizan las aguas de la corriente. Al llegar a un pequeño prado de hierba muy verde y fresca, se paró y se puso a buscar una muy concreta planta por entre la hierba de la pradera. Y estaba en esta tarea cuando, de pronto vio salir como del bosque en el lado norte y caminando por el viento a cierta altura del terreno, aún joven que no conocía de nada pero que enseguida le pareció como si fuera su mejor amigo. Se acercó al que buscaba matas de hierba por entre la alfombra verde y el joven del viento, sin más le dijo:
- Lo que estás haciendo, es lo correcto. Quiero ayudarte para que tu intuición se haga realidad. Es lo que ahora mismo necesitan y están pidiendo a gritos, muchas personas en este planeta Tierra.

6 de junio 2020 -82
EL VIRUS

El joven se acercó a la niña que, en compañía de los padres, compartían el momento. Abrió el cuaderno y, mirando a la madre, dijo:
- Aquí está guardada la primera parte del cuento que para vuestra niña, he escrito.
La madre miró al joven, miró con interés el cuaderno que le mostraba, leyó el título del escrito y luego algunas líneas y después dijo:
- Es muy interesante esto que haces y un agradable detalle. ¿Por qué tienes interés en escribir un cuento para mi niña?
- Tu niña es hermosa porque además de tener cara de muñeca, tú sabes que es la más zalamera y cariñosa. Es una criatura muy dulce y su corazón es pura inocencia.
Mientras comentaba estas cosas, el joven veía como la pequeña, de unos seis años de edad, recostaba su cabeza y sus rubio pelo, sobre los hombros y muy cerca de la cara de la madre. Miraba de reojo al joven como intentando conocerlo y esto le llenaba a él de confianza y ternura hacia la pequeña.

La vivienda donde se daba esta escena, se encontraba en medio del campo, a unos doscientos metros de la casa en forma de cilindro donde vivían los que investigaban, leían libros y rezaban. Entre ambos edificios, pasaba el camino de tierra que discurría derecho al puente de madera en el cauce del río. En la misma puerta de la casa, crecía un frondoso y viejo moral que justo en estos momentos estaba repleto de muy gordas moras negras. También crecían aquí varias nogueras, un ampuloso eucalipto, tres naranjos y un limonero. Por el lado del levante de la casa, se encontraba la llanura y un poco al fondo, la gran curva del río por donde las rocas eran muy grandes y tortuosas. Y la puerta de esta solitaria casa en medio del campo, se abría hacia el lado norte por donde, en primer plano se veía una pradera toda verde, un poco más a fondo, el cauce del río y al otro lado hacia el norte, las laderas llenas de monte y las cumbres de los cerros recortadas sobre los azules del cielo. Y ellos, los dos padres con su niña, se habían refugiado aquí huyendo del virus por temor a que los contagiara y acabara con sus vidas.

El joven dijo de nuevo a la madre:
- Quiero ahora mismo dedicar un rato y terminar de escribir el cuento que estoy elaborando para tu niña. Me voy al sitio de mi soledad, en la curva de las rocas del río y vuelvo a caer la tarde.
Y, sin más, los despidió, salió de la casa, caminó dirección al cauce de río en busca de la curva de las rocas y al llegar al lugar que conocía bien, se acomodó frente a las aguas. Preparó el cuaderno y el bolígrafo y se disponía a escribir las primeras palabras cuando oyó ruido de muchas personas. Miró y por la cañada que bajaba desde el levante, vio a varios grupos de jóvenes descendiendo hacia los charcos antes de la curva del río. Y enseguida vio como, en cuanto el primer grupo de jóvenes llegó al río, se fueron derechos a los charcos y con gran algarabía, se pusieron a quitarse las ropas y a meterse en las aguas. Los jóvenes de otros de los grupos, se pusieron a buscar por entre las ramas de los árboles y varios de ellos, seguían bajando por la senda de la cañada montados algunos en dos o tres burros. Al llegar al río, dos se subieron en el fresno más recio y tortuoso junto a las aguas del río y otros dos, se pusieron a escarbar en el tronco de este árbol. Sintió curiosidad a ver este espectáculo y se acercó a los dos que escarbaban en la tierra del tronco del fresno. Los saludó y les preguntó. Ellos le dijeron:
- Aquí mismo hay un tesoro escondido que queremos encontrar. Aquellos amigos nuestros, se bañan en las aguas del charco para limpiarse del virus y los que ves por entre esos árboles, están buscando nidos de pájaros. Todo eso va a ser bueno para defendernos del virus. Y tú, ¿qué haces aquí?
No respondió él a esta pregunta. Se alejó de ellos y por entre las rocas de la curva del río, buscó el lugar más oculto frente a las aguas y se puso a meditar para encontrar las mejores palabras que sirvieran para terminar el cuento que estaba escribiendo.

7 de junio 2020 -83
RECUERDOS
Antes de que apareciera el virus ella que, de un país muy lejano había venido a España a estudiar el español, en este idioma y de una forma no muy perfecta, un día escribió el siguiente relato:

“Laberinto
Hubo un silencio mortal a mi alrededor. Trabajé para abrir mis ojos amargos, la oscuridad frente a mí se desvaneció gradualmente y finalmente pude ver el paisaje frente a mí, un bosque salvaje y desértico. El sol en el horizonte fue devorado por las montañas oscuras centímetro a centímetro. La oscuridad vino a mí y estaba perdida, dejando que me tragara.

Abrí los ojos desesperadamente, tratando de encontrar una o dos estrellas en el oscuro cielo nocturno parecido que no se pudo ver. Busqué todo lo que pude ver, pero todavía no pude encontrar ninguna luz. El frío y el miedo se extendieron gradualmente por mi cuerpo. Me encogí con un cuerpo delgado y comencé a moverme. El suelo estaba cubierto de hojas muertas y gemían debajo de mis zapatos. Los árboles muertos a mi alrededor extendían ramas muertas, como monstruos flacos con garras delgadas, mirándome con enojo y diciéndome: "¡Sal de este bosque!"

Di un paso adelante, pero no importaba cómo caminara, siempre había esos monstruos a mi alrededor que estaban llenos de ira. Comencé a sentirme un poco cansada y gradualmente disminuí la velocidad. De repente, hubo un leve silbido de insectos en mi oído. Cerré los ojos y dejé que los latidos de mi corazón se calmaran gradualmente. En este momento, el silbido distante se volvió más y más claros. Caminé en dirección al silbido. Después de un tiempo corto, una fuente salpicada de años apareció frente a mí, de pie en silencio en la oscuridad, como si esperara mi llegada. Su cuerpo estaba entrelazado con ramas y el estanque estaba seco, no había gotas de agua. También había una capa de cosa que no supe fue musgo o barro. Por alguna razón, sentí que pareció el Barón en la película "La retribución del gato" y pudo guiarme a salir de este bosque al igual que rescató a Xiaochun del país de los gatos. Así que traté de encontrar pistas, hasta que la delgada camisa estaba húmeda de sudor y todavía no podía encontrarla. Comencé a preguntarme si mi coeficiente intelectual no era suficiente para ver las instrucciones que me dio la fuente o si estaba demasiado oscuro, de modo que no podía ver las pistas grabadas en él.

La noche estaba oscureciendo y todavía no podía encontrar la salida del bosque. El miedo golpeó mi corazón otra vez, la camisa mojada se secó gradualmente por el viento frío y el frío gradualmente se hizo más profundo. La noche fue tan larga, ¿qué debía hacer? Moví mis pasos nuevamente, caminando inexpresivamente en la oscuridad, caminando, caminando, de repente, vi una sombra oscura debajo de un árbol muerto, con dos luces brillantes que parpadeaban en la sombra oscura. No me atreví a acercarme, quise dar la vuelta y salir corriendo. De repente hubo un ladrido de perro y el fuerte sonido atravesó la quietud de la noche como un cuchillo afilado. Caminé lentamente hacia esa sombra y dije: "Perrito, no tengas miedo". Parecía poder entender mis palabras, el sonido disminuyó gradualmente hasta que desapareció y el silencio muerto se restableció. Llegué al perro y me puse en cuclillas, apenas lo vi mirándome con ojos saltones, con respiración ruidosa. La noche era demasiado oscura para ver su color de pelo, extendí la mano y acaricié su cabeza, le sacó la lengua y lamió mi mano. Cuando toqué su cuerpo, sentí que temblaba mucho. Pensé que estaba temblando de frío. Cuando lo dejé ponerse en pie, descubrí que una de sus piernas estaba herida y cojeó mucho al caminar. Mis lágrimas no pudieron evitar

girar en mis ojos, traté de contenerlo, pero susurró, como si dijera "no me abraces, puedo caminar solo". Entonces caminé con el perro junto. En este momento, mi miedo interno fue barrido y caminé lentamente, mirando al perro de vez en cuando. Había una calma en mi corazón y gradualmente parecía que había pequeñas oleadas de alegría.

Caminamos tan relajadamente. Los árboles muertos alrededor ya no parecían monstruos enojados, como si se hubieran convertido en soldados erguidos y fornidos, defendiendo este bosque salvaje, tal vez este era su hogar. Las hojas muertas en el suelo estaban tarareando una canción debajo de nuestros pies. Mirando hacia arriba, el cielo nocturno que estaba tan oscuro que no se podía ver fue decorado gradualmente con un poco de luz estelar. Simplemente caminamos así. De vez en cuando preguntaba si el perrito estaba cansado o no y siempre arrastraba la pierna herida hacia adelante sin decir nada.

No recordé cuánto tiempo hemos caminado. Me sentía somnolienta y cansada, quiero sentarme en el suelo para descansar un poco. Me agaché, detuve al perro y le dije: "Perrito, descansemos". Así que fuimos debajo de un árbol y me senté en el suelo, apoyándome contra el árbol, sosteniendo el perro en mi mano y dejando que la parte superior de su cuerpo descansara sobre mis piernas. Miré en silencio hacia adelante y todavía había muchos árboles muertos frente a mí, lo que se extendieron sin parar hacia la oscuridad en la distancia. Acaricié al cachorro suavemente y, de repente, no pude sentir su temblor ni pude escuchar su respiración agitada. Lo empujé suavemente y las lágrimas goteaban. Miré su cara dormida, era tan serena y la comisura de su boca parecía colgar una sonrisa feliz.

Me sequé las lágrimas, aparté suavemente las piernas debajo del perro y luego lo deposité suavemente en el suelo. Después de decirle adiós, volví a embarcar en el camino para encontrar la salida. Caminé hacia adelante con firmeza, ya fuera que la salida estuviera adelante o no ...”

Ella, casi tres meses después y cuando ya el virus infectaba a las personas con mucha virulencia, enfermó de algo que los médicos no sabían qué era. Se le llenaron los brazos de pequeñas ampollas que decía le picaban mucho y, unas semanas después, le apareció por todo el cuerpo como escamas que ni le dejaban dormir por la noche de tanto picor. En los primeros días de esta enfermedad suya, compartió con él sus miedos, dificultades y dolencias. Luego, guardó silencio y lento, pasó el tiempo. Los días, las semanas, y los meses y nada sabía de ella. Ahora, esta tarde ya casi final de la primavera y con un sol muy radiante y cantos de pajarillos por entre las plantas de jardín, asomado a la ventana, la recuerda. A veces piensa que quizás se haya curado de esta enfermedad, en otros momentos cree que puede haberse marchado a su país y, en algún momento, se sorprende pensando que hasta pudiera haber muerto. Asomado a la ventana, la recuerda y mira al cielo por donde, de vez en cuando, aparecen nubes, algunas color gris negro y otras, blancas. Tan blancas como los copos de nieve que en algunos días de primavera caen sobre las flores y la hierba de los campos.

8 de junio 2020 -84

EL ÚLTIMO DESEO

Antes de que me lleve el virus,
quiero ver los paisajes
que me acogieron de niño.

En el pequeño piso de la ciudad, el hombre de ochenta y ocho años, durante unos días, con frecuencia repetía a su hijo:

- Antes de que me lleve el virus, quiero ver los paisajes que me acogieron de niño. Llévame a verlos tú que aún eres joven y tienes fuerza y libertad para hacerlo. Esos paisajes fueron mi libertad y mundos de juegos y ahora, los veo continuamente en mis sueños. Con tanta frescura, exactitud y fuerza, que son como la última bocanada de aire fresco y puro que mantiene vivos mi corazón y cuerpo. Llévame a ver esos paisajes antes de que el virus quiebre para siempre mi cuerpo.
Y el hijo, hombre bueno y de edad mediana, una mañana de primavera, de sol radiante, cielo azul y de viento fresco, dijo al padre:
- Hoy vamos a ir a ver los paisajes que tanto echas de menos.

Subieron en el coche, salieron de la ciudad, rodaron dirección al norte durante varias horas y cuando llegaron al pueblo, en las primeras casas, torcieron para la izquierda. Avanzaron un poco por un camino de tierra y al final de una cuestecilla, se pararon. Bajo dos grandes y frondosas encinas. Al salir del coche, el padre miró al frente y al ver la casa en lo más alto del terreno, aclaró al hijo:
- Ahí mismo, estaba lo que yo llamaba El Mirador de la Mañana. Desde ese lugar, todo campo salvaje, se veía mucho terreno, nubes y cielo. Y ahora fíjate ¿que será esa casa tan majestuosa, de color blanco y tejado naranja que han construido ahí?
Y el joven dijo:
- Ese edificio, es un restaurante, un hotel y varias cosas más.
Miró el padre para el lado de su mano izquierda y, cañada arriba hacia lo más alto del collado, solo vio casas como clavadas en el terreno. Mudo meditó un momento y luego comentó:
- Por esa Cañada, corría un arroyo de agua muy clara que tenía su nacimiento un poco antes del collado. Brotaba el manantial entre unas raíces de enebro. Y ahí, en ese venero, bebí yo cuando niño más de mil veces. Y luego, en los días calurosos del verano, a la sombra de los arbustos, dejaba pasar el tiempo mientras el aire fresco que subía cañada arriba acariciaba mi cuerpo. Y ahora, fíjate todo lo que por ahí estamos viendo: casas blancas, calles empinadas, asientos, fuentes artificiales y todo lleno de antenas y de cables. Volvamos al piso en la ciudad que estos paisajes que estoy viendo, ya no son los que yo recorrí y fueron mi paraíso cuan era niño y cada noche sueño.

Sin comentar más, el padre y el hijo, subieron al coche y regresaron a la ciudad. A los tres días, el padre enfermó del virus. Lo llevaron al hospital, lo ingresaron en la sala de los infectados y las autoridades médicas dijeron a los familiares:
- No podéis acercaros a él ni siquiera para saludarlo.
Murió dos días más tarde devorado por el virus y, ni en el momento del entierro, los hijos y familiares, pudieron verlo.

9 de junio 2020 -85

LA OBRA DE TEATRO

En el pequeño piso de la ciudad, él continuamente quería recogerse solo en la habitación. Entraba y salía, siempre con un cuaderno y un bolígrafo en la mano. Y como la madre no paraba de limpiar, ordenar, recoger las cosas y preparar para hacer la comida, un vez y otra, decía al hijo:
- En esta vivienda nuestra, no hay espacio para todo lo que quisiéramos. Esta única habitación, no es solo tuya. La necesita tu padre, la necesita tu hermana, la necesito yo y todos tenemos que compartirla. Si entras y sales continuamente, ni yo puedo ordenarla ni limpiarla ni los demás estamos tranquilos.
- ¡Pero mamá, compréndeme tú también a mí! En algunos monumentos del día, necesito un lugar donde estar solo y que nadie me moleste. Quiero estar con mis cosas y mis pensamientos y no puedo.

A media mañana de un soleado día de primavera no muy caluroso y con el cielo muy azul, en el pequeño piso, él cogió su cuaderno, un bolígrafo, guardó en la mochila algunas cosas y salió a la calle. Caminó decidido y al llegar al supermercado, entró y compró algunos alimentos. Siguió y media hora después salía de la ciudad. Recorrió los caminos que conocía y en la ladera de la montaña, frente al valle por donde el ancho río Azul Verde se deslizaba, junto al manantial que brota en el tronco de una madroñera, se paró. Bebió agua y, durante un rato, estuvo en silencio mirando al valle por donde el río se deslizaba y a las laderas y horizontes al otro lado de este cauce. Sentado en la roca que por la parte baja bañaba el claro chorrillo de agua, cogió su cuaderno y bolígrafo y muy resumido, escribió: “Los que nos gobiernan, ni son buenas personas ni los mejores preparados ni los más inteligentes. Nos engañan continuamente, retuercen las cosas e intentan una vez otra, hacernos creer que lo que dicen y hacen, es lo mejor y la verdad. Nunca reconocen sus errores sino que siempre le echan la culpa a los otros. Son personas malas
que, ladinamente, buscan aprovecharse para vivir bien y tener privilegios".

Esto escribió en su cuaderno y luego, a media tarde, se puso y en poco rato, construyó una sencilla y rústica cabaña de madera y monte. Sobre hierba y hojas secas, extendió el saco de dormir. Cerca del manantial y el chorrillo y desde donde más cielo se veía. Al hacerse de noche y antes de quedarse dormido, meditaba y se decía: “Y para representar esta estupenda obra de teatro que, con los elementos y personajes que ya tengo anotado voy a escribir, buscaré el mejor y más original escenario. En un lugar en la ciudad donde muchas personas pueden ver y conocer la gran falsa y maldad de los gobernantes que estoy diciendo. Mis amigos seguro van a interpretar a la perfección esta obra de teatro mía. La anunciaremos con el nombre de LOS PAPAGAYOS LIANTES EMBUSTEROS”.

10 de junio 2020 -86

TOMANDO EL SOL

A primera hora de la mañana, salió de la casa. Puso la silla de eneas a la derecha de la puerta, pegada a la pared y mirando al sol del nuevo día. Se sentó y aquí se quedó quieto como esperando nada. Cerró los ojos y al rato, sintió que cerca de él, un coche se paraba. Al mirar, lo vio. Un joven, alto, elegante y bien vestido, bajó de este vehículo, se acercó a él, lo saludó y sin más le pregunto:

- Si yo ahora mismo te regaló seis mil euros ¿qué harías con ellos?

El hombre que hacía unos días había cumplido ochenta y nueve años, observó despacio al joven, tragó saliva y pasados unos segundos respondió:

- Muchas personas ahora mismo, con esto de virus, lo están pasando mal. Están en las casas encerrados, no tienen trabajo, el poco dinero que tenía ahorrado, ya se le ha terminado y por eso, ni siquiera alimentos tienen para vivir. Ese dinero que tú dices, ayudaría bastante a muchas familias.

- Pero ¿tú qué harías con seis mil euros si yo te los diera ahora mismo?

De nuevo el hombre guardó silencio y tres minutos después, aclaró:

- A Lissette, la joven estudiante universitaria del país de Chile que durante varios años ha estado en esta ciudad preparando su tesis doctoral y ahora se encuentra encerrada en un piso sin apenas alimentos y sin poder volver a su país, le daría mil quinientos euro. A la joven estudiante universitaria llamada Alexandra de Rusia y que estos días vive en Mesina, Italia, le regalaría mil quinientos euros. A Yuthing, de China y también universitaria estudiando español en esta ciudad y que en estos días anda enferma y desde hace mucho nada sé de ella, le daría también mil euros. Y a mi nieta Montse que vive en Gerona, sin ingresos ni trabajo alguno, soltera y con tres hijos, le donaría mil quinientos euros. No es mucho dinero ni de ninguna manera solucionaría las vidas de estas personas pero en estos

momentos, sí sería un buen alivio para ellas y el ánimo se levantaría. Pero tú ¿por qué me has hecho esta pregunta?

El joven no respondió a lo que el hombre mayor le había preguntado. Sacó de su bolsillo un sobre color naranja y lo puse en las manos del que estaba sentado tomando el sol de la mañana al tiempo que le aclaraba:
- Lo que hay dentro de este sobre, ya es tuyo. Son seis mil euros que puedes usar como mejor veas a cambio de una nueva pregunta.
- ¿Qué pregunta es?
- De los seis mil euros que ahora mismo tienes en tus manos y que has repartido según me has dicho, para ti no has apartado nada. Quedan libres quinientos euros ¿qué vas hacer con ellos?
Y sin dudarlo, el hombre al instante declaró:
- Yo vivo solo, tengo casa y un poco para alimentarme porque algunos vecinos de esta calle, cada día me traen algo. Entre ellos, voy repartir los quinientos euros que sobran. A estos vecinos míos y a los jóvenes que te he dicho, quizás Dios les conceda aún muchos días de vida. Yo, presiento que voy a irme en cualquier momento.
El joven de coche, despidió al anciano dejando en sus manos el sobre naranja, montó en el vehículo y calle arriba se alejó.

11 de junio 2020 -87
LAS MIGAS
En los primeros días de la aparición del virus y las personas encerradas en sus casas, fue cuando se les vio por última vez. A primera hora de la mañana de aquel soleado día, se reunieron junto a la mesa de madera de castaño. Eran doce, todos hombres y en el centro de la mesa rectangular de madera avellanada, en una sartén grande con mucho hollín negro, humeaban las migas. Cuchara en mano, cada uno se iba acercando a la sartén y de ella cogía su ración de comida. Migas recién hechas en las brasas de la lumbre de madera del bosque y que había dorado el encargado de la pequeña cuadrilla. Sin pronunciar palabra, fueron poco a poco recogiendo de la sartén las migas y saboreándolas con gusto. Todos sabían que casi por última vez comían juntos y de esta manera. En sus corazones intuían que el momento, era como la celebración de una despedida y por eso el sabor de las migas, esta mañana resultaba único.

La estancia donde se encontraban, era en la sala rectangular de la parte baja de la vivienda. Al fondo de la estancia, al lado de la derecha, se veía la chimenea donde la lumbre chisporroteaba. En la primera, segunda y tercera planta de la casa toda construida de piedra y de madera del bosque cercano, se encontraban las habitaciones. Todas con un pequeño balcón mirando hacia el valle por donde el río se deslizaba y a las montañas al otro lado cubiertas de nieve y tapizada por bosques de hayas. La hermosísima casa, había sido construida hacía ya mucho, mucho tiempo en el sitio más hermoso de los paisajes, al comienzo del espléndido valle. Como a unos dos kilómetros al norte del pequeño pueblo y justo donde el terreno era muy fuerte y los árboles crecían frondosos, altos y recios. Y la original y bellísima construcción, se alzaba sobre un montículo donde, a la derecha y a la izquierda, nacían dos pequeños arroyos con sus fuentes de aguas claras y frías. Aguas tamizadas con los colores del bosque y azules cielos y con sabores a nieves recién caída de las nubes. La casa, era una auténtica joya en medio de un paraíso realmente único y donde el silencio, la vegetación, el canto de los pájaros, murmullo de las aguas en los manantiales y los arroyos, la visión hacia el valle por donde el río se iba y las cumbres al otro lado cubiertas de nieve, envolvían y abrazadan continuamente. Ellos sabían esto por que lo habían saboreado en sus carnes y espíritus a lo largo de muchos días labrando las tierras y recogiendo las cosechas de la finca donde se alzaba la casa.

De la sartén que, recubierta de hollín negro, sobre la mesa rectangular de madera descansaba, ellos recogieron las últimas cucharadas de migas. Se retiraron un poco de la mesa, guardaron sus cucharas y antes de dispersarse, el encargado se acercó y con voz quebrada comentó:
- Nadie sabemos cómo ha sido ni tan poco nadie lo queremos pero tenemos que irnos. Dentro de un momento vamos a cerrar puertas y ventanas de esta casa y saldremos de aquí para volver, si es que Dios lo quiere, algún día. Vuestra presencia en esta casa y por las tierras que rodean, ha sido una experiencia única en la vida que no tiene comparación con nada. Que el cielo nos bendiga y nos de salud y fuerzas.
Nadie dijo nada. Poco después, se les vio caminando por la vereda que desde la casa va hasta el pueblo y ahí, en lo más alto de montículo, entre arroyuelos, fuentes y bosques de árboles frondosos y altos, se quedó la casa cerrada. Solitaria, en silencio y como resignada aquel tiempo se la fuera comiendo poco a poco.

LOS PATOS DEL RÍO -88
La última vez que se le vio asomado al muro del río regalando algunos granos de maíz a los patos y a las palomas, fue en la tarde del día trece de marzo. Aquella misma tarde y antes de ponerse el sol, por la radio, Internet televisión y otros medios, empezaron a anunciar el confinamiento para todo el país a partir del día catorce de este mismo mes. El virus ya estaba presente por todos los rincones del país y muchas personas se habían contagiado. Así fue como a la tarde siguiente, día catorce de marzo, ya no volvió al lugar para ver y observar a los patos y a los gansos. Después de más de un año compartiendo cada tarde con estas aves, con las aguas del río, con las personas que por la calle caminaban y con las puestas del sol, de pronto dejada de aparecer por este rincón de la ciudad y con la incertidumbre de no saber dónde estaría el final.

A lo largo de más de tres meses, se mantuvo encerrado en su casa como muchas otras personas en todas las ciudades y pueblos del país. Acordándose con frecuencia de los ánades del río, de los gansos, las avecillas, las truchas en el charco y de los momentos compartidos por este lugar con las personas. A lo largo de más de un año, había ido recogiendo por escrito, en fotos y vídeos, la presencia de toda esta fauna, movimientos de personas, vicisitudes por el cauce de río y, sobre todo, la presencia, incubación, cría y evolución de los ánades y la bandada de polluelos. Por eso en su alma tenía una bonita experiencia ya grabada y momentos realmente agradables de estos animales en las aguas de pequeño río que corre por el centro de Granada. Y mientras encerrado en su casa recordaba las escenas que a lo largo de un año había vivido siguiendo las aventuras de estos animales, miraba a internet por si alguna persona comentaba o decía algo de lo que por este rincón y río estaba ocurriendo.

Hasta que un día, de pronto vio un mensaje extraño. Alguien había entrado con dos perros, por la zona del río terreno de los ánades y los gansos y habían atacado a estos animales. Un vecino lo vio y dijo que los perros mataron a uno de los gansos y a todas la nidada de polluelos de ánades. “Se ha convertir el río en una cloaca poblada por ratas del tamaño de los gatos desaparecidos hace tiempo y diezmado de patos y ocas por la actuación vergonzosa del propietario de dos perros que, conducidos al cauce con la intención de azuzarlos contra los indefensos animales, obedecieron con fiereza a su dueño y, los que no mataron murieron abandonados y solos en pocos días. Es imposible buscar el rastro de alguno herido, porque hace demasiado tiempo que el río está sumido en tal cantidad de hierbas, hierbajos diríamos mejor, árboles con las ramas sumergidas y todo tipo de elementos que ni los mismos trabajadores de la limpieza creemos que pueden recoger por la mezcolanza de maleza”.

Al saber esto, desde su casa encerrado, enseguida pensó que de esta manera terminaba la historia de los ánades reales en el río Darro después un año entero siguiendo sus peripecias y escribiéndolas cada tarde. Sintió cierta tristeza y bastante pena porque sabía que era un final malo, muy malo, para las personas, para la ciudad y para el futuro. Ya que la presencia de los animales desaparecidos en este tramo de río, era algo muy valioso y sinceramente bueno. Y como era consciente de que nada podía hacer para cambiar y mejorar la realidad, se mantuvo en la distancia y en silencio.

12 de junio 2020 -89

EL MANIPULADOR

El pequeño manantial, brota en unas piedras al fondo del arroyo y entre la espesura de zarzas. Se llega a él, por una estrecha veredilla que penetra por entre mastranzos, zarzas y adelfas. Y se puede beber cómodamente de esta agua porque al chorrillo que brota por entre las piedras, le pusieron un trozo de teja y por aquí corre el agua como en un grifo que siempre estuviera abierto. Y él, una mañana de primavera, avanzó tranquilamente por la sendilla y al llegar al manantial, se inclinó para beber un trago. Casi al instante, sintió pasos y murmullo de alguien que susurraba: "Aquí está el mudo, como siempre, solitario y viviendo solo para él y su propio mundo. ¡Qué lástima de persona!"

No hizo caso alguno a lo que oía pero sí al mirar, lo vio y reconoció. Ignoró su presencia y comentario y comenzó a observarlo. El que lo despreciaba, mayor que él, bajo de estatura, piel de la cara algo naranja y arrugada, se fue alejando del lugar, siguiendo una vereda de cabras. Avanzó un poco hacia el lado de la tarde y luego, con el camino, torció para la derecha y remontó una no muy relevada ladera. Se escondió tras unos arbustos, buscó piedras y comenzó a arrojárselas al que despreciaba. El que recibía las pedradas, desde el manantial, se movió vereda adelante como al encuentro del que le atacaba. Buscó también piedras y se preparó para apedrear al que desde lo alto del terreno lo combatía. Éste, al darse cuenta de que iba ser atacado, corrió hacia el edificio que algo más arriba se alzaba entre olivos. Se refugió aquí y al encontrarse con varias personas dentro del edificio, casi como si pidiera socorro, con voz muy fuerte, dijo a éstas:
- Me persigue y ataca sin que yo le haya hecho nada. Defenderme de él.

El hombre que había sido atacado y repelía al que lo despreciaba, al oír lo que el que huía decía, gritó también diciendo:
- No es cierto lo que dice: os está engañando pretendiendo que creáis que el malo soy yo. Quiere que vosotros lo defendáis y que vengáis contra mí para culparme.
El que huía, desde dentro del edificio, ahora gritó mucho más fuerte:
- No lo creáis. Él, ha sido el primero en atacarme a mí humillándome con palabras vejatorias y después arrojándome piedras. Es mala persona y por eso me persigue.
El que hacía un momento bebía agua en el manantial del arroyo, con su mano alzada donde sujetaba una piedra para arrojarla contra el que le había humillado, se quedó inmóvil. Sortó luego las piedras en el suelo, dio media vuelta y empezó a bajar por la vereda hacia el río, en silencio.

13 de junio 2020 -90

EL ABUELO

La vivienda es un piso con tres habitaciones, un cuarto de baño, cocina, sala comedor y un pequeño balcón. En este piso, en un sillón en la sala de estar, frente a la ventana del balcón, sentado el abuelo se pasaba el día entero y parte de la noche. Y, en muchos momentos de este tiempo, al abuelo le hacía compañía la nieta. La chiquilla tenía doce años y era hermosa, muy inteligente, vivaracha, dulce y cariñosa, muy cariñosa. Alegraba

la soledad del abuelo en todos los momentos que compartía con él. Jugaba con sus manos, lo besaba, le ayudaba para que comiera y, sobre todo, le preguntaba. Continuamente le preguntaba cosas, muchas cosas. El abuelo, con bastante frecuencia le decía:
- El tiempo, hija mía, es como el agua del arroyo que lenta pasa y poco a poco, deshace y se lleva lejos, lo que en su camino encuentra. La vida, el tiempo y el agua, llegan como escondidos y de esta forma, lentos se marchan.
- No entiendo, abuelo.
Casi siempre le decía la nieta.
- Aunque tú no lo entiendas ahora, yo tengo que decírtelo.

Un día en el que el sol a media mañana entraba por la ventana del balcón y llenaba de luz y algo de calor la sala comedor, la nieta se acercó al abuelo y le dijo:
- Esta noche he tenido un sueño que no entiendo del todo. ¿Quieres que te lo cuente?
El abuelo le dijo que sí, que la escuchaba y la niña, sentada junto al anciano, narró la siguiente historia:
- Yo iba caminando por un paisaje muy bonito, lleno de árboles, hierba, flores, arroyuelos y manantiales. Llegué a un sitio donde un arroyo de agua muy claras se derramaba y la corriente se deslizaba por encima de unas rocas. Ahí mismo vi a un joven muy hermoso que jugaba con barro y la corriente del agua. Con el barro, hacía toda clase de figuras tan perfectas y bonitas que parecían que tenían vida. Mariposas, pájaros, leones, perros, gatos, ciervos, caballos… Y también hacía figuras de personas en todos los tamaños y colores, gruesas y delgadas. Conforme iba modelando cada una de estas figuras, las dejaba un rato por entre la hierba o cerca de agua y luego, poco a poco, las iba metiendo en la corriente del arroyo. Enseguida en agua empezaba a llevarse el barro de la figura hasta que la deshacía por completo. No entendí lo que hacía y por eso le pregunté: “¿Qué significa este juego tuyo?” Y él me dijo: “Es la representación exacta de la existencia de las personas y todos los seres vivos en el Planeta Tierra”. Seguía si comprender y por eso me disponía a preguntarle de nuevo cuando vi que el joven se levantó, caminó un poco arroyo arriba y por entre unas matas de juncos, se ocultó. Dejé de verlo y entonces desperté del sueño.

La niña concluyó aquí el relato que contaba a su abuelo. Éste se mantenía en silencio escuchándola y como ella esperaba que dijera algo, le preguntó:
- ¿Tú sabes, abuelo, lo que significa este sueño que te he contado?
- Lo sé y quiero decírtelo para que lo sepa tú pero ahora mismo, no. Mañana por la mañana vas a verlo con tus propios ojos.
Todo el día estuvo el abuelo sentado en el sillón mirando por la ventana del balcón y en silencio. Al caer la noche pidió que lo dejaran aquí y a la mañana siguiente la nieta, en cuanto se levantó, rápida fue a despertarlo y como no abría los ojos, llamó a la madre diciendo:
- Mamá, el abuelo está dormido y por más que lo llamo no se despierta.

14 de junio 2020 -91

MIEDO

Cada día, a media mañana, salía de la casa. En el rellano, por el lado de la izquierda, buscaba la sendilla y lento por ella caminaban dirección al sol, hacia el pequeño valle. La senda, en primavera, siempre estaba tapizada y escoltada a los lados, por muchas hierbas en todos los tamaños y especies. Malvas, tréboles, avenas silvestres, margaritas amarillas y blancas y también plantas aromáticas como romeros, mejoranas y tomillos. Desde la casa hasta el centro del pequeño valle, cerca de la senda crecían varias encinas, algunos almeces, algarrobos, cerezos y perales. En el centro mismo del valle, junto a la roca en la que él siempre se sentaba cara al sol, crecían dos altísimos y recios cedros. Le daban sombra cuando el sol calentaba mucho y le daban compañía en los ratos largos en que en

este lugar permanecía, siempre asustado. Con nadie más compartía su miedo excepto con el silencio de este pequeño valle, el airecillo que casi siempre le acariciaba, la luz del sol de la mañana, la silueta de los recios cedros y el azul del cielo en muchos momentos.

Se alzaba la casa, al noreste del valle, un poco resguardada en la colina, mirando al sol de la mañana y protegida en la parte de atrás, por un denso bosque de encinas, robles y almeces. Y era pequeña, de una sola planta, dos ventanas, una puerta y dentro, una sala y dos no muy grandes habitaciones. Desde la casa, donde la madre pasaba muchas horas ordenando, recogiendo y lavando, continuamente observaba al joven. Se daba ella cuenta que el hijo tenía en el fondo de su alma, una preocupación perenne que le había quitado hasta el habla y la sonrisa de su boca. Lo sabía ella y también lo guardaba en su corazón y en silencio lo meditaba. Siempre tenía la esperanza de poderle ayudar en algún momento pero en su mente nunca tenía claro cuándo llegaría ese momento y de qué modo. Pensaba, al mismo tiempo, en el marido, padre del joven. El hombre, bastante mayor, algo arisco y de poca cultura, se pasaba casi el día entero guardando los animales por las tierras cercanas y al borde del cauce del río. En algunos momentos, el joven le ayudaba y otros momentos, protestaba como renegando de este trabajo. Como si algo muy potente en su interior lo estuviera llamando no sabía adónde ni para qué pero sí en otro lugar y escenario al que todos los días pisaba.

Y una mañana de primavera y sol muy radiante, al mirar la madre, vio al joven sentado en la roca en el centro del valle. Decidida salió de la casa, anduvo el trozo de senda hasta la roca y al llegar a él, se paró y con amabilidad, le dijo:
- Tienes que contarme qué es lo que te pasa.
El hijo la miró y después de unos segundos en silencio, comentó:
- Vosotros, ni tenéis casa propia ni dinero ahorrado ni comodidades ni buenos alimentos. Toda vuestra vida os la habéis pasado luchando honestamente, vistiendo y comiendo de la forma más humilde y nunca, en ningún momento, os ha faltado el trabajo. Me habéis criado a mí, me alimentáis y, a vuestra manera, me dais cariño y respeto. Pero ahora, yo siento cada día que en algún momento me tendré que ir de casa y puede que hasta vosotros mismos me lo pidéis y dejéis de protegerme y de darme alimentos y techo donde vivir. Cuando llegue ese día ¿adónde voy a ir yo y quién me ofrecerá trabajo con el que ganar algún dinero para comprarme casa, ropa y alimentos?
Al oír esto, la madre no pronunció palabra alguna. En silencio se quedó junto al hijo observando las nubes que y iban por el cielo.

15 de junio 2020 -92
LA JOVEN
Todos decían que era la más hermosa del barrio. Todos decían esto y se podía comprobar con sólo verla. La piel de su cara era suave de tono anaranjado, su pelo color oro, ojos azul cielo, sonrisa muy limpia y fresca y voz dulce. De estatura mediana, cuerpo delgado y carácter tímido aunque siempre se mostraba muy amable. Ya estaba para cumplir los veinte años y los vecinos y todas las personas que la conocían, la respetaban y querían mucho. Sabían que ella y su familia eran pobres pero también sabían que todos eran nobles, amables y sinceros.

A ella, con frecuencia la veían salir sola del pueblo, recorrer las sendas hacia los bosques y por aquí, se ponía a buscar frutos, hierbas y plantas silvestres. Nadie la molestaba sino todo lo contrario, cuando en alguna ocasión se encontraba con los pastores, guardas u otras personas, siempre la saludaban con amabilidad y hasta le ayudaban a recoger los frutos, setas o bayas. También les indicaban por dónde y en qué sitio concreto había muchos madroños, majoletas o selvaleas. Y esto fue lo que sucedió un día de otoño en que

la joven buscaba bellotas por el bosque. Por la senda que desde los campos iba al pueblo, pasaba un joven. Al ver a la muchacha rebuscando bellotas por entre unas matas, se acercó a ella y le dijo:
- Voy a indicarte dónde crecen varias encinas gruesas y frondosas que dan bellotas gordas y de sabor muy agradable ¿quieres?
Y como la joven conocía al muchacho, confió en él y dejó que le ayudara. Durante mucho rato, juntos los dos, buscaron y recogieron muchas y muy buenas bellotas. Juntos volvieron al pueblo y, desde aquel día, con frecuencia se veían y compartían ratos de charla o búsqueda de frutos por los bosques.

A primera hora de la mañana, la joven salía a la puerta de su casa y miraba esperando la llegada de su amigo. Los vecinos y otras personas, se dieron cuenta de la amistad entre ellos y por eso, algunos comentaban:
- Es bonito verlos tan buenos amigos. Esta joven tan buena y hermosa, merece el mejor trato y respeto.
Y lo que comentaban las personas, se correspondía con la realidad más sincera. Hasta que un día, ya casi al final del invierno del año siguiente, apareció el virus del miedo y la muerte, en este país y casi en el mundo entero. La joven se encerró en su casa con su familia igual que los vecinos y el muchacho amigo. La puerta de la casa de ella, se empezó a ver a todas horas solitaria. No se le veía nunca por aquí esperando a su amigo ni nadie sabía qué sucedía en el interior de la vivienda. Sí un día a media mañana y un mes después de la aparición del virus, se vieron coches y personas en la puerta de la casa. En uno de estos coches, metieron una caja alargada color caoba y en lo alto del vehículo, pusieron ramos de flores.

16 de junio 2020 -93
CANSADO
Después de tres meses sin salir de casa, muy cansado ya de oír una vez y otra tantas noticias negativas del virus, bastante hastiado de las palabras, discursos engañosos, vacíos y demagógicos de los gobernantes, muy aburrido de oír, ver y vivir siempre lo mismo cada día, hasta las ganas de respirar se le habían ido. Cada mañana se levantaba con menos ánimos, le molestaba repetir lo que ya tantas veces había hecho, no sentía ganas de caminar ni moverse algo por el mismo sitio ni los alimentos le entusiasmaba mucho y hasta ni hablar quería con las personas. Se sentía cansado, muy cansado.

Con este estado de ánimo y desganas en su corazón, al caer la tarde, se asomó a la ventana. A lo lejos, al fondo por completo de la vega y al otro lado de las montañas, el sol se iba. Teñía el cielo de rojo y daba paso poco a poco a las sombras de la noche. En silencio, inmóvil y solo, contempló el momento y poco después, entró en la habitación y se metió en la cama. Dejó la ventana un poco abierta para que la brisa de la noche entra y para oír el canto de los mirlos, los gorriones y los grillos. No quería ver ni oír noticias ni deseaba pensar en nada. Ni siquiera en las personas amigas o conocidas. Dejó por completo su mente en blanco y no tardó en quedarse dormido. Tuvo un sueño y los vio.

Eran tres. Altos, recios, de buena presencia, con melenas y barbas largas y de tez algo morena. No reflejaban vejez ni tampoco juventud y sí se veía en ellos fortaleza y mucha salud. Caminaban juntos mientras charlaban y de sus cuerpos manaba como una aureola de luz azuverde esmeralda. Subían por un camino de tierra y al llegar a un pequeño collado, se pararon. Un joven que venía en dirección contraria, al verlos, se acercó a ellos y les preguntó:
- ¿Venís de la ciudad huyendo del virus?
Uno de ello aclaró:

- En la ciudad, las personas están en sus casas encerradas, tienen miedo porque muchos se infectan, otros enferman y bastante mueren.
- ¿Y vosotros?
- Nosotros, hemos superado esta enfermedad y ahora estamos muy por encima de ella. Tenemos el secreto para acabar con este virus y nos preparamos para anunciarlo a todas las personas de la ciudad y de otras partes del mundo.
Despertó en su cama y sentía que en su corazón tenía clavado con mucha fuerza lo que en el sueño había visto.

17 de junio 2020 -94
ZUMO DE NARANJA
Al sentir los perros ladrar, se asomó a la ventana. A la derecha, al final de las escaleras que llevan a las facultades, por entre los pinos, los intuyó. Estos árboles y otros, le tapaban lo que ocurría un poco más allá. No le dio mucha importancia y aquí en la ventana se quedó como esperando a que la tarde terminara. Hacia bochorno porque la primavera se estaban yendo y el verano se encontraba a dos pasos. También animaba un poco lo que la radio, periódico y otros medios, decían del virus. Las infecciones y los muertos eran menos y esto indicaba que la epidemia se estaba apagando o al menos, estaba un poco controlada. Miró al frente y a lo lejos descubrió las montañas del pequeño parque natural. Y sin saber por qué, a su mente vinieron las imágenes de los padres con los niños.

Meses atrás, los contagios y muertes por el virus, en las ciudad eran muchos. Parecía que todo se había descontrolado, las personas todas estaban encerradas en las casas y era tanto el silencio, que impresionaba mucho imaginar y ver este panorama. De la ciudad, los dos padres con sus niños, salieron. Recorrieron las calles y siguiendo los caminos, se fueron derechos a las montañas que esta tarde, contempla desde su ventana. Ya entre los bosques, siguieron avanzando y remontaron hasta el mirador frente al nacimiento del río. Aquí estuvieron un buen rato contemplando la ciudad a lo lejos y luego siguieron. Al llegar a la parte más alta de la montaña, se fueron por el lado de la izquierda hacia la pequeña cañada. Corría la niña delante al tiempo que decía a los hermanos y padres:
- ¿Os acordáis cuando en los meses del otoño pasado buscábamos por aquí setas? ¡Qué divertido fue aquello! ¿Por qué no lo repetimos?
Nadie dijo nada. Sí, al llegar a donde el otoño pasado habían recogidos los níscalo, decidieron pararse para comer y beber algo. Sacó la madre de la mochila una botella de zumo de naranja exprimido unas horas antes y al empezar a beberlo, la niña dijo de nuevo:
- Cuando bebamos este zumo, todos vamos a estar protegidos por completo por el virus que en la ciudad hemos dejado.

Desde su ventana, de nuevo sintió a los perros ladrar. Miró y ahora sí los vio. Varios jóvenes junto con sus perros, habían subido desde la ciudad y en este lugar se habían parado. Compartían algunos alimentos y oyó que una de las muchachas, dijo:
- Cuando bebamos este vaso de zumo de naranja recién exprimido, todos quedaremos vacunados contra el virus.
En estos momentos por la calle y casi por debajo de su ventana, tres muchachas aparecieron paseando. Una de ellas comentaba:
- Con tanto agobio en las casas y en la ciudad, vamos a tener que irnos a la montaña y empezar a vivir como los ermitaños.

18 de junio 2020 -95
EL CASTILLO

Como los ermitaños vivía la familia con sus dos hijos en la pequeña casa entre pinos, carrascas y melojos. Después de mucho tiempo y laborioso trabajo, habían logrado construir una pequeña vivienda, toda de piedra recogida por los alrededores. Piedras de tobas que colocaron en la pared engarzándolas con mezclas de cal y arena. Las maderas para la puerta, ventanas y techo, las cogieron de los bosques que le rodeaban y el agua necesaria para hacer la mezcla, usar en la casa, beber ellos y sus animales, la encauzaron desde el río a unos metros de donde levantaban la casa. Y construyeron la humilde vivienda justo también a unos metros del camino que discurría por el lado del sol de la mañana. Sobre un terreno algo inclinado, solana muy fértil que se descolgaba levemente desde el cerrillo al lado norte. Por este lado norte y en la umbría, se abría el surco del río. Un cauce bastante caudaloso de aguas muy claras siempre de colores azules verdes como los cielos y bosques que rodeaban.

El padre tenía un pequeño rebaño de ovejas, cabras, un burro, un caballo y un mulo. Con estos animales, labraba un trozo de tierra de su propiedad donde sembraba hortalizas y cereales para consumo propio. Eran sus alimentos, junto con los que del rebaño de ovejas y cabras también algunas veces aprovechaban. Casi nunca tenían dinero pero de estas tierras y animales, sacaban lo suficiente para vivir. Los dos niños, él y ella y entre diez y doce años, ya ayudaban a los padres en algunas cosas y, en otros momentos, jugaban mucho por la parte de atrás de la casa, entre río y la vivienda. En un lugar muy concreto, a la niña un día se le ocurrió construir un castillo. Soñaba su pequeña fantasía y así fue como empezó a buscar piedrecillas en la corriente del río, recogía arena y un poco de agua con una lata oxidada y en lo más alto del cerrillo y por detrás de la casa, dio comienzo la construcción de este sueño suyo. El hermano, a veces le daba compañía y otras veces solo se limitaba a mirar y a preguntarle algunas cosas. La niña no quería que le ayudara en nada. Sentía la necesidad de construir ella por sí misma la fantasía que imaginaba. Los padres sabían que era el mundo de sus juegos y tranquilamente la dejaban. Trabajó sin perder ilusión cada día un poco y pasado un tiempo, su castillo estaba levantado en lo más alto del monte por detrás de la casa. Una pequeña obra de arte que imaginaba a su manera y también a su manera la fue llenando de vida y de cosas bellas, todas imaginadas.

Durante mucho tiempo ella fue feliz con este juego suyo y, aunque pasaban los meses, los años y más años, veía que su singular obra de arena y piedras, no se desmoronada. Siguieron pasando los años, los padres envejecieron y el tiempo un día se los llevó de este suelo. Los hijos abandonaron la pequeña casa de piedra en la montaña y también el castillo en lo más alto del cerro. Con muchas limitaciones construyeron su forma de vida en la ciudad hasta que un día llegó la enfermedad que atacó a las personas por todos los lugares del mundo. Ellos dos, de la noche a la mañana, tuvieron que encerrarse en un pequeño piso en la ciudad para evitar que el virus los enfermara. Y un día, cuando nadie los veía, salieron de la ciudad y caminaron hasta llegar a las montañas que conocían. Buscaron el sitio donde se habían criado y buscaron la casa y el castillo. Y descubrieron que la casa ya no existía. En su lugar se veía solo un montón de piedras todas llenas de hierbas, zarzas y musgo. Las tierras que los padres habrían labrado cuando ellos eran pequeños, todas estaban desiertas y sin embargo, en todo lo alto del cerro, encontraron las construcción del que ahora era un antiguo castillo de fantasía y sueño. Ella dijo al hermano:
- Es como si de alguna manera, el tiempo respetara los sueños que tuvimos cuando éramos pequeños. Como si todo lo demás no tuviese valor alguno. ¿Qué mensaje quiere el cielo transmitirnos con esto?

19 de junio 2020 -96
PERDIDO

Al ponerse el sol y cuando ya la sombra de la noche empezaba a llegar, desde la puerta de la casa, la madre y la hermana, preguntaban a las vecinas del lado de arriba:
- ¿Lo habéis visto por algún sitio?
Y las vecinas les respondieron:
- No lo hemos visto por ningún lugar. ¿Es que no ha vuelto aun?
- Desde esta mañana temprano nada sabemos de él. ¿Dónde se habrá metido o qué puede haberle pasado?
- Nosotros lo vimos el otro día jugando con su pajarito y temía que un día se le escapara y nunca más volviera.
- Pero Zadí, su pajarito, aunque algunas veces se le ha escapado, siempre ha vuelto.

La oscuridad de la noche fue llegando y el hermano mayor no aparecía por ningún lado. En la casa todos estaban preocupados y en las de los vecinos y buena parte del barrio, muchas personas, comentaban lo ocurrido. Al lado norte del pueblo, se encontraba el pequeño grupo de viviendas. Casas todas de una sola planta, dos o tres ventanas cada una y en la entrada, una marquesina con arriates llenos de plantas. Entre estas plantas, algunas familias habían sembrado árboles frutales. Higueras, limoneros, naranjos, ciruelos o albaricoques. En la marquesina a la entrada de su casa, crecía un viejo olivo y en las ramas de este árbol, con frecuencia colgaba lo jaula con el pajarito. Le gustaba verlo cantar y moverse alegre mientras las tardes o mañanas se marchaban. Y le gustaba también mucho, recorrer los caminos y explorar los paisajes de los montes cercanos.

Por eso, a primera hora del día siguiente, la familia y los vecinos, se organizaron. En varios grupos, recorrieron los caminos y al llegar a las montañas, se repartieron por lugares diferentes. Uno de los grupos, se fue por las partes bajos del valle del arroyo. Por donde la vereda y el manantial de los narcisos. El segundo grupo, se puso en marcha por la parte media del barranco. Y el último de los grupos dirigido por la madre y la hermana, se puso en movimiento por la parte alta del barranco y valle del arroyo. Sin perderse de vista entre ellos, bajaron y subieron por los rincones siguiendo las sendillas de los animales y llamándolo. Ni lo veían ni lo oían. Varios horas después, los tres grupos se juntaron en lo más alto de la cuerda montañosa al otro lado del arroyo. Se veía en sus rostros el cansancio y el desánimo. Al caer la tarde, regresaron al pueblo y cuando la noche empezaba a llegar y cada uno fue regresando a su casa, por la parte alta del barrio y lado en que el se ocultaba el sol, apareció un intenso resplandor entre morado y naranja. Miraron todos sorprendidos y el centro de esta refulgente luz, lo vieron. Muy erguido y mostrando gozo y belleza en su rostro. Habló a las personas que lo miraban diciendo:
- Mi pajarito sigue en su jaula y yo ya por fin estoy libre de penalidades y del extraño virus que se extienda por todo el mundo. Tened vosotros cuidado y protegeros mucho.

20 de junio 2020 -97

GUARDAR EL TIEMPO

Con la preocupación dentro de sí y vacío de ilusión, fue lentamente recogiendo las cosas y metiéndolas en la mochila. A solo unos metros, lo miraban los que querían que se fuera sin pronunciar palabras. Pero entre los tres, de vez en cuando comentaban:
- En cuanto se vaya de aquí, hay que limpiar a fondo este cuarto, pintar y blanquear puertas, ventanas y paredes y dejarlo todo como nuevo. Y, sobre todo, desinfectar a fondo.
- Desde luego que así tenemos que hacerlo y olvidar para siempre la pesadilla que en los días pasado hemos vivido.

Terminó él de recoger sus cuatro cosas, cerró la mochila y la bolsa, lento bajó las escaleras, colocó los bultos en el vehículo y, en compañía de los tres, se pusieron en

marcha hacia el nuevo destino. Recorrieron las calles sin intercambiar una palabra entre los tres en ningún momento y, al llegar al sitio que pretendían, le pidieron que descargara sus cosas y unos minutos más tarde, se alejaron dejándolo por completo solo. Y fue en estos momento cuando cayó en la cuenta que en la habitación del edificio que acababa de abandonar, se había quedado su documentación. Sintió que ahora no tenía ni documentación ni casa donde vivir ni alimentos para comer ni dinero ni amigos ni conocidos.

Unos días después, se le vio sentado, como acurrucado junto a la pared de un lujoso edificio en el mismo centro de la ciudad. Delante tenía un pequeño recipiente donde se apoyaba un escrito que decía: “Cualquier cosa que me deis, me servirá para vivir”. Sobre su rodilla apoyaba un cuaderno y mientras inmóvil esperaba a que las personas al pasar le dejarán alguna moneda, en silencio escribía. En la primera página, había garabateado un título: “Guardar el tiempo". Y debajo en forma de aclaración, se podía leer: “Necesito guardar el tiempo y la única manera de hacerlo, es escribirlo". Algunas personas al pasar, lo miraban de reojo y hasta se atrevían a observar un poco el cuaderno donde escribía.

21 de junio 2020 -98

EMIGRANTES

En busca de trabajo, cuando joven, emigró a otra parte del país. En compañía de su mujer también joven y sin más equipaje que la ropa puesta, una mochila con algo para comer y algunas monedas sueltas en el bolsillo. De joven, él estaba lleno de energía y tenía su corazón repleto de sueños. Por eso aceptó el primer trabajo que encontró: acarrear ladrillos y mezcla en la construcción de un edificio en el centro de la ciudad. De sol a sol y con solo una hora de descanso al mediodía para comer. Buscaron techo y nido en una casa humilde en el barrio más pobre y de esta manera vivieron a lo largo de varios años. Con la ilusión siempre en sus corazones de que la suerte un día le sonriera encontrando un trabajo diferente y mejor pagado.

Pasó el tiempo y como la suerte no estuvo de su parte en los lugares donde se sentían extranjeros, volvieron a sus tierras de origen. Unos amigos le regalaron un poco de terreno y aquí construyeron una casa nueva. Pequeña pero con dos plantas, azotea, un par de balcones, un jardín a la entrada y, por la parte de atrás, un trozo de huerto con una higuera y un cerezo. Trabajaron mucho en las cosechas del campo y cuando se hicieron viejos, se jubilaron. Comenzaron a recibir una pequeña paga y ahora sí, con esta escasa fortuna empezaron a sentirse libres y llenos de un poco de felicidad.

Pero cuando a mediados del mes de marzo, el virus empezó a extenderse por todo el país y otros lugares del mundo, se llenaron de miedo. Unos días más tarde, prepararon la tienda de montaña, en las mochilas pusieron alimentos y recorrieron los caminos hacia el lugar que conocían. Entre una encinas, mucha vegetación baja y junto un venero de agua fresca, montaron la tienda. Frente a la luz de la luna y envueltos por el aroma del monte y la hierba, durmieron a lo largo de la noche. Con los primeros rayos del sol al día siguiente, a él se le vio salir de la tienda, caminó hasta lo alto de monte en el lado de la tarde y en una piedra se sentó. Al pasar por el camino cercano un vecino amigo y verlo, le preguntó:

- Y si os marcháis porque, como a tantos, os da miedo el virus ¿qué vais a hacer con la casa?
- Sudor y lágrimas y mucho tiempo nos ha costado construirla pero en estos momentos, no tenemos miedo de perderla. En nuestros corazones, ya hay un deseo y una ilusión, que supera a todas las cosas de esta tierra.

22 de junio 2020 -99

EL ROBO DEL NIÑO

El ladrón huía campo a través barranco abajo y el joven que había salvado al niño, se desvaneció como en el viento.

Junto al arroyo que, casi torrente se descuelga por la ladera al encuentro del río, construyeron la casa. Hace mucho, mucho tiempo y para tener agua limpia y fresca en la misma puerta. Una no muy grande construcción pero sí toda de piedra recogidas del entorno. Por eso la casa, cuando ya estuvo hecha, parecía de juguete de tan original y bella. Con la corriente del arroyo bañándola casi en todo momento, las fértiles tierrecillas por el lado de arriba como huerto, con el bonito camino de tierra justo pasando a unos metros de la puerta, pequeñas cascadas y charcos azules en el arroyo por el lado de arriba y por abajo, las laderas a los dos lados cubiertas de bosque, otro edificio muy bonito en lo alto de la ladera al lado del sol de la tarde y en lo hondo, muy en lo hondo, el cauce del río entre densa vegetación. Y a la casa, además, le construyeron dos pequeños balcones casi colgados sobre la corriente del arroyo. Todo esto fue obra de los pastores de la montaña en tiempos pasados, ya muy lejanos.

Cuando los años fueron pasando, poco a poco los pastores abandonaron estos lugares y la casa se quedó sin dueño y a merced de las lluvias, el viento y el paso del tiempo. Sus paredes, tejados y puertas, se desmoronaron y la vegetación creció por entre las piedras. Pero a este lugar tan especial, abandonado y en ruinas, una primavera no hace mucho, llegó un joven matrimonio extranjero con su niño. Y como les gustó el sitio por la abundancia de agua, silencio y vegetación, se pusieron y en poco tiempo lo reconstruyeron todo aún con más belleza y singularidad que en los tiempos lejanos. En la otra casa, la que sobre la loma del lado de la tarde, se alzaba, también se instaló otro joven matrimonio. Tenían un caballo que a lo largo del día y de la noche, comía hierba y bebía agua en el rellano casi al final de la loma cerca de la casa del arroyo. Eran amigos estos matrimonios entre sí y, de vez en cuando, se hablaban y compartían cosas en voz alta desde las dos viviendas.

En la puerta de la casa del arroyo, junto en el camino que pasaba casi rozando, una mañana la madre dejó a su niño en el carrito. Se puso ella a preparar y ordenar la vivienda sin perder de vista a su pequeño hasta que, de pronto, lo sintió gritar. Se asomó rápido a la puerta y asombrada vio como un hombre empujaba a toda prisa el carrito del niño por la vereda que desde el arroyo surcaba la umbría de enfrente. Gritó la madre pidiendo ayuda y el caballo que estaba pastando en la llanura junto al arroyo, comenzó a relinchar al tiempo que galopaba veloz como al encuentro del hombre que había raptado al pequeño. Al oír las voces de la madre y el relincho del caballo, los de la casa en lo alto de la loma, se asomaron a la puerta y al ver lo que ocurría, también empezaron a pedir ayuda. Los de la casa de arriba y la madre vieron de pronto como, en dirección contraria, por el camino que recorría el hombre con el niño, apareció un joven. Arrebató al ladrón el carrito con el niño, en el mismo camino lo dejó esperando a que la madre llegara para recogerlo, indicó al caballo que detuviera su galope y pidió a las personas de la casa de arriba que no gritaran más. El ladrón huía campo a través barranco abajo y el joven que había salvado al niño, se desvaneció como en el viento. Al ver la escena, los de la casa de arriba alzaron la voz y dijeron a la madre:

- El joven mensajero de las estrellas, hoy ha hecho un milagro con tu hijo.

23 de junio 2020 -100

TENGO ONCE AÑOS

Encerrada en su casa, como otras muchas personas, por el problema del virus, la niña un día, escribió la siguiente carta: “En septiembre de 2019 empecé quinto pero ninguno sabíamos que el 13 de marzo de 2020, España se pararía debido a un virus que ha hecho parar a muchos países. Nosotros que somos niños, lo hemos llevado bien, mejor que muchos mayores. Voy a pertenecer a una generación donde el colegio se paró y, a día de hoy, seguimos sin clases, quién sabe en septiembre… aún está por ver.

Los profesores se pusieron las pilas y aunque al principio costó, nos enseñaron a trabajar a través de plataformas virtuales. Para muchos, nuevas tecnologías, las clases, los exámenes y deberes, todo a través de internet. Está bien pero yo prefiero estar en clase con mis compañeros, mis profes, porque el contacto diario nos hace más felices con las personas que queremos. Nos hemos distanciado, encerrado, no hemos podido celebrar nada, mi cumple los celebré en casa con mis padres, lo demás, todo por videollamadas. Salir a las ocho para aplaudir a los médicos y enfermeras que están dándolo todo por nosotros, ha sido “lo mejor del día”.

Así día tras día. Lo hemos aceptado tanto niños como mayores. Ha habido muchos cambios, algunos positivos y otros, negativos, pero de todo se sale, a veces, cuesta más, pero seremos una generación fuerte”.

24 de junio 2020

SIN SONRISAS

Ayer hizo mucho calor. A más de cuarenta grados llegaron las máximas y las mínimas, no bajaron de veinte grados. El cielo sobre la ciudad, estuvo todo el día color naranja, apenas se movía el viento pero a media tarde, aparecieron nubes grises. El bochorno se hizo casi insoportable y por la noche, el viento sopló muy fuerte. Como cuando aparecen las tormentas y era esto lo que se intuía. No llovió pero sí el viento dejo limpia la atmósfera sobre la ciudad y esto animaba un poco.

Mientras las fuertes rechas de viento zarandeaban a los árboles que se ven desde su ventana, desde aquí observaba la redonda luna en el cielo y meditaba. Hace ya casi cuatro meses que no sale de su casa y le gustaría pero teme. El virus no se ha ido y los contagios aparecen de vez en cuando. Recuerda que el año pasado por estas fechas, en las claras aguas del río que corre a los pies de la Alhambra, nadaba una hermosa ánade real cuidando de su bandada de patitos. Una hermosa aventura que siguió y vivió con mucha intensidad a lo largo de bastantes meses. Justo hasta que apareció la extraña enfermedad. Este año, cuatro meses lleva ya sin saber qué ocurre por este rincón del pequeño río y echa de menos las vivencias de los meses pasados. Hace unos días, alguien descubrió un ánade rea nadando por la corriente de este río seguida de ocho o diez pequeños patos. Sintió el deseos de salir de su casa, caminar por las calles de la ciudad, acercarse a este lugar que tanto conoce y valora y ver cómo son realmente ahora mismo las cosas por aquí.

Pero hace unas noches, tuvo un sueño y lo que vio no le gustó nada. Las personas, todas menos algunos jóvenes, iban por la calle de un lado a otro y en ninguna de estas personas, se veía ni la nariz ni la cara ni la boca. Sin sonrisa ninguna y casi sin rostro ni expresión. Una pequeña mascarilla en distintos tamaños y colores, tapan ahora los rostros de todas las personas que se mueven por la ciudad. Obligatorio esto y necesario para evitar contaminarse pero extraño porque la sonrisa de las personas, ha desaparecido casi por completo. Al ver esta imagen y recordar ahora la presencia de los patos en el cauce de río que corre a los pies de la Alhambra, se le quitan las ganas de aparecer por el lugar. Se dijo: “Si las personas estamos ahora distanciados unos de otros, si ocultamos nuestros rostros, si tenemos que hablarnos desde la distancia y ni siquiera las sonrisas podemos vernos ni

compartir, es como si la belleza y momentos agradables de la vida hubieran dejado de existir. ¿Qué otras cosas pueden sustituir a las sonrisas que todos ahora ocultamos?

25 de junio 2020 -202

DESDE RUSIA

Hola, ¿Cómo estáis en la cuarentena? Aquí soy yo desde Rusia con amor. Aquí también estoy en la cuarentena, en Rusia y en mi casa. Bueno, hoy quiero contaros cómo fue mi vuelo, mi viaje porque yo quería volver por este tiempo de la pandemia y quería ver a mi familia y esto fue una locura. Voy a contaros todo bueno pero espera un momentito que quiero hacerme un cafecito y empezarnos. Vale, la cosa es que volví a Rusia el 22 de marzo, cuando empezó todo. Este domingo el virus llegó a muchos países, Yo estaba de vacaciones en el Medio Oriente cuando apareció el primer caso en Bahrein, es el país donde estaba de mí de mis vacaciones. Me puso muy preocupada honestamente porque soy persona que trato mi salud muy en serio y la salud de las personas que hay alrededor de mí, también. Entonces, yo pedí estar en la casa la mayor parte del tiempo e incluso pedí la entrega de la comida del super para no mezclarme con las personas en los lugares públicos. Cuando Rusia empezó a cancelar los vuelos, la situación fue que no podía estar en Baquerin. Mis vacaciones iban a terminar en 2 semanas, así que el 10 de marzo compré mis pasajes a Rusia a través de Moscú. Yo vivo en Ekaterimburgo. Al día siguiente me notificaron que mi aerolínea cancelaba mi vuelo. Fue decisión de Rusia porque ellos dicen que decidieron cerrar sus fronteras en los siguientes 3 días. Yo estaba tratando de llamar a la agencia que me vendió mi pasaje del vuelo para devolver el dinero porque en estos días todos los pasajeros, todos los turistas estamos en la misma situación y cada uno tratando de llamar a esta gente y yo también. Para hablar con alguien tenía que estar en línea por más de 2 horas. Nadie me devolvió el dinero de este vuelo, entonces necesitaba comprar otro pasaje y lo compré. Un día antes de mi viaje, planean terminar todos los vuelos entre Rusia y Dubai. Pensé que no iba a poder volver a Rusia para ver a mi familia y estar con ellos. Nadie sabe cuándo va a terminar esta pandemia. Qué locura, pero gracias a Dios ocurrió un milagro.

Tuve mucha suerte porque mi vuelo fue el último que iba a mi país para recoger a los turistas rusos que estaban atrapados. Pero mi aerolínea tenía que hacer transbordo con otra y por eso necesitaba estar en la zona de tránsito del aeropuerto de Dubai durante 24 horas. Decidí reservar una habitación en el Hotel Internacional en la zona de tránsito del aeropuerto de Dubai porque en este momento Emirates Árabes Unidos, cerró sus fronteras para los extranjeros y yo no podían salir del aeropuerto y entrar en la ciudad. Decidí pagar para pasar estos 24 horas en mi habitación propia por dos razones. La Pensión más simple de este hotel cuesta 26$ americanos. Número uno era que los aeropuertos en general no son los lugares más limpios del mundo y especialmente en este tiempo de pandemia. Por otro lado, quería relajarme antes de mi próximo viaje. Cuando todos nosotros llegamos a Rusia nadie nos controla la temperatura y por supuesto nadie nos hizo las pruebas del coronavirus. Lo único que hicieron es que nos dieron una hojita oficial. Donde se nos decía que necesitábamos aislarnos en casa por 14 días. El día 10 alguien del hospital local iba a venir a mi casa para hacerme las pruebas del coronavirus. Durante 14 días estuve en mi casa sin salir. Mis padres me traían la comida durante todos esos días sin contactarme. Cuando mis padres venían a mi casa ellos tocaban en la puerta y cuando yo lo oía, abría la puerta y no veía a nadie porque mis padres ya estaban en la calle. Recogía la comida. Nadie ha llegado a mí en el día 14 ni en el día 21 ni en el día 30.

En Rusia con esta situación, creo que para terminar esta pandemia, cada uno de nosotros necesita dar cuenta de sus acciones y no salir sin necesidad a en la calle, cuidar de la familia, cuidar de uno mismo. Podéis decirme cómo es la situación del coronavirus en

vuestro país o ciudad. ¿Tu gobierno sabe qué hacer y si hace algo para terminar este pandemia? Soy Catherine desde Rusia.

26 de junio 2020 -103

AL LLEGAR LA NOCHE

Y sabía que en el cielo brillarían las estrellas y, estas dos cosas, le emocionaban. Casi su vida entera palpitaba en estos recuerdos. Varias veces le habían dicho ya que en las noches de luna llena, cuando ésta se coloca justo encima de la torre más alta del palacio de sultán, pueden ocurrir cosas maravillosas.

Era verano y hacía mucho calor. A estas horas del día, el sol caía hacia el lado de la tarde, la hierba en las laderas y tierras llanas por la montaña, se veían secas. Cantaban las chicharras y los paisajes desprendían una quietud casi de piedra. Olía a romero el aire, a tomillo, lavanda, cantueso mastranzos y mejorana y el color de las encinas era gris intenso. Verdes oscuros se veían los lentiscos, juegarzos,   jaras y aulagas.

Por una sendilla estrecha, se le vio caminar en la misma dirección en que, en lo hondo, se deslizaban las aguas de río. Conforme avanzada, iba apartando con sus manos el monte que casi tapaba la senda y lentamente se fue acercando a donde el manantial brotaba. En la hondonada, entre piedras a los lados y, en la parte alta, un pequeño bosque de encinas grises. Sintió el rumor del agua antes de llegar a ésta. Vio el verde de las plantas y el color de algunas florecillas, conforme ya iba tocando el claro chorrillo del agua con sus manos. Todo alrededor del manantial, estaba cubierto de pequeña vegetación herbácea que se decoraba con diminutas florecillas en colores variados. Olía a humedad el entorno y el airecillo era fresco. Recogida en sí, la pequeña hondonada con su manantial en el centro, tapizado a los lados de hierbas muy verdes y olorosas, el espacio parecía ocultarse de todo y todos. Conocía él este rinconcillo desde hacía mucho tiempo y lo había disfrutado también en muchas, muchas ocasiones.

Aquí se paró y durante un rato, lavó sus manos, bebió unos tragos, observó los paisajes al frente y hacia la otra ladera y luego desvió su vista a lo más hondo. Por ahí se deslizaba el río que conocía y al otro lado, se veían las últimas casas de la ciudad. Más arriba, resaltaban las altas torres del palacio del sultán. Y en lo hondo, por donde se deslizaba el río, tenía parte de su corazón y alma. Vivencias muy sencillas, llenas de esencias que, sin saber cómo, a lo largo del tiempo se le habían clavado en lo más hondo de su ser.

Reflexionó: ‘Al llegar la noche, la luna saldrá por las crestas de las altas cumbres, completamente llena y en el cielo brillarán las estrellas. Quiero verla una vez más jugando en una de estas estrellas. Quiero volver a verla y, si fuera posible, irme con ella. La enfermedad que el virus está extendiendo por todo el planeta, nos va quitando la poca felicidad que en este mundo teníamos’.

27 de junio 2020 -104

TOMANDO EL SOL

Es verano en sus primeros días y hace mucho calor. Tanto calor hace que por las noches se duerme mal. Es lo que le había ocurrido al hermano menor. Apenas había dormido a lo largo de la noche y por eso, en cuanto amaneció, se levantó. Se aseó un poco, comió un par de frutas y salió de la casa. Por el camino que va por lado de abajo del pueblo de este a oeste, se puso en marcha. Sobre las blancas casas del pueblo en la ladera a su izquierda, comenzaban al derramarse los primeros rayos del sol del nuevo día. Por el lado derecho del camino que recorría, El agradable vientecillo de la mañana, mecía las verdes ramas de los

olmos, álamos, fresnos y sauces. Al dejar atrás las últimas casas del pueblo, se encontró con el amigo. Se saludaron, comentaron lo del calor de la noche y el amigo le dijo:
- Para dormir mejor y de la manera más sana, siempre es bueno cubrirse nariz y boca con algún paño fino. De este modo, continuamente respiras aire templado y limpio.
Nada comentó a lo que dijo el amigo.

Hora y media después, se acercaba al barrio donde vivía el hermano mayor. En la ladera frente a los palacios de los sultanes y cara al sol de la mañana. Aquí, en una bonita casa de piedra con jardín a la entrada y como en balcón sobre el valle del río, tenía su refugio el hermoso mayor junto con esposa y un hijo pequeño. Lugar tranquilo y algo más seguro del virus que en el pueblo o la ciudad. Antes de llegar a las tres o cuatro primeras casas entre la que se alzaba la del hermano, se encontró con él. En compañía del hijo, el hermano mayor había salido de la vivienda y ambos caminaban como en dirección al pueblo. Los dos hermanos se saludaron y enseguida el que llegaba preguntó:
- ¿Vais de paseo?
- Vamos a tomar el sol.
Anunció rápido el niño.
- ¿A tomar el sol?
- Sí, ven con nosotros y te mostramos.
Indicó hermano mayor.

El que había llegado se unió al hijo y al padre y caminaron como de regreso al pueblo. No tardaron en llegar a un pequeño rellano donde una densa alfombra verde cubría todo el suelo. Varias personas, jóvenes, niños y algún padre, tomaban el sol recostados sobre la alfombra verde y frente a los palacios de los sultanes. Todas estas personas parecían felices al la vez que en sus caras se veía como una honda preocupación. El hermano menor preguntó al padre del niño:
- ¿Por qué hacen esto y de este modo estas personas?
- Ellos creen y yo también que de este modo van a estar libres del ataque del virus. Si observas bien, en el fondo practican una forma de oración. Creen como yo, que en el cielo está la única salvación.
Y hermano menor, en estos momentos oyó a una persona mayor que susurraba: "¿A ¿Dónde vamos, Dios mío, después de muertos?"

28 de junio 2020 -105

LA FIESTA

A primera hora de la mañana, se les vio subir. Siguiendo una senda que, desde la ciudad, remonta buscando la cumbre. Iban todos en grupo como animados y alegres por haberse reunido para celebrar la fiesta en los paisajes de la montaña, bien lejos de la ciudad. Como dando a entender que nada les interesaban ni preocupaban excepto lo que habían planteado. Al llegar a la última casa en el camino por la derecha, giraron para este lado y pasaron por detrás de la vivienda. Al encontrarse con los árboles repletos de frutas maduras, cerezas, melocotones, albaricoques, manzanas y peras, se animaron y cogieron muchas de estas frutas. Rompiendo incluso ramas en los árboles. Los de la casa un poco más arriba y antes de la cumbre, al ver al grupo que subía y como se comportaban, se pusieron a observar. Les extrañaba y preocupaba la presencia de los que aparecían y las formas de comportase.

Dejaron atrás la casa de abajo y conforme se acercaban a la casa de arriba, se aportaron del camino y avanzaron campo a través. Los que observaban en la puerta de esta casa de arriba, al ver que los que llegaban se iban campo a través, alzaron la voz y dijeron:

- Invadís una propiedad privada y vosotros no estáis invitados a la fiesta que estamos celebrando.
Los que llegaban ni caso hicieron. Continuaron avanzando pisando césped, plantas y terreno y, por la parte de atrás de esta casa de arriba, volvieron al camino con la intención de remontar hasta lo alto. Por aquí, enseguida vieron al grupo de esta casa de arriba reunidos todos alrededor de una barbacoa. El fuerte olor en el aire, delataba la carne que estaban asando. Hicieron comentarios y continuaron subiendo. Justo al llegar a todos los altos, por el lado izquierdo, lo vieron. Estaba solo, sentado sobre una gran piedra y parecía meditar.

Se acercaron a él y el que parecía el líder del grupo que llegaba, habló diciendo:
- Venimos huyendo de la ciudad porque allí no nos dejan celebrar fiestas. Las casas están encerradas, por las calles no se puede ir, los bares, discotecas y otros locales también están cerrados y hasta el aire se encuentra contaminado. En la ciudad ya no se puede vivir. Y además, a nosotros los jóvenes, nos tratan como a enfermos, como apestados. Por eso buscamos lugares por estos países de montaña. Necesitamos beber, comer y fumar en libertad y a nuestro aire.
El que estaba sentado y en silencio parecía esperar, no dijo nada. Otro del grupo que había llegado, comentó:
- Aquí mismo nos vamos a dividir. La mitad vamos a seguir subiendo en busca de un buen sitio en lugares hermosos en la montaña y los otros, vamos a bajar al pueblo del valle. En el autobús que llega, vienen amigos nuestros y queremos esperarlos. ¿Te vienes tú con nosotros?
El que estaba sentado, dijo que no con un gesto negativo de su cabeza. Los que habían llegado, se dividieron en dos grupos. Unos cuantos siguieron avanzando hacia las laderas de las montañas y otros pocos, comenzaron a bajar por la senda hacia el valle. El que estaba sentado, observó durante un rato y luego para sí susurró: “En la ciudad, ya lo tienen todo roto y contaminado. Como bien dicen, en ese sitio, casi no se puede vivir. Y ahora se concentran en estos lugares de las montañas a celebrar sus fiestas y convertir esto en los que es aquello. No estoy conforme, Dios mío. Este mundo y las personas, cada día estamos más rotos y sin horizontes. Hoy más que otras veces, te pido que me lleves al fin, al lugar que espero y sueño”.

29 de junio 2020 -106

EL AMIGO

En la ciudad, lo conocían muchas personas. Todos lo querían y especialmente, un hombre muy amigo suyo y casi de su misma edad. Él era ya muy mayor. Cada día notaba más que poco a poco envejecía y las fuerzas le iban abandonando. Al andar, ya se le veía titubeante y con frecuencia tropezaba. Y como se iba dando cuenta de esto, un día dijo a las personas con las que vivía:
- Como ya mis días van llegando a su fin y los años no dejan de correr, quiero irme a una residencia de mayores. Allí, mientras me voy haciendo más viejo, le doy compañía a los ancianos y comparto con ellos mis cosas, oraciones y tiempo.
Los compañeros de la casa donde vivía, vieron con buenos ojos estas reflexiones suyas. Y, porque además, él también con frecuencia se decía: “Porque la vida, toda entera, es una gran lucha cada día y cada día también continúas pérdidas. Así, hasta que al final, la muerte nos lleva. El tesoro más grande de nuestros días en este suelo es precisamente ir acumulado riquezas, obras buenas, palabras y acciones de amor sincero, respeto para con todos y todo y dar gracias en todo momento. La vida, es flor de un día que al llegar la noche, seca el viento y desaparece para siempre de este mundo”.

Unos meses más tarde, dejando lejos a la ciudad donde vivía, a muchos amigos y conocidos y al entrañable amigo casi de su misma edad, se fue a vivir a la residencia de ancianos. Como uno más entre ellos pero en su interior dispuesto a ser amigo de todos. A su edad, sabía bien que las personas mayores necesitan de un trato y cariño especial. Reflexionaba: "Hay que dejarlos que hablen y cuenten sus recuerdos, hay que levantarles el ánimo en cada momento, no hay que culparlos nunca de nada, hay que transmitirles paz y confianza en sí y respetar mucho sus creencias, hay que ayudarles en todo y hay que tratarlos siempre con dignidad y cariño". Él sabía bien todo esto y por eso, desde el primer día, se comportó de esta manera con sus nuevos compañeros y amigos. En poco tiempo, se ganó el cariño y admiración de cada una de las personas con las que ahora vivía. Unos y otros, entre sí comentaban:
- Es un hombre bueno, muy bueno de corazón noble, sencillo y sincero.
- Lo que dices es la pura verdad. Nadie nunca nos ha transmitido tanto valores ni nos ha tratado con tanto mimo y respeto. Es un hombre bueno, muy bueno.
Él se acordaba continuamente del entrañable amigo que en la ciudad al marcharse había dejado. Con frecuencia lo llamaba y le decía:
- Tú no te preocupes que un día de estos voy a ir a verte y a compartir el tiempo contigo.

Esto fue así cada día en la residencia de ancianos donde ahora vivía hasta que, de la noche a la mañana, apareció el virus. Enseguida enfermaron muchas de estas personas, ingresaron en los hospitales y bastantes murieron. En la ciudad que hacía tiempo había dejado, su entrañable amigo, se contagió y enfermó también. Lo llevaron al hospital y a los pocos días, su hija fue a visitarlo y le dijo:
- Hace un momento, te ha llamado tu amigo el de la residencia de ancianos. Dice que ahora sí es cierto que va venir a verte para llevarte con él.
- Voy a llamarlo ahora mismo.
Llamó y en la residencia de ancianos le dijeron:
- Tu amigo ya no está en este mundo. Hace cinco días que voló al cielo.

Índice:
EL ÚLTIMO CAPÍTULO
EN EL LIBRO DE LO ETERNO
A lo largo del tiempo de la pandemia, he ido escribiendo un mensaje para ti, para otros, para todos en este mundo en el pasado, presentes y futuro. Aquí te dejo este mensaje para que puedas comprobar lo que he visto, sentido y espero. En una colección de relatos cortos, 450 palabras cada uno, escritos en la etapa del covid19, he dejado escrito el mensaje que estoy diciendo// ¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo?

30 de junio 2020 -107
ASOMADO A LA VENTANA
"Sin dinero, sin alimentos, si casa donde vivir, sin amigos ni conocidos, con la cara casi tapada y sin sonrisa en la boca ¿para qué quiero unos días más en este mundo?"

Se acaba otro mes y el calor ya sí ha llegado. Es verano, más de cuarenta grados puede que alcancemos hoy. Desde su ventana, a primera hora de la mañana, mira y medita. A su mente acuden los recuerdos y las vivencias y se entristece. En las aguas del río Darro, el que corre a los pies del Alhambra, el año pasado por estas fechas, la mamá ánade, jugaba y buscaba alimentos con su bandada de polluelos. El otro día apareció en el periódico que este año también se ven por aquí pero este año el río está muy abandonado. Comido por la

hierba, menos árboles que el año pasado, socias sus agua y mucha basura. Este año no quiere saber nada del pequeño río que en otros tiempos fue hermoso y escenario de sus sueños. Está cansado de hablar, escribir y luchar por mejorar las cosas en esta ciudad, en el país y en el mundo y de comprobar que nada cambia a mejor sino que cada día todo empeora.

A su mente acuden los recuerdos de algunas personas que hace unos meses eran importantes para él. Jóvenes universitarias de países lejanos que ahora ni siquiera sabe dónde están ni cómo se encuentra. Le entristece este recuerdo y pensamiento y por eso quiere apartarlo de su mente aunque sabe que en el fondo no es bueno. Tiene claro que nunca más volverá a verlas ni nada, en el futuro, compartirá con ellas. Le entristece pensar en lo mal que lo están pasando muchas personas por culpa de la enfermedad que en estos momentos se extiende por todo el mundo. Ni siquiera desea pensar en esto porque, aunque le duele, sabe que nada puede hacer para aliviar la vida de estas personas. Le pone triste también cada vez que por su mente cruzan las imágenes del jardín de la casa que conoce. Otra vez han cortado más árboles y muchas, muchas plantas se están secando, descuidadas y sin riego.

Y en estos momentos, especialmente le entristece el recuerdo de la madre y su niños. Los conoció hace muchos tiempo. Su marido era alcohólico, ella vivía su vida dejando a los hijos solos en muchos momentos. Los niños caminaban por las calles malnutridos, descuidados y sin cariño y, en el pueblo, muy pocas personas querían trato con ellos. Ahora mismo, siente como si los estuviera viendo. Ya han crecido, son hombres y mujeres y siguen yendo por la calle igual de solos y desarrapados que en aquellos años. Alguien le pregunta por la madre y responden que nada saben de ella.
- ¿Y vuestro padre?
- Él se marchó con otra mujer y ni siquiera sabemos cómo está ni dónde vive.
- ¿Y tú?
Le preguntan a la mayor de los hermanos, en otros tiempos, niña de cara dulce y tierna a pesar de su miseria y ahora, con el rostro demacrado, piel arrugada, envejecida y sucia. Responde:
- Sin dinero, sin alimentos, si casa donde vivir, sin amigos ni conocidos, con la cara casi tapada y sin sonrisa en la boca ¿qué quieres que te diga? Que unos días más en este mundo no me sirven de nada.

1 de julio 2020 -108

EL RIO AZUL VERDE

Tardó un buen rato en llegar a lo más alto. Por entre la nieve buscó la gran roca que tenía a su derecha y subió a ella. Miró al frente y descubrió el profundo y bellísimo surco por donde el río azul verde se deslizaba. Por entre la niebla y la nieve, allá a lo lejos, adivinó el cortijo de su amigo y lo imaginó a él sentado junto al fuego de la chimenea calentándose. Él ahora mismo, se moría de frío. La nieve lo había cubierto casi por completo y la roída y vieja manta, ni siquiera le protegía del helado vientecillo que corría. Pero todo decidido y como reuniendo sus últimas fuerzas, se colocó en lo más alto de la roca frente al gran cañón del río y a las aguas que por aquí se acumulaban.

Abrió sus brazos y en estos momentos sintió el graznido de patos silvestres. Le llegaban estos sonidos desde su lado derecho y venían como siguiendo el curso del río en la dirección en que las aguas corrían. Miró para este lado y, por entre la niebla y los copos de nieve que espesos caían, los descubrió. Una bandada de ánades reales que parecían venir de lugares muy lejanos e iban a otros lugares aún más lejanos y misteriosos. Se acercaban veloces a él pero muy confiados y por eso esperó un momento.

Los vio aproximarse y enseguida cruzar casi rozándolo. Emitieron en estos momentos muchos graznidos y con intensidades y modulaciones muy variadas. Al ver y notar él que esta bandada de ánades reales le rebasaban y se iban, instintivamente gritó:
- ¡Esperad un momento que me voy con vosotros! Quiero volar y gozar de la libertad que veo en vuestro mundo. Esperad que allá voy. Estoy tan cansado ya de todo, de vivir en la espera y siempre solo, de ver destrozos por todos sitios y personas sufriendo, que en mi corazón y cuerpo ya no hay fuerzas. Me voy con vosotros. Sé que venís del reino hermano, enviados por el Dios amigo para llevarme al paraíso que necesito y sueño.
Abrió mucho sus brazos y, por entre la bandada de los mil copos de nieve que armoniosamente bailaban mientras descendían, se dejó caer hacia las aguas del río azul verde.

2 de julio 2020 -109
INVISIBLE -I
Hacía mucho tiempo que había decidido hablar solo lo justo, mantenerse siempre a distancia, no pedir nunca nada para sí, no juzga ni criticar y no corregir a nadie ni discutir. Hacía mucho tiempo que había decidido hacerse lo más invisible posible. Y la razón de todo esto era porque ya tenía muy claro que nada podría cambiar ni en este mundo ni en las personas y por eso llegó a la conclusión que lo mejor era vivir y dejar vivir. “Si a nadie le importo ni nadie necesita de mis palabras o consejos, ser invisible es lo que debo hacer”. Se decía.

Pero aquella mañana del mes de julio, a primera hora, oyó golpes en la puerta de su habitación. No esperaba a nadie y por eso le sorprendió. Abrió rápido y lo vio frente a frente y muy cerca. Tenía un papel escrito a mano, se lo mostró al tiempo que le decía:
- Por fin, aquí está escrito tu expediente. Hemos trabajado mucho y, en la reunión que acabamos de tener, lo hemos decidido. ¡Te vamos a dar un premio! Vente conmigo ahora mismo sin preparar ni coger nada. Tal como estás.
El que había llamado a la puerta, dio media vuelta, caminó hacia la entrada de la casa, seguido del expedientado, abrieron la puerta de la calle y ahí mismo estaba el coche esperando. Le pidieron que subiera y al instante se pusieron en marcha.

Un rato después, salían de la ciudad y dos horas más tarde, rodaban por los caminos de la alta montaña. Al llegar al lugar fijado, le pidieron que bajara al tiempo que le decían:
- Este es tu premio y regalo: La montaña que tanto tiempo a lo largo de tus días has soñado. Aquí vas a quedarte para siempre porque, entre nosotros, no queremos verte más. En estas montañas, tienes el tiempo de sobra, los silencios que tanto te gustan, las aguas de los ríos y manantiales y las noches de luna llena.

3 de julio 2020 -110
A DISTANCIA -II
Pensad lo que queráis pero yo soy libre y me siento lleno.

Durante el día, el calor había sido casi insoportable pero en cuanto se puso el sol, el airecillo comenzó a ser más fresco. Y, conforme avanzaba la noche, la temperatura poco a poco iba bajando. De igual modo a como la reseca tierra absorbe lentamente el agua de las primeras lluvias al llegar el otoño. Notaba él por todo el cuerpo y espíritu la agradable caricia de este fresco y esto le hacía sentirse bien. Se decía: “Es como el rocío sobre la hierba al salir el sol en las mañanas de primavera”.

Descendía lentamente desde el collado, siguiendo la senda que, por entre el bosque, se descuelga ladera abajo hacia el manantial y luego hasta las mismas aguas del río. La luz de la luna iluminaba los paisajes y el canto de los grillos resonaba a lo largo y ancho. Antes de llegar a la fuente, sintió el murmullo y, al mirar, los vio. Eran muchos y parecían huir de la ciudad por algún peligro o como si, en procesión, fueran en busca de algo importante para sus vidas. No quería mezclarse con ellos y por eso, al ver el olivo, se fue derecho al árbol y tras el tronco, se ocultó. Con respeto, acarició el tronco de este olivo y en estos momentos, recordó algunas de las vivencias que bajo este árbol, tiempos atrás, había tenía. Algunas de estas vivencias ocurrieron muchos, muchos años atrás pero fueron tan importantes y las tiene tan clavadas en su alma y corazón, que en estos momentos siente que el tronco del árbol es como un símbolo, como un trozo de su vida en este suelo.

Desde el pequeño valle entre el manantial y las aguas del río, campo a través vio subir a un segundo grupo. Avanzaban como al encuentro de los que desde lo alto iban en la dirección de las aguas del cauce. Al pasar cerca de él oyó que algunos decían:
- Ya lo hemos hablado entre nosotros: si nos lo encontraremos, de ningún modo dejaremos que se nos una.
- Tenemos que hacer esto no solo por lo que sabemos sino también por las rarezas que ahora cada vez más en él vemos. Siempre anda solo, apenas habla con nadie y, últimamente, hasta se comporta como si en su cabeza las cosas estuvieran desencajada.
Al oír esto, para sí reflexionó: “Podéis pensar lo que queráis de mí pero yo me siento lleno y soy rico, muy rico. Tengo montañas bellas, bosques verdes, ríos de aguas claras, manantiales frescos, cantos de grillos, cielos con estrellas, aire limpio y fresco, silencios y horizontes azules. Creo en Dios y en el paraíso eterno. Pensad lo que queráis pero yo soy libre y me siento lleno”.

4 de julio 2020 -111

RECORDANDO A JULES

¿Dónde estará ahora está muchacha y qué habrá sido de ella en estos días de la gran enfermedad que recorre el mundo entero?

Me acuerdo en estos momentos de una mañana muy concreta. Era exactamente la mañana del día veintidós de septiembre. En los primeros días de este mes, habían caído algunas tormentas. Por eso esta mañana ya la hierba estaba un poquito alta. Las temperaturas aún se mantenían templadas y el cielo aquella mañana amaneció por completo azul. A media mañana sentí deseo de andar un poco por los paisajes que conocíamos. Te lo dije y cuando ya nos preparábamos para recorrer los caminillos, nos llamó la atención algo que nunca habíamos visto por estos lugares. Un coche, una furgoneta no muy grande adaptada para rulot, por la noche había aparecido por aquí. Los que en este coche venían, lo habían aparcado en el camino por encima del balneario, no muy lejos de algunos árboles de almendros y granados. Desde la distancia, miré y vi a alguien cerca de este vehículo. Las puertas de atrás estaban abiertas y en una de ellas había un perro negro amarrado. Te dije:
- Ni nos vamos a preocupar por la presencia de este coche ni tampoco vamos a decir nada a las personas que hay estén. Parecen jóvenes turistas de estos que de vez en cuando llegan a un sitio, están un par de días y después se marchan para seguir sus aventuras.

Tranquilamente no pusimos a caminar dirección al balneario por donde también estaban los almendros. Al pasar cerca de este coche y ver al perro negro amarrado a la puerta de atrás, lo llamamos y el animal ni siquiera nos hizo caso. En el suelo tenía dos recipientes metálicos. Intuí que uno era para la comida y el otro era para el agua. Seguimos adelante con nuestro proyecto y al poco, pasamos rozando las ramas de varios almeces. Desde

aquí, algo al lado de arriba de donde el coche estaba parado, vimos como la puerta de atrás se abría. Salió por ella una chica joven con el pelo teñido de blanco, descalza, pantalones cortos y una blusa gris. Desató al perro y lo llamó. Éste dio unos ladridos y corrió por el caminillo. Detrás del animal avanzó la joven y nosotros esperamos un momento. Cuando se acercaba por entre las ramas bajas de algunos olivos y varios almeces, te dije:
- La vamos a saludar y le decimos que si quiere algunas de estas almendras nuestras.

Y esto fue lo que hice. Al pasar cerca de nosotros, la saludé y le dije:
- Por aquí hay muchos árboles que son almendros y los frutos, por estos días, ya están maduros. ¿Te apetece un puñado de estos frutos?
Parada, se nos quedó mirando expresando en su cara la sorpresa y sin pronunciar palabra. De alguna manera intuí que no conocía nuestro idioma. Le mostré unas cuantas almendras que llevábamos nosotros y entonces simplemente dijo:
- Yes.
Con la mano le indiqué, caminamos unos pasos hacia el viejo almendro que hay junto al caminillo, nos siguió confiada y también su perro y del suelo y entre la hierba, recogí cinco almendras. Busqué una piedra, partí varias de estas almendras, se las di para que las comiera y esto fue lo que hizo.

De nuevo y de la mejor manera que pude, le indique que podía recoger todas las almendras que quisiera. También entendió y entonces nosotros nos unimos en esta tarea. De los dos almendros que hay pegado a la torrontera antes del arroyo, recogimos más de un kilo de almendras. En la piedra gorda que hay también bajo uno de estos almendros, me puse a partir los frutos. Le indique a ella que fuera sacando las semillas del interior de las almendras rotas y con bastante entusiasmo, se dedicó a esto. Mientras hacíamos esta faena, de la mejor manera que pude, le pregunté de dónde era y entonces muy torpemente, indicó:
- Soy de Germany y hablo un poco el inglés.

Nosotros nunca hemos hablado el idioma inglés. Solo algunas palabras conocía yo y conozco. Con el pequeño bolígrafo de bambú que un día hice cuando tú dormías la siesta, en un papel, escribí estas palabras:
- What is your name?
Y ella respondió muy rápido:
- My name is Jules and my dog's name is Balú.
- Your name and your dog's name are beautiful. If you like these places, you can stay here every day you feel like it.
- Thank you.
Respondió ella simplemente.

Durante bastante rato, buscamos almendras, luego algunas granadas, unos pocos higos de la higuera que pega al manantial y que todavía tenía algunos, también unos cuantos tomates que quedaban en las matas del pequeño huerto y después nos fuimos. Varias veces ella nos agradeció estos obsequios simplemente pronunciando la palabra gracias. Nos sentimos bien y no esperábamos de ella nada más. No queríamos pedirle nada. Y nosotros había solo el deseo de ofrecerle un poco de los simples y pequeños alimentos que por estos lugares siempre hemos tenido. Porque siempre a nosotros nos ha gustado compartir con las personas aunque fuera un simple puñado de almendras, un tomate, un par de granadas o cosas parecidas. Dar a los demás algo, aunque estos sean desconocidos, a nosotros siempre nos ha gustado. Es como si nuestros corazones sintieran la felicidad más sincera y hermosa de cuántas felicidades se pueden dar en este mundo, compartiendo estas sencillas cosas y otras parecidas.

Por eso a veces, compartiendo contigo mis sentimientos, te decía: “Cuando tú te vayas y yo también me vaya al universo de la eternidad y todo por aquí quede en silencio y quizás para siempre olvidado, en las fibras inmortales de nuestro espíritu, tendremos el gozo eterno de haber procedido siempre con honestidad. Lo único que jamás desaparecerá y que nadie puede quitarnos ni prohibirnos. Ser honesto y comportarse con los demás con nobleza y amor, nos convierte en los más ricos y singulares. Esto lo sé desde hace mucho tiempo y por eso lo práctico contigo y con todos aquellos que me respeten y confíen en mí".

A los cuatro o cinco días de haber aparecido por estos rincones nuestro la joven de la furgoneta, ocurrió algo muy curioso. Pensando en ella y pensando en ofrecerle algunas cosas más que le sirvieran de alimento y fueran frutos de estos lugares, un día por la mañana te dije:
- Quiero llevarte a un lugar para mí muy especial. Y si por ahí encontramos y podemos coger algunos de los frutos que sé puede haber, se los traeremos a esta joven.
Sin más preámbulo ni preparativos, nos pusimos a caminar por la senda que sube por el cauce del río.

Por entre los castaños, madroñeras, almeces, encinas, robles y arces, buscamos algunos frutos de estos árboles. Castañas principalmente porque las bellotas y los madroños todavía no habían madurado. Nos dedicamos a buscar las mejores castañas y, poco a poco juntamos una buena cantidad. Después de bastante rato en esta faena y cuando ya creíamos que teníamos lo suficiente para ofrecérselo a la joven de la foto bonita, nos preparamos para regresar. Sobre tu lomo, puse la pequeña talega de tela donde dónde teníamos las castañas que habíamos recogido. Regresamos por las veredas bastante ilusionados y, según nos íbamos a acercando a donde creíamos estaba la furgoneta de la joven extranjera, no veíamos a este vehículo. Te dije:
- ¿Qué puede haber pasado?
Y yo mismo respondí a esta pregunta:
- No creo que se haya marchado. A lo mejor se ha acercado a la ciudad a comprar algo o a saludar a los amigos. Por eso pienso que no se ha marchado sino que solo ha ido a hacer algo y luego volverá.

Pero mi temor se acrecentaba según nos íbamos acercando a donde la joven había aparcado su furgoneta. Llegamos a este sitio y por el suelo vimos trozos de cáscaras de granadas. Me gustó descubrir esto y un poco me entristeció. Me gustó porque a ver estas señales de cáscaras de granadas, enseguida pensé que eran de las granadas que le habíamos regalado unas horas antes. Y esto indicaba que se había comido los frutos que le habíamos ofrecido. Me satisfacía que esto hubiera sido así. Y me entristecía porque ahora estas cáscaras de granadas, eran como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí quedaba. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentuaban su ausencia transmitiendo cierta tristeza.

Durante unos segundos, miré en silencio y no compartí contigo ninguna palabra. Observé el sitio donde había estado aparcado su coche, observé los trozos de la piel de las granadas, observé el entorno y luego nos movimos para el terraplén a la derecha. Crecían aquí unos almendros de tamaño enano, cuatro o cinco olivos de troncos retorcidos y añosos y por eso de edad centenaria, un viejo eucalipto, algunas encinas no muy grandes y un par de árboles de la especie almez. En uno de estos árboles, puse la talega con las castañas que traíamos. Te pedí que te dedicarás a lo que quisieras y yo me puse a buscar ramas secas y algunos trozos de palo también secos. En poco rato junté un buen puñado y, entre unas piedras, prendí fuego a este combustible. Lentamente el humo empezó a brotar y las llaman

también saltaron enseguida. Con mi pequeña navaja cabritera que casi siempre llevaba conmigo, hice cortes a un buen puñado de castañas y en la brasa de esta lumbre, las fui poniendo. Mientras hacía esta faena te miraba y miraba para el sitio donde la joven había tenido aparcada su furgoneta. Miraba al sol que poco a poco iba cayendo por el lado de la tarde y dejaba que mi corazón rumiara la pequeña tristeza y los recuerdos. No sabía por qué y ahora tampoco lo sé, sentía como la necesidad de llorar.

De las incandescentes brasas de la lumbre, comenzó a surgir pequeñas nubecillas de vapor con olor a castañas asadas. Me gustó y me sigue gustando este refrescante y misterioso perfume de frutos silvestres. Con un trozo de palo, cuando ya noté que las castañas estaban en su punto, las retiré de la brasa y sobre la hierbecilla que ella empezaba a brotar en estos primeros días del otoño, la fui colocando. Te llamé y al acercarte, te ofrecí un puñado de castañas pero de las que aún no estaban asadas. Estos frutos y otros silvestres, siempre te han gustado y siempre he notado que te los has comido con sumo placer. Te miré con afecto y te dije:

"Éstas que ya asadas aquí sobre la hierbecilla tengo, si la joven de la fuboneta no se hubiera marchado, ahora mismo se las habríamos ofrecido. Pero ya ves que no está por aquí. Voy a comerme yo unas cuantas para acompañarte y para aliviar un poco la desazón que esta muchacha al irse nos ha dejado en el corazón. Sucede y vivimos una vez más, lo que en otras ocasiones ya te he dicho. Que las cosas y las personas se mueren. Porque, aunque no sea cierto, cuando una persona se marcha y de alguna manera se intuye que no va a volver, es como si hubiera muerto para siempre. Conocemos nosotros muy a fondo esta experiencia. La hemos vivido bastantes veces por la necesidad que en nuestros corazones hay de amar y ser amado.

Ahora mismo, ha sido esta joven la que nos has regalado un puñado de tristeza. Sin saber quién era ni de dónde viene ni tampoco saber lo que por aquí está buscando, en cuanto la hemos visto, nos hemos sentido impulsados al ser bueno con ella. Ya sabes que le hemos ofrecido nuestro sincero respeto, los frutos que por aquí tenemos, la admiración por ella y la alegría de verla. Sin saber quién es ni conocerla de nada, la hemos tratado con cariño y generosidad. En nuestros corazones hemos sentido aprecio por esta criatura igual que lo sentimos por tantas y tantas otras personas que también de nuestro lado se han marchado.

La lista es larga y por eso sería muy pesado enumerar a cada una de las personas que conocimos y ya no están. La lista es larga. Pero, aunque el tiempo ha pasado, ha llovido mucho, han venido muchos días de calor en verano, ha nacido y muerto muchas plantas y flores en primavera y han caído y también han muerto las hojas de muchos árboles en otoño, nosotros no hemos olvidado. Ni siquiera hemos olvidado a una sola de las personas que conocimos y sinceramente le ofrecimos nuestro respeto y cariño. Personas que, sin quererlo ni buscarlo, en un momento dado de nuestra vida, aparecieron y luego se marcharon. Todas maravillosas en nuestros corazones porque las amamos con el más sincero cariño y solo algunas fueron agradecidas con nosotros.

Por eso no voy a seguir recordando a las muchas personas que conocimos y, quisimos con el máximo respeto y delicadeza. Vente tú ahora aquí a mi lado, cerca de este fuego que se va apagando. La noche va a tardar poco en llegar y por eso, si el sueño me vence, quiero dormirme sobre tu lomo como lo he hecho otras muchas veces. ¿Sabes? Las cáscaras de granadas por ahí hay tiradas, son como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí nos queda. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentúan su ausencia transmitiendo cierta tristeza. ¿Dónde estará ahora está

muchacha y qué habrá sido de ella en estos días de la gran enfermedad que recorre el mundo entero?

5 de julio 2020 -112
LA TORMENTA
Mientras nos íbamos acercando, te relaté una vez más otra de las pequeñas aventuras que por aquí viví aquel día cuando era pequeño. Te dije:

Un día también de otoño, cuando yo era pequeño y los padres me pidieron que vinieran por estos lugares con los animales para que comieran, me ocurrió lo siguiente: hasta lo más alto del cerro, remonté. Dejé que los animales se esturrearan por estos lugares buscando sus alimentos y unas horas después, desde el lado del levante, vi que el cielo se cubría con densas y oscuras nubes. Temí que aparecieran las tormentas y esto fue lo que sucedió. Observando la oscuridad de estas nubes bastante lejos de donde yo estaba todavía, vi como los relámpagos dibujaban sin parar culebrillas, zigzag y arcos iris. Hasta mis oídos empezaron a llegar los estallidos de los truenos y, no mucho después, llegó el viento.

Las ramas de los árboles se cimbreaban de un lado para otro como si quisieran arrancarse y salir volando. Por la cañada de las encinas y hacia el barranco como si buscaran el cauce del río, estas ramas, hojas secas y pequeños trozos de palos, rodaban empujadas por el viento. Intuyeron los animales el fenómeno que se venía encima y por esta misma cañada de las encinas, se amontonaron. Como oyendo de algo trágico, todos en manada comenzaron a descender por las tierras de la cañada. Como en chorros desbocados huyendo de algo terrible y como en busca algún refugio.

En unas grandes en rocas que ofrecían una rústica covacha, yo me refugie frente esta cañada y frente a la manada de los animales que ladera abajo descendían. Por la parte alta, no tardé en ver aparecer lo más oscuro que la tormenta. Derramando relámpagos, rayos, chorros de lluvia y explosiones de truenos. El miedo también se apodero de mí. Inmóvil permanecí en esta covacha observando el fenómeno y durante rato, bastante rato, vi como las lluvia caía cachorros. Por las laderas comenzaron a despeñarse pequeños arroyuelos y por la cañada, también enseguida se abrió paso un gran chorro de agua. Agua color chocolate mezclada con piedras, ramas secas, hojas y trozos de palo.

Al final de la cañada, un poco antes de que ésta se junto con el río, los animales se perdieron. Por la derecha y siguiendo sendas por entre el monte, rápidos subieron en busca de la majada. En cierto modo, me sentí aliviado porque vi que los animales buscaban un refugio en lo más seguro. Pero en cierto modo, tenéis que la tormenta se prolongará durante mucho rato y la noche me cogiera por estos lugares. Pero la tormenta, después de un rato no muy largo descargando agua, relámpagos y truenos, se abrió en mil nubes y el azul del cielo apareció.

Vi al sol cayendo ya casi al mismo lomo de la noche y el gran barranco del río, iluminado por estos dorados y últimos rayos del día. Dejé el lugar donde estaba refugiado, bosqué la mejor senda que conocía y, rápido, descendí en la dirección en que río se despeñaba. La corriente del agua era cada vez más impetuosa y teñida de color chocolate. No me asusté. Descendí casi hasta lo más profundo y me aproximé a donde la corriente se despeña en una cascada majestuosa. Por un bonito tobogán tallado en la misma roca y que traza curvas en forma de caracol. Al final de este tobogán, la corriente se desangra en un amplio y profundo charco y desde aquí rebosan las aguas y siguen deslizándose por el cauce del río.

Durante un buen rato y desde un lugar muy seguro, estuve contemplando este hermosísimo espectáculo. Algo maravilloso al tiempo que también asombroso que muy pocas personas tienen la suerte de disfrutar. La naturaleza, el mundo de las montañas, los ríos, los bosques, las laderas, fuentes y arroyos, con mucha frecuencia muestran imágenes únicas y llenas de gran misterio. Es esto lo que yo vi aquella tarde y gusté en silencio en las fibras más espirituales de mi corazón y alma. Y sentí como si la naturaleza, la tormenta, el viento, las nubes, las luces maravillosas de los últimos rayos del sol, el murmullo de las aguas deslizándose por la corriente, la quietud en los paisajes y el brillo de las lluvias en las hojas de los árboles, me asombraron hasta lo más profundo de mi ser.

No sabría yo ahora explicarte con sencillez y belleza lo que en ese momento sentí. Pero me sentí pequeño, abrazado por un ser grandioso que me sobrepasaba en todo y por todos lados y al mismo tiempo me llenaba del más amoroso y dulce de los abrazos. Me sentí bueno, me sentí inmortal, me sentí elevado sobre todas las cosas de este mundo, me sentí espiritual, me sentí querido y al mismo tiempo respetado y mimado en un reino impresionantemente bello y grandioso. Me sentí como dentro de un sueño donde lo material ya no es importante ni tampoco es importante el peso del cuerpo ni el dolor ni la tristeza ni frío ni el hambre ni el desamparo. No sé yo ahora tampoco cómo podría explicarte con palabras sencillas y hermosas la realidad que en esos momentos experimenté y en silencio contemplé.

Después de bastante rato contemplando este espectáculo y mientras las últimas luces del día se marchaban, me puse en movimiento por la senda que remontaba al lugar donde en aquellos momentos tenía el calor del hogar y de los míos. En este hogar hoy en ruinas y donde ya sabes parece que van a construir un palacio para la princesa de los zapatillos rojos, aquella tarde y aquella noche sentí también una vez más el cariño y respeto de los míos. Quise compartir con ellos la aventura que había vivido pero también me sucedió lo que me ocurre en estos momentos. Las emociones y los sentimientos me desbordaban y mi mente no era capaz de encontrar la manera de expresar las cosas.

6 de julio 2020 -113

RECORDANDO A UN AMIGO

Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio.

Tú, hace muchos días, muchos meses, muchos años que te moriste. Enterré tu cuerpo sin vida, por donde crecen las viejas nogueras, junto a la roca del manantial milagroso. Yo mismo con mis manos, mientras me chorreaban las lágrimas por las mejillas, escavé tu tumba. Este era el rincón que, a lo largo de toda tu vida, más te había gustado. Por eso te di sepultura en este sitio en aquel primoroso mes lleno de flores, aromas a hierba fresca, canto de pajarillos y hermosas nubes colgadas en el cielo. Era el mes más potente de la primavera. Tú te marchaste en época de primavera. Lo recuerdo con toda claridad, aunque hace ya muchos, muchos años que sucedió esto.

A partir de aquel momento, dejé de escribir en tu libro. El precioso libro que había empezado a escribir siete años antes, justo cuando nos hicimos amigos. A partir del momento en que te moriste, cerré sus páginas. Lloré y te recordé durante muchos días. La soledad y la pena no se iban de mi corazón y los recuerdos me asaltaban en todo momento. A lo largo de siete años, día a día, habíamos vivido momentos muy importantes, bellos, sencillos, llenos de emociones algunos días, llenos de juegos y fantasías, muchas

mañanas y tardes y llenos siempre de ansias de cielo, de eternidad, de paraísos lejanos donde no existiera ni el dolor ni las pérdidas ni la muerte de las personas y cosas queridas.

A partir de aquel momento y aún ahora después de tanto tiempo, deseé irme contigo. Se me hizo y se me hace muy difícil seguir en este mundo como esperando, nunca he sabido ni sé qué. Siento latir mi corazón cuando duermo, respiro el aire que me regalan las mañanas, las tardes y las noches, aspiro el olor a tierra mojada cuando llueve en otoño y el perfume de las flores cuando florecen en primavera, escucho el canto de los mirlos, el arrullar de las tórtolas y el piar de los gorriones, me embeleso con el murmullo del agua yéndose por la corriente de ríos, arroyos o manantiales y me extasío en los atardeceres sobre la Vega de la ciudad que conoces. Todo esto y muchas más cosas siento y palpo y ninguna me sacian plenamente. Es como si, en cada momento, estuviera esperando que justo llegué el final. Como si nada tuviera en este mundo o como si mi casa y hermosas cosas soñadas, estuvieran justo en el reino al que tú te has ido. Por eso quisiera irme yo también y así te lo digo.

Aprendí contigo y luego después he aprendido más, que ni las cosas ni las personas duramos para siempre. Todo pasa y pasamos, llegan nuevas realidades, nacen nuevas cosas y vidas y el tiempo no se detiene. Nada se puede mantener para siempre y ni siquiera es inteligente intentarlo. Y sé que ni siquiera es bueno alimentar los recuerdos con aquello que ya se fue. Nada se consigue con ello porque lo nuevo tiene que nacer y desarrollarse. Y lo nuevo, las personas que van naciendo y creciendo, tampoco es bueno que se alimentan mucho o se les obligue a mantener las cosas del pasado. Es necesario que las cosas, las personas, los animales y las plantas, nazcan y mueran. No sé explicártelo mejor pero parece que así el Creador de todo cuanto existe, lo tiene decidido. Extraña es la vida a veces, hermosa y bella, misteriosa en muchas cosas y dolorosa, a veces, muy dolorosa.

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:
- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

¿Te acuerdas como, a lo largo de todas nuestras vivencias, por las noches nos gustaba contemplar las estrellas? ¿Te acuerdas como nos gustaba imaginar que en alguna de estas estrellas, estaba nuestra princesa esperándonos? ¿Y te acuerdas como acurrucados uno contra el otro, nos quedábamos dormidos mirando a estas estrellas y soñando este sueño? ¿Que dónde está ahora nuestra princesa? Sabes que de la noche a la mañana, guardó silencio y nunca más supimos de ella. No nos enfadamos entonces ni tampoco ahora le reprochamos nada. En la vida, casi nunca las cosas son tal como se sueñan. Y hay princesas que sí lo son de verdad y otras, aunque tengan el título, su categoría es pequeña. Pero también aprendimos juntos que lo que hagan o cómo se comporten los demás, no debe disminuir ni el amor ni la bondad de nuestros corazones. Juntos aprendimos esto y juntos lo practicamos hasta donde pudimos.

¿Te acuerdas de las primeras lluvias al llegar el otoño? A mi memoria acuden ahora estos momentos y aquellos días porque hoy, ya el verano va camino de dar paso al otoño. Nos gustaba a nosotros mucho cuando, en este preámbulo del otoño, las nubes aparecían en el cielo y comenzaban a derramar las primeras lluvias. Nos gustaba el olor a tierra mojada que enseguida se extendía alrededor nuestro y por todo el aire. Recuerdo que alguien me dijo

un día: “La responsable del agradable olor a tierra mojada que solemos percibir tras la lluvia, es una bacteria inofensiva llamada Streptomyces coelicolor. Este microbio, productor de esporas, se encuentra en la mayoría de los suelos y produce una sustancia llamada geosmina, palabra de origen griego que significa “aroma de la tierra”.

A nosotros nos gustaban ver las nieblas revoloteando por las laderas hacia las partes altas de las montañas como buscando irse no sabíamos a dónde. Nos gustaba oír el ruido de las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles, sobre las piedras o sobre el ocre polvo de los paisajes. Nos gustaba sentir el airecillo fresco que en los momentos de la lluvia y después, se empezaba a mover con letargo. Como si de pronto todo se despertara de una larga y muy espesa siesta y se prepara para un momento especial. Nos gustaban los tonos de las tardes y mañanas en estos días, nos gustaban las nubes en formas y colores distintos como colgadas del cielo, nos gustaban los atardeceres color naranja y rojo sangre derramándose en las grises y negras nubes, nos gustaban, días después, ver brotar las flores del azafrán silvestre por todas las laderas de las montañas, nos gustaba el brillo nuevo de las hojas verdes en los árboles y nos gustaba todo, todo. Yo me acuerdo especialmente de todos aquellos días en los primeros momentos del otoño y la cantidad de emociones distintas y maravillosas que sentíamos en nuestros corazones. Ahora, dentro de pocos días y como en aquellos momentos, va a llegar el otoño. Aparecerán las tormentas y las lluvias caerán como en aquellas ocasiones. Sé que no estarás pero en mi corazón se despiertan muchas sensaciones y por eso recuerdo esto y lo escribo. La estación del otoño creo que es la más hermosa parte del año. El otoño trae y se lleva cosas muy bellas, profundas, poéticas, espirituales, materiales, alegres y tristes.

Cuando era pequeño, sentía casi con la misma emoción estos primeros días del otoño. Desde la puerta de la casa donde vivía, desde la ventana de mi habitación que daba a las montañas y al valle por donde el río se alejaba, siempre me gustaba observar los extraños, misteriosos y a la vez hermosos fenómenos que estos días de otoño traían. Inmóvil, como ausente, en silencio y como meditando, me quedaba mucho rato mirando a las nubes negras asomar por encima de las montañas. Al poco veía y sentía los relámpagos y los truenos y no mucho después, comenzaban a caer las lluvias. A veces torrencialmente y otras veces, como jugando entretenidos juegos con las hojas de los árboles y las ráfagas del viento. Luego me gustaba ver los pequeños arroyuelos que enseguida aparecían y se desempeñaban ladera abajo hacia el barranco del río. Me gustaba oír el ruido de estos pequeños arroyuelos arrastrando hojas secas, pasto y tierra. Me gustaba respirar y oler el aroma de la tierra majada y me gustaba, como ya te he dicho, ver las misteriosas nieblas que de los barrancos comenzaban a elevarse. Como en bandadas de mariposas libres en busca de mundos desconocidos. Eran momentos misteriosos, llenos de asombros bellos e incomprensibles y cargados de mensajes grandes, muy grandes.

Por estos primeros días del otoño, era cuando a nosotros nos gustaba recorrer los campos en busca de las almendras. “Son los nuevos frutos del otoño”, te decía yo y tú te emocionadas. Sí, porque al comienzo del otoño es cuando se recogen las almendras, las nueces, los higos chumbos, los higos normales, Ficus carica, las avellanas, las granadas, las uvas y también las acerolas, majoletas, azofaifas, algarrobas y las moras de las zarzas silvestres que crecen junto a los manantiales, arroyos y ríos. Las naranjas, membrillos, castañas, bellotas, nísperos de invierno y aceitunas, maduran un poco más tarde. Ya casi al final del otoño o en las primeras semanas del invierno. Las setas en los bosques, pinares, encinares, entre jaras y tomillos, brotan y crecen en el otoño. Por eso es tan importante que las lluvias caigan precisamente al comienzo del mes de septiembre, ya próximo a los días otoñales. Si llueve por estos días y las temperaturas se mantienen más o menos estables, en los campos no tardan en aparecer las setas. Los níscalos, champiñones, setas

de cardo y muchas más. Algunas muy buenas de comer y otras, no tanto. ¿Te acuerdas tú cómo disfrutábamos también nosotros recorriendo los paisajes en busca de estos exquisitos frutos silvestres?

Donde yo enterré tú cuerpo cuando te moriste, como ya te he dicho, junto a la roca del manantial, los rosales y las nogueras, crecen espesos los escaramujos o rosas caninas, rosales silvestres. En primavera dan estas plantas flores pequeñas blancas o color rosa y en el otoño, estas plantas muestran las semillas maduras. Una especie de baya que al madurar por completo se torna naranja o roja sangre y dentro tienen las nuevas semillas. Bastantes animales silvestres se alimentan con estos frutos y también algunas personas los recogen para hacer infusiones. Así que este sitio donde ahora duermes para la eternidad, también en estos momentos el otoño lo cambia. Como si esta estación del año, de alguna manera, como si alguien muy poderoso, como si la naturaleza desde su silencio y tremenda fuerza, tuviera interés en rodear de armonía y belleza tu eterno sueño.

Por aquí cerca, donde descansas y el silencio y el tiempo parece arroparte en un invisible cielo, hay muchas hormigas. Insectos sociales que pueblan la tierra por todas partes en el mundo y que en este lugar concreto, se mueven y viven muy pacíficamente. Yo lo recuerdo ahora porque a ti también esto te gustaba: después de las primeras lluvias al final del verano o comienzo del otoño, en todos estos hormigueros y otros muchos más, empezaba a verse las alúas. Las observabas tú como meditando filosóficamente y, de vez en cuando, me mirabas. Yo entendía que querías preguntarme sobre estos insectos y por eso, a mi modo para que tú también lo entenderás, te decía:

“Cuando termina el verano y llegan las primeras lluvias, las hormigas voladoras abandonan su hormiguero para crear nuevas colonias. Este fenómeno se da después de que las hormigas con alas hayan realizado su vuelo nupcial o de fecundación. Tras éste, las hormigas pierden sus alas o mueren. Este tipo de hormigas son fértiles y pueden ser tanto machos como hembras, a diferencia de las hormigas sin alas, también conocidas como hormigas obreras, que no son fértiles y su objetivo principal es almacenar comida. La meta en la vida de las hormigas con alas es esperar a que llegue la época de las lluvias y abandonar el nido. En este momento, realizan su vuelo nupcial y se juntan en enjambres con machos y hembras de otros nidos cercanos y ahí es donde eligen a sus compañeros. Una vez que la hormiga reina ha sido fecundada, esta busca un sitio nuevo donde poder comenzar a crear su nido y establecer posteriormente su colonia. Cuando la reina elige su nuevo hogar, pierde las alas y se dedica a construir un nido y a poner huevos. La reina ha almacenado el esperma que ha ido recogiendo durante el apareamiento y luego elige mediante una fecundación selectiva los huevos que quiere poner”.

Por estos días de las hormigas con alas y las primeras lluvias, también nosotros nos volvíamos como niños pequeños observando otros casi insignificantes detalles. A los cinco o seis días de caer las primeras lluvias, casi siempre en forma de tormentas que son las que anuncian el final de los días calurosos del verano y van dando paso al pórtico del otoño, comenzaba a brotar la hierba. En las praderas que conoces, junto a los caminillos, a un lado y otro de los arroyuelos, por entre los olivos y la viña, por donde el bosque de los robles, las laderas a un lado y otro del río y por las tierrecillas junto a los charcos del cauce. A los cinco o seis días de las primeras lluvias, empezaban a verse por todos estos lugares, pequeños tallos muy verdes y brillantes.

Al caminar contigo por los sitios que bien sabes, a veces me paraba y te decía:
- Fíjate que de nuevo vuelve la vida. Es un milagro y al mismo tiempo un mensaje grande, muy grande. Todos los años por estas fechas más o menos, brotan las primeras matas de

hierba. Muchos, muchos años hemos visto ya este maravilloso milagro. Y estas pequeñas matas verdes que ahora empiezan a brotar, no son las mismas del año pasado ni serán las mismas que vuelvan el próximo otoño. Pero siempre parecen las mismas porque nacen con la misma belleza, el mismo color verde brillante, la misma frescura joven, la misma fragilidad y trayendo cada año el mismo mensaje. Es como si no les importara absolutamente nada de lo que ocurre entre los humanos y en el Planeta Tierra. La hierba nace, se ve pequeña y débil, crece vigorosa y fuerte y trae siempre el mismo mensaje.

¿Qué cuál es este mensaje? Fíjate que la hierba que nació el año pasado también a los pocos días de caer las primeras lluvias después del verano, ahora ya no tiene vida. Un año después, si miras por las praderas que nos rodean y las tierras cercanas, verás que aquella hierba es puro pasto color canela o naranja claro. Al llegar el verano, se secó. Sus semillas han sido recolectadas por muchas hormigas, buscada por algunos pajarillos y otros animales silvestres y las que han quedado esturreadas por el campo, ahora al llegar de nuevo las primeras lluvias, brotan y se convierten en las matas de hierba grandes y pequeñas. ¿Ves el mensaje?

Por entre el pasto, por entre los esqueletos de la hierba que estuvo repleta de vida, por entre las cenizas, por entre la materia inerte y muerta, brota de nuevo la vida. Y lo hace de tal manera, que pareciera que por primera vez hubiera vida en el mundo. Como si por primera vez la vida se diera. Como si pareciera que lo que ha sido antes y ha llegado hasta aquí, a partir del momento en que de nuevo la vida comienza, lo que fue ya no sirviera para nada. Como si no hubiera existido. Y la pregunta podría ser que ¿para qué sirve entonces tantos raudales de vida en este mundo? ¿Para qué sirve tanta vida si dentro de nada la nueva hierba otra vez será pasto y se pudrirá y se quedará perdida en el tiempo y en la materia para siempre?

Ha pasado esto con las personas que conocíamos, con aquellos que creíamos que eran nuestros amigos, con el padre, la madre, los hermanos… Todos estuvieron llenos de vida y un día se convirtieron en pasto. Se deshicieron en el tiempo y en la materia y ahí están para siempre perdidos en la inmensidad del Universo. Solo nosotros algunas veces pensamos en ellos y nada más. Todo, absolutamente todo, ellos mismos, sus pensamientos, sus obras, sus sueños, sus pasos por estos lugares, sus gotas de sudor, sus alegría y sus penas, de ninguna manera ya existen ni son nada. Es lo que te sucederá a ti y a mí quizá no dentro de mucho. Pero la hierba, ya lo ves, después de las primeras lluvias cuando va acabando el verano, brota y parece traer al mundo entero vida por primera vez. Parece esto y sin embargo no es así aunque en el fondo es enormemente bello y nos gusta mucho a nosotros. Nos gusta el color de la hierba, nos gusta su aroma, nos gusta su brillo cuando le dan los primeros rayos del sol de la mañana, nos gusta su temblor cuando el aire la caricia y nos gusta la hermosísima alfombra verde que extiende por todos estos lugares.

Y aunque sea cierto todo lo que te estoy diciendo, cuando ahora después de las primeras lluvias brota de nuevo la hierba, no siento alegría. No me alegro de que una vez más este milagro se repita. Son tantas las veces que he visto nacer la hierba cuando se va acercando el otoño, que ya casi no me transmite emociones. Que no me alegro como sí cuando estabas tú y también todos los que se han ido. ¿Sabes por qué me sucede esto?

El tiempo no ha dejado de avanzar y, sin que apenas lo haya notado, me ha acorralado en el lado de la vejez. Me ha hecho viejo, muy viejo. Y puede que por esto precisamente ya apenas tenga ilusión por nada en este mundo. Sé que como tú, cualquier día voy a marcharme de este mundo para convertirme en esqueleto de pasto, después en polvo y olvido para siempre. Tantas cosas he perdido, a tantas personas he visto irse para siempre,

tanto todo ha cambiado una vez y otra, tanto y tanto se ha ido alejando y dejándome en la orilla, que ahora ya tan viejo y casi sin fuerzas ni amigos ni metas, no tengo ilusión por nada. Como si solo esperara el momento de irme como lo hiciste tú.

Aún así, cuando en estos días han caído las primeras lluvias antes del otoño y las primeras matas de hierba empiezan a brotar, al verlas me acuerdo también cuando compartía contigo otros detalles curiosos. Por entre los primeros y endebles tallo de hierba, cerca del cortijo, cerca del arroyo del balneario, cerca de la viña y por las veredas, nos gustaba nosotros observar a los últimos cigarrones. Pequeños saltamontes que, en estos templados días últimos del verano y pórtico del otoño, parecían surgir como de la nada por entre los primeros brotes de hierba. Pequeños a veces algunos y otros un poco más grandes y que al acercarnos nosotros, saltaban de acá para allá como si te miran algo. Contigo comentaba muchas cosas de estos pequeños insectos y también de las chicharras. Al irse acabando los días del calor del verano, las últimas chicharras se agarraban a las ramas de los fresnos. Después de las lluvias, algunas de estas chicharra, todavía cantaban al mediodía y al caer las tardes. Parecía que no quisieran irse aunque ya su tiempo se había terminado. ¿Te acuerdas tú de esto cuando íbamos por los paisajes buscando las almendras que habían caído de las ramas?

Lo de las almendras era muy divertido y agradable. Casi siempre, al caer las tardes, nos íbamos por la ladera de los almendros y, de entre el pasto o los primeros tallos de hierba, recogíamos todas las almendras que ya habían caído. Al pasar el viento y mover las ramas de los almendros, los frutos ya maduros y bien secos, se desprenden de sus tallos y caen al suelo. La naturaleza sabe mejor que los humanos, cómo hacer las cosas. De vez en cuando nos parábamos y, mirándonos el uno al otro, nos comíamos un puñado de estos frutos. Tú, con la cáscara y todo y yo, partiendo almendra por almendra sobre las piedras. Me gustaba mucho verte royendo estos frutos pacientemente mientras me mirabas o mirabas hacia los barrancos de las montañas como si buscaras algo. Te lo decía y esto a ti también te llenaba de satisfacción. Siempre tus miradas han sido enigmáticas, profundas y bellas, muy bellas.

7 de julio 2020 -114

PUÑADOS DE VIENTO

En el pueblo le tenían puesto el sobre nombre de “El Cabrero”. Nombre perfecto en él porque este era su oficio. Era dueño de un hato de cabras, todas negras y de raza. También era dueño de una buena extensión de terreno donde crecían árboles, arbustos, monte bajo, hierbas abundantes y de especies muy variadas. Llovía sin parar a lo largo del año por todos estos paisajes y esto daba lugar a que lo manantiales, fuentes y arroyos fueran muchos. Por eso él, además del buen hato de cabras, tenía sembrado muchos trozos de tierra con pequeños huertos, olivares y castaños.

Todas las mañanas, en la casa del pueblo, se levantaba temprano, se ponía en camino y una hora después, ya estaba junto al corral de sus cabras. Después de ordeñarlas, les abría la puerta y las llevaba de careo por las tierras de su propiedad. Lloviera, hiciera sol, hiciera frío o nevara a lo largo de todo el día, estaba pendiente de los animales. También de los jabalíes que por todo el monte y junto a los lugares con agua, buscaban alimento, se bañaban o escondían. Al atardecer cada día, encerraba su rebaño en el corral y de nuevo recorría el camino hasta la casa del pueblo donde vivía con su familia. Este era su mundo, su felicidad, su libertad más limpia y su forma de entender y vivir la vida.

Un día, todavía, invierno, apareció una enfermedad que atacaba y se extendió rápidamente entre los humanos por todos los lugares del mundo. Los gobiernos, para impedir que las

personas enfermaran y el mal cada día fuera más potente, obligaron a las personas a encerrarse en sus casas en todas las ciudades y pueblos del mundo. Él se sintió libre de esta prohibición porque comprendía que debía seguir cuidando de su rebaño y por eso siguió cada día levantándose temprano, recorriendo el camino y dedicarse al cuidado de los animales. Solo se le vio bajo la lluvia, el sol, las tormentas, el viento, el frío y la nieve, por entre los montes y sus cabras. Frente a las nubes y los horizontes, de vez en cuando y acompañado de sus perros, decía: “Todo en el mundo debería ser y comportarse como la suavidad del viento que cada día acaricia mi cara. Es lo que en realidad hace falta y por aquí hay en tanta abundancia. Tengo que aprender a coger puñados de este viento y modelarlo para regalar a muchas, muchas personas".

8 de julio 2020 -115

EL REPARTO

El abuelo tenía una finca en la montaña, al norte de la ciudad. Un buen trozo de terreno poblado de jaras, romeros, tomillos, aulagas, muchas encinas, acebuches y también manantiales y arroyos con buenas aguas. Donde manaba una de estas fuentes, al levante y sobre un cerrillo, a lo largo de los años, el abuelo había construido un pequeño edificio. Su cortijo particular, de paredes blancas, puertas y ventanas de madera y en la entrada, había clavado el esqueleto seco de una pequeña encina con sus troncos y ramas. Aquí el abuelo, a lo largo de los años, había colgado muchas veces los arreos de las bestias, herramientas de labranza, palos y bastones. Dentro del edificio, todo era muy simple: En el espacio rectangular, había dos habitaciones, una sala y la cocina en un rincón. Cerca de la cocina, había una mesa de madera que él mismo construyó de troncos viejos de encinas, acebuches y almeces.

Junto a esta mesa, se sentó una mañana, cuatro meses después del comienzo de los contagios. Sobre el tablero de la mesa, puso varios sobres algunos muy abultados al tiempo que pedía a los familiares que se acercaran. Le indicó a la más pequeña de los hermanos, que se sentara a su lado y colocó encima de sus piernas el sobre más abultado. Le dijo:
- Reparte lo que hay dentro, en partes iguales, entre todos los aquí presentes.
Hizo ella lo que le pedía el abuelo y luego él fue colocando en fila, todos los demás sobres, que había soltado en la mesa. El más grande de todos los sobre y de mayor volumen, lo puso a su derecha. Habló y dijo:
- En cada uno de estos sobres, he puesto el dinero que a lo largo de mi vida he ahorrado. Es lo que os dejo en herencia. En el documento que voy a firmar ahora mismo, están escritos vuestros nombres y el sobre que os corresponde.

Puso la hermana menor un papel delante del abuelo y éste se dispuso a firmar al tiempo que decía:
- La firma que aquí ahora misma voy a estampar, es la más valiosa entre millones.
Uno de los presentes, preguntó:
- Abuelo, y el contenido del sobre que tienes a tu derecha ¿qué es y para quien?
- El contenido de este sobre, es algo muy grande y será para el que de vosotros me diga con exactitud cuántas veces, a partir de ahora, voy a ponerme y quitarme la mascarilla que en estos días todos llevamos puesta. En un sobre cerrado, tenéis que darme vuestras respuestas. La verdad, yo la tengo escrita en un papel guardado dentro del sobre que hay a mi derecha.

9 de julio 2020 -116

LA ESCRITORA

Asomado a la ventana, mira y medita. Algún joven pasa de vez en cuando, haciendo ejercicios, otros paseando sus perros y una muchacha con su mochila. La enfermedad

sigue muy potente por todos los países del mundo. Muchas personas se contagian, bastantes enferman y mueren también muchos. Medita las cosas mientras a su mente acuden los recuerdos y en silencio los revive:

"La otra tarde, subí por el camino que conocía desde hacía mucho, mucho tiempo y que lleva a las ruinas de la que fue la casa de mi infancia. Recorrí contigo este camino en aquellos días y ahora esta tarde, lo hago solo. A mi izquierda me va quedando el monte de jaras y juegarzos por donde sé tienen sus madrigueras los conejos, los zorros y algunos gatos monteses. También urracas, arrendajos y palomas torcaces. A mi derecha, según iba avanzando, descubría los quebrados acantilados rocosos por donde también revoloteaban cuervos, grajas y algunos cernícalo. Por el fondo de este acantilado, discurre hermoso y con bastante caudal, el gran río.

Al llegar a la curva, veo que el camino se divide. El principal que es el que vengo recorriendo, sigue avanzando hacia la parte alta de los acantilados. El camino secundario que de este principal se aparta, se viene para mi derecha y enseguida, adaptándose a la inclinación del terreno, desciende. Y justo aquí, en la curva y donde se dividen los caminos, al frente veo las majestuosas encinas. Grandes como bosques enteros, con sus ramas muy abiertas y apuntando a todas las direcciones y, al mismo tiempo, tapizados sus troncos con el característico color negro gris. Sé que estos árboles son mucho más que centenarios. Por eso su belleza siempre me impresionó y me llenan de asombro ahora mismo.

Me desvío por este camino de la derecha y, pausadamente, empiezo a descender. Tengo claro lo que vengo buscando por aquí. Y no he recorrido treinta metros, cuando oigo murmullo de personas hablando. No me paro. Conozco bien el lugar y mejor aún conozco el robusto edificio de piedras y tejas rojas de barro. Al dar una pequeña curva hacia la hondonada, veo primero el tejado del gran edificio. Sigo avanzando y poco a poco voy descubriendo las paredes, las ventanas y las puertas.

Continúo bajando y no tardo en ver, ya casi en la hondonada y no lejos de donde el manantial brota, a los hombres. Cuatro o cinco que se mueven transportando piedras, maderas, losas y cemento. Me ven bajar y no detienen su tarea. No los conozco de nada. Me acerco a ellos, los saludo, espero unos segundos y luego les pregunto:
- ¿Qué obras estáis haciendo por aquí?
El que parece el capataz, me dice:
- ¿No has visto el gran letrero que hay en la parte alta de la terraza que da al río?
Movido por la curiosidad de lo que me anuncia el capataz, miro hacia este punto concreto.

En la parte alta de la terraza que mira al sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada, sobre la pared y encima de la puerta principal, veo el letrero. Enseguida me impacta el color rojo de las letras resaltando sobre un fondo azul verde agua, muy suave. Leo despacio lo que aquí hay grabado en bonitos azulejos: "Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos". El corazón se me sobresalta y miro con interés a los que se afanan en las obras. Sé bien quién es esta princesa porque la conozco desde hace ya mucho tiempo. Pero para comprobar hasta dónde también el capataz sabe de la historia de esta princesa y de la casa que están remodelando, pregunto de nuevo a este hombre:
- ¿Y qué sabéis vosotros de esta princesa?

Directamente el capataz me responde:
- Que es de un país lejano donde la nieve cae y cubre casi durante seis meses a lo largo del año. Hace tiempo, un año vino a Granada y estudió en la Universidad a lo largo de todo el curso. Se enamoró de esta ciudad, se enamoró de los paisajes, de todos estos lugares,

se enamoró de las flores, se enamoró de las hojas y olores, se enamoró de los pájaros, del palacio del sultán, de las cumbres de Sierra Nevada, del barrio del Albaicín, del río Darro que corre a los pies de la Alhambra y de muchas personas. En ese tiempo escribió un libro que tituló, "Entre la Nieve y el Desierto y luego, cuando fue corregido, le dejó el nombre de "La Princesa de los Zapatillos Rojos".

En las páginas de este libro reflejó hondos y bellos sentimientos, sueños casi imposible de alcanzar y muchos trozos de un gran corazón enamorado. Algo que sacó de lo más hondo y sincero de su alma con el deseo de rescatar lo que para ella era muy importante y de ninguna manera pudo. Por eso todas las páginas de este libro estaban y están llenas de momentos bellos diluidos en el tiempo y de trozos de muchas pérdidas. Pero ella escribió este libro con el deseo de transmitir a los demás y a personas concretas, los latidos y sueños de su alma y corazón impulsada por el deseo de salvar algo muy querido.

Leyeron algunas personas este libro. Ella misma se lo regaló a estas personas y luego todo quedó en silencio. No muchos días después, se marchó de la ciudad de Granada a donde había venido solo para estudiar a lo largo de un año. Pero cuando de aquí se alejó, a otra ciudad distante de estas tierras y luego a su ciudad natal donde las nieves son casi eternas, la añoranza se le instaló en el corazón. Para aliviar un poco estos momentos, se puso y escribió otro libro. Dio por título a este libro "El Mirlo es Negro la Amapola es Roja". Un relato sencillo, muy hermoso, donde fue coleccionando todos sus recuerdos y vivencias con las personas que conoció y los rincones que pisó el año que estuvo en Granada. Y este libro sí que le salió redondo, muy redondo.

Lo escribió en su lengua natal el ruso y luego lo tradujo al español. Se lo corrigieron y quedó un bonito texto. No se sabe cómo pero empezaron a leer este libro muchas personas. Gustaba sinceramente a las personas y estoy hizo que ella se animara a escribir aún más cosas. Escribió más cosas y entonces…"

Lo que sucedió entonces, yo ya lo sé. Un día, sin que nadie lo esperara y de la noche a la mañana, se presentó una extraña enfermedad que se extendió por todo el planeta infectando y matando a muchas personas. También ella se quedó paralizada, llegó el silencio, corrió el tiempo, la enfermedad llenó cada día más de muerte y miedo a las personas a lo ancho y largo del planeta y, en estos momentos, la incertidumbre y el cansancio mantiene en un puño a muchos, muchos corazones. ¿Dónde estará y qué a sido o es de esta joven?

10 de julio 2020 -117

LOS NIÑOS POBRES

A él lo llamaban el maestro porque era sabio, había estudiado filosofía y sabía mucho. De cuerpo delgado, alto, pelo canoso y palabra fácil, un día dijo al joven:

- Vamos a encontrarnos con los niños pobres. Lo que más necesitan ellos es alimentos, casa y ropa, cosas que nosotros no tenemos pero sí podemos darles compañía, algo de cariño y palabras buenas. Yo puedo reunirlos y enseñarles algunas cosas y tú puedes jugar con ellos. Al menos de este modo, sentirán algún calor humano y aprenderán algo.

Caminaron por las calles y llegaron al lugar donde los niños pobres estaban. Ya casi a las afueras de la ciudad, por donde casi todo el territorio era campo. Al llegar, los niños se quedaron mirando y el maestro enseguida les dijo:

- En esa vieja casa, nos vamos a reunir. Quiero deciros algo que es necesario que sepáis.

Bastantes niños, enseguida se concentraron en la casa vieja. Se puso el maestro frente a ellos y les dijo:

- Si vais a un sitio que no conocéis y, por las calles solitarias, os ponéis a caminar con miedo porque desconfiáis de las personas y por eso, no queréis preguntar a nadie ¿cómo lograríais encontrar el camino para salir del laberinto y regresar sanos y salvos?
Los niños todos miraban al maestro fijamente y ninguno se atrevía a pronunciar palabra. Pasado un rato, el mayor del grupo dijo:
- Maestro, lo que usted no pregunta es exactamente lo que estamos viviendo nosotros y muchas personas ahora mismo en este mundo por culpa del virus que está invadiendo todo el planeta. Nosotros tenemos hambre y queremos comer para no morir.

Al oír esto, el joven amigo del maestro, dijo:
- Un amigo mío, tiene una finca no lejos de aquí con muchos árboles frutales cargado de frutas. Me ha dicho que podemos ir y coger todo lo que queramos para que podáis comer.
Otro de los niños del grupo, expresó:
- Pues vamos ahora mismo y después, te llevaremos a ti y al maestro a un barrio que no conocéis y que está solitario. Algunas personas ahí están encerradas en sus casas y otras personas son malas. Os vamos a dejar en este sitio para ver si sois capaces de encontrar el camino de regreso. Así nos demostráis con un ejemplo cómo resolver el problema que el maestro nos ha planteado.

11 de julio 2020 -118
Pórtico otoñal. Primeras
tormentas. Hecho real / 7 de septiembre
Justo hoy, día 5 de este mes, ha llegado la primera tormenta. Y como en aquellos días que tú bien sabes, ha regalado truenos, ha desplegado rayos y ha derramado mucha, mucha lluvia. Y precisamente por donde más agua a caído ha sido por los territorios donde tú duermes ahora, paisajes y montañas cercanas. Es en estas tierras donde nace el pequeño río que también conoces y se le distingue con el nombre de río Darro. Nace en estas montañas donde duermes y después de un recorrido no muy largo, pasa justo a los pies de la Alhambra y cuando ya va entrando el núcleo de la ciudad de Granada, se pierde en el embovedado. Este trozo de río tú no lo conoces mucho ni yo tampoco tuve gran interés en mostrártelo. Es un paisaje urbano que como sabías y siempre sabrás, para nosotros no tiene gran interés.

Pero este año, antes de la primavera, en este trozo del río Darro un poco antes de perderse en el embovedado, se estableció un pato silvestre. Una hembra de ánade real que hizo su nido y sacó adelante siete pequeños patitos. Acompañados de dos gansos que llevan ya por aquí viviendo varios años, estos patitos han crecido y ahora ya están muy grandes en este pequeño trozo del río. He seguido con mucho interés toda la historia de estas aves y aunque ya están grandes y vuelan a sitios desconocidos para mí y luego vuelven, cada tarde me acerco a verlos. Les regalo unos puñados de semillas y también a los dos gansos y luego por aquí me quedo un rato contemplando la corriente, observando la pequeña fauna y vegetación que por aquí se da y, a veces, comentando algunas cosas con las personas que se acercan, miran y me preguntan.

Justo el día 5 de este mes descargó la primera tormenta, como ya te he dicho en las partes altas de este río. A las pocas horas, el cauce ya bajaba muy lleno y con las aguas color chocolate. Nada interesante para mí pero sí sé que son las manifestaciones propias de la estación del año que dentro de poco va a llegar. Al día siguiente, también descargaron algunas tormentas. Y ayer por la tarde, se dio la tormenta más grande. Se situó justo encima de los palacios de la Alhambra, por donde la Abadía del Sacromonte y todo el trozo de este río que te estoy comentando. Me cogió la lluvia justo mirando a la pequeña bandada de patitos, por donde hay un charco que yo llamo de las Truchas y bajo un gran

árbol decorativo que también llamo el plátano. Y como esta tarde tampoco traía conmigo ni paraguas ni impermeable para defenderme de las lluvias, tuve que refugiarme en la entrada de un viejo edificio que en otros tiempos fue un magnífico palacio. La lluvia arreció mucho y al poco, la estrecha calle de la Carrera del Darro, parecía el hermano menor del río que te estoy comentando. Cayeron muchos granizos y recias gotas de agua, estallaron muchos truenos, brillaron bastantes relámpagos y la calle se quedó por completa solitaria. A nadie se veía por aquí.

Tuve que refugiarme como ya te he dicho en la entrada de un edificio antiguo. Y aquí, mientras la lluvia caía y yo dejaba que el tiempo pasara esperando a que amainara, me sentía bien. Ya sabes lo mucho que a nosotros siempre nos ha gustado la lluvia y, en esta época del año preludio del otoño, aún más. Y aunque esta tarde no estabas tú ni los paisajes son los que a nosotros siempre nos han gustado, me sentía bien mientras te echaba de menos. Y de pronto, como si surgiera de un sueño, ocurrió algo maravilloso que es lo que quiero contarte.

Desde mi original refugio para defenderme de la lluvia, miraba yo a las aguas que por los adoquines de la calle se deslizaban. Miraba a un lado y otro viéndolo todo solitario excepto lluvia, pequeños arroyuelos y más lluvia y nubes negras repletas de truenos y relámpagos. Y de pronto, por mi lado derecho y viniendo desde Plaza Nueva río Darro arriba hacia el Paseo de los Tristes, apareció la figura de una muchacha. Por completo también solitaria, sosteniendo un paraguas no muy grande, un vestido totalmente blanco, zapatillas de deporte y una pequeña mochila. Su estatura baja, menuda y delgada. Noté que mientras se acercaba me miraba. Ni la conocía ni me conocía. Por eso pensé que pretendía pararse y refugiarse de la lluvia en el mismo portal en que estaba yo.

Unos metros antes de llegar a mí improvisado refugio, la saludé y la invité a que se detuviera. Le dije:
- Llueve mucho y la calle, como estás viendo, es toda un puro río encharcado. Espera que un momento que la tormenta quizá no dure mucho.
Me miró, detuvo un momento sus pasos, dijo algo en un idioma que no entendí y siguió avanzando. No le di mucha importancia al hecho. Noté que era una joven turista que paseaba por esta zona descubriendo las cosas de la ciudad. Por esta calle Carrera del Darro, es por donde más turistas pasan en todos los momentos y horas del día. Y con mucha frecuencia se ven jóvenes solas portando su mochila y cámara de fotos.

Avanzó esta joven dirección al puente Cabrera, pisando lentamente el gran charco de agua que por la calle se estiraba y se deslizaba en forma de río. Como si la recia lluvia que caía no le importara y como si tampoco le importara los charcos y los chorros de agua que de los tejados se precipitaban. Desde mi refugio la observé un momento mientras se aleja y al poco veo que al llegar justo a la altura del puente, se detiene. Mira para atrás y anda unos pasos como de regreso. Pienso que al darse cuenta de que la lluvia es cada vez más intensa y los charcos en la calle cubren por completo, decide detenerse o regresar. Toda la calle sigue por completo solitaria. Solo las burbujas que las gotas forman al caer sobre los charcos, las recias gotas de lluvia golpeando insistentemente y el rumor de todo este chapoteo, se ve y oye.

Y yo, un poco ahora interesado por la presencia de esta joven, desde mi refugio, la sigo observando. Veo que regresa. Lentamente refugiada bajo su pequeño paraguas, regresa pegada a las paredes de la casa para que la lluvia no le caiga por completo encima. La observo y pienso que ha desistido de su paseo. Pienso que regresa por temor a que la lluvia siga cayendo y la empape o le sorprenda algo imprevisto. Pienso esto mientras sigo

observándola acercándose poco a poco al portal donde estoy refugiado. Cuando ya está a sólo unos pasos de mí, de nuevo le pido que se pare y en este pequeño refugio del portal, espere un poco a que la lluvia amaina. Me mira y pronuncia palabras que sigo sin entender.

Saco el móvil de mi bolsillo, pulso, abro el traductor de Google y elijo el inglés y el español. Le pregunto de nuevo y responde en inglés.
- Puedes ponerte bajo mi paraguas y te acompaño al sitio en que tengas que ir.
Bastante sorprendido le digo que no tengo prisa. Que puedo esperar a que la lluvia amaine mientras ésta cae y yo observo.
- Me gusta ver llover. Pero que voy dirección a Plaza Nueva y, un poco más adelante, en Gran Vía, subiré a un autobús.
- Ponte bajo este paraguas mío y te llevo hasta tu autobús.
Le obedezco. Me cubre con el paraguas y lentos caminamos calle adelante hacia Plaza Nueva. La lluvia sigue arreciando y la calle sigue por completo inundada. No sé qué decirle. Ni me conoce ni la conozco de nada. Sí noto por su rostro, cuerpo y tono de voz, que es de un país oriental. Le pregunto y me responde que es de Japón. Que solo va a estar dos días en Granada de visita turística.

Cruzamos Plaza de Santa Ana todas convertida en un pequeño charco de agua, cruzamos Plaza Nueva, avanzamos por la calle Reyes Católicos, giramos por la acera de la Gran Vía. En unos metros, ya estamos en la parada del autobús. Le indico que aquí, bajo la marquesina de la parada, puedo refugiarme mientras el autobús llega. Y le pregunto:
- ¿Cómo puedo agradecerte tu bonita actitud de ayuda?
Sin más me responde:
- No es nada, es lo mío.
Me ofrece su mano, se la estrechó cortésmente y de nuevo le doy las gracias. Se gira lentamente, bajo su paraguas, comienza a caminar de regreso por la acera de la Gran Vía y yo, todavía más sorprendido, la observo mientras va perdiéndose entre las demás personas.

Justo en este momento, a mi lado y bajo la marquesina de la parada del autobús, se detiene una joven alta, de pelo rubio, cuerpo delgado y sosteniendo en sus manos un móvil y un mapa. Adivino enseguida que es turista y está buscando, con el móvil y el mapa, algún lugar concreto en esta ciudad. Sin más, la saludo y le digo:
- Puedo ayudarte, si lo necesitas.
La joven, se muestra como impasiva. Tarda unos segundos en mirar sin volver la cabeza y, tal como está observando el mapa y el móvil, simplemente hace un gesto con su cabeza y mano al tiempo que escuetamente y como desconfiada y molesta, pronuncia:
- Estoy bien.

12 de julio 2020 -119
SU JUBILACIÓN
A lo largo de toda su vida, a unos y otros, siempre les decía:
- Cuando me jubile, voy a cumplir por fin mi bonito sueño.Y al oírla, unos y otros le preguntaban:
- ¿Y cuál es ese sueño bonito tuyo?
- Nos pasamos la vida, un día detrás de otro, resolviendo problemas y nunca terminamos. Nunca alcanzamos la tranquilidad y paz perfecta ni en ningún momento lo tenemos todo resuelto. Dificultades y problemas un día detrás de otro y la felicidad que buscamos, nunca llega.
- ¿Pero cuál es ese sueño bonito tuyo?
- Cuando me jubile vais a verlo.

Cuando ella se jubiló, como no tenía familia ninguna y solo algunas amigas, desde el primer día se fue a vivir a la pequeña y blanca casa que a lo largo de su vida había construido. Sobre rocas justo al borde mismo del riachuelo de agua clara y fresca brotada entre piedras cincuenta metros más arriba. A un joven sin padres ni casa ni trabajo, le dijo:
- Quiero que cada día me cuides las plantas que hay en la puerta de mi casa y que me hagas las compras de las cuatro cosas que cada día necesite. A cambio, te daré un dinero para que puedas vivir y ahorres como lo hice yo para construirte una casa.

Con gusto el joven aceptó lo que ella le proponía. Y el primer día, regó y podó las plantas del jardincillo, le hizo la compra de las cosas que necesitaba y, al terminar la jornada, ella le dio cien euros. Lo mismo le dio al día siguiente, al otro y al otro. Un poco extrañado, pasado un mes el joven le dijo:
- Yo hago mi trabajo con gusto cada día porque usted es buena y la respeto pero ¿por qué me paga tanto y a diario?
Y ella le dijo:
- Con lo que cada día te doy, tienes lo suficiente para vivir y ahorrar para comparte una casa. Y al mismo tiempo, yo también estoy invirtiendo en la construcción de un palacio allá en el cielo. Cuando me muera, voy a cumplir este bonito sueño. Allí te estaré esperando para que eterno, en aquellos reinos, sigas siendo jardinero.

13 de julio 2020 -120
EN LA CUEVA
Lo recuerdo hoy, cuando todavía la gran enfermedad está muy presente por todo el Planeta y me pregunto: ¿A dónde se fue y qué es ahora en el inmenso infinito del universo?

Rocé, por mi derecha, el acantilado rocoso y me encontré de frente con la pequeña cueva. Cavidad rocosa donde, años atrás, había pasado los últimos días de vida una persona muy querida. Vivía solo, apenas tenía ropa, cogía el agua del pequeño manantial a los pies de la roca, guardaba algunos alimentos en las repisas de las paredes de la cueva y en un rincón, encendía fuego. Para calentarse en los días de invierno y para asar bellotas, castañas y setas en los días del otoño. En la torrontera, por el lado de debajo de la cueva, Tenía un pequeño huerto. Tanto en verano como en otoño, invierno y en primavera, en estas tierrecillas sembraba algunas cosas. Y en la paredes de la rústica cueva, al lado derecho, En la pura roca, había tallado algunos carcteres. 大头哈 西尼亞

Un día le pregunté y me dijo:
- Esto es algo tan personal que nunca he compartido con nadie. Pertenece un trozo de mi vida que considero tan importante, que en este trozo del tiempo y vivencia, estoy contenido todo y la eternidad en la que creo.
- Precisamente por lo que me dices y de la manera en que me lo dices, en mi corazón arde el deseo de saber más sobre este trozo de tu vida.
- Quizás te cuente un día porque ahora no creo que sea el momento. Sí te digo para que lo tengas en cuenta por si algo en algún momento puede servirte, que el alejarse de las personas y perderlas para siempre cuando aún tenemos vida en este suelo, es una desgracia. Una gran desgracia que nos hace más pequeños y miserables dentro del gran plan del universo y la eternidad. Las personas, cuando aún estamos en este mundo y respiramos el aire que nos regalan, nunca deberíamos dejar de querernos unos a los otros. Nunca deberíamos distanciarnos ni perdernos para siempre. Es un fracaso triste si esto sucede.
Y no insistí más ni tampoco le hice ninguna pregunta aquel día ni en los que siguieron.

En la misma puerta de la rústica cueva, crecía un arbolito que siempre estaba verde. Era un acebo. Todos los inviernos este arbolito se llenaba de bayas rojas y en sus ramas, desde primeras horas del día hasta media tarde, siempre descansaba una pequeña bandada de gorriones. Como compañeros y amigos fieles que, de alguna manera, parecían querer dar compañía a este hombre. En el centro de este arbolito, en las ramas interiores y partes bajas, también con mucha frecuencia revoloteaban mirlos. Cantaban mucho según la primavera iba llegando y hacían sus nidos entre estas ramas. A él le gustaba mucho la presencia de estas aves y por eso nunca las molestaba. Al contrario: de vez en cuando, les daba algo de comer y procuraba no asustarlas para que se sintieran cómodas. Su presencia era como una compañía muy especial.

Desde el día que hablé con él lo de los signos grabados en las paredes de la cueva y a lo largo de bastante tiempo, compartimos horas silenciosas, pasos por las sendas de estas laderas y montañas. Cargando en su borriquillo ramas secas del monte, hortalizas y frutas de su huertecillo, hierbas y otras cosas recogidas por las tierras de estos lugares. Era hermoso verlo solitario ir y venir recorriendo las sendas en compañía de su pequeño y humilde borriquillo. En los días calurosos, en los días de lluvia, en los días del otoño, en los días perfumados de flores de romero en primavera y en los días de nieve en invierno. Era hermoso verlo siempre al lado de su borriquillo surcando los caminillos de estas montañas.

Y con frecuencia, cuando nos parábamos a descansar en alguna curva de los caminillos y nos sentábamos en las rocas frente a las altas crestas al lado del levante, me decía:
- Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirte en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo.

Estas cosas me decía y a cada momento notaba que quería enseñarme el camino a esta tan íntima oración. Lograba yo entender un poco pero al mismo tiempo, era consciente de mis limitaciones. Un día, dejé de verlo. Al llegar a su cueva, no lo vi, lo esperé y no llegó, lo busqué por todos estos lugares y no lo encontré. El silencio se hizo en su cueva, el tiempo poco a poco fue llenando de telarañas, musgo, ramas de hiedra y humedad, las rocas de esta cueva suya y en las piedras de las paredes, permanecían tallados los caracteres enigmáticos que nunca me reveló. Llegué a descubrir que era el nombre de una persona pero nada más pude averiguar.

Lo recuerdo hoy, cuando todavía la gran enfermedad está muy presente por todo el Planeta y me pregunto: ¿A dónde se fue y qué es ahora en el inmenso infinito del universo?

14 de julio 2020 -121

OTRO MUNDO DISTINTO

- Si Dios me diera a mí poder, lo primero que haría es cambiar por completo el mundo. De todas las personas, quitaría los sufrimientos, el dolor y la muerte y borraría, de la noche a la mañana, todos sus problemas. Haría un mundo nuevo donde la soledad, las pérdidas y las penas no existieran.

Estas palabras eran las que la madre siempre pronunciaba. Y se veía en ella, en su buen comportamiento y en su rostro, la sinceridad de lo que decía. Ella era pequeña, muy pobre y no tenía estudios ni amigos ricos pero en su pecho latía un corazón puro, repleto de amor y ternura para todo el mundo.

La recuerda hoy asomado a la ventana mientras mira y medita en silencio. A su derecha, por entre las ramas de los almeces, almendros y pinos, cantan las chicharras. Por la calle, nadie pasa. Solo a primera hora de la mañana, de este día caluroso de verano, se han visto algunos jóvenes por las puertas de las facultades. Son los exámenes para el acceso a las carreras universitarias del próximo curso si es que la enfermedad mundial lo permite. A sus espaldas, se ve la ciudad y sobre ella, se cierne una densa capa de calima gris y silencio. Profundo silencio porque el virus ha hecho y está haciendo muchos estragos en las personas no sólo en esta ciudad sino por todos los rincones del mundo. En este extraño silencio, adivina el sufrimiento de las personas, la soledad, el hambre y la enfermedad. Como si el mundo entero y, sobre todo, las personas, estuvieran naufragando ante la puerta de un final total. Esto hace que a su mente acudan la imagen de la madre y rememore con mucha fuerza las palabras que en aquellos tiempos continuamente repetía.

Recuerda el día y el momento en que al hermano pequeño lo expulsaron del grupo porque decían que no era bueno para el trabajo. El grupo entero con el jefe al frente, pasó por delante de la madre y se fueron derechos a donde tenían el trabajo. El hermano lo seguía con el deseo de pertenecer a este grupo y unirse al mismo trabajo con ellos. Pero el jefe, lo paró, lo apartó del grupo y le dijo que no los siguiera. Se quedó parado solo a cierta distancia y al verlo la madre, se acercó a él y le dijo:
- Tú no te preocupes. Yo hablaré con el jefe y luego hablaré con Dios para que se arregle todo esto. No me gusta que los demás dañen y añadan problemas a la vida de otras personas. Ya cada uno tenemos bastante con lo nuestro.
Y el hermano menor, se vino junto a la madre, cerca de ella se quedó mientras miraba en silencio al grupo y al jefe alejándose hacia el lugar del trabajo.

15 de julio 2020 -122

MEDITACION JUNTO AL RÍO

Por el barrio del Albaicín, por la Carrera del Darro, por los caminos y jardines de la Alhambra, Prado de Otoño y Cortijo de la viña, por todos estos lugares, tú eres ahora ya pura ausencia. Nadie, absolutamente nadie, sabes de ti. Solo yo por estos lugares te sigo paseando en mi mente en forma de recuerdo y escribo algunas cosas, de vez en cuando para que tu memoria no borre del todo. Por estos días, justo en plena Navidad de este último año, son muchas las cosas que quisiera contarte. Las calles las han decorado como todos los años, han montado los belenes, las personas pasean, charlan entre sí y compran cosas las aves y patos del río, se mueven buscando su alimento y la lluvia cae de vez en cuando. Todo exactamente casi igual a otros muchos años y no hay más. Aún así, quisiera contarte muchas cosas pero hoy, exactamente día de Navidad, tengo algo muy sencillo que voy a compartir contigo.

Lo vi subí por la veredilla que asciende por entre el pequeño bosque de robles. Iba solo y caminaba despacio. A sus espaldas llevaba una mochila gris y en su mano derecha portaba un palo añejo.

Remontó hasta lo más alto por el lado del levante del río y se internó ahora en el pequeño bosque de encinas, jaras y aulagas. Por lo alto de esta torrontera caminó en dirección contraria a la corriente del cauce y un rato después, giró para su izquierda. Descendió hasta el borde de las aguas del río que, cristalino y no muy caudaloso, venía como de un mundo

desconocido. Lo vi cruzar estas aguas saltando por unas piedras y buscó un lugar lleno de hierba. Como una pequeña alfombra tapizada de musgo, juncia, piedras rodadas del río y arena.

En este lugar, sobre la hierba, frente a las aguas del río que lentas llegaban hacia él como de lugares misteriosos y lejanos y frente a una amplia curva tapizada de vegetación. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de alguna cascada y se veía el reflejo de amplios charcos azules. Se quedó quieto sentado en esta alfombra de hierba frente a las aguas que mansas corrían casi a sus pies y miró sin prisa. Su presencia empezó a llenarme de cierta curiosidad y algo de asombro al mismo tiempo que de respeto. Pensé que venía de la ciudad y buscaba un lugar tranquilo para meditar sus cosas. Y pensé que su meditación sin duda era algo tan personal y excelso que se confundía con todo el entorno y las aguas del río.

Sentí tanto respeto y admiración, que hasta me pareció que el alma y corazón, seme llenaba de su paz y misterio. El lugar era tan hermoso, tan lleno de silencio y aromas a musgo, tan lejano de ciudades y pueblos y tan puro todo, que más bien la escena y el paisaje se parecían a un sueño. A un trozo de cielo, a un trozo de eternidad.

Esta pequeña estampa, escena casi espiritual, es lo que hoy tenía necesidad de compartir contigo. Algo tan sencillamente distinto al mundo que se mueve dentro de las ciudades en estos días que por eso, al menos yo, lo encuentro gratamente hermoso.

16 de julio 2020 -123

LA CASCADA

¡*Quién pudiera ya volar*
invisible como el viento
y en la honda eternidad
ser por fin silencio
y todo, todo paz!

A la hora fijada llegaron al lugar acordado. Justo a la pequeña llanura que hay a la derecha del río según se mira hacia el levante. Era por la tarde y ya el sol estaba muy caído sobre el horizonte. El cielo comenzaba a tornarse color amapola desteñida y el aire olía a verano tostado impregnado todo por el monótono canto de chicharras. Había sido unos de los días más calurosos del año precisamente porque el verano estaba casi en su centro.

Ellos eran un pequeño grupo de jóvenes que habían quedado con un conocido, amante de los lugares, para recorrer y explorar algunos rincones de la montaña. Por eso, desde la pequeña llanura a la derecha del río mirando al levante, las cumbres se veían imponentes y muy altas. Como robustas columnas apuntalando al cielo y escondiendo en sus laderas, bosques, ríos y manantiales, bellezas insondables y misterios, muchos misterios. Los que llegaron, dijeron al que le iba a guiar.
- Después de tantos días sin poder salir de casa por miedo al virus, estamos deseando ver las cascadas que nos dices, tocar sus aguas y refrescarnos en sus chorros.
- Pues seguidme qué os las muestro antes de que el sol se ponga por completo.
Los que habían llegado siguieron al que guiaba y ladera arriba, por entre el monte y rocas, buscaron la pequeña senda. Remontaron a lo más alto de la colina justo cuando el sol se empezaba a tapar tras las montañas en el horizonte a lo lejos. El guía les dijo:
- Hemos llegado en el momento exacto.

Bajaron ahora por la pendiente en busca del caudaloso cauce en lo profundo de la garganta y justo a unos metros antes de la curva del río, en una pequeña plataforma que hacía como de mirador, se pararon. Frente a la ruidosa y enorme cascada que, por entre las ramas de árboles, se veía al fondo. Los últimos rayos de sol de la tarde, incidían sobre las aguas que en abanico se despeñaban y los colores de la luz, vestían de magia todo el entorno. Los que habían llegado, al sentirse sobrecogido por el espectáculo, dijeron:
- La creación es hermosa y Dios la cuida y la mantiene viva de la forma más delicada. Es necesario que el virus que se ha instalado entre nosotros llenándonos de miedo, enfermedad y muerte, se vaya por completo de este suelo. Quedémonos aquí esta noche, gocemos de rumor y perfume de estas aguas, contemplemos las estrellas en el cielo y demos gracias a Dios por todos los que nos regala. Pídenosle en esta oración, que nos libre del virus que se extiende por todo el mundo y que en nuestros corazones se instale la paz, el silencio y el gusto por lo bello.

17 de julio 2020 -124
DÍA DE REYES
Este día del nuevo año, amanece sin nubes, con la temperatura muy fría, con bastante nieve en las cumbres de Sierra Nevada y con escarcha por la orilla del río Darro. No ha nevado este año por Navidad como sí lo hizo el año pasado y los anteriores. Las aguas de este pequeño río que bien conoces y que corre a los pies de la Alhambra, bajan muy claras. En estas aguas y en un gran charco que hay cerca de la iglesia de Santa Ana, es donde el año pasado un ánade real hizo su unido y sacó adelante 7 polluelos. Por aquí están ahora mismo en esta mañana de Reyes estos 7 polluelos con sus dos padres. Casi un año ha pasado ya desde que nacieron y cada día tengo más esperanzas de que por aquí se van a quedar para siempre. Puede que este año, ahora en primavera, vuelvan a hacer sus nidos en este mismo lugar. A las personas que pasan por la calle Carrera del Darro que discurre paralela al cauce del río por donde te estoy diciendo, cada día les gusta más la presencia de estas aves. Pero hoy, en esta mañana fría, soleada y muy llena de ausencias, lo que a mi mente acude y quiero compartir contigo, es lo siguiente:

El edificio se encontraba casi en el centro del barrio del Albaicín. Era grande este edificio y en él, a lo largo de bastante tiempo, vivió un grupo de personas. Se dedicaban estas personas a rezar, a enseñar a otros, a escribir libros y a estudiar. Pasaba el tiempo y poco a poco estas personas fueron haciéndose mayores. Ningún joven tomaba el relevo. Murieron algunos y al quedar el grupo reducido y envejecido, decidieron marcharse a otro sitio. Porque también el edificio envejecía con ellos. Claramente se veían sus paredes desconchadas, manchas de humedad por muchas de estas paredes, hierbas silvestres en los tejados y muy descolorido y roto en las partes interiores.

Una mañana fría de invierno como la de hoy, el que parecía responsable del grupo de estos hombres mayores que se marchaban a otro lugar, dijo a uno de ellos:
- Prepara las cosas y ordena tu espíritu porque nos vamos.
- ¿A dónde nos vamos?
- Tú desde luego, a un lugar muy concreto.
Al oír estas palabras, el hombre sintió en su corazón un agudo dolor. No quiso preguntar más. Si el que le urgía, de nuevo dijo:
- Y no vayas a tardar un siglo entero en preparar las cosas. Apenas te queda tiempo.
No se sentía el hombre satisfecho con lo que oía pero nada dijo. Se refugió en un discreto silencio y en su interior siguió sintiendo el dolor.

No era apreciado ni valorado casi por ninguna de las personas que en la casa vivían ni tampoco ninguno valoraba ni sus comportamientos, palabras o lo que hacía. En todo

momento se mantenía en silencio y en todo momento rezaba al cielo y esperaba. También en todo momento apartaba de su mente las imágenes negativas que a veces en su cerebro si avivaban y procuraba no pensar ni rumiar nada. Por eso a la orden que le habían dado, sin pronunciar una palabra, se puso a preparar las cosas. Un poco aprisa pero quedamente y conforme iba guardando algunos pequeños objetos en bolsas, más y más su corazón se entristecía. Se decía: "Sé que la vida de las personas, en algún momento siempre tiene su final. Sé que la vida de todos nosotros está formado por etapas más o menos largas que también en algún momento tienen su final. Aceptar con resignación e inteligencia que las etapas de la vida nacen, se alargan más o menos en el tiempo y luego llegan a su final, es bueno. Pretender quedarse para siempre en el mismo punto y de la misma manera y con las mismas cosas, está fuera de todas las reglas de la naturaleza. Sé que esto es así pero ahora mismo en mi interior el corazón y el alma me duelen".

Al mediodía ya tenía recogido en bolsas las cuatro cosas que había decidido llevarse. Puso, en un lugar en las puertas del edificio, estas cuatro bolsas y unas horas después, salió a la calle. Caminó solitario bajando lentamente por la inclinación del terreno y llegó hasta el pequeño tramo del río que corre a los pies de la Alhambra. Se asomó al muro, echó una mirada al árbol plátano a unos metros del viejo puente, observó los cuatro ánades que en el pequeño charco se movían y dio unos puñados de maíz a las palomas que se posaban en las ramas del árbol. Miró a un lado y otro de la calle con un deseo muy concreto: ver, aunque solo fuera de una forma imaginativa, a la persona que con tanta fuerza recordaba.

Hacía unos meses y justo en este mismo lugar, conoció a esta persona. Fue al comienzo del curso y su encuentro le pareció hermoso. Encontró en esta persona amabilidad, sencillez, belleza y fuerza de vida. Algunas tardes hablaron cosas sencillas de estos rincones de la ciudad, proyectos de vida y pinceladas del pequeño río por donde los ánades reales se movían. Solo algunas tardes sucedió esto porque luego, de la noche a la mañana, esta persona no apareció más por el lugar. La recordó y en secreto, ilusionado pero y deseo ver la más veces. No sucedió esto. Aceptó la realidad y en su mente, también aceptó que todo había sido como tantas otras veces en la vida. Una más de las muchas y pequeñas ilusiones que a veces se avivan en el corazón y el alma y que todo se queda en esto: en pequeñas ilusiones sin más. A su edad, sabía bien que la vida casi se componen de una cadena de estas pequeñas ilusiones que aparecen y desaparecen como el brillo de una estrella fugaz.

Aquí en este lugar tan especial para él, cerca de la corriente de río y la sombra del árbol plátano, estuvo un rato. Esperó, meditó y luego caminó lento por algunas de las estrechas calles del barrio. Si objetivo concreto de buscar nada concreto. Unas horas después volvió a la vieja casa, recogió sus cuatro cosas y siguiendo las órdenes que le habían dado, se alejó del lugar. Sintiendo que no iba a ningún sitio concreto y sintiendo que no era ni pavesa entre las personas que iba encontrando y dejaba atrás. Nadie lo iba a echar de menos, nadie lo iba a llorar el día que muriera, nadie sabía de su nombre ni de su presencia en este mundo. Este era su sentimiento y por eso solo encontraba algo de consuelo refugiándose en el Dios en que creía.

En unas horas se alejó y desapareció de estos lugares y ciertamente que nadie lo despidió ni tampoco lo echó de menos. Unos días después, la vieja casa del barrio, se quedó vacía. Las personas mayores que en ella vivían, de aquí se marcharon para siempre y el caserón quedó en su silencio y quietud. No tardó el tiempo en romperla y desmoronarla un poco más según pasaban las horas, los días, los meses, y los años. Por que los años pasaron y en el silencio de estos años, quedó para siempre perdido el hombre mayor y también sus compañeros.

18 de julio 2020 -125

LA DESPEDIDA

Metió en la vieja mochila el último cuaderno, apretó con fuerza los cordones, puso la mochila ya preparada sobre el poyete de la ventana y miró. A través del hueco de la ventana, observó durante un rato los árboles y plantas que aún por el jardín quedaban. Un extraño sentimiento recorrió toda su alma. Salió luego de la habitación, bajó las escaleras y salió al jardín. Avanzó lento por el pasillo de los naranjos y enseguida vino a su mente la imagen del viejo ciprés. Durante más de cincuenta años, había clavado su raíces y se elevaba al cielo justo a la entrada del pasillo de los naranjos. Era hermoso como un gigante y ahora ya no está. El que decidía, cuando la reforma de la casa, ordenó que los cortarán porque decía que era peligroso. Ni siquiera la peana quedó por aquí. Unos metros más adelante y también a la derecha, crecía el viejo acerolo. A esta misma altura pero a la izquierda, mecía sus ramas al aire un hermosísimo azufaifo. Lo cortaron casi al mismo tiempo que el níspero, el acerolo y la palmera.

Roza con sus manos los tres o cuatro tallos de laurel que es lo único que ha quedado de lo que fue un alto y recio árbol. Aquí mismo crecía la planta flor de la pasión, los dos limoneros, la higuera y el caqui. Eran todos árboles hermosos que daban deliciosos frutos y un verano detrás de otro, se fueron secando por falta de riego aunque el agua era y sigue siendo abundante. Sus maderas se las llevó el jardinero para asar la carne de la matanza en la cocina de su casa en el pueblo. Tuerce su paseo para la derecha y enseguida se encuentra frente a donde crecía el pinsapo. Ni una astilla queda de este árbol que fue también cortado por el mismo jardinero. El seto de los romeros y arrayanes justo donde está la pequeña cueva de la Virgen, se fue secando poco a poco. En esta rocalla, florecían en primavera los cuatro o cinco granados enanos arropados por las hermosos brazos del gigante cactu. Ahora solo se ve por aquí algunos tallos de hierba muy pálidos y las rocas por completo desnudas. A su izquierda, según avanza, se ve muy seco todos los tallos del césped que se ha ido muriendo también poco a poco por falta de riego. Crece aquí una raquítica madroñera, una lila, un granado y un naranjo. Sembraron estas plantas justo cuando cortaron el esbelto y hermosísimo naranjo de naranjas amargas que decoraba hermosamente a lo largo de todo el año. Al frente y cerca de la casa, cortaron los tres altísimos cipreses, el macasar y un magnolio y, junto a la fuente grande, también se llevaron por delante los cuatro enormes cedros, una grandiosa palmera, tres álamos blancos y los seis olmos del paseo. Las raíces de estos olmos han echado tallos varias veces y siempre los han ido cortando. Por el lado de debajo de este rellano del paseo de la fuente, se ve el lugar donde tapizaban las violetas moradas, blancas y azules. Ahí crecían dos almendros de troncos retorcidos, una morera muy hermosa, dos palmitos crecidos y chumberas.

El día que estaban cortando los dos enormes pinos halepensis, se acercó al que lo había decidido y le dijo:

- Este jardín, lo diseñaron, sembraron y cuidaron vuestros compañeros hace más de sesenta años. Mucho cariño, esfuerzo y tiempo se ha invertido en este pequeño paraíso. Lo que estáis decidiendo y haciendo ahora en estos tiempos, no me gusta nada porque creo que no es bueno ni para vosotros ni para cactus. El mundo y la humanidad necesita de la naturaleza.

-Tú no te preocupes. Sembraremos plantas y árboles nuevos. No te metas en lo que no es cosa tuya.

Y al poco tiempo, fueron sembrando algarrobos, encinas, alcornoques, naranjos, granados y limoneros. En menos de un año, casi todas estas nuevas plantas se secaron. El pequeño espacio de jardín, hermoso y lleno de vida años atrás, se veía cada día más seco y

abandonado. Sus ojos lo contemplaban y su corazón se llenaba de tristeza. Tristeza que esta mañana se le hace tan grande que se vuelve, entra a la casa, sube a la habitación, coge la mochila, sale y, por la parte de atrás, donde todavía crecen varios hermosísimos álamos y brota el manantial de la fuente, busca el camino. En el agua de la fuente, lava sus manos, bebe un trago, carga con la mochila y comienza a caminar hacia la parte alta del terreno.

Cuando todavía no se ha alejado mucho del lugar, a su derecha, ve la blanca casa, en la puerta a la madre y cerca de ella, a la pequeña. Al verlo la niña, se acerca a él y le pregunta:
- ¿Qué llevas en tu mochila tan llena?
- Algo de ropa, unos cuadernos escritos por mí y un bocadillo.
- ¿Te vas de viaje o recorrer caminos por la montaña?
- Me voy.
- ¿Y cuando vuelves?
- Me voy y ya no vuelvo.
Nada más le preguntó la pequeña. Siguió lentamente alejándose del lugar y vio que un camión que venía en sentido contrario, se paró. Un hombre le preguntó:
- Buscamos la casa que reformaron hace poco y tiene un jardín grande. ¿Sabes cuál es?
- Seguro que es esa de la que vengo.
- Es que vemos a cortar el seto que rodea al jardín y a la casa porque quieren sustituirlo por un muro de cemento y alambre.
No hizo ningún comentario. Siguió subiendo y al llegar a donde crecen varios eucaliptos, se paró. Desde esta distancia miró al edificio y al jardín, descargó su mochila, sacó de ella uno de los cuadernos y lentamente escribió:

"La congregación religiosa dueña de esta casa, a mediado del siglo XX, en este país tenía 3.000 miembros. Al comenzar 2020, son unos 700 y con una media de edad próxima a los ochenta años. En 2017, fallecieron sesenta y uno, cincuenta y uno en 2018 y cuarenta y ocho en 2019. En los cinco primeros meses de 2020 murieron cuarenta y nueve, uno más que en todo 2019. En cinco meses de este año han fallecido uno de 101 años, dos de 98, tres de 96, tres de 94, uno de 93, dos de 92, tres de 91, tres de 90, cinco de 89, cuatro de 88, dos de 87, dos de 86, tres de 85, tres de 84, uno de 82, uno de 80, uno de 79, tres de 78, uno de 77, uno de 75 y uno de 74. En esta casa con jardín, reformada hace sólo unos meses, viven ahora mismo unas 12 personas. De ellos, no me gusta cómo se comportan con este pequeño espacio natural. Por más que digan que aman a Dios y crean que actúan correctamente. Se les acaba el tiempo porque ya todos son muy mayores. ¿Por cuánto tiempo más vivirán aquí y por qué se comportan con el jardín y la casa del modo en que lo hacen?"

19 de julio 2020 -126

EL SUEÑO

En mi sueño, primero me acerco a este tramo del río. Aquí mismo, justo donde ahora estamos y tú cada tarde te has parado para observar y fotografiar al ánade en su nido, me puse yo. Para observar, una vez más, los restos del nido y recordar a los patitos en sus primeros y únicos momentos de vida. Todo, justo ahí, donde estuvo el nido, se ve desordenado, mudo, húmedo, feo. Ni siquiera les prestan atención las personas que pasan por la calle. La mayoría, bastantes de ellos turistas, ni han advertido lo que por aquí ha sucedido ni saben lo que cada día ocurre.

Siento la congoja en mi corazón porque me apena que lo que parecía tan bonito y limpio, haya acabado de esta manera. Y de pronto, según estoy mirando justo donde estuvo el nido, veo brotar un chorro de agua. Un chorro de agua parecido a los que brotan en los manantiales de las laderas y hondonadas en las montañas. Lo mismo y en cantidad grande y muy clara. Se desliza esta agua y llega hasta la corriente de río y en lugar de contaminar, parece purificar y dar transparencia a las aguas y al charco de las truchas.

Y ahí, donde las aguas del manantial se funden con las del río, al darle los rayos del sol, algo brilla como un ascua incandescente. Me sorprendo aún más y me pregunto si eso pudiera ser una pequeña pepita de oro. Todos sabemos que en este río siempre ha habido pequeñas cantidades de oro. Pero esto que estoy viendo reflejado entre las piedras de la corriente y bajo las aguas, parece de un tamaño mucho más grande que el oro que por aquí se ha encontrado en todos los tiempos.

Durante mucho rato, me quedo aquí contemplando este fenómeno y el chorrillo de agua que ha brotado donde estuvo el nido y al día siguiente, te lo comento. Tú se lo dices a tu amigo el científico y éste, amante de los manantiales y ríos, se presenta por aquí y queda sorprendido. Lo del manantial, piensa que puede ser el vertido de aguas residuales de algunos de los edificios cercanos. Por eso, toma muestras de esta agua, busca y piden que la analicen y lo que se descubre es que resulta agua no solo purísima sino muy buena y perfectamente limpia de cualquier producto contaminante. Comentó él:
- Quizá en el corazón de la colina de la Alhambra, haya algún depósito de agua y por aquí se esté rezumando.

A los pocos días de esto que te he dicho, cerca del manantial por donde el nido, brotaron flores. Orquídeas, lirios silvestres, flores de la viuda, margaritas blancas y amarillas, amapolas, malvas y muchas más. Veo por aquí, todos los días, a la ánade y a otras aves de su especie y diferentes. Por la orilla del río, para arriba y para abajo, brotan más flores, retoñan arbustos, se tupen los árboles y en tanta cantidad y tan rápido, que en sólo unos días, todo este tramo del río, se convierte en un auténtico vergel. Un jardín precioso reflejado en la corriente del río, alimentado por el manantial del nido y decorado por plantas de todas las especies y tamaños. La ánade parece como la reina que cada día atrae a más y más aves de su especie y de otras. Abundan los mirlos blancos y negros, las oropéndolas, las lavadoras cascadeñas, los ruiseñores y en los charcos, nadan las truchas como acompañando a los patos.

Las personas que van y vienen por la calle Carrera del Darro, se admiran de la sencilla y fresca belleza que ven en este río, con la Alhambra coronando y el barrio del Albaicín al otro lado. Comentan algunos:
- Desde luego, en ningún lugar del mundo, se ve un paseo como éste. Con razón las personas comentan y no paran de compartir el asombro que por aquí encuentran.

Ni se ven personas caminando, saltando o bañándose en las aguas de este río ni tampoco hay personas lavando la ropa, pescando o echando basura a las aguas. No se ve ningún objeto tirado en la corriente ni nadie rompe la especial y bonita vegetación que cubre a un lado y otro. Tu amigo el científico se siente feliz porque de pronto y como en forma de milagro, este río se ha convertido en un espejo de aguas limpias para disfrute de las personas y desarrollo de la vegetación y fauna.

Otras personas también comentan:
- ¿Y cómo ha sido posible por aquí este milagro?
- Un científico de esta ciudad, hombre bueno y muy sensible a la naturaleza, ríos y manantiales, seguido y acompañado por otras personas, se tomó mucho interés en este tramo del río Darro, a los pies de la Alhambra. Pedía que se eliminaran los vertidos de aguas contaminantes, pedía que no se pescara por aquí, que no se lavara ropa ni se bañaran personas ni perros y pedía que se ayudara a la vegetación y fauna de este pequeño trozo de río. Muchas personas estaban de acuerdo con él. Y un día, en el puente de las Chirimías, apareció un letrero que decía: "Prohibido el paso a personas y animales bajo sanción".

Protestaron algunas personas pero al poco, este tramo de río, se veía hermoso y lleno de vida. Ni personas ni perros entraban por aquí y esto empezó a gustar a muchos. Tanto que al poco, las personas normales de la ciudad, los turistas y los que viven en las cuevas, entre sí comentaban.
- Se ve tan bonito este río con tan fresca vegetación, fauna y tranquilidad, que este otro trozo del cauce entre el puente del Aljibillo y hasta el puente de las Chirimías, también debería ser acotado a personas y animales. Contemplar desde este lado del muro y a distancia, es un gozo noble y puro.

Y estas mismas personas, al poco, ayudaron para que nadie se acercara a las aguas del río ni lavaran ni se bañaran. Siguió gustando todo esto y los resultados aún fueron mejores. Porque este tramo del río Darro, poco a poco se fue convirtiendo en lo que ya te he dicho antes, he visto en mis sueños.

Con estas palabras, la persona amiga, concluyó el relato de lo que había visto en sueño. Me miró y sin más, me preguntó:
- Los tiernos patitos de la ánade, han muerto pero ella sigue por aquí. ¿Tú crees que se marchará o volverá a construir otro nido?
Y le dije a la persona amiga:
- Tengo la impresión de que se va a quedar por aquí para intentar construir un nuevo nido. He notado que esta mamá ánade es valiente y tiene mucha fuerza. Tanta fuerza que parece que ella más que nadie quiere que por aquí las cosas lleguen a ser más o menos como tú has visto en tu sueño. El científico ayuda y otras personas también. Esta pata silvestre, hasta parece que está intentando demostrar algo que a nosotros los humanos se nos escapa y, de alguna manera, no queremos o no podemos llevar a cabo.
- ¿Quieres decir que esta ánade está intentando derribar fronteras para crear una nueva realidad mucho más hermosa y buena?
- Creo que sí. En tu sueño se ve que gracias al tesón del científico y a la fuerza de esta ánade, las cosas cambian y mejoran para que se dé una realidad nueva y mejor.
- ¿Como si esta ánade y el científico fueran los dos personajes precursores de un nuevo mundo?
- Me parece que las cosas pueden ser así porque casi siempre han sido de este modo: los inquietos y rebeldes siempre han abierto caminos hacia mundos diferentes y mejores.

La persona amiga, se mantuvo en silencio durante un rato. Miraba a las aguas del río por donde me había dicho en su sueño vio relucir algo como un ascua incandescente y parecía meditar. Luego me hizo la siguiente pregunta:

- ¿Y lo de la pepita de oro que aquí mismo en mi sueño he visto relucir? No respondí a esta pregunta suya. 29 Marzo 2019

20 de julio 2020 -127

UN PUÑADO DE TIERRA

Nada más entrar el otoño vinieron unos días de mucha lluvia, casi un mes entero sin parar de llover. Pero luego paró y a lo largo de casi el resto del otoño no volvió a caer ni una gota. Sin embargo, ya próximo a la Navidad, de pronto una mañana se nubló y durante todo el día estuvo lloviendo. Por la noche se quedó raso y al día siguiente no había ni una sola nube en el cielo.

Bajó el joven aquella mañana por el barranco y siguiendo la senda que, desde la junta, se va a media ladera hasta el otro arroyo, se adentró en el puñado de tierra que desde pequeño tenía en su corazón. La lluvia del día anterior había dejado lavado todo el bosque y ahora, por todas las depresiones de los arroyos, subían grandes masas de niebla blanca. Conocía él bien este fenómeno y aunque hacía ya tantísimos años que no lo había vuelto a gozar, al verlo hoy de nuevo se llenó de nostalgia mezclada con paz y un bienestar profundo que le dejaba satisfecho consigo y con todo lo que le rodeaba.

Últimamente no le iba bien con ninguna de las personas que les rodeaban. Y como de siempre había sido tímido y, además, tenía claro lo que era el sentido y la dignidad del ser humano, por encima de todo, se mantenía firme en sus convicciones internas. Cuando hoy llega al arroyo, sube un poco y busca la roca del manantial, puñado de tierra que le acogió nada más nacer y por donde tenía desparramado casi un cuarto de siglo lleno de juegos, sueños e ilusiones. Y como la roca aún sigue en el mismo sitio, el arroyo es el de siempre, el silencio del barranco y la sensación de eternidad, permanecen intactas, vuelve a sentirse como tantas otras veces: digno, pleno, sinceramente grande, justificado y aceptado por el universo entero. Frente al chorrillo que brota por la parte de abajo de la roca se queda parado y aunque no busca ninguna respuesta a nada concreto de lo que bulle dentro de su vida, como en la naturaleza hay tanta sabiduría y tanta bondad para cada uno de nosotros los humanos, parece como oír una voz que le dice:

- La senda que estás recorriendo va directamente a la verdad última que, al final, todo ser humano encontrará.

- ¿Cuál es esa verdad?

- El encuentro, en solitario, de todo tu ser con el punto donde aguarda la muerte. Donde cada uno ha de responder de sí y ya no sirve para nada buscar el favor del jefe ni el apoyo de las cosas materiales. Solo, desnudo, sin amigos ni compañeros, cada uno frente a la verdad rotunda que nadie puede manipular en ningún sentido.

El joven se deja acariciar por la dulzura del murmullo silencioso que, en forma de lenguaje amigo, le descubre la dimensión de la belleza. Deja también que, la fragancia que la lluvia del día anterior ha dejado sobre los campos, le llene el corazón como en su niñez. Sin darse cuenta o quizá sí intuyéndolo un poco, está transcendiendo y llevando a su propio sentido a las sierras que le rodean. Su puñado de tierra, con los cuatro arroyos, las laderas, algunas nubes, los pajarillos y el manantial, adquieren la dimensión auténtica que de siempre soñó: lugar de encuentro, camino o puerta hacia el interior de su propia alma. Y él sabe, aunque los demás no lo crean y lo tengan un poco por don nadie, que desde aquí a la eternidad y desde ahí a Dios, no hay nada más que un pequeño paso.

Conforme cae el día, el cielo se va tornando azul y aunque debería seguir lloviendo porque ahora es cuando viene bien el agua para el campo, según las noticias de los que entienden de esto, por ahora no lloverá más. Puede que, como el tiempo está tan bueno,

por estos días, las sierras se llenen de mucha gente venida de las ciudades. También ellos necesitan de un puñado de tierra para respirar aire puro y darse una vuelta por el campo, que es lo que siempre dicen. No sería mal momento, para como este joven, caer en la cuenta que el campo y las montañas, son un remanso para encontrarse a sí mismo y llegar, un poco, al umbral de esa verdad a la que todos estamos llamados a confluir al final de nuestra existencia. Porque quizá sea ésta y no otra, la correcta interpretación de la naturaleza.

20 de julio 2020 -127

UN PUÑADO DE TIERRA

Nada más entrar el otoño vinieron unos días de mucha lluvia, casi un mes entero sin parar de llover. Pero luego paró y a lo largo de casi el resto del otoño no volvió a caer ni una gota. Sin embargo, ya próximo a la Navidad, de pronto una mañana se nubló y durante todo el día estuvo lloviendo. Por la noche se quedó raso y al día siguiente no había ni una sola nube en el cielo.

Bajó el joven aquella mañana por el barranco y siguiendo la senda que, desde la junta, se va a media ladera hasta el otro arroyo, se adentró en el puñado de tierra que desde pequeño tenía en su corazón. La lluvia del día anterior había dejado lavado todo el bosque y ahora, por todas las depresiones de los arroyos, subían grandes masas de niebla blanca. Conocía él bien este fenómeno y aunque hacía ya tantísimos años que no lo había vuelto a gozar, al verlo hoy de nuevo se llenó de nostalgia mezclada con paz y un bienestar profundo que le dejaba satisfecho consigo y con todo lo que le rodeaba.

Últimamente no le iba bien con ninguna de las personas que les rodeaban. Y como de siempre había sido tímido y, además, tenía claro lo que era el sentido y la dignidad del ser humano, por encima de todo, se mantenía firme en sus convicciones internas. Cuando hoy llega al arroyo, sube un poco y busca la roca del manantial, puñado de tierra que le acogió nada más nacer y por donde tenía desparramado casi un cuarto de siglo lleno de juegos, sueños e ilusiones. Y como la roca aún sigue en el mismo sitio, el arroyo es el de siempre, el silencio del barranco y la sensación de eternidad, permanecen intactas, vuelve a sentirse como tantas otras veces: digno, pleno, sinceramente grande, justificado y aceptado por el universo entero. Frente al chorrillo que brota por la parte de abajo de la roca se queda parado y aunque no busca ninguna respuesta a nada concreto de lo que bulle dentro de su vida, como en la naturaleza hay tanta sabiduría y tanta bondad para cada uno de nosotros los humanos, parece como oír una voz que le dice:

- La senda que estás recorriendo va directamente a la verdad última que, al final, todo ser humano encontrará.

- ¿Cuál es esa verdad?

- El encuentro, en solitario, de todo tu ser con el punto donde aguarda la muerte. Donde cada uno ha de responder de sí y ya no sirve para nada buscar el favor del jefe ni el apoyo de las cosas materiales. Solo, desnudo, sin amigos ni compañeros, cada uno frente a la verdad rotunda que nadie puede manipular en ningún sentido.

El joven se deja acariciar por la dulzura del murmullo silencioso que, en forma de lenguaje amigo, le descubre la dimensión de la belleza. Deja también que, la fragancia que la lluvia del día anterior ha dejado sobre los campos, le llene el corazón como en su niñez. Sin darse cuenta o quizá sí intuyéndolo un poco, está transcendiendo y llevando a su propio sentido a las sierras que le rodean. Su puñado de tierra, con los cuatro arroyos, las laderas, algunas nubes, los pajarillos y el manantial, adquieren la dimensión auténtica que de siempre soñó: lugar de encuentro, camino o puerta hacia el interior de su propia alma. Y él

sabe, aunque los demás no lo crean y lo tengan un poco por don nadie, que desde aquí a la eternidad y desde ahí a Dios, no hay nada más que un pequeño paso.

Conforme cae el día, el cielo se va tornando azul y aunque debería seguir lloviendo porque ahora es cuando viene bien el agua para el campo, según las noticias de los que entienden de esto, por ahora no lloverá más. Puede que, como el tiempo está tan bueno, por estos días, las sierras se llenen de mucha gente venida de las ciudades. También ellos necesitan de un puñado de tierra para respirar aire puro y darse una vuelta por el campo, que es lo que siempre dicen. No sería mal momento, para como este joven, caer en la cuenta que el campo y las montañas, son un remanso para encontrarse a sí mismo y llegar, un poco, al umbral de esa verdad a la que todos estamos llamados a confluir al final de nuestra existencia. Porque quizá sea ésta y no otra, la correcta interpretación de la naturaleza.

21 de julio 2020 -128

DE NIÑA A MADRE

La recuerda y no acaba de creerse que todo haya sucedido tan rápidamente. Casi treinta años han pasado y, aunque sabe que es mucho tiempo, a veces le parece que todo sucedió ayer mismo. Y, sin embargo, tiene muy claro que el tiempo ha pasado. Minuto a minuto, mes tras mes, un año detrás de otro y así y, casi sin notarlo, ha sido mucho el tiempo trascurrido.

Cuando la conoció, era una niña con ocho años. Bella, Juguetona como un corderillo, alegre y risueña, muy risueña. Y más hermosa y alegre se le veía cuando jugaba con las aguas del río que baja de las montañas y atraviesa el pueblo blanco rozando la casa donde vive con su niña. Por entre los juncos se escondía creyendo que los que la buscaban, no iban a verla. Sonreía y esperaba. Esperaba sentada en la roca por encima del pequeño valle mirando al horizonte como si soñara o esperara a alguien importante. Corría por entre la hierba en primavera persiguiendo a los amigos invisibles y surcaba las azules y verdes agua de los charcos del río que atraviesa su pueblo. Todos sus juegos eran pequeños, inocentes, tiernos como ella misma y mágicos. Ajena siempre al momento real en que vivía, a los problemas cotidianos de los días y al tiempo que silencioso avanzada.

Creció, se casó un día, trajo a este mundo una niña igual de bella que ella de pequeña y el tiempo siguió avanzando. Esta noche la ha visto en sueño. En la pequeña y blanca casa junto al río antes de las montañas, la ha visto sentada con su niña en los brazos. La mece con dulzura y la mira como si soñara cosas importantes. La niña, ya con ocho años, pelo rubio, ojos azules y cara redonda, parece dormirse en los brazos de la madre. Nada sabe ella de las aventuras de la madre cuando también tenía esta edad. Nada sabe ella del tiempo que ha pasado y menos aún sabe de las cosas, juegos, sueños, aventuras, esperanzas, ilusiones y sufrimientos que este trozo de tiempo se ha llevado. En la mañana del caluroso día de verano, el río serpentea por entre las blancas casas del pueblo y a ella con su niña, se le ve ahí, en la pequeña sala de la casa, de frente al tiempo por venir y de espalda a los años que han pasado. Mira embelesada por la ventana y parece irse con las aguas del cauce que inmutable y en silencio, se aleja.

22 de julio 2020 -129

EL CIELO REAL

Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos en nuestra infancia, serán siempre para nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para siempre en el alma de cada persona. Por eso, al llegar la Navidad, todos, queriendo y la mayoría de las veces sin desearlo, volvemos a los escenarios y vivencias de nuestra niñez. Indica esto

que quizá nada sea más valioso en la vida de cada persona. Con el paso del tiempo y más cuando llegan estas fechas, caemos en la cuenta y descubrimos con fuerza la realidad que acabo de comentar. Y matizo que la Navidad es como entrar a lo más profundo del corazón y ahí encontrarse, abrazar y saborear, lo más limpio y bello de nuestros primeros sueños.

Tú te viniste junto al fuego, te recostaste sobre la hierba, la noche fue llegando y sobre tu lomo y blanco pelo, recosté mi cabeza. No tardé en quedarme dormido y enseguida mi mente se puso a soñar. Y en este sueño delicioso y a la vez extraño y algo doloroso, vi y viví lo siguiente: era también otoño y la Navidad no estaba muy lejos. Según el sol se iba ocultando tras las montañas en el horizonte lejano, el cielo se llenó de espesas nubes. El frío se hizo muy intenso y antes de que la oscuridad de la noche llegara plenamente, la nieve comenzó a caer.

Desde mi ventana, miré durante un rato. En la tranquilidad de la noche e iluminados por los reflejos de las luces en la calle, contemplé en silencio los copos de nieve cayendo. Espesos y como jugando a dormirse en las hojas del acebo, en las ramas de los árboles, sobre la hierba y el pequeño huerto a mis espaldas. Sentía que todo era hermoso a la vez que extraño, un poco melancólico, profundo y lleno de misterio. A mi mente acudieron los recuerdos y fueron tantos, todos muy importantes y enormemente deliciosos a la vez que tristes, que me sentí superado y trascendido.

Quizás por esto y como todo transcurría en sueño y en los sueños tú ya sabes que las cosas ni tienen lógica ni escenarios concretos ni tiempo real, comencé s verme por entre la nieve y los caminos. En el corazón mismo de uno de los paisajes más hermosos de este planeta: las montañas que recorrí a lo largo de muchos años y que se me hicieron paisajes inmortales en mi corazón y alma. Me vi subiendo por el camino que desde el río remonta lentamente trazando curvas hasta el agudo monte del castillo. Nadie me acompañaba. Era de noche pero desde lo más hondo de mi ser, todo se me presentaba con la claridad del día más luminoso. Era de noche, nevaba copiosamente, no hacía frío ni viento, todo estaba muy en calma y en silencio, al frente y muy elevada, me saludaba la montaña con el castillo en todo lo alto y el momento era realmente especial. Era exactamente la noche de Navidad.

Mis manos no estaban frías, tampoco mi cara ni mis pies y me sentía como si mi cuerpo no pesara. Como si, aunque seguía perteneciendo a esta tierra, no fuera así. Por eso avanzaba pisando la nieve que tapizada la estrecha senda por entre el monte y por eso ni esta nieve ni el monte eran obstáculos para mí. Ardía en mi interior el deseo de alcanzar la cumbre del monte donde el viejo e imponente castillo se alzaba. En este momento y en esta noche, sentía que era especialmente importante para mí, situarme en este punto de los paisajes y del mundo.

23 de julio 2020 -130

CENTRO DEL CORAZÓN

El valle que tiene su descanso en el mismo centro de mi corazón y desde ahí rebosa, por el lado de la derecha,
hacia la curva grande del río, al frente, para la ladera y el puerto del pino y por el lado de la izquierda, hacia el cortijo, la huerta y las encinas grandes, anoche lo volví a ver en mi sueño y lo saboreé en mi alma mientras lo recorría en silencio.

Y vi como los charcos del arroyo ya no estaban o sí estaban pero convertidos en baños de fantasía para miles de los que llegan de fuera y lo mismo el camino que va desde la curva al puntal que mira al río e igual la ladera que se achata por el puerto del pino viejo y otro

tanto por la tierra llana que fue el prado de las ovejas y la alberca donde se recogía el agua para regar la huerta.

Y como por entre la hambrienta muchedumbre fui caminando sintiéndome herido y extraño y superior a ellos porque tengo mis principios casi donde comienza el tiempo, al preguntarles, muchos me fueron diciendo:
- Pues ahora lo que necesitamos es un mapa que recoja los nombres y los caminos viejos con las ruinas de los cortijos y las cascadas de ensueño.

Y a tal proyecto y antes la muchedumbre, no respondí ni una sola vez sino que seguí recorriendo la tierra llana de mi valle y a cada recodo del camino y detrás de cada encina vieja, la tierra se me presentaba tan cambiada que más que gozo por haber vuelto, lo que sentía era un río de amargura me quemaba dentro.

24 de julio 2020 -131
AL DESPERTAR
Cada mañana, al despertarse, durante un rato se quedaba en silencio en la cama. Miraba pensativa por el hueco de la ventana y en su corazón rezaba: "Protégenos, Dios nuestro, que nos refugiamos en ti porque nuestras vidas y suerte están en tus manos. Gracias por esta niña mía y ayúdame para que mi cariño nunca le falte". Después de esta oración, durante unos minutos más, se quedaba quieta en la cama observando el paisaje al otro lado de su ventana y recreándose en el canto de algún pajarillo.

Luego se levantada, muy en silencio caminaba hasta la puerta de la habitación de su niña y, en voz baja y suave, susurraba: "Soy el lobo que viene a comerte". Se volvía rápida a la cama y aquí se acurrucada esperando. Sentía enseguida a su niña correr por el pasillo, entrar a la habitación, meterse en la cama con ella y acurrucarse bajo su cara y mata de pelo. Llena de ternura la madre la abrazaba y al oído, en forma de delicada música, le susurrada:
- Hoy voy a preparar para ti, un desayuno muy delicioso.
Y la niña, acurrucándose más en el mismo vientre de la madre, con voz soñolienta, mascullaba:
- El chocolate con churros es lo que más me gusta.
Fuerte la madre la abrazaba, apretándola contra sí al tiempo que seguía susurrándole:
- Ahora duerme un poquito más mientras se va también desperezando la mañana.

Al despertarse ayer y esta mañana, durante un rato más, se ha quedado en la cama. Mira por la ventana y en silencio muy quedamente reza: "Abrázala, Dios mío, allá donde la tengas y ayúdame para que en mi corazón siempre la mantenga viva. Que no se borre nunca de mi mente su recuerdo". Se acurruca luego contras sí encogiendo las piernas bajo las sábanas y con sus manos, intenta abrazarla para sentir su calor. Sabe que ya no está con ella pero sí, de esta forma, la siente cerca.

25 de julio 2020 -132
EL RIO DE MIS SUEÑOS
Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,

donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,
como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta pienso que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras, lentiscos, fresnos y otras plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había. Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

26 de julio 2020 -133

EL ÚLTIMO SUEÑO

Continúo ahora hacia mi lado izquierdo siguiendo la sendilla que lentamente va remontando al collado por donde aparecen las primeras casas del pueblo. Por aquí hay más cantidad de nieve pero no me preocupa. La nieve, la lluvia, el frío, el viento, el sol, las nubes, la soledad de estos lugares, el olor a monte y a flores de romero, siempre me han gustado y me seguirán gustando. Tengo muy claro que es parte del gran tesoro que espero encontrar el día que me marche de este suelo. Porque me marcharé como tantos se han marchado desde que este planeta existe y tantos aún más se irán marchando poco a poco cada día.

El hombre de la cueva, trazó por aquí una pequeña acequia. Para encauzar y llevar un hilillo de agua a las tierras de sus huertecillos. Junto a esta acequia, crecía y aún sigue creciendo una encina centenaria. Un árbol majestuoso que todos los años a llegar estas fechas, deja caer de sus ramas frutos muy buenos. Bellotas gordas que él recogía y asaba en la lumbre de su cueva. Muchas veces compartir con él esta experiencia y también la recogida de madroños por estas fechas. En esta pequeña acequi, crecen madroñeras centenarias, algunas higueras, la encina que he dicho y majoletos. Conforme ahora voy andando, al pasar por debajo de las ramas de la encina, miro y encuentro algunas de estas bellotas. Ya se han desprendido de sus cascabillos maduras y, por entre la nieve, me las encuentro. Recojo un puñado y me las voy comiendo mientras continúan avanzando. Igual que hice muchas veces en compañía del hombre de la cueva y también en compañía de los niños del valle de los olivos.

Es lo que a mi mente viene justo en el momento en que remonto al collado. Tiempos atrás ya hace muchos meses incluso años, por este collado y en este rincón del paisaje, jugamos, caminamos, íbamos y veníamos en grupo. Ellos, los niños de uno de los pueblos de estos lugares, eran felices y se sentían libres. Yo era aún más feliz y me sentía orgulloso. Pasó el tiempo y estos niños lo mismo que el amigo de la cueva, fueron alejándose de mi vida. Nunca los olvidé pero ellos y yo, dejamos de juzgar por estos lugares. Nos distanciamos con el paso de los años y nos perdimos los unos a los otros casi para siempre.

Al llegar a este collado, a mi mente acuden estos recuerdos y, aunque hago un esfuerzo, no puedo comprender del todo ni tampoco puedo evitar sentirme triste. La nieve sigue cayendo en gran cantidad, la noche avanza hacia su centro, no siento frío y me noto abrazado y rodeado de un densísimo silencio. Y aunque la nevada es copiosa y la noche está casi en su centro, la claridad lo inunda todo. Como si una tenue y a la vez delicada luz, manera de las nubes que están dejando caer los copos de nieve y lo iluminara todo.

Sigo avanzando y me vengo ahora, desde el collado, hacia el lado izquierdo. Camino un poco pisando la nieve y me encajo en lo más alto del pequeño mirador. El recogido mirador que, sobre la pura roca, se asoma al gran barranco y al enorme monte al frente. Fue exactamente aquí donde los niños también jugaron mucho a lo largo de las tardes y mañana y fue también exactamente aquí donde, aquel año que yo te traje conmigo a este pueblo, nos paramos a descansar. Sin pronunciar palabras, miramos durante un rato a un lado y otro y al pueblo rebosándonos por detrás. Ahora recuerdo aquel momento y mi corazón tiene nostalgia. Todo fue sencillo pero como era sincero, tenía su limpia belleza y por eso en este momento, lo recuerdo con tanta fuerza. Como si las vivencias de aquellos días, las de los niños del valle de los olivos y las que compartí contigo cuando con el filósofo veníamos a este pueblo en los veranos, ahora fuera mucho más grandes y hermosas que todo el presente que vivo.

Pero lo sé: el tiempo desde su silencio y la inmensidad, llega imperceptible, avanza imperceptible, se aleja imperceptible y ya nunca más permite el regreso al pasado. Como si diera a entender que el presente es el único instante en el que podemos construir, hacer o deshacer según nuestra voluntad. Antes del presente, no somos dueños de nada y después del presente, solo nos quedan los recuerdos. Casi siempre mundos hermosos, alegres o tristes, en los cuales ya no tenemos capacidad de vivir, hacer o deshacer según nuestra propia voluntad.

Con el paso del tiempo, con las ilusiones que este paso del tiempo fueron despertando en mí, con los sueños que tuve y realicé o no, he aprendido algunas de las cosas que te estoy diciendo. Y ahora casi llego a la conclusión que este aprendizaje me sirve para ver con más exactitud el valor que tiene el presente que vivo y el valor que puede tener el futuro que me espera. Porque soy también consciente que la meta final la tengo cerca. Y soy también consciente que mientras he venido caminando hasta este punto concreto, me he ido poco a poco quedando desnudo. Desnudo de amigos, desnudo de personas conocidas, desnudo de sueños, desnudo de sendas y lugares, desnudo de juventud y hasta desnudo de fuerzas. Por eso te repito que soy consciente de que la meta final la tengo cerca y de que el tiempo en este planeta, para mí ya es corto, muy escaso.

Durante bastante rato, me he quedado quieto, meditando y observando en lo más alto de este mirador. Dejando que la nieve caiga sobre mi, sintiendo el frío del ambiente, dejando que los recuerdos empapen mi alma y corazón y dejando que mi mente abarque lo que pueda, la trascendencia de este momento y lugar. Luego, pisando el cada vez más espeso manto de nieve y con la seguridad que me da el resplandor de los paisajes, me giro hacia el lado del pueblo. Camino y empiezo poco a poco a subir. Tú bien sabes que este pueblo está exactamente en lo más alto de una pequeña montaña. Por eso yo, cuando en otros tiempos escribía sobre estos lugares, siempre hablaba de este núcleo de población como el “Pueblo de las Cumbres”. El de las casas blancas como colgadas en las rocas y en la ladera y el de las calles empinadas con el castillo en todo lo alto. Tú conoces bien este lugar. Despacio, cada hora y cada día, pisamos los caminillos, calle y rincones de este blanco pueblo. Y para disfrutarlo más, lo escribí. Nació de aquí un bonito y curioso libro que ha quedado para mantener tu recuerdo y algo el mío.

En el silencio de la noche y por entre la blanca nieve, avanzo calle arriba. A mí derecha me va quedando el lugar donde en aquellos días nos juntamos varias veces con un amante de estos rincones. Un hombre mayor que varias veces invitó al filósofo y a mí con él, a comer en este restaurante. Fue muy generoso este hombre y por eso ahora lo recuerdo y se lo agradezco. Y además de generoso, fue amable y escuchó con atención y respeto todas las palabras que salían de la boca del filósofo.

El filósofo, hombre bueno, delgado, barbas blancas y alto, hablaba mucho y siempre pronunciaba palabras extrañas. Parecía anunciar y soñar escenarios que nada tenían que ver con la vida real en este planeta. Pero el filósofo, era un hombre bueno, muy bueno. También un día se fue de este mundo como te fuiste tú pero en aquel momento, cuando el hombre bueno nos invitaba comer en este restaurante ahora a mi derecha, él hablaba y hablaba dando la impresión de no estar en este mundo real. Y me admiraba y sigue admirándome el respeto con que las personas siempre lo escuchaban. Sus palabras parecían anunciar la belleza más limpia que hay en los corazones de las personas y en las profundidades del universo. El filósofo era un hombre bueno, muy bueno.

Sigo avanzando y ahora recuerdo que justo aquel verano que conmigo te traje a este pueblo, cuando entrábamos por aquí en busca del corazón de este blanco núcleo de viviendas, el filósofo lo hacía montado en tu lomo. Como un caballero de los tiempos antiguos, enjuto, barbas blancas, pelo también largo y blanco, figura hermosa y piernas largas. Era don Quijote pero montado no en Rocinante sino en ti: un hermoso burro blando y noble. Y conforme íbamos subiendo esta calle hacia el corazón del pueblo, la gente nos miraba y a mí no me importaba. Tú caminabas muy seguro y yo lo hacía pegado a tu cuello. El filósofo era el rey, tú el trono y yo el humilde acompañante pero tu amigo amante de lo bello. Una escena extraña pero muy sincera y curiosa que a la gente le llamaba la atención. Pero la gente nos conocía y por eso nos recibieron con agrado.

Atravieso ahora yo el arco que da entrada al corazón del pueblo con la misma solemnidad con que lo hicimos aquel día. Aquel día era pleno verano y hacía mucho calor. Ahora es pleno invierno, noche cerrada en nubes y nieve porque es exactamente la noche de Navidad y nieva. La nieve se extiende por la calle como una alfombra de algodón recién lavado y el silencio es profundo. En aquel momento, por aquí las personas estaban sentadas frente al valle y frente a las cumbres de los montes observando los paisajes y observando nuestra llegada. En este momento y noche silenciosa llena de nieve, nadie hay por aquí. Solo el silencio, la nieve cayendo lentamente, el titilar de algunas luces algo amarillentas y, según avanzo, a mis oídos comienzan a llegar el murmullo del agua del pilar de piedra. El gran pilar imperial que justo delante de la casa donde nos quedamos a vivir, se encuentra.

Al llegar aquel día, como hacía mucho calor y tú venías casi agotado por la subida de la calle encuesta y por el peso del filósofo en tu lomo, antes de entrar a la casa, bebiste largos tragos de agua fresca en este pilar, antiguo monumento construido en piedra y muy importante en este pueblo. A la sombra del árbol que cerca del pilar crece, te dejé por un momento. Acompañé a filósofo y entramos a la casa. Una pequeña vivienda casi en la misma puerta de la grandiosa iglesia construido también en piedra. En la planta segunda y en la habitación que ofrece una ventana justo al pilar histórico, se acomodó el filósofo. En la planta tercera y en la habitación que da al tejado de la iglesia, me instalé yo. Hacía mucho calor y por eso las chicharras cantaban. Esta noche, la nieve y el silencio, es otro mundo.

Al poco dejé la casa, me acerqué a ti con la intención de seguir. Desde la sombra del árbol, me mirabas con ojos de asombro. Ahora esta noche de nieve y hondo silencio, al llegar a este pilar, me lo encuentro solitario. Con su chorrillo de agua cayendo lentamente en el mismo centro del pilar, con los puñados de nieve sobre el brocal de este pilar y con algunos carámbanos de hielo colgando a los lados del chorrillo de agua. La ventana de la habitación donde se instaló el filósofo, está cerrada está cerrada la puerta que da entrada a la casa, está cerrada la puerta de la iglesia y están cerradas casi todas las puertas de las casas en este pueblo. También las ventanas y de algunas chimeneas, brotan pequeños hilos de humo. Huele a leña quemada, a setas y a castañas asadas. El silencio es total, las calles están tapizadas de nieve e hielo, a nadie, absolutamente a nadie se ve por ningún lado y la amplitud de los paisajes por el valle de los olivos y las montañas en el horizonte, parecen reflejar un mundo por completo desconocido para los humanos. Como si hubieran transcurrido muchos, muchos siglos y ahora mismo los escenarios son como fantasía o sueños en el corazón de un infinito universo. No tengo frío ni hambre ni necesidad de nada. Sé que estoy abrazado y protegido por el Dios que he llevado en mi corazón a lo largo de todos los días de mi vida en este suelo. No tengo miedo ni frío ni hambre. Y, a pesar de todo, mis ojos, mi alma y mi corazón, solo están contemplando belleza.

El árbol donde tú descansaste a la sombra, sigue aquí pero esta noche está muy decorado. Lo han decorado con bombillas de colores y en todo lo alto han puesto una estrella luminosa. La nieve decora sus ramas y los copos que caen, delicadamente juegan con el resplandor la estrella brillante. Es Navidad y las personas hacen estas cosas, decoran las casas, calles y árboles para crear ambiente. Quieren que, de alguna manera, su pueblo esté bonito en estos días de Navidad. Para disfrutarlo y animarse ellos y para que lo disfruten y se animen los que por aquí vengan en forma de turistas. La Navidad, tiene estas cosas y despierta estos sentimientos y deseos.

Pero aunque el árbol sigue aquí y también la fuente y la pequeña casa donde pasamos unos días el filósofo y yo, ahora tú no estás, no está el filósofo, no está el hombre mayor que nos invitaba a comer y las calles están solitarias. Tampoco ya se encuentra en este pueblo el hombre encorvado que tenía su huertecillo por debajo de la fuente del prado. Por donde el arroyuelo y en lo más hondo, él sembraba tomates, pimiento, berenjenas, hierbabuena y perejil. En aquel verano y en otros después, el hombre encorvado, todas las mañanas bajaba a su huertecillo, recogía la cosecha y luego la dejaba en la tienda de la plaza del pueblo. Aquí las personas compraban los tomates de su huerto y los pimientos y él era feliz con las pocas monedas que ganaba. Era muy mayor y por eso un verano ya no estaba. Murió como fueron muriendo otros muchos que también conocimos en las casas de este pueblo. El hombre encorvado, tenía su casa justo por detrás de la iglesia en un pequeño rincón. En la puerta de esta casa suya pasé varias tarde charlando largamente con él y respirando el fresco que subía del valle de los olivos.

Él me dijo que también ya hacía mucho tiempo que había muerto el hombre de los perfumes. Era un hombre mayor que, todos los veranos, recogía plantas aromáticas por las laderas de las montañas. En un alambique muy rudimentario, destilaba estas plantas y sacaba esencias. Un año me regaló cinco litros de estas esencias. Los niños del valle de los olivos y yo, llegamos a este rincón y al saber que él tenía esencias de tomillo, lavanda, mejorana y otras plantas, me emocioné. Y como se percató de mi interés por estas esencias, sin más, me regaló cinco litros de la más pura y delicada esencia de estos montes. Se lo agradecí mucho y guardé con gran cariño a lo largo de mucho, mucho tiempo el preciado líquido que me había regalado. Sabía que era algo muy especial que en ningún rincón del mundo ni nunca nadie podría encontrar. Después de tanto tiempo, aún conservo un poco de aquellas esencias. A lo largo de los meses y años, fui regalando a los

conocidos y amigos, pequeños fresquitos de estas esencias. Como un tesoro singular de las montañas que tanto recorrí a lo largo de muchos, muchos años.

Ahora esta noche, siento que ya no están por aquí ni el hombre de las esencias ni los niños ni el hombre del huerto de los tomates ni el hombre de la borriquilla ni el que nos invitaba a comer al filósofo y a mí. Solo el silencio y la nieve parecen ser los dueños de este singular pueblo en lo más alto de la montaña y en esta noche. Solo esto y ahora mismo mi presencia por aquí y mi corazón y alma llena de recuerdos. Como si ya todos y todos se hubieran ido a los confines del tiempo y como si nada ahora fuera valioso excepto la nieve, el silencio, la claridad de la noche aún estando nublada y la extraña y a la vez delicada sensación de saber que es Navidad. Navidad en su centro más real en un lugar espléndido y misterioso donde siento que nada me pertenece aunque esté ahora mismo aquí.

En el pilar lavo mis manos, bebo un sorbo de agua, echo una mirada a la pequeña casa donde descansó el filósofo, a la fachada de la iglesia, al árbol repleto de luces de colores y continuo. Avanzo por la calle que es la principal del pueblo y que lo divide en la parte alta y parte baja y me voy acercando al prado de la fuente. A mí derecha y coronando, empiezo a ver las murallas del castillo. A mi mente vienen los paisajes por donde los pozos de la nieve, prados de la borriquilla que fue tu amiga. Su dueño, también hombre bueno y natural de este pueblo, tuvo un accidente cuando con su borriquilla iba al huerto en la hondonada. El animal se asustó al salirle, en una curva de la senda, una manada de cabras monteses. Dio un respingo y el hombre bueno cayó al suelo, rodó por la ladera y murió pocos días después. Y poco después también desapareció de aquí su borriquilla. Último animal asno en este pueblo y territorios cercanos.

Pero ahora, según me voy acercando al prado de la fuente, te recuerdo y me recuerdo. Aquella noche te dejé por aquí en libertad. Sobre el pasto y a la luz de la luna, dormí yo cerca de ti acompañado del tintineo de la cencerrilla de la borriquilla que fue tu amiga. Fue una noche muy especial porque dormí cerca de ti, frente a las estrellas y abrazado por el hondo silencio, el canto de los grillos y los ladridos de los zorros. Esta noche, según voy llegando, comienzo a oír el rumor del agua de la fuente. Veo las tierras de la pradera y lo que observo es una amplia sábana totalmente blanca y mullida. La nieve aquí se ha derramado generosamente. Y hasta me parece que esta nieve y el hondo silencio, ignoran tu presencia y la mía en la noche de aquel verano por aquí. Me parece que esto es así y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Durante un buen rato, me quedo junto a la fuente. El agua de esta fuente sigue siendo tan clara y delicada como en aquellos días. Pero veo que los huertecillos que había por aquí cerca, ahora mismo no existen. Por el arroyuelo que baja desde la fuente hacia el valle de los olivos, solo hay zarzas, aulagas, sabinas y romeros. Nadie labra ya estas tierrecillas y hasta presiento que aquellos que las cultivaban, hombres mayores y todos buenos, se han marchado igual que te marchaste tú, a las estrellas, al mundo de sus sueños. Cuando aquel día de verano te dejé en este prado de la fuente, ellos me regalaron tallos verdes de maíz para que te los comieras. Me regalaron tomates y pepinos y hablaron conmigo en muchos momentos. Me contaron historias y cosas interesantes de este pueblo y estos territorios y todas sus palabras estaban llenas de respeto y sinceridad. Como el filósofo, todos eran personas buenas, muy buenas. Esta noche no están aunque sea Navidad. O quizás todos ellos y otros muchos más que en mi corazón conservo, esta noche no están precisamente porque es Navidad. Ahora creo que la Navidad es precisamente eso: ríos de ausencias y montañas de recuerdos de los que ya no están. Los que sabemos que nunca más vamos a tenerlos a nuestro lado y menos aún podremos verlos y oír sus palabras. Esta noche ya para mí son muchos y tengo conciencia que, en algún momento, vamos a ser todos. Y ni

siquiera sé si después de este tiempo, volveremos a vernos y saber unos de los otros. Siempre he creído que sí será posible esto pero el misterio es grande, muy grande.

Desde la misma fuente de este prado, serpenteando ladera arriba, sube un camino. Va derecho a las murallas del castillo en todo lo alto del monte. Por este camino comienzo a subir dejando a mis espaldas el prado y la fuente y a mí derecha, las casas que por la ladera se derraman hacia el valle de los olivos. El resplandor que desde las nubes se derrama por entre los copos de nieve que siguen cayendo, lo llena todo de un misterio especial. Es medianoche en pleno invierno y sin embargo los paisajes están iluminados como en aquellos días calurosos de verano. A la sombra de los pinos que por aquí crecen, en aquellos días dormíamos la siesta acompañado por densos conciertos de canto de chicharra. El calor de aquellos días era sofocante. El frío de esta noche de invierno, es intenso y profundo pero yo casi no lo percibo.

Voy lentamente por el caminillo remontando hacia las murallas del castillo y a mi mente acuden de nuevo los recuerdos de los niños del valle cuando en aquellos años por aquí jugaban. Los niños siempre jugaban en cualquier momento y lugar. Los niños, todos los niños del mundo, siempre juegan ajenos al mundo de los adultos. Los niños son como sueños que parecen no pertenecer al mundo real de las cosas y las personas. Siempre juegan en cualquier momento y lugar. Dejé de verlos y saber de ellos cuando ya iban creciendo y ahora ya también creo que como yo, han envejecido. Los niños con sus juegos fueron momentos muy especiales en mi vida y el tiempo los apartó de mi. Tanto que en este momento ni siquiera sé para qué me sirve su recuerdo. Pero sí me sirve, como tantas otras cosas, para aprender y saber lo que nadie ni ningún libro del mundo, puede enseñarme. Ellos seguirán siempre niños en mi corazón y alma. Aunque ya hayan crecido, se hayan hecho adultos y quizá no dentro de mucho, envejezcan y mueran. En mis recuerdos, ellos seguirán eternamente niños como en aquellos días.

Corono la parte más alta de la montaña por el lado del Levante. Por donde el terreno es pura roca y las paredes del imponente castillo ya están a solo unos metros de mi. Al levante se alza el gran monte de estos territorios. Todo está cubierto de nieve y todo parece irradiar una luminosidad muy bella. Al otro lado de este gran monte, corren los ríos y los bosques de árboles, robles, encinas pinos y melojos, aún siguen algo presente. A mi mente acude a la imagen de aquel año cuando vi cortar a muchos de estos árboles centenarios. Se me rompió el corazón y pregunté por qué lo hacían. Nadie me dio ninguna respuesta savia. Todos me decían que lo había ordenado el que mandaba. Pensé que el que mandaba no era ni sabio ni bueno. Y también pensé que lo que ordenaba no era tampoco noble. Pero los árboles centenarios y hermosos, cayeron y desaparecieron de la faz de la tierra para siempre. Me dolió el corazón y me sigue doliendo pero ni entonces pude hacer nada ni tampoco ahora. Aunque sí me sirvió para comprender lo que esta noche de Navidad arde en mi corazón y alma con tanta fuerza. Que nada ni nadie permanece para siempre inmutable. Que todo nace, vive y crece durante un tiempo y se transforma y luego se marcha escondido en los pliegues del tiempo quizá para no volver nunca, nunca más.

Pero también ahora sé que los que se marchan, los que se alejan, aquello que perdemos, siempre dejan heridas en el espíritu. Heridas que aunque con el tiempo cicatricen y el dolor se apague, ni a lo largo de una eternidad se borran. Sé que esto es así porque dentro de mí ahora mismo lo tengo todo grabado como a fuego.

Hace unos años conocimos a muchas personas jóvenes de este país nuestro y de otros países lejanos. Estudiantes universitarios. Durante un tiempo, mientras estuvimos cerca de estas personas, nos parecían buenas y amables. Y casi siempre llegábamos a creer que su

amistad para con nosotros, iba a permanecer a lo largo de los días. Incrédulos y con dolor, fuimos comprobando que esto no era así según el tiempo pasaba. No fue así pero en el espíritu se quedó la cicatriz de cada una de aquellas perdidas. Y en la memoria, todo lo tengo grabado. Con tanta fuerza que ahora mismo me parece ver a cada una de estas personas como en fila atravesando los paisajes nevados que en estos momentos ante mis ojos tengo como si fueran a algún lugar desconocido para mí. No son ellos ni van a ningún sitio pero mi memoria los ve tal como he dicho. Estas personas, estudiantes universitarios, se fueron a sus países y se olvidaron de nosotros. Sin embargo, nosotros los seguimos manteniendo vivos, amables y limpios en nuestros corazones y almas. Creímos en ellos y le regalamos lo que teníamos, con la sinceridad más pura. Pero ellos se alejaron de nosotros borrándonos para siempre de sus corazones. No me importa y menos en esta noche porque sus recuerdos lo tengo ahora mismo muy presente en mi.

Camino un poco más acercándome a las paredes del castillo y por donde se encuentran las puertas. Me sitúo en el punto concreto que vengo buscando y desde aquí, inmóvil, miro y escucho. Lo que a mis oídos llega, es la música del hondo silencio y también los acordes de alguna flauta violín y piano. Oigo, muy tenuemente, como una melodía realmente delicada y especial para esta noche y momento. Y veo ciudades y pueblos, calles plazas y casas iluminadas. Veo muchas ciudades, muchos pueblos, muchas casas, todas las ciudades pueblos y casas del mundo. Pero no en todos estos sitios ahora mismo celebran la fiesta de la Navidad. Lo entiendo. Sé que no en todo el mundo se celebra esta fiesta pero sí en muchos, muchos lugares de este planeta. Y sé que no en todos estos lugares, ahora mismo la nieve cae.

Pero es cierto, ahora mismo la nieve cae en todos estos lugares y rincones del mundo. Es de noche y el resplandor que desde las nubes se derrama, me permite ver en todas las direcciones y hasta los más lejanos confines de este Planeta Tierra. Y veo que la nieve cae abundantemente y sin parar. Veo que en las ciudades, pueblos, plazas, calles y casas, entre los copos de la nieve que cae, las luces titilan y poco a poco se van apagando. Se apagan las luces de las calles, las de las plazas y las de las casas. Algo así como si de pronto la nieve sepultara a todas estas luces y construcciones.

Por eso, poco a poco, dejo de ver a estas ciudades, pueblos, calles y casas. Solo la nieve se amontona como en alfombras mágicas que cubren silenciosas y delicadamente. El mundo, todo el territorio del Planeta Tierra, se va convirtiendo en un inmenso paisaje blanco y mullido. Lo estoy viendo y no me sorprendo. Sigo oyendo la delicada música que, como en forma de copos que se desprenden de las nubes, también se derrama por todo el territorio y como fundida en el resplandor que ilumina delicadamente. Es hermoso y a la vez sobrecogedor lo que oigo y veo. Es hermoso y entiendo que esto debe ser así. Lo he intuido a lo largo de toda mi vida y nadie, absolutamente nadie ni nada, me dijo ni me anunció nunca la realidad que ahora mismo ante mí tengo. Pero yo lo sabía y por eso ni siento miedo ni tengo frío ni me extraño de nada.

El pueblo blanco de la cumbre que tengo bajo mis pies coronado por el imponente castillo de piedra, también ha quedado sin luces y empieza a ser cubierto por la densa nevada. Lo mismo sucede con el desparramado pueblo del valle de los olivos y rincón especial de los niños. Desde este pueblo y valle, por las laderas hacia la cumbre donde me encuentro, asciende la densa capa de nieve. Como cubriendo el último paisajes de este planeta. Y desde el pequeño prado de la fuente donde aquellas noches de verano tú dormías a la luz de la luna y acompañado por el canto de los grillos, veo como un camino que asciende hacia el castillo donde me encuentro.

Es un camino como de algodón recién cortado de los campos y rematado por hermosísimos reflejos de cristal color oro y tallos de romero lleno de flores moradas. Te veo a ti subiendo por el camino y tu cuerpo también es blanco y blando. Subes majestuoso y al llegar a donde yo espero, te paras frente a mí. Me miras con dulzura y entonces comprendo la gran verdad. Me acerco a ti, te abrazo, como tantas veces cuando estabas y éramos amigos, me refugio en el calor que de tu cuerpo mana y te digo: “Todos los sueños que vivimos juntos y todos los sueños que tuve antes de conocerte, los tenemos puros y radiantemente bellos en la estrella que tanta noches contemplábamos desde los prados. Vamos juntos al encuentro de esta estrella nuestra y de nuestros sueños. Al encuentro de todos aquellos y aquello que perdimos y en nuestro corazón siempre mantuvimos puros y hermosos. Lo perdimos todo y todos pero ahora somos inmortales en el maravilloso universo que siempre soñamos. Vamos juntos y tú como el más grandioso de todos los reyes. Es ahora mismo noche de Navidad y las cosas tenían que suceder así”.

El camino que desde el prado de la fuente sube hasta este castillo de recias piedras, sigue avanzando como hacia el corazón de las nubes y sostenido por el viento mientras los copos de nieve continúan cayendo. Por este camino tú y yo comenzamos a movernos mientras al fondo, como en un infinito y cielo misterioso, allá por donde las estrellas y los confines de las galaxias, las nubes se abren. Veo como un redondo sol que irradia luz plateada y dorada. Comprendo ahora que de esta fuente de luz, es de donde mana el resplandor que ilumina todos los pliegues de esta noche de nieve y corazón de la Navidad. Hacia este universo luminoso avanzamos lentamente nosotros siguiendo el camino que, como colgado en el viento y escoltado por las nubes, los copos que caen y los tallos de romero florecido con diminutas perlas moradas, se nos abre y da paso.

A mi mente viene la imagen del hombre de la cueva y por mi alma y corazón, vibran las palabras que un día salieron de su boca: “Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirse en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo. El universo entero será tu reino donde, rodeado de la más fina belleza, descubrirás que era cierto: la eternidad existe y tú ya formas parte de ella. Los ríos de belleza que siempre sentiste atravesando tu corazón y alma, son el fundamento del universo. La belleza es la que da consistencia y forma a la eternidad”.

27 de julio 2020 -134

TRASHUNANCIA

Desde las partes altas de los paisajes en las montañas, a lo largo de los años, los pastores han llevado sus rebaños hasta los valles de los ríos. Siempre cuando llegan las dos grandes estaciones del año: Al comenzar el invierno, hacia las tierras bajas y a comenzar el verano, hacia las tierras altas. En los meses de otoño, invierno y primavera, con frecuencia nieva mucho en las montañas. Y, en estos mismos meses del año, en las tierras bajas, las praderas siempre se tupen de buenas hierbas y las temperaturas son llevaderas. A lo largo de los siglos, los pastores de las montañas, siempre han demostrado ser sabios.

A mediados de la primavera, uno de estos pastores, guiaba su rebaño ladera arriba. El rebaño, desde el río, remontaba por el lado derecho del arroyo. Al llegar al estrecho, por

donde las rocas son muchas y es muy complicado avanzar, Las ovejas formaron fila. Una detrás de otra, saltaban el escalón y se encajaban en la pequeña paradera llana. Desde arriba, él la fue observando y, a su manera, llamándolas y dándole confianza. Lentamente el rebaño superó el complicado acantilado y, conforme los animales iban llegando a la hierba de la pradera, por aquí se quedaban pastando. La mañana era hermosa, con algunas nubes blancas resaltando sobre el azul intenso del cielo, el cálido aire cuajado de aromas y el verde fresco brillando en los paisajes. Al lado de arriba de la pequeña pradera, se veía la blanca casa y, en primer plano, el gran portón de hierro.

Abrió la mujer este gris portón y, desde la distancia dirigiéndose al pastor, en voz alta le dijo:
- Aquí estoy esperando a que acabes de llegar con las ovejas.
- Enseguida estoy ahí con ellas.
Recogió el hombre el rebaño, lo llevó lentamente hacia la casa, hizo que los animales entraran por el portón de hierro y, en unos minutos, todos las obejas estaban dentro del pequeño espacio corral, en forma de patio. Desde un elevado escalón, a la derecha de la entrada, la mujer miró al rebaño ya concentrado en el patio. Abrió su bolso, sacó un papel, lo firmó, se lo entregó al pastor y le dijo:
- Aquí Tienes el cheque al portador con el valor de estas ovejas tuyas.
Se restregó los ojos del pastor, cogió el cheque y mirando a la mujer comentó:
- Mi mujer murió hace una semana de la enfermedad que ahora mismo está extendida por todo el mundo, mi hijo se marchó a la ciudad y nada quiere saber de estas montañas, yo me jubilo dentro de unos días y por eso me despido de este rebaño mío. Desde que tengo uso de razón, he sido pastor por estos territorios y ahora fíjese usted.
- Pero tú no te preocupes. Desde hoy tus ovejas vivirán en este corral, donde las cuidare y le daré de comer para que me sirvan de mascotas y me den compañía.

28 de julio 2020 -135
EL DINERO
Entre los dos, escribieron un pequeño libro. Un relato corto que a ellos le parecía, además de bello, muy interesante. El más joven de los dos, llevó el libro a la imprenta para imprimirlo y hacer varias copias. Pagó de su bolsillo lo que costaba este trabajo y, muy satisfecho, se presentó en la oficina donde trabajaba su amigo. En una caja pequeña, mostró a éste la factura junto con el dinero que le habían dado de vuelta en el pago. Al ver el amigo los billetes, rápido se apoderó de la cajita y todo lo que contenía. Los presentes se extrañaron al ver la escena y el joven dueño del dinero, dijo al amigo:
- Supongo que lo que estás haciendo es solo un juego.
- De juego, nada.
- Pues ya me estás devolviendo lo que me has quitando porque es todo mío.
El que se había apoderado de la cajita, hizo como si no oyera nada. Con lo que no era suyo, en el bolsillo, rápido recorrió la estancia, salió de la oficina y por la calle se alejó.

Junto a sus compañeros, observando, se quedó el dueño de la cajita y del dinero al tiempo que comentaba:
- Yo Creo que lo que hace es un juegos. Está de broma conmigo.
Alguno de los presentes, confirmó:
- Acepta que lo que hace, no es un juegos. Quiere aprovecharse de ti y quedarse con el dinero. Yo que tú, llamaría a la policía ahora mismo.
Y esto fue lo que hizo otro de los allí presentes. El que corría por la calle con la cajita y los dineros en el bolsillo, al ver venir a la policía, se volvió para atrás y rápido entró en la estancia donde estaban los compañeros. Expectantes lo miraban todos sin pronunciar

palabras. El que llegaba huyendo de la policía, tiró la cajita con el dinero y la documentación a los pies del joven dueño al tiempo que decía:
- Toma tu dinero que yo no lo quiero para nada. Ni siquiera sois capaces de entender una broma de lo que no lo es.

Entró la policía en la estancia y empezó a preguntar. Ninguno de los presentes delataron al que había robado la cajita con el dinero aunque sí, unos a otros se miraban y miraban los billetes y papeles desparramados por el suelo. El jefe de la policía, de nuevo preguntó:
- ¿Quién de vosotros es el ladrón?
Muy quietos todos permanecían mirándose y ahora, el silencio era aún más grande.

29 de julio 2020 -136
LOS DOS RÍOS
Los dos ríos descienden de la montaña oscura. Sus primeras aguas brotan por todo el denso bosque en las laderas de esta montaña, por entre las peñas, las raíces y troncos de los árboles y en las pequeñas grietas del terreno. Las aguas de los dos ríos, son tan claras como el viento más fino y frías casi como la nieve. Huelen a tomillo y romero y sus colores son azules verdes, como los cielos de estos lugares y los bosques donde nacen. Antes de llegar a la llanura por donde los dos ríos se juntan con el tercero que le sale al encuentro, construyeron un gran edificio. Un cortijo blanco con jardines y varias huertas donde sembraron naranjos, cerezos y granados.

En la calurosa mañana del mes de julio, los jóvenes se fueron concentrado en los charcos del río principal, por el lado de debajo de las vueltas del cortijo. Y, conforme iban llegando, se quitaban sus ropas y se metían en las aguas. Gritaban, llamaban a los amigos, chapoteaban con sus manos pies surcando el azul charco, tomaban el sol sentados en la pequeña playa de arena al borde de las aguas, hablaban y comentaban cosas entre sí y decían que eran libres.
- Esta es la vida buena y no la que la mayoría de las personas viven en la ciudad.
- Sí porque hasta parece, que con esto del virus solo quieren tenernos encerrados y privarnos continuamente de las cosas que nos gustan. Los jóvenes necesitamos vivir nuestras vidas, compartir las cosas con los amigos, experimental sensaciones y ser libres, muy libres.

Unas horas después de esto, todo el grupo de estos jóvenes, poco a poco se fueron concentrando en los charcos del río pequeño a su derecha. En un lugar donde las aguas eran muy claras, existían pequeñas praderas de hierba fresca y la sombra de los árboles fresnos, arropaban suavemente. Muy cerca unos de otros, por aquí se fueron sentando, abrieron sus mochilas, sacaron botellas de bebidas, algunas bolsas de plástico con alimentos, algunos bocadillos Y empezaron a compartir. Mientras bebían y comían, algunos seguían comentando:
- Esto sí es vida y no lo que viven Las personas en la ciudad.
En la ciudad de ellos, en otras ciudades del mismo país y casi en todos los rincones del mundo las noticias no dejaban de repetir que los contagios del virus era cada vez más y, de ninguna manera, se podía parar.
"La irresponsabilidad de muchos, es un gran problema en la lucha con este virus", repetían una y otra vez las noticias por muchos sitios.

30 de julio 2020 -137
COLOR AMARILLO
Cinco años había estado en este país, para ella extranjero, elaborando su tesis doctoral. Trabajó mucho investigando, escribiendo, asistiendo a charlas en la universidad,

elaborando y entregando trabajos, planificando con la directora de su tesis, añadiendo o quitando párrafos en la redacción de los textos y yendo y viniendo a congresos y exposiciones. Defendió un día por fin su tesis y la aprobó con la máxima nota. Una gran alegría para ella, su familia, profesores, amigos y conocidos. Llevó su tesis a la imprenta y le hicieron tres copias encuadernadas en pasta dura. Saltaba de gozo al ver su trabajo transformado en bonitos libros y empezó a preparar las maletas para regresar a su país.
- Llevo tanto tiempo fuera de mi casa y lejos de los míos que me muero en deseos de regresar.
Decía a los amigos.

Compró los pasajes para realizar el vuelo de vuelta a su país y justo tres días antes la propagación del virus se había extendido tanto que los gobiernos cerraron las fronteras y quedaron paralizados todos los vuelos. Encerrada en su pequeño piso en la ciudad extranjera para ella, se quedó esperando a que las cosas mejoraran. Pasaron los días, las semanas, los meses y la situación de la epidemia no mejoraba. Su vuelo seguía congelado y en su corazón ella, sólo tenía intranquilidad, mucha incertidumbre y miedo, mucho miedo. En su país las cosas estaban muy mal y los suyos también sufrían encierro en la casa por culpa del virus. Hasta que un día, cinco meses después de haber defendido su tesis, la compañía donde tenía contratado el pasaje, le avisó que realizaba un vuelo de repatriación. Saldrían de España el día 28 de julio y ella estaba incluida en este vuelo. Saltó de alegría y enseguida compartió la noticia con todos sus amigos y conocidos. A partir de este momento, solo dos días le quedaban en este país extranjero para ella.

Se dijo: “Tengo que aprovechar y despedirme de todos mis amigos y conocidos por estos lugares. Ha sido mucho tiempo y seguro que ya no los voy a ver nunca más en mi vida”. Compartió la noticia con todos sus amigos y conocidos y varios de ellos, después de comentar distintas cosas, le preguntaban:
- A pesar de todo, estás teniendo mucha suerte. Pero cuando ahora te vayas de Granada ¿qué será lo que más vas a echar de menos?
Sin dudarlo, ella respondía:
- Creo que lo que más voy a echar de menos son los colores amarillos de los atardeceres en esta ciudad. Los amarillos de las mimosas, las margaritas, los lirios y las rosas de la Alhambra, son estampas y colores que nunca voy a olvidar.
Y cuando llegó el último día de su presencia en esta ciudad extranjera, con su maleta y mochila, se le vio subir por el camino de tierra que lleva a la casa de uno de sus mejores amigos. En el balcón que, en forma de mirador, en la misma puerta de la casa se asoma al valle y el río, los amigos la esperaban. Media hora después, desde este mismo mirador, contemplaba con sus amigos la última puesta del sol teñida de amarillos oro incandescente. Unas horas más tarde, al amanecer, El cielo se teñía de amarillos brillantes y un avión surcaba el aire sobre el fondo de este mar amarillo. Desde el valle del río, los amigos contemplaron este amanecer y uno de ellos comentó:
- Por fin regresa a su país y compañía de los suyos. ¿Qué experiencias vivirá en este viaje y, con esto del virus, qué encontrará y le esperará allá en su país?

31 de julio 2020 -138
NOCHE DE LUNA
Al caer la tarde, desde Sierra Nevada, se le vio bajar. Solo, en silencio, con una bolsa de cuero a sus espaldas y como el encuentro de algo importante. Por su derecha, según recorría la senda, se le iba quedando la corriente del río, el pequeño bosque de árboles en las riveras y la soledad de los campos, con sus matas de retama, piornos, tomillos y mejorana. Se dijo: “En cuanto me encuentre con ella, le voy a dar mi más sincero abrazo al tiempo que le diré que por fin tengo otra vez la vida a mi lado”.

Se puso el sol, la oscuridad de la noche lo cubrió todo, la luna asomó por encima de las altas cumbres y tenuemente iluminó los paisajes. El camino que ahora recorría era estrecho, largo casi interminable y por eso, en su silencio y mientras seguía marcando los pasos, de nuevo se dijo: “Y si no me la encuentro en la casa cuando llegue, entraré, encenderé fuego en la chimenea y me sentaré a esperarla. Más allá de ese punto, ya no hay nada y por detrás de mí y a mi derecha y a la izquierda, solo la oscuridad de la noche se presenta”.

Cuando amanecía, ya muy cansado y con las plantas de los pies llenas de heridas, a lo lejos descubrió la casa. Más al fondo descubrió las torres de la Alhambra, la gran vega aun más lejos y luego el infinito y el azul del cielo. De la casa, por la chimenea, no salía ni una chispa de humo y todo parecía como dormir en un ancho mar de silencio. Otra vez se dijo: “Pero si no la encuentro y tampoco en ningún momento regresa ¿para qué habré andado todo este camino y con tanta ilusión en este alma mía ya tan vieja?”

La fragancia eterna
1 de agosto 2020 -139

VOLVIERON LOS CEREZOS

Volvieron los cerezos a cubrirse de flores blancas y, el aire cálido de los meses largos, volvió a llenar de perfume las mañanas y al poco, las ramas de los cerezos, volvieron a cubrirse de hojas verdes y el viento al pasar, de nuevo llenó de aromas las vegas y las cañadas.

Y no tardaron en volver otra vez las golondrinas negras que al revolotear se les ven manchadas y en las ramas de los cerezos y los almendros, se posaron ellas y con los días nuevos y en las alboradas, esparcieron sus trinos por el mar celeste de la primavera mágica y al poco, volvieron los ruiseñores a cantar por entre las zarzas.

Y cuando el sol de los primeros días del verano, brilló en lo más alto, una vez más volvieron los cerezos a llenar sus ramas de frutos color sangre y a teñir de vida y de esperanza, a las mañanas hermosas del verde valle y cuando ya nadie lo esperaba, los niños serranos de los cortijos blancos, desparramados por las tierras llanas, volvieron a jugar sus juegos de gañanes, pastores y dulces hadas.

Y estaban ya los garbanzos de las tierras buenas, bien maduros en sus vainas, cuando oyeron el rumor del agua y al poco, medio asombrados, medio llorando y el resto deshechos en el alma, se fueron yendo de sus cortijos por las veredas que inertes callan y al volver la vista para atrás y observar, desde la distancia, vieron como sus cortijos, sus tierras, sus ovejas, sus cerezos y sus vacas, se quedaban sepultados para siempre bajo las azules aguas, del gran pantano de la vega que por primera vez, grandioso se remansaba.

Y desde aquel amanecer y aquella inolvidable luz del alba, ya no volvieron a florecer los cerezos ni revolotearon más las golondrinas al posarse en sus ramas ni tampoco cantaron los ruiseñores junto a sus nidos entre las zarzas y los niños, callados y a coro, dijeron: “cuando la primavera vuelva a teñir de rojas cerezas nuestros juegos en las mañanas ¿por dónde encontraremos un rincón libre que tenga tantos cerezos cuajados de flores blancas?”.

2 de agosto 2020 -140

SERENIDAD
A lo largo del día, ha hecho mucho calor. Por la tarde, refresca un poco y el aire, se mantiene en calma. Cae la noche y las chicharras no paran de cantar. La noche es clara, la luna ilumina y el silencio es total. La ciudad está distante, las ventanas de su habitación se encuentran cerradas, ni coches ni personas pasan por la calle y la noche avanza. El tiempo avanza aunque no se oiga y se lleva, se lleva, 7se lleva.

El tiempo se lo lleva todo. Pero antes de que la noche avance más, se acurruca en su cama, se arropa con las sábanas y quiere dormir. Aparta de su mente cualquier tipo de pensamiento, se relaja y se deja desaparecer como en un océano de silencio, levedad, harmonía y suavidad de seda. Se siente a sí mismo y no pesa, no tiene dolor, nota como si su cuerpo no existiera, no experimenta cansancio y sí una gran sensación de suavidad, mucha suavidad.

El mundo real que conoce en este suelo, donde sí hay mucho dolor, problemas y más problemas entre las personas, luchas de poder, hambre, sed, frio y desamparo y, sobre todo, injusticia, mucha injusticia, es algo que de ningún modo le afecta. La materia, el mundo, las personas, la naturaleza, las puestas de sol, los bosques y los ríos, todo como si se lo hubiera comido el tiempo. Se siente inmenso en un océano de serenidad donde hasta su propio cuerpo es levedad, mucha levedad.

3 de agosto 2020 -141
CASA DE ESTUDIANTES
Donde lavaba la madre, hace mucho, mucho tiempo, encima de las rocas que hay en la puerta de la casa, vio a los estudiantes. Y su sorpresa fue grande al descubrirlos por aquí. Porque de ningún modo esperaba que el pequeño edificio que, en tiempos lejanos fue vivienda para pastores, pasados los años, lo hubieran reconvertido en residencia para estudiantes.

Lo vi siguiendo la senda que, desde el edificio grande en la parte alta de las tierras, cruza el olivar y se dirige al pequeño valle. Iba solo, con una pequeña mochila gris a sus espaldas, una vara de acebuche y la cámara de fotos en el bolsillo. Le daba compañía un pequeño perro pastor color blanco y negro. Al llegar al valle, se fue para el lado izquierdo, remontó la loma y luego bajó hasta el arroyo grande. Por entre las adelfas y los tarayes, cruzó las aguas, remontó al collado que da paso a la extensa llanura y, con su mente puesta en la casa sobre la roca donde vivió de pequeño, avanzó ilusionado. Se acercó al lugar por entre los lentiscos en busca del huerto. Al ver el trozo de tierra que en otros tiempos estuvo vallado con jaras y lentiscos, observa espacio.

Cuando pequeño, en este terreno sembró muchas veces habas, ajos, lechugas, pimientos, tomates y espinacas. Ahora mismo descubre que sólo crece aquí algunas verdolagas, cardos borriqueros y malvas. Saca su cámara, hace varias fotos y se mueve para su derecha. Desde cierta distancia, observa al edificio y por la puerta ve a muchos jóvenes y albañiles construyendo una pared. Camina sin dejar de mirar y de pronto, bajo una encina grande, aparecen dos jóvenes. Las saluda y les pregunta:
- ¿Qué hacéis por aquí tantos jóvenes?
- Somos estudiantes universitarios que nos hemos venido a vivir a este lugar porque es hermoso, se encuentra en medio de los campos, hay aire limpio y dicen que tiene mucha historia. Nos gustaría encontrar a alguien que fuera de estos lugares para que nos contara cosas de las personas que en otros tiempos vivieron aquí y cómo eran sus vidas. ¿Tú conoces a alguien?
Dice a las dos muchachas:

- Conozco mucho de estos lugares y de las personas que por aquí vivieron. Y conozco bien a la persona concreta que podría contaros exactamente lo que vosotras queréis pero sé que no lo hará.
- ¿Por qué no?
- Esta personas, sabe bien que los días de los que por aquí vivieron, son limpios y sagrados. No compartirá con vosotros sus vivencias.
- Pues es una pena.
Dijeron las estudiantes universitarias. Sin más, las despidió, llamó a su perrillo y siguió caminando hacia el manantial en la parte alta de la llanu

4 de agosto 2020 -142
VENDIENDO TIKES PARA EL CIELO
Tenia un trozo de tierra junto a las aguas del río que baja de Sierra Nevada. Bastante lejos de la ciudad río arriba y también bastante lejos de las cumbres de las Nieves río abajo. Justo al lado de una pequeña urbanización frente a sus tierrecillas. En este pequeño trozo de terreno, cuidaba algunos animales: conejos, gallinas, pavos, un borriquillo y un vaca. En las tierras todos los años sembraba hortalizas, verduras y legumbres: habas, garbanzos, habichuelas, espinacas, acelgas, lechugas, zanahoria y fresas. Pequeñas cantidades de cada una de estas plantas porque esta labor él la hacía solo para ocupar el tiempo y estar entretenido.

Estaba jubilado y ya era muy mayor. Pero como las tierrecillas eran de su propiedad y, a lo largo de toda su vida él había trabajado en el campo y cuidando animales, le apetecía mucho cultivar y sembrar las tierras. En estas tareas ocupaba el tiempo desde por la mañana temprano hasta el atardecer. Precisamente, todos los días al caer las tardes, siempre se sentaba bajo la higuera que crecía en el caminillo que daba entrada a su terreno. Casi a todas horas, aparecía algún amigo suyo por aquí a compartir momentos de charla, el fresco de la tarde y los higos de la higuera, uvas, fresas o cerezas. A la derecha del caminillo que daba entrada al terreno, crecían varios cerezos muy frondosos y recios. En la época de las cerezas, estos árboles todos los años se cargaban de buenas cosechas y esto era algo interesante.

Y sucedía que cuando los cerezos estaban dando su mejor cosecha, muchas persona del barrio donde vivía, aparecían por aquí. A veces con bolsas de plástico y otras veces con cestas de mimbre y, sin pedir permiso, Se ponía a coger todas las tareas que les apetecía. Al ver esto los amigos decían al dueño de estas tierras:
- Te están robando la cosecha aquí en presencia tuya y no les dices nada.
A lo que él respondía:
- Los estoy viendo y no les digo nada y a veces hasta le prestó la escalera para que suban a las ramas más altas.
- ¿Y por qué haces esto?
- Porque todos ellos pasan hambre y los pobres también tienen derecho a saborear frutas buenas. Y también, porque cualquier día de estos voy a marcharme de este suelo. Allá a donde vaya, y espero que a un cielo hermoso donde todo sea eterno, quiero tener amigos buenos como estos que vienen a coger cerezas de mis cerezos. Ellos, aunque vosotros no lo creáis, están comprando las entradas a este cielo.

5 de agosto 2020 -143
REGALANDO POEMAS
Lo he visto muchas veces en uno de los históricos puentes que hay en el río que corre a los pies de la Alhambra. Con una muy vieja y antigua máquina de escribir, una mesa plegable, una también muy vieja silla de madera y varios papeles. Escribiendo poemas en hojas

desteñidas y regalándoselos a las personas que por este lugar transitaban. De vez en cuando, algunas de estas personas, le dejaban pequeñas monedas y otras veces solo recibía a cambio las gracias. Parecía no importarle pero en el fondo, se veía que esto era lo que necesitaba: Recibir algunas monedas para comprarse un bocadillo o cualquier otra cosa que necesitaba para sobrevivir.

Cuando apareció el virus, en esta ciudad y otras muchas, a todos nos encerraron en las casas. Dejó de ponerse en el puente a vender poemas y dejaron de pasar las personas por la calle. Durante mucho tiempo, más de cuatro meses, nadie ha sabido qué ha sido de él. Ni un solo día se le han visto por el puente vendiendo sus poemas, nadie ha sabido dónde ha vivido, de qué modo se ha alimentado ni cómo ha soportado los silenciosos días del encierro. Como si las cosas hubieran ocurrido en un sueño y así, de la noche a la mañana, la vida de todas las personas y en el mundo entero, hubieran girado hacia una extraña y muy larga noche oscura.

Pero en mi sueño, esta noche lo he visto. Hoy, casi cinco meses después del día del gran silencio, las personas vuelven a pasar por las calles y por el viejo puente del río a los pies de la Alhambra. Con las bocas tapadas y sin sonrisas y buscando no se sabe qué. Por una de las calles de la ciudad, lo he visto llevando en una mano la mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir. Busca un sitio para ponerse a escribir poemas y regalarlos y parece no encontrarlo. Por las calles no pasan turistas y a los de la ciudad, ni le interesa su presencia ni sus poemas. Pero él camina llevando en una mano la mesa plegable y en la otra, la vieja máquina de escribir y también parece como si buscara algún lugar donde esconder o dejar la mesa y la silla para, cuando vuelva otro día, tenerla a mano. Tampoco encuentran donde dejar su mesa y la máquina de escribir pero no se desanima. Camina y camina y no sabe a dónde va. Como, si a pesar de todo, en su corazón no se hubiera apagado la ilusión de encontrar en algún momento lo que sinceramente necesita.
https://youtu.be/uj-4vl6RZFc

La fragancia eterna
6 de agosto 2020 -144
EL VALLE EN SU SILENCIO

Se le ve, al cerro, chorreando sus laderas, todas surcadas de sendas y por la parte más alta, se le ve redondo y repleto de llanuras pequeñas, por donde los peñascos y la hierba, se apiñan llenos de asombro.

Y ahí, donde parece acabar el infinito porque termina la cuesta y ya todo es la redondez del cerro, a él se le ve caminando tras su rebaño de ovejas que van y vienen y regresan del valle a las praderas de las cumbres, por donde la nieve se espesa.

- Pues cuando llegues con tus borregos, los separas y los dejas, por las llanuras anchas que extienden por la derecha.
Comenta el hermano amigo al pastor que remonta el cerro.
- Cuando llegue con mis borregos, me parecerá mentira y con esta lluvia fina que nos empapa calando hasta los huesos.

Y desde lejos y al otro lado del tiempo, si se mira atento, se le ve, al cerro, redondo en su parta más alta, algo más abajo, al pueblo y ya en lo hondo del todo, al valle en su silencio y por las sendas que remontan, se le ve al pastor luchando con sus ovejas.

La fragancia eterna

7 de agosto 2020 -145

AL AMANECER

En la tierra negra que deja al descubierto el arroyo pequeño, justo donde crece el fresno del tronco torcido, maduro y viejo, esta mañana se amontona la escarcha que, al pasar, ha dejado la fría noche del invierno.

Y ahí mismo, por la primera ladera, todavía chorrean las matas de las calabazas y cuelgan, hermosas y desteñidas por el tiempo, los frutos gordos como esperando un poco más a ver si el cielo y la niebla de esta noche oscura, los madura del todo y los deja por completo añejos.

Y claro que recuerdo cuando aquella mañana subí siguiendo los pasos de la niña hermana, buscando los últimos frutos del invierno y al llegar a las tablas de la tierra buena, padre nos saludó diciendo:

- Al amanecer de los días estos del invierno, en la solana que desde el río se alza y bajo las rocas del agujero, se ve una maravilla tan grande que aquello ¡qué misterio!

Y le decimos nosotros a padre que un día tendremos que ir a verlo porque hoy, de la tierra negra del embarrado huerto, tenemos que recoger las calabazas que todavía cuelgan por la torrentera donde crece el fresno.

8 de agosto 2020 -146

SE MARCHÓ

Desde su país, Chile, vino a Granada España, para hacer su tesis doctoral en la universidad de esta ciudad. Durante cinco años vivió en pisos, a veces sola y a veces con alguna amiga. Al final del mes de febrero del quinto año viviendo en esta ciudad, defendió su tesis y la aprobó con la máxima nota. Unos días después, preparó todo para regresar a su país. Hizo tres copias encuadernadas en hermosos libros y compró los pasajes de avión para su viaje de regreso. Pero justo unos días antes de la salida de su vuelo, a causa de la gran pandemia del virus, se decretó el estado de alarma. Las personas quedaron encerradas en las casas y los comercios, hoteles, bares, restaurantes, fábricas, todo quedó por completo cerrado. Ella también porque se cerraron todos las fronteras y los vuelos se clausuraron a todos los países del mundo. Cuatro meses después, la compañía donde tenía contratado su pasaje para regresar, le avisó que realizaba un vuelo de emergencia a su país. De nuevo preparó todo y el 28 de julio, a las 12:00 de la mañana, salió de la ciudad para regresar a su tierra y junto a su familia.

Justo en este mismo momento, él la recordaba con cierta tristeza. Después de cinco años compartiendo con ella pequeños paseos por la ciudad, los paisajes cercanos, las cumbres de las Nieves y otros detalles y momentos, ahora se alegraba por todos sus triunfos y esfuerzos y al mismo tiempo se entristecía por su marcha. Porque tenía muy claro que ya nunca más en la vida volvería a verla. Como homenaje a su amistad y ahora pérdida, justo en el momento en que se alejaba de esta ciudad y pensando en ella, escribió el siguiente texto:

Justo ahora mismo, cuando el avión que desde España te lleva a tu país, en la ciudad donde has vivido tanto tiempo, todo es silencio. Mi pensamiento está en ti y siento que algo bueno, se ha ido de mi vida para siempre. Cierro mis ojos y me veo justo en todo lo alto de las cumbres de Sierra Nevada. Entre muchas personas que por aquí están sentadas y, como yo, miran al cielo por donde el avión que te lleva, cruza y se aleja. Te despiden y te despido y después guardamos silencio. Pienso que hasta mi correo electrónico, donde de vez en cuando recibía tus mensajes, desde ahora mismo va a apagarse y quedar en

silencio. Nadie me escribe y ahora tú ya no estás aquí para hacerlo. ¿Sabes? Yo también como tú ahora, quisiera irme pero aún más lejos y no aparecer más por los sitios que hoy dejas tan en silencio".

9 de agosto 2020 -147

COMO EN UN ESPEJO

Asomado a la ventana, escucha, cierra los ojos y medita. Es pleno verano, hace mucho calor, cantan sin parar las chicharras, el poco aire que se mueve, casi quema, se ve reseca la que ayer fue hierba verde y también los árboles y el tiempo parece parado aunque avanza. Piensa en la estudiante de China enferma de algo raro y se lamenta no saber nada de ella. Piensa en la joven que hace solo unas horas se marchó a su país muy, muy lejos de aquí y ahora es silencio y lejanía. Piensa en la muchacha también extrajera lejos de aquí y en otro país que no es el suyo y que lucha por ganar algún dinero y llegar a tener algo en esta vida. Piensa en tantas y tantas personas que conoce y ha conocido y en estos momentos son silencio y ausencia, medita estas experiencias y lo monotonía que día a día vive. Piensa que, de algún modo, la realidad de su vida y la de cada persona en todos los tiempo en este mundo, podría resumirse en lo que en sueño vio anoche.

En un lugar intangible y como sostenido en el viento, vio un denso y muy hermoso bosque de árboles, monte bajo, arbustos, hierba ríos y manantiales. A la entrada de este hermosísimo edén, vio como una puerta decorada toda con hojas y tallos de los árboles del bosque. Parada en el centro de esta entrada, vio a un muy hermosa joven que miraba y al mismo tiempo, parecía esperar. Lleno de admiración y por completo extasiado por la fresca y delicada belleza que la joven irradiaba, se acerca a ella y le pregunta:
- ¿Quién eres y qué haces en un lugar como este y como esperando?
La joven, como si lo conociera y llena de toda la sabiduría del Universo, dice:
- Tú me ves ahora mismo aquí pero yo soy y estoy en todas y cada porción de materia y espíritu que existe en el Universo. En mi están concentradas todas las personas, latidos de corazones, sueños, emociones, esperanzas, dolores, vidas y muertes de estas personas y en todos los tiempos. Así que lo que tú necesitas y buscas sin parar un día detrás de otro, en mi estás concentrado. Soy todo y todos. Algo así como si todas las cosas que existen y personas, fueran pequeños trozos de mí.
- ¿Y hasta las personas que a lo largo de mis días conocí y ya ni están ni veré nunca, están en ti?
- Todo y todos, confluyen y se concentran en mí.
- No entiendo pero me llena de gozo que en ti lo tenga todo y a todos.

Asomado a la ventana, escucha, cierra los ojos y medita. Se dice que, aunque los sueños sean misteriosos y estén llenos de mensajes, a veces son mucho más bellos y contienen más verdades que la misma realidad. Oye el sonido de una notificación. Mira su móvil y ve el mensaje: "Hola amigo. Ya estoy en Buin en casa de mi mamá, todo bien hasta el momento. El viaje fue bueno con precauciones y en ambos vuelos me fui sentada sola. Estoy con el horario cambiado y me he despertado a las 4:30 am que en horario español sería 10:30. Te envío unas fotos del aeropuerto que estaba prácticamente vacío, sólo la gente que esperaba un vuelo de los 4 planificados que habían en distintos horarios estábamos en el aeropuerto.
Y la foto del amanecer es llegando a Chile donde se ve a lo lejos y a oscuras la cordillera de los Andes. Eso por ahora amigo. Te mando un abrazo y muchos cariños". Saludos desde Chile.

10 de agosto 2020 -148

JUEGO DE NIÑOS

Geográficamente las montañas dibujan cuadros extraños, casi siempre únicos, llenos de belleza y fantásticos hasta el asombro. Así era el lugar donde se alzaba el blanco cortijo en el que vivía la niña. Justo donde un largo y extenso territorio montañoso, daba comienzo. En la ladera que mira al sol de la tarde, entre olivos, construyeron el cortijo. Desde la misma puerta de este edificio, al levante, se veía la áspera raspa montañosa de rocas anaranjadas. Y en el centro de esta alargada loma, a media altura, brotada un copioso manantial. Enseguida las aguas de este manantial se despeñaban por las rocas que caían en cascada hacia el valle de los olivos y se convertían en un pequeño río. Frente al blanco cortijo, en la ladera de espaldas a la tarde, entre las rocas, se abría una gran cueva. En esa cavidad, un día, sin saber cómo ni de dónde llegaba, apareció y se refugió un joven todavía casi niño. Desde la ladera de enfrente, desde la puerta del cortijo, la pequeña comenzó a ver la presencia de este joven en la cueva. Miraba ella con mucho interés y, al ver al joven una vez y otra entrar y salir de la cueva y moverse de un lado a otro, empezó a sentir curiosidad.

Una mañana de verano, cuando el calor era sofocante, de la cueva salió el joven y caminó hacia las aguas del río. La pequeña lo vio desde la puerta del cortijo y, sin pensarlo mucho, recorrió la senda ladera abajo como a su encuentro. Al llegar a las aguas, lo vio sentado en la orilla del charco. Se acercó a él, lo saludó y sin temor alguno, le preguntó:

- ¿Vives solo en esa cueva?
- Vivo solo porque ni tengo padres ni hermanos ni amigos.
- ¿Y qué comes?
- Recojo del campo y bosques, hierbas comestibles y frutos silvestres. A veces, cojo de este río algún pez y también berros y otras plantas.
- En mi casa, mi madre, todos los días prepara comida buena y a veces, sobra. Si quieres, puedo compartir contigo un poco de estos alimentos.
- Yo nunca quiero importunar a las personas pero si a ti te apetece, me gustará probar y alimentarme con la comida que desees regalarme.
- Pues mañana mismo, si tú vienes a este sitio y a la misma hora, yo te traigo comida. Pero tengo que procurar que nadie me vea para que no me lo prohíban o se enfaden conmigo.
- Mañana yo estaré aquí en esta misma hora. Te esperaré ilusionado.

A la misma hora y el mismo sitio, al día siguiente la niña se encontró con el joven y le entregó un poco de comida. Lo mismo hizo al día siguiente y al otro pero al tercer día tuvo problemas. Algunos del cortijo la vieron y las siguieron. Al descubrir el encuentro con el joven, intentaron acercarse con la intención de saber quién era y por qué que estaba por estos lugares. Enseguida el joven tuvo miedo, se alejó rápido por el monte hacia la cueva y los del cortijo lo siguieron. La niña lo llamó pero él no atendió a sus llamadas. Sintió tanto miedo que atravesó el monte de la ladera y en nada de tiempo, se encajó en lo más alto de las rocas la montaña. Por ahí se veía el disco dorado del sol y, por este fondo y altura, Desapareció como a un infinito misterioso. Varias veces más la niña lo llamó pero no recibió ninguna respuesta. Al día siguiente, desde la puerta de su cortijo, durante mucho rato estuvo mirando a las alturas de la montaña por donde el sol se veía. Pensaba que por ahí podría verlo pero no fue así. Siguió mirando a este lugar cada día por la mañana a medio día y por la tarde y siempre en su corazón deseaba verlo. En algunos momentos, comentaba con su madre:

- Yo sé que volverá porque era bueno y estaba solo en este mundo. Al día mi corazón cada vez que estuve a su lado y sentía como si quiera transmitirme un mensaje grande, muy grande.

La fragancia eterna

11 de agosto 2020 -149
POR PRIMAVERA

La primavera ha ido llenando los campos y como a lo largo del invierno que ha pasado, las lluvias sí han sido abundantes, la hierba por la tierra y las fuentes en las laderas, han brotado con la fuerza de lo nuevo y ya con la primavera bien avanzada, todo queda y aparece, grandemente colmado.

Pero como en estos dos últimos meses, las lluvias han brillando por su ausencia, aunque la primavera, hoy ya final de marzo, ha ido apareciendo con el vigor de lo limpio y fresco, la verde hierba, poco a poco se fue secando igual que le ha pasado a las sementeras de los trigos y de las habas y a los maizales y también la cebada y a los garbanzos y a las fuentes que manan por los cibancos y por los otros cortijos de la sierra y en las pequeñas aldeas y por eso ya las personas estaban diciendo: “Esto lleva mala pinta, porque nos pasará como el año pasado que antes de que acabe el mes de abril, la mitad de la hierba y las cosechas, se habrán secado”.

Pero como Tú que viste, con los colores de lo hermoso, a las violetas humildes y haces brotar las semillas y das de comer a los mil pajarillos que adornan los campos, hoy has hecho que las nubes cubran el cielo y esta noche, cuando todo estaba callado, la lluvia ha caído mansamente sobre la hierba fina y sobre el bosque espeso de las hojas que se mecen en los álamos y sobre toda la tierra hermana y ahora, esta mañana templada de treinta y nueve de marzo, los paisajes enteros, por llanuras, laderas y barrancos, están vestidos de perfume o de gloria bendita o de mil gotitas de rocío que tiemblan en las hebras de la hierba, llenando de una frescura nueva que anuncia y sigue anunciando, la cara dulce de la primavera y a la mañana hermosa con su momento mágico.

Y claro que en estos momentos me acuerdo de aquel lejano día cuando todavía padre era rey en esta Vega y era hermano de los cantos de los ruiseñores y hasta me parece que lo estoy viendo tumbado allá en aquella cama de nieve y era de madera seca y de monte viejo y a su lado, a madre que con su amor de reina, le está diciendo: “Con ese resfriado que en tu cuerpo tienes, tú no te levantas hoy ni sales de esta casa”. Y él que era valiente: “¿Pero y los campos?” “Los campos, que esperen y si el trigo está gritando en la tierra de la ladera, ya vendrá Dios y con su mano, derramará su amor, como lo hace con los pajarillos y con los lirios que también llenan los campos”.

Y recuerdo que aquel día por la ladera que ahora mismo voy atravesando, pastaba el rebaño de las cabras comiendo los tallos tiernos del romero y llenando de música, los cencerros, la umbría florecida y la espesura del barranco, cuando a media mañana se acercó a ellas el amigo muchacho que era el que siempre las cuidaba y en cuanto estuvo a su lado, las llamó y aquello fue como un asombro de belleza porque los animales, al oírlo y verlo allí en el centro, transmitiendo el mensaje de cariño que salía de su corazón enamorado, dejaron de comer su monte y al instante, se pusieron a mirarlo y con las orejas inclinadas hacia las palabras que pronunciaba el muchacho, parecían decirle que allí estaban ellas, a su lado y dispuestas a seguirle a donde él quisiera porque ellas le amaban y lo sentían como al amigo, al rey y al buen hermano.

Y ya digo que bien recuerdo aquel día de aquella primavera perfumada por aquel valle tan repleto de esencias y fuentes brotando y hoy, cuando ahora bajo la lluvia nueva que llega como agua en el mes de mayo, vengo empapando mi alma de aquella fragancia, me digo que todo parece como si todavía por aquí nada hubiera muerto sino que las cosas y las sementeras con el sudor de ellos, parecen como si sólo se hubieran transformado y lo

que tenía el sello de lo inmortal, que era mucho, por aquí sigue, conmigo y entre el cuidado de tu amor divino, hoy y mañana y siempre, palpitando.

La fragancia eterna
12 de agosto 2020 -150

EL VALLE MÁGICO

Siguió pisando la arena blanca, acompañado del rumor del agua y el perfume de la primavera colgada desde las rocas y al mirar al frente, como era por la mañana, vio el sol brotando desde sus cumbres largas y vio sus chorros de luz, blancas y color naranja, caer por los barrancos de las nieblas finas y la espesura de las zarzas y vio luego arder de luz pura la superficie de los charcos y el musgo trabado en las piedras y por donde el río corta las rocas que bajan de las partes altas, vio como en manojos espesos, el sol se colaba e igual que en aquellos tiempos, encendía de oro y primavera fuego, el surco por donde sigue cruzando la corriente plata.

Y siguió avanzando despacio, ahora ya pisando el borde acristalado de los remansos blancos y jugando, como en aquellos días, con las pequeñas playas de arena blanca y al llegar al fresno recio, vio que el venero o la fuente clara que surgía con aquel denso caño, ya no estaba o sí estaba pero encerrada entre cemento y muchos tubos negros que por entre la hierba cruzaban y el rellano, con más cemento y las escaleras también fraguadas con cemento y al pisar el rincón arropado por la sombra del viejo fresno, sintió que aunque la primavera seguía corriendo en forma de río y colgada en los culantrillos de las rocas de los lados, no era lo mismo porque sobraba el cemento y faltaban los juncos verdes que cubría al manantial y los berros que siempre crecían en el agua fresca que saltaba por la corriente clara.

Y siguió bajando y al dar la curva y meterse, con el río, en la garganta del misterio verde y los charcos blancos encajados entre las rocas y la arena del lecho de las aguas, vio que por la derecha y, rompiendo las arrugas de la cara de las piedras, iba tallada la senda y luego encajada en el estrecho y después con barandas de hierro y más escalones de cemento y al llegar al charco de sus sueños, donde con el hermano y la hermana niña y la primavera bella y los puros rayos de sol del verano, se había bañado tantas veces entre aquel juego celeste de rosas inmaculadas, vio que casi nada era blanco a pesar del río corriendo y la primavera colgando por las laderas, en las rocas y a los lado de las aguas.

Y siguió, todavía un poco más, bajando y al ver la carretera de alquitrán negro y tallada por donde estuvieran las madroñeras y los nidos de las águilas, ya no quiso avanzar más y se quedó mirando al hermano sol que redondo asomaba por las cumbres y como en aquellos días, al campo venía bañando de frente y al agua del río blanco y a las hojas de los álamos y a la primavera entera que estaba por doquier brotando y a él que allí, quieto y en silencio, observaba al valle amado, tan dulce y todo teñido de luz naranja y aunque era el mismo de siempre, le parecía tan otro y raro, dentro de su corazón, que hasta en llanto se le transformaba porque más que nadie, él sabía y estaba viendo que se lo habían robado a la fuerza y a traición y de espaldas al brillo mágico de la singular mañana.

La fragancia eterna
13 de agosto 2020 -151

DOLOR DOLIENDO

Vino un tiempo esplendoroso y al explotar la primavera, la Vega se cubrió de hierba fina y los cerezos de los huertos, se llenaron de flores blancas, en cantidad tanta, que parecían una nevada intensa y las perdices, por las laderas, a todas horas

desgranaban sus cantos y como el buen tiempo se prolongó y las lluvias llegaron tarde, la tierra se empezó a secar mientras las zarzas por los cibantos, echaban sus hojas nuevas.

Y una tarde de aquella primavera adelantada y toda esplendorosa aunque algo seca, se cubrió el cielo de nubes y al caer la noche, la lluvia fina regó la tierra y con las temperaturas cálidas de la noche negra, salieron los caracoles y de luces de teas encendidas se llenó toda la Vega y al salir el sol, al otro día por la mañana, sí era de verdad un ensueño ver tantas flores abiertas e impregnadas de gotitas transparentes y oliendo, todo el campo, a dulcísima esencia.

Y el joven, el que recorría la Vega soñando y esperaba a la otra primavera y tenía el corazón herido y temblaba de tanto miedo, se sentó bajo la encina a contemplar el momento mágico y a ver de qué manera encontraba un camino que le llevara al corazón del amor que le quemaba por dentro y otra vez, no encontró consuelo sino incertidumbre y mil destrozos en todo cuanto amaba con fuerza.

Y estando en esta angustia florecida de tan dulce primavera por la tierra que tanto ama, se dice que quizá una manera de encontrar algo de consuelo, sea concentrarse en los ojos y desde ahí, por las venas que llevan al alma, relajarse y lo mismo hacer con el aliento que por la nariz se le cuela y también con la garganta y luego con el corazón, que es donde está la fuente de los sueños y así de este modo, dejarse dormir sin dolor, en el fluir de la primavera “porque quizá sea este el camino que me hace esencia con las cosas y las fuentes que brotan en mi Vega”, se dice.

Y aquella mañana, la primavera dulce, estaba llenando la tierra y él sentado bajo la encina con su dolor doliendo y con su sueño bello, intentando hacerse fragancia con el latido de su amada Vega

14 de agosto 2020 -152

FLORES OLOROSAS

Él era filósofo, ratón de biblioteca. En su juventud, cuando daba clase en los institutos, con los alumnos escribía libros. Los organizaba por grupos y, como actividad, los ponía a redactar fichas, a buscar el significado de las palabras, a escribir pequeños relatos, a investigar sobre la vida y figura de Don quijote… Con los alumnos, reunía después todos estos trabajos y construía libros libro: El Diccionario Inverso, Familias Etimológicas, Camino de Santiago, a Dios por la Belleza… En la etapa de su juventud y cuando impartía clases en los institutos, con los alumnos escribió muchos libros.

Cuando ya se jubiló, se fue a vivir a una casa grande parecida a un monasterio y, además de rezar por los pobres, enfermos, amigos, familiares y meditar cada día, siguió investigando y escribiendo libros. Reunía a personas mayores jubiladas y compartía con ellas charlas filosóficas, cosas sobre la meditación, cómo alimentarse correctamente, la bondad y paz para la humanidad, el estudio y conocimiento del esperanto, el latín y el griego. Y, por las tardes, días de fiesta y en sus momentos de expansión y paseos, se iba por los barrios pobres de la ciudad y con las personas que por estos lugares deambulaban o vivían, compartía ratos de conversación y momentos de reflexiones sobre la vida, sus dificultades y sufrimientos. Siempre daba ánimo a estas personas y les ofrecía respeto y cariño. Algunas de estas personas pobres y también las de los grupos de mayores, amigos y conocidos, de vez en cuando le hacían algún regalo. Pequeñas cosas materiales casi sin valor pero que él apreciaba mucho porque sabía que se las regaban de corazón y como agradecimiento. En la habitación que ocupaba en la casa grande parecida a un convento, guardaba todos los pequeños regalos que los pobres y amigos le hacían.

Envejeció mucho en poco tiempo y perdió casi todas su fuerzas. Se le empezó a ver cada vez menos por las calles de la ciudad y por los lugares de los pobres. Al andar, se tambaleaba y por eso tuvo que echar mano de un bastón. Hasta que un día caluroso del mes de agosto, los compañeros y amigos dejaron de verlo. Fueron a la habitación de la casa grande parecida a un convento y no estaba. Un amigo muy especial, dijo a los que lo buscaban:

- Me han dicho que ayer por la tarde lo vieron recurriendo los caminos de la montaña. Cuando se ponía el sol, su delgada figura la vieron recortada en el horizonte y por el aire, aparecieron como flores muy originales todas muy perfumadas.

Y en estos momentos, los que habían entrado a su habitación en la casa grande parecida a un convento, en las estanterías, vieron como todas las cosas que los pobres y amigos que a lo largo de los días le habían regalado, se convertían en flores muy originales. Y de estas originales flores, manaba un muy suave y delicado perfume.

La fragancia eterna
15 de agosto 2020 -153

LAS PRIMAVERAS YA
HAN FLORECIDO

Esta mañana que ni siquiera es una fría mañana de diciembre, me he asomado al balcón de mi ventana y he visto que las primaveras ya tienen flores. Una pequeña, color amarillo, ya tiene abiertos sus pétalos y varias más, aún en sus capullos, empiezan a asomar por entre las hojas verdes de la planta. Ni siquiera hemos llegado a cinco de diciembre y ya tienen sus flores abiertas y llenan de colores todo el viento.

Podía yo haber cogido esta planta en cualquier rincón de los innumerables que en la sierra crece. Por el Arroyo de Gil Cobo, por la Sierra de las Villas; por el Arroyo de Valdetrillo, ya cerca de la Sierra de la Cabrilla; por cualquiera de los cauces que vierten al Guadalquivir desde las partes más altas hasta el Pantano del Tranco; por el Arroyo de los Tornillos, en el Valle del Gualay, por la Cerrada del Pintor o más abajo. Por cualquiera de estos sitios y otros muchos, yo podría haber cogido esta planta de primavera que tengo ahora ya florecida en mi balcón.

Porque primaveras hay muchas tanto de cultivo para jardinería, de flores vistosas y multicolores como silvestres. Una variedad grande de especies y subespecies que aquí, en las montañas de nuestro parque, se concreta en la vulgaris. Hierba perenne con todas sus hojas en roseta basal; las flores se disponen solitarias sobre largos pecíolos ascendentes que superan la roseta de las hojas. De llamativo color amarillo, aparece siempre en lugares sombríos y suelos húmedos. Aunque dentro de nuestro parque no siempre se cumple la regla, porque por ejemplo: esta mía que ya me ha florecido y todos los años, desde que la cogí, me abren con una gran profusión de florecillas doradas, la cogí yo en la sierra justo donde nace el Río de la Canal que es en un gran barranco, a oriente, donde el sol da plenamente todo el día. Sin apenas vegetación arbórea que la proteja, sólo las mantiene los continuos chorrillos de agua fría y limpia que por allí corren casi todos los días del año.

Pasamos nosotros por allí aquel verano desarrollando un proyecto de excursión a lo largo y ancho de toda la sierra y durante casi quince días. Subimos por la pista que entrando por el control de las Chozuelas, remonta el Río de la Canal, sube a la Loma de Cagasebo del Escalón y viene a salir al mismo Puerto Llano, a dos pasos del Pico Cabañas. Paramos aquí porque pretendíamos recorrer algo la zona y como era por la mañana nos fuimos a la sombra del pino grande. Fue éste el rincón que escogimos para tomar nuestro desayuno allí frente al barranco y acariciados por el vientecillo fresco que

siempre viene sierra arriba. El pino crece al borde mismo del primer escalón que es donde nace el río. Andas un poco más, con cuidado porque el desnivel es grande y estás en la misma boca de la gruta por donde sale el chorro de agua que empieza a caer ladera abajo y son los primeros pasos del río.

Pues ahí, donde el agua se despeña en una gran pendiente hasta llegar al barranco, donde hay tantísimas rocas llenas de musgo, varios pinos y enebros, crece, a puñados, la prímula vulgaris. Una matita que la corriente tenía casi arrancada porque colgaba al borde del charco sujeta sólo por dos o tres raíces fue la que yo cogí. La puse en el balcón de la casa donde vivo y seis años después, todos los inviernos me llena la ventana de un gran puñado de flores amarillas. Florece siempre temprano pero es que este año yo creo que se ha desorientado porque en la sierra, en mayo y hasta en junio, yo, por ejemplo, este año me las he encontrado llenas de flores justo donde nace el Arroyo de la Torre del Vinagre, arriba cerca de Piedras Rubias. Esta mía no creo que llegue tan lejos habiendo madrugado tanto.

Flor de la llave, la llamaron los antiguos y hoy se sigue llamando llave del cielo por lo que el nombre en castellano de Hierba de San Pedro quizás sea una reminiscencia de aquella designación centroeuropea. En fin, podría yo decir que habiendo florecido tan pronto esta primavera mía la debería bautizar con el nombre de ALlave del año”, puesto que parece anunciar eso: el fin de un año y el comienzo del otro. Sus compañeras en la sierra, que pasé yo el otro día por allí, apenas si empiezan a brotar ahora. Esperan que caigan las primeras nieves, porque parece que estas flores necesitan un golpe de frío para despabilarse y llenar barrancos, laderas y fuente de colores deliciosos que alegran el paisaje cuando todo está muerto.

16 de agosto 2020 -154

EL DE LA MIEL FALSA

Nadie me podrá decir lo contrario porque es que yo lo he visto con mis propios ojos. Pone o va con un chiringuito por cualquier lado de la sierra. Saca sus botes, porque la miel la lleva metida en botes de cristal de los que se usan para las mermeladas y los pone a la vista. Cuando tú llegas siempre te dice:

- ¡Pruébela, pruébela, verá que miel!

Y las pruebas y preguntas:

- ¿Esta de qué es?
- Esa de romero.
- ¿Y ésta?
- De tomillo, esa espliego y aquella de brezo.
- Pero la del romero es color oro blanco.
- Usted no entiende de miel. Esa es la mejor miel del mundo, la de romero.

Yo sé que no es de romero porque yo sé también que él ni vive en estas sierras. Tiene sus colmenas entre los naranjales de la zona del levante y vive por allí y desde allí viene a vender miel a este parque. Miel de flores de naranjo, de girasol, de cualquier cosas menos de la que anuncia. Pero como él sabe que las cosas de estas sierras son de más pureza y más valor, quiere sacarle partido. Su miel es falsa y por eso viene aquí a vendérnosla a nosotros como si fuera buena, de nuestras sierras, cobrándola cara.

Porque yo sé que la miel de romero buena de verdad, la vende mi amigo en Cortijos Nuevos y si es de la primera corta, tiene color casi blanco nieve y cuando llegan los fríos del

invierno, se cuaja, fenómeno que indica su pureza. Porque yo sé que la miel que cristaliza con el frío del invierno, es la buena de verdad y no lo contrario como otros piensan. La de mi amigo es de los romeros de la sierra de Segura y luego la de la segunda corta ya sí tiene mezcla de muchas flores y sobre todo, de flores de espliego que dan una miel casi negra.

17 de agosto 2020 -155
QUÉ CASA AQUELLA
Dicen que ellos se instalaron en el trozo de terreno que hay al este de la roca grande. Aquí construyeron la vivienda; una enorme casa de piedra auténtica levantada en la misma pendiente del cerro que hay frente al barranco.

Por la puerta, casi bañándola, pasa el arroyo. Su corriente veloz y casi cristal no se seca en ninguna época del año. Incluso en pleno verano el arroyo lleva un gran caño de agua fresca y limpia. Día y noche se desliza por encima de las rocas calizas atravesando la espesura verde del bosque y cae al barranco que va hacia la gran roca.

Dicen que en la misma puerta de la casa el padre de la niña construyó una gran presa que unas veces servía para regar y otras para bañarse y luego tomar el sol. También para que ella jugara y la madre lavara las ollas y la ropa del padre. Al otro lado de la casa crecen, espesos los pinos, los robles y las encinas. En sus sombras se refugian las palomas, las tórtolas y los arrendajos.

Siguiendo la corriente hacia arriba, a cien metros, empieza la llanura. La inclinación del terreno se termina y a partir de aquí la corriente baja serena. Se abre hacia los lados y se estanca formando pequeños lagos. El principio de esta corriente está al final de la verde y amplia llanura, justo en la falda de otros cerros también llenos de monte y muchos árboles.

Aquí junto al arroyo, un poco antes de donde éste se inclina para empezar a bajar por la pendiente mayor, el padre plantó perales, higueras, parras, ciruelos y entre los árboles sembró todo tipo de hortalizas. Aquí construyó su huerta, su rincón. El padre, aquí se pasaba las horas del día y de la noche siempre regando, plantando, arando la tierra, cosechando frutas y legumbres. La niña vivía horas inmensas en compañía del padre abriendo regueras, cuidando los pimientos, recogiendo los tomates y amarrando las lechugas. Siempre andaba por el campo con la azada acuestas, su sombrero sobre los hombros o la cabeza y cruzando los surcos. El padre la miraba y siempre le decía:
- ¡Esta hija mía vale un tesoro!
Le daba un gran abrazo y después se sentaba en la roca que hay en la puerta de la casa. Feliz miraba al barranco por donde la corriente se iba dejando que el agua empapara su alma. Lleno de satisfacción nuevamente hablaba y decía:
- ¡Y hay que ver qué casa la mía y qué rincón éste! Fíjate bien hija mía si no es todo un profundo gozo.

18 de agosto 2020 -156
NOCHE DE LLUVIA
También una vez nos pasó una cosa bastante buena. Una aventura chiquita, que después de haberla vivido, seguimos creyendo que fue fabulosa. Resulta que nos fuimos de excursión por las cumbres de estas sierras, por un sitio que hay que estar todo el día andando y si te descuidas no llegas a tiempo. Si se te hace de noche por ahí, lo mejor es no

andar más y esperar a que amanezca. A nosotros nos cogió la noche por lo hondo del barranco y allí nos quedamos.

Conforme iba oscureciendo el cielo se fue cubriendo de nubes. El viento empezó a subir soplando del sur y de vez en cuando crujían los truenos. Sobre las once de la noche comenzó a llover. Nos arropamos con unos impermeables y nos acurrucamos junto a unas rocas que parecían tan de ensueño que hasta pensamos que la naturaleza las había puesto allí para nosotros. Nos hicimos un ovillo y allí nos quedamos quietos.

La lluvia cae durante mucho rato. Al estrellarse contra las matas y los peñascos emite unos sonidos especiales que se extienden a lo largo del campo y por el centro de la oscuridad. Es como una música que para saber a qué suena y cómo suena, hay que oírla. En algún momento su tintineo parece triste pero no lo es; en otros momentos resulta monotonía pero tampoco lo es. A partir de aquella noche o más bien, en aquella noche, descubrimos nosotros que la lluvia cuando cae nunca es monótona porque cada gota al romperse emite sonidos diferentes cada vez. No sabíamos nosotros esto y aquella noche lo descubrimos. También aquella noche descubrimos muchas más cosas que quisimos luego contar a mucha gente pero resultaba difícil.

Delante de nosotros, en el pequeño rellano, se formaron algunos charcos; cada vez que brillaba un relámpago los veíamos y descubrimos que por momentos se iban haciendo más grandes; cuando se quedaba a oscura total, a través del viento, sentíamos las gotas romperse en las pequeñas lagunas. Sus sonidos no eran como el de las gotas que se rompen en la tierra o en las rocas. El de las gotas que oímos caer sobre los charcos sobresaliendo entre el conjunto del gran concierto.
- Son como las notas que va marcando la melodía. La voz solista dentro de la gran coral.
Comenta uno.
- Pero fíjate con qué placer se nos cuela en el alma. Son las de mayor belleza dentro de este momento tan especial.

Las oímos a lo largo de toda la noche. Y a pesar de estar allí, a la intemperie, bajo la lluvia y chorreando, en ningún momento nos sentimos mal ni nos molesta tanta lluvia. Tampoco nos disgusta ni el frío que nos hiela los pies y las manos. Y entonces es cuando nosotros, aquella noche descubrimos que, en medio del campo y la oscuridad de las horas, la lluvia y su canto resulta extrañamente bella. Todo es más hondo, íntimo, puro, misterioso.
- Como si te sintieras más cerca del cielo, más unido a Dios.
- O como si ya no tuvieras más necesidad de seguir descubriendo los caminos que la vida, por esta tierra, te va presentando.
- Se siente el alma consolada, calentita, llena a rebosar.
- Y, además, te notas en paz, gozando sólo suavidad y dulzura.
- El cascabeleo de la lluvia de una noche como ésta, quién lo diría, te deja nuevo. Es otra cosa.

Y aquella vez, cuando al otro día amaneció, lo primero que sentimos fue una profunda satisfacción.
- Ha sido una experiencia extraordinaria.
- Ni notamos el frío ni el hambre ni el estar aquí tan lejos y casi perdidos.
- ¡Qué noche la de esta noche con tanta lluvia, el silencio y ahora este amanecer!

Vemos que en la senda, que por la ladera baja buscando el arroyo, se amontonan los charcos; está toda empedrada de charcos. Sobre la tierra roja y las piedras blancas se han formado mil lagunillas de agua que aunque no son transparentes, por el hecho de ser agua de lluvia, parece como si te gustara mucho; unos son pequeños, otros alargados y otros redondos. Unos y otros se comunican por canalillos, chorrillos de agua que, aunque pequeños, tienen tanta belleza como un buen arroyo. El último, ya cerca de los pinos, se derrama y cae por el barranco en forma de cascada, casi de juguete, porque la podemos abrazar con las manos, y salta como una cascada de verdad que se mete por la umbría del barranco y se aleja. También es bella como los chorros de aguas grandes o quizá tiene más belleza que muchos ríos torrenciales. ¡Qué majestuosa chorrea por la torrentera hasta el charco de las adelfas!

Luego nosotros aquel día, seguimos bajando de la cumbre, ya sin prisa en llegar al coche. La experiencia había sido de lo más bonito y sin ni quiera buscarla ni prepararla. Quizá esto sea otra forma nueva de ver el campo y compartir con él todo lo que por él se da. No sólo escoger aquello que te guste y te resulte cómodo, sino todo e irte en su misma dirección a fin de adaptarte tú y no lo contrario. La serena contemplación, desde la conjunción con la naturaleza, por ejemplo: dejándonos empapar por la lluvia una noche de frío y viento, también es una fabulosa aventura. Yo diría que la más fabulosa de todas las aventuras.

La fragancia eterna
19 de agosto 2020 -157

ES POR LA MAÑANA

Es por la mañana y aunque la tierra de la ladera y la sombra de las encinas que se derrama en ella, es la misma del día anterior y la de hace cien primaveras, por ella hoy duermen los caminos que llevan al centro de la emoción que sabe a tristeza y por ella, baja el pastor detrás de sus blancas ovejas que corren buscando las bellotas y como la tierra hoy sí tiene sabor a hiel y a esencia, él habla y les dice, a las tres que por su lado se quedan:

- Vosotras comeros estas bellotas que voy cortando de las ramas y pongo sobre la tierra que ya veréis como os saben a gloria y os alimentan.

Y mientras desciende por la pendiente que precede al Valle, de las ramas viejas y de las bajeras de las encinas, arranca las bellotas y a puñados, las va soltando en el pasto y entre la hierba que ya comienza a brotar y las ovejas se las comen mientras las otras ya se han perdido por entre las sombras densas de las tierras llanas que es hacia donde vienen bajando porque es por ahí por donde está el calor del corazón y como ahora él siente el cansancio, la confusión y la tristeza, otra vez habla con ellas y les dice, mientras se comen su bellotas:

- Cuando ya por fin sea viejo ¿quién se acordará de mí y quién me dará una mano para que me apoye, al bajar por esta ladera y quién me dará el cariño que necesito y en el rincón tranquilo de mi casa pobre y quién se encargará de prestar su cuidado a los tomates de mi huerto y a vosotras mi ovejas?

Y como en la mañana clara, el mundo entero parece confluir hacia el centro del Valle que es por donde se celebra la fiesta, sigue descendiendo los caminos que vienen desde todos los extremos y al llegar a la curva del arroyo, se tropieza con la abuela que también camina encorvada y mientras da sus pasos torpes y reza, viene pronunciando el dolor que dentro le quema:

- Al encuentro de la última fiesta en este Valle pero es necesario para que, aunque ya seamos extraños en la propia tierra, nos quedemos abrazados y envueltos en la fragancia eterna.

Y el Valle, como callado y rebosando casi de la misma angustia que en sus corazones ellos llevan y los caminos fluyendo por donde manan las fuentes y todo, como en su espera y como es por la mañana, unos a otros se dicen que todavía hoy tienen tiempo de juntarse y rezar y charlar y contarse las cosas que en sus almas les inquieta aunque todo esté tan claro que fluya como un río inmenso pero no de aguas limpias, sino de amarga tristeza.

20 de agosto 2020 -158

LA ESTUDIANTE

Ahora, en este caluroso mes de agosto, cada tarde al bajar la escalera, cuenta cada peldaño. Porque ahora cada tarde, justo antes de ponerse el sol, pasea un poco por el lado de arriba de la residencia donde vivió. Aquí le cogió a ella la llegada del virus. En la pequeña residencia para estudiantes universitarios casi en el centro del campus. Durante algunos meses, bastantes de estos estudiantes, aquí estuvieron encerrados. Luego, cuando ya las cosas cambiaron y se podía salir e ir de un lado para otro, casi todos estos estudiantes se marcharon. Pero ella, por una razón que ni siquiera sabe, se quedó sola en esta residencia. Quizá porque no tiene familia, quizá porque en su casa las cosas estaban peor que en esta residencia o quizá… No lo sabe.

Sí una tarde la vio salir de esta residencia y caminó despacio por la calle. Le llamó la atención porque en estos días nadie caminaba por estos lugares. La vio a la siguiente tarde y varias veces más a lo largo casi de un mes. solas siempre, con una pequeña mochila a sus espaldas, una amplia melena negra cayéndole también por las espaldas y en silencio. Daba un paseo como de media hora por entre las facultades del campus y volvía a la residencia. Antes de abrir la puerta y entrar, la veía bajar lentamente por las escaleras. Contando cada paso y mirando al sol de la tarde que al fondo se iba tiñendo casi siempre de rojo o morado las montañas en el horizonte o las nubes colgadas en el cielo.

Pasado casi mes y medio, una tarde ya no la vio. Tampoco la vio a la tarde siguiente ni a la otra ni a la otra. No se extrañó porque tal como estaba siendo las cosas por culpa de esta pandemia, todo y por todos sitios resultaba extrañamente irreal. Pero la echó de menos y se hacía preguntas. ¿Quién era? ¿Por qué se había quedado aquí? ¿A dónde se había ido? Ahora, en este caluroso mes de agosto, cada tarde al bajar la escalera, cuenta cada peldaño. La recuerda aunque ni siquiera sepa quién es ni cómo se llama ni en qué lugar del mundo vive. El campus universitario, la residencia para estudiantes, la calle y las escaleras, todo por aquí se ha quedado un poco más solo y lleno de preguntas, muchas preguntas.

21 de agosto 2020 -159

LA NIÑA POBRE

Lo vi bajando por la calle con un bolsa de plástico llena de alimentos. Se le notaba nervioso, iba con prisa y buscaba algo. Al llegar a la rotonda, cruzó y al encontrarse con el hombre se puso frente a él y le preguntó:

- Necesito urgentemente coger el autobús número 8. ¿Dónde tienes la parada?

El hombre lo miró y prestó también atención a la bolsa que portaba. Al darse cuenta de la tensión y preocupación que en su rostro había, le aclaró:

- La parada, está cerca del río. Pero este autobús número 8, realiza su último viaje, justo ahora mismo. Si lo pierdes, ya no pasa más por aquí hasta mañana a primera hora.

- De ningún modo yo puedo esperar hasta mañana porque ella se está muriendo.
Al oír esto, el hombre quiso preguntarle pero al mismo tiempo cayó en la cuenta que si lo entretenía, no podría coger el autobús que necesitaba.

Hacía sólo unas horas, cuando al sol todavía le quedaba un rato para ponerse, la sintió llorar. Bajaba él por el camino que desde las laderas de las montañas trae a la ciudad y, al pasar cerca de las ruinas de la antigua construcción, oyó los sollozos. Por entre un portillo de las derruidas paredes, buscó un paso y se puso a mirar entre las ruinas. No tardó en verla acurrucada entre escombros, piedras y matojos, en un rincón de paredes rotas. Se encogía en sí misma como para sentir los latidos de su corazón y darse calor al tiempo que se lamentaba. Con prudencia, se fue acercando y cuando ya estuvo a solo unos metros de ella, se paró y le preguntó:
- ¿Qué haces aquí y por qué lloras?
Al sentirlo ella, alzó su cabeza, lo miró y después de unos segundos dijo:
- Me muero de hambre y no tengo nada que comer. También me muero de frío y no tengo ni donde refugiarme ni padres ni hermanos ni amigos.
Mientras pronunciaba estas palabras, él se fue fijando en su cara y cada vez más se sorprendía de su juventud y delicada belleza. Se dijo: “¡Si es una niña! Quizá no tenga más de diez años y se le ve delgada y sin fuerzas". Le dijo:
- En este momento, no tengo ni un trozo de pan para darte y que comas algo. Tampoco tengo dinero ni ropa para que te abrigues y quites el frío pero quiero y voy a ayudarte. ¡Ten ánimo!
Lo miró ella con expresión de agradecimiento y al mismo tiempo suplicando su ayuda.

Se movió él rápido y por entre las piedras de la ruina y el terreno cercano, buscó ramas secas, algunas piñas también ya secas y pasto. Entre unos ladrillos muy cerca de ella, prendió fuego y las llamas enseguida aparecieron. Le pidió que se acercara y calentara sus manos y cuerpo. Luego razonó con palabras amables:
- Ahora, voy a seguir avanzando hasta llegar a la ciudad y luego me acercaré a la tienda de un amigo mío. Me conoce y es bueno conmigo. Le pediré que me dé alimentos y luego, rápido y antes de que la noche cubra estos lugares con su oscuridad, regresaré aquí a tu lado. Juntos y al calor de este fuegos, compartiremos los alimentos que mi amigo me preste. Espera un poco más y ya verás como esta noche y en las horas que sigan, a ti y a mí, el cielo nos ayuda.

La fragancia eterna
22 de agosto 2020 -160
LA NIÑA HERMANA
A la niña hermana, río azul por donde van las estrellas, se le ve en su juego justo por donde surca la senda tapizada de matas de enebro y corre el hilillo de agua que brota bajo la piedra.

Y como es invierno y la escarcha de la noche ha pintado de blanco la hierba, el padre de la niña dulce, ha encendido una lumbre justo pegado al camino y en el recodo de tierra.
- Para que te calientes tú en esta mañana gris que tanto frío de hierro clava en las tiernas carnes de tu cuerpo.
Le dice el padre.

Y como el hermano pequeño también está ahí tiritando, manchado de barro y de las aceitunas de los olivos que caen por la ladera, como si pidiera permiso, se acerca y

donde la niña está en su juego y derritiendo su frío, se queda y reanima sus manos que tiemblan.

Y a la niña hermana, se le ve en la fría mañana, enredada en el misterio de la escarcha y el noble barro que ofrece la inerte tierra y la lumbre ardiendo mientras ellos, los aceituneros, ahí mismo recogiendo la cosecha mitad ilusión y mitad temblando frente al invierno que sonríe y deja el corazón helado junto al amor que calienta.

La fragancia eterna
23 de agosto 2020 -161
AQUEL DÍA LEJANO
Recuerdo yo aquel día dulce que, aunque de gris estaba vestido y de soledad se me abría todo cuajado, se me colaba por la garganta para el corazón y se despeñaba hasta el alma, como el más íntimo río de belleza que de Ti, nunca me dio su abrazo.

En el viejo cortijo que desde la ladera mira al valle que se extiende por abajo, yo estaba aquella mañana lleno de frío y triste y sin la compañía de los que siempre me han dado su mano y como el latido de la tierra me gritaba desde los campos, cogí tres piñas y un trozo de tea y le prendí fuego y la lumbre, surgió y comenzó a darme el calor preñado y al instante, me salí de la casa y me fui por la sombra del mudo campo y de aquí y de allí, recogí más piñas secas y luego me volví y ya que estuve junto al calor sentado, las fui echando sobre las llamas y la lumbre se hizo grande y en la mañana fría, calentó a fondo el gélido espacio.

Y recuerdo yo hoy, después de tanto tiempo y en esta gris mañana de invierno apagado, lo dulce e íntimo que aquel día lejano y con aquella esencia y en el cortijo viejo, se me hacía presente el gozo que trasmitía el abrazo que de Ti y en la soledad de la tierra, me daban las llamas de la lumbre en el pequeño rincón amado.

24 de agosto 2020 -162
SASHA, CHICA RUSA
Hola soy Sasha. Muchas gracias de antemano. Yo he venido a este país con muchas esperanzas y muchas posibilidades también al principio pero en este momento lamentablemente no estoy segura si me puedo permitir quedarme aquí por mucho más tiempo. Como ya saben, a partir de este año 2020, la vida de casi todo el mundo ha cambiado drásticamente y muchos se sienten afectados por la situación que estamos pasando ahora. Y también muchísima gente está preocupado por mí. Me preguntan si estoy bien, por cómo estoy, qué tal todo. Muchísimas gracias a todos los que han preguntado. Y también la pregunta más común que me hacen es cómo está la cosa en Rusia, cómo les vas a la gente rusa, cómo está la situación. Y bueno la verdad es que yo ya llevo un año y medio sin vivir permanentemente como antes en Rusia. Me gusta toda España, durante muchos años de mi vida, soñaba con salir de mi país para buscar una vida mejor y para sentirme más a gusto, más cómoda, con más oportunidades laborales y personales. También tras muchos trámites, lo conseguí. Aquí en España en 2019 yo empecé una nueva vida. Todo me había ido muy bien, me agrada mucho el clima en España, que ha influido muy positivamente en mi salud, la calidad de alimentos aquí es mucho mejor que en Rusia, el nivel de vida generalmente es excelente. Para mí también con la Seguridad Social cosa que en Rusia cada vez va peor y es muy difícil para mí, una persona diabética, conseguir cosas imprescindibles para simplemente mi vida. Además, en algunos países, la Seguridad Social ni siquiera existe. En el último año en España he ganado más dinero que en toda mi vida. Este año también soñaba con un futuro estable en este país. En las últimas vacaciones de Navidad, yo volví a Rusia para ver a mi familia, mis

amigos y regresé a España en febrero. Y la primera sorpresa que me encontré aquí es que mis anteriores jefes me abandonaron. Antes de salir de España el año pasado para ir de vacaciones, me decían que contaban totalmente conmigo, que yo seguiría trabajando otra vez con ellos pero al final, nada. Me han hecho volver para nada pero bueno, tuve suerte y encontré rápidamente empleo en otro sitio y me puse a trabajar. En general como muchos pueden saber, Mallorca es un lugar turístico. Entonces el empleo en este sector nunca falta así que continué mi trabajo. Ya veíamos por la tele y escuchábamos las noticias que Italia estaba muy mal, que la gente no podía salir a la calle y finalmente a mediados de marzo se anuncia la catástrofe. Nosotros también estamos igual y, lo que es peor, la isla está cerrada totalmente. El puerto se bloqueó excepto para mercancías y el aeropuerto, se clausuró excepto para repatriados. Entonces cerraron todas las entrada, los clientes fueron regresando a sus lugares, a sus países. En los siguientes 10 días, todos los hoteles comenzaron a cerrar sus puertas hasta que el nuestro también terminó y adiós a mis sueños de una vida estable aquí en España. La continuación de esta historia, fueron dos meses de encierro en casa mientras todavía había que pagar facturas y no se podía trabajar. Mallorca depende mucho del turismo y fuera de este sector, apenas se puede encontrar nada. Veo muchas escenas dramáticas de gente que vivía literalmente en la calle, arruinada, que buscaba en la basura, algo que en realidad en Rusia no es una cosa tan rara. A veces pasa, la gente está acostumbrada a verlo pero para Europa, para España, para mí, es algo impensable. Durante este periodo, además de haber hecho una página web, se escuchaba noticias esperanzadoras pero cuando se empezaba a poder pasear por las calles y yo lo hacía, veía que mucho negocios no habían sobrevivido. Tenían las persianas bajadas y el letrero de se vende o se alquila. Más tarde, sólo 1 de 4 hoteles se han abierto y están casi vacíos. Los que se han abierto, al final con las estadísticas cada día empeorando, decidí buscarme otro lugar para guardar y conservar lo que he ganado el año pasado con tanto esfuerzo y no desperdiciarlo. Ahora después de esta mudanza, tengo muchas dudas acerca de mi futuro y mucha incertidumbre porque en realidad ya no sé qué hacer. En España, el empleo se ha convertido en algo extremadamente difícil de conseguir y no sé qué ahora va a pasar conmigo. Por supuesto yo sé perfectamente que no soy la única que está sufriendo las consecuencias de esta crisis, que en realidad solo está comenzando ahora porque más de un millón de gente que vive aquí en España fue al paro pero yo en principio vine aquí a este país para mejorar mi vida y ahora no sé qué hacer, no sé si volverme a Rusia, no sé si irme a otro sitio a buscar… no sé si quedarme y aguantar, esperar a que la situación mejore y que las cosas cambien. Todo esto, lo que está pasando, me estresa mucho, me pone muy triste y no paro de hacerme estas 3 preguntas que acabo de describirles porque en realidad, a mí me encanta España. Me siento aquí muy cómoda, muy augusto. Me siento de verdad muy bien y me daría muchísima pena si al final me tengo que ir por la situación laboral tan difícil, por no poder afrontar vivir aquí mucho más tiempo, al menos no de manera estable. Yo entiendo perfectamente que España no es un país perfecto como no es tampoco ningún otro país del mundo sin embargo, ya me acomodé aquí y me siento casi como en casa a pesar de todo lo que está pasando. Por eso no me agrada mucho la idea de una posibilidad alta de que al final tenga que irme a otro sitio y encima empezar desde cero. Me da mucha pena en general todo lo que está sucediendo ahora en el país y creo que merece un futuro mucho mejor. Sé que algunos están mejor y otros peor que yo. En los próximos meses veremos cómo cada cual resuelve o no estos problemas a lo cual yo invito a reflexionar porque esto va a golpear a todo el mundo y a todas las ciudades de una manera bastante bruta. Desde los Estados Unidos y hasta Rusia, desde los más jóvenes hasta los más mayores. Muchas gracias por haber visto mi vídeo, no olviden suscribirse si les gustan mis contenidos. Sasha.

La fragancia eterna

25 de agosto 2020 -163
DELICADAMENTE BELLO
Hay sentimientos, imágenes y recuerdos que de tanta vida como tuvieron en el día de su nacimiento, se quedan latiendo claros y pasan a ser eternos. Y lo digo porque en más de una ocasión, a mi mente acuden los fragmentos de aquellas vivencias íntimas, con la fuerza y frescura del primer día y siempre gritando belleza y de Ti, dándome tus besos. Y entre tantas, unas de estas imágenes, es la del cerro de los acebuches que baja largo y excelso desde el lado de las encinas grandes y el caudaloso venero por donde en aquellos días, al salir el sol, siempre iba la manada de cabras saltando por los romeros y llenando los peñascos de las partes altas y volcando hacia el barranco por donde crecen las madroñeras de los troncos gruesos.

Y bien recuerdo como besado por los primero rayos del sol, yo siempre me camuflaba por el lado que mira al gran valle y desde abajo ¡qué grandiosa era mi manada, alegres ellas y de ensueño, derramada por la inclinación de la ladera que cae larga y espléndida desde los veneros del barranco! Por eso decía al principio que las imágenes de aquellos días, hay que ver cómo quedaron temblando en el universo de la eternidad y hay que ver cómo gritan, desde Ti, quemando y aunque el tiempo sepulte tanta realidad, ellas surgen y viven con la fuerza de lo amado y delicadamente bello.

26 de agosto 2020 -164
TENIA SU PROPIO SUEÑO
Ella tenía su propio sueño,
su primavera particular,
su puesta de sol color fuego
y su mágico río, azul cristal.

Y aquel invierno llovió mucho. Sin parar día y noche y por eso los ríos se llenaron de agua hasta los bordes. Se llenaron a tope los manantiales y las fuentes, en las laderas de las montañas y prados, corrieron cristalinas. Sinuosas por entre los prados y la hierba y desgranando conciertos únicos.

La vieron aquella mañana. Era primavera recién llegada y, por la estrecha senda que atraviesa los castañares, bajó solitaria. Como al encuentro de algún tesoro por donde los charcos del río o como a la cita del príncipe más hermoso. Y, mientras se acercaba al río, dejaba que el viento jugara con su pelo. También ofrecía su cara al sol de la mañana y recogía florecillas brotadas a los lados del camino.

Cuando llegó a la corriente del río, se paró. Justo al lado de la gran roca gris, por donde el charco se remansaba y miró despacio. Metió su pie en el agua y, al notar que estaba templada, se animó. Sobre la misma roca fue dejando su ropa y luego se zambulló en las aguas. Su cuerpo de espuma casi se hizo transparente y luego azul verde, mientras feliz dejaba que el agua la abrazara. Como si ardiera en deseos de hacerse corriente con las aguas del río. Y por eso cruzó el charco, una vez y otra y abrazaba con sus manos el líquido cielo plata.

Sobre la roca blanca
el sol la fue besando
y, en el limpio silencio de la mañana,
se iba y se iba con el río, soñando.

La fragancia eterna

27 de agosto 2020 -165
VENÍA HECHO LUZ
Cuando me despierto, me digo que hay que ver con qué fuerza, las cosas en aquellos tiempos, se me quedaron dentro. Y lo digo porque ni siquiera por la noche cuando duermo, dejan de agarrarme y gritarme con la misma luz y belleza de lo imperecedero. Una prueba de esta realidad que estoy diciendo, se me representa esta madrugada ya a punto de despertarme y entrar otra vez al mundo de lo concreto pero por un instante, veo la gran cascada del bosque espeso con su arroyo de agua clara corriendo señorial por el mismo cauce y veo la senda vieja que sube desde el valle y trazando zigzags, se remonta y quiere coronar a la preciosa llanura del primer venero.

Suben por ella, ahora pista forestal de tierra, dos coches de los modernos y yo, como ahí estoy presente, de entre el bosque y el gran peñón que siempre fue centro, elevo mi ser que ahora ya no es cuerpo y cruzando la brisa de la mañana como en un dulce vuelo, remonto por delante de los coches y rozando la copa de los fresnos, recorro la ladera hasta el mismo corazón de la llanura del silencio. Y recuerdo yo ahora que mientras venía hecho luz y abarcándolo todo con mi gozo y pensamiento, me decía que a pesar de tanto, nadie ni nada logra arrancarme del rincón que tanto quiero y menos logran echarme del perfume que en la mañana y en mis campos, de Ti me sigue impregnando y me da tu rotundo beso.

28 de agosto 2020 -166
SOLO UNOS POCOS
En cada casa, en toda la ciudad, en el país entero, en todas las naciones, a lo ancho y largo del Planta Tierra, se oía la misma queja, el mismo lamento, el mismo grito: “No podemos estar más tiempo encerrados en la casa, nos hemos quedado sin trabajo, nada nos queda para comer, se nos acabaron los pocos ahorros que teníamos y ahora poco a poco nos estamos muriendo sin libertad, sin trabajo y de hambre. ¿Cuándo va a terminar esta pandemia y qué va a ser de cada uno de nosotros a partir de ahora a lo ancho y largo del mundo?” Por Todos sitios se oía la misma queja el mismo lamentó el mismo grito: “Veo muchas escenas dramáticas de gente que vive literalmente en la calle, arruinada, que busca en la basura, algo que en realidad no es una cosa tan rara. A veces pasa, la gente está acostumbrada a ver esto pero para Europa, para España, para mí, es algo impensable”. “Argentina enferma de pobreza tras una cuarentena récord de 150 días”. “¿Cuándo va a terminar esta pandemia y qué va a ser de cada uno de nosotros a partir de ahora a lo ancho y largo del mundo?”

El verano ya estaba tocando a su fin. Las temperaturas habían bajado y por las noches ya hacía bastante fresco. Las tormentas se habían presentado y sobre las cumbres de las montañas, las primeras nieves, ya habían caído. Muchas tiendas, bares, restaurantes, hoteles y otros establecimientos, en la ciudad permanecían cerrados. Muchas personas por las calles de la ciudad, iban y venían con mascarillas en la boca y separados entre sí. En la puerta de los hospitales, en las salas y en las habitaciones, las personas se amontonaban y, después de cinco meses luchando con la enfermedad, muchos morían. Nadie encontraba un remedio y por ningún sitio se veía la solución, el final, la esperanza.

Pero yo vi como una noche, ya entrado el otoño y cuando las nieves cubrían todas las crestas de las montañas, salieron de la ciudad. Sólo unas pocas personas guiadas y acompañadas por un joven y vi como cruzaban la ladera que mira al norte siguiendo el camino que va por entre castaños, robles y encinas. Rodearon la cuerda montañosa por el lado del levante y giraron hacia la derecha para cruzar el río y siguieron avanzando por donde las nieblas y la nieve se veían densas. Antes de llegar a las aguas del río, por las

partes altas y en la ladera del lado de arriba ya toda cubierta te nieve, Asomó él. Lanzó voces llamando a los que caminaban en grupo diciendo:
- Quiero irme con vosotros. Esperad un momento.
Pero los que caminaban en grupo como hacía un mundo lejano, sin nombre, todo libre de enfermedades, hambre y sufrimiento, respondieron al que quería unirse a ellos:
- Nosotros somos los elegidos, los únicos que a partir de ahora vamos a habitar en este Planeta Tierra. Nadie más va a librarse de la pandemia que a lo largo y ancho se extiende.

29 de agosto 2020 -167
SUJETAR EL TIEMPO
Por la senda que, por entre jaras y romeros, remonta desde el pequeño valle de la junta de los arroyos, subió lento. Parándose de vez en cuando y mirando a los paisajes, como buscando algo. Tenía doce años y era verano ya casi en sus últimos días. Estaba la mañana llegando a su mitad y el sol calentaba tanto que las chicharras no paraban de derramar sus cantos a lo ancho y largo. Olía el aire a resina de jaras, a perfume de romeros, a mejorarlas y a espliegos. Y a lo ancho y largo de todo el espacio que iba descubriendo, ni veía ni sentía la presencia de ningún ser humano. Solo, de vez en cuando, se oía el canto de algún pajarillo, se veía el revoloteo de alguna paloma torcaz y todo lo demás era silencio y quietud. Quietud profunda que él sentía como honda soledad y por eso parecía como si buscara algo. Su corazón se lo estaba pidiendo a voces.

Se encajó en lo más alto del puntal. Terreno limpio de monte y como un balcón hacia el arroyo pequeño, el valle de las juntas, el segundo arroyo pequeño a su derecha y la llanura más arriba hacia el lado norte. Al final de esta llanura, comienzo del arroyo de su derecha, sobre las rocas, se veía la pequeña casa de tejas naranja y paredes blancas. Después de un buen rato parado en esta elevación del terreno, se movió para su derecha. Buscó la pequeña senda que desde aquí se dejaba caer hacia el arroyo y siguió avanzando. Tenía hambre y también sentía sed. Sabía que por el arroyo, corría un hilillo de agua clara y fresca. Y tenía claro que aunque no tuviera nada para alimentarse, beber sí podría en el pequeño cauce del arroyo. Cuando terminó de descender, por entre las adelfas y juncos, buscó un claro para acercarse hasta la corriente. Y al aproximarse al charco, lo vio.

Estaba en cuclillas y parecía jugar con el agua que por el pequeño cauce se deslizaba. No lo conocía de nada porque era la primera vez que por aquí lo veía. Se quedó parado frente a él y miró en silencio. Junto a las aguas del charco, vio un montoncito de tallos de arrayán y cerca, otro montoncito de palos delgados y como de unos treinta centímetros de largos. Y observó que de ambos montoncitos de palos y ramas, cogía piezas y con mucho cuidado las iba colocando en la corriente del agua por el lado de abajo del charco. Construía como un pequeño muro para sujetar el agua y que se remansara el en charco. No lo conocía de nada pero sí percibía que tenía más o menos su misma edad. Le preguntó:
- Qué estás haciendo y para qué sirve esto?
Tal como estaba agachando y sin dejar lo que hacía, respondió:
- Estoy construyendo un muro para sujetar el tiempo. Y ves, si estas remitas de arrayán las coloco en vertical, el agua se escapa y se va pero si las coloco en horizontal entre los palos que en la arena he clavado, el agua se retiene y remansa. Es lo que las personas casi nunca hace bien y por eso el tiempo se les escapa y escapa.
El que había llegado y observaba, cerró levemente sus ojos y con suavidad restregó los párpados. Quería estar seguro que era cierto lo que antes sí tenía y por eso, unos segundos después fue poco a poco intentando ver con claridad. Pero cuando de nuevo abrió los ojos, no lo encontró antes sí. Solo vio las aguas remansadas en el charco y el trozo del pequeño muro construido con los tallos de mirto colocados en horizontal y los palos delgados sujetando a las ramitas para que la corriente se retuvieron.

La fragancia eterna
30 de agosto 2020 -168
EXTRAÑA BELLEZA
Y la otra cosa es que, mientras tú ibas andando por la senda del cerro de la ladera con la visión del cortijo sobre la lomilla y un poco a tus pies, a pesar del verde de esta ladera por la vegetación y la abundancia de pinos, el suelo, la tierra que pisabas, no se parecía a ninguna de las tierras que hasta hoy conoces. Por una extraña sensación real o sólo sentida, tus ojos captaban una tierra llena de brillo parecido a ese que refleja el charol cuando lo tocas. Y no era esto lo más llamativo sino que sobre esta tierra tan llena de esa extraña belleza ibas descubriendo huellas de pisadas humanas.
- ¿Qué son?
Preguntaste al padre del joven que en estos momentos te acompañaba y en tu interior sabías que él era el más profundo conocedor de cuanto late y respira en estos montes.
- Las he visto muchas veces yo. Ellas son las huellas de aquellas personas atravesando los cerros de estas sierras y que se han quedado aquí para que no se nos olvide que todo esto tuvo su historia.
- Una historia, por lo que se ve, llena de vida y por ser de gente humilde y sin estudios no quedó escrita en ningún libro y estas huellas serían precisamente eso: los libros no escritos pero llenos de mensajes imperecederos para que sepamos de ellos.
- Exactamente, eso son estas huellas que, además, encierran otro pequeño gran misterio.
- ¿Cuál es?
- Que son invisibles para mucha gente. Sólo pueden verlas y gustarlas algunos y más que desde los ojos de la cara, desde dentro.
- Algo así como dice el libro del Principio que sólo se ve bien con el corazón.
- Algo así y parece que este es el principal atractivo de estas huellas que se extienden por toda la sierra y todos los rincones, arroyos, laderas y valles de estos montes.
- Pues todo un fabuloso tesoro que anda perdido, ignorado y desconocido para casi todo el mundo. Tienes que tener cuidado porque si de esto se enteran algunos, ya verás lo que harán de estas laderas y arroyos.
- Y sobre todo si se enteran algunos de esos que se pasan la vida diciendo que el mundo, la tierra y todo el planeta e incluso la creación entera, ha sido puesta aquí para que el hombre la domine, la transforme y haga de ella lo que le apetezca.
- Exactamente eso es lo que pienso.

En fin, esto es lo que tú viste aquella noche en tu sueño y ahora que andas por aquí te dices que en realidad entre aquello y esto sí hay algún parecido. Aunque el cortijillo es sólo unas cuantas paredes de piedra color chocolate ya bastante caídas, comidas por la vegetación y sin señales ninguna de vida humana. ¿Quién vivió aquí y en qué época? Interrogantes que se te amontonan en el río de todas esas experiencias que tienes de estas sierras quizá para quedar ahí eternamente arrinconadas y sin respuesta. El silencio y la soledad de estos montes hacen todo lo demás.

Pero ellos, desde tiempos lejanos, se refugiaron en el rincón y en noble amor por la tierra, la llenaron del sudor de sus frentes y de la vida que les corría por el corazón callado y como la tierra los amó, cada mes y cada año, ella les dio su fruto en forma de trigales verdes y de habas frescas que relucían al sol de la mañana y de fuentes claras y unos días más tarde, en forma de trigo dorado que se convertía en harina blanca y en pan candeal que de nuevo daba la vida y devolvía al corazón, el calor y amor que del corazón había salido.

Y a ellos, un día los echaron aquellos segundos que llegaron y luego los fueron acorralando las propias aguas de este pantano y los que después hemos llegado y ellos, siempre vivos y abrazados al tiempo que nunca los olvidó y ahora, aquella tierra que fue sangre porque fue hermana en la propia sangre y en el beso de amistad al brotar las primaveras cada año, los sigue llamando y esperando porque los quiere y en la soledad y la tarde, está contenida, soñando.

Y la tierra, porque fue hermana del alma del que fue hermano con ella, sigue esperando que un día vuelvan al rincón y a la luz que por derecho les pertenece y por eso, mientras ando callado y oigo la voz de los que fueron primero y desde el amor que nunca pudre el tiempo, percibo y gusto la forma de aquel beso que está eterno brotando de la tierra y con su melodía diciendo: “Ellos se fueron pero su esencia quedó en el rincón y aunque pasen mil siglos y tanto cambie todo de nuevo, el rincón les pertenece porque lo amaron desde lo más limpio y duro y por eso espera que vuelvan, quizá con el perfume de cualquiera de estas muchas primaveras o con el sol que va de la mano del viento o con el verde de la hierba, porque ellos, amaron tanto a la tierra que además de hacerse sudor con ella, también se hicieron sueño y trigales frescos que da la vida y con el inmenso azul del cielo, la fuerza que transmite un perfume de olor eterno”.

La fragancia eterna
31 de agosto 2020 -169
EL VALLE
El valle que tiene su descanso en el mismo centro de mi corazón y desde ahí rebosa, por el lado de la derecha, hacia la curva grande del río, al frente, para la ladera y el puerto del pino y por el lado de la izquierda, hacia el cortijo, la huerta y las encinas grandes, anoche lo volví a ver en mi sueño y lo saboreé en mi alma mientras lo recorría en silencio.

Y vi como los charcos del arroyo ya no estaban o sí estaban pero convertidos en baños de fantasía para miles de los que llegan de fuera y lo mismo el camino que va desde la curva al puntal que mira al río e igual la ladera que se achata por el puerto del pino viejo y otro tanto por la tierra llana que fue el prado de las ovejas y la alberca donde se recogía el agua para regar la huerta.

Y como por entre la hambrienta muchedumbre fui caminando sintiéndome herido y extraño y superior a ellos porque tengo mis principios casi donde comienza el tiempo, al preguntarles, muchos me fueron diciendo:
- Pues ahora lo que necesitamos es un mapa que recoja los nombres y los caminos viejos con las ruinas de los cortijos y las cascadas de ensueño.

Y a tal proyecto y antes la muchedumbre, no respondí ni una sola vez sino que seguí recorriendo la tierra llana de mi valle y a cada recodo del camino y detrás de cada encina vieja, la tierra se me presentaba tan cambiada que más que gozo por haber vuelto, lo que sentía era un río de amargura me quemaba doliendo por la sangre.

1 de septiembre 2020 -170
LA PIEDRA ANGULAR
Al llegar al manantial, se paró. Durante unos segundos observó despacio el agua brotando por entre las piedras. A un lado y otro de la pequeña corriente que desde el manantial se formaba hacia las partes bajas, se veía el ocre del óxido de hierro. Fuente Agria era como siempre había oído llamar a este manantial. Y él sabía que este nombre era precisamente por eso, porque el agua que por aquí regurgitaba, transportaba mucho hierro y su sabor era a hierro agrio. Se agachó en el mismo manantial, lavó sus manos, bebió unos tragos,

saboreó despacio el sabor del agua recién brotada de la tierra y luego se incorporó. Aspiró el suave airecillo que, arroyuelo arriba y por entre los acebos subía desde el pequeño valle y luego se fijó precisamente en este trozo de tierra cubierto esta tarde por ciento de florecillas moradas.

Se estaba terminando el verano y las señales del otoño, ya aparecían por algunos sitios. Y en las montañas, las primeras de estas señales, son precisamente la aparición de las moradas flores de azafrán silvestre. El pequeño valle que, unos doscientos metros más abajo de la fuente, es un espacio hermoso, lleno de paz, silencio y misterios, quedaba atravesando por el regato que del manantial descendía. Siguiendo este arroyuelo, se puso a bajar lentamente y al poco, sintió murmullo de personas. Miró bien y los vio. Justo por el lado de arriba del pequeño valle de las mil flores moradas, parecían buscar cosas. Descubrió enseguida que todos eran hombres mayores. A ninguno conocía ni ellos a él. Pero se acercó confiado y al que parecía ser el que organiza, le preguntó:
- ¿Quiénes sois vosotros y qué buscáis por aquí?

Casi al unísono, dos de ellos dijeron al joven:
- Como puedes comprobar, todos somos mayores que hemos venido por aquí a buscar las mejores piedras.
- Piedras buenas y en todos los tamaños, hay muchas por aquí y en todas estas montañas.
- Pero es que nosotros buscamos, entre todas estas piedras, algunas especiales. No sabemos si tú lo sabes pero en todos estos días y a causa del virus que se ha extendido por todo el mundo, las personas que más están muriendo somos precisamente los mayores. Y algunos jóvenes, parece que no ponen mucho de su parte para evitar esto. Po eso nosotros nos hemos unido con el deseo de construir un gran edificio, todo de piedra y robusto. Quizás podamos encerrarnos en este edificio para así aislarnos y librarnos de contagios. Y si esto no fuera posible, pretendemos que el edificio que vamos a construir, sea como un símbolo de nuestro disgusto y deseo de no ser despreciados por las personas. Por eso queremos también encontrar, entre las piedras que por aquí buscamos, la perfecta piedra angular para que sostenga firme y para siempre la obra que queremos hacer.
Nada respondió el joven a estas palabras. Miró a las tierrecillas del pequeño valle por completo cubiertas de flores moradas de azafrán silvestre y para sí pensó: “Y precisamente, este lugar tan bonito y recogido, puede ser el sitio perfecto para levantar el símbolo que dicen quieren construir”.

La fragancia eterna
2 de septiembre 2020 -171
DESBANDADA
A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la

vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten. Se dice él para sí, llorando desde su picacho y como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.

3 de septiembre 2020 -172

LA DONACIÓN

Él tenía su pequeña oración que elevaba al creador tres veces al día. Por la mañana cuando el sol se empezaba a alzar sobre las cumbres al levante, al mediodía cuando el sol daba de lleno en los acantilados de su cueva y al caer la tarde cuando el sol se iba ocultando por las montañas al poniente. Sentado en la puerta de la cueva y abrazado por el más hondo silencio, musitaba: “Protégenos Dios nuestro que nos refugiamos en ti porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”.

Por la razón que fuera, él buscó un refugio en la montaña y ahí se aisló del mundo. En una cueva no muy grande pero sí bonita, tallada por la naturaleza en la pura roca caliza y con vistas al valle del río grande, frente al norte y a la alargada y extensa loma al otro lado. Desde las laderas de las montañas de su cueva, el terreno caía poblado de olivos que se extendían por todo el valle del río, cerros y hondonadas al otro lado. Acondicionó muy bien la cueva que la montaña le regalaba y también la decoró por dentro. Con piñas que recogió del bosque cercano, con trozos de madera tallados por él, con piedrecitas labradas en las aguas de la corriente del arroyo y con bastantes bolsas de tela llenas con tallos y flores de plantas aromáticas. Cerca de esta cueva y pegado al arroyo, acondicionó el terreno y sembró muchas hortalizas, cereales y árboles frutales. Labró y cuidó muy bien todas estas tierras y de ellas sacaba lo suficiente para alimentarse, sentirse libre y vivir en la armonía y serenidad que su interior apetecía.

Al amanecer, desde el interior de la cueva, cada día contemplaba los primeros rayos de luz de la mañana. Disfrutaba del aire fresco y perfume a plantas vivas que en las estaciones

de la primavera, verano y otoño, siempre la naturaleza le regalaba y, especialmente, por entre las zarzas y vegetación del arroyo y la tierrecillas que cultivaba. Tenía un teléfono móvil muy básico que cargaba con unas pequeñas baterías solares. Algunas veces, muy de tarde en tarde, lo llamaban o llamaba porque, en fondo, le gustaba saber algo del mundo y de las personas. Y así fue como una mañana de verano, cuando recitaba su sencilla oración a la salida del sol, recibió una extraña llamada:
- Ni nos conoces ni te conocemos pero tenemos una muy buena cantidad de dinero que queremos darte. Te vendrá muy bien para ser feliz por completo. A las cinco de la tarde, te esperamos en la carretera a la entrada del pueblo de la loma.
Nada dijo a esta llamada. Al mediodía, cuando de nuevo rezaba su oración, la llamada se repitió:
- Que te esperamos en el sitio que te hemos dicho y a la hora fijada. Ya tenemos el dinero preparado para dártelo. Es una muy buena cantidad.
De nuevo guardó silencio a esta llamada. Pero al caer la tarde, justo a las cinco menos cuarto, en una tercera llamada le decían:
- Aquí ya te estamos esperando.
Poco después, cuando ya el sol caía hacia el horizonte y el cielo poco a poco se iba cubriendo de color oro, desde la puerta de su cueva, en silencio meditaba y rezaba su sencilla oración.

4 de septiembre 2020 -173

¡SÁNAME, DIOS MÍO!

Desde el refugio de mi hogar y rodeado del calor de mi familia os escribo estas palabras de agradecimiento a tantísimos que os habéis preocupado por mi estado de salud en estos últimos días. El pasado 4 de agosto decidí, por caprichos del destino, luchar contra el cáncer. Uno además muy agresivo y extendido por distintas partes de mi cuerpo. ¿Cómo me iba a poner el destino un reto fácil? Hoy es 25 de agosto y cumplo 44 años. Mi mayor deseo no os lo cuento para que se cumpla. Muchos de vosotros estáis terminando las vacaciones y muchos otros estáis ya preparando la vuelta al cole tan atípica, por las circunstancias tan especiales que nos envuelven. Desde mi posición actualmente, quería daros mi opinión ante tanta incertidumbre que nos invade en estos momentos. Uno de cada dos de todos nosotros padeceremos cáncer en nuestras vidas. Una pasada, ¿verdad? Pero en las manos de cada uno está evitarlo. El 70% de las muertes que se producen por esta enfermedad en el mundo se podrían evitar. ¿Cómo? Por la prevención. Se destinan miles y miles de millones de euros necesarios para la investigación de muchas enfermedades, pero se invierte muy poco en prevenirlas. Un círculo vicioso en el que nos hemos metido y que nos lleva a abusar de lo que nos daña y una sociedad que nos ha llevado a delegar nuestra responsabilidad en auténticos mamarrachos irresponsables que sólo se preocupan por el cortoplacismo. La culpa es nuestra al final de todo. De cada uno de nosotros. Cambiar la sociedad para que el beneficio sea el interés de todos, es imposible. Cada colectivo, sea el que sea, en su conjunto, es cobarde cuando tiene que luchar por lo sensato y por lo justo. Ahora, dentro de cada colectivo existen personas excepcionales que se desviven en su trabajo con honestidad, transparencia y profesionalidad y luchan por esa sociedad más justa para todos y que siempre haya esperanza.

Hace unos meses, un gran grupo editorial de este país, me propuso escribir un libro, en particular, una especie de manifiesto donde propusiera mis ideas sobre qué medidas propondría para que este país cambiara de rumbo, algo que muchos deseamos. En Octubre estará disponible en las librerías. Creo que he sido claro y contundente en mi exposición y en cada uno de vosotros está cambiar vuestra vida y la sociedad en la que vivís. Mi lucha ha cambiado de objetivo en estos difíciles momentos. El destino ha sido caprichoso conmigo pero lo hemos decidido los dos. Todo lo que nos rodea influye para que

enfermemos o no. Yo he tenido unos años en los que he jugado fuerte con mi cuerpo y mi mente y lo ha notado. Pero somos algo más que células sanas o enfermas. Hay algo que no podemos tocar pero si sentir y que es el mejor remedio que existe para contrarrestar los males y sufrimientos de este mundo, el amor.

Yo ya soy un enfermo de riesgo y paciente oncológico, así que tendré que vacunarme cuando esté disponible la vacuna y espero que los que también tengáis que hacerlo lo hagáis. El mundo está bloqueado y como ya os he dicho muchas veces en mis videos en las redes sociales, la evidencia científica manda y salva muchas vidas. La prevención y pensar en los demás nos hará salir de esta situación tan complicada. No queda otra que aceptar lo que nos ha tocado vivir y afrontarlo lo más unidos posibles. Es difícil en un mundo tan individualista y oportunista pero es buen momento para demostrarnos que los buenos y los solidarios podemos con los malos y con los egoístas. Sigo aquí, luchando ahora por mi vida y pensando mucho en todos aquellos, que como yo, sufren esta terrible enfermedad. Una oportunidad para demostrarnos a nosotros mismos que los milagros existen, porque los milagros se hacen realidad cuando se pelea y se cree en ellos. Y aunque no todo depende de nosotros, lo importante y por lo que merece la pena vivir es el amor. Un abrazo enorme a todos y os agradezco de nuevo vuestro interés y apoyo. Ahora sólo necesito tiempo, descanso, desconexión y tranquilidad. Os iré informando. Muchísimas gracias a todos.

5 de septiembre 2020 -174

EL JARDINCILLO

Desde su ventana, en silencio mira mientras la tarde cae y el tiempo imperceptible, avanza sin detenerse. A su mente, acuden los recuerdos. Y aunque sabe que a veces no sirve casi de nada rememorar las cosas del pasado e incluso las del propio presente, su mente y corazón palpitan. Laten con fuerza en las fibras de su alma, todas las personas que conoció y conoce y siente con sinceridad, los problemas y dificultades que cada una de estas personas en estos momentos están viviendo. Quisiera ayudarles a todas y quisiera plantar en sus vidas momentos hermosos y alegres. No sabe cómo pero casi sin percibirlo, de su pecho se escapa una sencilla oración: “sánalos, sánanos, sáname Dios mío!”

Y, entre tantos recuerdos, imágenes, las personas ausentes y las circunstancias del momento, una imagen se le hace vida con rotunda fuerza. No tendría entonces más de doce años y era también una tarde como la de hoy, final ya del verano y con los señales del otoño apareciendo por horizonte. Buscaba moras silvestres por entre las alzas del río y al mirar al frente, por la ladera y entre los olivos, vio el rebaño de ovejas. Avanzaban pacíficas llenando toda la tierra y el pastor las protegía desde la parte alta de la ladera. Cuando ya el rebaño estuvo cerca del río, el pastor las empujó para que descendieran a los charcos del lado de abajo. En un momento, los animales se esturrearon por todas la vegetación y veredillas cerca del cauce. Luego, lentamente comenzaron a subir río arriba y el pastor las guiaba desde atrás. Según la tarde iba cayendo y el sol se ocultaba en el horizonte a lo lejos, el rebaño de ovejas remontó hasta la parte alta del río, por donde la llanura. Al lado de arriba de esta llanura, ya se alzaban las laderas de las montañas y un robusto e impresionante acantilado rocoso. En las tierras entre la llanura, al lado de abajo del acantilado, las ovejas se fueron acostando. La noche comenzaban a caer y él vio al pastor acercarse al acantilado.

Desde el río por donde buscaba moras, se fue hacia los acantilados y al acercarse al pastor, Le sorprendió el rincón donde se refugiaba. No era ni una cueva ni una grieta entre las rocas sino una especie como de plataforma pegada a la pared del acantilado y desde donde un puñado de tierra muy fértil y verde, caía hacia abajo como en busca de la llanura

donde las ovejas descansaban. Vio que el hombre, sobre unas ramas y rocas en la pequeña plataforma, se recostaba mirando hacia las tierrecillas que tenías cerca, como si se recreara contemplando el pequeño y especial panorama a la también muy especial luz de la tarde ya casi sombras de la noche mezclada con los primeros rayos de la luna. Con cierta timidez, le preguntó al pastor:
- ¿Es esta tu casa?
- Este es mi refugio particular y también el tuyo.
- ¿Y este pequeño trozo de tierra tan verde y regada con estos hilillos de agua?
- Es mi jardín, huerto y pequeño edén particular. Desde aquí, cuando ya me acuesto para dormir, contempló aquí en primer plano este pequeño jardín mío, mis ovejas durmiendo ahí en la llanura, el río al fondo y allá a lo lejos, las cumbres de las montañas por donde el sol asoma cada mañana. Este está en mi casa y palacio y desde ahora, Tú eres mi invitado especial.

Hoy, muchos, muchos años después y aquel encuentro con el pastor, desde su ventana, en silencio mira mientras la tarde cae y el tiempo imperceptible, avanza sin detenerse. A su mente, acuden los recuerdos. Piensa en el hombre, su huertecillo y sus ovejas y se da cuenta que nadie, nadie, absolutamente nadie en este mundo, sabes de él. Nadie lo puede recordar y por eso nadie va a rezar nunca una oración por él al cielo. Pero lo que sus ojos dieron en aquellos momentos, tiene valor y es hermoso porque existió de la forma más sencilla y noble.

6 de septiembre 2020 -175

LA MONTAÑA DE LA NIEVE

Al borde mismo del rio, a la derecha, sobre el talud y mirando a la gran montaña, construyeron la casa. No muy grande, en forma rectangular y con dos plantas. En la entrada tenía un pequeño rellano rematado con una baranda de palos de castaño. Era la baranda del balcón para asomarse al talud del río y disfruta de la corriente, al fondo. Según se llegaba a la casa, a la izquierda, saludaba un pequeño huertecillo con un buen puñado de árboles frutales. Y en cuanto se avanzada y unos metros más adelante de la puerta, por donde ya una pequeña senda arrancaba para bajar al río, crecían tres hermosísimos olivos centenarios. El balcón al río con su baranda de madera, era un magnífico mirador frente a la alta montaña al otro lado del río y a bastante distancia.

Llegó el otoño y cayó la primera nevada. Y aquella misma mañana, al llegar yo a la casa, me lo encontré apoyado en la baranda de madera observando en silencio el espectacular manto blanco con que se había cubierto toda la gran montaña. Lo saludé y con amabilidad, le pregunté:
- ¿Qué trae de bueno esta nevada tan a principio del otoño?
Tal como estaba apoyado en la baranda de madera permaneció, en silencio unos segundos y luego me dijo:
- Esta, nevada, como otras muchas, trae agua para los campos y para los manantiales arroyos y ríos. Pero la nieve que esta noche al cubierto de blanco todas las crestas y laderas de la montaña que al frente estamos viendo, trae algo tan especial que enamora el alma y embelesa de la forma más hermosa. Es como si un trozo de cielo, de eternidad, de la inabarcable obra del Creador, de la forma más caprichosa, esta noche se hubiera extendido por aquí. ¿No estás viendo?

Y sí que lo estaba viendo. La robusta figura de la montaña, como un gigante parecía alzarse desde río en busca de las nubes colgadas en el viento. Como un gigante que daba miedo por el silencio y la inmaculada blancura que desprendía. Y más miedo a la vez que asombro serenidad y belleza, transmitían las finas nieblas que desde el ríos, por los

barrancos y hondonadas subían para, muy lentamente, escaparse por las crestas de la montaña hacia un infinito misterioso. De nuevo me dijo:
- Yo sé que esta tan sobrecogedora imagen es como un anuncio del cielo, como un regalo y la señal del hermoso universo que todas las personas soñamos.
Y me acordé en este momento del poema que en mis cuadernos tenía escrito:

319- Estoy mirando a la montaña
con las nubes que se esconde por el cerro
y vuelan y me siento perdido
en la blancura de lo inmenso.
¿Quién eres Tú, Dios mío,
y este abismo de belleza
que tanto mata y es beso?

La fragancia eterna
7 de septiembre 2020 -176
EL MÁS BELLO POEMA
A ella se le ve subir por los caminos que surcan la tierra y al poco, se le ve entrar al cortijo que arropan los pinos y como ella, hoy al igual tantos días, sí trae su tragedia propia en el alma que le hace bella, también hoy como tantos días, se olvida de su dolor y en cuanto llega a la casa se interesa por le hermana aquella y luego por los pequeños de la otra hermana y por el muchacho y después, por las cosas de la cosecha y por el dolor del padre amado y por la salud de la reina abuela.
- Pues aquí vamos tirando, que no es poco y amontonando cada día un grano de arena en la ilusión que traemos entre manos pero tú ¿cómo es que siempre estás en las penas de los otros y las tuyas, como si no existieran?
Y la hermosa hermana:
- Las tengo y las llevo por dentro pero sabes que desde pequeña me enseñaron a bordar sencillas letras que forman palabras hermosas porque al fin y al cabo, si bordar la vida es nuestra obligación, hacerlo correcto y con amor ¿qué trabajo cuesta?

Y durante un rato más, se le ve dentro del cortijo rodeada de las personas buenas que le expresan su cariño y le dicen que la quieren por ser ella tan alegre y hermosa, no hablando nunca de su dolor y sí pendiente de las otras penas y por eso esta mañana, como tantas otras por esta Vega, alrededor suyo y en el cortijo, todo parece una fiesta simplemente porque ahí entre ellos y bien cerca y a pesar de su hermosura, no se habla de otra cosa sino del dolor de los presentes menos del de ella.

- Esta hermana humilde que parece una princesa hay que ver cuánto entusiasmo contagia, sólo verla.
Dicen las personas del cortijo y a estas palabras contesta sincera:
- Todos y, en esta lucha con la tierra, estamos como escribiendo un libro y en ello se nos va el afán diario y la ilusión y los sueños y hasta la salud y las fuerzas pero ya sabes que lo importante es que al final, en ese libro, las letras contengan y expresen grandes mensajes porque ese es el único tesoro que, después de todo, queda.
- ¿Y quién nos leerá ese libro que tú dices, a diario vamos escribiendo, aunque no sepamos, a nuestro paso por la tierra?
- ¡Quién va a ser, mujer, sino el Dios supremo que es el dueño y el maestro y el Padre Bueno que nos quiere, cuida y besa!

Y al poco, a ella, se le ve caminando por los sencillos caminos que surcan la grandiosa Vega y dejando tras de sí, una aureola de perfume y, en los corazones de los amigos pobres, el entusiasmo y la luz que alumbra e indica el camino que atraviesa la vida

y tierra y lleva a la región de lo eterno, que es donde el dolor de los humildes, son letras de oro y luz Purísima que exhala sagrada esencia.
https://youtu.be/HprbOxe8n5A

8 de septiembre 2020 -177

315- ¿MI CHOZO?
Hace tres meses que lo he construido
junto al arroyo
entre el bosque de tu belleza,
a dos pasos de tu corazón,
bajo los madroños de la tarde,
al borde de tu compañía,
y en la finca de tu perdón.
Y aquí sólo hay pájaros,
silencios de primavera
y flores que me hablan de Ti.
Pero si quieres ¿Mi chozo?
Si acaso mañana lo desmonto
y con los dos enseres
de mis mantas viejas,
y un poco de ayuda por tu parte,
me voy a vivir a la cabaña que tienes,
entre el alba y las estrellas,
al borde del prado de la hierba.

Un baso de aluminio
una cantimplora y varias cosas más sin valor
y la corriente de tu arroyo
que pasa rozando a mi chozo,
son los únicos compañeros
que comparten conmigo
la tristeza del alma,
pero mientras en la noche duermo
sobre la música del agua,
yo sé que me besas.

Aquí te doy y me das compañía
tardes enteras y lloro y rezo
y me abrazo al viento
sin que nadie lo sepa.

Y más arriba y bajo los álamos,
brota el manantial de las aguas limpias
y como siempre, por entre las sombras juegas,
ahí me siento y sueño
que me haces perfume de flores,
aromas de hierba
y contigo me llevas.

Siempre ando visitado
de las mariposas que vuelan
y en el fresco del agua

del blanco chorro de la fuente bella,
al lavar mi cara
Tú te reflejas.

Porque mi chozo
aquí lo construí aquella tarde de primavera,
cuando me diste tu mano de amigo sincero
y me dijiste que me viniera
al simple palacio del viento tibio
y al calor sincero de la limpia tierra.
https://youtu.be/ONVnQewIllw

La fragancia eterna
9 de septiembre 2020 -178
¿QUÉ SEREMOS?
Al rodal de tierra que se traba en la ladera y mira al barranco y por encima de las rocas grandes, como que se aplasta silencioso besado por el sol de la tarde y regado por el chorro de agua que todavía le llega del arroyuelo, ahora se lo comen los pinos espesos y bajo ellos, los jaguarzos, las retamas, las cornicabras y las zarzas y el puro silencio.

Pero como por el rodal de tierra late la vida y entre el polvo que ahora sólo da hierba silvestre, permanecen las huellas de aquellos y de ella cuando regaban sus tomates y cortaban sus pimientos en las tardes que aunque se comió el tiempo, siguen aplastadas en la soledad y luz que muda la besa, ayer por la tarde al pasar y de nuevo verlos y sentirlos, me paré con el deseo de quedarme y beber un sorbo del latir inmenso que por el rincón humilde todavía sigue latiendo.

Y por el rodal de tierra, el insignificante y pobre sobre la ladera que mira al Valle, me pareció ver, con los ojos del corazón, la figura de la abuela acompañando al nieto y derramando el sudor de su frente sobre el áspero suelo y ella, entre tarea y tarea, pronunciando sus palabras con acento a inmenso:
- Tú, hijo mío, pídele siempre a la tierra y a los hermanos, desde lo limpio que llevas en tu corazón y lo noble que ella tiene dentro.
Y el nieto:
- Algo de lo que deseas decirme, sí entiendo pero como dice padre ¿si otros vienen y se hacen dueños y manchan e ignoran a la tierra diciendo que son otros tiempos?
Y la abuela:
- ¡Ay hijo mío! Dura será la lucha y ella y tú y yo y los que vengan después, seguro sucumbiremos pero si a la tierra la prostituimos y nuestra identidad y rumbo vamos perdiendo ¿qué seremos nosotros bajo este sol que nos alumbra sin señas propias y sin centro y sin el amor purísimo que los manantiales de estas tierras nuestras, nos van transmitiendo?

Y en el rodal de tierra que riega o regaba el agua que limpia saltaba por el arroyuelo, sigue en su faena la abuela y el nieto y como hoy han pasado ya tantos años, desde el silencio de esta tarde incierta, miro las huellas de ellos y de estos y en mi dolor y en mi secreto, me digo, desde lo más adentro:
- ¡Ay abuela! Si tú levantaras la cabeza y vieras ¿qué dirías de estos nuevos tiempos?
Y la abuela, desde su rodal de tierra en la región de lo eterno:
- No hace falta que me lo digas porque lo estoy viendo pero lo mismo que aquella tarde, te digo que la tierra y todo lo que por aquí fue nuestro y con herida tremenda, hoy se desangra y se muere, que al final, lo cierto no es ni esta realidad ni aquella sino el latido

que fuimos los humildes y con la tierra y en nuestro perfume, aquí sigue inmaculado y en su centro.
Y entonces quiero decirle:
- Pero abuela ¿tú estás viendo lo que yo veo?

10 de septiembre 2020 -179
SOLIDARIOS
Sus comportamientos fueron ejemplares. Yo los vi llegar a un punto concreto del río. Justo al lado de arriba del puente, por la derecha. El monitor les indicó y lentamente bajaron por las sendas hasta la misma corriente de las aguas. De nuevo el monitor les volvió a indicar y en las pequeñas playas de arena y grama que junto a las aguas había, fueron dejando algunas de sus cosas. En la corriente pusieron algunos de sus alimentos y luego se dedicaron a explorar la zona. Buscaron plantas para estudiarlas, buscaron piedras rodadas por la orilla de las aguas, subieron al acantilado, recogieron algunos frutos silvestres, hicieron algunos ejercicios de redacción y físicos y, un poco antes del mediodía, se dividieron en dos grupos. Uno de estos grupos, el menos numeroso y los que tenían mejores cualidades, se colocó en las rocas, por debajo de gran charco. Entonaron canciones muy bellas y los demás, muy atentos escucharon y luego aplaudieron.

Sobre el césped de grama y a la sombra de los fresnos, se repartieron la comida a la hora programada. Después, tuvieron un buen rato de tiempo libre y a media tarde, el autobús llegó. Antes de prepararse para subir al vehículo, el monitor les pidió que revisaran bien todo el territorio.
- Ningún rastro de nuestra presencia por aquí, debe quedar en estos lugares. Ni siquiera el trozo más pequeño de papel de caramelo.
Recogieron sus mochilas y poco a poco fueron subiendo al autobús. Satisfechos todos de la excursión y más satisfechos aún por la experiencia que entre sí habían compartido.

Y, cuando diez minutos después el autobús ya rodaba de regreso a la ciudad, un joven del grupo, se levantó de su asiento, se puso cerca del conductor mirando a los compañeros y preguntó:
- ¿Quién de vosotros ha echado de menos hoy algo?
Casi al unísono, todos respondieron:
- Todos los que en este momento estamos aquí, hemos echado en falta a nuestro mejor amigo.
- ¿Y estáis dispuestos a poner vuestro granito de arena para hacerle el regalo que este amigo nuestro necesita?
- Queremos hacerlo.
El que hablaba, se quitó su gorra de visera y empezó a moverse por el pasillo del autobús. Uno a uno, comenzaron a vaciar de sus bolsillos las monedas que tenían. En un momento, la gorra se llenó. El que recogía el dinero, eufórico dijo:
- La próxima vez, nuestro amigo, podrá venir con nosotros. Ya tenemos el suficiente dinero para comprarle la silla de ruedas que siempre ha soñando y tanto necesita.

La fragancia eterna
11 de septiembre 2020 -180
HASTA QUE DIOS VENGA
A punto de caer la tarde, se asomó a la cumbre del picacho y echó una última mirada al valle y además del silencio y la soledad y los caminos rotos, vio que hoy ya no hacia falta barrer la chiquera ni la cuadra de los animales porque descubrió que por la tierra ni careaban los marranos ni las vacas ni las ovejas ni tampoco estaban verdes los huertos ni en las llanuras del querido valle seguían creciendo los cerezos ni los robles ni los pinos ni

los perales y además de ésta, como desolación o desbandada a lo grande, vio y sintió en su corazón que en la puerta de la amada casa, ya no se amontonaban las ramas para la lumbre cuando llegaran los fríos del invierno ni tampoco, de las chimeneas de los otros cortijos, brotaba su chorro de humo como siempre y, desde tiempos lejanísimos, había sido en este valle.

Y como el corazón se le descuajó desde la visión del cerro mientras iba cayendo la tarde, quiso levantarse y bajar e irse por los caminos rotos, no sabía hacia qué lugar que pudiera un poco consolarle, cuando al mirar, ya sí por última vez, los vio subiendo por la vereda del centro siguiendo los pasos lentos del burro grande y subidas sobre el lomo la abuela y la niña y al lado y detrás, los hermanos, la madre y el padre y vio que al llegar a la fuente, detienen su marcha y se bajan y antes de beber del agua purísima que a miel todavía sabe, la niña extiende sus brazos y como si estuviera en el juego que manaba de la abundancia y la belleza de aquellas remotas tardes, mirando a la abuela le dice:
- Es que antes de irme del todo quiero beber el último sorbo de esta agua fresquita y quiero, la cara y las manos, lavarme para así conmigo llevarme el último beso de la esencia más fina que mana y, durante un rato más, por nuestro grandioso valle.

Y mientras ella bebe y medio juega en el cristalino chorro de agua que por la caudalosa fuente sale, la abuela la mira muda y en su silencio la mira la madre y el hermano dice que ya no se puede perder más tiempo porque el camino que sube por la tierra rozando las encinas grandes, es largo y más largo es el otro que lleva al infinito y arranca o muere por donde el empalme.

Y el que mira desde su picacho de siempre y está a punto de irse también porque ya muy avanzada viene la tarde, al echar su última mirada por las tierras dulces de su amado valle, descubre que con la sombra de la noche que avanza desde lo hondo, vienen subiendo las aguas desde el lado del río Grande y con las tinieblas de la noche que llega, juntas y al mismo tiempo, viene cubriendo las tierras y sepultando ya para siempre sus raíces y su corazón y las tumbas de los suyos y el vergel tan repletos de árboles y hasta la luz del propio sol porque ya es por la noche y todo se acurruca en su nido y el mundo entero ya no late.
- Hasta que Dios venga con su amor de padre y ordene que resuciten los muertos y que los cerezos florezcan y los ruiseñores, en sus rincones, otra vez canten.
Se dice para sí, llorando desde su picacho y como escondido mientras vienen subiendo las aguas y, con ellas, la triste tarde.

12 de septiembre 2020 -181

¡Y QUÉ GOZO!

327- Sentado al borde de la tarde,
que el sol puro transforma en fuego y calma,
te adivino caminando
por donde el río tiene su fuente clara
y me arde el corazón
y quisiera morirme ya
en esta tan dulce llama.

Porque te he visto esta mañana
¡y qué gozo placentero
has dejado por mi alma!
Y es que ere la sombra fresca
en la tarde de sol ardiente

y viento tierno que llena el corazón
junto al agua de la fuente.
Pero tu ausencia y este no poder tocar,
ni besar, ni rozarte con mis dedos

ni acurrucarme en tu frente
¡Cómo duele
y desde esta soledad creciente!

328- Y la tormenta y la lluvia y hasta el viento,
eran tu presencia divina
dando un beso
y Tú llorando, de gozo,
desde las nubes y el cielo,
con nosotros por allí,
hechos barro y pisando el suelo
y frente a la profundidad del barranco,
tan repleta de misterio
y los montes verdes
y las cascadas y los senderos
y la sonrisa clara de la niña pura,
imagen nítida de lo que en Ti es juego
y los latidos graves de mi alma,
todo Tú, en mi pobre pecho.

329- Han pasado un millón de tardes,
yo lo sé pero en esta de ahora
y en este momento
y en este segundo
y casi en silencio,
y desde el rincón desconocido,
te lo digo en secreto:
deseo que rompas mi corazón
antes de que suceda,
lo que ya sabes y tanto temo
y deseo que se acabe mi vida
y me arranques de este cuerpo
y si es posible, y Tú lo ves bien,
avísame a tiempo
y luego, después,
que esparzan mis cenizas al viento,
por los montes y laderas
y que aquí contigo quede eterno.
Así te lo pido hoy, Dios mío,
porque así lo quiero.

La fragancia eterna
13 de septiembre 2020 -182
IRSE A TIEMPO
Subo hasta el centro del collado donde está verde la hierba y al mirar al frente, veo la llanura de las encinas viejas y el arroyo de las zarzas y ahora lo recuerdo:

Aquel día ya caía la tarde y ahí mismo comían sus cabras y, como desde el puntal a él les cogía lejos, mandó a su perro a por ellas y una, la negra, sí se vino corriendo hasta la parte de arriba que era por donde ya la noche se asomaba pero las otras, allí se quedaron comiendo y al volver su perro, recuerdo que habló y le dijo:
- Lo que siempre es bueno es que nunca se borre tu presencia sino que aunque breve, sea y real para que ahí, donde has estado, dejes tal perfume que todos te amen y quieran que vuelvas.

Y sigo mirando y al frente los veo bajar con sus manojos de espárragos y a los otros buscando sus bellotas justo donde la fuente serena y luego los veo saltar y diciendo:
- Pues llegará un momento en que muchos buscarán a un pastor al ir por los caminos de estas sierras porque tendrán necesidad de consultar la verdad de la gran realidad de estos montes en el silencio de la tierra.

Y como estoy sobre el collado, mirando al frente y caminando con ellos y por aquella senda, en esta mañana seductora y ya de bien madura primavera, para mí solo me digo: “¡Quién pudiera ahora mismo saber los nombres y ciencia que conocía aquel pastor y quién supiera llegar y estar y callarse y luego irse a tiempo para dejar por el lugar tal esencia que todos sintieran vivo mi recuerdo y, en el fondo de sus corazones, a todas horas desearan que volviera!”.

14 de septiembre 2020 -183
SU LIBRO
Entró al lugar donde hacen fotocopias e imprimen y encuadernan libros. Al verla, él la saludó y sin más ella dijo:
- Vengo a recoger mi libro.
- ¿Has escrito un libro?
- El otro día lo terminé y estoy muy contenta. Es mi primer libro y he aprendido mucho escribiéndolo.
- ¿Y qué cuentas en tu libro?
- La historia de un muchacho en un lugar en guerra. Tenía y tengo necesidad de contar al mundo esto que en mi libro he escrito.
Guardó él silencio y la joven que atendía a los clientes, se acercó a ella y le entregó el libro.

Un bonito ejemplar encuadernado en pasta dura de color azul claro y en tamaño A5. En la portada se podía leer el título: “¿Para qué sirve tanto dolor?". Y en la primera página por dentro, aparecía el siguiente texto: “En este mundo, todos estamos de prestado. Nada es mío ni tuyo ni de éste ni de aquél. Por lo tanto, nadie tiene derecho sobre nada y menos, sobre la vida de los demás ni de las cosas. Prohibir e imponer a las personas modos de comportarse y ser, no es lo correcto. En cambien, dialogar ponerse de acuerdo para proceder y hacer las cosas en colaboración, es lo mejor. Porque hasta el más pequeño, puede tener cualidades incluso mejores que el más encumbrado rey".

Con su libro en las manos, salió de la tienda y cuando empezó a caminar por la calle, de nuevo él le preguntó:
- Escribir un libro, creo que es algo muy interesante por eso quisiera hacerte dos preguntas. ¿Puedo?
- ¿Qué deseas saber?
- Por curiosidad solo me gustaría saber el por qué escogiste para tu libro el personaje que me has dicho?
- Vi al muchacha caminando por entre el monte de la ladera y, al poco, apareció el avión. Entró hondonada arriba y arrojó la bomba. Explotó a solo unos metros del joven, por el lado

de arriba. Sentí primero la explosión, luego vi saltar la tierra y el monte, después se alzó la nube de humo y, pasando un rato, vi al muchacho perderse por la parte alta de la colina. Se me rompió el corazón y quise ayudar pero nada pude hacer. Ya en aquel momento sentí la necesidad de escribir el libro.
Hubo un momento de silencio mientras seguían caminando calle adelante. Habló luego el amigo e hizo la siguiente pregunta:
- Y de tu vida en este país extranjero para ti ¿Qué me cuentas?
- Que sería feliz lo suficiente con solo tener un techo donde refugiarme, algo de comida para alimentarme y una cama para dormir. Esta será la historia de mi segundo libro.
https://youtu.be/SNCUH-Qv67k

15 de septiembre 2020 -184
BLANCO NIEVE
Justo el día quince de marzo de este año, se cerraron todas las clases en las facultades de la Universidad. Los campus se quedaron en silencio y tan solitarios que sorprendían solo verlos. Y en la tarde de aquel día quince, por la puerta de la facultad antigua, apareció un coche blanco nieve. De remolque arrastraba una caravana blanca también como la nieve. Al ver el vigilante este vehículo, le pidió que se detuviera, se acercó y al conductor le preguntó:
- ¿Qué estáis buscando por aquí?
- Buscamos un sitio para aparcar.
- Dentro de este campus universitario, está prohibido el aparcamiento a las caravanas.
Nada dijo el que conducía el blanco coche. En la misma puerta del edificio antiguo, giró y lento se alejó del lugar.

En el campus universitario, el la parte alta de la ciudad, al llegar la noche, las luces se encendieron, el silencio se hizo más denso, ni una chispa de viento se movía, las calles se veían por completo solitarias y hasta las estrellas en el cielo, parecían titilar con menos brillo. De las residencia universitarias al día siguiente los estudiantes se marcharon y todo el campus y facultades, se quedaron más vacías y solitarias. Tres jardineros, solo tres, se vieron por las mañanas entre las plantas del campus. De vez en cuando, también se veía al vigilante y nadie mas. Por la tarde, desde la ciudad, algunos jóvenes aparecieron paseando a sus perros y, al caer la noche, se hizo el silencio. Silencio que se prolongaba por la ciudad y aun más lejos. Amaneció otro día, otro y otros y así, a lo largo de todo el mes de marzo, el siguiente y siguiente mes, el silencio y la soledad seguían presentes. Las puertas de las facultades y las de las casas, permanecían cerradas mientras el tiempo corría. Se percibía en el ambiente, en la espera larga y silenciosa, como la llegada de algo importante y nuevo. Pero fueron quedando atrás los tres meses de la primavera, se fueron acabando los meses de verano, se acercaba el otoño y la espera silenciosa se mantenía viva. Nada cambiaba y el tiempo no detenía sus pasos. Parecía como si, de la noche a la mañana, todas las personas hubieran desaparecido de la tierra.

Hasta que un día, ya en las puertas del otoño, los directores de la universidad, anunciaron que el nuevo curso y las clases comenzarían justo el día veinte y uno de septiembre. Abrieron sus puertas las residencias universitarias, llegaron los primeros jóvenes, celebraron fiestas por las noches en los pisos y las facultades anunciaron sus horarios y protocolos para evitar los contagios de la enfermedad extendida por todo el Planeta Tierra. Por las calles y facultades, se empezaron a ver jóvenes explorando los sitios y justa en la tarde del domingo veinte, apareció el vehículo blanco nieve. El mismo pequeño coche con la caravana nieve brillante que se vio por este campus en el mes de marzo. En el aparcamiento que hay en la cuesta entre los álamos, aparcó y al verlo el vigilante, enseguida se acercó. Miró por el recinto y no vio a nadie, miró por las ventanillas del

vehículo y tampoco vio a nadie y al mirar para el lado de la tarde, por donde el sol iba cayendo y las nubes tapizaban, se quedó sorprendido.

La fragancia eterna
16 de septiembre 2020 -185
UN POCO MÁS DE FUERZAS
Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo desde las tres matas de carrascas que, junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:
- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:
- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

17 de septiembre 2020 -186
LA CREACIÓN
Con motivo del Tiempo de la Creación 2020 que ha comenzado el 1 de septiembre de 2020 y se prolonga hasta el próximo 4 de octubre, el Movimiento Mundial por el Clima ha preparado una oración:

"Creador de Vida, por tu palabra, la Tierra produjo plantas que dieron semillas y árboles de todo tipo que dieron frutos, los ríos, las montañas, los minerales, los mares y los bosques sostuvieron la vida. Los ojos de todos te miraban para satisfacer las necesidades de cada ser vivo. Y a lo largo del tiempo, la Tierra ha sostenido la vida. Con los ciclos planetarios de días y estaciones, renovación y crecimiento, abriste tu mano para dar a las criaturas el alimento en el momento adecuado. En tu Sabiduría, concediste un Sabbath (sábado) un tiempo bendito para descansar en gratitud por todo lo que has dado. Un tiempo para liberarnos del consumo desenfrenado, un tiempo para permitir que la Tierra y todas las criaturas descansen de la carga de la producción.

Pero en estos días, nuestra vida está llevando al planeta más allá de sus límites. Nuestras demandas de crecimiento y nuestro interminable ciclo de producción y consumo están agotando nuestro mundo. Los bosques se agotan, la tierra se seca, los campos fallan, los desiertos avanzan, los mares se acidifican, las
tormentas se intensifican. No hemos permitido a la Tierra guardar su Sabbath y la Tierra está luchando por renovarse.

Durante este Tiempo de la Creación, te pedimos que nos concedas el valor de celebrar un Sabbath para nuestro planeta. Fortalécenos con la fe para confiar en tu providencia. Inspira nuestra creatividad para compartir lo que se nos ha dado. Enséñanos a estar satisfechos con lo necesario. Y mientras proclamamos un Jubileo para la Tierra, envía tu Espíritu Santo para renovar la faz de la creación. En el nombre de aquel que vino a proclamar la buena nueva a toda la Creación".

La fragancia eterna
18 de septiembre 2020 -187
AMOR POR LA TIERRA
Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

19 de septiembre 2020 -188
AMANECER
Lo he visto sentado en el tronco seco del árbol. Justo donde el arroyo desemboca en la amplia masa de las aguas del embalse. A la derecha de este arroyo y mirando al levante, por donde la luz del nuevo día se veía avanzar. Estaba nublado, con nubes muy blancas en forma de vellones de algodón deshilachados. Se veían muchos trozos de cielo teñidos de azul profundo y sobre las pequeñas montañas de las inmaculadas nubes, la luz del nuevo día reverberaba. Un espectáculo hermosísimo que en silencio y muy en calma, la naturaleza regalaba.

Mirando a este escenario y, como si no estuviera presente sobre el tronco seco sentado, permanece en silencio y quieto. Solo empaña este momento, el sonoro rumor del agua que baja por arroyo y las leves olas que se forman en la superficie del lago. A solo unos metros de él, entre las aguas del arroyo y la masa azul del embalse, se mueve jugueteando, una nutria. Parece no tener miedo al tiempo que también parece que quisiera darle compañía. Se ve un animal muy bello que también, en soledad y a su manera, disfruta su libertad.

Como si, de alguna manera, estuviera celebrando el delicado escenario del nuevo día y la presencia de él por aquí. Me acerco procurando no perturbarlo y sin más, le pregunto:
- ¿Esperas algo o a alguien?
Tal como está sentado frente al amanecer, permanece inmóvil. Muy quedamente habla y dice:
- Estoy recordando y pienso en las personas que un día conocí y amé y luego se alejaron de mí. Fueron buenas y compartimos momentos y cosas interesantes. Ahora, en algún lugar del mundo y por donde está llegando este amanecer, las adivino. Rezo por ellas porque en mi corazón las mantengo vivas.
- Lo siento y comprendo.
Digo sin más.

Me fui por la senda que bordea las aguas del embalse y, mientras me fijaba en el horizonte por donde la luz del nuevo día avanzaba, me acordé del pequeño poema que tiempos atrás había escrito:

516- Cada día que llega
y la tarde que pasa,
es como el despertar de un sueño
todo en calma
o como el amanecer
de primaveras largas
que dejaran en el viento
esencias blancas.
¿Cada día? Un beso
consolando al alma
con un poco más de vida
que se lleva el alba.
https://youtu.be/4ffl5Z9D8OI

La fragancia eterna
20 de septiembre 2020 -189
LOS CAMINOS
Los caminos de esta sierra mía, arrancan desde el mismo centro del corazón y al situarse uno frente a las tierras, se les ve ir, no ya por las laderas ni por los barrancos sino por la esencia y la luz de las mañanas que son como ríos eternos de primaveras que laten y están donde pocos pueden verlas porque los caminos son perlas y mares de sentimientos.

Y lo digo porque ayer por la mañana, como en tantos otros momentos, lo vi salir de la inmortal casa que se alza y asienta donde nace y muere el viento y lo vi subir por la tierra que baña la fuente de las piedras y como iba alegre y llorando y, además, soñando con el dolor que hoy es su alimento, en la puerta inmensa que es infinito frente a la sierra, se paró y al ver chorreando a las ovejas que siempre van de soledad, llenas, se quedó petrificado y con la cascada echa fuego que, como los caminos, está y se le ve pero no se le ve porque es perfume e incienso.

Y al acercarme, le pregunto:
- ¿Qué estás bebiendo?
Y él:
- Eternidad a raudales por donde existo y me quedo.
- ¿Pero y los caminos de esta tierra?

- Concentrados a todos los tengo dentro de mi corazón y, con la luz del día que nace, son vida y con ellos muero.

La fragancia eterna
21 de septiembre 2020 -190
EN FORMA DE INCIENSO
Se alza el sol y va llenando de luz, la tierra cuando entro por las calles del pueblo y como están en fiesta, lo primero que veo son los chiringuitos con sus trozos de turrón a la vista de la gente y luego, los que bailan y la música y los que van con sus trajes nuevos y paso como sin rozarlos porque la realidad en mí, tiene otro acento y al llegar a la casa, miro y ahí la veo:

Se arrodilla encorvada y friega el suelo y al preguntarle:
- Pero en aquel cinto que corona el cielo ¿en qué lugar exacto estuvo tu casa?
Ella, desde su mundo añorado:
- Por donde sube la senda que escala hasta la pasá del Enebro, allí justo está la cueva donde yo vine al mundo y luego me crié hasta aquel día de amanecer incierto.

Y con el sol de la mañana brillando eternidad y bello por entre las cumbres que coronan, salgo y camino por las veredas que llevan a los rincones ocultos que fueron y serán sueños, y cuando ya estoy llegando, desde el charco azul del arroyuelo y la espesura de los robles que también escalan por el cerro, miro y al descubrir la luz de las nubes tornadas en fuego, me dispongo a sacar la foto y justo en este momento, la veo a ella en blanca niña y llevando a sus borregos y también persiguiendo mariposas que con ella juegan su juego.

- ¿Pero y la luz que, desde las cumbres, el sol derrama en forma de incienso acariciando a palacios de oro y a caminos de rocío que llevan como a un paraíso que parece ensueño?
Y ella, tierna niña que es con las mariposas en vuelo:
- Esto es lo que deseaba enseñarte para que veas que desde la soledad de estos barrancos, por la luz de este mañana y el viento, van caminos esmaltados de perlas y oro y donde las nubes son fuego, se abren las puertas a los palacios que nadie conoce en el suelo pero que son el resumen y corazón de la eternidad y lo bello.

Y le digo que razón sí tiene porque estoy mirando y veo alzándose el sol y, llenando la tierra de luz, de vida y de aroma con cara de dulce ensueño.

22 de septiembre 2020 -191
OTOÑO DE NUEVO
Por el camino que discurre a media altura entre el valle y la cumbre de la montaña, lo he visto avanzar. Lo veo solo, camina lento y mira continuamente hacia su lado izquierdo. Es el lado de la tarde por donde al fondo y muy lejos, se ve la alargada y oscura silueta de las montañas, la extensa llanura antes de estas montañas y el valle antes de la llanura por donde el arroyo desciende. El camino que recorre, hace de mirador a toda la extensión del territorio y, especialmente, al gran valle por donde el arroyo avanza. Y el camino pasa justo por donde nace el arroyo. Por eso desde el camino hacia la llanura, toda la cuenca del arroyo, se ve cubierta por una vegetación muy densa. Y como es otoño en sus primeros días, todos los castaños, robles, arces, cornicabras y otros árboles y arbustos, se ven teñidos de colores anaranjados y ocres. La luz del sol que llega desde el lado de la mañana, su derecha y cumbre de la montaña donde nace el arroyo, acentúa con fuerza los

colores del otoño en todo el denso bosque del arroyo. Y esto es precisamente lo que le trae por aquí en la mañana de este día.

Siguiendo el camino, deja atrás los manantiales donde brota el arroyo y, al llegar a la curva, sobre la roca se sienta frente al valle del arroyo y lado de la tarde. Mira en silencio y a su monte acude el recuerdo de aquella mañana de hace muchos, muchos años. Eran también los primeros días del otoño. Tenía doce años y ya trabajaba guardando un pequeño hato de cabras. El dueño de los animales, le pagaba justo para comprarse algunos alimentos. Pero aun así, se sentía afortunado porque al menos, tenía un trabajo. Él, cuando iba por los campos cuidado del hato de cabras, siempre buscaba por los bosques frutos silvestres, setas o plantas comestibles. Y aquella mañana en los primeros días del otoño, abrió la puerta del corral donde dormían los animales que cuidaba. Guió a las cabras hacia la vegetación del arroyo y enseguida él se puso a buscar moras silvestres por las zarzas que junto al cauce crecían. Se dijo: “Mientras las cabras ramonean arroyo arriba, voy a ir recogiendo todas las moras que me encuentre por la solana de la izquierda. Así remonto hasta los manantiales del arroyo y allí las espero". Puso en práctica este plan suyo y, bastante tiempo después, llegó a los manantiales. Miró y escuchó y no vio ni oyó a los animales. Esperó un rato y luego se fue a la roca de la curva del camino frente al valle. Siguió mirando y por ningún lado veía al pequeño hato de cabras. “¿Dónde se habrán metido?” Se preguntaba ya algo preocupado.

Sintió pasos y al mirar para su izquierda lado de los manantiales, lo vio. Era el dueño del pequeño hato de cabras y también de los terrenos del valle del arroyo de la vega y parte de las montañas. En cuanto estuvo cerca del joven, le preguntó:
- ¿Dónde están las cabras?
- Por entre el monte del valle del arroyo creo que remontan. Esperándolas aquí estoy yo.
- Pues no las esperes porque ni suben por el valle del arroyo ni van a venir hasta aquí. Tú las has dejado abandonadas y los animales se han ido a las tierras prohibidas de mi enemigo. No vayas a buscarlas porque ya no te necesito. Ahora mismo coge el camino y te alejas de aquí para siempre. Nunca más quiero verte por estas tierras mías.
Mudo se quedó el joven al oír lo que le decía el hombre. No dijo nada, cabizbajo dejó el sitio donde en la roca estaba sentado, caminó y se alejó del lugar. Nunca más volvió pero ni un solo día a lo largo de los años que fueron pasando, olvidó lo ocurrido aquel día. Regresa hoy y en la misma roca se sienta frente al valle del arroyo y a la llanura de la vega. Mira y medita en silencio. Nada sabe de lo que fue o es del dueño de las tierras y cabras pero sí descubre que el otoño una vez más comienza a vestir de ocre toda la vegetación del valle del arroyo, por donde adivina las moras silvestres colgando en los racimos de las zarzas.

La fragancia eterna
23 de septiemv0 -192
CANTO DE PÁJAROS
Todavía el nuevo día no había llenado de luz los viejos campos, cuando ya y desde dentro de la casa, siente la algarabía de los pájaros y como sí ellos van despertándose a la serenidad y armonía de la mañana, en cuanto la madre abre la ventana, desde su cama de lana amarillenta, el joven ve primero el revuelo de plumas de los pájaros cantores y después el consuelo de la más dulce sinfonía de trinos y notas alegres que, entre la luz, viene jugando y enredada con el día.

Y al abrir el joven sus ojos y ver un pájaro y otro pájaro buscando ya su alimento por entre las ramas y la hierba que con ellos y la aurora, se hace melodía, pregunta a la madre buena que ya va y viene llenando la estancia de un poco más de limpia vida:

- ¿Qué es lo que esta mañana, los ruiseñores y las tórtolas, junto con los gorriones y las palomas, anuncia con su alegría?
Y la madre, toda serena y lago amoroso saludando al día:
- Es el canto del corazón en su paz y la transparencia de quienes tienen todos sus cuidados puestos en el Creador que da la fuerza y es sonrisa.

Y el muchacho, mientras se levanta y observa extrañado los reflejos de la claridad por las rendijas de la vieja ventana, quiere comprender y dar las gracias por tan consoladora sinfonía, al despertar de las fuentes y los campos y la casa que les pertenece todavía.

24 de septiembre 2020 -193

EN MI ETERNIDAD SOÑADA

En mi sueño, me he visto rey, libre y dueño absoluto de un enorme espacio parecido a un reino. Un montaña muy alta, emerge en el centro de este territorio, alargada hacia el sur y norte, muy cubierta de vegetación por todos sus lados y, por entre esta vegetación, arroyos, muchos arroyos y manantiales de aguas claras y buenas. Veo a todo este territorio, coronado por un cielo azul muy puro y decorado por solo algunas nubes blancas. Casi rozando estas nubes y en todo lo alto de la montaña, se eleva un castillo construido todo de piedra color de las puestas de sol y decorado a los lados y por los pasillos, con árboles, muchos árboles y jardines. Algo nunca visto en ninguna parte del Planeta Tierra porque además, de todo el castillo palacio, mana un silencio parecido a terciopelo empapado con un finísimo aroma a mirto.

A los pies de esta bellísima montaña y por lado norte, se extiende un amplio valle todo también tapizado de vegetación y muchos ríos. En el centro de este valle, se ve una pequeña construcción de paredes blancas. Hay jardines en la entrada y fuentes de mármol en todos los colores y formas. En el pórtico de hermosas columnas talladas y frente al sur, un grupo de personas conocidas y muy queridas por mí, tienen preparadas las ropas. Todas prendas especiales de tonos bellos y tejidas con hilos únicos. Una de estas personas, la más especial para mí por su bondad y limpio corazón, me dice:
- Vente por aquí y deja que nosotros te vistamos el traje que te corresponde. Ya eres rey y vas a tomar posesión de tu palacio especial en la eternidad. Estás ya en los lugares que tanto soñaste y rodeado para siempre de las personas que amaste.
Me dejo revestir mientras siento el gozo de los que están a mi lado. Miro al frente y me llena plenamente los paisajes, quietud, colores y luces de todo el territorio.

Terminan de revestirme con las ropas especiales y varias personas me guían por un camino como de viento dirección a gran palacio en lo más alto de la gran montaña. Avanzo despacio escoltado por la pequeña comitiva de las personas queridas y al llegar al gran portón, me recibe el que parece dueño absoluto de la Creación entera. Su rostro es hermoso, refleja juventud y mira con una bondad muy dulce. Me saluda y con una respetuosa reverencia, correspondo a su saludo. Sin más, muestra el libro y una balanza y me dice:
- Aquí está escrita tu vida y hechos y en esta balanza, tengo pesada tu fortuna. Tu fortuna vale mucho más que todo el oro y dinero del mundo y tus hechos, son muchos todos buenos y bellos. Desde este momento, tienes permitida la entrada al reino que tanto en tus sueños soñaste. Pasa y toma posesión junto con los que amaste y te aman. La puerta del gran Palacio en todo lo alto de la montaña, las tienes abiertas.
Miro al frente y la figura del Gran palacio, me llena de un placer inmenso. Las personas que he querido y fueron buenas conmigo, me piden que avance hacia Gran palacio, ahora delante de ellas. Me dicen:

- Ya eres rey coronado y con título oficial en el reino de la eternidad.

La fragancia eterna
25 de septiembre 2020 -194
CAMINOS SIN RUMBO
Llenó el día con su luz otra vez los amplios campos y como la silueta de la montaña se alza esplendorosa, todavía durante un rato más la sombra de la cumbre arropa a las tierras llanas y a las lomas alargadas del valle.

Pero del chozo de monte, pegado a las encinas grandes, el joven salió y del corral de piedra construido aprovechando la cueva, dio suelta a los animales y por la cañada suave que baja para los remansos del río, se fue deslizando en busca de la fuente clara y la hierba fresca y cuando ya las ovejas estuvieron llenando la tierra, miró a la cumbre larga por donde el sol tenía que llegarle y al no verlo, se dijo: "¡Qué raro que hoy el disco de fuego venga por el otro lado del valle!".

Y se puso a regresar a su chozo porque en los corrales todavía le esperan los borregos y conforme iba subiendo, las montañas se le hacen grandes y no encuentra la senda y por la ladera que da a las aguas del lago ancho, atraviesa el monte y sube a la cresta de la segunda cuerda y tampoco encuentra la vereda que regresa.

Y el joven pastor del sencillo valle, inquieto está buscando al sol, cree él, alzándose como siempre, por las cumbres de la lejanía del levante pero cada vez más hoy descubre que la realidad se le ha vuelto del revés y por eso en su mente no cabe, que el disco de fuego esta mañana venga saliendo por el norte y que los caminos del valle, ya no regresen a su chozo, sino que se alejen, sin rumbo, hacia el lado de la tarde.

La fragancia eterna
26 de septiembre 2020 -195
CORAZÓN DEL VALLE
Hacia el corazón del valle se sienten fluir los caminos y, donde el río que atraviesa la sierra y se remansa en la tarde, tiene concentrada la esencia del tiempo que se hizo silencio en el trino de los ruiseñores que ennoblece los corazones que ausentes laten, se les ve abrirse en forma de surtidor y rajando el viento, elevarse por las laderas y los barrancos y perderse por entre el monte al ritmo de la luz que palpita y el sudor de las almas grandes.

Y por entre la esencia que mana de los campos, se le ve caminando al padre y en cuanto llega al río, siguiendo a su marrana de cría, la llama y le pide que pare y que se fije en la corriente y que beba y que luego se bañe porque hoy aprieta el calor y el animal chapotea en el agua y va a beber pero antes busca el cieno y se acuesta y se restriega en los juncos y al verla, el hijo pregunta:
- ¿Por qué, padre, antes de beber se baña?
Y el que no sabe pero sí sabe:
- Es que como nosotros, viene sudorosa y como le hierve la sangre, parece que no es bueno hincharse antes del momento oportuno.
Y el hijo:
- Y esa ciencia, la marrana ¿cómo lo sabe?
Y el que surca los caminos cuando por la gran sierra se derrama la armonía en rocío eterno y suave:
- Esa ciencia, hijo mío, ¿que cómo la sabe...?

Y como el hermano bosque mira y calla y también late, desde su sonrisa de aurora, habla con rumor de primaveras y de fuentes que manan y caen:
- Pues tú, muchacho noble que vas por los caminos que llevan al confín del mundo y no van a ninguna parte, ¿dime cómo entiendes y conoces y te gozas en el retozar de tus corderos por entre la flor que se abre y cómo interpretas los juegos de tu perro vellón de nieve y conoces los secretos de los senderos que confluyen en el Valle?
Y el hijo sincero que sueña y quiere saber más que sabe:
- Será eso: que lo llevo en la sangre y al igual que la marrana que se baña antes de beber en el río, como me hierve y grita y late, necesito apagar con la soledad diamante los desgarros de los caminos y beber después de lavarme.

Y como hacia el corazón del Valle se sienten fluir las veredas y en forma de surtidores de rosas de primavera, se les ve abrirse en danzas de baile, parece que hasta el río se detiene y remansa sus aguas y saluda a los que llegan y esencia se hace en sus sonrisas porque les hierve la sangre en las venas de cristal y tienen que beber pero antes y, según la ciencia que han aprendido observando, se refrescan para no morir con la tarde.

La fragancia eterna
27 de septiembre 2020 -196
TIERRA AMADA
Con el alma atravesada por la tristeza, entro a la casa y busco a la madre que sobre el colchón de paja se acuesta y al verla consumida, se me parte el corazón porque toda ella, además de enferma y morirse a chorros, ni come ya porque no tiene fuerzas, la beso y soltando los tomates en el suelo, le digo, desde la angustia que a mi alma quema:
- Madre santa, aquí te traigo un puñado de hortalizas que he cogido del huerto y ahora mismo pongo el puchero junto a las llamas de la candela y para ti caliento ese requesón para que comas y te pongas buena.

Y la madre se levanta y desde su figura de pavesa, me da su beso y aunque no quiero, ya con ella a mi lado sentada junto al fuego, le digo que esta mañana también ha sido tremendo.
- ¿Otra vez te han denunciado las ovejas?
Me pregunta ella y yo le contesto que:
- Otra vez bajaba por el río y detrás me iban siguiendo y allí donde me paraba, se paraban ellos y si bebía agua de la clara que va por la corriente, estaban sobre mí nublando la paz de mi corazón con sus amenazas y figuras fieras.

Y la madre que junto a mí, hace por comer del requesón, una cuchara:
- Hijo mío de mi sangre y alma, dentro de poco yo voy a alzar mi vuelo pero por si, como tantas veces te ayudan mis palabras, te dejo dicho que la presencia de Dios es más real y clara, en los trances en que todo te lo rompen y te prohíben, hasta beber el agua.
Y quiero decirle que tendrá razón porque la madre es una santa pero que el corazón y el alma, no puede más con tanta congoja y en la tierra que tanto le pertenece y es tan amada.

Pero guardo silencio y me acurruco junto a la madre pavesa ya casi apagada y mientras intento darle ánimo para que coma un poco del requesón, junto con su muerte, mi alma se muere de tristeza atravesada.

28 de septiembre 2020 -197
ESTA LEJANIA (poema)
337- Ahora, esta mañana, el cielo nublado
arropa tiernamente la tierra mojada,

besándola en un abrazo, cual dulce amada,
que virgen, el tiempo ha conservado.

A lo largo del mundo todo esta callado
con la voz del silencio de la inmensa nada,
como si la hora ya fuera llegada,
de juntar en un punto presente y pasado.

Ahora, esta mañana, me ha rozado el viento
con su mano vieja de algodón mullido
y se ha ido luego con su paso lento.
Y de nuevo otra vez aquí te he sentido
llenando mi alma en su mismo centro
y de nuevo un poco más de Ti, me siento herido.

338- Sentado frente a la noche
mientras las horas se escapan,
este dolor, en silencio,
voy sacando de mi alma.

Siento llegar los recuerdos
de aquellas horas lejanas,
y observo como la vela
va consumiendo su llama.

Esta lejanía
con dolor de hierro,
es tanta agonía
que a veces no puedo.
Y vuelve cada día
y duele en silencio
esta lejanía
por donde me muero.

Estos sonidos que arranco
de esta alma mía que clama,
son los sonidos que siempre
los hombres cantan y canta.

Y son los ecos de la vida
que nacieron con el alba,
gritaron durante el día
y con la noche se apaga.

Esta lejanía
con dolor de hierro,
es tanta agonía
que a veces no puedo.

Y vuelve cada día
y duele en silencio
esta lejanía
por donde me muero.

La fragancia eterna
29 de septiembre 2020 -198
LA TORMENTA
Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede servir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oírse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:
- ¡ Y mañana íbamos a ir a recoger, del “piazo”, las cerezas!
Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:
- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.
Y el que le da compañía responde:
- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

30 de septiembre 2020 -199
EL GRITO
Eran las doce en punto de la noche. Todo el campus estaba solitario y el silencio era total. Ni siquiera el ulular del cárabo, mochuelo o autillo, se oía. Hace tiempo que también han desaparecido de aquí estas aves nocturnas. En silencio se fueron yendo como se han ido y se van cada día las personas conocidas. Como se ha ido el verano ya y, una vez más, el otoño llega. Justo a esta hora de la noche, se ve la luna muy brillante como jugando al esconder por entre las nubes que en el cielo hay. Anunciando estas nubes, la brillante luna y el silencio contenido, que el otoño ya está aquí. Que las temperaturas van a comenzar a bajar y que las tormentas pueden aparecer en cualquier momento. Siempre el otoño trae muchas nubes, tormentas, olor a tierra mojada y alfombras de hojas muertas boja los árboles.

Eran las doce en punto de la noche y, en su cama junto al acebo bajo la ventana, iba cogiendo el sueño. Rodeado y abrazado por el ambiente que he descrito y ocupada un poco su mente en los recuerdos. Tenía una hoja de su ventana abierta hasta la mitad para que se renovara el aire en la habitación y para percibir también el aroma que por las noches el otoño empieza a regalar. Y, después de un rato repasando en su mente los recuerdos de

las personas que por estos días ya no están y, en la lejanía las adivina envejeciendo, decidió dejar todo en silencio y que el sueño lo Abrazara. No tardó en sentir soñolencia pero, de pronto, el grito lo sobresaltó. Venía del lado de arriba del campus y resonaba con fuerza y lastimero. Enseguida adivinó que la persona que gritaba era una chica joven. El sonido era muy agudo y tenía cierto matiz aterciopelado. "¿Quién podrá ser y a estas horas?" Y a punto estuvo de levantarse y mirar por la ventana. No lo hizo. Esperó atento y, al minuto exacto, se repitió el grito. Y ahora comprobó que la persona de voz aguda y algo dulce, llamaba a alguien. Hasta sus oídos llegó un sonido de una palabra: "¡Onteeeerrrr!" Se repitió dos veces esta llamada, se oyeron sollozos entrecortado y pasos rápidos. De nuevo se sintió la necesidad de levantarse y mirar por la ventana. Tenía claro que una chica joven, corría solitaria en la oscuridad de la noche, asustada y pidiendo ayuda.

Y al sentir por tercera vez el agudo grito llamando a alguien entre sollozos entrecortados y pasos acelerados, saltó de la cama. Se acercó a la ventana y miró. Justo en este momento la persona que corría desesperada calle abajo, se tapó con la esquina del edificio. No puedo verla pero si seguía sintiendo sus sollozos, pasos acelerados y la llamada desesperada: "¡Onteeerrr!" Miró su reloj y vio que eran las doce en punto de la noche. Todo estaba en silencio, las luces del campo derramaban sus reflejos en la calle asfaltada y los pasos y el eco de los sollozos lastimeros, se alejaban cada vez más sin dejar de pedir ayuda.

La fragancia eterna
31 de septiembre 2020 -200
HIERBA FRESCA
La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encima de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:
- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de esta mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras pero cuando pasa un rato dice:
- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.
- Y eso, padre ¿cómo se amasa?
Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.

1 de octubre 2020 -201
LA JARA Y LA CARRASCA
Por la noche había llovido un poco. Era otoño y la tierra olía a humedad. Ya las temperaturas habían bajado mucho y los cielos se cubrían con densas y muy variadas nubes. Por el horizonte, comenzaba a elevarse el sol y los paisajes, a lo ancho y largo, se veían cada vez más limpios y verdes. Solo algunos pajarillos revoloteaban por entre la vegetación y, de vez en cuando, lanzaban algún entrecortado trino.

Lo vi sentado sobre una redonda piedra de granito en lo más alto de la loma. Como otras veces, permanecía en silencio mirando las luces del nuevo día y recogido en sí, como meditando. Me acerqué a él y le pregunté:
- ¿Por quién rezas hoy?
- Hoy y siempre, rezo y rezaré, por el grupo de personas que un día conocí y cada día más, siento que envejecen lejos, muy lejos de mí. Ni siquiera ellas saben que las mantengo vivas en mi corazón pero no me importa. Lo sabe el cielo y esto me conforta.
- ¿Y en qué meditas mientras rezas?
- En este trozo de tierra y la vegetación que tengo a unos metros delante.
- ¿Qué hay aquí?
- Hace mucho tiempo, una primavera, por aquí brotaron muchas plantas. Jaguarzos, jaras, lentiscos, cornicabras, retamas, carrascas… Me gustó a mí mucho aquello porque comprendí que la vida brotaba con fuerza llenando de armonía y serenidad estos lugares. Por eso, desde aquellos días vine por aquí muchas veces sólo con la idea de ver crecer la vegetación que vi brotar. Y me fui dando cuenta de algo muy curioso: Entre tantos tallos nuevos que por aquí emergían del suelo, dos de ellos, crecían con mucha más fuerza y robustez. Tanto, que en dos o tres primaveras, alcanzaron casi tres metros. Una de estas plantas era una jara y la otra una carrasca. Observando estas matas y viendo lo que sucedía, una vez y otra me he preguntado y me pregunto ¿por qué ocurría y ocurre esto? Estando en la misma tierra, recibiendo el mismo aire, sol y lluvia ¿por qué sólo dos tallos destacaban y destacan poderosamente entre todos los demás? ¿Por qué sobresalían y sobresalen dominando con tanta prepotencia? ¿Por qué les roban el alimento a las otras plantas y se apoderan del aire, sol y lluvia de esta manera? Me he hecho estas preguntas muchas veces y esto es lo que ahora mismo también estoy reflexionando mientras observo y rezo.

Terminó de exponerme su reflexión y yo dejé que pasara unos segundos. Luego, de nuevo le pregunté:
- ¿Y a qué conclusión llegaste o has llegado?
- A veces pienso que estos tallos sobresaliendo por entre todos los demás con tanta prepotencia, son como el símbolo de lo que ocurre en la sociedad entre las personas. Destacan y se ven más robustos y singulares porque han robado, se han apoderado de lo que las otras plantas necesitan para vivir. Igual que en la vida real sucede entre los humanos. ¿Entiende?
Y le dije que sí, que algo podía entender. Luego me alejé del lugar dejándolo en su meditación y, mientras me iba alejando, reflexioné también con poco en lo compleja que es la vida en este suelo, en especial, entre las personas.

La fragancia eterna
2 de octubre 2020 -202
MORIR DE HAMBRE
Amaneció el día frío y como en el humilde cortijo de abajo, las dos hermanas menores y el hermano mediano se morían de hambre y estaban solos con su tristeza, la madre me dijo:
- Acércate y les pides que se vengan y que esta mañana desayunen con nosotros, en la casa nuestra y al calor de la lumbre.

Y al instante salgo del cortijo, recorro la vereda y al llegar y ver a la hermana mayor, le digo:
- Que te vengas a nuestra casa y también tus hermanos porque madre ya ha puesto la mesa y quiere que hoy comáis con nosotros las migas y la leche que ya tiene preparadas.
Y la hermana mediana:
- ¿Pero mañana y pasado?

Y yo, animando:
- Lo que después venga, déjalo con su cuidado porque lo inmediato es que esta mañana tengáis un tazón de leche calentica y un rincón donde estar acurrucados.

Y la hermana, con la pequeña y el hermano, se vienen a la casa y mientras ya están frente a la lumbre comiendo lo que la madre les ha preparado, un poco juegan y otro poco lloran y otro poco esperan porque fuera, el campo está mojado y hoy falta la presencia del padre bueno que al cielo ha volado y por eso la madre reparte el alimento al tiempo que los besa y dice:
- Lo poco que nosotros tengamos, tú no te preocupes hija mía, que está en vuestras manos y si mañana tenemos que morirnos todos de hambre, nos morimos pero abrazados y al calor de esta lumbre y en el amor de los hermanos.

Y miro a la hermana mediana y luego a la pequeña y como con tanto entusiasmo comen pegadas a la madre, el alimento que hoy les regalan los amigos, el corazón se me llena de gozo a la vez que un poco de pena por el cuadro y la luz que brilla por las caras de ellas.

La fragancia eterna
3 de octubre 2020 -203
PRESO EN SU TIERRA
Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

4 de octubre 2020 -204
UNA ESTRELLA EN EL CIELO
Sentado en el muro del pilar cuadro, lo he visto esta tarde noche. Ya es otoño, las temperaturas han bajado bastante, algunas tormentas ya han descargado y la tierra se ve muy mojada. Un otoño más comienza y todo parece como nuevo aunque no lo sea. Al pilar

donde está sentado, por un redondo tubo de hierro, sale y se derrama o pequeños chorros de agua. Se derrama monótonamente ajena al paso del tiempo y de las personas. Él parece estar concentrado en el rumor de esta agua quebrándose sin parar al caer. La fuente se encuentra en el mismo centro de la plaza que hay también en el corazón del pequeño pueblo. En lo más alto de una no muy pronunciada loma por donde, por los lados, las pequeñas casas del pueblo caen como en arroyuelos congelados. Está muy nublado y llueve mansamente.

Con prudencia me acerco a él y le preguntó:
- Y hoy ¿en qué meditas?
- Miro recordando las cosas y espero mientras dejo que la lluvia me lave y la noche avance.
- ¿Recordando las cosas?
- Sí, en esa casa que se ve ahí en frente, estaba la tienda. Un establecimiento muy humilde donde sólo se vendían cosas básicas. Ahí compré yo dos finas lonchas de jamón, encargo que mi madre me hizo para dárselas al amigo que dos días después se marchó al cielo. Ella cogió el dinero de lo poco que tenía ahorrado y me dijo:
- Con estas dos lonchas de jamón, tu amigo va a recuperar fuerzas. Seguro que sanará de su enfermedad dentro de unos días. Alimentarse bien es lo que él necesita.
Compré yo en esa tienda las dos finas lonchas de jamón que luego mi madre dio a mi amigo y esperé ilusionado que curara de su enfermedad. Pero mi amigo, dos días más tarde, murió. Triste, le pregunté a mi madre y ella me dijo:
- Tu amigo, no ha muerto. Solo se ha mudado a una de las estrellas que hay en el cielo.
Esto sucedió cuando yo todavía era un niño y, ahora, ya ves cómo estoy de viejo. Pero ya ves también que a pesar de los años no he olvidado ni a mi amigos ni a este pueblo ni a esta fuente con su pilar y caño de agua.

Después de un momento en silencio, de nuevo le pregunté:
- ¿Y esta tarde noche aquí?
- Celebro el otoño dejando que las primaveras lluvias me laven y, cuando luego más en el centro de la noche las lluvias paren y las nubes se abran en el cielo, entre todas las estrellas que aparezcan en el firmamento, me fijaré en la que mi amigo está. Estoy seguro que allí, él y mi madre, me esperan porque también estoy seguro que hay cosas que, sin más remedio, tienen que ser eternas.
No le hice más preguntas. Con respecto, Lo dejé en su reflexión en el lugar de sus recuerdos.

5 de octubre 2020 -205
LA ÚLTIMA CARTA
Tiene en sus manos la última carta que le escribió. La relee una vez más mientras, asomado a la ventana, mira y medita. Llovió un poco anoche y luego, sobre las doce, paró de llover y sintió la presencia de muchas personas. Miró por su ventana y los vio. Un grupo de estudiantes universitarios de la residencia en el centro del campus, subían por la calle en forma de paseo. Le gustó ver de nuevo a jóvenes universitarios por aquí pero también se preocupó. Todos juntos, algunos sin mascarilla y relacionándose ajenos por completo al peligro de contagios. Pensó que no se comportaban con responsabilidad al tiempo que por su mente pasaba el sufrimiento y la desolación que la enfermedad está dejando en el mundo entero. Le preocupaba y dolía esto último al tiempo también le parecía importante ver a tantos jóvenes universitarios dando comienzo al nuevo curso.

Releyó una vez más la carta: “Hola, me acuerdo mucho de ti y todo estos días he estado preocupado por tu problema de salud. ¿Cómo estás? ¿Estás todavía en Granada? Yo he

rezado mucho a Dios por ti para que te ayude y tu salud se recupere. No te he llamado ni he querido molestarte pero como dijiste que te irías de esta ciudad y de España en este mes de septiembre, te escribo este correo para decirte que antes de que te marches, me gustaría verte para despedirnos. Me ha gustado mucho conocerte y compartir contigo las cosas que pudimos antes de que empezara el problema del virus. Tengo un recuerdo muy bonito de ti. Eres muy amable y estás llena de emociones y con deseos de aprender y conocer cosas. Cuando veas este correo, escríbeme por favor y me das una respuesta. Quiero verte y despedirte antes de que te vayas. Te mando mi más sincero deseo de que todo esté bien en ti y que tengas muchas cosas buenas ahora y en el futuro. Te mando mis mejores saludos".

Después de un buen rato observando a los jóvenes subiendo por la calle y esperanzado que en cualquier momento podría recibir contestación a su mensaje, se fue a la cama. Mientras esperaba coger el sueño, repasó y descubrió que ya había pasado casi un mes desde que le escribiera. Un mes sin responder ni da ninguna señal de vida, le parecía mucho tiempo y por eso ya tenía casi perdida las esperanza. Se dijo: “Enfermó de algo que ni los médicos sabían qué era, compartió conmigo, en los primeros días, su preocupación y dificultades, la animé como pude y le ayudé en algunas cosas, luego, guardó silencio y el tiempo siguió corriendo. Me preocupaba su silencio y lo que podría estar pasando. Me dijo que en el mes de septiembre regresaría a su país y este mes ya ha llegado a su silencio sigue presente pero yo la recuerdo y rezo cada día al cielo. No tener noticias en ningún sentido, desconsuela mucho, mucho. Pero aún así, voy a mantener vivo mi respeto y cariño por ella. Creo en la inmortalidad y en un cielo después de esta vida. Tengo esperanza que allí de nuevo nos encontraremos”.

6 de octubre 2020 -206

TORMENTA DE OTOÑO

Cruje un trueno. No temo pero sigo creyendo que de un momento a otro la lluvia puede caer. Brilla un nuevo relámpago y crepita otro trueno. Sopla el viento y caen algunas gotas. Espero metido en mi saco. Me digo que si la lluvia arrecia buscaré la covacha pero si son cuatro gotas, como algunas veces pasa con las tormentas de otoño, las recibiré sin moverme. Me gusta sentir la lluvia resbalando por la cara, los brazos y el cuerpo. Quizá luego refresque tanto que hasta tenga frío pero tampoco me importa. Un nuevo relámpago y a continuación el ronco fragor. Retumba por las cumbres y barrancos de la sierra y, aunque asusta un poco, no tengo miedo. Llueve con más fuerza y sigue arreciendo el viento. Las gotas de lluvia, al caer en el agua del pilar, producen un sonido placentero. Me gusta y recuerdo los momentos en los que también dormía al aire libre y frente al cielo en las sierras perdidas.

Refresca bastante pero no siento frío. La hierba y la tierra se han mojado y ahora huele a sano, a recuerdos, a besos. El olor a tierra recién mojada que tanto me gusta. Saco mis manos fuera de la tela que me envuelve y estiro mis brazos. Con mis dedos toco la hierba y noto la humedad de la lluvia mojando mis carnes. Es una sensación placentera. Me gusta tocar las gotas de lluvia sobre los tallos de la verde hierba. Y si es en una noche como esta, junto a una fuente cristalina, una pradera sobre las cumbres y la tormenta saltando por entre la oscuridad del universo, la sensación es divina. Rezo y te recuerdo. Te regalo también la dulce paz que a mí me regala el cielo y no sé degustar plenamente. Me gusta sentir el viento de la tormenta rozando mi cara. Me gusta que la lluvia me moje y corra por la piel de mi cuerpo. Me gusta que me envuelva la oscuridad de la noche y que huela a tierra mojada. Es todo tan puro, tan sencillo, tan bello, tan fino que me siento inmortal y único en la inmensidad del universo. Te lo regalo aunque no lo puedas gustar.

Al brillar un nuevo relámpago veo la silueta de la montaña que tengo enfrente. Estalla el trueno con menos fuerza que los anteriores. También el viento se calma. Las gotas caen pero más espaciadas y menos gruesas. Quizá sea una tormenta de verano y se desinfle en poco tiempo. No veo al burro pero lo presiento comiendo hierba en la pradera. Lo he dejado suelto. Sin jáquima, sin aparejos, sin cabestro. Que se sienta libre para que así se pueda mover por donde quiera y como quiera. Me irá conociendo y descubrirá que nunca le voy a obligar. Este ha sido mi lema siempre: respetar. Respetar y dejar que cada ser vivo sobre el Planeta Tierra tenga su libertad. Respetar por encima de todo para que cada uno tenga su libertad, su dignidad, su espacio y su mundo y sus sueños. Así que desde ahora este animal que ya es mi amigo, es respetado por mí, amado con el corazón y dejado en su libertad para que sea él según lo que lleve en su corazón. Nadie tiene derecho a domesticar a nadie. Y ahora mismo este amigo lo presiento pastando por la pradera y me pregunto si le estará asustando la tormenta. Mañana al llegar el día lo comprobaré. Ahora sigo embebido en la tormenta y en los cantos de algunos grillos que saludan a la noche y al fresco de la lluvia. Me gusta oír el canto de los grillos acariciando el silencio de las noches de verano. A estos que ahora tengo por aquí ni siquiera la lluvia de la tormenta les desanima. La noche tiene un misterio especial cuando los grillos cantan y el silencio es profundo. El canto de los grillos es digno de armonizar los salones del cielo. Se calma el viento. Sigue oliendo a tierra mojada y ahora mezclado con el olor de la hierba y el de la resina de los pinos.

Siento frío pero no me iré de la cama que tengo sobre la pradera. Me gusta dormir en la pradera frente a las nubes de una tormenta de otoño y también frente a las estrellas. Quizá esta noche no vea las estrellas y esto me apena pero lo de la tormenta, la lluvia y el viento, es tan importante o más como el firmamento llenos de estrellas. Oigo el canto de un cárabo, el del autillo y también el de algún mochuelo. Los mochuelos viven en los agujeros de las rocas y por las noches cazan porque son rapaces nocturnas. De vez en cuando cantan y me gusta oírlos. El canto de un mochuelo, el del cárabo o el del autillo llenan a la noche de un hechizo especial. Quizá en esta noche más que otras. Me gusta oírlos y también el croar de las ranas. En las transparentes aguas del pilar de cemento hay ranas. También renacuajos pero sobre todo ranas. Cuando la noche extiende su oscuridad, a las ranas les gusta cantar. Su canto es monótono y roncón pero ¿qué sería el mundo sin el canto de las ranas en las noches del verano y del otoño? Esto no lo saben muchas personas de la ciudad ni tampoco los profesores ni los estudiantes pero el canto de una rana en las noches del verano es tan importante o más que todas las ciencias y bibliotecas del mundo. Y lo digo también para los que pusieron su granito de arena en mi entierro. Se creen importantes, inteligentes, fuertes, grandes y salvadores de no sé qué pero no aprecian ni el canto de una rana en la noches del verano ni tampoco el de los grillos, el del cárabo, el del mochuelo o el de los murciélagos.

7 de octubre 2020 -207

UNA ESTRELLA CON MI NOMBRE

Y sé que me pertenece porque más de una vez he soñado que cuando muera me voy convertir en una de las estrellas que brillan en el cielo en las noches de verano. En esa estrella especial que es mía y tiene mi nombre. Así siempre estaré sobre las montañas que amo sin tener que rendir cuanta a nadie nada más que a Dios y a mi corazón. Las estrellas siempre brillan sobre las cumbres de las montañas. Más altas que cualquier ser humano y no necesitan de títulos para ser hermosas. Las estrellas son amigas de las montañas y del campo porque es ahí donde más resplandecen y son bellas. Cuando muera y me vaya a la mi estrella particular me llevaré conmigo este burro que me acaba de regalar el pastor. Me horroriza que una persona para salvarse tenga que admitir que no tiene otro camino sino el de estar sometido a alguien.

Miro a las estrellas sin pestañear y noto como el sueño se va apoderando de mí. No quiero quedarme dormido todavía porque tardaré tiempo en volver a sentirme libre durmiendo sobre la hierba en las montañas. Quiero aprovechar bien este momento. Deseo sacarle todo el jugo. Pero con este pensamiento y las estrellas titilando en la retina de mis ojos, me vence el sueño. Creo que me quedo dormido aunque en seguida oigo los pasos del burro que se acerca. Quizá ya esté dormido, no lo sé cierto, y sueñe pero siento y veo al burro que se acerca y sobre la hierba de la pradera, pegado a mí, se acuesta. Como si se hubiera dado cuenta del frío que tengo y quisiera proporcionarme calor. Quizá por esto se viene a mi lado y también porque desea que comparta con él el sueño que me quema el alma. También como si él tuviera frío o pena y quisiera compartirla conmigo. Como si se hubiera dando cuanta que uniendo su tristeza con mi dolor, a ambos se nos aliviara un poco el corazón.

Tal como estoy metido en mi saco de montaña y, creo que sí estoy dormido, saco mis manos fuera y las pongo sobre su cuello. Como una muestra de agradecimiento a su amistad o como si le expresara:
- Nos conocemos de poco. Solo hace unas horas nos hemos visto por primera vez. Pero ¿a que parece que somos amigos de toda la vida? ¡Gracias por venirte a mi lado para darme compañía! ¿Necesitas también de mí? ¿Estás buscando el calor de una amistad?
No espero que me responda porque hasta donde tengo entendido de los humanos, creo que los burros no hablan. Me dijeron y he leído que los burros son animales de carga y trabajo y poco más. Incluso siempre me dijeron que estos animales son cabezotas. Nunca llegué a creer del todo estas cosas pero como me lo dijeron casi me he sentido en la obligación de aceptarlo. Como tantas cosas en la vida. Pero por mi cuenta muchas veces me he preguntado si es cierto que los burros son testarudos sin más. También me he preguntado si estos animales tienen o no corazón y alma más o menos parecida a la nuestra. Y estos titubeos míos nunca los puede hablar con nadie. ¿Con quien los iba a comentar? ¿Qué ser humano podría contarme cosas de los burros en la necesidad que en mí existía? Siempre pensé que era mejor callar y no hablar nunca de esto con las personas. Cuando uno sueña sueños elevados es mejor no contárselos a nadie. Los sueños elevados casi nunca encajan en la realidad de la vida de la raza humana sobre el Planeta Tierra. Por eso, para la mayoría de las personas los burros son burros y poco más. Pero esta noche de estrellas, junto a la fuente cristalina y después de la tormenta, este burro se ha venido a mi lado para acostarse junto a mí. ¿Para quitarme el frío? ¿Para darme compañía? ¿Para manifestarme su amistad y que vaya comprobando que los burros no son tan burros como dicen los humanos? ¿Porque tiene él también necesidad de calor humano? ¿Qué dolor es el que lleva en su corazón y nadie se lo cura?

El caso es que al verlo y sentirlo a mi lado y tan sociable, casi inconscientemente y quizá en sueño, le he puesto mis manos en su cuello como diciéndole:
- Gracias por tu compañía y amistad. Gracias por venirte conmigo y velar mi sueño mientras duermo frente a las estrellas. Es como si fuéramos amigos de toda la vida ¿verdad?
Y vuelvo a decir que no esperaba de él ninguna respuesta. Pero de este burro, ahora ya amigo, he oído una respuesta, no pronunciada con palabras ni por la boca sino rumoreada en su corazón en forma de susurro. Y lo que de él oigo, también en mi corazón, es: “Te he oído hablar de estrellas y en concreto de una especial que lleva tu nombre propio.” No me sorprenden estas frases porque creo que estoy dormido y también porque de alguna manera parece que acepto que un burro puede hablar y expresarse igual que los humanos. Por eso, aceptando con toda naturalidad su lenguaje, le digo:
- Soñaba despierto y hablaba conmigo en mi alma de un lugar en el Universo donde tengo un mundo concreto en forma de estrella hermosa. Y a ese lugar lejano y bello es donde algún día me iré para siempre.

Y como si me entendiera y nos conociéramos de siempre me pregunta: “¿Tienes allí a alguien que quieres mucho?” Le respondo:
- Tengo allí a alguien que mi corazón ama con el amor más puro.
Me sigue preguntando: “¿Es una Princesa?”
- Creo que sí. Lo que en esa estrella tengo y amo con todas mis fuerzas es una princesa y es un ángel pero que no se parece a ninguna de las princesas del mundo de los humanos. Tampoco se parece a los humanos que habitan en este suelo. Es otra realidad más hermosa. Es como la fantasía más elevada que existe en el Universo y que me arde en el corazón desde que tengo uso de razón. Es mi sueño, mi amor secreto y mi razón de existir. Lo que me sostiene en el caminar de los días por este suelo y lo que me da fuerza y alimenta. Te lo digo así y no sé si podrás entenderlo. Y no me preguntes por su nombre porque no lo tiene. Su nombre son todos los nombres juntos y también todas las primaveras, todas las flores, todas las fuentes, todos los días de lluvia y todas las montañas con sus bosques, ríos y praderas. Y es más porque también es todas las puestas de sol, todos los amaneceres, todos los conciertos de las aves del bosque, toda la soledad y alegría y todo el azul del Universo. Pero no tiene un nombre semejante a los nombres en los humanos. Aunque para definirlo de alguna manera te lo podría concretar con el nombre de “El Amor de mi Alma.” No sé si lo entiendes.

Desde su corazón me sigue hablando y ahora responde: “No te preocupes que lo entiendo. Ya te darás cuenta que puedo entender muchas cosas. Parecido a lo que te pasa a ti. Lo más hermoso de cuanto he tenido sobre esta tierra se me fue un día. Quizá a esa estrella tuya. Quizá tu princesa se parezca a mi Princesa. Y la mía sí tiene un nombre concreto que ya te contaré. Y por eso ahora te quiero hacer una pregunta. ¿Puedo?”
- ¡Claro que puedes! Desde ahora mismo hazme siempre todas las preguntas que quieras.
“No sé cómo será la princesa que dices vive en la estrella que tiene tu nombre y que de alguna manera llamas “El Amor de tu Alma”, pero si la amas tanto seguro que será la criatura más hermosa de todas. Por eso quería preguntarte, si algún día te vas a la estrella tuya ¿puedo irme contigo y hacerme amigo de la Princesa que amas?” Al oírle estas cosas me lleno de ternura. Le respondo:
- Desde ahora hago un pacto contigo. La estrella que sueño allá en lo hondo del firmamento tiene para ti las puertas abiertas para que entres a ella el día que por fin me vaya a vivir ahí para siempre. Desde ahora es tu estrella también.
“¿Y podré hacerme amigo de la princesa ángel, tu amor secreto? ¿Crees que ella me tomará cariño?”
- Seguro que sí. La princesa de mi estrella es también la criatura más buena. Seguro que cuando sepa de ti te empezará a querer con todo su corazón. Pero ahora ¿te puedo hacer una pregunta a ti?
Y me responde sin tardar: “Lo mismo que tú me has dicho: desde ahora mismo las puertas de mi corazón las tienes abiertas. Hazme siempre todas las preguntas que quieras”
- Pues mi pregunta es: si tú también tienes una princesa y la amas mucho ¿Por qué quieres hacerte amigo de la princesa de mis sueños? Y esta pregunta te la hago solo por curiosidad. Como ya somos amigos…

8 de octubre 2020 -208
HIERBA VERDE
340- Vengo de la orilla de la hierba verde,
de pisar la nieve que se derrite muda
y al mirar y verte en el limpio espejo
de las aguas translúcidas
de este corazón mío convertido en arroyuelo,

me he dicho, como tantas veces:
¿Tú? ¡Ay Dios! Qué sencillo eres,
qué majestad de rey y qué cercano y bello.

Y como tengo que decirte
que como aquel día, de Ti, sigo muriendo,
al verte en la corriente
y en las hojas tersas de los limpios berros,
otro suspiro más se escapa de mi alma
y se hace grito mudo en la luz tenue
de la tarde sobre el cerro:
¡Ay Dios! Te necesito tanto
cuando de Ti tanto y tan poco tengo
que ya no quiero ni respirar una bocanada más,
si no que deseo ardiente hacerme,
con la música del río, sangre de Ti, en el silencio.

341- Porque verte bajar
pisando la nieve blanca por entre los pinos viejos,
es como si de repente el dragón de las cien y una primavera
emergiera desde las repletas cavernas del hermano tiempo
y clavara sus colmillos en el paladar de mi corazón
para despertarme a la luz de la verdad ansiada
y al instante me arrancara los ojos para dejarme ciego.
¡Ay Dios mío!
Qué gozo en tan gran tormento.

342- Y te lo digo, aunque Tú lo sabes:
en la cascada de espuma y el musgo terso,
la que se despeña en la hondonada de las rocas grises
rodeada de los pinos gruesos,
he estado a punto de esperar la noche que,
vestida de escarcha, por el barranco del río venía subiendo,
y abrazarme a ella y fundirme todo
para ver si así ya por fin desaparezco de la tierra y me hago sueño.

9 de octubre 2020 -209

LA ÚNICA ESPERANZA

Por la senda que va a media altura en la ladera que mira al sol de la mañana, me he visto caminando. Mirando para el lado de abajo que es por donde va el río y se extienden las tierras llanas que ellos cultivaban. Las temperaturas ya son de otoño. Han bajado mucho y sobre todo, por las noches. También ha llovido un poco y la hierba empieza a germinar. Ya no se oye el monótono chirriar de las chicharras durante el día y sí el cric, cric de los grillos por las noches. El otoño ha llegado y por la ciudad y campus universitarios, se ven muchos jóvenes estudiantes, todos con las bocas y nariz tapadas y, a veces, como si los contagios de la enfermedad no fuera con ellos. Pero el otoño de nuevo se ha presentado y avanza sin que nada lo detenga.

Por la senda que va a media altura en la ladera que mira al sol de la mañana, avanzo lento explorando los paisajes llenos, muy llenos de recuerdos. Y entre todos estos recuerdos ya muy viejos, la presencia de ellos por aquí aquel día, se me presenta con tanta fuerza que parece que ocurriera ahora mismo. Estaba yo sentado al lado de arriba de las senda entre los pinos. Los sentí primero y luego los vi llegar. Se detuvieron a solo unos metros de mí y al verme, ni siquiera hicieron caso a mi presencia. El que venía al frente del grupo, dijo a los militantes:
- Para cambiar las cosas y crear una situación nueva, primero hay que sembrar el miedo, después extender la miseria y luego prohibir y reprimir. Ya habéis visto que hemos prendido fuego a los campos, hemos quitado a las personas sus propiedades y ahora toca destruirlos. Vamos ahora mismo a empujar esta gran roca que hay aquí y a lanzarla contra esa estatua del pastor que hace unos días construimos y dejamos ahí para que la vieran. Era y es necesario crear intriga en las personas para que sientan miedo y descubran que tenemos poder sobre ellos.
Los vi, todos a una, empujar la roca, vi la gran piedra rodando ladera abajo y vi como con toda su fuerza chocó contra la figura estatua del pastor que ellos mismos habían construido días atrás y habían colocado en mitad de la ladera. Saltó la estatua del pastor en mil pedazos y reventó la roca con la potencia de una bomba. Y vi, en ese mismo instante, como toda la ladera y tierras hacia el valle, se llenaban como de trozos de personas ensangrentadas y destruidas por completo.

Dentro de mí, sentí un agudo dolor. Se me nubló la vista y me quedé como paralizado. Temí por la suerte y vida de todas las personas presentes en el valle y temí por la paz y bienestar de las personas en territorios cercanos y más lejos. Unos días después, del valle habían huido muchas familias. Se quedaron las casas abandonadas y las tierras llenas de soledad. Y los que aún resistían, se llenaron de miedo y la tristeza se los comía. Meses después, casi nadie se veía por el valle y, al correr del tiempo y pasar los años, todo por estos lugares era un mundo diferente. No llegué yo a entender las cosas en aquellos momentos ni tampoco entiendo ni llego a comprender las cosas en estos momentos. Ellos, los llenos de ambiciones y hambrientos de poder sobre los demás, destruyeron un mundo hermoso para crear otra realidad que encajara con sus planes. No cambiaron ni han cambiado las cosas a mejor si no a todo lo contrario. Hoy vuelvo por estos lugares y, al recorrer y ver los paisajes, siento el mismo dolor y desesperanza que en aquellos días. Sé que el otoño ha regresando y avanza a su ritmo como ajeno por completo al dolor y sufrimiento de unos y otros. Por la senda que va a media altura en la ladera que mira al sol de la mañana, avanzo yo explorando los paisajes llenos, muy llenos de recuerdos. Medito y me digo: “Es como si la única esperanza que nos quedara a los humildes, fuera solo alzar los ojos al cielo y rezar".

10 de octubre 2020 -210

¿OTOÑO EN GRANADA?

Hace días que quería decírtelo. Lo estamos esperando y, aunque ha llegado hace poco, del cielo las nubes se han ido. Te hablaré del otoño pero antes quiero contarte lo que ahora cada día me preocupa. Desde mi ventana miro al cielo y cuando veo nubes, me alegro y si no las veo me pongo triste. No llueve y tengo muchas ganas. Quiero que caigan las primeras lluvias del otoño y ni por esas. Ayer por la tarde, mientras recorría contigo las tierras de esta cañada, mis ojos se iban por el cielo. Tras las blancas nubes que por ahí temblaban y quería que vinieran. Que se alzaran hacia nosotros y que dejaran lluvias por aquí. Pero las nubes se fueron, hizo calor y otra vez volví a sentí que el otoño no llegaba.

¿Sabes? El día que llueva se abrirá la puerta que da entrada a las entrañas del Cerro de la Viña. Nosotros pasaremos por esa puerta, entraremos y encontraremos el

tesoro y me sentiré feliz. ¿Sabes qué es lo primero que vamos a hacer con las joyas? Comprarle a la Princesa lo que ella siempre está soñando: un terreno para construirse un ranchito y llenarlo de caballos. ¿Te había dicho yo alguna vez esto? Pues ya lo sabes. Lo que la Princesa más desea en el mundo es tener su rancho. Estas son sus palabras:

"Lo de los caballos si que es una pena. Pero es lo que dice mi madre, cuando alguien tiene un sueño y aun es joven, puede cumplirlo algún día. Que primero me centre en mi carrera y cuando tenga un buen dinerillo ahorrado y todo me vaya bien, quizá pueda empezar a montar algo para dedicarme a los caballos y mira. Tendría mi ranchito. ¿Qué opinas? ¿Estaría bien?" Así que ya sabes por qué tengo tantas ganas de que llegue el otoño y llueva. A ver si el cielo nos ayuda y podemos hacer realidad nuestro sueño y el de la Princesa. Lo necesita y nosotros también.

¿Que qué ocurre estos días en la ciudad? Ni lo sé. Desde la distancia veo que por la vega, donde Granada duerme, ya parece que el otoño se aproxima. Esta es la sensación que tengo. Algunas personas me hablan del curso que comienza y parece que los universitarios vuelven. No sé más de la ciudad de Granada en este preludio otoñal. Y sin duda que deberán ocurrir muchas más cosas y seguro que interesantes. Pero ¿qué quieres? Sabes bien que mi mundo es como una isla pequeñita donde tú eres el centro y un poco más allá se acaba este mundo mío. Aunque no dejo de soñar.

¿Sabes algo nuevo? Cuando esta tarde me venía a tu lado lo hacía entrando por la cañada arriba. Mirando al cielo por si encontraba nubes, soñando con el ranchito de la Princesa y pensando en ti. Miré al suelo al cruzar el arroyo y vi un agujero en la tierra. Me agaché a coger algo que me llamó la atención y ¿qué crees que era? Mira, aquí está. Una pulsera antigua creo que de oro y con algunos brillantes. Me he quedado sorprendido y extrañado estoy. ¿Será esto algún trozo del tesoro que se esconde en las entrañas del Cerro de la Viña? No es gran cosa esta pulsera de oro pero si encontráramos más joyas como ésta ¿tendríamos para comprarle su ranchito a la Princesa? ¿Sabes lo que te digo? Que estoy ilusionado. Tengo un pellizco dentro que me angustia un poco por algo que no te quiero contar. Pero estoy ilusionado. Quiero que llegue ya el otoño y que llueva.
http://www.bubok.es/libros/16509/SINOMBRE-Y-YO--XII---Paisajes-de-otono

11 de octubre 2020 -213

EL JARDÍN MARCHITO

En el comedor, junto al hombre grueso, estaba sentado el joven. Entró a la estancia el hombre mayor amigo del joven, se acercó a él, lo miró y le dijo:

- Vengo de dar una vuelta por el jardín de esta casa y lo que he visto, no me gusta nada.

El hombre grueso, miró al hombre mayor y se mantuvo en silencio. El joven, también permaneció callado y, con su actitud, invitaba al hombre mayor a que siguiera contado. Y como al hombre mayor le ardía en el pecho la necesidad de contar lo que había visto, mirando al joven, continuó diciendo:

- Todas las plantas y arboles del jardín de esta casa, fueron sombras por hermanos nuestros hace ya más de cincuenta año. A lo largo de este tiempo, hermanos nuestros y amigos, han gastado muchas horas, esfuerzo e ilusión cuidando estas plantas. Mucha agua se ha gastado en el riego de este jardín y muchas, muchas horas podando y quitando las malas hierbas. Aunque fuera solo por esto que digo, las plantas del jardín de esta casa nuestra, merecerían, merecen un gran respeto. Nadie debería tener derecho a dañar y menos a cortar o mal cuidar ni siquiera una planta en este jardín. Pero repito, vengo de dar una vuelta por el jardín de esta casa y lo que he visto, no me gusta nada.

Y ahora sí el joven preguntó:

- ¿Y qué es lo que has visto?
- He visto los limoneros por completo secos, las higueras con las hojas mustias y sin un solo higo, todo el césped convertido en pasto, secos los granados, los naranjos, muchos rosales sin flores ninguna, varios cedros también secos y lo mismo en casi todas las plantas de este jardín Por eso estoy aquí mostrando mi enfado y protestando. Este verano se ha gastado más agua que nunca y sin embargo, las plantas del jardín se están muriendo.
El joven miró al hombre grueso que tenía a su lado. Sabía que él, como responsable de la casa, jardín y el grupo de personas, era el que estaba destrozando las plantas del jardín por la orden nefasta que había dado: "Que nadie riegue ni una sola planta de este jardín. Hay una persona encargada para hacer esta tarea". El joven y el hombre mayor, sabían que la persona que había encargado para el riego del jardín, no había hecho ni estaba haciendo las cosas bien. Pero tanto el joven como el hombre mayor y los compañeros, tenían miedo de expresar su disconformidad con la orden del hombre grueso. Sabían y estaban viendo, que estaba cometiendo un error pero callaban por miedo a represalias.

En el comedor, el hombre grueso, abandonó el asiento, caminó lento y salió del recinto. El joven miró al hombre mayor y lentamente también fueron saliendo del recinto ahora sin pronunciar palabra. Pero en silencio y solo para sí, el hombre mayor susurró:
"En el más allá, en el cielo, espero que este hombre responda del mal trato que nos da y de destrozo que en este jardín está haciendo".

La fragancia eterna
12 de octubre 2020 -214
ABRAZO DE ESPERANZA
En el silencio profundo de la noche clara que camina de puntilla sobre la luz de las estrellas que titilan y el frío hielo de la escarcha, yo pregunto al padre:
- ¿Y de dónde crees tú que mana la quietud dulce que por el sueño, la sombra de la noche, exhala?
Y padre, caminando con sus ovejas por las viejas sendas que avanzan por el valle leve del río que a la sierra raja:
- La suave esencia que a la noche empapa hasta lo más hondo del corazón y rotundo besa al alma, fluye del amor de Dios que en silencio ama.

Y en la noche de rumor de agua que atravesando el corazón del invierno frío y los cristales del hielo que sobre la hierba brilla al llegar el alba, sólo se oye el leve aleteo o respirar de la luz de la luna cayendo por las piedras blancas que cuelgan por la ladera y de vez en cuando, el canto del cárabo, la espesa emoción del corazón que calla y el titilar de las estrellas que mudas besan a la hierba que se hace escarcha.

Y si pregunto otra vez a padre, me dice, todo en calma:
- En la noche que se abre y ahora, cual rosa gigante que va desde la rosada tarde hasta la reluciente alba, es Dios que amoroso y lleno de esencia de mejorana, da la vida y besa contagiando consuelo y estrecha con el abrazo de la esperanza.

13 de octubre 2020 -215
DESPEDIDA DE YATING ZHONG
Ella vino a esta ciudad, Granada, al comienzo del curso universitario de 2019 con el proyecto de realizar un máster en lengua española. En la Navidad de este mismo año, en su país surgió el virus que, unos meses después, se había extendido por todo el planeta. Durante tres meses, estuvo encerrada en un piso con otras compañeras y, en este tiempo, recibió clases online. Enfermó de una afección de la piel, se le rompió el ordenador portátil y

también el móvil pero fue valiente y luchó con fuerza. Un año después, terminó sus estudios y preparó todo para regresar a su país. *Su última tarde en esta ciudad fue así:*

Al caer la tarde del día dos de este mes, se le ve bajar por la calle ancha que, desde el campus universitario, lleva al centro de la ciudad. Hace frío, el cielo está nublado y los pronósticos anuncian lluvia. Por eso lleva en su mano un paraguas color canela y, en su boca y nariz, la mascarilla azul blanca que por estos días todas las personas llevan puesta. El extraño virus, ni se ha ido ni ha bajado su potencia. Mientras avanza lento, mira, reflexiona sobre lo que ve, observa a los jóvenes universitarios que suben y bajan, imagina y sueña esperando el encuentro, último en esta gris y fría tarde de otoño recién llegado. Se acerca a la calle ancha que atraviesa y, al volver sus ojos para la derecha, la ve correr. Siempre que se ha acercado en los momentos de los encuentros, corre expresando de esta manera que es importante y hermoso volverse a ver, el momento y el encuentro. La saluda desde la distancia indicándole que no tenga prisa y al acercarse, ni se dan la mano ni se abrazan ni se besan. En su cultura no se practican estas expresiones y menos, en estos días de la pandemia. El miedo al contagio se ha instalado en los corazones de las personas a lo largo y ancho de todo el mundo.

Por la calle estrecha que lleva al centro de la ciudad, se les ve caminado juntos. Ella habla acelerada y muy nerviosa, con su peculiar acento extranjero:
- Estoy contenta, estoy preocupada y estoy triste. Te explico: me siento contenta porque ya he terminado mis estudios de máster en la universidad de esta ciudad y he conseguido la máxima calificación. Solicité el título y ya me lo dieron. En cuanto llegue a mi país, como tengo que estar catorce días en un hotel guardando cuarenta, voy a aprovecha para preparar todo lo que debo entregar en mi universidad. Y, unos días después, empezaré a dar clase como profesora de español. En un instituto de mi ciudad, me han hecho una entrevista y me han contratado. Estoy contenta porque aunque el contrato de mi piso terminó el último día de mes, una amiga, me ha dejado una habitación en su piso y me he mudado para pasar las dos últimas noches que me quedan aquí. Estoy contenta porque ya he comprado todos los regalos para mi familia y conocidos: chocolate, vino, jamón, pendientes… Solo me falta un regalo para mi hermano que quiero comprar esta tarde. Y estoy contenta porque ayer cumplí veinte y seis años, mi primer cumpleaños en un país extranjero y ha sido muy bonito para mí. He recibido algunos regalos y, con mis amigos, hemos comido cosas buenas. Pero quiero decirte que ahora mismo estoy preocupada porque para viajar a mi país necesito que la embajada me facilite El Código de la Salud. Lo he solicitado y aun no lo he recibido y dentro de unas horas, a la una de esta noche, empieza mi viaje. Y también ahora mismo estoy triste porque ha llegado el momento de despedirme de ti, de mis amigos, de esta ciudad y de este país. Anoche lloré y ahora mismo soy feliz y quiero llorar.

Mientras habla comentando estos momentos, emociones y sucesos, recorren la calle estrecha que lleva al centro de la ciudad. En el restaurante, él dice al camarero:
- Ella es profesora de español en China, se marcha esta noche y quiere probar, para luego explicárselo a sus alumnos, el famoso plato Alpujarreño. ¿Podéis servirlo vosotros?
- En la carta, no lo tenemos pero sí podemos crearlo.
Pasado unos minutos, el camarero pone en la mesa delante de ella, tres exquisito platos, uno con dos trozos de chorizo, otros dos trozos de morcilla negra y verduras, en el otro plato hay dos huevos fritos, trozos de jamón y patatas fritas y en tercer plato, aparecen las migas acompañadas con trozos de tocino y pimientos fritos. Durante unos segundos, observa y luego come entusiasmada, aunque lentamente, el chorizo, la morcilla y algo de migas. Pasado un rato, comenta:
- Todo esto está muy bueno pero no puedo más.

En unos recipientes, el camarero guarda la comida para llevar, cargan con la bolsa, en la farmacia compra dos pantallas protectoras contra el virus y en la tienda de regalos, encuentra lo que llevará a su hermano. Recorren la calle en busca del autobús ahora para regresa y justo en este momento, comienza a llover. Sopla con fuerza el viento y las temperaturas han bajado. Ya en autobús, ella dice:
- ¡Soy feliz pero quiero llorar!
- Lo entiendo pero ya ve, el tiempo pasa y los momentos y cosas, también. Lo importante es que tu experiencia ha sido buena en todos los sentidos. Te vas con las maletas llenas y tu alma y corazón, repletos de lo mejor. Has trabajado bien, has superado muchas dificultades y has conseguido tu sueño. La vida es una cadena de etapas que comienzan y acaban y no hay más.
En la parada, él bajo y ella, mientras el autobús se aleja, a través de los cristales de la ventana, con su mano dice adiós. Ni se dan la mano ni se abrazan ni se besan. La lluvia sigue cayendo y mientras regresa, susurra en su mente: “Gracias por tu presencia en esta ciudad y en mi vida. Deseo que todo para ti sea, ahora y siempre bueno. Rezaré por ti cada día porque espero que en el cielo, en la eternidad, de nuevo nos encontremos”.

La fragancia eterna
14 de octubre 2020 -216
EN LA MAÑANA
En la mañana fría de este mes de octubre y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:
- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.
Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:
- Contigo, esta agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris cielo, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

15 de octubre 2020 -217

FINAL DEL TIEMPO

La nieta preguntó al abuelo:

- Cómo dices tú que es el final del tiempo?

Y el abuelo directamente dijo a la niña:

- Tengo un secreto muy personal que quiero compartir contigo. Pero ahora mismo, aunque por tu edad no lo comprendas bien, voy a responder a tu pregunta a mi manera: el tiempo es como una línea recta, como un camino que se aleja y aleja y se pierde en el infinito. Y tan largo es este camino que por más que por él avancemos, nunca llegaremos ni veremos el final.

- ¿Y por dónde va este camino y en qué momento nosotros empezamos a recorrerlo?

- Empezamos a recorrerlo justo en el momento de nacer. Y el camino es como si fuera por encima de la tierra avanzando hacia el infinito, un final que nunca alcanzaremos ni veremos.

Por unos segundos, la niña se mantuvo en silencio como cavilando algo. Luego preguntó de nuevo:

- Abuelo pero tú eres ya muy mayor y yo todavía muy joven. ¿Recorremos los dos el mismo camino hacia el final del tiempo?

- Aunque la línea del tiempo, el camino que avanza por la superficie de la tierra y siempre se pierde en los cofines del Universo, es el mismo para todas las personas, animales y cosas, es también como si existieran varios caminos. Uno central que es único y el más importante y algunos otros caminos paralelos al principal. Estos caminos paralelos, no todos pero sí algunos, son tortuosos, a veces, terminan donde menos se espera, casi nunca llevan a sitios buenos o hermosos y resultan complicado de andar.

- Y el camino que tú has recorrido y por el que vas en estos momento ¿Cuál de todos los que me has dicho, es?

- El del centro. Lo tengo claro.

- Abuelo, lo que me estás diciendo, yo no lo entiendo bien.

- Aunque no lo entiendas, lo que te digo, es cierto.

De nuevo la pequeña meditó en silencio durante un rato y luego preguntó:

- ¿Y el secreto que me ibas a contar?

- Anoche, la noche anterior y algunas noches más desde hace un tiempo, oí de nuevo la voz llamándome. En sueño, vi el larguísimo camino del tiempo que te he dicho y, por este camino, me vi avanzando despacio. A lo lejos y al otro lado del mundo, alguien me llamaba por mi nombre y yo me sentía muy atraído hacia ese lugar. Tenía claro que me acercaba al final de mi tiempo y por eso, de vez en cuando, miraba para atrás. A mucha distancia, te veía a ti y quería llamarte al tiempo que sabía que no podías alcanzarme. Tú estás comenzando a recorrer el camino del tiempo y yo, ya voy lejos, muy lejos. Este es el secreto que quería compartir contigo.

Con estas palabras, el abuelo puso fin a su explicación. La niña lo miró y dijo:

- Sigo sin entender del todo.

- Me doy cuenta de ello pero yo no sé explicar mejor las cosas. La vida tiene estos misterios.

La fragancia eterna

16 de octubre 2020 -218

HOJAS TEÑIDAS DE ORO

Por algún lugar de estas sierras, quizá no lejos de este rincón, ocurrió y fue así. La niña subía desde la fuente clara siguiendo la senda. El hermano bajaba por la senda hacia la fuente clara. Por las tierras de la cañada pastaban las ovejas y en la casa la madre, como la reina más reina de todas las reinas del mundo. Y la niña mientras subía por la senda venía cantando la siguiente canción:

El almez que conozco
ya tiene sus hojas
teñidas de oro,
por el suelo ruedan
llenas de otoño
y con el rocío de la noche
sobre sus hombros.

La tormenta llegó desde el lado del sol de la mañana. Sobre las altas cumbres el cielo se oscureció. Las nubes densas cubrieron las crestas y el barranco por donde el cortijo se llenó de penumbra. La niña subía desde la fuente clara y al encontrarse con el hermano se paró y le dijo:

- Me da miedo esa nube tan negra que por las cumbres se acerca.

Le contestó el hermano:

- Las tormentas son hermanas de estas sierras. Es bueno que derramen sus aguas aunque den tanto miedo que asusten a una niña como tú. Pero las tormentas son como el palpitar de las montañas.

Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando sobre la cumbre de la derecha se vio caer un río de fuego. Como una lengua fina y alargada que se clavó en la misma cresta de la cumbre. Enseguida estalló el trueno y la niña se refugió entre los brazos del hermano. Otra lengua de fuego se desgajó por el lado del sol de la tarde y el trueno se mezcló con el primero. La niña se apretó más contra el hermano y asustada dijo:

- Ya te he dicho que me da miedo esta nube tan negra.

Las ovejas seguían pastando por la cañada y la fuente manando su agua cerca de donde el almez con las hojas teñidas de oro.

17 de octubre 2020 -219

OTRO SICÓPATA

En su habitación, el hombre pasaba el tiempo como podía. Preocupado por todo lo que estaba ocurriendo con lo de la pandemia y ya cansado, muy cansado de lo que a diario veía, oía y estaba sucediendo. En la ciudad, en la región y en el país, cada día aumentaban los contagios, las personas enfermaban y morían. Y en el país, los políticos se peleaban entre sí, se echaban la culpa unos a los otros, no arreglaban la situación de las personas, daban discursos sin parar y, en ningún momento, transmitían la verdad de las cosas. Mentían descaradamente buscando solo sus propios intereses sin importarles las dificultades, el sufrimiento y la muerte de las personas. Realidad que al hombre cada día indignada más y por eso con frecuencia rezaba al cielo pidiendo que apartara de sus cargos a gobernantes tan incompetentes y en fondo, malos. Sabía él que las cosas y las instituciones funcionan cuando son dirigidas y están formadas por buenas personas, honestas y bien preparadas.

Su habitación, era pequeña, la puerta daba a un pasillo que tenía una ventana al final y, en frente, tenía la puerta de otra habitación. Vivía en esta segunda habitación, una persona extraña, bastante tóxica por su poco aseo personal, su hábito de fumar mucho, consumir alcohol, desorden y suciedad donde vivía, botellas de alcohol por el suelo mezcladas con

latas de cerveza, colillas de cigarrillos, cartones de zumos, taza del water sin asear… Y se relacionaba con los demás de la forma más incoherente. El hombre, cada mañana y al caer la tarde, abría la ventana del palillo para que entrara el aire de la calle, se ventilara el interior y desaparecieran un poco los malos olores que salían de la habitación de enfrente. Sabía que, una de las cosas para evitar ser contagiado del virus, era precisamente ventilar bien los espacios cerrados. Pero el que vivía en la habitación de enfrente, el toxico, en cuanto veía la ventana del pasillo abierta, se apresuraba a cerrarla. No sabía el hombre por qué razón, tenía tanto empeño en cerrar la ventana. Intuía que era solo por el simple hecho de demostrar que ere alguien. Por eso, varias veces había pensado ya hablar con él y preguntarle por qué se comportaba de esa manera. Pero siempre el hombre desistía de este intento porque se daba cuenta que el tóxico estaba también enfermo mentalmente. “Una persona que mentalmente no está bien pero que quiere que las casas sean a su gusto y hasta intenta domesticarnos a los demás”. Se decía el hambre.

Dejó correr el tiempo evitando un choque con el toxico hasta que un día ocurrió lo que estaba presintiendo. A primera hora de la mañana, abrió la ventana y justo unos segundos después, apareció el tóxico. Sin pronunciar palabra, cerró la venta. Al ver esto, el hombre se fue derecho a la ventana con la intención de abrirla de nuevo. El tóxico puso su mano en el pomo de la ventana, se colocó frente al cristal y mirando para la puerta de la habitación del hombre que la había dejado abierta. Se quedó parado el hombre en su habitación intuyendo que se podía producir un choque frontal si luchaba con el tóxico. Dentro de su habitación se mantuvo con la puerta abierta y procurando estar en calma. Se dedicó a sus cosas intentando no dar importancia al suceso y creyendo que, no pasado mucho rato, se retiraría. Pero transcurrieron diez minutos, media hora, una hora completa y avanzó la mañana. Llegó el reloj al medio día y el tóxico seguía con su mano puesta en el pomo de la ventana y mirando casi sin pestañear a la puerta de habitación del hombre. Este último, no acababa de salir de su asombre. Se decía: “¿Cómo es posible que alguien tenga comportamientos como los que estoy viendo esta mañana? ¿Cuántas personas hay ahora en este mundo comportándose del mismo modo que este tóxico? ¿De qué modo o cómo ayuda este comportamiento a mejorar a las personas y al mundo? Y, pasados diez años, cincuenta cien, doscientos ¿Qué quedará de esta persona y de su comportamiento?” El tóxico, tenía el apoyo del director. Al día siguiente a primera hora, se le vio rezando en la capilla.

La fragancia eterna
18 de octubre 2020 -220
FIGURA MISTERIOSA
- ¿Y aquel otro día de la cañada verde?
- ¿Te refieres al de las nubes blancas y el cielo azul intenso?
- Al del chorrillo de agua cayendo al tornajo de las algas verdes.
- ¿Y qué le pasaba a ese día?
- ¿No viste tú la figura que se recortó sobre el horizonte seguida de un perro pastor?
- Vi yo esa figura y sé de quién era. Algo más abajo pastaban las ovejas al placer de la fina hierba y al cariño de los corderillos recién nacidos. Por allí mismo corría el arroyo de los avellanos y las nogueras ya se vestían con sus nuevas hojas. Bajó el pastor, siguiendo la senda de la loma áspera. Andaba cabizbajo pero con su frente alta y como ya caía la tarde el sol dorado lo teñía de una muy hermosa luz especial.

Visto desde la cañada y recortado en el horizonte azul ¿Verdad que parecía un sueño?
- Es lo que quería decirte. Más que sueño parecía un misterio que irradiaba mucha belleza. ¿A dónde iba?

- Ya te lo he dicho: bajaba desde las partes altas y buscaba a sus ovejas que pastaban por la cañada. Y era cierto: en la rotundidad de aquel solitario campo, la loma alargada y el azul del cielo de fondo, parecía mucho más de lo que en realidad era. Y su silencio, su preñado y triste silencio, aun lo revestía de más belleza y misterio.

La fragancia eterna
19 de octubre 2020 -221
EL BALCÓN Y LA SENDA
Antes de que la senda llegue al valle por donde corre el río, pasa por una llanura. Es tan bonita la tierra de esa llanura que ahí crece verde la hierba durante todo el año. El bosque es espeso como una sementera y la senda se mete por ahí como si trazara un juego. Por algunas partes, lo árboles arropan tanto que ni el cielo se ve. Pero lo verdaderamente bonito es cuando la senda llega al final del puntal. Un filo rocoso donde hay un espacio llano que casi cuelga en el vacío. Es como un balcón sostenido en el aire y detenido justo frente a lo más bonito del paisaje.

Porque desde ese balcón, lo que más y mejor se ve es precisamente la loma de las viejas encinas. Una loma no muy grande que sube desde el collado y por la cara que da al sol de la tarde va la senda. Desde el balcón, se le ve saltando de un arroyuelo a otro y cada vez que llega a un puntalete, descansa. Como si ahí mismo ya fuera a terminar su recorrido y por eso casi se difumina por la tierra del pequeño poyo. Pero la senda sigue y mientras remonta al collado del centro, se pega a la huerta de los pastores y a los álamos del arroyo. Una preciosidad de paisaje el que desde el balcón se ve y una emoción sin igual la que se siente al contemplarlo.

La fragancia eterna
20 de octubre 2020 -222
MI CORAZÓN, ES LIBRE
Al llegar, veo a la cuadrilla trabajando en la tierra. Me uno a ellos y a las dos horas terminamos la faena. Bajamos por la senda y en el llano está el anciano sentado y junto a él la fuente. La cuadrilla se acerca y al quedarme atrás leyendo en mi Biblia vieja, oigo y veo que discuten. Uno dice:
- En los tiempos que estamos este baño de luz y gozo es necesario para seguir firme en la verdad.

Me aparto a un lado y al rato de estar leyendo veo que se levanta y se retira de la fuente. Se va por el camino que lleva al llano y me uno a él porque siento que pertenezco a su raza y fuerza. A unos doscientos metros, tres se paran, me abrazan y dicen:
- No has bebido agua de la fuente de los tiempos y por eso careces de la energía que te permite ser de la generación nueva. Si quieres te apuntamos en el corazón y así te renuevas para seguir en nuestra compañía y como uno de nosotros.

Me aparto de ellos. Sigo leyendo en mi Biblia vieja mientras me digo que mi corazón siempre será libre y estará limpio. Con la misma pureza y frescura que Dios me dio cuando nací aunque sea el raro en los nuevos tiempos. Aunque tenga que vivir en la soledad para no contagiarme de la masa.

21 de octubre 2020 -223
LA MADRE MURIÓ
En la casa donde vivía, oyó decir a un compañero: “De los veinte que hoy en día vivimos aquí ¿Cuántos aún estaremos con vida dentro de diez años? Y si poco a poco, tal como estamos comprobando, vamos desapareciendo y no hay recambio, hasta esta casa y

también la organización desaparecerán". Y al oír esto, vino a su mente la imagen de la madre. Hace mucho tiempo que ella murió. Tanto tiempo que ya nadie se acuerda de ella ni siquiera para rezarle una oración. Cuando ella vivía, en ningún momento intuyó lo que ahora, muchos años después, es real. Cuando la madre vivía, cuando todavía era medio joven, cuando luchaba con la crianza de los hijos, cuando en la humilde casa gastaba las horas limpiando, preparando la comida o lavando la ropa, la madre era hermosa y muy, muy trabajadora. De estatura pequeño, ojos redondos, pelo rubio, cuerpo menudo y casi pavesa, ella sufría mucho pero todo en silencio.

Entre tantas escenas y días, recuerdo aquel próximo a la Navidad cuando, con una amiga, surcó las veredas por entre los cerros dirección al cortijo de la umbría. Llevaba sobre su cabeza una talega con algo de harina, unos huevos, azúcar y dos litros de leche. Al llegar al río, entre sí se ayudaron, cruzaron la corriente y, por la estrecha y tortuosa senda, remontaron hasta el cortijo de la umbría. Aquí la recibieron los habitantes de este lugar con el horno de piedra ya bien caldeado y enseguida se pusieron manos a la obra. Amasaron la harina con la leche, huevos y azúcar, moldearon las pequeñas piezas y las fueron poniendo en las piedras incandescentes del rústico hornos. No tardó en impregnarse todo el entorno y aire cercano de un agradable aroma a galletas recién cocida. En solo unas horas, todas las pequeñas piezas estaban doradas y, la madre con la amiga, prepararon de nuevo todo. Agradecieron las cosas a los habitantes del cortijo de la umbría, cargaron con sus dulces mercancías y, por la senda entre el monte, descendieron hasta el río. Después de cruzar las aguas, atravesaron la llanura de los acebuches y encinas y regresaron al cortijo de los Granados. En la pequeña vivienda de hormigón y tejas de barro, recibieron a la madre alborozados. Más que entusiasmados por las golosinas que traía y más que ilusionados por la sencilla aunque muy singular celebración de la Navidad. Eran los primeros y únicos dulces golosinas que en la casa entraba en todo el año.

De aquel momento, escenas, días y sencillos aunque muy exquisitos regalos, a lo largo de toda la vida, he guardado el mejor recuerdo. Pasó el tiempo, la vida de la madre y toda la familia, dio muchas vueltas, cambios de sitios y situaciones. En la familia, los días, los años, las luchas y dificultad, fueron dejando su huellas. Envejeció la madre y un día de otoño, murió, ya sin fuerzas pero muy llena y por completo en paz. También se fueron de este mundo el padre, los hermanos y otros familiares. Con los años, desapareció el cortijo de los Granados y también el de la umbría. Siguió pasando el tiempo y, poco a poco, las personas, lugares, cosas y vivencias fueron borrándose cada vez más. Tanto, que ahora mismo, nadie, absolutamente nadie a lo largo y ancho del mundo, ni siquiera tienen noticias de algunas de las personas mencionadas aquí. Por eso él, cuando en la casa donde vive, oye decir: “De los veinte que hoy en día vivimos aquí ¿Cuántos aún estaremos con vida dentro de diez años? Y si poco a poco, tal como estamos comprobando, vamos desapareciendo y no hay recambio, hasta esta casa y también la organización desaparecerán", no se asusta mucho. Sabe que dentro de unos años, quizás todos habrán muerto y sabe que la casa y la organización desaparecerán para siempre. En los designios del Creador del Universo, las cosas son muy distintas a como los humanos deseamos y con mucha frecuencia, soñamos.

22 de octubre 2020 -224

LAS LLAMAN YOUTUBERS

Vestido todo de blanco, el novio camina al encuentro. Justo por el borde del camino que va en la dirección del sol de la tarde. A su derecha le va quedando el verde olivar y por el lado izquierdo, ve bajar a la muchacha. Vestida con traje de una sola pieza color verde claro. Es joven y se le ve triste, muy triste. Camina como de regreso, algo encorvada, solitaria, refugiada en sí y como agotada. Por el lado derecho y en dirección contraria al como

avanza ella, al novio le preceden varios amigos. Vestido todos ellos con trajes elegantes, mostrando un porte hermoso y muy seguros de sí.

Al cruzarse con la joven en direcciones contrarias y por lados distintos, el novio mira con interés a la muchacha que baja. No la conoce de nada y, aunque la vez triste y le parece que está como derrotada, la encuentra hermosa. Al amigo que camina a su lado, le pregunta:
- ¿Quién es, de dónde viene y a dónde va?
- Cuando ya estemos todos celebrando el acontecimiento reunidos junto a la mesa, voy a responder a lo que me preguntas.
Sobre el cerro al frente, en todo lo alto y entre olivo, se ve el lujoso edificio. Dentro, en salas amplias y muy decoradas, las mesas ya están preparadas y en ellas, los platos, vasos y copas. Huele todo el ambiente a comida recién preparada. En la mesa principal, en la cabecera, se sienta el novio junto a la que ya es su esposa. Desde dando se ha sentado, al frente y algo lejos, a través de los grandes ventanales, se ven los olivares y las montañas de los bosques y los ríos. Distingue a la joven que se aleja y por eso de nuevo pregunta a su amigo:
- Me llama mucho la atención su presencia por aquí. ¿Quién es y adónde va?

Y el amigo aclara:
- Ella es una youtuber, un de las muchas chicas de los países de la nieve, que hacen vídeos y los suben a Internet buscando abrirse un camino y ganar algún dinero. Por su cuenta, se ha presentado en este acontecimiento para grabar cosas que luego usará en sus vídeos. Algo ha pasado y, de pronto, se ha ido como enfadada pero, en el fondo, lo que está es cansada. Se ha dado cuenta del gran esfuerzo que debe hacer para lograr lo que sueña. Ya no sabe cómo conseguir mantener el interés de su audiencia porque lo has explicado todo. Ya ha explicado su vida, sus experiencias pasadas y presentes, sus sueños de futuro, ya ha hecho varias locuras ante la cámara, retos de moda, viajes de ensueño, colaboraciones con marcas. Todo esto tiene que mantenerlo y superarlo. El pastel es muy grande pero cada vez hay más influencers dispuestas a arrebatar su parte. Por tanto, un reto al que se enfrentan todos los influencers y youtubers es cómo no perder seguidores cuando las ideas ya escasean y todo el mundo ha subido el nivel hacia lo extremo para tratar de acaparar la máxima atención. ¿Lo entiendes?
Y el novio respondió.
- Puedo entenderlo.

La fragancia eterna
23 de octubre 2020 -225
EL MONSTRUO
- ¿Y eso del misterio qué es?
- Te debo decir que lo soñé la otra noche. Un sueño raro que ni siquiera sé en qué realidad puede encajar pero yo estuve allí y hasta sentí el miedo.
- ¿Te viste en el campo?
- Me vi en una de las laderas de estas montañas y, como tantas otras veces, subí por ella hacia las cumbres. Recorría la vieja senda pero no en solitario como también muchas veces sino acompañado. Subía detrás de mí un monstruo de hierro que era como una gigantesca máquina de tren. Detrás arrastraba a un verdadero tren y guiando esta máquina iba un amigo mío. No lo conocía pero sabía que era amigo y lo que más me extrañaba era que de vez en cuando se bajaba, se ponía delante y se echaba a andar. La máquina lo seguía como si fuera un perro domesticado. A una indicación suya el monstruo se paraba, subía más a prisa o escalaban más lento. Según la indicación que mi amigo le diera.

Pregunté a mi amigo qué significaba tal monstruo en estas sierras y me dijo que ahora son otros tiempos. Que los paisajes de estas montañas no son para tenerlos en conserva. Que hay que modernizarse y no estar toda la vida recorriendo sendas sobre lomos de burros o mulos. ¿En tiendes tú?
- Tendré que meditarlo pero creo que tu sueño no tiene sentido.
- Mis ojos lo vieron y mi alma lo gustó. Aunque, como tú, no sé a qué realidad pertenece.

24 de octubre 2020 -226

SINFONIA DE LAS CASCADAS

La Escaleruela es una cascada, un arroyo, una cumbre pero sobre todo es un torrente que se despeña desde lo más alto de la cuerda del Pico Gilillo. Desciende y viene formando curvas, peldaños de la escalera que desde lo más elevado se descuelga ladera abajo en busca de la llanura. También es una vereda que sube por la empinada pendiente en busca de la cumbre.

Pues aquel día subimos por el tramo de vereda, casi escalera y a la una y media de la tarde estábamos encerrados en el gran circo donde caen las tres cascadas. Hacia el poniente, toda la ladera norte, aún está vestida de blanco. La nevada ha sido bastante grande y aunque hace ya dos semanas que luce el sol la nieve no se ha derretido del todo. Poco a poco ahora se está deshaciendo y por eso las cascadas caen llenas. Son tres y forman un gran semicírculo chorreando desde el gigantesco paredón rocoso. Se despeñan en picado desde una altura de más de cien metros y en lo hondo ya se va formando el río que algo más abajo atraviesa el pueblo de Cazorla. Pero esta mañana, donde se juntan las cascadas, aún la nieve se amontona espesa y blanca. La corriente se abre paso y sigue cayendo por la otra cascada, la grande.

El camino que trae hasta este magnífico rincón no lo suben más de diez personas al año y de esto nos alegramos. Cerca de este lugar se alza el pueblo de Cazorla y la Iruela y tanto el otro día como hoy, por la carretera que va a media ladera hacia el Chorro, subían y suben enjambres de coches. Todos vienen atraídos por el encanto de estas cascadas pero como la senda es difícil y, además, andan muy oculta entre rocas y monte, hasta aquí sólo hemos subido no más de cuatro personas y así está de limpio y bello el lugar. Sólo silencio cortado por la música del agua despeñándose, cuatro cabras monteses que por fin sí las he visto, algunos buitres leonados en las repisas de los acantilados, rastros de jabalíes, pajarillos y paz.

Los arroyos que alimentan estas cascadas son tres; uno nace en la misma cumbre del Pico Escribano. Allá en la altura, la nieve se derrite y el agua va formando pequeños arroyos subterráneos que vienen a salir bajo una roca, entre arrayanes, al borde mismo de la cascada. El segundo arroyo recoge agua de las cumbres del Puerto del Tejo y éste, ahora mismo, cae mitad por la cascada de en medio y mitad por el agujero que hay en el centro del paredón rocoso. Hoy sale lleno y limpio y este manantial es el que se llama Fuente del Tejo. El tercer arroyo viene formando su cuenca desde el Valle del Sinclinal desmantelado y el Puerto del Tejo; desde la cumbre no baja uno solo sino varios que luego van juntándose y cuando llegan a caer por la cascada ya traen mucha agua. Por eso éste es el cauce más largo y el de la cascada más espectacular.

Y precisamente esta cascada, observándola desde un punto concreto a una hora exacta de la tarde a mediado del mes de febrero ofrece un espectáculo extraordinario, bello y espectacular. Hoy nosotros lo hemos gozado atónitos, casi sin poderlo creer porque es sinceramente una verdad rotunda que convence por encima de todo. Ojalá que durante

muchos años más a nadie se le ocurra trazar sendas para que los turistas vengan a este rincón.

Porque, además, este rincón está lleno de otra magnifica belleza: su vegetación. Barranco orientado al norte, con laderas inclinadas y fuerte farallones calizos donde la lluvia es muy abundante y en consecuencia, la flora muy rica. Boj, especie calcícula con necesidades de agua abundante y que tapiza toda la ladera desde lo más alto hasta lo hondo. Helechos, zarzas, escaramujos, comunidad densa e intrincada por donde se desarrollan las liabas con sus madreselvas, las clemátides y la nueza negra con los árboles más cerca del cauce, los fresnos y los sauces.

La sinfonía de las cascadas, la Escaleruela, no es nada más que un rincón orlado por las rocas de las cumbres, surcado de mil chorrillos que parecen descender de las mismas nubes, tapizado de no sé cuentas florecillas únicas, museo de rocas esculpidas por artista inexistentes y belleza sin límites. No es más bello porque en espacio tan reducido ya no cabe más belleza. Ojalá que mucho tiempo siga así.

25 de octubre 2020 -227

LA ARDILLA Y LOS DE LA CIUDAD

Y lo que vi no hace mucho fue así: Tardé un día entero en subir a la ladera para llegar a la cumbre; pero lo conseguí y me llené de gozo. Cayendo la tarde bajaba por la sendilla buscando el rincón por donde tenía el coche. Cuando ya estaba cerca, como todavía quedaban bastantes horas de sol, me paré a descansar y a llenar un poco más mi espíritu.

Miraba el camino y aunque los sentía no los había visto aún. Después descubrí que eran unos diez y tenían sus coches en la curva que hay antes de llegar al puerto. Pero cuando pasé por allí, ya habían terminado el espectáculo que ni siquiera sé cómo empezó. Yo sólo los sentí gritar y luego los veo gateando por los árboles. La ardilla saltaba ágil de una rama a otra y ellos la seguían. Tres por un lado, dos por otro y varios más, desde abajo gritaban. Se colgaban de una rama a otra, bajaban del árbol, subían hasta lo más alto del otro y todo su esfuerzo e interés estaba en cogerla.

Es un buen recuerdo de este parque.

¡Te lo imaginas, tío!

El todoterreno pasó frente a mí y aunque vieron el espectáculo y oyeron el escándalo ni se paró. Pero entonces, uno de aquel grupo, saltó por las rocas, se agarró al tronco del árbol, subió por él, por entre las ramas cogió los pies del que perseguía al animal, tiró de él hacia abajo y a empujones, logró apearlo del pino. Lo cogió del brazo, se lo llevó hacia el camino y le dijo:

Tu comportamiento es el de un irracional.

¿Por qué?

Este animal, que es hermoso, debe seguir libre en estos campos que es su mundo. No tienes ningún derecho ni a quitarle su libertad y menos a maltratarlo. Nosotros somos turistas y estamos de paso por aquí. Se entiende que por ser seres racionales somos más responsables y tenemos más sensibilidad que la ardilla que persigues. Demuéstralo y deja de dar voces reprimiendo tu salvajismo y respetando al menos al mismo nivel en que los otros seres vivos te respetan a ti.

Vi que el de la ardilla, agachó la cabeza. Dijo que lo entendía y se unió a los del grupo que subieron a los coches y se fueron.

26 de octubre 2020 -228

POR EL NACIMIENTO DEL RIO SEGURA

La tienda la hemos montado al borde mismo del agua, por la parte de arriba de la aldea y el cauce que por aquí corre es precisamente ese: El del Río Segura. Nace un poco más arriba y aunque es pleno verano, ya por aquí, por donde tenemos la tienda y la aldea existe, baja muy crecido. El agua de este río así como la de todos los ríos, arroyos y manantiales del Parque, siempre está fría. Y es que el agua que ahora en verano mana de estos campos, cuando desde las nubes en inviernos cae sobre ellos, casi siempre lo hace en forma de nieve. Si esto es así por las cumbres de este Parque, por aquí, por la Sierra de Segura y más aún por los Campos de Hernán Pelea, las nevadas son abundantes a lo largo de casi todo el invierno. Más de un ochenta por ciento de las aguas de este río, proviene de las nieves caídas en este gran altiplano.

Nosotros, esta noche, con nuestra tienda instalada al borde mimo del Río Segura, hemos tenido una experiencia singular: De un sólo tirón hemos dormido toda la noche. Ellos se han sorprendido y por eso les digo que es el aire, el silencio y sobre todo la música de la corriente, la que logra efectos tan naturales y limpios. De aquí que los que viven en esta aldea sean tan afortunados. Además de ser dueños y señores de silencios, cumbres, manantiales y valles, poseen lo que todos los humanos sueñan: La corriente de un río limpio que les arrulle por la noche para que duerman.

Hoy nos hemos levantado temprano porque hemos proyectado ir hasta la cueva que hay por encima de Cañada Cruz; el pastor que vive en la aldea, nos acompañará. Mientras desayunamos de entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdo estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera; pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del Parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos.

27 de octubre 2020 -229

EN LA CASA GRANDE

En la gran casa, vivía un grupo de hombres todos mayores. Los últimos de la que había sido una gran institución. Un día de otoño, uno de los habitantes de la casa grande, invitó a unos amigos. Por las circunstancias de la gran infección, en la casa, habían dedicado no recibir visitas ni admitir huéspedes hasta que la epidemia remitiera.

El que había invitado a los amigos, dijo al hombre bueno:

- Procúrale a mis amigos habitaciones donde puedan vivir un par de días teniendo cuidado que el que manda no se dé cuenta.
- Pero si yo hago esto puedo tener problemas.
- Yo sé que tú eres bueno y harás por mí el favor que te estoy pidiendo. Confío en que me ayudarás para que mis amigos queden contentos.

Y el hombre bueno acogió y dio habitaciones a los amigos del compañero. Otros de la casa, casi enemigos del hombre bueno, en cuanto descubrieron a los invitados, fueron a decírselo al director.
- Sabe que hemos prohibido recibir a huéspedes y por su cuenta, prescinde de lo acordado. Tienes que darle un escarmiento.
Y el director, muy molesto, se puso del lado de los que estaban en contra del hombre bueno.

Lo llamó enseguida y le dijo:
- ¿Con qué permiso has invitado a estas personas y le has dado habitaciones en esta casa?
Lleno de miedo, el hombre bueno, agachó su cabeza como pidiendo perdón y no pronunció palabra. Siguió el director hablando y ahora dijo:
- A las doce, mañana te espero en mi despacho. Quiero hablar contigo despacio.

28 de octubre 2020 -230
NIEBLA AL AMANECER
A media tarde preparó las cosas. En la mochila puso un puñado de almendras secas, cacahuetes, uvas pasas, algunos dátiles y también unos cuantos higos secos. Enrolló la manta y la puso entre las correas de la mochila. Salió de su casa y, dirección a la montaña hacia el lado del levante, caminó durante unas horas. Al oscurecer, llegó al lugar. Entre las jaras, frente al acantilado, extendió la manta y se acurrucó en ella. Mientras cogía el sueño, a sus oídos llegaban los sonidos de aves y otros animales silvestres. No sentía miedo ninguno.

Dos horas antes de la salida del sol, la luna se situó en todo lo alto de la montaña. Redonda por completo y tan brillante que todos los paisajes se iluminaron casi con la misma luz de un día algo nublado. Se incorporó de la rústica cama en la tierra y hojas secas de monte, enrolló de nuevo la manta, cargó con la mochila y caminó lento como de regreso. Podía ver con toda claridad porque el resplandor de la luna era potente y los primeros rayos de sol del nuevo día comenzaban a llegar. Bajó hasta el arroyo, pasó por detrás te las casas de los pastores, ascendió por la ladera de las encinas y subió hasta casi lo más alto de la cumbre. Por entre el monte y siguiendo las veredillas de animales, por el lado de levante, sorteó las altas rocas de la cresta. Con mucho cuidado avanzó buscando un paso entre el gran tajo a su izquierda y las altas rocas sobre la cumbre, a su derecha. La luz del nuevo día iluminaba cada vez más los paisajes y esto le servía para avanzar con seguridad.

Una media hora tardó en atravesar el gran tajo a su izquierda y las rocas sobre la cumbre. Se aproximaba al lugar pero antes de llegar, sintió murmullo de personas. Miró y los vio. Sobre un pequeño prado de hierba, estaban parados como esperando también la llegada del amanecer. Los saludó y siguió avanzando. Trescientos metros más adelante, se encontró casi por completo frente al collado. Justo en el momento en que la niebla empezaba a subir, empujada por la brisa al levantarse desde el otro lado de la montaña por donde el río se iba. Al ver el espectáculo, se quedó parado frente al acantilado, de espalda al sol que ya empezaba a salir por el horizonte y su asombro fue creciendo según los vellones de niebla asomaban por el acantilado y se elevaban lentamente. Como transformado y yéndose con la niebla que revoloteaba, rezó: “Gracias Dios mío porque una vez más me permites vivir en sueño lo que en vida ya no puedo”.

29 de octubre 2020 -231
EL HONDO GOZO DEL ALMA
-¿Tú no sientes como el alma

se llena de puro gozo
cuando en la tarde azul clara
de este comenzado otoño,
recorremos el camino
hacia el rincón querencioso?

- Siento yo como una llama
o como un temblor delicioso
que arde sin quemar nada,
pero arde en presuroso
placer que da la calma
del hondo gozo.
¿De dónde mana
este rescoldo
o dulce llamarada
que anuncia lo hermoso?

- Es Dios que pasa besando
en el viento silencioso.
- ¿Quizá ha plantado una tienda
por donde corre el arroyo?
- Tiene su jardín privado
por donde duerme el raposo
y dialoga con el alma
que por aquí tiene sus lloros
¿no sientes cómo arde
el corazón en su gozo
mientras va cayendo la tarde
de este bien granado otoño?

30 de octubre 2020 -232

AQUELLA ANCIANITA

Nos vamos de la llanura ordenándonos para seguir adelante según lo previsto y será quizá por el aire frío que nos da en el rostro, por el horizonte de lejana nevadas y cumbres redondas o la soledad tan llena de matices y vida, el caso es que nos viene al recuerdo la ancianita. Aquella querida ancianita nuestra del valle; la de la belleza de paisajes y reflejos puros de eternidad.

¿Viste como estaba curvada, arrugada en sí misma con su dolor por dentro pero con aquella paz, aquella armonía, aquella dulzura de arroyos claros?

Igual que vosotros la vi yo y, además, me di cuenta que se estaba muriendo sin un sólo lamento en su boca.

Es como si no le importara irse de este mundo o mejor, como si ya deseara irse para siempre porque tiene su tesoro y su felicidad en otro sitio. Pero deja que todo vaya al ritmo que está establecido. Es la gran lección que aprendió de los paisajes donde siempre ha vivido. Armonía y serenidad; no forzar jamás nada, no quejarse nunca de nada y tener siempre el espíritu lleno de gozo.

Pero ¿Viste qué bella era a pesar de sus años?

Es lo que menos puedo olvidar, su belleza con tantos años y tan rota por la vida.

¿Qué es lo que tendrá esta abuelita del valle que en muy pocas cosas se parece a las otras personas que conocemos?

Creo que ella es el resultado de un proyecto casi perfecto, para que muchos aprendamos la verdad única escondida en la lluvia, la nieve, el bosque, la brisa y el viento de estas

sierras. Creo que ella nos demuestra la autenticidad de lo que nosotros intuimos y buscamos. Lo que ni está escrito en libros ni se aprende en colegios ni universidades.

¿Viste como estaba curvada y te diste cuenta como en nuestro corazón sigue siendo la mejor, la más sabia, la más rica?

31 de octubre 2020 -233

DESDE LA CASA DE
PINAR NEGRO

Tuve un sueño y en él Iba yo bajando el cerrillo por entre el rebaño que pastaba plácidamente y vi que la primavera, como había sido generosa, llenaba todo el campo con un hermoso tapiz verde. Vi también que uno de los animales, en el centro de la pradera, intentaba mover la tierra con sus pezuñas y entonces me acerqué. Vi que en el lugar había algo y seguí escarbando. Entonces descubrí una hermosa criadilla, trufa la llaman los expertos, que era como el huevo de una gallina. Luego encontré otra que era como una naranja y después varias más. Su forma era globosa, muy irregular con un característico negro mate recorrido por profundas estrías blanquecinas.

Te escribo desde la casa de Pinar Negro, por los Campos de Hernán Pelea, rincón misteriosamente bello y también trozo del parque natural. Ahora mismo estamos sentados junto al fuego de la chimenea, frente a las ascuas donde se asan las setas de cardo y níscalos que hemos cogido por el montículo cerca de la llanura donde pastan las ovejas.

Los pastores de estas zonas conocen bien las setas de los campos. Anoche cuando llegamos uno de ellos estaba cenando precisamente eso: setas de cardo asadas en las ascuas de la lumbre. Nos invitó y te aseguro que nunca en mi vida he probado bocado más rico. Mientras compartíamos su comida y la nuestra nos propuso llevarnos por estos campos a buscar setas y esta mañana, toda ella la hemos pasado recorriendo praderas y cerrillos por las llanuras de esta planicie.

Los níscalos, una de las setas más ricas y apreciada por los pastores y habitantes de estas zonas crecen entre los pinos, bajos ellos y entre las hojas secas. Los que por aquí hay suelen ser grandes como sombreros, de color oro siempre y cuando crepitan sobre el fuego, en las ascuas de la lumbre, se te abre el apetito con tal fuerza que ni puedes esperar a que terminen de asarse. Impaciente los coges con los dedos y los pones sobre el pan, aún crepitando y desprendiendo vapor y aroma, lo aprisionas con otro trozo de pan y comienzas a comértelos. Es lo más rico, el bocado natural más delicioso que el Señor nos ha dado en esta tierra.

- Aquí las que más se dan son las de cardo que para mí son las mejores pero también están las de chopo, el níscalo o la negrilla.

Las setas de cardo que aún son mucha más ricas y bastante más apreciadas por las personas de estos lugares que los níscalos, no crecen por entre los pinos sino por las praderas, junto a las piedras y por donde pastan las ovejas. Su color es blanco con tonos negros por fuera y por dentro con laminillas gruesas y anaranjadas. Esta seta es mucho más agradable de comer que el níscalo y su buen sabor es extremo justo cuando está asada en las ascuas de leña de la sierra. Hay que dejarlas que se asen bien y ponerle mucha sal porque de este modo es como están buenas, buenas de verdad; como las preparan los pastores de estos campos. Mientras andábamos cogiéndolas nuestro amigo nos decía:

- Dicen que hay que salir equipados con ropa preferiblemente de algodón, pantalones de pana y botas camperas para evitar torceduras de tobillos. Como veis yo no necesito nada de esto. Hay que llevar siempre una cesta porque las bolsas de plástico resultan perjudiciales para la calidad de la seta. Dicen que hay algunas setas que cuando se cogen son aptas para el consumo y al meterlas durante un tiempo dentro del plástico se hacen incomestibles. Lo que sí es bueno llevar una navaja para cortarlas. No se debe arrancar jamás, sino cortarlas con la navaja ya que según algunos micólogos, en el tronco de la seta que queda en la tierra suelen permanecer esporas que permiten el nacimiento de nuevos ejemplares. Nunca se debe comer una seta si no se está seguro de sus características. Tampoco se deben coger setas en zonas próximas a fábricas o carreteras porque su ingestión puede resultar peligrosa ya que absorben importante dosis de plomo y mercurio. Y la otra cosa es que jamás se debe arrancar o pisar una seta que no se vaya a comer o a aprovechar porque supone un destrozo inútil a un ser que cumple su función en la naturaleza.

Nosotros hoy hemos cogido muchas y aunque también somos varios para comer seguro que nos sobrarán. Y sino, nuestro amigo el pastor nos volverá a llevar a donde él sabe que crecen. Tú tendrías que estar aquí para que olieras, vieras y sintieras cuanto misterio limpio encierra esta humilde casa de pastores que parece estar perdida en la singular altiplanicie de los Campos de Hernán Pelea.

1 de noviembre 2020 -234

241- LA NIETA

Sin una ilusión en la vida,
sin amor en el corazón
y una meta definida,
todo es puro humo
y cenizas.
Necesita el alma de los sueños,
del gozo y la fantasía
para dar sentido a las cosas
y para llenar la vida
del maravilloso cielo
que en el Universo grita.
Vivir ilusionado
eleva y siempre ilumina.

Murió la madre de una enfermedad que nadie conocía y al poco, murió el padre. Tenía ella ocho años y la única familia que le quedaba era el anciano abuelo. Tenía él un pequeño taller de cerámica, en la Medina, dentro del recito amurallado de la Alhambra. Porque desde pequeño no había conocido otro oficio, trabajo con el que iba tirando malamente pero le daba lo suficiente para vivir. Cada tres o cuatro días, a pesar de sus años, iba a las montañas a buscar leña para el horno donde cocía las pequeñas piezas de cerámica. Y también acarreaba la tierra necesaria para amasarla y dar forma a los objetos que fabricaba.

Y cuando murieron los padres y la niña se quedó sin más compañía que el abuelo, éste le dijo una noche:

- Hija mía, yo estoy ya muy viejo pero mientras tenga una pizca de fuerza, a ti no te faltará un trozo de pan y un vestido que ponerte.
Y la nieta le preguntó:
- ¿Y me enseñarás las cosas que haces tú?
- Todo lo que yo sé te lo enseñaré para que un día puedas seguir el oficio y tener así para vivir.
- Aunque también me gustaría, cuando sea mayor, ser alguien importante, con mucho dinero y fama.
Y el abuelo le dijo, y luego le repitió durante mucho tiempo que:
- La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Mientras yo tenga fuerzas te daré todo lo que pueda. Y sí, hija mía, procura mantener siempre la ilusión viva en tu vida porque nada hay peor para las personas que hacer las cosas y vivir sin ilusión ninguna. La monotonía y la rutina, sin un sueño en el corazón, no es vida ni tiene sentido ninguno.
- Pero abuelo, tú nunca has sido rico a pesar de lo mucho que has trabajado en tu oficio.

Y el anciano, con palabras dulces, le decía a la nieta:
- No he tenido ni tengo dinero pero en mi corazón, nunca me ha faltado la ilusión. Y esto, te lo aseguro, es una gran fortuna. La mayor de todas las riquezas del mundo. Siempre hice, a lo largo de mi vida, aquello que me gustaba, con la ilusión cada día renovada y sin que nadie mandara sobre mí. Y por eso he sido libre y bueno con todos los que he conocido. Hice siempre las cosas ilusionado y de aquí que hora dé gracias al cielo por la gran fortuna que en mi alma tengo. Lo comparto contigo para que tengas conciencia y tu pequeño corazón, poco a poco se vaya enamorando de lo esencial.

Y un día de verano, antes de salir el sol, el abuelo se levantó. Dejó que la nieta durmiera un poco más mientras él le preparaba el desayuno. Luego, cuando ya el sol se alzaba por las cumbres de Sierra Nevada, los dos salían del recinto amurallado de la Alhambra. Caminaron despacio por la bonita senda que llevaba a las montañas y cuando ya estuvieron en el bosque, el abuelo dijo a la nieta:
- Yo voy a subir a lo más alto de este monte para recoger las ramas secas que vimos el otro día. Tú quédate aquí, por debajo de estas rocas y ve juntando lo que encuentres. No me alejaré mucho ni tardaré en volver. Y si me necesitas, me llamas.
Estuvo de acuerdo la pequeña y al poco, vio como el abuelo remontaba a la parte alta del cerro. Seguro de sí y confiado en que la niña sabía desenvolverse y hacer las cosas bien. Pero no había pasado media hora cuando el abuelo la sintió gritar.
- ¡Socorro, abuelo sálvame!
Asustado el hombre miró para el barranco y descubrió un gran movimiento en el monte y ramas de los árboles. Dejó lo que estaba haciendo, corrió ladera abajo en busca de la nieta y al poco la vio como huyendo por entre la vegetación para el lado de abajo. Gritaba y lo llamaba y el abuelo le decía:
- No temas que ya estoy aquí para salvarte.

Detrás de unas rocas, la niña se refugió y en estos momentos se oyeron los ladridos de unos perros. El abuelo se acercó a ella, la cogió enseguida y fuerte la abrazó contra si preguntando:
- ¿Qué te ha pasado, mi pequeña?
Quiso hablar la niña pero no le salían las palabras. Al final, cuando ya su corazón sintió la paz y fuerza que el abuelo le trasmitía con su abrazo, balbuceando dijo:
- He visto como un monstruo surgir de la espesura del monte y venía hacia mí para tragarme. Gracias por haberme salvado.
- Tranquila que ya verás como ningún monstruo te va a comer.

Y el anciano la abrazaba con la fuerza del más poderoso y a la vez dulce de las personas. Los perros que por entre la vegetación saltaban ladrando, aparecieron y al llamarlos el abuelo, se vinieron hacia ellos haciendo carantoñas.

Aparecieron enseguida dos hombres y al instante se oyó el tintineo de algunas campanillas metálicas. No tardaron en verse, por el lado de abajo, el rebaño de ovejas que subía río arriba. Uno de los pastores dijo al anciano:
- Hemos oído los gritos de la niña y veníamos a buscarla.
- Gracias por venir a salvarme.
Dijo ella y luego preguntó a los pastores:
- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Subimos de la Vega de Granada y vamos a las montañas, a las partes altas que cubren las nieves en invierno.
- ¿Y dónde vais a dormir esta noche?
- En ese collado que se ve al frente.
Miró la pequeña al abuelo y le preguntó:
- ¿Podemos quedarnos en estos montes y dormimos esta noche con estos amigos nuestros?
- Si tú quieres y ellos lo permite, podemos quedarnos.

Poco después, subían por la estrechas sendillas hacia el collado mientras iban viendo que el cielo se llenaba de nubes. Y según fue cayendo la tarde, las nubes se espesaron y al poco, cuando ya empezaba a oscurecer, se vieron los primeros relámpagos y se oyeron los truenos. Refugiaron los pastores a las ovejas entre las rocas del collado y en una cueva a la derecha, se guarecieron ellos con la niña y el anciano. Hicieron fuego, comieron de las cosas que los pastores les dieron y después de charlar mucho, se acostaron junto al fuego. Y dormían todos muy tranquilos, ya con la tormenta casi extinguida, cuando a media noche, en sus sueños la niña vio que el cielo se iluminó. Se abrieron las nubes y vio la figura de una mujer muy bella que le decía:
- Lo que dice tu abuelo es verdad. Sin ilusión en la vida, no merece la pena vivir. No hagas nunca nada si antes no estás profundamente ilusionada.

Oyó la pequeña las voces de los pastores y se despertó. Tal como estaba acurrucada junto al fuego, miró al abuelo, miró a los perros y ovejas y luego a los pastores. Al verlos despiertos ya preparando el desayuno en las ascuas de la lumbre, les preguntó:
- ¿Y vosotros nunca tenéis miedo en estas montañas?
- Nunca hemos tenido miedo de nada excepto de algunos hombres.
- ¿De qué hombres?
- A veces, de los soldados que el rey manda a estas montañas a por los borregos que criamos y otras veces, de hombres malos que vienen a robarnos.
- ¿Y os gusta vivir de esta manera?
- Estamos ilusionados y por eso somos felices y nos sentimos libres. Y creemos que nada hay más hermoso y grande en esta vida que esto que te he dicho. Somos amigos de las estrellas, de la lluvia, del viento y del monte y tú lo estás viendo.

Después de desayunar junto al fuego y en compañía de los pastores, abuelo y nieta se despidieron. Y cuando ya regresaban por las sendas dirección a Granada y a la Alhambra, besados por el sol de nuevo día y con la pequeña carga de leña acuestas para cocer la cerámica, la nieta dijo al abuelo:
- Creo que ya he comprendido lo que tantas veces tú me has dicho.
- ¿Qué es?
- Que vivir ilusionado y mirar y hacer las cosas con ilusión, es lo mejor en este mundo.

- Esto es una verdad rotunda y sin fisuras.
- Es que, abuelo, el abrazo que me diste ayer por la tarde en el monte cuando estaba perdida y lo buenos que son los pastores de estas montañas, me han enseñado mucho.
Y el abuelo guardó silencio y nada dijo.

2 de noviembre 2020 -235
EL VALLE DE LA PRIMAVERA
Se llama así por varias cosas: no es ni una llanura ni una nava, sino una sencilla llanura muy suavizada que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la parte del centro es por donde van las aguas cuando llueve. Luego, cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por pequeños mechones de bosque, todo esto florece con el esplendor de un auténtico jardín.

Pero es que, además, al final de la colina de la derecha, hay una roca, un monolito rocoso que es la joya del valle. En la misma colina, en el otro extremo, siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo. Luego abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más. Al comienzo del valle, en la parte alta, el huerto y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor.

Subimos nosotros aquel día por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio. Nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle. Por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas. Se les oía balar y el sonar de los cencerros. Se oía también el correr de la corriente, al pastor por allí entre las ovejas y a gente que subían por el otro lado. Desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces. Nos paramos para averiguar qué pasaba.

Al poco vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle. Seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor le preguntamos qué pasaba.
Los condenados que otra vez me han quitado un cordero.
Como no sabíamos quienes eran ni de qué iba lo del cordero nos tuvo que dar muchas más explicaciones.
Son los que vienen por aquí. Se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te quitan cualquier cosa; la fruta de los árboles, las hortalizas, las setas de los campos, te espanta el ganada y si pueden, cargan con un cordero. Estás todo el año luchando para criar cuatro cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo, y estos que vienen de la ciudad, donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en conseguir. Son unas rapiñas y no crees que es por necesidad, que si fuera así y me lo pidieran les daba todo lo que tengo sin cobrarles ni un duro a cambio, que es por el puro gozo de vivir una nueva experiencia.

Mientras nos explica las cosas que hacen y se llevan de estas sierras los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra hacia el bosque para perderse allá abajo. A igual que no lo entiende el pastor tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él; envuelto en el misterio, la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización vengan por aquí con tan poco respeto a nada. Hay que tener poca cultura y ser nada civilizados para venir hasta estos valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de lo a ellos les asfixia en sus ciudades.

3 de noviembre 2020 -236
LOS RECUERDOS
Asomado a la ventana, contempla como el otoño ya está presente. Se ven amarillas y por el suelo, las hojas de los granados, las de las higueras, los caquis, almendros y acerolos. Se ven doradas ya las naranjas en los árboles y las bellotas, castañas y madroños, también muestran las señales del otoño en las ramas o por el suelo. Observa y medita y por su mente van y vienen los recuerdos. Son tantos, repartidos en el tiempo y los días, que ni siquiera puede ordenarlos. Recuerdos hermosos de momentos inmortales y otros muchos, tristes y llenos de pérdidas para siempre. Cree en la eternidad y por eso espera, en el cielo que encuentre después de la muerte, recuperar todo lo que en esta vida ha ido amando y fue perdiendo. Reza y medita y a su mente acude una escena hermosa guardada en los pliegues del tiempo.

Se ve sentado en la sombra del viejo y frondoso fresno, justo en centro del río y al borde mismo del charco. Al frente, le queda la ladera de las encinas, ahora solitaria y, en estos días de otoño, ya con las primeras matas de hierba brotando. Los años, muchos años, han pasado pero siente y ve las cosas como en aquellos días de su niñez. Per eso espera que, de in momento a otro, aparezcan los patos. La hermosa bandada de patos silvestres que, con frecuencia y en aquellos días de su niñez, aparecían por los paisajes de la ladera que tiene al frente. Graznando como alegres o alborotados, a veces, aterrizaban en la ladera y por aquí se quedaban muchas horas buscando alimento. Los sentía amigos y por eso, observándolos desde la sombra del fresno, dejaba pasar el tiempo y meditaba. Y más aún sentía curiosidad y reflexionaba cuando, pasado un buen rato, los veía alzar vuelo casi todos al mismo tiempo y en una bandada grande y hermosa, rápidos se alejaban siguiendo el cauce del río. Como al encuentro de un lugar lejano y misterioso. Se decía: “Tendrán ellos un cielo, un paraíso, un reino propio donde algún ser bueno y poderoso, les da cariño y trato amoroso. El gran Dios y Creador del Universo ofreciendo a esta bandada de patos amigos, su cielo particular en el paraíso de los animales”.

En estos días de otoño, ya con las primeras matas de hierba brotando por la ladera de las encinas y después de tanto tiempo, los patos no están por aquí. Sí el frondoso fresno, el redondo charco en el río y, en lo alto de la ladera, muchas personas amontonadas mirando hacia el río y como observándolo. Todas estas personas están en silencio y parecen acusarle de algo. Sabe que no son amigos suyos sino, los que a lo largo de mucho tiempo, lo marginaron y despreciaron. Por eso no puede sentir aprecio por ellos. Aparta sus miradas de la multitud que desde la ladera le observan y se concentra hacia la lejanía por donde el río se pierde. Por donde siempre se alejaba la bandada de patos y, en un infinito misterioso y hondo, intuía el Universo del gran Creador. Y, como en aquellos tiempos, se pregunta: “¿Cómo será realmente este inabarcable Dios y Creador de todo lo que existe? ¿Qué me tendrás a mí preparado cuando por fin me vaya de este suelo? Mi mente no puede imaginarlo y por eso me parece ridículo, muy mediocre, oír y ver lo que piensan y hacen los que desde esta ladera me observan. Creo en este Dios, creo en cielo que Él regala a los animales y a mis amigos la bandada de patos y creo y espero en el cielo que para mí también tiene reservado”.

4 de noviembre 2020 -237
EL JUEGO DE LOS NIÑOS
Al bajar de la cumbre descubrimos el cortijo. Por dos motivos decidimos acercarnos. El primero que como es pleno verano subiendo hemos sudado mucho y nos hemos quedado sin agua. Al ver el cortijo se nos abre el cielo. Allí tenía que haber agua que era lo que en estos momentos más necesitamos. Y la otra razón, menos importante, aunque según se

mire, era que deseábamos charlar con alguien de por aquí. Ellos siempre saben mucho más que los mejores libros y esto es una riqueza que hay que aprovecharla cuando se presenta.

Además, el cortijo era como una pequeña perla en el centro de aquella ladera, frente a las rocas y entre tantos pinos. Así que nos acercamos y ya llegando a él lo primero que nos llama la atención son las ovejas. Sestean bajo las sombras de las nogueras por la parte de atrás. Algo más abajo vemos la fuente y era tal como la habíamos soñado: bajo una roca y por entre unas grietas sale el chorrillo de agua que primero cae a un charco excavado en la tierra, luego chorrea a los tornajos y desde aquí se va para los hortales un poco más a la izquierda.

Junto al agua está sentado el pastor que parece como si nos tuviera esperando y en cuanto lo saludamos se une a nosotros su mujer. Mientras nos ofrecen el agua de la fuente que es lo que más apetecemos y nos habla de la cumbre por la cual hemos estado nos, damos cuenta que no están solos. Algo más abajo se ven las ruinas de una tinada y por ahí juegan los dos niños; ella y él. Ni siquiera al vernos dejan de jugar. Andan tan entusiasmados y son tan felices que ni les importamos. Y es precisamente esto lo que más nos llama la atención a nosotros: sus juegos, sus realidades sencillas, casi fantasías o quizás todas fantasías pero tan repletas de bellezas inenarrables y tan plenamente llenas, que ni siquiera necesitan de nosotros ni nuestra presencia les inmuta. Los observamos desde allí, desde la fuente, sentados junto al pastor y nos damos cuenta de algo impresionante:

Son tan felices y tan grandes ellos y sus juegos que les sobra todo el mundo. Parece como si con aquellas cuatro piedras, llenas de sombras de pinos, perfumadas de mejorana y pintadas de colores por los rayos de sol que cae, tuviera entre sus manos el universo entero. Dan la impresión de que allí lo tienen todo y no necesitan nada más. Y vemos que lo único que tienen es un puñado de pequeñas fantasías, una ladera llena de monte, el arroyo que corre por lo hondo, la silueta de la colina de donde nosotros venimos, las paredes de la tinada, la fuente de su cortijo, las ovejas bajo las sombras de las nogueras y la soledad del paisaje. Los miramos y los miramos y no acabamos de comprender que haya allí mucha más belleza que en cualquier otro rincón del mundo.

5 de noviembre 2020 -238

LOS MATICES DE LA SIERRA

Por ejemplo, cuando llega el otoño, en las sierras muchas cosas tienen nuevos tonos y matices. Caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color que aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras. Se oyen los bramidos de los ciervos tanto en los barrancos como en las laderas y cañadas. Es el celo y los animales tienen sus instintos por eso de la perpetuidad de la especie y demás. Se ven las nieblas matinales llenando todos los barrancos hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres. Se oyen y se ven todas estas cosas y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra. Como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libren y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del invierno.

Primero, al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras. Puede soplar el viento y arrastrar con rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de estas nubes. O puede que no sople el viento sino que estando todo en calma, las nubes aparecen desde detrás de la cumbre y se remontan como si quisiera cubrir toda la sierra. A veces cruje un trueno y parece como si todos los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada. Es la

característica propia del trueno de la sierra. Puede que luego ya no crujan más truenos ni brillen más relámpagos y en cuanto se hace de noche comienza a llover. Al principio con suavidad para ir poco a poco aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial.

La casa, que es un pequeño cortijo construido justo sobre las rocas cerca del arroyo, queda perdida entre la densa niebla y la oscuridad de la noche. Pero como, además, llueve y de una forma espantosa, la casa ni se ve desde ningún sitio. ¿Cómo se va a ver si todo parece perdido entre una gran ola de agua? Pero como la casa se alza sobre la roca y ella misma es una roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales. Como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajas por las laderas buscando los arroyos y los valles. La casa, ya he dicho que no se puede ver en estos momentos pero si tú la vieras desde el lado este que es la parte más bonita, dirías que es algo mágico. Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños. Porque desde aquí, desde el lado este, siempre la coges desde lo alto; recostada sobre las adelfas del arroyo, aplastada por entre las rocas que suben hacia la pista y en primer plano. Como sino existiera nada más en todo el contorno que la pequeña casa que tienes antes tus ojos y las rocas que en forma de lastras sirven al mismo tiempo de acera y calle asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar. Pero como además de oír, ves y hasta puedes tocar el manto de agua que por un lado y otro se desliza ladera abajo, frente a todo esto, aunque la noche sea de lluvia cerrada no creas, que casi te gusta quedarte aquí y gozar un fenómeno tan único y original como éste.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en toda la sierra cuando llega el otoño. Quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como este donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece demasiado. Pero yo digo que son reales los manantiales y los arroyos que por estos cerros corren. Otra cosa es al día siguiente de esta noche de lluvia. Puede amanecer sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y barrancos. Los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse aquí frente al campo mirando como aún todavía corre el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar. Aunque ya no llueva, todo está tan mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance un poco.

Así que es verdad: Cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tienen cosas nuevas. Tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año. Ni es fácil gozarlo todo en un sólo día ni tampoco se puede contar, aquí y ahora, con cuatro palabras.

6 de noviembre 2020 -239

LA FUENTE DEL FRESNO

Subiendo por el Guadalquivir, pegado al fresno del charco, entre los juncos, brotaba la fuente. Digo brotaba porque hoy ya, aunque el venero está en el mismo sitio y por él sigue manando el agua, no es lo mismo. Han cortado el fresno, han segado el rodal de juncos, han encerrado el chorrillo y por un tubo lo hacen chorrear al pilón. La siguen llamando fuente pero ya no del fresno sino con otro nombre y el venero no corre por entre piedras sino por cemento e hierro.

Con uno de los grupos que en coche van de paseo por la sierra, a las doce de la mañana hemos llegado a la, para mí siempre, fuente del fresno.

Parada de media hora para beber y comprar lo que queráis.

Anuncia el guía. Todos bajan y uno detrás del otro enfilan hacia el chiringuito de las bebidas en latas.

Ahí venden unas tapas que quitan el sentido, las bebidas están frescas y, además, también hay churros.

Comenta uno. Me quedo solo frente a la ladera por cuyas entrañas oscuras baja el agua del manantial. Busco los juncos, el fresno, los enebros, el río. Es inútil, sólo veo edificios, aceras, bares, puestos de baratijas, gente con uniforme saludando y sonriendo.

Beba el caballero agua de esta fuente verá qué rica.

Me indica una del uniforme. La miro y miro al chorrillo que como en aquellos tiempos cae cristal. Estoy por decirle que cuando aún ella no había nacido, ya recorría yo estas sierras y al caer las tardes, todos los días bebía y luego me sentaba frente a este manantial, cuando manaba por entre los juncos y corría delicioso hasta caer al río. Estoy por decirle que aquí, donde ahora tienen el puestecillo para vender perfume en conserva, crecía el fresno bajo cuya sombra, dormía la siesta frente a la corriente del río en los meses de verano. Estoy por decirle que este manantial casi lo vi yo brotar por primera vez después de aquel año de las grandes nevadas y estoy por decirle que aquí, en aquellos tiempos, yo cogía los berros que luego me comía con pan y por las noches cantaban las ranas y bebían las monteses. Estoy por decirle esto y muchas más cosas que, de aquellos tiempos, por aquí tengo desparramadas pero me limito sólo a aceptar el pequeño frasco de perfume que me ofrece.

Es un recuerdo de las plantas aromáticas de estas sierras; esencia de espliego.

Y ahora estoy también por decirle que yo lo tengo respirado en vivo, por todas las laderas de este parque pero me limito a darle las gracias.

7 de noviembre 2020 -240

CON MI VIDA ACUESTAS

345- Por la senda que recorre al barranco oscuro,
poniéndose el sol,
esta tarde he subido con mi vida acuestas
y en la cañada de las madroñeras viejas
y el tapiz del verde musgo,
me he parado a coger tres piñas secas
y al mirar al arroyo, desde el balcón del viento,
te he visto a Ti sosteniendo mis pies
y regalándome el vital aliento.

346- De la madroñera torcida,
que se clava en la pared rocosa
que cae desde el cielo,
he cogido tres madroños dorados
y al rozar sus flores color caramelo,
te has desprendido en rocío transparente
y por el alma que late en mi pecho,
has resbalado en forma de caricia
y en lo más hondo, he sentido tu beso.

347- En la cañada del musgo verde
el corazón de las piñas ruedan por el suelo
y al pasar y pisarlas

entre las ramas floridas de los cien romeros,
te he visto jugando con la loca ardilla
y enseguida me has mirado diciendo:
- En la soledad de las montañas vivo
y cuanto en ella late y germina
es de mí, nítido espejo.

348- Pero como tengo prisa
porque ya sabes, me anda persiguiendo,
en la cañada de las madroñeras,
donde el musgo verde cubre todo el suelo,
me he dado la vuelta para regresar al mundo
y al instante casi me ha faltado aliento.
Tú sosteniendo mis pies
en el húmedo barranco de los pinos viejos
y mis carnes llorando
porque quieren irse contigo y todavía no puedo.

349- Tres madroños rojos
y uno verde fuego,
me he traído conmigo
y entre las flores color caramelo,
la fragancia del rocío
que dejaste con tu beso.

350- Pero para que no se me olvide,
lo he grabado en mi pecho:
por la senda del barranco oscuro
he subido en esta tarde de invierno
y por un instante más,
te he visto en espejo
en el musgo verde de la cañada ancha
y en los cristales de nieve
que la escarcha fragua a espalda del viento.

8 de noviembre 2020 -241
ENEMIGO
De sus ahorros, el hombre compró en la tienda un paquete de toallitas hidroalcohólicas. Algo nuevo para ayudar y prevenir el contagio del virus. Había leído y oído que, para evitar contagiarse, era bueno lavarse mucho las manos, mantener distancia entre las personas y usar desinfectantes. Con cariño y pensando en la seguridad de sus compañeros, puso el producto que había comprado en la entrada del cortijo pensando que para los compañeros iba a ser algo muy útil porque podrían desinfectarse y limpiarse las manos al entrar y salir de la vivienda. A nadie dijo nada porque le parecía que lo que estaba haciendo era algo bueno, algo en bien y para la seguridad de los compañeros.

En el cortijo vivía un grupo de unas veinte personas que se dedicaban a las labores de las tierras y cuidado de los animales. El trabajo de él, era precisamente ese: el cuidado de un pequeño hato de ovejas. Y aquella mañana de otoño, después de colocar el paquete de

toallitas en la entrada de la vivienda, dio suelta al pequeño hato de ovejas y se las llevó para el cauce del río. Un poco antes del mediodía, estaba él asomado al acantilado observando al rebaño pastando cerca de las aguas del río cuando, al mirar para el levante, vio al encargado acercase. Traía en sus manos el paquete blanco de las toallitas hidroalcohólicas y al llegar, se lo mostró al tiempo que le decía:
- Que sepas que todas las compras en esta casa, los hago yo. Ten lo que has comprado tú y, desde este momento, tienes prohibido traer cosas por tu cuenta.

El encargado, alargó al hombre el paquete de toallitas y este último, sin pronunciar palabra, dio media vuelta y se alejó hacia el río. Con el paquete en las manos y con las palabras en los labios, se quedó el encargado mirando y dudando qué hacer. El hombre, lleno de seguridad y sin mostrar miedo, se alejaba en silencio mientras para sí, se decía: “No entiendo su enfado. Yo he hecho lo correcto pensando ayudar a mis compañeros y, en lugar de agradecer, me ataca. Me da a entender actuando así, que quiere demostrar su autoridad aunque ponga en peligro la salud de los compañeros. No es noble su comportamiento. Porque ¿y si alguno de nosotros, incluso él, nos contagiamos, enfermamos o morimos? En realidad, esto es lo que está sucediendo cada minuto a lo largo y ancho del Planta Tierra. Y también pienso en si su forma de actuar conmigo, es bendecido o no por el Dios en que creo".

9 de noviembre 2020 -242
CANCIÓN DE OTOÑO -1
Se ven amarillas las hojas
sobre la hierba verde
en las silenciosas horas
de la gris tarde de otoño
que la lluvia moja.

Desnudas se ven las ramas
ya sin sombras,
de los granados y almeces
y más hojas amontonadas
por el césped
mientras sonora
la lluvia cae y humedece
al viento que besa y pasa.

El otoño ha llegado,
lento resbala,
tú en la lejanía,
la calle solitaria,
las nubes cubriendo mudas,
el reloj que escondido marca
el final de no sé qué
y la llegada.

10 de noviembre 2020 -243
CANCIÓN DE OTOÑO -2
Por la tarde, hizo mucho viento. Se cubrió el cielo de nubes y, según el sol se iba ocultando, todas las nubes se tiñeron de rojo y naranja. Justo a esta hora llegaban ellos, abuelo, nieta y hermano mediano, al manantial del acebo. Aquí mismo, en un rellano y mirando al

levante, montaron la tienda. La noche llegó enseguida y ellos, dentro de la tienda, se metieron en los sacos de dormir, charlaron un rato entre sí y al poco, cogieron el sueño.

Llovió sin parar a lo largo de toda la noche. Sin viento ni frio y de la forma más silenciosa. Antes del amanecer, se despertó el abuelo, con cuidado abrió un poco la cremallera de la puerta de la tienda y observó la luz del nuevo día alzándose por el lado del levante. Se despertó la nieta y a ver al abuelo, le preguntó:
- ¿Es ya el momento?
- El sol saldrá dentro de poco. Vamos a irnos preparando.
Se despertó el hermano mediano y enseguida se pusieron a recoger las cosas. Recogieron los sacos y la tienda y cargaron con las mochilas.

Mientras caminaban siguiendo las sendas, por entre el monte, iban encontrando las setas. Ya no llovía, la tierra estaba muy mojada y el sol iluminaba con mucha limpieza. La nieta, al ver al abuelo agacharse una vez y otra para recoger las setas, se fue llenando de emoción y, como en juego, le preguntó:
- ¿Por qué dices tú que el otoño es la estación más hermosa del año?
En la torrentera a la derecha de la senda, entre unas jaras, el abuelo descubrió la seta. De color rosado, grande casi como un plato y tan fresca que parecía recién brotada. Se agachó el abuelo, cortó con cuidado el hermoso hongo y se lo dio a la nieta al tiempo que decía:
- Si miras esta seta, te miras a ti misma, a tu hermano y me miras a mí, puede que entiendas por qué pienso que el otoño es la estación más hermosa y extraña del año.

Como en un juego de ensueño
se les ve en la mañana azul
del otoño nuevo y viejo
en su mundo hondo y ancho
y pequeño, muy pequeño.

Canta un mirlo por el arroyo,
sobre las rocas en silencio,
duerme el musgo como en espera
de la caricia del viento
y la luz de la mañana
llora y regala incienso
de otoño que mudo llega
y se aleja a paso lento.

Van ellos con la vida acuestas
en sueño como en un juego
y parece que no supieran
que en brazos los lleva viento
con el otoño que llega
y ya es viejo, casi abuelo.

11 de noviembre 2020 -244

CANCIÓN DE OTOÑO -3

Cayeron las primeras nieves pero no fueron muy abundantes. Solo las partes altas de la montaña, se cubrió de blanco total. Por las laderas, hondonadas y valles, los paisajes se veían como llenos de remiendos. Pequeñas y grandes manchas verdes y pequeños y grandes rodales blancos inmaculados. Las primeras nieves del otoño, no habían sido muy abundantes y por eso los paisajes mostraban manchas y remiendos por todas partes.

A primera hora del día, el abuelo, dejó que las ovejas se adentraran en la ladera por donde los castaños eran espesos. Y en cuanto el rebaño comenzó a moverse montaña arriba en busca del sol de la solana, llamó a la nieta y al hermano menor. Siguiendo la senda del río que descendía desde la cumbre, los tres avanzaron cauce arriba como detrás del rebaño. Rozaron la casa de piedra ahora por completo vacía y casi abandonada y antes de alejarse, el abuelo detuvo sus pasos. Miró despacio al viejo edificio y dijo a los nietos:
- No me gusta nada el nombre que han escrito en la pared por encima de la puerta.
En una sola línea, en la pared y entre el alero del tejado y la puerta, en letras grandes de color rojo, se podía leer: “Mi nueva propiedad”. Preguntó la nieta:
- ¿Aquí fue dónde naciste tú y jugaste de pequeño?
- Esta casa y paisajes fueron mi paraíso desde que nací hasta hace pocos años.
Por la cara del abuelo se deslizan unas lágrimas y al descubrirlo la nieta, lo coge de la mano.

Siguen avanzando y al llegar al bosque de los castaños, de las que ya ha caído de las ramas, recogen varios puñados de castañas. Las mejores, más gordas y sanas. Un poco más arriba, cerca del arroyo, por donde la nieve es menos que en las partes altas, se paran, montan la tienda y, en el llano cerca de las aguas, con ramas secas, encienden una lumbre, ponen en las brasas las castañas y mientras se van asando, el abuelo mira con mucho interés para el horizonte de la tarde. Por ahí, en las tierras llanas de la vega, se ve desparramada la ciudad. Los sentimientos se amontonan en su corazón y por eso dice a los nietos:
- Dentro de las casas, los pisos y las cuevas, están encerradas las personas como escondidas del virus que a tantos nos está atacando. Siento pena, tengo miedo y me duele el sufrimiento de estos hermanos nuestros.
Los nietos miran mudos y la niña pregunta:
- Abuelo, y este sol que tan brillante cae sobre los paisajes, las nieblas que suben por los barrancos, la nieve en las cumbres y las nubes sobre el azul del cielo ¿quién los ponen por aquí y para qué?
Con un palo, el abuelo aparta de las brasas las castañas ya asadas, le pide a los nietos que se sienten sobre la hierba cerca de la lumbre y les dice:
- Mientras saboreamos estos frutos de otoño, voy a contaros un cuento.

El sol del nuevo día
reluce como un diamante
en la serena mañana
del frío aire
y espesa nieve en las cumbres
de horizontes grandes.

Van por los barrancos las nieblas
como en baile
esparciendo mudamente
cien mensajes
tremendos y misteriosos
que llevan y traen
sueños hacia la aurora
allá en la tarde.

¿El sol, la nieve, el otoño,
la verde hierba en el valle,

los colores en los bosques,
la quietud en los paisajes
y la música que el viento
lleva y trae?
Todo como anunciando
misterios grandes.

12 de noviembre 2020 -245
CANCIÓN DE OTOÑO -4

Como si no pasaran,
las tardes del otoño
pasan calladas
regalando vientecillo
tibio y calma.

Los granados y membrillos
en sus ramas
vistiéndose de oro fino,
de azul y llama
mientras en su eternidad
duerme Granada.

Y tiembla tu recuerdo,
tu luz y magia,
en las hojas amarillas,
en las tardes plácidas
del otoño que parece
no pasara.
Pero el alma bien lo sabe:
el otoño pasa
y se lleva y nunca trae
lo que sueña el alma.

13 de noviembre 2020 -246
CANCIÓN DE OTOÑO -5
Ocho meses lleva ya el virus atacando a las personas por todo el mundo y las infecciones en estos días, siguen creciendo. Miles de personas se contagian cada hora y otras tantas, mueren. En ningún país del mundo, encuentran la manera de frenar o, al menos, parar y erradicar esta rara enfermedad que tanto está destrozando por todos los rincones del Planeta. Y en esta ciudad extendida por la gran vega y a los pies de las montañas blancas, las cosas están siendo malas, muy malas. En los hospitales ya casi no caben más enfermos de este mal y en las casas, calles y otros lugares, las personas están encerradas y muy limitadas en sus negocios y movimientos. Cansados, sufriendo, casi agotados y sin trabajo ni alimentos, se encuentran miles y miles de seres humanos.

Ellos hoy, abuelo, nieta y hermano mediano, a primera hora del día, salen de la ciudad. A sus espaldas, el abuelo lleva en su mochila algo especial. Caminan siguiendo la senda del río y, al llegar a donde al cauce se le junto el arroyo que baja de las cumbres, se paran. Por aquí las claras aguas, se arremolinean y saltan como si la alegría y el contento, le empujara a este juego. Los niños siguen dóciles los pasos y movimientos del abuelo y ven como, al llegar a las aguas, éste se para. Con cuidado pisa las rocas por donde la corriente se

precipita arrugada y dibujando mil filigranas, burbujas y espumas y se mueve como si buscara algo. Le pregunta el hermano mediano:
- Abuelo ¿a quién dices tú tenemos que esperar?
Nada responde el abuelo. La nieta lo mira y, aunque se siente un poco intrigada, confía.

El día está algo nublado. Con densas nubes color ceniza que, en algunos momentos, se abren y dejan que los rayos de sol pasen y lleguen hasta la tierra. No hace frío ninguno pero arriba, sobre las cumbres, sí parece que la nieve puede caer en cualquier momento. Sobre una de las rocas que, en forma de pequeño canal, deja pasar el agua que baja por el cauce, el abuelo se para. Mira fijo a la corriente y luego alza sus ojos al cielo. La nieta le pregunta:
- Abuelo, el que tiene que llegar ¿de dónde viene?
Sobre las rocas, muy cerca de las aguas, el abuelo pone su mochila, saca de ella una carpeta, la abre y coge un puñado de hojas blancas escritas con algunos renglones solo por una cara. A cada uno de los nietos, da unas cuantas hojas al tiempo que le dice:
- En estas hojas, están escritos los nombres de las personas que ya se fueron y nunca más nadie verá en este suelo. Idlas poniendo una a una sobre las rocas mirando al cielo para que se vean desde las estrellas y colocadle encima, una piedrecita para que el viento no se las lleve. En la última hoja que yo tengo en mis manos, están escritos nuestros nombres. La voy a colocar en un lugar muy concreto y aquí mismo nos vamos a sentar los tres. Mirando a las estrellas y mirando a las aguas que descienden por el río. Quiero que respiréis el aire más puro y que veáis los paisajes más limpios para que cuando llegue el que viene para llevarnos, nos encuentre transparentes y libres de toda contaminación. El lugar a que nos llevará, es hermoso como un sueño y él nos premiará con la felicidad más buena. Así que no estéis preocupados porque vamos a irnos para siempre al cielo más perfecto y a la compañía de los que nos quisieron y ahora ya no están en este suelo.

14 de noviembre 2020 -247

EL SUEÑO DEL JOVEN

Cuando aquella noche se llenó el cielo de nubes y al anochecer empezó a nevar, en el calor del cortijo sobre la ladera de la montaña, el joven se quedó dormido. Aquella noche el joven tuvo un sueño y en él vio a su pueblo, así mismo andando por las calles y a Grisel, aquella amiga suya que unos años atrás había dejado esta tierra para siempre.

El pueblo está en fiesta. En la plaza han montado tómbolas, casetas de turrón, caballitos y muchas luces de colores. A él no le gustó esto pero, sin embargo, por aquí se quedó todo el día yendo y viniendo de un lado para otro, mirando a los cacharros y observando a la gente. Nadie le conoce y esto le extraña porque él a ellos sí los conoce a todos y les habla cortésmente. Siente que se encuentra a gusto entre ellos a pesar de no agradarle el ambiente. Se da cuenta que ambas cosas son distintas y se da cuenta también que en esta ocasión no hay nada dentro de él que le haga sentirse triste o apenado. Todo lo contrario: Arde dentro de su alma una constante tensión de felicidad.

Se acuerda de sus padres y en todo el rato olvida que ellos están ahora, en el cortijo, al lado oeste del pueblo. Y mientras pasea por las calles se va diciendo que ha de ir a verlos. “Antes de que la noche llegue me iré de aquí porque tengo que procurar llegar al cortijo con luz del día”. Cuando la sombra del cerro grande que hay al lado sur del pueblo empieza a cubrir las casas y las calles él se aleja del lugar con rumbo al cortijo. Busca la senda que va siguiendo el arroyo y sube por ella hasta que de pronto, el camino entra en unos matorrales. No había él pensado que han pasado muchos años y en todo este tiempo el monte ha crecido mucho. Ha crecido tanto que ahora borra la senda haciendo imposible caminar por ella. Se pone a buscarla mientras sigue por el cauce del arroyo en dirección

hacia donde cree que se alza el cortijo. En poco tiempo la luz del día se va y sin que lo advierta la noche se le echa encima. Al darse cuenta de ello por el corazón del joven el miedo empieza a correr. Primero porque no tiene encontrada la senda y segundo porque no le agrada quedarse toda la noche perdido por el campo.

Pasado un rato más ya la noche es total y como realmente se ha llenado de miedo empieza a dar voces pidiendo ayuda. Cree que son sus hermanos los que pueden oírlo y salir a su encuentro y por eso es a ellos a quienes llama. Allá, muy lejana y apagada, se oye la voz del padre que le dice:
- Aguarda un momento que voy a por ti. Sigue pidiendo ayuda para que pueda orientarme mientras voy a tu encuentro.
El muchacho sigue las indicaciones del padre y aunque pasa un gran rato ve que el padre no se acerca ni tampoco se oye ninguna señal de su presencia. Sigue pidiendo ayuda y está ya casi ronco cuando a sus espaldas oye la voz de Grisel que le pregunta:
- ¿Qué es lo que te pasa?
Al saber que es ella se llena de alegría y como si de toda la vida la hubiera tenido junto así, le dice:
- Estoy perdido ¿puedes ayudarme?
Claro que sí. Ven y abrázame hasta que sientas la paz y la tranquilidad.
A esta indicación el joven obedece sin titubeo alguno y en cuanto se acerca a ella la abraza fuerte como si ya se sintiera salvado para siempre.
- Pareces un niño indefenso.
Y al oír que aquel tono de voz tenía la dulzura y el cariño de la persona que sólo da ánimo y esperanza, el joven entiende que le está regañando y al mismo tiempo le está transmitiendo valor.
- Tienes razón pero es que están ocurriendo cosas muy raras desde que tú te fuiste. Creo que ahora ya nadie me conoce o por lo menos pocos tienen nada en común conmigo. Cada día es nueva para mí esta tierra porque cada vez tengo más la sensación que desde aquellos días hasta hoy han pasado millones de siglos. Creo que hasta la gente que encuentro por todos sitios no son los mismos de antes porque siento como si nos separaran muchos años.
- Quizá tengas razón.
- ¿Qué es lo que pasa Grisel?
- Es complejo de explicar, porque tú en estos momentos sólo necesitas una cosa.
- ¿Qué es lo que necesito?
- El estado de tu alma ¿es de tristeza o pena?
- Ninguna de las dos cosas. Nunca me sentí mejor.
- Pues ahí está la clave.
- Dime qué es lo que pasa.
- Ya te lo diré, ahora es bueno que vayamos al cortijo porque te esperan tus padres.
- Soy en realidad como un niño ¿verdad?
- Quién no te conozca de este modo, te hará sufrir y se equivocará en muchas cosas.

Cuando pasó toda aquella noche que fue una gran noche de nieve a la luz del día todo el campo estaba blanco. Una nevada de las más grandes que habían caído en los últimos años en la sierra. Y aunque fuera hacía mucho frío, el cortijo estaba caldeado por el calor del fuego ardiendo en la chimenea. De las ramas de los árboles chorrean distintas gotitas y trozos de hielo. El día que amanece es melancólico, profundo, gris pero inmensamente bello.

15 de noviembre 2020 -248

424- LETRAS DE ORO

El río se deslizaba desde el levante hasta el poniente. El arroyo primero venía como desde el sol del medio día y el arroyo segundo, descendía como del lado del sol de la tarde. Y a pocos metros antes de fundirse con el río, los dos arroyos se juntaban. Justo en una porción de tierra llana que quedaba, a un lado y otro y por la parte de abajo, delimitado por las aguas de las tres corrientes: el río que bajaban del levante al poniente y los dos arroyos a los lados.

En el mismo centro de esta bonita isla, se alzaba la pequeña casa. Donde también brotaba un manantial y la hierba, en todo alrededor, crecía en todas las épocas del año. Por eso la casa, muy humilde porque estaba construida de piedras de las montañas, palos y monte, parecía un recogido paraíso. Suficiente para que el matrimonio con sus dos hijos y algunas cabras y ovejas, fueran felices. Tenían ellos aire puro, agua clara, hierba y flores casi todo el año y también lluvia y nieve y eran libres como pocas personas en este mundo con solo su cuatro animales, el río, los dos arroyuelos, su humilde casa y la fresca hierba de la pradera.

Pero el mayor de los hijos, varón fuerte y sano y de no más de quince años de edad, según iban pasando los días, sentía más y más necesidad de irse de aquellas tierras a otras partes del mundo. Les decía a sus padres:
- Sé que no tenéis dinero para darme y que me marche a conocer otros mundos pero yo voy a conseguirlo.
- ¿Y de qué modo vas a seguirlo?
Le preguntaba el padre.
- Buscaré pepitas de oro en los arroyo y en el río que baja desde las montañas. Las iré guardando y cuando tenga un buen puñado, se las venderé a los reyes de la Alhambra. Seguro que ellos me las comprarán por mucho dinero. Es lo que me ha dicho quien desde aquellos lugares viene por aquí de vez en cuando.

El padre y la madre callaban y también la hermana menor. Ésta, por las tardes y mañanas, se iba con el joven y en las corrientes de los arroyos le ayudaba a buscar pepitas de oro. Los primeros días, no encontraron nada pero al poco tiempo, sí hallaron unos granitos muy dorados que aparecieron en sus manos después de lavar la arena que recogían en las orillas de los charcos. Dijo la hermana:
- Guardémoslo en un sitio muy seguro para que ni se te pierdan ni te los roben nadie. Y vamos a seguir buscando a ver si pronto juntamos lo suficiente para lo que sueñas.

Guardó el joven sus granitos de oro, envueltos en un trozo de piel de cordero, bajo unas piedras por detrás de la humilde casa. Siguieron buscando tanto en los arroyos como en el río y unos días más tarde, encontraron algunos granitos más, estos no redondos del todo sino como en forma de alambres retorcidos aunque muy delgados. Apenas pesaban unas décimas de gramos. Pero para ellos de nuevo fue suficiente para animarse y seguir confiando en lo que soñaban. Pasó por allí, una tarde, el hombre que subía con frecuencia desde la Alhambra y el joven le dijo:
- No he conseguido todavía mucho oro pero sí tengo ya algunos gramos. ¿Quieres verlos?
- Claro que sí ¿dónde los guardas?
- Aquí mismo. Ven conmigo y te los enseño.

Condujo el joven al hombre a donde tenía su tesoro escondido, levantó la piedra, desdobló el trozo de piel de cordero y le mostró los cinco o seis granitos de oro reluciente. Miró el hombre muy interesado y después de unos segundos en silencio, dijo:

- Es un oro muy bueno porque brilla mucho al darle el sol. Seguid buscando que dentro de unos días, volveré por aquí y me llevaré este tesoro tuyo para mostrárselo al rey de la Alhambra. Estoy seguro que ellos van a darte por él mucho dinero.

Y para sí, enseguida el joven pensó: "Y con todo el dinero que me den por mi oro, me marcharé de aquí, viajaré por todo el mundo, conoceré lugares y personas, haré amigos, viviré grandes aventuras y al final, seré el más feliz de cuantas personas hayan existido nunca bajo el sol. Conocer mundo y vivir aventuras, es lo mejor de todo". Se marchó el hombre de la Alhambra y al día siguiente y al otro, ni él ni la hermana encontraron oro. Pesó más de un mes y como seguía sin encontrar un solo gramo del metal que buscaban, se preocupó mucho. Y más se preocupó porque ahora tampoco veía por allí al hombre de la Alhambra.

Por eso una mañana, al salir el sol, se acercó al lugar donde tenía escondido su tesoro personal, levantó la piedra, desdobló el trozo de piel de cordero y de pronto, se quedó sin respiración. No veía los granos de oro que en este sitio tenía escondidos pero sí y, como incrustadas en el cuero, descubrió unas letras muy relucientes que enseguida se puso a descifrar. Despacio y como asustado, al final leyó lo siguiente: "La felicidad que sueñas, el tesoro que apeteces y la libertad que deseas, no está en recorrer mundos ni poseer oro ni dinero. El gran tesoro que ansías, lo tienes en ti mismo, en tu propio sueño, en el aire que respiras, en el azul del cielo que te cubre y en las personas que te rodean".

16 de noviembre 2020 -249

163 - EL HOMBRE DE LA MIRADA MÁGICA

Dos pequeños misterios envolvía su vida: la casa donde vivía y la singular manera de mirar las cosas, a las personas y los paisajes. Y cuando me contaron esto de él, nació en mí el deseo de conocer dónde vivía. Por muchos sitios del barrio del Albaicín, calles, plazas y casas particulares, pregunté y todos me decían:

- Vive solo, en una muy pequeña casa blanca, justo al lado de abajor del Mirador de San Nicolás. Y lo más original de su casa, es la puerta.
- ¿Qué es lo que hay en la puerta de su casa?
- No se puede decir con palabras. Tienes que verlo.

Y desde aquel momento, me puse a buscar su casa por los sitios que las personas me iban diciendo. La encontré una tarde de otoño, ya en los primeros días de diciembre y con mucha nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada. Por eso hacía frío, aunque el aire estaba en calma y en el cielo se acumulaban las nubes. Caminaba en silencio, con mi pensamiento puesto en los mil secretos y misterios que siempre se palpan por las calles del Albaicín y de pronto, al bajar una estrecha callejuela, vi su casa. La pequeña casa blanca, con solo dos ventanas, una muy grande y una puerta de madera en el centro. Me quedé parado frente por completo, miré despacio y lo que más me llamó la atención era lo que ya muchos me habían dicho: el pequeño rellano por delante de su casa. Todo estaba empedrado de una forma bonita y, a un lado y otro de la puerta, cerca de las ventanas y al borde de la calle, vi unas extrañas plantas. Sin hojas, sin flores, en forma de matas con tallos pequeños y ramas muy finas en los extremos. Me pregunté: "¿Qué plantas serán estas y por qué las tiene sembradas casi en la misma puerta y casi cortando el paso?"

Pensé llamar por si estaba saludarlo y preguntarle cosas pero no me animé. Tuve miedo presentarme tan de repente e importunarlo. Por eso, durante un buen rato, frente a su pequeña casa, me quedé parado, mirando e imaginando cómo sería su vivienda por dentro y cómo sería él y por qué tantos lo llamaban "el hombre de la mirada mágica". Ya había preguntado y aunque muchos me decían:

- Mira fijamente las cosas y a las personas, siempre sin pronunciar palabras y todo el que lo observa sabe que ve lo que nunca nadie vemos.
- ¿Pero cómo es eso?
- Tampoco se puede explicar con palabras. Tienes que verlo y observarlo por ti mismo.
- Pues si nadie ha visto nunca lo que él sí ¿cómo se sabe que esto es así?
- Se abe y ahí es donde está el misterio. Por eso no se puede explicar con palabras sino que tienes que descubrirlo tú y, de algún modo, verlo o entenderlo.
- No lo comprendo pero si las cosas son como dices sin duda que algo de misterio sí que hay en todo esto.

Y tres días más tarde, volví otra vez por las calles del Albaicín con la intención de saber algo más de él. Me fui derecho a su casa porque y sabía donde estaba. Y al pasar cerca del Mirador de San Nicolás, me llamó la atención lo solitario que esta tarde todo estaba por aquí. Me volví para atrás, subí unos escalones y al encajarme en lo más alto, muy extasiada y sola, descubrí a una persona sentada en el muro, de espaldas a mí y mirando para la colina de la Alhambra. Me pregunté: "¿Será el joven que por aquí vengo buscando?" Me acerqué despacio, me paré a solo unos metros de él, lo miré y miré para la colina que con tanto interés contemplaba y, armándome de valor, le pregunté:
- ¿Hay algo espacial entre las torres, palacios y murallas de la Alhambra que tú veas y yo no?
Se volvió para atrás, me miró lentamente y luego respondió a mi pregunta diciendo:
- Lo que ves tú yo no lo sé pero lo que yo gusto, sí sé cómo es y el brillo y color que tiene.
- ¿Y qué es lo que observas tú?
- Te voy a responder a lo que me preguntas porque sé que tienes gran interés en algo que me satisface mucho pero antes, respóndeme tú a lo mismo que me has preguntado.

Y sin titubear le dije:
- Pues yo, sobre la hermosa colina donde se asienta la Alhambra, ahora mismo veo lo que muchos a lo largo de cientos de años: torres doradas, murallas recias, hermosos palacios, jardines floridos, cielos azules y al fondo, siempre las blancas nieves de Sierra Nevada.
- ¿Y nada más?
- Ahora te toca responder a ti.
Y muy quedamente y como si procediera a revelarme la más grande de las verdades, me dijo:
- Yo hoy, ayer y desde hace años, miro y veo la Alhambra no solo alzada sobre su colina sino reflejada como en un espejo, en el azul del cielo. Y no solo una imagen sino muchas que se repiten y se alejan hacia el infinito cada vez más pequeñas pero con la misma o más belleza.
Guardé silencio, miré con mucho interés y a no descubrir lo que él me decía, le pregunté:
- ¿Y a qué se debe que yo no pueda ver lo que tú sí?
- Quizá se debe a que tú, como casi todas las personas que vienen y viven por aquí, solo sabéis mirar pero no habéis aprendido a ver. Y Granada, la Alhambra y Sierra Nevada, donde realmente concentra su excepcional belleza, es en su alma. Por eso no es suficiente solo con mirar. Hay que aprender a ver para llegar a gustar su más fina esencia.

Medité durante unos segundos, lo observé despacio, observé la figura de la Alhambra y luego le volví a preguntar:
- ¿Y tú podrías enseñarme este misterio?
- Puedo hacerlo si realmente lo deseas.
- ¿Cuándo?
- Vuelve por aquí dentro de tres tardes.

- ¿Y también vas a descubrirme el secreto de las originales plantas que crecen en la puerta de tu casa?
- Te lo voy a descubrir porque es interesante y bueno, muy bueno para ti.

17 de noviembre 2020 -250

FALTA UN BESO

Mañana fría
de otoño invierno,
el rocío en la hierba
temblando incierto,
el cielo arropando
de azul intenso
y yo, Dios mío,
voy y vengo
bebiendo soledad
a chorros gruesos.
Naranjos cargados
de naranjas y viento,
van por las calles
tres perros,
juegan los niños
sus limpios juegos
y yo, Dios mío,
sin morir muriendo
tras la brisa que besa
en el frío invierno.
Mañana casi nieve
y es más que incienso,
hay en el corazón
hielo, mucho hielo
y en el viento temblando
un mundo inmenso.
¿Qué falta, Dios mío?
Falta un beso,
una mano amiga,
que regale cielo
y una sonrisa
que dé consuelo.

18 de noviembre 2020 -251

LA OTRA BELLEZA

Te pasas media vida estudiándolo en los mapas, que la Sierra de la Cabrilla a un lado, que el Alto de la Cabrilla al otro, Navalasno más arriba, el Barranco de los Chorreaderos en lo hondo, los Arenales a un lado, el Caballo de Acero y por todo el centro corre el río. Los Poyos de la Carilarga y la Loma del Caballo de Acero al otro. Te pasas media vida buscando libros, artículos y escritos que hablen del barranco y cuando te crees que ya lo sabes todo o si no todo, una gran cantidad de cosas, vienes un día por aquí y te quedas desconcertado.

Ni siquiera vienes con la idea de irte por el barranco para conocerlo o hacer alguna ruta. Pasas por el lugar o rozándolo, de pura casualidad. Siguiendo algunos de los caminos que le rodean y llevan a otro sitio y te sucede lo que jamás te podría imaginar. Sin

saberlo, sin pretenderlo, sin ser consciente de aquello que allí a tu lado queda, de pronto sientes como una llamada, como una voz que ni siquiera surge del barranco sino de algo que podría parecerse a un sueño, a un toque interior en la región de la muerte, del espíritu o no se sabe de dónde porque lo único que notas tú es sólo el tirón. La fuerza que te atrae y aunque tu rumbo es otro y por eso quieres seguir adelante, no puedes.

Tienes que volverte para atrás y siguiendo la intuición de ese sentimiento que te zarandea te dejas arrastrar a la fuerza pero con gusto, hacia la profundidad del barranco. Y para tu asombro vas descubriendo que el río, las cumbres, las rocas, los pinos, las nubes y el viento, nada de lo que aquí ves se parece a lo que has estudiado en los mapas y libros. Es otro barranco, otra realidad, otra belleza que te hiere con un puñal de dulzura y te transporta a la dimensión del gozo. ¡Qué barranco, qué viento, qué sinfonía de silencios y qué visión de paisajes, bosques, cascadas, laderas, sombras y luces!

En estos momentos es cuando compruebas y ves con claridad lo mezquino, lo pobre y mísero de las acciones y actitudes de aquellas personas que todo su corazón está en las cosas de la tierra. Sobre todo, los que te desprecian, te humillan creyéndose superiores y más sabios que tú. Están lejos de gustar y comprender que al fin y al cabo, sus empresas andan fundamentadas sobre la materia que da una satisfacción limitada y se derrumban para siempre con el tiempo. Este otro tesoro, el que mana del barranco, es el que ni roban los ladrones ni corroen las polillas.

19 de noviembre 2020 -252

LAS ACEITUNAS

Por estas fechas, ya las temperaturas bajan mucho, las lluvias aparecen, maduran las castañas, madroños y bellotas en los bosques y todos los campos se llenan de setas y olores a musgo. Por estas fechas, es otoño camino del invierno. En los olivares maduran las aceitunas y por los paisajes, se ven a los aceituneros por entre los olivos y las lumbre esparciendo chorros de humo blanco y olores a alpechín. Al final del otoño y principio del invierno, es cuando en Andalucía, comienza la recogida de las aceitunas.

Acurrucado en un vieja manta, rota y manchada, ha pasado toda la noche. Bajo un viejo olivo, pegado al tronco, por encima de río y frente al otro olivar. El frío casi lo tiene congelado y mientras espera que llegue el nuevo día, al sentirse solo, pobre y con pocas fuerzas, reza: “Protégeme Dios mío que me refugio en ti porque mi vida y suerte está en tus manos”. Un poco antes de la salida del sol, de las ramas del olivo, busca y coge algunas aceitunas secas. Se las lleva a la boca y lentamente las muerde y mastica. Ningún otro alimento tiene para comer algo como desayuno en el nuevo día que llega. Mira al frente y, por entre los olivos, los ve caminando.

Deja el tronco del olivo donde ha estado acurrucado, desciende lento por la ladera, cruza las aguas del río y al encontrarse con el encargado de la cuadrilla, lo saluda. Éste lo mira y sin más, le dice:

- No quedé contento ayer contigo por tu manera de trabajar y comportamiento con las personas que conmigo recogen aceitunas en mi olivar. Hoy no quiero verte en esta cuadrilla. Vete a los olivos que hay en lo hondo del barranco por donde va el rio y ahí solo, recoge de estos árboles las aceitunas que tienen. Luego hablamos.

Sin pronunciar palabra, se aleja del encargado, camina dirección a los olivos en lo hondo del barranco y mientras en su soledad se acerca a los olivos, mira al cielo y reza: “Protégeme Dios mío que me refugio en Ti porque mi vida y suerte está en tus manos”.

20 de noviembre 2020 -253

472- MAÑANAS DE OTOÑO
Versión español, inglés

Mañanas de otoño,
frías, serenas,
en los tallos verdes,
el rocío tiembla,
un pajarillo en el almez
revolotea.

En el puntal
frente a la iglesia
y al fondo a lo lejos,
la ancha Vega
con sus silencios,
medita y contempla
sueños hermosos
con sabor a ausencias.

Las mañanas de otoño
que en silencio ruedan
vestidas de azul,
traen y llevan
añoranzas y sueños,
la vida entera.

Autumn mornings
Autumn mornings,
cool, serene,
on the green stems,
the dew trembles,
a little bird in the hackberry
it flutters

In the strut
in front of the church
and in the distance in the distance,
the wide Vega
with its silences,
meditate and contemplate
beautiful dreams
with flavor to absences.

The autumn mornings
that silently roll
dressed in blue,
she bring and carry
yearnings and dreams,
the whole life.

21 de noviembre 2020 -254
512- LA ESCRITORA

Su casa, esta mañana templada de otoño en sus primeros días, es pequeña, recogida, hermosa y huele a primavera. En la puerta tiene una marquesina construida con ladrillos y decorada con rosales, jazmines, geranios, esparragueras y otras muy verdes y olorosas plantas. La fachada de su casa, es blanca, con ventanas a los lados de la puerta y balcones en la parte de arriba. Desde fuera, su pequeña casa, no lejos del río y mirando al sol de la mañana, es tan hermosa como ella misma.

A ella, la había conocido ya hacía mucho, mucho tiempo. Casi cuando era niña y luego cuando fue creciendo, cuando aprendía a leer y a escribir, cuando se preparaba para ser maestra y cuando, años después, se casó y nacieron sus dos niños. Siempre, en todo este tiempo, la había tratado con el mejor cariño y respeto y siempre estuvo de acuerdo en su forma de hacer y pensar. Hasta cuando decidió enamorarse y después casarse con el joven que escribía libros que recogían críticas a la sociedad.

La mantenía en su corazón, como algo indeleble, dulce, delicado y profundamente sensible a la bondad y trato. Creció y la mantuvo así de esta manera en su espíritu mientras ella avanzaba en la vida y él envejecía. Lejos de ella sin verla a penas ni saber casi nada de su vida pero sin olvidarla. Por eso esta mañana, ya muy viejo, se llenó de gozo al encontrarla aquí.

Acompañado de su borriquillo color canela y algo ceniza, lento bajó por la calle. Como recogido en sí y sin fijarse en nada ni nadie de los que a su paso iba encontrando. Se alzaba el sol por su derecha según bajaba y por lo alto de las lejanas montañas. Algo más cerca de él, se iba quedando el ancho río y luego las tierras llanas y las casas salpicadas por aquí y por allá. Decía a su borriquillo amigo desde hacía muchos, muchos años: "No tenemos prisa porque el tiempo, tanto para ti como para mí, ya nos importa muy poco. Me va a doler dejarte en esos lugares pero creo que es la decisión acertada. Tus fuerzas se acaban y las mías también y nada ni nadie puede ayudarnos en esto. Es la ley de la vida y aceptarlo con dignidad, es inteligente, es lo correcto".

Dejó atrás las casas y árboles a su derecha y, al salir de la curva, vio la de ella. La pequeña y blanca casa con el jardín de esencias y la quietud en todo el rincón. Miró y la vio. Regaba sus macetas y al darse cuenta de la presencia del borriquillo y él acompañándolo, se quedó de pie como sorprendida. Se acercó él con su asno y a sólo unos metros de ella, se paró. Como si no hubiera pasado el tiempo, sin más le preguntó:
- ¿Qué haces aquí tan sola y a estas horas de la mañana?
- Aquí está ahora mi hogar. Y tú ¿a dónde vas?
- Llevo a mi borriquillo a las llanuras del río.
- ¿De paseo?
- No y sí. A la libertad de la hierba, cielos azules y rumor de las aguas del río.
- ¿Y eso?

Tragó saliva, miró a su borriquillo y dijo a ella:
- Se lo venía diciendo: ya tiene muchos años. Tantos casi como el tiempo y por eso, se queda sin fuerzas, sin ganas de vivir y hasta sin color en su pelo. Como a tantas cosas, plantas, seres vivos y humanos, le llega poco a poco su fin. Mi borriquillo ha sido y siempre será para mí un gran amigo. En estos últimos días, los que aún le queden de vida en este suelo, quiero darle el regalo que merece: praderas repletas de hierba fresca, cielos azules, viento puro y horizontes sin límites. El mundo y la libertad que a su dignidad corresponde. No sé si me entiendes.
Y ella contestó:
- Te entiendo casi por completo ¿pero ahí vas a dejarlo solo?

- Esta tarde, quizás también esta noche y puede que mañana, me quedé a su lado. Voy a sentarme frente al sol de la mañana, pegado a las ruinas del viejo castillo clavado en lo más alto del cerro. Desde aquí, lo voy a mirar, en la libertad que te he dicho, en esas praderas junto al río.

Ella ahora no hizo ningún comentario. Lo miró como mostrando un sincero respeto hacia él y su borriquillo y, pasados unos minutos, sí le preguntó:
- Y mientras desde ese sitio miras a tu borriquillo libre en las praderas ¿qué harás?
- Meditar, soñar un poco, dejar que me bese el sol y acaricie el viento y que pase el tiempo. A estas alturas de mi vida, también llena de años, ninguna otra cosa quiero en este mundo. Respeto y admiro, a veces, lo que veo y me rodea y también a las personas pero todo y a todos, los dejo en su mundo.
Y ahora ella pensó: “¿Y si le regalo el último libro que he escrito?”

Dijo:
- Espera un momento.
Se movió de donde estaba, entró en la casa y pasado unos minutos, apareció con un libro en las manos. Se lo ofreció aclarando:
- Como ahora enseño a niños a leer y a escribir, he sentido la necesidad de escribir esto. Te lo regalo. Quizás te guste leerlo cuando estés sentado junto al muro del viejo castillo, frente al río y al sol de la mañana y frente a las praderas donde coma hierba tu borriquillo.
Cogió él lo que le daba al tiempo que preguntó:
- ¿Qué cosas cuentas en este libro?
- Puedes imaginarlo.
- ¿Son recuerdos?

Dejó ella que pasarán unos segundos y luego, pausadamente, dijo:
- Desde que te conocí, todavía muy pequeña, me empezó a gustar en ti algo muy concreto. Y este algo es el gran respeto que siempre mostrabas a las personas. Cuando te relacionabas con unos y otros, vi muchas veces que en ningún momento despreciabas a nadie ni usabas palabras hirientes ni criticabas. Tu actitud siempre era, creo que ha sido, la de un respeto exquisito para con todas las personas. Esto se me fue quedando muy dentro de mí y a lo largo de los días, me ha hecho reflexionar mucho. Lo he tenido muy presente en mi vida cada día hasta que me he puesto, y en este libro, he recogido esta realidad. Es lo más importante en este libro que te regalo. Porque ahora pienso que no hay otra realidad mejor que intentar hacer un mundo amable, lleno de personas buenas y hacer que florezca el respeto para con todo y todos. El contenido del libro que te regalo, lo he incubado en mi corazón y de ahí lo he sacado para darle vida a estas páginas.

Nada dijo él a las palabras que ella acababa de pronunciar. Cogió el libro que le daba, le dio las gracias, la despidió y, junto a su borrico, continuó bajando calle adelante dirección al lugar de las praderas. Se veía al fondo y no muy lejos, el elevado cerro donde se alzaba el castillo. Al lado del levante, se veía el surco del río y, por el lado del poniente y a la derecha del castillo, se veían las amplías praderas.

Dijo a su borriquillo: “Y ahí, mientras tu buscas y repelas las mejores matas de hierba, voy a darme un baño en los charcos de la curva del río. Para recordar los momentos de jóvenes ilusionados. Después, te miraré en las praderas, tomaré el sol, meditaré y leeré el libro que ella me ha regalado. Un escenario y momento propio para la despedida y preparación al lugar y eterno encuentro”.

22 de noviembre 2020 -255

CON EL CORAZON EN OTRO MUNDO

Cuando ya caía la tarde, en el valle se reunieron los mayores. Hace unos días, acordaron hablar del joven. El parecer ya era un mocito. Y los mayores, después de discutirlo durante bastante rato, decidieron que sí, que era el momento. El joven tendría que marcharse del valle, subir a la montaña con el ganado y quedarse allí hasta que se cumpliera el tiempo establecido. Así que en cuanto amaneció al día siguiente el joven reunió el ganado, preparó su zurrón y por las sendillas que surca las laderas traspuso él en solitario.

Un poco así por encima ya sabía lo que por allí tenía que suceder. En cuanto remontar la cordillera en la parte más alta de la montaña, tenía que construir su chozo. Una casa toda de monte y con troncos de pinos con vigas donde dormiría todo aquel tiempo. Al otro lado, en la ladera que dar al norte y se derrama en la pequeña nava de la cumbre, construiría la tinada para el ganado. Luego, del manantial de las rocas, cogería el agua para sus necesidades. Era la primera vez en su vida que iba a vivir esta experiencia. Aunque ya el año pasado también estuvo en la montaña, no fue ni mucho tiempo ni en serio. Se trataba sólo de ir viendo.

Pero para el joven fueron suficientes aquellos días. Sintió la soledad y precisamente esto, la soledad en la lejanía de las cumbres, era lo que a él se le hacía más duro. Aunque todo resultaba bello, desde el paisaje, el azul del cielo y el color de las montañas, el silencio que cubría la cumbre con tan tremenda carga de soledad, resultaba casi insoportable para el corazón del joven. Como lo había gustado profundamente, hoy mientras subía con su rebaño rumbo a la cumbre, temblaba. ¿Cómo podría soportar tan cruda experiencia? Y si aguantaba, saliendo victorioso, ¿cómo podría luego cargar toda su vida con el peso de aquella tan gran soledad?

Así que el joven ya había decidido luchar para en el futuro, escapar de tan dura realidad suya. Sabiendo que llegaba la hora, escribió y pidió que por correo le mandaran los libros para estudiar. Estudios por correspondencia es lo que él quería hacer y entre otras cosas, eligió Pintor Rotulista y luego se pasó a Delineante General. Cuando esta mañana subía a la cumbre, en su zurrón llevaba los libros y en su corazón la ilusión de estudiar mucho aprovechando aquella soledad. Sentía que su futuro no estaba en aquellas montañas sino en otro lugar.

23 de noviembre 2020 -256

LA CERRADA SOÑADA

Puestos a decir dónde se encuentra la cerrada, ni sería fácil ni tampoco daría más importancia a lo que ella es. Yo la he visto mil veces y nunca me llenó de tanto placer y gozo como aquella tarde-noche. Había estado lloviendo tres días sin parar. Una lluvia mansa pero constante que empapó a fondo la tierra y llenó a tope los cauces. Por eso aquella tarde-noche lo que más destacaba en lo hondo del barranco era precisamente la corriente despeñándose. Potente como el huracán más grande, señorial y bella como el sueño más dulce.

El barranco estaba claro y el bosque verde como si la primavera ya hubiera brotado. Pero desde el barranco, además de la espuma blanca que de la cascada arrancaba, surgía la sinfonía más concentrada. Cristales de agua quebrándose contra las rocas y puñados de borbotones y olas rompiéndose de charco en charco. Todo el barranco estaba lleno de esta sinfonía y precisamente ella era la que detectaba la presencia de la cerrada a mucha distancia. Se oía y casi se veía mucho antes que se llegara al barranco.

Y aquella tarde-noche yo me fui por allí y casi sin querer me acerqué a la cerrada. Mi rincón predilecto entre los rincones bonitos de estas sierras, un poco mi amor secreto y un buen trozo del camino que me conecta con el creador del mundo. Me dejé envolver por la densa sinfonía y me dejé lavar la piel del cuerpo por el vaho fino. Me paré un poco antes de pisar las aguas de la corriente, ahí por donde el cauce tiene su pequeño vado y cuando ya estuve seguro de lo que quería me fui hacia la arena dorada.

Salté por encima del montículo y cuando rodeé la roca me quedé mirando fijo. Frente a mí y ahí en silencio, a pesar del tremendo chapoteo de charcos y corrientes, estaba la asombrosa belleza: la cerrada del barranco repleta por el fondo de corrientes de aguas limpias y arropada, desde todas las cumbres, por mil blancas cortinas de gotitas diminutas. El que me acompañaba me dijo:
- ¿Estás viendo lo que yo?
- Estoy viendo y al mismo tiempo siento lo que mil veces he soñado.
- ¿Y cómo podríamos explicarlo?
- Sólo un artista como el que le da vida y forma podría hacerlo. Pero claro, yo sé lo que tú quieres decir: que lo de la cerrada, su barranco y las cortinas de agua que vuelan por los aires, son tan bonitas que habría que comunicárselo a muchas personas. Porque está claro que aquellos que como nosotros no tengan la suerte de venir aquí y ver, se pierden mucho ¿verdad?
- Se lo pierden todo, porque es lo que tú acabas de decir: si no lo explicamos claramente, no sabrán nunca lo que la cerrada es.
- No podremos decir otra cosa sino que la cerrada de este barranco y sus cascadas de aguas, es un trozo de sueño hecho materia viva para que sea más que sueño, al mismo tiempo que también es un trozo en un rincón de estas sierras. Materia soñada que sólo transmite gozo y hace de puente entre lo mortal y lo eterno.

24 de noviembre 2020 -257
EL CAMINO VIEJO
En un principio aquello fue sólo una estrecha sendilla que salía del cortijo y bajaba al valle. Una sendilla sin importancia que cortaba el monte, rodeaba los trancos rocosos y rozando los troncos de los viejos robles, surcaba la ladera para meterse en la cañada de la hierba fresca. Y precisamente esta cañada, redonda y un poquito alargada por arriba, era lo más bonito del camino. Digo era porque creo que hoy ya no es. Y lo digo porque tuve la suerte de recorrerla muchas veces.

Era yo todavía pequeño y ya por aquella senda pasaba casi todos los días. Como arrancaba del cortijo y bajaba al valle, al apuntar el sol, yo cada día la recorría. Montado el burro y con las cántaras llenas de leche para llevarlas al otro cortijo grande. Y como todavía era pequeño no me daba plena cuenta de las cosas. Sentía que aquel rincón en forma de cañada verde y el arroyuelo atravesándola, me gustaba. Era bonito a mis ojos y por eso me llenaba de un cierto placer cada vez que por allí pasaba.

La verde hierba que la primavera desparramaba por aquellas tierras llanas, para mí que era muy bella. También el silencio, las cuatro encinas negras y los pájaros saltando por sus ramas así como el agua limpia del regajo. Todo era sencillo pero bello sin otro aditivo que la quietud, la soledad de la tierra vestida de monte y la senda sin nombre por allí cruzando.

Me hice mayor y dejé de pasar por aquella senda. Ya no podía verla todos los días al salir el sol ni tampoco sentir el cosquilleo de aquel beso secreto que cada día ella me daba y yo le devolvía. Sin embargo, no me olvidé de ella. Nunca la olvidé y hasta de vez en cuando soñaba que por aquella sendilla pasaba montado en mi burro blanco. Esto ocurría y era delicioso hasta que una noche, lo que vi en mi sueño, me llenó de dolor.

La senda ya no estaba y sí en su lugar una pista de tierra que subía por la cañada rompiendo encinas y monte bajo. Vi en mi sueño que vinieron las lluvias y el agua corrió por la cañada. Como la tierra estaba suelta la corriente se llevó por delante toda la tierra de aquella cañada y, además, abrió un surco muy grande por el mismo centro de la flamante pista. Vi como el agua saltaba veloz, turbia de tierra y mezcladas con piedras. Junto a la roca grande que mi senda rodeaba, la corriente horadó agujeros y lo que en un principio había sido bonito, ya era feo.

No me dejó feliz aquel sueño porque no me gustó lo que vi en él y por eso, al despertar aquel nuevo día, me dije que en cuento pudiera iba a acercarme a ver la senda de la cañada verde. Mientras no compruebe si es verdad o no lo de la senda de mi infancia no me quedaré tranquilo. Y si es verdad que han roto aquel rincón bonito por donde de pequeño yo pasaba al salir el sol cada día, me enfadaré con mucha gente.

25 de noviembre 2020 -258

2 / 9 de julio: PRIMER DIA DE TU AUSENCIA

Amanece hoy lunes y Granada ya está sin ti. Ayer hizo mucho calor y parece que hoy será igual. ¿Te acuerdas de los cielos rosados de los amaneceres de Granada en verano? Pues de este color se viste el cielo esta mañana. ¿Qué color tiene hoy el cielo del rincón del país, donde te despiertas? ¿Cómo fue ayer tu viaje y cómo encontraste a tu gran nación cuando llegaste? ¿Te estaban esperando y te dieron todos los abrazos que soñabas? ¿Echas de menos a las tierras que has dejado por aquí?

¿Sabes? Los humanos, todos, todos, somos tan poca cosa y es tanta nuestra indigencia, que nunca deberíamos permitirnos prescindir de nadie. Es un lujo que no está a nuestro alcance. Porque nos necesitamos unos a otros como el aire que respiramos. Aunque no lo creamos o, muchas veces, queramos aparentar que podemos vivir sin los que nos rodean. Tú y yo y todos somos menos que una pavesa en la suma de la Creación, en la vida y en esta tierra. De aquí que, en lo que más abundamos, es en la indigencia, la pequeñez, el desamparo, la incertidumbre…

¿Sabes qué haré? Desde hoy mismo, hasta que se me acaben las fuerzas, cada día voy a escribir un poco. Para contarte cosas de Granada, de sus calles, rincones, plazas…

26 de noviembre 2020 -259

1 – LOS CUADERNOS DEL ANCIANO

Llegaron las vacaciones de Navidad y, en el Cortijo de la Viña, cambiaron un poco las cosas. Sobre todo en la vida de la niña. Al no tener colegio todos los días se levantaba algo más tardes. Y luego, muchos ratos a lo largo del día, se iba a jugar con su caballo Enebro y con el borriquillo Sinombre. No había llovido mucho todavía pero en los campos la hierba estaba naciendo y, junto al arroyo del balneario, la tranquilidad era total.

Un poco antes de fin de año, por la noche, se levantó algo de viento. Cayeron algunos chaparrones y, al amanecer, las nieblas cubrían por los barrancos, ascendían por

las laderas y se iban despacio hacia las cumbres de las montañas. Sentados, la niña, la madre y yo junto al fuego en la sala del cortijo, a través de los cristales de la ventana, observábamos al caballo Enebro y al borriquillo Sinombre comiendo tranquilos en la hierba de la llanura. Indiferentes ellos al paso del tiempo. Me decía la niña, como sumida en un sueño mientras se fijaba en el borriquillo:
- También ya se está haciendo viejo. El día que menos lo esperemos podremos quedarnos sin él, como nos pasó con Bandolero, con la Princesa, el Anciano amigo nuestro y Julia, Guela y Lera.
Guardé silencio y medité sus palabras. Sabía que tenía razón. Porque ya hacía mucho tiempo que no estaba con nosotros ni el Anciano ni la Princesa ni las tres amigas con las que tanto habíamos compartido, años atrás. Todos se habían ido muriendo o marchándose y solo nos quedaba el caballo Enebro y el borriquillo. Dijo de nuevo ella:
- El día que se muera el borriquillo y también te mueras tú ¿qué haré yo tan sola y con tantas recuerdos?

Tampoco respondí a esta pregunta suya. Pero me siguió comentando:
- Y del Anciano, nuestro amigo más bueno ¿cómo voy a olvidarme nunca? Nos ha dejado todos los libros que escribió, todos sus cuadernos, todo su corazón y sueños… Cuando tú te mueras ¿Qué haré yo con esto?

El Anciano se había pasado la vida entera escribiendo. Su amor a las personas, a la naturaleza, a los animales, a la libertad, a Dios, al Universo… Y ni un solo libro le había publicado nunca nadie. Todos se los habían rechazado de todos sitios. Y le decían que no eran buenos, que no tenían calidad, que no se ajustaban a sus proyectos, que no eran comerciales, que… Pero en sus humildes cuadernos él había dejado escrito lo mejor de sus sentimientos, su vida entera y las historias más hermosas que nunca nadie haya escrito. La niña tenía todos estos cuadernos amorosamente guardados en su habitación. Todo como esperando algún importante momento. Por eso me seguía comentando:
- Yo no entiendo como nunca nadie quiso publicar ni una sola página de las cosas tan bellas que ha dejado escritas este amigo nuestro.

En sus manos me mostraba uno de estos cuadernos. En la tapa se podía leer el título de la historia que se narraba dentro. Despacio leyó la niña y a continuación me dijo:
- “Los rincones más bellos de Granada”. Nunca me cansaré de leer esta tan extraña y a la vez hermosa historia, escrita por él. Creo que cuando la escribió aquel verano se encontraba muy desanimado y por eso sufrió mucho. ¿Por qué tampoco pudo publicar este libro antes de morirse?
Una vez más no supe qué responder. Pero ella continuó razonando:
- Yo creo que hoy es un día muy bueno para leer y saborear despacio lo que el Anciano ha dejado recogido en este cuaderno. ¿Por qué no me lo lees mientras nos calentamos en este fuego y dejamos que pase el día?
Cogí el cuaderno de sus manos y le dije:
- Sí, voy a leerlo porque estoy de acuerdo contigo: lo que el Anciano ha dejado escrito en este cuaderno es muy hermoso porque está lleno de bondad y de amor por las personas y las cosas.

Fuera. El borriquillo Sinombre y el caballo Enebro seguían en su pradera comiendo hierba. Hacía frío y la niebla mostraba un auténtico día de invierno. Leí despacio el título de la portada y los cuatro renglones que había debajo: “De Granada, quiero regalarte el sol del verano, el aire de esta ciudad, el silencio y los paisajes que hay por aquí. Tengo que compartir todas estas cosas para que en mi corazón no se instale la ingratitud ni en mi alma se encalle lo negativo”.

Abrí luego el cuaderno y le dije:
- Voy a leértelo y sirva ello como un sencillo homenaje a nuestro mejor amigo, el Anciano del Cortijo del Laurel. Creo, como tú, que en este libro suyo él ha dejado escrito un sencillo, bellos y hondo mensaje. Tal como era y vivió.
Y comencé a leer despacio lo que sigue a continuación:

27 de noviembre 2020 -260
TARDES DE OTOÑO
Y él, aquella tarde veinte de noviembre, subió por la Cuesta de Gomérez, cruzó la Puerta de las Granadas y se dispuso a seguir por el Paseo Central. Pero antes de continuar se paró un momento, miró despacio y fue descubriendo el magnífico espectáculo que el bosque presentaba. A la izquierda, calle de Cuesta Empedrada, se veían los árboles casi sin hojas. Con sus ramas muy desnudas pero por todo el suelo una gran alfombra de hojas teñidas de ocre. Todavía todas estas hojas muy brillantes y enteras y salpicadas de gotitas del agua que saltaba por las acequias. Por eso, a él le pareció muy hermoso este singular trozo del bosque de la Alhambra.

Pensó tomar por aquí y subir despacio para hacer fotos y gozar de tan bonito espectáculo. Pero meditó un minuto más y se fijó en la calle del Paseo Central. La que se le conoce con el nombre de la Cuesta de Gomérez por ser la calle más hermosa y cómoda de las tres que arrancan al pasar la Puerta de las Granadas. Por el asfalto nuevo que ahora tiene esta calle, también millones de hojas la alfombraban, revistiéndola de mucha más belleza que las otras dos calles. Porque a los lados de este Paseo Central, es donde crecen los árboles más viejos y gruesos de todo el bosque de la Alhambra. Y porque también a los lados de este paseo corren siempre dos caudalosas acequias.

Miró durante un buen raro, hizo un par de fotos y luego movió sus ojos hacia la calle de la derecha. La que también arranca justo al pasar la Puerta de las Granadas y remonta muy empinada, en grandes escalones empedrados. Por aquí las hojas secas caídas de los árboles se derramaban mucho más espesas. Como durmiendo sobre el empedrado de la calle, sobre el verde de los arriates y sobre los muros de los lados. Por eso esta calle le pareció mucho más bonita que las otras dos. Y por eso se dispuso a sacar algunas fotos, mientras decidía por cual de los tres paseos tomar. Y se preparaba para sacar la primera foto cuando la vio.

Justo estaba sentada en el umbral de una vieja puerta, a la derecha de esta tercera calle y en los primeros metros. Y estaba sola, era joven, tenía sus manos puestas en la cara y miraba en silencio. A la hermosa alfombra de hojas de otoño derramada por el suelo, a la luz tamizada de la tarde por entre los árboles del bosque, a las hojas que de vez en cuando caían de los árboles y a la blancura de la ciudad de Granada sobre la ancha Vega. Y tanto le llamó la atención verla tan sola, meditando en silencio frente al indescriptible espectáculo de la tarde de otoño, que pensó continuar y subir por esta calle. Para pasar cerca de ella y pararse y preguntarle. Pero no lo hizo. Tampoco hizo ninguna foto para recogerla en forma de recuerdo porque pensó que merecía el mayor de todos los respetos. Pero sí notó que su corazón se llenaba de algo muy inmenso y bello. Como si un trozo de eternidad y cielo de pronto por allí se hubiera derramado.

28 de noviembre 2020 -261
EL PASO DEL TIEMPO
- ¿Qué es lo que quiere estos jóvenes?

Se pregunta asomado a la ventana cuando ya la tarde se ha ido y la noche empieza a llegar. Hasta sus oídos llegan las carcajadas, música y algarabía. Vienen estos sonidos de la parte alta del campus universitario. Por esta zona y entre árboles, es donde se encuentra el original mirador que llaman “El Templete". Una pequeña construcción muy antigua, lejos de la ciudad y en una zona muy elevada. Por estos días, a este solitario y original mirador, todas las tardes se concentran grupos de jóvenes. Traen bebidas y aparatos de música y aquí montan sus juergas. Huyen de la ciudad donde las personas están recluidas en sus casas para evitar los contagios del virus. Por estos días, las autoridades, han prohibido las reuniones, botellones, apertura de comercios, bares y todo el ocio nocturno. Ni siquiera en la universidades hay clases. Los contagios en estos días, están siendo muchos y muchas son las personas ingresadas en los hospitales y también son muchos los que están muriendo. Pero ellos, muchos jóvenes, cada tarde suben desde la ciudad y burlando a la policía, en el viejo mirador entre árboles, montan sus fiestas. Desde su ventana y mientras medita, oye la música, risas y voces y se pregunta:
- ¿ Qué es lo que quiere estos jóvenes y por qué se comportan tan ajenos al sufrimiento y muertes que este virus está dejando por todos lados?

Ni está conforme ni entiende lo que hasta sus oídos llega y medita mientras deja pasar el tiempo. A su mente, acude el último mensaje que, hace muchos años, recibió de ella. Era breve y decía esto: “Nos hemos casado”. Sabía que estaba en un país extranjero, lejos de su propia tierra y familia y sabía que también era de otro país distinto la persona con la que decía se había casado. Corrió el tiempo y ninguna noticia más tubo de ella. Cada día, la imaginaba casada en ese país que no era el suyo y aceptaba el silencio. Pero ahora, en estos días de pandemia, no podía apartarla de su mente. Preocupado, en sus meditaciones se preguntaba: “¿Cómo habrá transcurrido su vida a partir del momento de su boda? ¿Le habrán ido bien las cosas? ¿Será feliz? ¿Tendrá la casa y las cosas que soñaba? ¿Recibirá el cariño que tanto apetecía y necesitaba? Y en estos días de la pandemia ¿qué le puede haber sucedido? Pido al cielo que la proteja y le ayuda en todo lo que pueda".

Asomado a su ventana, mientras la noche avanza y hasta sus oídos llegan las algarabía de los jóvenes por el mirador del Templete, por su mente y alma pasan estos pensamientos y sensaciones. No entiendo la vida y por eso en silencio reza y llora. Siente que cualquier día de estos, puede ser para él último en este suelo. Los años ya lo han envejecido mucho y los que tiene cerca, ni siquiera lo tratan bien.

29 de noviembre 2020 -262

339- EL SALVAJE

Sobre el collado, entre la espesura de las encinas y cerca del arroyo, se veía el cortijo. Una gran almunia en forma de palacete pero con las paredes encaladas. Por eso, al salir el sol cada mañana, el edificio relucía como un espejo mágico. Desde la curva del río, al poniente del cortijo y a unos dos kilómetros, se le divisaba con toda claridad. Y lo que más llamaba la atención eran las dos altas torres que, desde blanco edificio, emergían por entre los encinares.

Aquella mañana, un buen día de primavera y por eso los jarales mostraban ya un hermoso espectáculo de flores blancas, al grandioso cortijo y desde la Alhambra de Granada, llegó el joven. Y, lo mismo que otras muchas veces, se presentó dando voces para asustar a los sirvientes:
- Ha llegado el momento. A partir de hoy ya no se ríe más de mí ese felino salvaje que recorre estos montes míos. Preparadme las flechas, poned apunto los perros y prepararos vosotros que nos vamos a cazarlo. En cuanto lo vea me lo cargo. Para que se entere de una vez que de mí nada ni nadie se ríe. Y menos este salvaje imbécil.

Y, a media mañana, la comitiva salió del cortijo, en busca del gato montés porque el joven, "el príncipe mal educado", según se decían entre sí los criados, quería darle caza. Todos se concentraron en torno al señorito para complacerlo y porque era el que pagaba.

Al norte del edificio, por entre los jarales del cerro de enfrente, encontraron al felino. Un viejo y hermoso gato montés, bello como la criatura más bella y libre como el mismo viento. Y al verlo, enseguida dijo el joven:
- Otra vez más no te ríes de mí. Nadie ni nada se ha reído de mí desde que tengo uso de razón.
Y disparó sus flechas unas detrás de otra sin ni siquiera parar a tomar aliento.
Los gritos y las voces, se oyeron por todos aquellos barrancos y, en ese mismo instante, también se escucho un gran maullido. Ladraron los perros, atravesando los montes y sorteando rocas pero el felino, como por arte de magia, despareció. Enseguida gritó el joven:
- Que no se escape este cabrón. Y lo quiero vivo.

A lo largo de varias horas buscaron por todos aquellos montes. Azuzando a los perros y escudriñando cada hueco de cada peña. Hasta que comenzó a caer la tarde. El sol se hundía en horizonte lejano y un silencio enorme se adueñó de todos aquellos campos. Decidieron volver al cortijo y, mientras regresaban, el joven refunfuñaba lleno de rabia:
- No puedo consentirlo. Nunca nadie, en el tiempo que tengo de vida, se ha reído de mí como lo está haciendo este bicho sin corazón. El día que lo tenga entre mis manos me lo voy a comer con piel y todo.

Oscureciendo, por la orilla del río, avanzaba el amante de las montañas. Cargado con su morral y recreándose en la música que el agua de la corriente le regalaba. Y se acercó a la cueva. Descolgó su zurrón, desdobló la tela que le iba a servir como tienda y se preparó para montarla. Pero, todavía no había terminado de oscurecer ni él de montar su tienda, cuando oyó un quejido. Como un lamento humano que venía de la curva del río, un poco más abajo. Cogió su espada, avanzó por entre los juncos, mirando y escuchando atento y de nuevo oyó los lastimeros quejidos. Se acercó, procurando no hacer mucho ruido y de pronto lo vio. Estaba tendido muy cerca de la corriente del río, un poco oculto entre las raíces de un viejo fresno. Agudizó la vista un poco más y vio que, un hilillo de sangre, manaba y levemente teñía las claras aguas de la corriente del río. Dijo, como si lo conociera de toda su vida o como si lo considerara su mejor amigo:
- Ya veo que te han herido. No tengas miedo. Otra vez estoy yo aquí para ayudarte. Ahora mismo lavo tus heridas porque quiero que sigas viviendo.
Se agachó, lo acarició con sus manos, lo puso luego sobre sus brazos y, poco a poco, se lo fue llevando hacia la cueva. Y lo primero que hizo, cuando ya lo había recostado junto a una de las rocas en la cueva, fue darle un poco de alimento. Luego lavó sus heridas y allí mismo, casi pegado a su cuerpo, tendió su saco de dormir y preparó la cama. Le dijo de nuevo:
- Para que no te sientas solo ni esta noche tengas miedo. Y no te preocupes que ya verás como te curas. Tienes que seguir viviendo.

Y la noche transcurrió serena. Solo perturbada por rumor de la corriente del río, el ulular de algún cárabo y el palpitar del corazón del amigo. Pero, al llegar el nuevo día, nada más amanecer, se oyeron ladridos de perros. Luego se oyeron voces humanas y al poco, desde el otro lado del río y la alta peña bermeja, se oyó un potente grito:
- ¡Maldito felino! Acabaré contigo aunque te escondas bajo tierra.
Nadie ni nada respondieron a estas voces. Se hizo el silencio y, al poco, de nuevo se oyó la voz del joven príncipe, dueño del blanco cortijo:

- Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo.
Y, en esta ocasión, el acantilado de la curva del río, devolvió un potente eco: “Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo”.

30 de noviembre 2020 -263
LAS UVAS
Cayeron abundantes las nieves y las cumbres se vistieron por completo de blanco. Bajaron mucho las temperaturas y en los bosques, muchos árboles se quedaron sin hojas. En la ciudad, a pesar de la pandemia, preparaban las luces porque la Navidad se acercaba. Las personas seguían encerradas en sus casas y los contagios no paraban.

En la lujosa y gran casa con jardín y naranjos llenos de frutas, el hombre mayor, no era feliz. A pesar de la confortable calefacción, la abundante y rica comida y la amplia habitación, no era feliz porque se sentía humillado y menos preciado por los que le rodeaban. Cansado de este mal trato y agradeciendo al cielo las cosas buenas que recibía, aquella fría mañana de otoño, dio el paso. Preparó la mochila, el saco de dormir, un cuaderno y un bolígrafo y salió de la casa. Recorrió las calles de la ciudad y, por los caminos que conocía, se adentró en las montañas. Mientras avanzaba por los paisajes que también conocía, se iba diciendo: “De las madroñeras, cogeré madroños, de las encinas, bellotas, de los castaños, castañas, de entre los pinares setas y de las parras que sembré en el cortijo donde me crié, cogeré las uvas que tanto me gustaba cuando era pequeño. Con estos frutos me alimentaré y, en los manantiales que conozco, sacaré mi sed. Dormiré junto a los arroyos, rezaré al cielo porque creo en Dios y me olvidaré de los que no me quieren y tanto me han despreciado".

Metido e su saco de dormir, junto al arroyo, durmió aquella noche y, en cuanto salió el sol, subió por la ladera dirección a las tierras por donde esperaba encontrar la casa de su niñez. Por la senda que discurre por el filo de la loma, caminó emocionado esperando el encuentro con el rincón querido. Al asomarse al collado, descubrió que el terreno donde se encontraba la casa, se había deslizado hacia el barranco. Asombrado observó despacio y, al mirar bien, entre las ruinas de algunos trozos de paredes, vio las ramas de las parras. Justo en mitad de la torrentera que el terreno al deslizarse había fraguado hacia el barranco. De las ramas de las parras, colgaban los racimos de uvas color caramelo. Se dijo: “Me arrastrará con cuidado por esta torrentera de tierras movedizas y cogeré esos racimos de uvas. Me pertenecen y, en estos momentos, necesito saborear y alimentarme con lo que fue mi mundo cuando pequeño. Me agarraré a las raíces de los árboles que por aquí han quedado al aire. Y si me deslizo y caigo rodando por esta torrentera y mi cuerpo queda roto en las aguas del arroyo, no me importa. A todos, en algún momento, nos llega la hora de irnos de este suelo. Si para mí Dios cree que ha llegado ese momento, tengo mi corazón preparado para encontrarme con Él y recibir su abrazo".

1 de diciembre 2020 -264
CORAZON DE ORO
En el cerrillo que baja por la derecha de la explanada construyeron la casa grande. La que es un espectáculo en el centro de ese paisaje tan amplio y esplendoroso. Hacia el lado del poniente cae una laderilla, cruza el arroyo más abajo y al otro lado del cauce, en las covachas de las paredes rocosas, está la otra casa; que no es casa propiamente sino un refugio para vivir casi miserablemente a falta de otras posibilidades.

En la grande de arriba, llena de lujo con muchas habitaciones y balcones, es donde vive el más pudiente; casi un señor en todo el contorno por el apoyo que tiene de los otros

señores de la ciudad. En la de abajo, la covacha con cuatro piedras por paredes y rocas negras del humo de la lumbre, vive la familia humilde que cultiva un trocillo de tierra, tiene unas cabras y recoge algunos frutos del monte cuando por el monte hay frutos. Esto es toda su riqueza, toda su actividad y todo lo que tiene en este mundo. Son tres: el matrimonio y el muchacho que ya es algo mayor; corazón de oro lo llaman en todo el trozo de la sierra por su disponibilidad siempre en darse a los otros sea en lo que sea.

A la casa grande llegó un día, un poco entrado el otoño, una familia que nunca había venido por aquí pero que eran amigos de los que mandan y eso ya bastaba para que el pudiente los atendiera con toda la importancia que ello tenía.
- No venimos de cacería sino para dar un paseo por estos montes.
- No se preocupe que dará ese paseo y quedará encantado. Yo me encargo de ello.
Así que se fueron por la zona de la ladera que baja hasta el río porque es el sitio donde más animales salvajes siempre hay. Y lo que el pequeño pudiente pretendía era lo que sucedió: por allí vieron cabras monteses, ciervos, jabalíes y hasta un chotillo, bastante pequeño, de cabra montés. No podía apenas andar y para complacer al visitante y mostrar su ternura, el pudiente a las órdenes del más pudiente, lo cogió.
- ¿Qué le pasa?
- Se ha retrasado al nacer y se ve que su madre no tiene mucha leche; necesita alimento.
- A mí me gustaría llevármelo para regalárselo a mi hija pequeña.
- No hay problema. Se lo podrá regalar a su hija pero cuando esté fuerte y gordo.

Y el pudiente cargó con el chivo y en cuanto llegó a la casa grande fue en busca del muchacho corazón de oro.
- Desde hoy todos los días tienes que subir a la majada de los pastores a por leche para este choto. Les dices que vas de mi parte y que es para el amigo del que manda. Cuando ya esté criado éste señor te pagará.

Y aquel día el amigo del que manda se fue y el muchacho, a la mañana siguiente, antes de que amaneciera, ya iba camino de la majada a por la leche para el chotillo. A unos tres kilómetros al norte estaba la majada y el camino era, primero un trozo de llanura, el remonte de un gran cerro, un barranco muy amplio, otra ladera que no se termina nunca y después de dos o tres arroyos más, una llanura y la majada.
- Que vengo de parte del pudiente... que ya os lo pagará.
Y les contó todo lo del chotillo.

Todas las mañanas, en cuanto amanecía, se ponía camino de la majada, hiciera frío, lloviera o nevara. El muchacho no falló ni un sólo día en aquel trabajo. Regresaba al medio día, le llevaba la leche al pudiente y luego se iba a su cosa con el padre. Como dice la Biblia, de buena gana él se hubiera bebido aquella leche, no por placer, sino por pura necesidad. En su casa no había nada más que escasez, humo de la lumbre pegada a la roca y frío.
- Quizá ahora, cuando el hombre venga a por su chotillo, como se está acercando la Navidad, nos lo pague bien o nos regale alguna cosa buena.
Le decía el padre.

Y el hombre vino a por su choto ya muy próximo a la Navidad. Al verlo tan gordo dijo que no se lo iba a regalar a su hija sino que lo mataría para comérselo en aquellas fiestas.

- Son fiestas de eso, de comer choto de monte.
Se lo llevó aquel mismo día y ni tuvo el detalle de ir en busca del muchacho para darle las gracias. Tampoco pagó a los pastores su leche y al pudiente sí se lo agradeció mucho.
- Ya le dije yo que no había problema.

Y lo que ocurrió es que como los de la cueva no tenían qué comer, junto al hortal se plantó el padre una noche y con la escopetilla de un cañón que se carga por la boca, disparó contra un ciervo.
- Ya tenemos comida; al menos estos días podremos comer.
Le dijo a su familia. Pero el pudiente que estaba a las órdenes del que mandaba se enteró; se lo dijo a su jefe y la respuesta del grande fue que inmediatamente los echara de allí para siempre.
- Sois unos furtivos que dejaréis el monte sin animales. Así que largo y hasta otra. Porque, además, deberíais de estar agradecidos de no ir a la cárcel.
Les dijo el pudiente. Corazón de oro y su familia se quedaron allí unos días más pero como los amenazaba con denunciarlos, ya se fueron una mañana fría de enero. Nadie supo dónde ni, pasado el tiempo, se tuvo noticia de ellos pero la cueva, con las paredes negras y algunos trozos de tapias, todavía se puede ver por allí aunque llena de zarzas y musgo. Yo la conozco y sé dónde está pero la mantendré en secreto porque para mí es lugar sagrado.

2 de diciembre 2020 -265
LA OTRA NIÑA
Fueron los familiares al cortijo de la sierra y como era Navidad se la trajeron con ellos a la ciudad.
- Para que lo pases bien estos días con nosotros.
Le decían a la niña. Se lo pasó ella bien en la ciudad pero el tiempo se acabó y los padres vinieron a por ella. Aquella mañana, estaba allí la otra niña, la del pelo rubio ya amiga de la niña del cortijo de la sierra. Cuando ésta preparaba sus cosas para irse con los padres de un momento a otro le dice a la amiga que se venga.
- Sí, vente con nosotros unos días al cortijo.
Le pedían los padres a la niña de la ciudad.
- Pero es que aquello no me gusta mucho.
- ¿Por qué no te gusta?
- Es muy aburrido.
- ¡Que va! Aquello es lo más divertido que existe. Tenemos una fuente de agua limpia para jugar, un arroyo que pasa por allí mismo, mucha hierba por la pradera, un bosque muy grande para escondernos, nubes de todos los colores, pájaros que cantan a todas las horas del día y otras muchas cosas. Aquello es de lo más divertido del mundo.

La niña de la ciudad fue y se lo dijo a sus padres.
- Papá, que aquello no me gusta. No quiero irme porque me aburro mucho.
- Te prometo que allí te lo vas a pasar estupendamente.
Le decía su amiga.
- Pero si allí no tengo ni tele, ni juguetes con qué jugar, ni tiendas para ver los escaparates ni donde poder comprar chuches.
- Hija, eso no es lo que da toda la felicidad.
La niña del cortijo, por todos los medios, intentó convencerla para que su amiga se fuera con ella.

- No entiendo cómo puedes pensar que aquello es aburrido si para mí es lo más fantástico del mundo. Jamás me aburrí con tantas cosas como tengo sólo para mí y la cantidad de tiempo que todos los días, tengo que dedicar en resolver los problemas que se me presentan.
- Pues yo no quiero ir.

A la niña de la ciudad no hubo manera de convencerla. Decía que se lo pasaba muy bien con aquella amiga suya de la sierra pero como no tenía cosas para jugar, no se podía venir con ella. Decía que eso de no tener ni nevera ni yogur ni videojuegos ni pastelerías era una tontería y muy fastidioso. Decía también que lo alegre, lo divertido y emocionante era la ciudad con sus coches, sus gentes por todos sitios, sus casas y sus tiendas para comprar lo que se quiera.
- Además, en el campo, hasta te llenas de barro, te mojas si llueve y pasas frío si nieva.

3 de diciembre 2020 -266
DIOS MÍO, GRACIAS
351- Y además, te he visto y he tocado,
en las hojas frías de los lentiscos viejos,
en la música de la cascada del arroyo oscuro,
en el balcón de las rocas colgadas
y en las hojas oro del roble corpulento.

352- Y la tarde estaba despejada
con sólo tres nubes de algodón o incienso,
y un mar de rayos dorados cayendo desde las cumbres
y a mitad de la ladera
solitario, cantando el mochuelo.

353- Cuánto ahora debería yo hablar y decirte:
Dios mío, gracias
por ser, una vez más, conmigo tan bueno,
por regalarme, sin mérito por mi parte,
en esta tarde cortica de invierno,
un trocico más de la senda vieja,
que recorre las riberas de nuestro arroyuelo
y dejar que penetre en tu edén mágico
para regalarme, con amor, tu beso.

354- Porque los madroños y sus flores blancas,
las madreselvas agarradas a los pinos viejos,
los narcisos jugando con el frío
y los azules cachitos de cielo
de los espesos romerales que cubren las laderas,
¿No eres tú todo, Dios mío,
frente a mí, en forma de espejo
y gritándome perenne y a chorros:
“Estoy aquí, contigo y te quiero?

355- Y yo, pobre y despreciado por todos,
caminando por la ladera de la empinada montaña,
en esta tarde cortica de invierno,
con el dolor que por dentro me mata
y en la soledad terrible de este inhóspito suelo
gritándote desesperado:
“Dios mío, soy todo tuyo y te quiero,
ven a por mí y empújame un poco más,
que cansado estoy y ya no puedo”.

356- Y desde la oscuridad de la senda vieja
que recorre el barranco profundo y oscuro,
me sales, mudo, al encuentro,
en el aire húmedo que recorre la sierra
y en la sombra hermana que proyecta el cerro
y mirándome despacio
me dices: “Te quiero.
Ahora te regalo tres madroños rojos,
cógelos y cómelos, verás qué sabor a beso”.

4 de diciembre 2020 -267

16**-** PLANTAS AROMÁTICAS

En la Terraza del Rocío, por donde la hierba tapiza el suelo, hemos esperado a la niña. Con su cesta de mimbre fino se ha presentado, guapa como un sueño, y te ha saludado a ti. Con una caricia en tu frente y apretando tu cabeza contra su corazón. Hemos bajado por la senda de los álamos, la llanura de las retamas y el olivar de los troncos viejos. Cruzamos el arroyo de los almendros y, a la derecha, encontramos la Cañada del Agua. Nosotros también la llamamos Cañada Húmeda por la abundancia de manantiales que brota en ella. Pero precisamente por esto, porque el terreno está surcado por cientos de arroyuelos de aguas claras, nos gusta más llamarla Cañada del Agua. Un rincón fantástico que ni siquiera en los libros más hermosos ha existido nunca.

Y la niña nos ha dicho:

- Ahora vamos a buscar los mejores hinojos y matas de tomillo para llenar mi cesta.

Son las plantas aromáticas que ella necesita para aliñar las aceitunas que partimos ayer. Por la Cañada del Agua nos hemos esturreado, tú, ella y yo, en busca de las mejores matas de plantas perfumadas. Yo me he venido para la derecha que es por donde saltan los arroyuelos de aguas más limpias. Tú te has ido para el lado del bosque de los robles gigantes y la niña se ha ido para el lado de la cañada. Por donde ella va, los arroyuelos comienzan a juntarse y por eso, el rumor de la corriente y el agua, ya es tanta que todo parece un lago. Hemos quedado en llamarnos en cuanto veamos alguna buena mata de las plantas que buscamos.

Y diez minutos más tarde soy yo el que las encuentra. Un par de plantas de tomillo colgadas en la torrentera y, para que vengáis, te llamo y a la niña. Oigo tu rebuzno, contestando a mi invocación, por el lado de los robles y al mirar te veo pero no a la niña. Se ha perdido por lo hondo de la cañada y ni la veo ni a los arroyuelos que surcan la Cañada. Por ahí, lo que advierto ahora es un barrio de casas y, en sus calles, muchas luces de colores, columpios y caballitos de feria. Entre esas casas y callejuelas la niña se ha perdido

y oigo que nos llama. Nos necesita porque está atrapada en un mundo que desconoce y quiere que la salvemos. Nuestra fantástica Cañada del Agua parece que ya no existe.

Rebuznando te vienes a mi lado y nos vamos por entre las casas buscando a la niña. Sigue perdida, nos llama y nos necesita y nosotros corremos y la llamamos pero no la encontramos ni la vemos. ¿Quién ha traído a este lugar tantas casas, esta feria de colores y estas calles asfaltadas? Y los arroyuelos cristalinos, la hierba, los tomillos y los hinojos ¿dónde están? ¿Quién se ha llevado a la niña para que se pierda entre tanta gente? Agotados de correr y de llamarla nos paramos en el puente del río. Hace un rato tampoco estaba aquí este puente. ¿Quién lo ha construido y por qué? Te paras junto a mí y dejas que te acaricie. Te acaricio en la frente como siempre lo hace la niña y los dos miramos para la Cañada del Agua. ¿Nos hemos quedado sin la niña, sin la Cañada, sin las plantas aromáticas y sin el sonido de los arroyuelos? ¿Qué ha pasado y pasa en estos momentos, lo sabes tú?

5 de diciembre 2020 -268

EL COLUMPIO

La niña se levantó temprano. Era un día normal ya final de otoño y muy próximo a la Navidad. Por eso el clima estaba muy frío y las noticias anunciaban lluvias e incluso nevadas por algunos sitio. Pero el día se presentaba con cielo muy azul y limpio por completo de nubes. Salió de su casa, caminó calle abajo y al llegar al quiosco de la esquina, se paró. De su bolsillo sacó unas monedas y compró un puñado de cacahuetes, algunas almendras y nueces. Puso estos frutos en su mochila, dio media vuelta y despacio subió por la calle. No tardó en salir de la ciudad y, un poco después, llegó a la casa.

Cerca de la robusta y ampulosa noguera, tomando el sol, estaba el anciano cuando ella llegó. Lo saludó, sacó de su mochila los frutos que momentos antes había comprado y se los dio al anciano al tiempo que le decía:
- Sé que te gustan estos frutos y por eso te los traigo. CométELos porque tú sabes que estos alimentos son sanos y te dan energía.
EL abuelo agradeció a la nieta lo que ella le daba y agradeció al cielo su presencia. En la soledad de la mañana y bañado por los primeros rayos de sol del nuevo día, la presencia de la niña, le llenaba de paz y profundo gozo. La mayor más limpia felicidad que la vida podía darle. Por eso cogió los frutos que la nieta le entregaba y en silencio, comenzó a saborearlo.

Dejó ella su mochila junto al anciano y se fue derecha a la rama de la vieja noguera. Una gruesa rama que, desde la cruz del árbol, caía para abajo retorcida como en media luna. Desde hacía mucho tiempo, siempre que venía a darle compañía a su abuelo, se acercaba a esta original rama de la noguera, se agarraba a ella y se ponía a columpiarse. El abuelo la observaba y se sentía dichoso, feliz como el más afortunado en este mundo. Y esta mañana, esto fue lo que hizo ella. Puso sus manos en la curva de la rama, se colgó muy confiada y comenzó a columpiarse al tiempo que preguntaba al abuelo:
- ¿Algún día se le romperá a esta noguera esta original rama?
Dijo el abuelo:
- Esta noguera, la sembró mi padre el día que nací yo. La rama que es tu columpio, le brotó a este árbol, el día que naciste tú y desde entonces, ella es mi alma. El día que muere yo, se desgajará para siempre en este suelo la rama de tu columpio. Pero allá en cielo, en mi alma, eternamente yo seguiré meciéndote.

6 de diciembre 2020 -269

388- Recuerdo aquella noche

de invierno y frío cuajada,
yendo por el olivar,
con los padres y la hermana
y recuerdo que la niña dijo:
- Madre, la Navidad serrana
¿siempre fue entre olivos
y en la tierra, tanta escarcha?

Y la madre dulce y querida
como la que más comprende y ama:
- Si los cuatro estamos unidos,
hija mía del alma,
¡qué importa que la Navidad
sean olivos, nieve o plata!

Recuerdo aquella tarde
pisando la tierra helada
y los cuatro como abrazados
entre el frío, en Ti y el alba.

390- La mañana estaba fría
y de nubes grises cuajada
y la niña, princesa del valle
entre romeros parada
y al acercarse la madre,
de aceituna bien manchada,
de repente le pregunta:
- ¿Siempre fue como hoy
la Navidad en estas montañas?

Y la madre de corazón noble,
que bien sabe lo que ama:
- La Navidad por la que preguntas
es la que veo en tu cara
y en el juego que prestas al cielo
con las ovejas de la cañada
y las aceitunas que cuelgan de los olivos
vestidos de blanca escarcha.
Pero la Navidad, hoy también niña mía,
por el cerro, con padre baja.

391- Yo la vi con mis propios ojos:
la niña sentada estaba
junto a las ascuas de la lumbre
en el rincón de la casa
y al jugar con la reina abuela
le preguntó cara a cara:
- ¿Siempre fue como ahora
la Navidad por estas montañas?

Y la abuela toda recogida en sí
cual noble soberana:

- Parecida a los remolinos que el río
dibuja en la limpia charca
es la fiesta que tú sueñas
en esta tibia mañana,
pero la Navidad por estas sierras
siempre fue casi callada
o semejante a la niebla por los barrancos
que brota, lucha y empapa
para dar la vida en silencio
y hasta lo más hondo del alma.

Y la niña en su eterno juego:
- Pero abuela ¿de qué hablas?
Y la más humilde bajo el sol
y por eso sufre y calla:
- La Navidad, hija mía,
es esa cosquilla blanda
que salta en tu corazón
cuando tus padres se aman
y te cantan una canción
mientras duermes en la cama.
Así fue siempre la Navidad
por estas nuestras montañas.

392- Parado yo estaba en la tarde
que en gotitas se hacía agua
y miraba como soñando
a la sombra que abrazaba
cuando de pronto vi que salió
por la puerta de la casa.

Se vino siguiendo la senda
que a la corriente acompaña
y al llegar al río cristalino
se hizo juego enamorada
y al instante me preguntó:
- Y tú ¿qué me dices de la Navidad
que siempre fue por estas montañas?

Y yo, el hermano más pequeño
de la niña que es luna y alba:
- Quizá la Navidad por la que preguntas
en la cumbre más elevada,
me la tenga Dios escondida
hasta pasado mañana.
Y ella que sigue en su juego
con el cristal del río que baila:
- No entiendo lo que me dices
¿por qué no me lo aclaras?

Y el hermano que borracho tiene el corazón
de la fragancia de su flor amada:

- La Navidad, como dice el abuelo,
es rescoldo de brillante ascua
que ni tú ni yo ahora comprendemos,
pero que enciende sin llamas
y por eso quema cuando hay ausencia
en el rincón de las casas.
Y puede también que la Navidad
sea lo que sueñas por las montañas.

7 de diciembre 2020 -270

VERANO

Me dice que sí y lo veo que se da una vuelta por entre los pinos y las encinas centenarias. Como si tuviera necesidad de explorar despacico y detenidamente cada rincón de este mundo suyo para asegurarse de que todo está en regla. Y como intuyo que esto es lo que hace, le pregunto:

- ¿Cómo están las cosas hoy por tu pradera?

Me responde: "Todo se encuentra en perfecto estado. Y como las nubes nos están premiando con su fino rocío de gotitas, es lo que te decía antes, que la hierba sigue creciendo y llenándose de vida. ¿Te puedo proponer algo que se me ha ocurrido en estos momentos?" A esta pregunta así de pronto, le respondo preguntando:

- ¿Qué es lo que quieres proponerme?

Moviéndose por entre la hierba me dice: "Que podríamos organizarnos y entre todos, los mirlos, las ardillas, yo y tú, inventamos la manera de apresar a esta tan bonita mañana para tenerla ya siempre con nosotros. Hasta que queramos. Así por ejemplo, cuando llegue el verano y aprieten los calores, extendemos por aquí la frescura y lluvia de esta mañana y ya tenemos las cosas a nuestro gusto. ¿Qué te parece?" Tardo unos segundos en responderle porque no me parece fácil su proyecto. Pero le digo:

- ¿Y qué inventamos para recoger tantas cosas? Porque habría que recoger todas las nubes, todo el viento, toda la hierba, todo el perfume de la hierba y setas, los colores del cielo, el canto de las aves, el jardín entero, en fin, todo, todo, todo. Y luego habría que conservarlo en algún lugar para usarlo en el momento que quisiéramos. Tu idea me parece genial pero la veo bastante complicada de realizar.

Noto que me ha escuchado con atención y por eso en unos segundos me responde: "Yo creo que se puede hacer. Déjame un rato que lo piense y cuando tenga las cosas claras te llamo y te lo digo ¿vale?"

- Pues vale. Yo me voy ahora mismo a mis cosas y cuando tú tengas una solución me llamas y me lo dices. Lo que propones, es interesan, muy interesante.

8 de diciembre 2020 -271

503- EL RIO AMIGO

Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,
donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,

como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta piense que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras, lentiscos, fresnos y otras plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había. Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos

sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

9 de diciembre 2020 -272
CADA TARDE
Cada día al caer la tarde
y según la noche llega,
paseo un rato en silencio
por la carretera
que va por entre árboles
frente a la Vega.
Medito el paso del tiempo
mientras piso las hojas secas
y repaso los recuerdos
en remolinos de ausencias.

Ha ido llegando el otoño
con su traje de frío y nieblas,
han caído algunas lluvias,
han nacido setas
al borde de este camino
y poco a poco se acerca
la nieve y la Navidad
con más recuerdo y ausencias
que en el corazón se amontonan
como puñados de estrellas.

Cada tarde en mi paseo
rezo y busco respuestas
a los silencios y miedos
que se oyen por la Tierra,
en el corazón de las personas,
en las nubes y en las piedras
y en el frío aire de otoño
que sin rozarme me besa.

No hay estudiantes en las clases,
nadie hay en las Residencias,
por las calles de la ciudad
la soledad es de piedra
y hasta las luces de colores
mudas tiritan y tiemblan

también como esperando
lo que mi corazón quisiera.

Se oye un profundo grito
pidiendo ayuda y fuerza
y nadie, absolutamente nadie
sabe con certeza
qué es lo que está pasando
y por qué tanta tristeza
hay en estos días en el mundo
cuando la Navidad se acerca.

Y yo mientras paseo
por esta irreal senda
en las tardes áridas del otoño
que de puntillas se alejan,
pienso en ti y te acurruco
en mi alma vieja.
¿A dónde os habéis marchado
tú, él y ella
y por qué tanto silencio,
frío y nieblas
cuando solo faltan unas horas
para una Navidad nueva?

10 de diciembre 2020 -273

475- PREPARANDO EL BELÉN

La niña ya está haciendo el belén. Nos ha pedido ayuda y se la vamos a prestar. Ayer por la tarde me preguntaba:
- ¿Tú qué opinas?
Le pregunté:
- ¿Opinar de qué?
Subíamos los tres por la senda de la Cañada de las Nogueras. La que entra por entre los membrillos y, después de atravesar la viña, lleva a la misma puerta de la ermita.

Ayer, todo el día estuvo nublado con nubes de tormentas. Grandes nubes negras que asustaban solo verlas. Y al caer la tarde la niña quería ver la puesta de sol y, también Granada con sus luces, desde el Cerro de la Ermita. A mi pregunta respondió:
- ¿A que sería distinto el mundo si las personas se comportaran con más cariño entre sí?
Le volví a preguntar:
- ¿Por qué piensas esto?
Montada sobre tu lomo de plata, ayer por la tarde ella quería que tú la pasaras, me miró y dijo:
- Muchas personas no se tratan con cariño. Se pelean y se enfadan y yo creo que eso no es bueno. Si la energía que derrochan en hacerse daño la emplearan en quererse, el mundo sería mejor.

Hoy se celebra el día de la Inmaculada pero la precesión, en Granada, fue ayer. Al caer la tarde, desde el Arco del Triunfo, se llevaron a la Virgen hasta la catedral. La niña quería ir a esta precesión y quería que yo la acompañara. También que fueras tú para ir ella montada en ti. Y estuvimos a punto de ir porque ella estaba muy ilusionada. Aunque hubiera sido un poco extraño ver por las calles de Granada a un burro como tú llevando en su lomo a una

niña como ésta. Estaba ilusionada y yo tenía muchas ganas de haberla complacido. Pero el cielo se llenó de grandes nubes negras y temimos que hubiera llovido mucho. No fuimos a Granada pero subimos a la cumbre del Cerro de la Viña para ver la puesta de sol y adivinar la procesión por las calles de la ciudad.

Y cuando se ponía el sol y estábamos frente a la tarde ella te dijo:
- Junto al belén, en el rincón más calentito, voy a echar paja para que tú te acuestes en la noche de la Navidad.
La niña ya tiene el belén casi construido. En la sala grande del cortijo, junto a la chimenea, para que la lumbre lo caliente todo. Y en el rincón más recogido es donde quiere echar paja para que te acuestes tú, Sinombre. En todos los belenes, que en estos días ponen en el mundo, hay un borriquillo. Y en el de la niña, este año, va a ser más real que en otros. Ayer por la tarde, cuando ya bajábamos de la ermita al cortijo, nos decía a los dos:
- Mañana me tenéis que llevar la paja que necesito para hacer el belén y la cama para el borriquillo.

Y ahora ya es ese día. Así que despabila tú, borriquillo de caramelo. Voy a cargar sobre tu lomo esta alpaca de paja porque hay que llevarla al cortijo. Para que, cuando la niña se levante hoy, vea que ya tiene ahí la paja y compruebe que somos cumplidores. ¿Y sabes qué te digo? Que ella piensa cosas razonables: el mundo sería mejor si las personas nos diéramos más cariño entre sí.

11 de diciembre 2020 -274
BUSCANDO UNA ESTRELLA
En la noche sobre el monte
una estrella resplandece
con una luz tan brillante
que parece
el amanecer primero
que nos trae el sol naciente.

Van en busca de esta estrella
diligentes
los niños con sus ilusiones
y en las fuentes
recogen el agua limpia
con sabor a nieve.

El grupo primero, por entre el monte y siguiendo la senda, se vino para el lado de la tarde. Guiado al frente por el que repetía continuamente que conocía muy bien todos los caminos y secretos de las montañas. Todos los niños de este grapo primero, se mostraban muy confiados en el que les guiaba. El grupo segundo, se quedó algo atrás porque el que lo guiaba así se lo pidió a los niños. El joven guía de este grupo segundo, en ningún momento se jactaba de conocer los caminos y los muchos secretos de las montañas. Pero sí conocía él a fondo, muy a fondo, muchos, muchos caminos y secretos de las montañas.

El grupo primero, remontó hasta la loma de las encinas y, cuerda arriba caminaron en busca de la montaña más próxima al levante. El grupo segundo, aconsejado por el buen conocedor de las montañas, remontaron cañada arriba. Por el lado derecho de la cuerda que recorría el grupo primero. Apartando la vegetación y siguiendo la senda, los del grupo segundo llegaron hasta las rocas donde el manantial brotaba. El que guiaba dijo a los niños que bebieron porque el agua que por entre las piedras brotaba, era la mejor de mundo y su

sabor, siempre era el de nieve fresca. Bebieron los niños, llenaron sus cantimploras y de los naranjos que por aquí crecían, cogieron muchas naranjas. Continuaron subiendo y, cuando la noche llegaba, todos los niños de este grupo segundo, comenzaron a pisar la cumbre de la montaña segunda. La montaña que se encontraba más hacia el lado de poniente.

En lo más alto de esta cumbre, los niños encendieron un fuego y, mirando hacia el levante, esperaban ver aparecer la estrella. Por este lado del levante, se oía y adivinaba a los del grupo primero y la montaña más próxima al levante. En la oscuridad del cielo, apareció la estrella y, moviéndose lentamente, se deslizaba por los aires como hacia la montaña segunda. Los del grupo segundo y el guía, se llenaron de alegría y, con el aliento contenido, seguían emocionados el recorrido de las estrella. La luz roja anaranjada, llenó de claridad la ladera de la montaña segunda y lentamente se fue extendiendo hacia el valle como en busca de la aldea. Los niños del grupo segundo, comenzaron a seguir este luminoso camino al tiempo que oían, como si la misma luz de la estrella la sembrara, una música muy bella. Melodías que, como en forma de cascadas abiertas en abanico, se derramaban por los paisajes de la forma más delicada. Por entre las notas de la bellísima música, hasta lo oídos de los niños del grupo segundo, también llegaban las voces de los niños del grupo primero. En lo más alto de la montaña primera, se habían quedado atrapados y lejos, muy lejos de la brillante luz de la estrella.

12 de diciembre 2020 -275

TÚ, ÉL Y ELLA

Hace frío,
la lluvia esta noche
menudamente ha caído,
al amanecer en la hierba
brilla el rocío
y entre las naranjas rojas
canta un mirlo.

Nadie va por la calle,
ni un ruido
se oye en la mañana,
como dormido
parece el mundo entero
y también vestido
como de blanco y negro,
algodón y lino.

Tú, él y ella
¿a dónde os habéis ido
y guardáis tan gran silencio
en momentos de tanto frío?
en mi vieja alma cansada,
con el amor más fino
os tengo acurrucados
en blando nido.

13 de diciembre 2020 -276

LOS AMIGOS DEL NIÑO

El rincón es un pequeño paraíso donde el cortijo se aplasta pegado a las rocas del castellón; la pradera lo rodea por el lado de arriba con el arroyuelo que lo atraviesa y el

bosque de pinos lo arropa por el oriente. Un pequeño universo que más parece sueño que otra cosa.

Aquel verano el niño tenía tres amigos: la rana del charco en el arroyuelo de la pradera, el pollito de perdiz que había empollado una de las gallinas del cortijo y la araña del enebro del charco de la rana. El polluelo de perdiz aún no volaba y ya el niño se lo lleva a jugar con él junto al enebro de la araña y el charco de la rana. Su gozo era ver al polluelo irse detrás de los mosquitos, dar el salto y cazarlos al vuelo.
- ¡Uno menos!
Decía y el siguiente era para la rana; saltaba fuera del charco, se iba por la pradera y mosquito que pasaba volando, si al pollo se le escapaba, lo atrapaba la rana. Pero alguno volaba más alto y al pasar por el enebro se enredaba en la tela que la araña había tejido de una rama a otra y allí se quedaba y éste era para la araña. Tejer: entrelazar hilos para formar telas, formar sus capullos los gusanos de seda o telas las arañas.

Se pasaba el día entero el niño enredado en la emoción de aquel juego, llamando a sus amigos a cada uno por su nombre y cogiendo en sus manos tanto al pollito de perdiz como a la rana. Pero el padre del niño un día prendió fuego al lindazo que baja del cortijo y se junta con el arroyo. Era un fuego pequeño y controlado con el único deseo de quitar de en medio algunas malas hierbas; mas las llamas se fueron por el pasto de la pradera y aunque el padre acudió rápido y en menos de media hora lo sofocó, el fuego quemó precisamente toda la llanura por donde el niño compartía los juegos con sus amigos.
Sofocar: extinguir, dominar, reprimir, apagar.

Y como en la llanura, atrapando sus mosquitos, estaba tanto el pollito como la rana y la araña en su mata de enebro, los tres ardieron.
- ¡Pero, papá ¿no ves qué pena?!
Dijo el niño casi llorando frente a los cadáveres carbonizados de sus tres amigos.
- ¡Lo siento hijo! Fue sin querer y aunque he luchado para controlarlo no pude apagarlo a tiempo.
- Pero papá, el fuego acaba con la vida de todos los animales del bosque; son inocentes estos muertos y fíjate cuánta tristeza queda ahora por aquí.
- ¡Ya te he dicho que lo siento, hijo!

14 de diciembre 2020 -277
LA OVEJA SALVAJE
Completamente vegetariano, el muflón come todas las partes de la planta, salvo las raíces y los frutos. El madroño, los lentiscos, la encina y el espino son las especies preferidas para alimentarse.

El nuestro, una hembra tan vieja que seguramente no sobreviviría a las primeras nieves del invierno, nos la encontramos en el primer tramo del Río Borosa que coge desde el mismo Pantano de la Feda, hasta donde empieza a caer el Salto de los Organos. Estaba comiendo los tallos de una mata de malva que encontró entre las grandes peñas del cauce.

Todo fue así: íbamos a emprender la ruta que va desde Aguas Negras hacia el Cortijo del Haza y Pinar Negro pero aprovechando que empezaba a nacer el día dijimos de explorar un poco ese tramo del río que tan impresionante se presenta desde cualquier ángulo y en cualquier día del año. Bajamos nosotros desde el rellano de la Majada de la

Carrasca, donde aquella noche habíamos acampado y cogimos el cauce por arriba, junto a la margen derecha muy pegado al muro del pantano. El camino por aquí ni existe y eso hace que tengamos que saltar rocas, subir cortados, rodear tajos, avanzar por la torrentera e incluso rodar por algún cascajal. Merecía la pena por la grandiosidad del rincón, lo intrincado del cauce y la originalidad de las formas rocosas con sus pozas, sus regueros, covachas y mil caprichos más. Llegando a donde el cauce se empieza a recoger hacia el salto del vértigo la vemos. Al volver unas rocas, nos la encontramos de frente y el animal, ni reacciona. Nos ve y se nos queda parada pegada a la misma roca y como creemos que de un momento a otro va a emprender la huida, junto a la roca frente a ella nos quedamos inmóviles para gozarla antes de que se nos vaya. Como pasa un rato y no se mueve, nos aproximamos lentamente y en este avance enseguida descubrimos que está sin fuerzas. Nos mira con tristeza llena de frío y hambre como implorando compasión de nosotros.

Se está muriendo. Ha venido a buscar el calor del arroyo para morir. No le hacemos daño. Nos acercamos más, acariciamos su pelo, la abrazamos un poco con el deseo de transmitirle nuestra intención de paz, nos quedamos un rato allí junto a ella como si por un momento quisiéramos llenarla de calor para que siga viviendo, nos hacemos una foto con nuestra cara pegada a la suya y entre las orejas lacias y luego le decimos que vamos a ayudarle. La empujamos para que se vaya por la ladera hacia donde se eleva el Picón del Haza y se aleja lentamente; de vez en cuando se para y mira como si se quisiera despedirse, para siempre, de nosotros.

15 de diciembre 2020 -278

506- UN MUNDO MEJOR

El pequeño valle, solo un trozo de tierra no más grande que un campo de fútbol, se encontraba al final del olivar. Recogido, al levante, por una alargada loma donde en lo más alto, se encontraban las ruinas. Por el lado de la tarde, quedaba recogido el valle por un montecillo cubierto dejaras y al sur, se iba recogiendo hasta quedar en un pequeño arroyo. Al lado de arriba, al norte por donde el olivar, brotaba un venero. Manantial no me copioso pero sí de aguas frescas y muy claras. Ni siquiera en verano se secaba este manantial y por eso el valle, la pequeña porción de terreno siempre tenía hierba y siempre por aquí, había animales, conejos, aves, algún animal doméstico y hasta un rústico y fértil huerto.

A este Valle tan pequeño y único en el mundo, muchas veces se venían los niños. A jugar con las aguas, saltar por las piedras o simplemente para reunirse y contarse historias entre sí. Siempre que se reunían, aparecía el que llamaba el solitario. Apenas compartía nada con los demás y esto hacía que el resto del grupo lo vieran como al más insignificante.

Un año, de esto hace ya mucho pero parece como si hubiera ocurrido ayer mismo, el grupo se presentó en el valle como cualquier otro día. Se pusieron a jugar y charlar y al solitario se le veía como algo separado. Algunas de las niñas le preguntaban:
- ¿Te pasa algo?
Y él, como si tuviera miedo, muy apocado decía:
- Son mis padres.
- ¿Tus padres?
- Sí, mis padres.
- ¿Qué les pasa a tus padres?
- No, nada.

Y aunque la pequeña le siguió preguntando, el niño nada más dijo. Los del grupo se preocuparon. Los rodearon y empezaron a preguntarle:
- ¿Qué es lo de tus padres?

- Que están siempre discutiendo y a mí me regañan y culpan de todo. Nunca me hacen caso sino que me ignoran por completo. Ya estoy harto. Hoy me he escapado de mi casa y no quiero volver más.
- ¿Y adónde vas a ir?
- No lo sé pero lo que si tengo claro es que no aguanto más ni me gustan las cosas que mi padre hace y dice. Quiero ser diferente y vivir en otro mundo mejor.
- Pero ¿cómo vas a conseguirlo que dices?
- Tampoco lo sé pero a mí casa y con mis padres, yo no quiero volver más.

Todos los del grupo se preocuparon mucho y no sabían qué hacer ni qué decir. Él se apartó del grupo y para sí pensó: “Si me voy de mi casa ¿dónde viviré? Y si no tengo trabajo ni dinero ¿qué comeré? Y si necesito ayuda ¿quién va dármela?” Se sintió muy desgraciado y por eso se alejó más del grupo y se fue para la loma al levante. Buscó las ruinas de la vieja construcción que en lo más altos se encontraba y en un rincón de la pared de piedra, se acurrucó. Los del grupo lo observaban pero ninguno se atrevía a decirle nada. La niña que había hablado con él, comentó:
- Nosotros nada podemos hacer pero dejarlo solo por aquí, tampoco deberíamos.
- Se lo podemos decir a los padres y que ellos hagan lo que quieran.
- ¿Y si él no quiere volver?

Caía la tarde y justo en el momento en que los niños del grupo se disponían a abandonar el valle, vieron a la mujer.
- Es su madre.
Dijo una de las niñas. Esperaron en silencio mientras la veían acercarse yal llegar a ellos, la mujer preguntó:
- ¿Habéis visto a mi hijo?
Le dijeron ellos dónde se encontraba y entonces la mujer se fue directa a las ruinas. Al llegar y verlo ha acurrucado en el rincón y llorando, le dijo:
- Vente conmigo a casa.
- No quiero ver a mi padre ni oír más las cosas que hace y dice.
- ¿Y adónde vas a ir, quién te va a dar de comer y dónde vas a vivir?
- Ya me las arreglaré yo como pueda. Odio lo que mi padre dice y hace y detecto las cosas que me enseña. No lo quiero porque tampoco me quiera él. Por algún lugar del mundo encontraré lo que mi padre no me da y cuando sea mayor, voy a luchar para hacer un mundo distinto al que vosotros me enseñáis. No quiero volver a casa porque continuará regañándome y culpándome de todo y ya estoy muy harto.

Y la madre, de cuerpo delgado, bajita y voz muy dulce, abrazó al hijo, lo besó y le dijo:
- Ya me encargaré yo de hablar con tu padre.
- ¿Y qué le vas a decir?
- Que te pida perdón, que no te regaña más y que te acepte en casa. Y tú, olvídalo todo.

16 de diciembre 2020 -279

JUEGO FRENTE AL SOL

Tú, él y ella,
estáis en el silencio,
como si la tierra entera,
entero el Universo,
os hubiera tragado
en su hondo y gran misterio.

Pero el otoño ya se marcha
a su paso lento
empujado desde el norte
por el invierno,
ha nacido la hierba
al lado derecho
del camino que cada tarde
es mi paseo
en el silencio de las horas
grises y recuerdos.
Tú, él y ella
¿en qué cielo?

A lo lejos, sobre la loma de las rocas blancas y al sur de las cumbres de la nieve, los vi. No los conocía de nada ni tampoco sabía quiénes eran. Pero sí, desde la distancia, se podía apreciar que eran jóvenes. Se oían sus algarabías y eso proclamaba que jugaban juegos o se divertían.

Crucé las aguas del río y subí a prisa por la ladera derecho a ellos. Antes de llegar, a unos metros, me paré y observé lleno de curiosidad. Estaban divididos en tres grupos de cuatro o cinco cada grupo. Frente a mí, quedaba el grupo que se colocaba en lo más alto de la loma. A la izquierda de este primer grupo, derecha mía, lado del sol de la tarde y caída hacia el barranco, podía ver otro de los grupos. Y a la derecha del primer grupo, izquierda mía, lado del sol de la mañana y caída hacia el barranco, estaba el tercer grupo. Descubrí que todos los formaban esto grupos tendrían entre diez a catorce años. Casi niños todos ellos y un poco ya casi jóvenes.

Esperé en el lugar donde me había parado y, sin presentarme a ellos ni preguntarles nada, observé más interesado aún. Oí que una chica del grupo primero, el del centro, dijo a un joven del grupo segundo:
- Te toca a ti ahora pasarte al grupo que tengo a mi derecha. Debes hacerlo despacio y cuando pases frente a mi y los que me acompañan, te paras un momento, nos miras, pides permiso, observas el cielo y luego sigues. Cuando llegues al grupo al que vas a unirte, te paras otra vez, miras a las cumbres nevadas, abres los brazos frente al sol de la mañana y respiras profundo el aire que por aquí hay. Esta es la medicina que a cada uno de nosotros, va a librarnos de la infección del virus.
Al oír estas palabras, me quedé más sorprendido. Oí que un joven también del grupo tercero, preguntó:
- Y cuando todos ya estemos en este grupo del sol de la mañana y, según decís, vacunados contra el virus ¿a dónde iremos y qué haremos?
La misma chica del grupo primero, respondió:
- Volveremos a la ciudad y anunciaremos a las personas esto que aquí estamos practicando.
Cuando caía la tarde, los vi a todos recorriendo los caminos de las montañas dirección a la ciudad sobre la gran llanura extendida.

17 de diciembre 2020 -280
¡QUÉ SUEÑO MÁS BELLO!
4- Y dentro de aquel sueño
que vestido de blanco
parecía no ser de la tierra

aunque estaba mezclado
con polvo y arena,
al canto del cárabo
en las noches de estrellas
y el aire calmado,
te sentía respirar
a tres simples pasos.

Volaba mi sueño
por el mismo espacio
mientras corría la noche
y del mar encrespado
subían aromas de algas
todo empapado
de ti, Dios y cierta melancolía
que besaba quemando
siempre contigo presente
en el silencio quebrado
de la noche, la luna y el mar
y tú a dos pasos.

¡Qué sueño más bello
para el que anda buscando
horizontes azules
que dan abrazos
que nunca encontró por la tierra
ni en los hermanos!

5- ¿Y por qué no decirlo
alma bella?
En ese mundo soñado
de playas y arena,
caminos entre pinos
y arropado de adelfas
aunque estabas no estabas
tal como la esencia
aunque sí la brisa
y la hierba gritando
en la tarde quieta.
¿Qué pasó, Dios del cielo
para que sin morir muriera
el bonito sueño
del poeta?

Y otra vez en la tierra
se abrían los caminos
en la tarde quieta
ansiosos y sedientos
buscando praderas
donde encontrar el arroyo transparente
y la fresca hierba
que da vida y consuelo

al alma que vuela.

¿Qué pasó, Dios del cielo
y por qué en pavesa
quedaron los sueños
por la playa de arena
y la hermosa entre flores
se hizo hiedra
de rocío inmortal
en la tarde y la tierra?

6- Pero tengo que decir
que ya fue belleza
exquisita y rotunda
que estuvieras
por el rincón de la playa
y que pudiera
verte tras el viento
que llevaba tu esencia.

Para el pobre mortal
que siempre renquea
y anda sin casa
con su manta vieja,
fue más que suerte
que verte pudiera
ir y venir
dejando esencias
de Dios, sin dudar
en la tarde serena
y el alma desconsolada
del poeta en su pena.

Escribí estos poemas como en un intento de encontrar algún consuelo y dejar recogido para siempre mi dolor y los latidos del corazón aunque fueran en sueños. Luego me asomé a la ventana y miré sin buscar nada concreto. Miré para el lado norte que era por donde me quedaban las montañas amadas y ahora tan lejanas. Las sentí casi perdidas para siempre. Me concentré y vi el valle surcado por el río diamantino, los álamos temblando al sol de la tarde, las laderas repletas de pinos, la corriente del río, las espesas ramas de las nogueras, las mil veredas que trazan las ovejas al ir de un lado para otro y así cada detalle, cada rincón, cada brizna de hierba, cada nube, cada trozo de cielo azul y cada ráfaga de viento. El pequeño pero hermoso valle del río diamantino que tan hondamente tengo en mi corazón y la sangre de mi ser lo siento lejos, casi perdido en el confín del mundo y alejado de mí para siempre.

Seguí mirando por el hueco de la ventana y más cerca vi todo un mundo frío y desconocido para mí. Un mundo que no me decía nada. Que me era extraño porque en él no tenía nada más que dolor y soledad. Como un preso encerrado en la cárcel que no ha elegido y por eso sin gusto por las cosas que le rodean. A dos pasos de la ventana los pinos, las palmeras, el césped del jardín, algunos rosales florecidos, las ramas de algunos cedros meciéndose levemente, el desteñido cielo y por eso sin color azul ni gris ni nada. El chirriar de las monótonas chicharras y todo los demás monotonía teñida de una

desconsoladora tristeza. Dejé libre a mi pensamiento y todo era ir siempre a lo mismo. Al mismo centro donde ciertamente estaba la única luz que podía iluminar y dar la fuerza para volver a sentir la vida.

18 de diciembre 2020 -281

¿QUÉ TESORO TENIA?

¿Qué tesoro tenía y en qué lugar
que al mirarlo se le veía lleno
de una vida sin nombre y en libertad
como la que tienen los arroyuelos
o los narcisos que crecen en las peñas,
amigos siempre del sol y el puro viento?

Porque aunque vivía entre las masas
de ciudades y de pueblos,
en muchos momentos se le veía
como si su verdadero centro
no estuviera allí sino entre la hierba,
la nieve blanca y el azul del cielo
que en los silencios de las montañas altas
son ríos de vida y nobles juegos.

¿Qué tesoro tenía y en qué lugar
el amigo de los campos bellos
que hasta cuando dormía por las noches
con la luz de la luna, se escapaba en sueños
y a ratos se le veía surcando los aires
libre de ataduras y en leves vuelos,
como mariposa dueña de las primaveras
o como rey absoluto del universo?
Otras veces se le veía subiendo en calma
de una fuente a otra fuente y por los senderos
que surcan las praderas de altas montañas
y siempre parecía tan en sí repleto
que aunque no era nadie ni nombre tenía,
irradiaba hermosura y transmitía respeto.
¿Dios estaba en él en tan gran plenitud
y por eso era raro y a la vez misterio?

19 de diciembre 2020 -282

376- NACE UN NIÑO

La noticia llegó hasta los campos. Y él, que también trabajaba la tierra, alzó su cuerpo, miró despacio al horizonte y dijo a sus compañeros:

- Yo voy ahora mismo a verlo.

Y los que le acompañaban también comentaron:

- Nosotros no podemos dejar el trabajo porque, si se entera el dueño, nos despide. Vuelve pronto y nos traes noticias.

Y no se habló más.

En la misma tierra dejó sus herramientas, se puso un poco de ropa, lavó sus manos en el agua del arroyuelo y, sin perder más tiempo, recorrió el camino en busca del

lugar. Llegó al pueblo, preguntó y fue directamente a donde la madre con el niño. La saludó, le dio besos y luego dijo:
- El nacimiento de un nuevo niño, en estos tiempos, es la noticia más grande. Y este niño es el más bello que nadie haya visto nunca.
Ella le dio las gracias y luego comentó:
- Mi casa se ha quedado sola. Regresa y lleva a los vecinos la noticia de este acontecimiento. Da de comer y beber a los animales que allí tengo y luego vuelve a los campos y comparte con los demás lo que tus ojos están viendo.

Regresó por los caminos y, mientras bajaba por la senda que surca la ladera de los romeros, se dio cuenta que por el cielo revoloteaban una pequeña bandada de palomas. "Parece como si también se alegraran de la presencia del niño que ha nacido". Y, en este momento, una de las palomas, se separó de la bandada y se vino volando como a su encuentro. Como si pretendiera acercarse para compartir con él la alegría del acontecimiento.

Llegó al cortijo, dio de comer y beber a los animales y luego, de nuevo se puso en camino para regresar a los campos. Junto a las aguas del río se encontró con los niños que se divertían con sus juegos. Les dijo:
- Os traigo una gran noticia: un niño dulce y muy pequeño acaba de nacer. Lo he visto con mis propios ojos y es lo más hermoso de este mundo.
Y los niños dijeron:
- Queremos verlo.
- Venid conmigo, se lo decimos a los que trabajan las tierras, también a los pastores y a los demás de estos campos. Luego todos juntos volvemos y os enseño dónde ahora mismo se acurruca el ángel que os anuncio.

Y los niños le siguieron. Llegaron a los hombres que trabajaban las tierras y les dijeron:
- Es el milagro más grande que nunca se ha dado por estos lugares y quizá en la tierra entera. Vamos todos junto a comunicárselo al dueño.
- ¿Y si nos despide porque hemos abandonado el trabajo?
- Le decimos que él también se venga con nosotros y que vea.
Y no se habló más. Unos se fueron en busca del dueño, otros hacia la montaña al encuentro de los pastores y otros para la ciudad. Y el que había visto al niño, a unos y a otros, les repetía:
- Y decidle a todos que hay que organizar una fiesta. El nacimiento de un niño, es lo más grande de todo.

20 de diciembre 2020 -283
El NIÑO DE LA CIUDAD
Tampoco es gran cosa pero lo que sí quiero asegurar es que el hecho fue tan real como que ahora mismo estoy vivo.
- Mañana nos vamos de excursión a la Sierra de Cazorla.
Le dijeron los padres al niño hijo único allá en la ciudad.
- Pues mamá, déjame la tarjeta, que esta tarde tengo que ir a los grandes almacenes a comprarme el equipo.

El niño aquella tarde se compró de todo y de lo más caro: una tienda último modelo, un gran machete de monte, las botas más espectaculares, el traje para camuflarse, saco para dormir, cuerdas para escalar, gemelos, cámara de fotos... el equipo mejor y más caro que había en los grandes almacenes. Costó casi tanto o más de lo que gana un pastor en estas

sierras a lo largo de todo el año. Porque al niño los padres querían darle una sorpresa: en lugar de irse a un hotel de cinco estrellas, pondrían la tienda en uno de los campings del valle del Guadalquivir.

- ¡Qué bien me lo voy a pasar! En cuanto llegue me voy a poner a cortar monte y lo primer que haré será construirme una cabaña como las de verdad.
Le decía a sus padres.
- Pero hijo, que el monte no se puede cortar y menos para jugar a eso de las cabañas.
- Mamá, hay mucho monte que no es de nadie que está ahí sin dueño. De ese es de del que yo me voy a construir la mejor cabaña.

Y es que el niño, a sus catorce años, aún todavía no había visto una vaca de verdad, ni sabía que era un hato de ovejas pastando por el monte ni si el queso se hace o lo ponen las vacas como las gallinas ponen los huevos. Por esto es por lo que los padres querían que su niño hiciera una buena experiencia de naturaleza lo más en contacto posible con ésta. Así que pusieron ellos la tienda en el rincón del camping y cuando se fue a acostar empezó a decir:
- Mamá, que esto está muy duro. Mamá que me pican los mosquitos, mamá que no me deja dormir el ruido del río, mamá que dónde está el baño, mamá que tengo frío.
Y la madre se levantó y le puso encima la manta nueva que por la mañana le había comprado en los grandes almacenes.
- ¡Ese niño que no nos deja dormir!
Empezaron a gritar los del camping.
- ¡Ea! A dormirte ya, hijo mío, que son las cinco y estamos molestando a todo el mundo.
El niño se durmió o medio se durmió porque los mosquitos y el rumor del río les pusieron nervioso y en cuanto amaneció, lo primero que hizo fue ver cómo su madre le había puesto la manta nueva. Y al ver que la manta estaba del revés, se alzó de la cama diciendo:
- ¡Mamá que la manta está del revés!
Del grito se despertó la madre, el padre y casi todos los del camping que cansados ya del niño empezaron a decir:
- ¡Ese niño, que se lo lleven a la ciudad!
A los gritos de la gente el niño dijo:
- Es que mi madre me ha puesto la manta del revés y por eso tenía tanto frío. La manta del revés no quita el frío. ¡Me estoy muriendo de tanto frío como tengo!

https://www.bubok.es/libros/171492/LOS-MAS-BELLOS-RELATOS-DE-MONTANA--100-paisajes-para-meditar

21 de diciembre 2020 -284
COMO UN SUEÑO
Los almendros ya habían florecido. No había llegado aun la primavera pero, después de las abundantes lluvias a lo largo de todo el invierno, la hierba relucía. Como ansiando mostrar su fuerza y también con el deseo de alfombrar con miles de florecillas.

Sin embargo, aquella mañana de marzo, todo el campo amaneció nevado. Blanco puro, como si otra vez el invierno hubiera vuelto. Se asomó él a la torrentera y caminó despacio. Buscando la pequeña senda que, por el barranco que desciende hacia el río, avanza hacia las tierras de la vega.

Pisando la nieve o más bien resbalando por ella, bajó a toda prisa. Como en un juego y agradeciendo al cielo estampa tan bonita. Y, mientras lo hacía, la recordaba. Lejana, como ya hacía mucho, mucho tiempo pero inmaculada y alegre en su alma, como el

primer día. Y de nuevo dio gracias al cielo por tan hermoso sentimiento en su corazón, a pasar de la distancia y el tiempo.

Llegó a la corriente del río, lo cruzó, subió por el terraplén, atravesó los olivos, por donde las parras aun desnudas y siguió bajando en la misma dirección que las aguas. Y al poco, dejó atrás el estrecho desfiladero del río y salió a la panorámica. Donde el terreno se configura como un gran balcón frente a la ciudad y por donde la senda, agarrada a la ladera, se abre como un fantástico abanico. Y aquí se paró. Miró despacio y la visión que la ciudad le regalaba le llenó el corazón de hondo gozo.

Sobre la alta colina, recostada y alargada, se veía la Alhambra. Al fondo, las altas cumbres de Sierra Nevada y a los pies, la fantástica ciudad de Granada. Blanca hoy y como durmiendo pero bella como el más delicado y hermoso de los sueños. Meditó un momento, miró al cielo, todo azul a pesar de la gran nevada y luego pensó en ella. Y como susurrando para sí y para el viento que le acariciaba, dijo:

"Una vez más mi corazón se alegra solo con recordarte. Fuiste tan buena en aquellos días, que de armonía y paz y para la eternidad, dejaste sembrada mi alma. Por eso a cada instante sigues palpitando en mi pecho. De aquí que ahora mismo y, hoy de nuevo, te regale Granada. Los almendros ya han florecido y la nieve, esta noche, lo ha vestido todo de blanco. Y tú sigues viva, florecida y rociando de gozo y paz todos los sentimientos que laten en mi pecho".

22 de diciembre 2020 -285

274 - EL NIÑO, LOS PASTORES Y EL REY. Navidad 2012

La reflexión.

Ser sabio, llegar a la sabiduría, es el mejor tesoro que podamos conseguir en esta vida. Y sabemos, nos damos cuenta que hemos llegado a la sabiduría cuando descubrimos que el mundo, la sociedad en general, necesita de personas buenas. Sin las buenas personas y la inocencia de los niños, la humanidad no existiría. Porque del corazón de las buenas personas, nace el gozo, la paz, la serenidad y el placer y gusto por la vida. Estos son los grandes pilares que sostienen y mantienen viva a la raza humana en este planeta.

El relato

En la pequeña llanura, en mitad de la ladera del barrio del Albaicín, el joven dejó su borriquillo. Un jumento pequeño, color ceniza y nieve y bien aparejado con albarda y cincha. Y al amarrar el cabestro en las ramas del viejo granado, el joven le dijo al jumento: "No te muevas tú de aquí ni te inquietes porque yo vuelvo enseguida. Ellas me esperan en la casa y, como están tan ilusionadas con el viaje, necesitamos de tu ayuda".

Subió aprisa por una de las estrechas callejuelas y antes de llegar a la casa, las vio. Las tres le esperaban en la misma puerta, vestidas con ropa limpia que la madre les había puesto. Y fue la más pequeña, la que llamaban "Retaquete", por su baja estatura y algo regordeta, la que le salió al encuentro nada más verlo. Corrió con sus brazos abiertos hacia el joven y según iba acercándose a él, le decía:

- Yo quiero sentarme la primera en el lomo del borriquillo.

Y el joven le aclaró:

- De las tres, una tenéis que quedaros aquí.

- ¿Y eso?

- Subidas en el borriquillo solo pueden ir tres y como vuestra amiga de la ciudad de la Alhambra también quiere venir, ya sois cuatro y eso no es posible.

- Pues yo no quiero quedarme aquí.
Refunfuñó muy enfadada la niña Retaquete.
Le dio el joven un cariñoso beso, según ella se le abrazaba al cuello, la cogió luego de la mano y caminaron hasta la puerta de la casa. Aquí la madre esperaba mientras observaba y al llegar, también la saludó. Con mucho tacto le dijo el joven que la pequeña debía quedarse en la casa. Al oírlo, la niña protestó:
- ¡Que yo quiero ir con vosotros y montarme la primera en el lomo del borriquillo!

El día se presentaba frío, gris y como amenazando no lluvia sino nieve. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, este blanco elemento, ya hacía mucho que se amontonaba. Las primeras nieves habían caído al final del mes de noviembre y hoy ya era justo veinticuatro de diciembre, Navidad. Por eso en todo el ambiente, barrio del Albaicín, toda la ciudad de Granada, cuevas por el Sacromonte y colina de la Alhambra, se respiraba como una melancolía mágica, hondamente extraña. Las personas no lo comentaban pero la presencia de la Navidad, parecía invadirlo todo, despertando los recuerdos en los corazones y añoranzas de no se sabía qué. Como si de pronto, en estos días, todo el mundo echara de menos, los momentos felices de la infancia y las personas que ya no estaban.

En la Alhambra y dentro de los palacios, las cosas eran diferentes. Nadie en estos recintos, se identificaban con la Navidad ni tenían que ver nada con estas fiestas. Por eso nadie sentía nostalgia de nada ni rememoraban los recuerdos de la infancia. Sin embargo, fue justo por estos días cuando el rey que aquel año reinaba, promulgó un edito que decía: “A todos los pastores que viven en las montañas al norte y sur de la Alhambra: es mi deseo y por eso ordeno que justo el día veinticuatro de diciembre, al caer la noche, os presentéis en los recintos de mis palacios. Y aquel pastor que no se presente este día en el lugar y hora que he dicho, que se atenga a las consecuencias”.

Una semana antes del día de la Navidad, todos los pastores de las montañas, fueron visitados por soldados del ejército del rey. Entregaron éstos a los pastores el edito de su majestad y luego volvieron a los recintos de la Alhambra. Y los pastores, enseguida entre sí se comunicaron y empezaron a preguntarse:
- ¿Para qué asunto nos convocará este rey nuestro?
- Quizás para decirnos que necesita más borregos para sus grandes banquetes en los palacios donde viven.
- Para eso o puede que también para pedirnos que le paguemos más impuestos porque los necesita para abastecer a los ejércitos que luchan en las guerras.
- Pues ya veremos pero desde luego, el momento en que nos convoca no puede ser peor. Las montañas están cubiertas de nieve, los ríos llevan mucha agua, las noches son muy cortas y caen grandes heladas y los días, ya estamos viendo: grises, nublados y con amenaza de nieve y lluvia en todo momento.

Una de las familias de estos pastores, vivía en las laderas de Sierra Nevada, cerca de un claro río y al borde mismo de las blancas nieves. Eran jóvenes y ella estaba embarazada, a punto de dar a luz. Por eso el marido, unos días antes de la noche del veinticuatro de diciembre, había hablado con el joven del borriquillo, familia suya, y le había dicho:
- Ven con tu borriquillo y ayudamos a esta joven y bella esposa mía en este viaje a la Alhambra. Ella no tiene que presentarse ante el rey pero como su niño puede nacer en cualquier momento, mejor que esté cerca de mí y de vosotros para atenderla.

Desde la casa del Albaicín, las dos niñas y hermanas mayores, acompañaron al joven hasta el borriquillo en la plazoleta del granado. La pequeña llamada Retaquete, se

quedó llorando y al poco vio como el borriquillo, guiado por el joven y con sus dos hermanas sobre el lomo, subían por la Cuesta del Rey Chico hacia lo más alto de la colina de la Alhambra. Y la hermana pequeña, llena de rabia y protestando, dijo a la madre:
- ¡No hay derecho que ellos puedan ver al niño nacer y yo no!
Le dio un beso la madre y le pidió que entrara a la casa.
- Ellos no tardarán en regresar y si el niño nace, tú podrás también besarlo cuando esté aquí con nosotros.
- ¿Y si nace en el viaje o en aquellas montañas?
- La madre sabrá cuidarlo.

Al poco, los niños con el borriquillo, se perdieron por las partes altas de la colina de la Alhambra. Siguiendo los caminos hacia las montañas y al encuentro de los pastores y la joven embarazada. En la Alhambra, el rey y otras personas, esperaban a los pastores al caer la noche. Pero en el barrio del Albaicín, antes de que la noche llegara, la niña Retaquete, se escapó de su casa, bajó rápida hasta el río Darro, subió luego a la colina de la Alhambra y al llegar a las murallas y torres, unos soldados la vieron. Le echaron el alto y le preguntaron:
- ¿Quién eres tú y a dónde vas tan sola por aquí?
Asustada la niña les dijo que buscaba al niño que iba a nacer en las montañas y, en ese momento, una princesa se acercó a ella y le pidió que la acompañara a los palacios. Al llegar la pequeña a la presencia del rey, éste también le preguntó:
- ¿Qué niño es ese que dices va a nacer en las montañas?
- Yo solo sé que su madre es una joven pastora que vive cerca de las nieves de Sierra Nevada.
Meditó el rey un momento y luego dijo al jefe de los soldados:
- Acompañad a esta niña a la casa de esos pastores y luego regresáis y me traéis noticias de quienes son esas personas y qué es lo que hacen allí.

Al instante, un grupo de soldados salieron de los recintos de la Alhambra, llevando a la niña montaba en un bonito caballo colorado. Y durante unas horas, cabalgaron por los caminos hacia las montañas, siguiendo las indicaciones que la niña les daba. La noche llegó, la luna salió por lo alto de las cumbres de Sierra Nevada y un poco más abajo, los soldados de pronto vieron un gran resplandor. Al remontar una pequeña colina, descubrieron junto al río, una pequeña casa, iluminada por el resplandor de varias lumbres. Dijeron:
- Ésta puede ser la casa de los pastores que estamos buscando.
Y al llegar, preguntaron y unos hombres les dijeron:
- La pastora joven de la casa del río, acaba de dar a luz. Un niño precioso que tiene acurrucado junto a la lumbre que hemos encendido dentro de la casa para que no tengan frío ni la madre ni el niño. También le hemos traído queso fresco, miel de estas montañas y algunas mantas de piel de oveja. Es el niño más bello que nunca hemos visto en esta tierra.
Y la niña Retaquete, al ver a sus hermanas y al borriquillo amarrado en la puerta de la pequeña casa, enseguida se bajó del caballo, buscó al niño y al verlo dijo:
- Ya estoy yo aquí para cuidarlo, cogerlo en mis brazos y besarlo.

Los soldados, observaron durante un rato, admirados del cariño y ternura con que arropaban los pastores, tanto al niño como a la madre y al joven padre. Luego despidieron a las personas que se calentaban en las lumbres cerca de la casa, cerca del río y al abrigo de algunas peñas. Cuando llegaron a la Alhambra, el jefe de los soldados, se presentó al rey y le informó de todo lo que habían visto. Y el rey, algo enfadado y también desorientado, preguntó:

- ¿Y por qué esos pastores no se han presentado en estos palacios tal como yo lo había ordenado?
- Quizás, majestad, porque al nacer el niño, ellos han sentido la necesidad de pararse allí para atender a los padres y alegrarse con el nacimiento de esa criatura. Es un niño muy bello. Y, como los pastores le tienen mucho miedo a usted, no respeto, creo que tendrán en cuanta su edicto y al amanecer, llegarán a estos palacios.

Se tranquilizó el rey con las palabras del jefe de los soldados y pidió a uno de los sabios que lo acompañara. Subieron a lo más alto de una de las torres más altas de la Alhambra y miraron para Sierra Nevada. A lo lejos y como en las laderas más abruptas de las montañas, vieron el resplandor de las luces. Observó el rey despacio durante mucho tiempo, mientras meditaba y luego preguntó al sabio que le acompañaba:
- ¿Qué me aconsejas tú que diga a esos pastores cuando mañana se presenten aquí?
Y el sabio, muy seguro de sí, reflexionó al rey:
- Ser sabio, llegar a la sabiduría, es el mejor tesoro que podamos conseguir en esta vida. Y sabemos, nos damos cuenta que hemos llegado a la sabiduría cuando descubrimos que el mundo, la sociedad en general, necesita de personas buenas. Sin las buenas personas y la inocencia de los niños, la humanidad no existiría. Porque del corazón de las buenas personas, nace el gozo, la paz, la serenidad y el placer y gusto por la vida. Estos son los grandes pilares que sostienen y mantienen viva a la raza humana en este planeta.

Al terminar el sabio de pronunciar este pequeño discurso, el rey le preguntó:
- Y con esto ¿qué me quieres decir?
- Majestad, que esos nobles pastores de las montañas, son buenos. Ahora mismo adoran a un niño recién nacido, que hasta sus soldados dicen que es muy bello y lo calientan con sus lumbres y el calor de sus corazones. El reino de su majestad y usted mismo, necesitan de este niño y de la bondad de los pastores que lo cuidan. La sabiduría, gozo y paz de estas humildes personas, es lo que da sentido pleno a sus vidas. Cuando esos pastores mañana se presenten ante usted, dígales que el mundo, la humanidad entera, necesita de hombres buenos como ellos. Y dígales también que el nacimiento de un niño y por estas fechas, es motivo de la alegría más grande y por eso hay que celebrarlo.

23 de diciembre 2020 -286

REGALO DE NAVIDAD

Cada tarde lo visto subir por la calle. Siempre solo, con una pequeña bolsa de tela colgada del hombre, caminando lento y como si fuera a algún sitio importante. Con su mano derecha siempre sujetando la pequeña bolsa de tela como procurando no perder el contenido que en esta bolsa porta. No sé quién es, no sé cómo se llama y no sé de dónde vine ni a dónde va. Es joven, no muy alto, de cuerpo delgado y pelo algo castaño. Y cada tarde, al llegar a mitad de la calle según sube, lo veo pararse frente a la puerta de la pastelería. Mira despacio durante un buen rato a las tres muchachas que cada tarde hay sentadas en el banco de la puerta y luego sigue subiendo.

Hoy es otoño ya casi invierno, está nublado, hace bastante frío, los campos están mojados porque, en los días pasados, las lluvias han caído y se respira la Navidad. Una Navidad extraña porque la pandemia, el virus que desde hace meses se extiende por todo el mundo, sigue por aquí muy presente. Muchas personas se contagian, enferman y mueren. Por eso esta Navidad, la hermosa fiesta que llega dentro de unos días, es extraña. Las autoridades no permiten que las familias se reúnan para cenar en sus casas ni tampoco hay fiestas en los sitios ni encuentros entre las personas. Asomado a mi ventana, cuando ya va cayendo la tarde, miro y medito. Rezo y pido al cielo por las personas que he conocido y que, desde hace mucho tiempo nada sé de ellas y me concentro en la solitaria calle. Espero verlo

asomar por donde la calle comienza y espero verlo subir como tantas otras tardes. La pastelería está abierta y en el banco de la puerta veo a las tres muchachas sentadas. Como protegiéndose entre sí y observando los productos que portan en sus manos las personas que salen del establecimiento.

Lo veo a lo lejos, asomar por comienzo de la calle. Sube despacio y al llegar a donde las tres niñas se acurrucan en el banco, se para. Desde el lado de atrás y cierta distancia, las observa. Parece meditar algo. Mete su mano derecha en la bolsa de tela que cuelga de su hombro, saca algo, camina hacia la pastelería, entre y al poco, sale. Trae en sus manos un gran dulce, se acerca a las tres niñas, le ofrece el dulce redondo y grande como un pan de dos kilos y las jóvenes cogen lo que él le ofrece. Pronuncia algunas palabras y luego se mueve para seguir subiendo por la calle. Antes de que se aleje mucho, ellas le dicen:
- ¡Muchas gracias por tu regalo y FELIZ NAVIDAD!
No responde a estas palabras. Con su mano les dice adiós y continúa caminando calle arriba. Lo sigo observando y al poco, lo pierdo de vista por donde la calle se aleja hacia el horizonte de la salida del sol.

24 de diciembre 2020 -287
476- EL REGALO DEL PASTOR
Navidad 2017
Desde el silencio de las montañas,
los arroyuelos descienden
repletos de aguas claras.
Nieve blanca en las cumbres,
rocío como de plata
en los tallos de la hierba
y la escarcha
en los charcos de las sendas.
Helada viene y muy blanca
la Navidad que desciende
por los ríos de las montañas
entre romeros y luces
como al encuentro del alma.

Al salir el sol, el frío era intenso. En las partes altas de la montaña, la nieve relucía muy blanca. Por la mitad de la ladera y antes de su refugio, la hierba se extendía verde. Sobre los tallos de esta hierba, la escarcha bordaba mil encajes con todas las formas y matices. Más debajo de su refugio, por donde se deslizaba el arroyo y luego el río, de las rocas colgaban los carámbanos. La mañana se habría fría, muy fría. Sin embargo, el cielo aparecía todo teñido de un azul intenso muy bello. Sus ovejas aún se acurrucaba en el corral de piedra. Preparó su zurrón de cuero y dentro colocó lo que necesitaba. Y al poco, mientras el sol ya iba alzándose y comenzaba a calentar, se le vio bajar por las sendas hacia la ciudad.

En su casa justo en el mismo centro del Albaicín y frente a la colina de la Alhambra y Sierra Nevada, el anciano preparaba las cosas para encender el fuego de la chimenea. También por aquí hacía frío, mucho frío. Prendió unas piñas, acercó un puñado de ramas secas de tomillo a estas piñas y luego alimentó las llamas con palos algo más gruesos de pino, encina y olivo. Sabía que hoy era Navidad. Nadie más había en la estancia. Por las calles, las pequeñas plazas y algunos jardines cercanos, se oía cantos de mirlos. También el murmullo de algunas personas hablando y la risa de niños que no lejos jugaban. Frente a las llamas que ya en la lumbre de la chimenea comenzaban a danzar, se sentó. Cogió los

trozos de madera, su pequeña navaja y se puso a recortar las figuritas. En silencio y mientras parecía rumiar en su corazón algún recuerdo lejano.

Era media mañana cuando se oyeron unos golpes en la puerta de la casa. Interrumpió el trabajo que tenía entre manos al tiempo que para sí se decía: " Desde hace mucho tiempo nadie viene a mi casa. Por eso ahora mismo a nadie espero. Pero alguien llama y espera que le abra. ¿Serán los niños que en la calle juegan?" Lentamente se incorporó, dio unos pasos, abrió la puerta y al encontrarse de frente preguntó sin más:
- ¿Qué te trae a ti por aquí a estas horas de la mañana y con este frío?
- Solo vengo a saludarte y a entregarte mi pequeño regalo de Navidad.

Se descolgó el pastor su zurrón, lo apoyó en el suelo, lo abrió lentamente y de él sacó un pequeño bulto. Recogió este bulto en sus manos, se lo alargo al anciano y le dijo:
- A lo largo de unos meses, he cuidado con cariño, el mejor cordero que en mi rebaño este año ha nacido. Ayer por la tarde encendí el pequeño horno de piedra que tengo en la puerta de refugio donde vivo. Unas horas antes, de la harina que todavía guardo en la orza de barro, hice una cantidad de masa. Moldeé varios panes, los cocí en este horno de leña calentado con raíces de enebro y luego también en este mismo horno, asé el cordero que ya te he dicho. Aquí te lo traigo envuelto en hojas de arce y ramas de enebro sujetas con esta cuerda de esparto. Y también aquí te traigo dos redondas hogazas. Siéntate esta noche frente a la lumbre de tu chimenea y come estos alimentos. Es Navidad y me he acordado de ti.

Muy sorprendido se quedó el anciano. Miró despacio al hombre que tenía delante y conforme iba recogiendo de sus manos los presentes que le estregaba, le preguntó:
- ¿Y por qué haces esto para mí?
- Lo hago porque te recuerdo, me sale del corazón y sé que esta noche estás solo. Ahora, ya no me entretengo más. El día está avanzando y mi rebaño espera todavía en su corral. Necesito abrirle las puertas y que se vayan por las laderas a comer hierba. Quizá esta noche mismo vuelva a nevar en cantidad. Que las llamas de tu lumbre y este alimento, te caliente un poco por fuera y por dentro en estas fechas tan especiales.

Dio el pastor media vuelta, lentamente caminó por las calles y al poco subía por las sendas de la ladera. En su pequeña casa en el centro del barrio, junto al fuego, el hombre se sentó. Cogió otra vez entre sus manos los trocitos de madera y la navaja y siguió tallando su pequeña obra personal. Se dijo, mientras daba los últimos retoques a la figura del niño: "Pues aquí mismo, junto a la chimenea y no lejos del fuego, voy a poner el Belén de madera que estoy tallando. Saldré luego a la calle, buscaré algunos niños, se lo diré también a varios vecinos y, si ellos quieren y se sienten con ánimo, les pediré que vengan a mi casa esta noche. Nos repartiremos estos panes y este cordero que mi amigo de la montaña, ha preparado para mí en el horno que calienta con raíces de enebro. Que el cielo esta noche derrame paz, gozo y amor en su corazón y que su alma un día encuentre el cielo que, desde el frío, la nieve y la soledad de sus montañas, hoy ha venido a regalarme a mí".

25 de diciembre 2020 -288
CON SUS OVEJAS
He bajado por la cañada alfombrada con un espeso tapiz de hierba verde y fresca. Este espacio natural entre cerros, con un manantial en el centro y delimitada a final por un pequeño arroyo, es muy hermoso y guarda muchos recuerdos dulces para mí. La recogida cañada, hoy está solitaria. Sigue brotando el manantial en el centro y las ampulosas encinas de troncos grises y ramas retorcidas, permanecen clavadas en las torrenteras del arroyo. Tal como en aquellos tiempos aunque han pasado muchos, muchos anos. Es

invierno y justo el día de Navidad, ha llovido en los últimos días, hiela por las noches y, por las mañanas, las nieblas se extienden por los bosques.

Despacio camino y llego al final de la cañada, donde nace el arroyuelo. Busco la piedra y, como aquel día también de Navidad, me siento en ella. Mirando para el arroyo y a solo unos metros del manantial. Aquel día de hace ya muchos, muchos años, al pasar por aquí, vi primero a sus ovejas y luego lo vi a él. Estaba sentado en esta misma piedra, miraba para el cauce que era por donde sus ovejas comían los granos de maíz que, sobre las losas calizas, le había puesto. Contemplaba en silencio a los animales y parecía meditar. Me acerqué y le pregunté:
- Hoy es un día muy especial en el mundo entero. ¿De qué modo lo celebras tú?
Me miró y muy quedamente, me dijo:
- Ya lo estás viendo: en la soledad y silencio de estos campos y la compañía de mis ovejas.
- ¿Y no echas de menos las luces de las ciudades, la presencia y algarabía de las personas y los olores a turrones y mantecados?
- Nada de lo que has dicho, echo de menos. Aquí sentado en esta piedra, frente a mis ovejas, las aguas del arroyo, el silencio de los campos, el color de la hierba, las nieblas, el frío y las nubes moviéndose por el cielo, me siento bien y, a mi modo, soy feliz.
- ¿Y Dios?
- Lo tengo conmigo en todo momento y por eso lo siento amigo, rey y dueño de todo cuanto existe y las personas podamos soñar.
No le pregunté nada más. Junto a él con sus ovejas, estuve un buen rato. Luego me fui y hoy, muchos, muchos años después, vuelvo por aquí. No está ni sus ovejas aunque sí el arroyo y el agua del manantial. Sentado en la misma piedra medito y me pregunto: "¿Qué habrá sido de él, dónde estará y de qué modo celebrará este otro día de Navidad?"

26 de diciembre 2020 -289
26- NOCHE DE ASOMBRO
Al caer la tarde del día de ayer nos reunimos junto a la chimenea del cortijo. Al calor de la lumbre y al calor de los corazones. Tú y Enebro esperabais en la puerta comiendo en vuestros pesebres. Álamo se acurrucaba junto a la niña y, el pastor de las cumbres, alimentaba el fuego para que no se apagara. La madre, a cada uno, nos preparó un pequeño plato con alimentos y nos ofreció un baso de sidra. Nos felicitamos entre sí, nos comimos un trozo de turrón y luego fuimos saliendo del cortijo.

Por entre los membrillos, ya sin hojas, comenzamos a bajar y en el rellano de la gruta del belén empezamos a recogernos. Dentro del chozo y, alrededor del fuego, se pusieron la madre y la niña, su amiga y el perro Álamo. En el rellano de la hierba y por delante del chozo, alrededor de otro fuego, se reunieron los jóvenes del coro. Entonaron sus cantos y las llamas de la lumbre, coqueteando con el viento, se reflejaban en sus caras. A la derecha de la gruta y, pegado a la Cascada Verde, en otra lumbre nos pusimos el pastor y yo. Tú y Enebro os acostasteis junto a la gruta. Las ovejas del pastor se recogían a los lados y por debajo del caqui y del manzano cargado de frutas. Las cascadas caían por los lados de la gruta del belén y en las ramas de la Encina Frondosa y los robles gigantes se reflejaban las torsiones de las llamas. Las lumbres iluminaba el rincón y el chorro de humo que nacía del chozo ungían el aire con perfume a espliego.

Y los cánticos de los jóvenes resonaban en la oscuridad de la noche cuando un poco antes de las doce todo el barranco del Prado de la Viña y del belén y las cascadas se iluminó con una tonalidad violeta oro. Miramos y, cruzando la ladera dirección a la gruta, bajaba una multitud de personas. Todas las personas que viven en Granada con muchos niños envueltos en sus abrigos. Una muchedumbre grandiosa venía al ver el belén de la gruta.

Pero ninguno se paró. Cruzaron por la loma de los olivos y entre la nube violeta oro se perdieron. Justo ahora, desde el fondo del río. Se abrió como un ancho camino tapizado con flores y escarcha y caminando por él subía la Princesa y Bandolero. Te dije:
- También vienen a ver nuestro belén.
Y tampoco se pararon. Al llegar al rellano de los olivos se fueron perdiendo entre la bruma de la nube violeta oro.

A las doce en punto de la noche los jóvenes del coro cantaban con fuerza. La niña se recostaba en el regazo de la madre y su amiga la abrazaba. Las llamas de la lumbre iluminaban con esplendor y en estos momentos, la nube violeta oro, se abrió y una gran luz en forma de estrella comenzó a descender del cielo. Se volvió a luminar todo el Prado de Otoño como en un mágico día de sol y cuando la gran estrella se posó justo encima de la Gruta del Belén, nuestros ojos quedaron ciegos. Solo por unos instantes porque al momento la luz perdió intensidad y se abrió la gruta. Mirábamos con el aliento contenido y tú y Enebro seguíais esparciendo vuestro vaho dentro de la cueva para calentarla. La niña dijo:
- Mirad, ya están ahí.
Y allí estaban. Las tres figuras más importantes del belén, las que ponen en todos los belenes del mundo, dentro de la gruta de la Encina Frondosa estaban acurrucadas. Pequeños copos de nieve descendían desde las nubes y dos de ellos, grandes como palomas, caían abiertos y fueron a posarse uno a cada lado de la gruta. Al tocar la tierra se transmutaron, primero en mariposas y luego, en ángeles. Volvió a decir la niña:
- Son las mariposas Marta y Mario que vienen a llenar de magia el rincón de nuestro belén.

Dentro de la gruta, las tres figuras, irradiaban luz. Ella era guapa como ninguna mujer en este mundo. Él se recogía en sí y miraba lleno de ternura. Y el niño quería venirse con nosotros a calentarse en las llamas de las lumbres.

27 de diciembre 2020 -290
CON LOS MEJORES DESEOS
Te saludo y te mando mis mejores deseos en estos días. Que todo ocurra en tu vida para mejor y que tú sepas ver también lo mejor entre todo. Y lo mejor siempre lo llevamos dentro de nosotros, en el corazón, en el alma. Que de ahí sepamos sacar esta realidad tan bella para compartirla con los que nos rodean. Mi Navidad, este año, será más o menos, como he dejado escrito abajo. Espero que lo leas y que te enseñe algo.

Una Navidad diferentes
La nieve, en el país de las que creemos amigas, es algo muy común. Allá, ellas, la tienen en abundancia y por eso le dan poca importancia. Más bien están hartas de tanta nieve como, casi todo el año, allí tienen. Nieve y frío y grandes ríos y montañas. Aunque, como hemos visto, las que conocemos nosotros, no soy muy amantes de estas cosas y sí de la ciudad, del lujo material y todo lo que sea urbano y huela a dinero y de prestigio humano.

Pero la nieve, en el país nuestro, es un elemento muy significativo y más en estos días. Ya estamos a dos pasos de la Navidad y, por eso por aquí, todo el mundo se mueve bajo un sentimiento especial. Si por estos días cayera nieve en las montañas o en los campos, animaría mucho. La Navidad con nieve es algo muy especial. Parece como si todo fuera mucho más completo. Como si las cosas se vieran más desde el corazón, desde lo auténtico. ¿Y sabes por qué te comento esto?

Este año, en los días de la Navidad, vamos a estar más solos que nunca. Yo metido en mi tienda de campaña, junto a las aguas del río y tú, por aquí cerca comiendo de la mejor hierba. Nadie más estará con nosotros. Tengo pensado hacer un buen fuego, cerca de mi tienda, para calentarme y, a lo largo de los días, tardes y mañanas, escribiré mucho en mi cuaderno. Será mi única diversión, mi única realidad más próxima a los humanos del Planeta Tierra. Ni siquiera la niña nuestra va a darnos compañía en las fechas que se acercan. Ella estará con la madre en el Cortijo de la Viña y ni siquiera tengo esperanza de que la visiten algunas amigas. Ya sabes: Lera, Guela, Julia, desde luego que no. Y Natasha y las conocidas del Anciano, creo que tampoco. No tendrá ella más compañía que la de la madre y los recuerdos del año pasado. Así que será una Navidad un tanto original.

Y nosotros, en este rincón del río, cerca de la montaña que pretendo explorar, ni siquiera tendremos abundantes alimentos. Algunas naranjas del naranjal de la Cañada del Agua, unas pocas nueces de las nogueras del balneario, higos secos y almendras. Puede que la niña venga por aquí algún día y nos traiga algunas cosas más pero no lo sueño. Sin embargo, lo que sí me gustaría es lo que te decía al principio: que nieve por estos días. Que se pongan blancos los campos y que las montañas se vistan con trajes inmaculados. Aunque tú y yo tengamos frío en este rincón del río. La nieve es un elemento muy especial en estos días de la Navidad, en este país nuestro. Parece como si ayudara al recogimiento, a la meditación, a soñar sueños que conectan con el más allá y remontan a lo excelso. Y esto, para nosotros que estamos tan solos, sería algo muy bueno. Nos sentiríamos mucho más lejanos del mundo de los humanos y más auténticos en la realidad del alma, del corazón y de los sentimientos. Y nos ayudaría mucho a vernos por dentro, que es donde yo siempre he creído que se encuentra lo mejor, los más verdadero, la más hermosa realidad que los humanos tenemos. Por eso te repito que la nieve, en estos días y en nuestro país, es algo profundo, mágico y bello.

Esto es un trozo inédito de mi libro: "**El Sueño más bello, Sinombre y yo**".

28 de diciembre 2020 -291
280- NAVIDAD FRENTE A LA ALHAMBRA. Navidad 2012

Es diciembre,
en la calle al amanecer,
llueve,
miro desde mi ventana
y al frente,
veo la lluvia caer
y duele
en el corazón la melancolía,
fuerte, muy fuerte.
Un día más que no estás
y es diciembre.

Esto meditaba él aquel veinticinco de diciembre, mientras aun recostado en su cama, miraba por la ventana y oía la lluvia caer. Al frente, el pequeño jardín con los rosales sin flores y el ciprés, temblando al viento. Algo más lejos, la figura de la Alhambra recortada al fondo lejano, por las nieves de Sierra Nevada. En la calle, además de la lluvia que lenta

caía, un silencio profundo y nadie, absolutamente nadie, por ella iba o venía. Debajo justo de su ventana, el viejo acebo verde y con sus pequeños frutos rojos relucientes de lluvia. Al frente por completo y más allá del acebo, el pequeño muro de piedra, en silencio también y lavado por la lluvia.

Desde su cama, mientras se va llenando de la luz del nuevo día, mira al pequeño muro de piedra y la recuerda. Al amanecer de aquel veinticinco de diciembre, se sentó en este muro frente a la Alhambra y, en silencio, miraba y contemplaba mientras esperaba que el sol saliera. Cuando se alzó por encima de Sierra Nevada, dijo:
- Hoy es Navidad y amanece en Granada con un sol muy reluciente. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?
Sobre el muro de piedra se quedó sentada mientras recibía las caricias del sol en su cara.

Al año siguiente, al amanecer de este nuevo día de Navidad, de nuevo la vio sentada en el pequeño muro de piedra frente a la Alhambra. Estaba nublado, hacía mucho frío y la nieve caía lentamente. Se vestían de blanco las altas torres de los palacios, el bosque de la umbría, el río Darro, todas las casas del Albaicín, el mirador de San Nicolás y hasta el Paseo de los Tristes. Sí miraba, sentada en el pequeño muro de piedra y meditaba. Cuando más recia caía la nieve habló y dijo:
- Hoy de nuevo es Navidad y amanece toda Granada cubierta de nieve. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?
Sobre el pequeño muro, siguió sentada, mientras contemplaba la nieve caer y toda ella se tornaba blanca.

Al año siguiente, al amanecer de este nuevo día de Navidad, no estaba sentada en el pequeño muro de piedra. Sí el viento mecía a los cipreses del jardín de enfrente y se oía como una música muy solmene que parecía recordarla. Por la calle, como jugando un misterioso juego, rodaban puñados de hojas color ocre otoño. En el ambiente, palpitaba una fina melancolía y la calle, a pesar del juego de las hojas, parecía más silenciosa que nunca. Desde su ventana miraba y al ver el pequeño muro de piedra, la Alhambra recortada al fondo y más al fondo, Sierra Nevada toda cubierta de nieve, se dijo:
- Hoy es Navidad y amanece en Granada como si todo por aquí estuviera muerto. El año pasado estaba y el anterior también pero hoy está ausente. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?

Y justo un año después, al amanecer de este veinticinco de diciembre, llueve. El cielo se tiñe de gris, hay nieve en las cumbres de Sierra Nevada, pequeñas nubes de niebla revolotean por entre las torres de la Alhambra y al fondo, la ancha y larga Vega, mostrando un infinito misterioso y profundamente triste. Como si por ahí hubiera desaparecido para siempre y, al mismo tiempo, por ahí estuviera a punto de llegar el último veinticinco de diciembre.

Recostado en su cama, en este lluvioso veinticinco de diciembre, mira silencioso al pequeño muro de piedra frente a la Alhambra y medita. No está sobre él, sentada ella y sin embargo, el nuevo día, es ancho, profundo y muy misterioso. En el corazón le duela la melancolía y siente que lo único que podría llenar de luz y gozo este veinticinco de diciembre, es su presencia. Por eso, como en una oración silenciosa y solo para que la oiga el cielo, susurra:

Es diciembre
y como no estás
y el alma duele,

quisiera irme con la lluvia
ya para siempre.
Otro día más de Navidad
Y contigo ausente
¿Para qué lo quiero
si me sabe a muerte?

29 de diciembre 2020 -292

442- REGALOS DE NAVIDAD. Navidad 2015

- Si la Navidad no se escribe, es por completo diferente.
- ¿Por qué opinas que es diferente?
- Porque si la Navidad se escribe, los mil sueños y sensaciones que cada persona llevamos en el corazón y alma, se transmiten. De esta forma, el corazón se queda limpio, el alma se llena de paz y, el gusto por la vida y el mundo, cambia de color, olor y sabor. Si la Navidad se escribe, algo muy bueno y bello, ocurre en el interior de las personas.

Con mucho interés y respeto el hombre escuchó estas palabras de boca de la joven. Ella y su amiga, las dos estaban sentadas sobre el frío gris de los adoquines de la calle. El río Darro corría a sus espaldas, a su izquierda quedaba el puente Espinosa y arribas, en todo lo alto de la colina, majestuosa se alzaba la Alhambra. También sobre los fríos adoquines y a su derecha, se extendía el vistoso paño de tela, limpio y de colores finos. Sobre este lienzo, las dos muchachas habían colocado con esmero, sus pequeños escritos. Y más hacia el centro de la calle, en un vistoso cartel rotulado por ellas y en letras grandes y de colores, podía leerse: “Regalamos poemas y relatos”.

Era final de otoño, justo ya en el pórtico de la Navidad y por eso la tarde se apagaba fría. En la umbría que desde la Alhambra cae para el río Darro, el bosque se veía amarillento. Muchos árboles ya se habían quedado sin hojas y el olor a humedad y musgo, se extendía por todo el frío airecillo. De la gruesa rama de un álamo en el río y ya desnudo de hojas, se veían colgando tres redondos panales de abejas. A solo unos metros de las dos jóvenes, clavado el tronco de este álamo casi en la misma corriente del agua y como sosteniendo a la hermosa figura de la Alhambra.

Ellas no lo sabían pero él, sí. Uno de los días de la primavera pasada, apareció por aquí un pequeño remolino de abejas. Era un enjambre que buscada donde instalarse. Después de varias vueltas por entre los árboles que por este lugar crecen en el río y cerca, el ejército de abejas se posó en la rama de este viejo y recio álamo. Nadia le dio importancia a este curioso fenómeno pero las abejas enseguida comenzaron su labor. A los pocos días, ya tenían diseñado un precioso y redondo panal de cera. Unos días más tarde, desde la misma calle, comenzaron a verse dos pequeños panales más y, al final del verano, las celdillas de estos panales, se notaban repletas de miel. Llegó el otoño y, con las lluvias de las tormentas, muchas de las abejas de este singular enjambre, acabaron muertas. Pocos días después, las noches se tornaron frías y más abejas fueron desapareciendo poco a poco de los relucientes panales de cera. Cuando ahora llegan los días de la Navidad, en las desnudas ramas de este álamo, se ven colgando los delicados panales de cera y miel, todavía casi perfectos, con algunas de sus celdillas colmadas de miel fresca, pero también algo rotos y sin ninguna abeja laborando en estos panales ni cuidándolos. Algo así como si las abejas que las tormentas y el frio han aniquilado, hubieran querido dejar por aquí unas cucharadas de miel pura para elaborar el turrón con el que se celebra la Navidad. Regalo hermoso de la naturaleza, junto a las aguas del río Darro y a los pies de la Alhambra.

Por la estrecha calle, la famosa y original Carrera del Darro, los turistas pasaban como en busca de algo hermoso y de gran valor. Indiferentes por completo a las jóvenes de los poemas y a los panales de cera y miel que cuelgan en las ramas. Cerca de la iglesia de San Pedro, los hippies vendían sus pulseras y colgantes y más arriba, en la calle Gloria, una joven rusa, estudiante con beca Erasmus, arrancaba hermosas melodías a las cuerdas de la guitarra que sujetaba entre sus manos. Algún turista al pasar, se fijaba en ella y le dejaba una moneda y ella sonreía envuelta en su abrigo rojo y blanco. Como diciendo: "Esta música que lanzo al viento, es mi regalo de Navidad para ti. La moneda que me regalas tú, la necesito y por eso lo aprecio mucho".

Era hermosa la tarde por el frío que regalaba, los tonos naranja del último sol, el palpitar invisible de la Navidad ya muy cerca, las luces de colores que decoraban la calle y el pequeño cartel que en la calle Gloria, indicaba el lugar del belén napolitano, agraciado con el primer premio de concursos de belenes en Granada.

Parado frente a las dos jóvenes que parecían acurrucarse sentadas sobre los fríos adoquines, les preguntaba:
- ¿Regaláis relatos y poemas a cambio de unas monedas?
- No de verdad. No pedimos nada a cambio. Son pequeños escritos nuestros de puño y letra y lo mismo los dibujos. Los regalamos de verdad. Coja usted y llévese los que les gusten, que disfrute leyendo y feliz Navidad.
- Es que no me creo lo que estoy viendo.
- Pues es cierto.

Después de observar despacio para comprender mejor lo que tenía ante sí, el hombre cogió uno de los folios que sobre el paño las jóvenes habían colocado. El folio que mostraba un dibujo hecho a lápiz de la cara de una muchacha. Leyó algo muy por encima y luego le pidió que se lo firmara. La primera de las jóvenes escribió en una esquina del papel: "A… por ser el primer hombre que se ha pasado a llevarse un trocito de mi piel". Y la segunda muchacha, en el mismo extremo del papel, reseñó: "Gracias por escuchar las voces dormidas del mundo".

Les dio él también las gracias, les deseó suerte y las despidió. Pensando en su corazón que era hermoso lo que acababa de ver y oír en este rincón de Granada y justo en el pórtico de la Navidad. Ya en su casa, leyó despacio una y otra vez el poema que la joven le había regalado y sintió cada vez más un cierto sabor a ausencia. Porque sabía que al día siguiente, las dos jóvenes estudiantes universitarias, ya no estarían ni en el río Darro ni en Granada. Tampoco estaría la joven rusa que, con su guitarra, regalaba melodías dulces y muy románticas en la calle Gloria, frente a la Alhambra. Y entonces pensó: "Desde luego que es bonito escribir la Navidad para contar a los demás, los sueños e ilusiones que nos arden en el corazón. Y también para que el dolor de la ausencia, sea más llevadero".

Y continuación también pensó que este año y en estos días de la Navidad, al pasar por la Carrera del Darro, las iba a echar de menos. Presentía que le dolería mucho su ausencia y hasta, bien lo sabía él, lloraría en algún momento junto al río Darro y frente a la Alhambra. Por eso, en forma de oración, como si imaginará hablar con ellas, de nuevo muy quedamente susurró: "Habéis regalado dibujos, poemas y delicadas notas de guitarra para anunciar la llegada de la Navidad y ahora ya no estáis aquí ni en Granada. Todo como si hubierais venido enviadas desde el cielo solo para animar y decorar por un rato este lugar a los pies de la Alhambra y ahora ya no estáis. Algo así como si me hubierais dicho:

- Para que vivas una Navidad bella y muy original pero con su honda y dolorosa pincelada de nostalgia. La Navidad siempre tiene ausencias y por eso es tan misteriosa y sabe a eternidad.
Pues escribiré todo esto para ver si se me esponja el corazón y en mi alma se establece la paz".

30 de diciembre 2020 -293

51- EL ACEBO Y EL MIRLO

En las tardes de invierno, cuando el frío se dejaba sentir o la lluvia caía sobre Granada y la colina de la Alhambra, a la madre le gustaba mucho sentarse con la niña. En la mesa de camilla, con el brasero encendido y frente a la ventana que da a la ladera y al río. Ladera y bosque, al norte de la Alhambra y cauce del río Darro. Y mientras las tardes corrían, el frío arreciaba o la lluvia caía, la madre hablaba y hablaba de muchas cosas con la hija. Y casi siempre, procuraba que la niña le hiciera preguntas pero, otras veces, cuando notaba que era un buen momento, le decía:

- Son muchas las cosas importantes que debes tener en cuenta en la vida. Pero, entre todas, solo unas cuantas, de verdad importan.

- ¿Y tú sabes cuáles son esas cuantas cosas?

Le preguntaba la niña. Y la madre, pausadamente le decía:

- Vivir en paz siempre contigo misma, tener tu propia personalidad, no dejarte llevar sin más, por lo que hagan o digan tus amigos y amar sinceramente las cosas pequeñas de la vida.

- ¿Y vivir en armonía con la naturaleza y el universo?

- Eso también es importante y muy bueno.

La niña casi siempre preguntaba a la madre estas cosas y era por lo siguiente: la ventana de su habitación, daba al río, a la ladera norte de la colina de la Alhambra y a los cuatros o cinco viejos almeces. Justo debajo de su ventana, entre las aguas del río y las paredes de las casa, crecía un bello acebo. Siempre estaba verde y casi siempre mostraba ramilletes de semillas maduras. Por eso, entre las ramas de este árbol, todos los días del año, tardes, noches y mañanas, saltaban y cantaban muchos pajarillos: gorriones, petirrojos, currucas, mirlos, tórtolas… pero la más simpática de estas avecillas, era un mirlo muy negro y con el pico color naranja. Se pasaba el día y la noche entre las ramas del acebo cantando y, cuando no, chillando.

Tan asidua era su presencia en las ramas del acebo bajo la ventana de la niña que ella lo consideraba ya su mejor amigo. Por eso, cuando de vez en cuando se asomaba a la ventana, lo llamaba. Emitiendo un sonido con sus labios cerrados y el mirlo, en cuanto la oía, muchas veces acudía a su lado y se posaba en la barandilla del balcón. Lo acariciaba ella, le hablaba y le contaba cosas y animal parecía entenderla. Otras veces, cuando lo llamaba, en lugar de venirse a la ventana salía chutando desde la espesura del acebo y, mientras se alejaba hacia la fronda del bosque de la Alhambra, soltaba una retahíla de chillidos. Ella interpretaba el fenómeno como una forma de juego por parte del avecilla y por eso nunca se enfadaba sino que le divertía. Sabía que a él le gustaba ser libre y, aunque también le gustaba venirse a jugar con ella, el alejarse dando chillidos y perderse en la espesura del bosque, era su instinto natural.

Un año, cuando llegó la primavera, el mirlo buscó una pareja y se pusieron a hacer el nido entre las ramas del acebo. Ella lo descubrió enseguida y le gustó aquel detalle. Por eso, cada día, mañana y tarde, en cuanto se asomaba a su ventana, miraba para ver cómo estaban los pájaros y su nido. Y fue descubriendo como cada día el nido esta más perfecto, luego descubrió el primer huevo que puso la hembra, el segundo y el tercero y después

siguió con mucho interés el proceso de incubación. Vio nacer a los pajarillos, y vio como a cada instante los padres acudían al nido trayendo comida para las crías. Ella los llamaba y, de vez en cuando, les regalaba migas de pan o alguna otra cosa de comida.

Cuando ya se hicieron grandes dejaron el nido y se fueron con los padres por el bosque. Al poco tiempo dejó de ver a los nuevos mirlos y a la madre hembra pero el macho, el del plumaje por completo negro y pico color naranja, volvía y volvía cada tarde, noche y mañana a las ramas del acebo. Y aunque lloviera, hiciera frío o calor, él seguía allí cantando, jugando y dando compañía a la niña. Por eso ella, cuando la madre le daba compañía sentada en la mesa de camilla y le decía:
- Solo unas cuantas cosas son realmente importantes.
Le preguntaba a la madre:
- Y vivir en armonía con la naturaleza y el universo ¿también es importante?
A lo que la madre, siempre, siempre, le respondía:
- Eso es también muy importante y bueno. Tanto que, estas pequeñas cosas de la vida, a veces, son las más valiosas.

31 de diciembre 2020 -294
LAS NARANJAS
Las temperaturas han bajado mucho. A menos tres y menos cuatro grados han llegado estas noches pasadas por la ciudad de la Vega y hasta menos diez grados se han registrado en las montañas de las nieves, al levante. Se ven cascadas congeladas y también charcos y manantiales. Son los días del frío, de las ausencias, de los silencios, justo cuando se celebra la Navidad. El campus universitario se ha quedado vacío, por completo solitario y lo mismo la residencia de los estudiantes. Todas las ventanas, en cuanto llega la noche, se ven cerradas y con las luces apagadas. Como es Navidad, los pocos estudiantes que había por aquí, se han ido. A sus casas o no se sabe a dónde porque con lo del virus, todo este año y en estos días, está siendo muy diferente. No hay encuentros ni reuniones ni fiestas ni celebraciones.

Asomado a mi ventana, medito el momento y ni sé cómo interpretar tanto silencio y soledad. Esta noche he tenido un sueño que quiero dejar escrito: en el pequeño y blanco pueblo entre pinos y al norte de la montaña, he visto a la niña sentada junto al río. Mirando a las aguas y observando a las personas que cerca pasan. Ella es pequeña de cuerpo, baja de estatura, tiene pelo moreno, ojos azules y aun no ha cumplido los once años. Se acurruca en sí porque tiene frío y porque solo lleva puesto un vestido descolorido, algo roto y sucio. Aun así, se le ve muy bella, casi con cara de muñeca y, en sus labios, parece dibujarse una muy tierna sonrisa. Mira ilusionada a las personas que cerca pasan y espera que le den algo. Muy pocas personas la miran y nadie, nadie le da nada. Pero él, un joven algo mayor que ella, de cuerpo delgado y alto, al pasar cerca, sí se para. De su mochila saca unas naranjas y se las da diciendo:
- Las acabo de coger del jardín de mi casa. Del naranjo que crece a la derecha del laurel. Ya están bien maduras y su sabor es muy bueno. Te las regalo para que comas algo exquisito en estos días de la Navidad.

La niña mira al joven, no lo conoce de nada, alarga sus brazos y de las manos del él, coge las naranjas al tiempo que dice:
- ¡Gracias! Es lo único hoy me han regalado. Voy a llevárselas ahora mismo a mi abuela. Está enferma y lleva ya muchos días en la cama sin fuerzas para moverse. Quizás con estas naranjas recupere energía y pronto se ponga buena.
Apretó con fuerza tres naranjas contra su pecho, se levantó de donde estaba sentada, caminó por la orilla del río y al poco, su menudo cuerpo se perdió por entre los árboles. A

las afueras del pueblo, por donde un camino de tierra llega desde las montañas de las jaras, en una muy pobre casa de monte y chapas, su abuela reposaba en la cama.

1 de enero 2021 -295

379- AGUA CON SABOR A NAVIDAD

Todos los días, al caer las tardes, da su paseo. Y siempre lo hace por la Carrera del Darro, Paseo de los Tristes hasta el Puente del Aljibillo. Al llegar a este punto, se para y durante un rato, observa la corriente del río con la imagen de la Alhambra al fondo y en lo más alto de la colina, coge un par de almecinas del árbol que ahí crece, piensa un momento en la muchacha que vive en las cuevas por encima de la Fuente del Avellano, da media vuelta y regresa. Satisfecho consigo mismo por el nuevo paseo y el aire puro que por aquí respira pero no contento del todo.

Porque nunca, en estos paseos de cada tarde, lleva compañía y su corazón la necesita. Sueña con ella pero ya hace tanto que no la ve ni sabe nada de su vida que hasta se ha perdido su memoria imperceptiblemente en el tiempo. Por eso, cada tarde se para justo a la altura de la iglesia de San Pedro, según se sube a la izquierda. Aquí, tras unas rejas de hierro en un pequeño patio que años atrás fue colegio, vive un gato negro. Libre y a su aire pero es muy manso con algunas personas y bastante desconfiado con los que por aquí pasan con perros. Pero a él, le gusta verlo y por eso, al pasar por delante de las rejas, se para, lo llama y al instante, lo ve salir de la caja de cartón que alguien le puso en el dintel de un ventana casi al ras del suelo, para que durmiera.

Y este gato negro, parece que lo conoce y hasta le gusta acercarse a él y dejar que lo acaricie. Como si el animal intuyera la ternura y el amor que en su corazón lleva y por eso se muestra tan confiado. Al salir de la caja de cartón, lo mira, lanza un débil y afectuoso maullido, se estira un poco y después de mirarlo de nuevo, camina lento desde la ventana hasta el pequeño muro de la reja de hierro. Al llegar aquí, da un salto, se coloca sobre el muro pero por detrás de la reja y comienza a ronronear. Con gusto se deja acariciar y hasta alza su cabeza, estira el rabo y se restriega contra los hierros de la reja, indicando de este modo que confía en él y agradece sus caricias. Sin prisa y con cuidado, le regala estas caricias sobre su cabeza, por el lomo y por el cuello. Las personas que por la calle pasan, al verlos a los dos en este inocente juego, miran. Algunos se paran, hacen fotos y también se acercan para acariciarlo pero el gato negro desconfía. Casi nunca se deja acariciar por estas personas. Y esto a él le sirve para reflexionar y se pregunta: “¿Por qué desconfiará de casi todas las personas que se le acercan y hasta parece temer que lo toquen? ¿Por qué si se viene a mí dócil y con su maullido tierno y, mientras lo acaricio, hace carantoñas y se muestra cariñoso?”

Y la otra tarde, veinticuatro de diciembre, ya invierno y por eso frío, gris, con olor a turrón y reflejos de luces navideñas, por donde las rejas del rincón, se paró. Llamó al gato y al instante salió de la caja de cartón que le sirve de refugio. Se subió al pequeño muro de la reja y comenzó a regalarle suaves caricias, a la par que lo saludaba con palabras afectuosas. Como si hiciera ya mucho tiempo que no lo hubiera visto. Y por eso, prescindía por completo de las personas que por la calle pasaban y de los que se paraban para hacerle fotos. Y tan entusiasmado estaba que ni siquiera se dio cuenta de las dos personas que de pronto se colocaron delante de él.

Dos niñas de unos doce años, pelo rubio, ojos azules, piel de sus caras blanca y suave como la seda, lo miraron y sin pronunciar palabras, comenzaron a regalarle caricias al gato negro. Se le llenó el corazón de ternura al ver sus pequeñas y blancas manos pasando con delicadeza por el lomo del animal al tiempo que volvían sus cabezas y lo

saludaban sonriendo. Creyó que eran extranjeras y que hablaban otro idioma y por eso pensó que no lo entenderían si les decía algo. Pero sí advirtió que junto a la puerta de la iglesia de San Pedro, una mujer muy guapa, joven y alta, miraba fijamente y muy interesada. Se dijo: "sin duda, es la madre de estos dos niñas. No haré nada que a ella le haga pensar que puedo dañar a sus niñas".

Sí ahora les dijo:
- Acariciarlo por entre las orejas, encima de su cabeza. Es lo que más les gusta a los gatos.
Y se dio cuenta que lo entendieron porque al instante, pasaron sus delicadas manitas de piel blanca, por entre las orejas del gato negro. Éste, parecía sentirse feliz pero mientras se movía haciendo carantoñas y dejándose tocar, lo miraba como lleno de curiosidad y diciendo: "Son tiernas y bellas estas dos niñas que parecen gemelas pero no me fío del todo de ellas. Ni tampoco me fío de los que por la calle pasan con sus perros pero confío en que tú me defiendas en caso de peligro".

Por la calle, en ese momento, bajaba un niño pequeño con un vaso de barro en una mano y en la otra, portando una calabaza de peregrino. Al ver a las niñas de pelo y ojos azules, se vino hacia ellas y les dijo:
- Traigo agua con sabor a Navidad ¿queréis un trago?
Las dos niñas, como desorientadas y también como pidiendo ayuda, miraron al hombre que tenían a su lado, luego miraron al niño del agua y después miraron a la madre que las seguía observado desde el otro lado de la calle. El hombre, no supo qué decir porque de nada conocía al niño del agua ni tampoco sabía quiénes eran las dos niñas. Sí le preguntó al pequeño de la calabaza:
- ¿De dónde es esta agua que regalas?
- De corazón de la Alhambra.
- ¿Y eso dónde está?
- Pasando el puente del Aljibillo, al otro lado del río Darro, en la ladera que cae desde la Torre de Comares, brota el manantial.
- ¿Y qué manantial es ese?
- El que surgen del corazón de la Alhambra porque brota de las entrañas de esa colina y por eso es agua muy fresca, clara como el viento más limpio y sabe a Navidad.

Las niñas miraban al hombre, la madre miraba a las pequeñas y el niño de la calabaza dijo otra vez:
- Es la mejor agua que puede beberse aquí en Granada. Acabo de cogerla del manantial de la Alhambra y la regalo porque sabe a Navidad y eso es algo muy bueno y especial para el día de hoy. ¿Queréis probarla?
Les dijo de nuevo a las dos niñas de pelo rubio y ojos azules. Y de pronto oyó que una de estas dos niñas preguntó, en un español muy claro pero con gran acento extranjero:
- ¿Podemos ver ese manantial que dices?
- Si os venís conmigo, en un momento vamos a ese sitio y os lo enseño.
Miraron las niñas a la madre, ésta se vino con ellas, las cogió de las manos y dijo al pequeño:
- Mis niñas quieren ver el manantial ese que brota del corazón de la Alhambra y yo quiero beber del agua de Granada que sabe a Navidad. Vamos y nos lo enseñas.
- Y también de paso, si tus niñas quieren, les regalo una de estas calabazas de peregrino llena de agua con sabor a Navidad. Mi padre las ha criado en su huerto y el otro día me dio tres para que las llenara de agua y la repartiera por Granada.

Calle arriba, hacia el Paseo de los Tristes, los vio perderse. La madre con sus dos niñas de las manos y el niño junto a ellas con su calabaza y vaso de barro. El hombre los

observó durante unos instantes y regalando una nueva caricia al gato negro, le dijo: “Ya ves las cosas que ocurren aquí en Granada y por estos rincones a los pies de la Alhambra. Agua con sabor a Navidad que mana del corazón de los palacios sobre la colina Roja y niños que van por las calles regalándola. No sé si esto será cierto porque se parece mucho a un sueño pero quizá luego yo también me acerque a ese manantial para seguir jugando con las niñas de ojos azules y con el niño que con su calabaza, regala agua por las calles de granada con sabor a Navidad. Es algo que creo es bueno y hace mucha falta. Y más, si lo llevan a cabo niños como estos”.

2 de enero 2021 -296
52- LA NIÑA DEL PASEO DE LOS TRISTES

Muchas son las personas que vienen a Granada a lo largo del año. Estudiantes universitarios, venidos de casi todos los países del mundo: Francia, América, Alemania, Rusia… También vienen a Granada turistas, jubilados, grupos escolares… Y casi todas estas personas, lo primero que visitan en esta ciudad es la Alhambra, el barrio del Albaicín, el Paseo de los Tristes, el centro histórico, la catedral… pero de todas estas personas, muy pocos o casi ninguna, ve, conoce o disfruta la imagen más bella que solo se ve aquí en Granada.

Sin embargo, en la tarde quince de diciembre, él estaba sentado al final de Plaza Nueva. Justo donde el río Darro se oculta bajo tierra para atravesar la ciudad, por Reyes Católicos, Puerta Real, Acera del Darro hasta el río Genil. Descansaba en uno de los asientos de piedra que hay por delante de la iglesia de Santa Ana y la esperaba. La gente pasaba y nadie lo saludaba ni advertía que estaba allí. Y menos, nadie sabía qué era lo que esperaba. En su corazón él sí lo tenía muy claro y, de alguna manera, intentó explicárselo a los jóvenes que antes él se pararon y le preguntaron:
- Somos turistas y solo vamos a estar dos días aquí en Granada. ¿Qué podemos ver que sea único, además de la alhambra, el barrio del Albaicín y la catedral?
Y él, después de saludarlos les dijo:
- Yo estoy aquí esperando para gozar de lo más bello que pueda verse en Granada.
- ¿Qué es?
- Si esperáis un poco no tardaréis en comprobarlo.

Esperaron, confiando en lo que él les había anunciado y, como unos diez minutos después, apareció. Como todas las tardes, montada en su bicicleta, dándole a los pedales lentamente y avanzando con armonía desde Plaza Nueva para tomar por la Carrera del Darro. Dijo él a los jóvenes:
- Mirad despacio y no os perdáis ningún detalle, cuando empiece a recorrer este paseo, con la imagen de la Alhambra la fondo y en todo lo alto.
Le hicieron caso una vez más y, al poco, ella empezó a rodar por la Carrera del Darro arriba. Hacia la iglesia de San Pedro y el Paseo de los Tristes. Y como al pasar cerca de ellos no le dijeron nada, ni siquiera se dio cuenta que la observaban. Pero ellos sí que la miraban y la siguieron.

Sin apartar un momento la mirada de ella y procurando no perderse el más mínimo detalle. Y según la iban siguiendo lentamente detrás, descubría su belleza. Su hermosa mata de pelo rubio le caía sobre las espaldas y su figura, meciéndose sobre la bicicleta, comenzó a recortarse sobre el bosque, torres y murallas de la Alhambra. Y como el sol caía, los rayos iluminaron y refulgían sobre las murallas en la colina y en las hojas de los árboles. Los jóvenes dijeron:

- Ella parece una muñeca de seda y de viento y, el fondo sobre el que se recorta, es lo más perfecto. Tienes razón: quizá sea esta la imagen más bella del mundo y que solo puede verse aquí en Granada.
- Me alegro que os guste.
Les dijo él. Y ellos de nuevo le preguntaron:
- ¿Y de dónde viene y qué hará cuando llegue?
- Seguid conmigo caminando lento y lo veréis.

Se fiaron otra vez de él y continuaron caminando lentamente. Al poco la vieron llegar a su casa. Vieron que, con cuidado y sin prisa, colocó la bicicleta en el sitio que para ello tenía adecuado, saludó a su madre y, sin soltar su pequeña mochila, le dijo:
- Voy un momento al río y enseguida vuelvo.
- Pero no tardes ni esperes que se haga de noche.
- De acuerdo.
Y la vieron caminar despacio por donde el Paseo de los Tristes. Con la luz de la tarde besándola y con el bosque y la Alhambra, saludándola al fondo y en todo lo alto.

Y vieron que buscó un sitio que conocía bien y por aquí se aproximó al río. Se fue derecha al charco redondo y claro, se agachó junto a las aguas y se puso a mirar sin prisa. Al descubrirlo lo jóvenes, preguntaron:
- Y ahora ¿qué hace?
- ¿De verdad queréis saberlo?
- ¡Claro! Nos has gustado tanto la hermosa imagen de esta niña, su bicicleta, la tarde y la Alhambra al fondo, que si no la saludamos y le preguntamos nos quedaremos frustrados.
- Pues venid conmigo y procurar no asustarla ni molestarla. Ella vive su sueño de fantasía y es feliz sin nadie ni nada más.
- De acuerdo.

Y los jóvenes, como ya habían hecho antes, le siguieron confiados. Por el mismo sitio, se acercaron al río, se aproximaron despacio y, cuando ya estuvieron a solo unos metros de ella, el que guiaba a los jóvenes, la saludó y luego le preguntó:
- ¿Qué hay en este charco y en las transparencia de las aguas que te interesan tanto?
La niña los miró y luego volvió sus ojos otra vez a las aguas del charco. Con sus dedos escribió algo en la superficie de la arena y luego dijo:
- Ésta es la casa del príncipe encantado. El más bello y bueno de cuantos príncipes vivieron en la Alhambra.
- ¿Un príncipe?
- Sí. Hace mucho tiempo, como yo ahora, un día jugaba en las aguas de este charco.
- ¿Y qué pasó?
- Sin querer, resbaló y se cayó a estas aguas. Y como nadie vino a salvarlo aquí se ha quedado para siempre. Una noche lo vi en mis sueños y, desde entonces, cada tarde vengo a saludarlo.

Los jóvenes y el que los guiaban no le hicieron más preguntas. La siguieron mirando y luego miraron al bosque en la ladera y a la figura de la Alhambra, en todo lo alto. Y uno de ellos susurró:
- Desde luego que esto es una belleza intangible e inexplicable. Algo único en el mundo y que solo se puede dar aquí en Granada y a las pies mismos de la Alhambra.

3 de enero 2021 -297
VIAJAMOS EN UNA ESTRELA

Desde mi ventana, en esta fría mañana del mes de enero, los he visto. Formando grupo, sentados sobre la roca frente a las cascadas heladas y las cumbres llenas de nieve. Justo por donde nace el río y a solo unos metros de la gruesa higuera que en esta mañana se ve desnuda de hojas. El agua del río, se desliza rápida, casi transparente y llenando todo el espacio de un rumor cristalino y relajante. Son seis y el joven. Uno del grupo de los seis, dice:
- Queremos mostrarte con imágenes, el contenido del mensaje que debes pronunciar ante los demás.
- De acuerdo.
Dijo el joven.

Los seis del grupo, se movieron río arriba por el lado izquierdo, remontaron hasta el collado y giraron para la derecha. Pisando la gruesa capa de nieve, avanzaron hasta la pequeña llanura, al norte de la elevada montaña. Sin perder tiempo, se pusieron y, en unos minutos, dieron forma a una no muy grande bola de nieve. La fueron empujando, rodando llanura adelante hacia el borde del acantilado donde al fondo, se veía el río y el joven sentado sobre la roca. Al llegar al borde, frenaron la bola de nieve ahora ya muy voluminosa. Se asomaron al acantilado y, sobre lo roca frente al río y en lo hondo, vieron al joven sentado. Empujaron un poco más la enorme bola y ésta se despeñó violentamente por el gran tajo rocoso. En cuanto dio unos tumbos, la blanca y oronda bola, se rompió primero en varios trozos grandes y luego en mil trozos pequeños. Como en una alocada bandada de gaviotas, todos los trozos de nieve y también rocas y monte, se precipitaron en el vacío y fueron cayendo sobre las aguas del río. En el mismo borde del acantilado, el grupo de los seis, observaron el espectáculo, la profundidad del barranco por donde el río se despeñaba y al amigo sentado en la roca cien metro más arriba de donde los mil puñados de nieve habían caído. Los del grupo, dieron voces y dijeron al joven:
- Espera un poco que volvemos rápidos.

Atravesaron la llanura, alcanzaron el collado y descendieron hasta donde el joven estaba sentado. Le preguntaron:
- ¿Has visto?
- Muy claramente y asombrado. ¿Qué me queréis decir con esto?
- La gran bola de nieve, es el planeta, la estrella donde estamos embarcados y viajamos todos los humanos, seres vivos y plantas. En esta estrella, cada uno de nosotros, nos movemos y afanamos casi siempre, como si aquí fuéramos a permanecer toda una eternidad. Pero tú, nosotros y los demás, cada día, a cada instante, vemos y comprobamos que, mientras nos afanamos en conseguir cosas y llenar maletas en busca de la felicidad y vida confortable, inesperadamente y sin poderlo evitar, nos vamos quedan en el camino. Todos, absolutamente desaparecemos de esta estrella y nunca, nunca más volvemos. ¿A dónde vamos? Nadie lo sabemos. También un día se hará añicos la estrella donde ahora mismo viajamos, igual que lo ha hecho la bola de nieve al despeñarse por el acantilado. Nuestro viaje en esta estrella, siempre es breve. ¿Entiendes el mensaje que debes desarrollar y transmitir a los que acudan a tu charla?
Y el joven dijo que lo entendía con toda claridad.

4 de enero 2021 -298

TOMANDO EL SOL

Lo veo caminando por el carril de tierra que va por entre los robles viejos. Avanza solo, lleva una pequeña mochila a sus espaldas y se mueve lentamente. Es invierno, hace mucho frío, las nubes cubren color ceniza y parece que la nieve va a caer de un momento a otro. Sin embargo, a intervalos, las nubes se abren y aparece el sol. No calienta mucho pero sí ilumina los paisajes. Por su derecha corre el pequeño río que desciende de las montañas al

frente y a su izquierda, se ve el denso bosque de pinos y encinas. Algunos animales silvestres se mueven por entre la vegetación buscando alimento.

Al dar la curva siguiendo el carril de tierra, sobre una blanca roca caliza, lo ve. Un hermoso lagarto verde y con ocelos azules, está parado y toma el sol que, intervalos, aparece por entre el roto de las nubes. Pacíficamente y como dueño de todo lo que por aquí en el entorno hay, parece no tener miedo de nada. Como si no existiera para él, este pequeño ser vivo, más realidad y mundo que la roca donde descansa y los rayos del sol que lo acarician. Se para, mira muy concentrado y espera. Cree que en cualquier momento se puede mover y, por entre la vegetación, irse. Sabe que estos animales, En los meses del otoño y el invierno, hibernan. Siente los pasos de alguien que se acerca y, al mirar, lo ve. Un hombre algo mayor viene del lado de las montañas al frente. Su aspecto es de montañero y, por delante de él, trota un pequeño perro. Al ver al lagarto sobre la roca, enseguida llama a su perro y lo azuza contra el reptil que reacciona torpemente. En un abrir y cerrar de ojos, el perrillo atrapa al lagarto y, casi al instante, el que llega desde las montañas, se lo quita. Lo muestra en sus manos como un trofeo y esto le preocupa al joven que avanza solitario.

Se acerca al dueño del perrillo y directamente le dice:
- Es un animal silvestre y está en su mundo. ¿Por qué lo maltratas de este modo?
- ¡Ni que este bicho fuera propiedad tuya!
- Lo estás dañando y eso no es bueno ni para ti ni para mí ni para nadie.
- Vamos a ver ¿Es que se va a cabar la vida en el Planeta y en el Universo porque muera un lagarto silvestre?
- La vida de este animal y la de cualquier ser vivo, humano o no, pertenece solo al Universo, al Creador, a Dios. Si rompemos con violencia aunque sea solo un pequeño eslabón en el conjunto de la Creación, la vida del Universo y de la Creación entera, sí que puede llegar a su fin.
- ¡Tonterías!
Expresó con indiferencia el que tenía el lagarto en sus manos, algo herido y con apenas vitalidad. Puso el reptil sobre la roca caliza, llamó a su perrillo y siguió su camino en dirección contraria a como había llegado el joven. Éste cogió al lagarto, lo puso en hueco en el tronco de un roble y siguió. Sólo uno metros más arriba, por donde brotan los veneros de las primeras aguas del río, se encontró con el grupo. Los saludó y enseguida el que organizaba, dijo:
- Todo está preparado. A las ocho, debes comenzar la charla sobre el tema anunciado: “¿En qué momento será el final de la vida humana en el Planeta Tierra?” Todos creemos que van a venir muchas personas a oírte.

5 de enero 2021 -299

380- LA CABAÑA

Cruzaron el Puente del Aljibillo, torcieron para la derecha, atravesaron la explanada del Rey Chco, alfombrada toda ella de hojas secas de almeces y por una pequeña senda, se adentraron en el bosque de la Alhambra. El bosque de la umbría que cae desde las murallas y Torre de Comares. La tarde caía y al fondo, por donde el río Darro se alejaba y se ve Granada como sosteniendo al horizonte, el sol se fue tiñendo de rojo violeta. Por entre algunas nubes que también se teñían de naranja y gris ceniza. Las dos niñas caminaban cogidas de la mano de la madre y el niño de la calabaza, avanzaba delante. Con gran seguridad y mostrando un entusiasmo que contagiaba. Por el barrio del Albaicín, al frente y ahora al otro lado del río, las luces de las calles y plazas, comenzaban a iluminar.

Preguntó la madre:

- ¿Tú vives por aquí?
Y el niño del agua le respondió:
- Yo vivo en el Albaicín, cerca del Mirador de San Nicolás. Pero a veces, muchas mañanas y tardes, me vengo a esta cabaña mía y aquí me quedo durante mucho tiempo. Solo, casi siempre porque me gusta oír el rumor del agua brotando del manantial, con el chapoteo de la corriente del río de fondo y cuando todo duerme en Granada.
Algo extrañado por lo de la cabaña y lo de quedarse solo aquí por las noches, la madre volvió a preguntar:
- ¿De qué cabaña hablas y por qué te gusta quedarte solo por aquí?
- La cabaña, vamos a verla ahora mismo y lo otro, podréis descubrirlo un poco más tarde.

Y al dar una curva la sendilla que seguían, ya bastante elevada en la umbría, apareció ante ellos la cabaña. Una especie de chozo cónico, construido con ramas y troncos de árboles y techado con retamas, lentiscos y juncos. Abrieron mucho los ojos las dos niñas y admiradas dijeron a la madre:
- Nadie nos había dicho a nosotras que había estas cosas en Granada. Es muy bonito y nos gusta mucho. ¿Podemos hacernos amigas de este niño?
- Creo que ya somos sus amigos porque comparte con nosotros sus juegos y su mundo.

En el centro de la cabaña en forma de chozo cónico, ardía un pequeño fuego, a la derecha se veía como una pequeña repisa construida con tablas y encima de estas tablas, se veían algunos alimentos: naranjas, higos secos y nueces. A los lados y al fondo, había unas camas construidas con monte y cubiertas con panochas de maíz. Sobre éstas, unas mantas de fibra de lana, se veían dobladas. Y en la misma puerta de la cabaña, a la derecha y por donde en todo lo alto coronaba la Torre de Comares, brotaba el manantial. Un chorrillo de agua muy clara que, nada más emerger del terreno, caía a una pequeña y redonda poza y luego rebosaba y, en forma de arroyuelo, seguía surcando la ladera hacia el río Darro, por debajo de la cabaña y no muy lejos.

Junto a venero de agua clara, el pequeño soltó su calabaza y vaso de barro, entró a la cabaña al tiempo que decía a la madre y a las dos niñas:
- Ahora mismo sois mis invitados y por eso os pido que paséis. No es muy grande mi cabaña pero cabemos los cuatro.
Sin dudarlo, la madre y las dos niñas, pasaron a interior de la cabaña, se acomodaron junto al fuego porque el frío ahora ya era mucho, en unos rústicos bancos de madera y en estos momentos una de las niñas preguntó:
- ¿Tú te vas a quedar a dormir esta noche aquí?
- Claro que sí. Les he pedido permiso a mis padres y ya lo tengo todo preparado.
- ¿Y nosotras nos podemos quedar contigo?
- Podéis quedaros si vosotras queréis. Naranjas tengo doce, higos pasos, kilo y medio y nueces, poco más o menos. Podemos comer de esto, beber agua de este manantial mío, mientras nos calentamos en este fuego y luego, cuando nos entre sueño, también tenemos camas para dormir y mantas para arroparnos. Las ha tejido mi madre de la mejor lana de oveja.
- ¿Y es emocionante dormir en esta cabaña tuya, cerca del río, junto al manantial y frente al barrio del Albaicín?
- Lo más emocionante del mundo. Ya lo comprobaréis.

Se hizo de noche enseguida, el cielo se nubló, se levantó un poco de viento y, al rato, la lluvia comenzó a caer. El viento se calmó y en esos momentos, solo se oía el tintineo de las gotas de lluvia quebrándose sobre las piedras por la puerta de la cabaña, en el charco redondo del venero y en las pequeñas cascadas que había en el arroyuelo. El

silencio era total y por eso se oía con toda claridad la lluvia al caer resaltada por el resplandor de las luces al frente y por el barrio y el rumor del río deslizándose algo más abajo.

De la tabla en forma de lacena, el niño cogió las naranjas, los higos secos y las nueces, le ofreció un buen puñado a cada una de las niñas y a la madre y les dijo:
- No es una cena muy especial de Navidad pero están buenos estos alimentos criados en el huerto de mi padre.
- ¿Y las naranjas también son de tu huerto?
- Cogidas ayer mismo de los tres naranjos que crecen cerca del río. Ya veréis qué sabor más bueno tienen.
Y una de las niñas también preguntó:
- ¿Y tú solo has hecho esta cabaña?
- Yo he ayudado a mi padre que ha sido el constructor y arquitecto. Pero lo de lacena, estas camas y los bancos de madera, sí es obra mía toda entera. Mi padre siempre me dice: "Vivir en una cabaña como ésta, a los pies de la Alhambra, junto a este manantial de agua tan clara, casi a dos pasos de la ciudad de Granada y del barrio del Albaicín y aquí tanto solo y con tanto silencio, es propio de un rey muy privilegiado".

Y después de un rato en silencio los cuatro, la más pequeña de las niñas, preguntó:
- ¿Y por eso que dices te contaba tu padre, es por lo que tú construiste aquí esta cabaña?
- Por eso pero especialmente porque en el barrio del Albaicín donde vivo, muchos niños se meten conmigo, me dicen cosas humillantes y también muchos mayores, me juzgan. Me gusta vivir en este lugar porque me siento libre, nadie por aquí se mete conmigo ni me juzga y sí noto muchas veces, que alguien muy grande y bueno, me da su cariño y me quiere de verdad. Sentirme dueño de esta cabaña, el manantial de las buenas aguas, la soledad y el silencio que por aquí siempre hay, me gusta mucho. "El silencio es algo muy valioso y gustar las cosas sencillas y pequeñas, es propio de almas limpias y buenas", es algo que también me dice muchas veces mi padre.
Y al oír esto, la madre comentó:
- Yo pienso también que en la vida, es muy interesante ser dueño de un sitio especia donde tú puedas decidir hacer lo que quieras, cuando quieras y de la manera que más te guste.

Otra vez se hizo el silencio. Fuera del chozo, se oía la lluvia caer, ahora cada vez más suave y en menos cantidad. Se oía también, muy poco y a lo lejos, el ruido de la ciudad, algunos motores de coches, las voces de algunas personas y poco más. Porque según avanzaba la noche, las personas se refugiaban en los lugares más cálidos de sus hogares y solo iban quedando por las calles, las luces de colores parpadeando y algo veladas por la fina lluvia y algunas hebras de niebla que desde el río se alzaban. En el centro de la cabaña, la lumbre también se iba apagando lentamente aunque desprendía calor suficiente para caldear la estancia y reconfortar a los cuatro que la rodeaban. Hasta sus oídos también llegaba el rumor del pequeño manantial que, según el pequeño, surgía del corazón de la Alhambra.

Mientras se comían las naranjas, ya como postre después de haber saboreado los higos secos y las nueces, la niña mayor comentó:
- Pues nosotras y si nuestra madre quiere, podemos venirnos a vivir aquí contigo. Nos gusta tu cabaña, el manantial, el río, la figura de la Alhambra como vigilando en todo lo alto y vivir aquí en Granada pero en este bosque tan lleno de silencios y todo misterioso.
Y la hermana menor preguntó:
- Mamá ¿tú qué piensas?

- Pienso que ahora mismo es muy bonito todo lo que nos está ocurriendo. Queríamos venir por Navidad a Granada para comprobar y ver cómo se viven por aquí estas fiestas y mirad lo que nos ocurren sin que lo hayamos buscado. Mañana cuando salga el sol y veamos mejor todos estos panoramas, respondo a la pregunta que me has hecho.

De una de sus calabazas de peregrino, el niño vació un poco de agua en unos jarrillos de barro, se los dio a la madre y a las niñas al tiempo que les decía:
- Un poquito de agua con sabor a Navidad para completar la sencilla cena que acabamos de celebrar.
Bebieron despacio, saborearon con gusto el agua que el pequeño les ofrecía y en ese momento, se dejó de oír el rumor de la lluvia. Un poco sorprendida, la más pequeña de las niñas, preguntó:
- ¿Ha parado de llover?
De la lumbre el niño cogió un tizón que desprendía un poco de llama, se levantó, abrió la puerta de madera que servía para cerrar la entrada al chozo, salió fuera, alumbró hacia el manantial y al ver el espectáculo, dijo:
- ¡Está nevando! Venid y veréis qué bonito.

Rápidas las tres se levantaron, salieron fuera de la cabaña y sobre ellas, enseguida cayeron los blancos copos de nieve. Miraron para el barrio del Albaicín y al descubrirlo tan en silencio, como perdido y arropado por una fina capa de niebla, con el resplandor y las luces y la nieve cayendo, comentaron:
- Una Navidad de ensueño como solo aquí en Granada ocurre.
Y al mirar para la Alhambra, la vieron toda iluminada, por completo en silencio y con los copos de nieve revoloteando por entre las torres. Durante un buen rato, observaron este mágico espectáculo. Luego volvieron a entrar al chozo y como tenían frío, se envolvieron en las mantas que había sobre las camas y la madre dijo:
- Aunque mañana, pasado, la semana que viene, dentro de unos meses y a lo largo de los años que aun nos queden por vivir en este suelo, nos ocurran cosas importantes y muchas, no olvidéis nunca esta noche y este momento. Creo que es como un paréntesis en la realidad de este mundo y tiempo, que de pronto se convierte en un trozo de cielo, dentro de una dimensión que se llama eternidad. Nada de lo que a partir de esta noche ocurra en nuestras vidas, será nunca más hermoso, dulce y trascendente que este momento.

Los niños no entendieron mucho lo que la madre les dijo pero sí guardaron silencio. Se acurrucaron un poco más en las mantas porque tenían frío y como el silencio era por momentos más denso y profundo, se quedaron dormidos.

6 de enero 2021 -300

381- LA NIETA Y EL ABUELO

El abuelo, ya muy mayor, cansado y con muchos dolores por todo el cuerpo, era poeta. Autodidacta y por eso, todo lo que escribía decía siempre que era “a su manera”. Pero escribía todos los días y desde hacía muchos, muchos años. En la casa, en el baúl grande de madera que él mismo había hecho, guardaba todas sus poesías y una bonita colección de cuentos cortos que nadie conocía pero sí, de vez en cuando, leía a la nieta ya con doce años.

Y aquel día de invierno, el último del año, sentado frente a la chimenea, miraba por la ventana para la Alhambra. Desde la pequeña casa en el Albaicín, en mitad de la ladera no lejos del río Darro. Tenía en sus manos una pequeña cajita de madera de raíz seca de olivo que había tallado él mismo para regalárselo a la nieta en este fin de año viejo. Con su pequeña navaja de acero, daba los últimos retoques cuando a su lado, se sentó la nieta.

Sobre su hombre izquierdo, reclinó la cabeza y acercó mucho a la cara del anciano, sus labios y mejillas de seda. También su mata de pelo negro, llenó de esencia y suavidad, las arrugas de la cara y cuello del abuelo.

En silencio permaneció ella así durante un buen rato, sintiendo el calor del cuerpo del anciano mientras parecía soñar, al tiempo que miraba también por la ventana para la Alhambra y esperaba. El corazón del anciano, se llenó en ese momento de amor hacia la nieta y sentía que, a pesar de todo, la vida, las luchas y sufrimientos de cada día, merecía la pena si al final alguien acariciaba como en este momento lo hacía la nieta. Tal como estaba, casi durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña le preguntó:
- Abuelo, cuando una persona muere y se marcha para siempre de este mundo ¿quién se lo lleva y por cuánto tiempo?
Sorprendido por la pregunta, el abuelo no dijo nada. Permaneció en silencio mirando por la ventana y meditando la pregunta. La nieta dijo de nuevo:
- Es que abuelo, en estos últimos días del año, ya han muerto cuatro conocidos nuestros. El que todos conocíamos como el filósofo, el hombre bajo y regordete que apenas podía andar, el alto y delgado que le dolía el corazón y el que andaba encorvado. Todos eran tan mayores como tú y por eso temo que un día de estos también te mueras. ¿A dónde van las personas cuando la muerte se los lleva?

Siguió en silencio el anciano, con la cajita de madera en la mano y gozando del calor que le regalaban los labios y mejillas de la nieta. Como durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña de nuevo comentó:
- Y tú sabes que muchas personas dicen que nada importantes has hecho a lo largo de tu vida. Solo escribir poemas que muy pocos leen, caminar por estos sitios, mirar despacio a los paisajes y seguir escribiendo poemas. Y ellos creen, los que de ti comentan lo que te he dicho, que no tendrás ningún premio después de esta vida porque ninguna cosa importante has hecho en este suelo. ¿Es cierto eso, abuelo?
Y al oír esta nueva pregunta, el abuelo siguió recogido en su silencio. Refinando la madera de la cajita que preparaba como regalo para la nieta y mirando para la Alhambra. Pasado un buen rato y cuando otra vez la niña le preguntó:
- ¿Es cierto, abuelo que tus poemas no sirven para nada?
El anciano sí habló y dijo:
- En cada poema que a lo largo de mi vida he escrito, he dejado los latidos de mi corazón, los sueños de mi alma, mis creencias y fe en el cielo, mi dolor oculto y mi amor y respeto por las personas y todos los seres vivos y paisajes de este suelo. Y en cada momento, hija mía, en cada momento, he sentido que estaba bendecido por Dios. Por eso no tengo miedo y sí me encuentro muy satisfecho por la gran sinceridad y hermosa realidad que en mis poemas dejo recogido. Una visión del mundo, del Universo, de Dios, de la eternidad y de los seres humanos que poblamos este suelo, única, excelsa y bellísima que difiere mucho de lo que a diario viven las personas.

Guardó silencio la nieta, meditó un momento las palabras del anciano y tal como estaba con su cabeza recostada en el hombro del abuelo, otra vez preguntó:
- ¿Y tú crees, abuelo, que es suficiente para que Dios te premie después de esta vida, con haber escrito tus poemas y haber dejado recogido en ellos todo eso que me has dicho?
Dio el anciano el último retoque a la cajita de madera que tenía entre sus manos, puso dentro de ella un poema que había escrito hacía unos días, cerró el pequeño joyero y se lo dio a la nieta diciendo:
- Es mi regalo para ti de fin de año.

Cogió la nieta la cajita, la sujetó ilusionada en sus manos, la fue abriendo despacio, sacó el papel donde estaba escrito el poema y leyó:

Irse de este mundo
con el calor de tu beso en mi cara,
no es morir, ángel mío,
es dormirse en el alba,
en el regazo de Dios
donde has sido y eres hada
y dulce alimento purísimo
de mi alma.

Al terminar de leer estos versos, tal como estaba recostada sobre el hombro del anciano, lo miró y vio que en ese mismo momento se iba quedando dulcemente dormido. Mirando para la Alhambra y sintiendo en su cansado corazón, el calor de los labios y mejillas de la nieta.

7 de enero 2021 -301

452- FIN DE AÑO. Navidad 2016/2021

Se le vio subir por la senda del arroyo. Era por la mañana del último día del año. Ya el sol lo bañaba todo. Limpio, silencioso, como si anunciara algo o fuera el primer día del comienzo de la creación. Sobre la hierba, blanca, en mil cristales diminutos, reducía la escarcha. Por la noche, el frío había sido muy intenso. La nieve cubría todas las altas cumbres de Sierra Nevada y el cielo estaba por completo limpio de nubes. El azul era intenso y los álamos que a lo largo del arroyo y al borde de la senda se espesaban, serenos mostraban sus desnudas ramas. Las últimas hojas el suave viento, las había arrancado la tarde antes.

Subía solo, como acurrucado en sí y respirando despacio. De vez en cuando se paraba, miraba con emoción a la cristalina escarcha sobre los tallos de la hierba y concentraba su atención en los brotes de álamo que se mecían al borde de la senda. Cubría su cabeza con una vieja gorra y abrigaba su cuerpo con un viejo también jersey gris y pantalones negros. No tenía prisa. Por eso, al llegar a la fuente del arroyo de la derecha, se paró. Del Chorrillo de agua, colgaban tres carámbanos transparentes y por la tierra se esparcía el líquido convertido en placas de hielo. Bebió un trago y pensó en ella. A su mente acudieron los momentos en que por aquí jugaba con su niño y mostraba su alegría por la libertad que en estos paisajes encontraba. Sin reparo, dejaba ver que era feliz como pocas personas en este suelo. Así la veía él y por eso comenzó a llamar a este manantial con el nombre de ‘La Fuente de la Joven’.

Continuó subiendo y coronó hasta la explanada del pequeño montículo. Aquí se paró y, sobre la hierba bañada por el sol, se sentó. Al frente resaltaba la colina de la Alhambra, al fondo, Sierra Nevada, el río de las nieves y un poco a la derecha y cerca, se veía el cerro con las ruinas de la vivienda. Todo, por la explanada de las en ruinas, a la derecha y a la izquierda, en silencio y como ajeno. Pero él sabe, lo tiene grabado en las fibras de su alma, que en este lugar vivió ella los mejores momentos de dicha y libertad.

Desde un país extranjero, muy lejos de estos lugares, llegó una mañana. Sin estudios, sin trabajo, sin amigos ni conocidos por estos lugares. Y al verla y saludarla, los pastores le dijeron:

- Somos pobres y mucho no podemos darte. Pero en esta vivienda, tienes techo, un plato de comida, nuestro respeto y sincero abrazo. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Y se quedó. Con la esperanza de encontrar algún día trabajo y algún amor sincero con el que formar familia y hogar.

Por las calles de la ciudad, comenzó a tocar su guitarra y a cantar canciones tristes. Con las escasas monedas que los turistas le daban, iba pagando algo a los pastores. Un día se quedó embarazada, nunca contó ella de quién y entonces los pastores le dieron más cariño. Nació su niño y la mujer del pastor le hizo una cuna y un abrigo de piel de cordero. En la puerta de la vivienda, sobre el cerro frente a la Alhambra y a Sierra Nevada, ponía ella a su niño en la cuna y le cantaba. Hermosas canciones tristes que a los pastores emocionaban y por eso, cada día la querían más. Entre sí se decían:
- Es hermosa en su cuerpo y alma, como pocas personas en este mundo. Desde que llegó, nos ha traído la alegría, el gusto por la vida y el color y belleza de las cosas, Es tan joven que si nosotros no lo acogemos ¿a dónde iría esta criatura?

Sobre el cerro cerca de este otro cerro de las ruinas de la vivienda, él contempla y la recuerda. Cierra los ojos y la ve en aquellos días. Tiene la cuna de su niño en la puerta de la vivienda y frente al sol del nuevo día. Lo acaricia y le dice:
- Tú mira desde aquí y sonríe.
Se acerca al borriquillo, lo coges del ronzal, tira de él, salta, se acomoda en su lomo y comenta:
- Venga, vamos a dar un paseo mientras mi niño sonríe y yo soy libre y feliz como a pocas personas en este mundo.
Trota el borriquillo, sonríe su niño, son felices los pastores y hasta el airecillo que corre parece amable y acaricia con dulzura.

Y ahora el hombre, esta fría, soleada y última mañana del año, a revivir en su mente esta escena, se dice: “Poco después, te fuiste. A nadie dijiste nada, con quién ni adónde. No nos importó porque sabíamos que eras joven y necesitaba conocer más mundo, personas y vivir oportunidades. Desde aquel día nunca te olvidamos y en todo momento, deseábamos lo mejor para ti. Desde aquellos días ya han pasado muchos, muchos años. Tantos que hasta la vivienda del pastor, se ha convertido en ruinas. Todo por aquí ha quedado en silencio menos la fuente donde te gustaba beber y contemplar el paisaje. Y lo que con más fuerza por aquí sigue vivo, es tu imagen de joven hermosa y buena, paseando sobre el lomo del borriquillo mientras tu niño sonríe desde la cuna en la puerta de la vivienda. Solo esta escena es tan importante que da sentido pleno a una vida entera.

Hoy ya es otro fin de año. ¿Dónde estás, qué ha sido de ti, qué ha sido de tu niño y qué experiencias vives si es que vives aun? Desde este lugar y en esta última mañana del año, te recuerdo y me empapo de los paisajes y los latidos de estos rincones. El tiempo sigue corriendo, los humanos envejecemos, las cosas desaparecen y se transforman, todo se desmorona como en el vacío. Pero yo te conservo en mi alma y sé cierto que hay un lugar donde viviremos y seremos eternos. Lo bello, la sonrisa de tu niño, tu ilusión de libertad y la dignidad de tu corazón, no puede morir nunca, nunca, nunca”.

8 de enero 2021 -302

453- NO ESPERO REGALOS

¿Puedo seguir soñando contigo?

En la mochila gris que siempre llevo conmigo nunca me faltan tres cosas: la cámara de fotos, papel en blanco para escribir y un bolígrafo. Con la máquina recojo aquellas cosas bellas que encuentro en mi camino y luego se las regalo a todo el mundo. Sinceros regalos desde el corazón y con la única intención de que los demás también gocen las sencillas cosas que a mí me gustan. Y en el papel y con el bolígrafo recojo las cosas de mi corazón y sueños. Por eso creo que de todas las demás cosas de este mundo puedo prescindir menos de las tres que siempre llevo conmigo en mi mochila gris. Y hoy por ejemplo, ahora

mismo, necesito con urgencia dos de ellas. Casi con la misma necesidad que el aire que respiro.

Por eso acabo de sentarme sobre la hierba frente al río y me pongo a escribir para recoger lo que veo y siento. Tres cosas son también y las escribo para que no se me olviden y tú las sepas. En el papel pongo: 1ª- La Princesa ya no nos quiere. 2ª- Hoy nadie nos va a traer a nosotros ningún regalo. 3ª- La única compañía, amigo o compañera, ahora mismo, es mi sueño. Estas tres son las cosas que este momento escribo y me da igual el orden. Solo necesito dejarlas escritas para que no se me olviden.

La Princesa ya no nos quiere y lo digo porque, desde hace un tiempo, ha dejado de contarnos cosas. Ya no nos escribe y si lo hace es solo una línea fría y sin corazón. Y me pregunto: ¿qué le hemos hecho nosotros para que se haya ido de nuestro lado? Tú sabes, Sinombre, que siempre la tratamos con ternura y en cada momento le regalamos las palabras más bonitas. La arropábamos cada día y le regalábamos fotos y versos muy auténticos. Y también le dábamos las gracias, cada amanecer, por su amistad. Empezó a no agradecérnoslo y luego algo debió pasar porque comenzó a irse casi de puntillas y en silencio. Día a día cada vez nos contaba menos cosas y cuando lo hacía ya no era con la dulzura de los primeros momentos. Hoy ya creo que la Princesa no nos quiere. Y lo siento mucho, Sinombre, porque nosotros sí la seguimos recordando. Ahora mismo la echamos mucho en falta y más en un día como éste. Todo el mundo está ilusionado hoy con los regalos que le van a traer los reyes y todo el mundo tiene ahora a su lado un compañero o compañera con quien compartir la vida. Nosotros no tenemos ni a la Princesa porque ahora se ha ido de nuestras vidas y nos ha dejado sin su cariño. Estamos solos y me entristece pensar que la hemos perdido.

Por eso hoy nadie nos va a regalar a nosotros nada. Aunque sea el día de reyes. Tampoco echo yo de menos regalos porque desde siempre estuve acostumbrado a no tenerlos. Y pienso que en este mundo, igual que nosotros, Sinombre, hay muchas personas. Miles de niños hoy no van a tener ningún regalo. Ni siquiera el abrazo de un amigo o de una madre. Más o menos como nosotros. Y lo siento mucho porque yo creo que no hemos sido tan malos con las personas. En cada momento de la vida les hemos dado nuestro cariño, nuestros sentimientos y nuestra alegría. Pero mira, Sinombre, nos hemos quedado sin el cariño de la Princesa y también sin regalos de reyes.

Por eso decía, en la tercera cosa que apunté al principio, que la única amiga y compañera que ahora tengo en mi vida es mi sueño. No sé cómo decirlo pero sigo soñando cada día y espero. Mi sueño, en estos momentos es para mí, como la más joven, pura y dulce de todas las muchachas de este mundo. Cuando estoy triste, como en estos momentos, me sonríe, me llama, me anima y me pide que siga porque merece la pena. Y cuando miro su rostro y veo la dulce expresión de su sonrisa me digo que merece la pena que yo lleve siempre en mi mochila gris papel y bolígrafo. Para escribir y agradecer a mi sueño que siga aquí a mi lado y no me deje nunca sin su ilusión. Hoy, día de Reyes Magos, no tengo ningún otro regalo ni calor humano. Solo mi sueño y a ti, Sinombre, comiendo hierba en la pradera frente al río. ¿Y sabes qué te digo? Que es una pena que la Princesa haya dejado de darnos su cariño y que lamento mucho que hoy nadie nos regale nada a nosotros. De todas maneras yo sí les regalo, a todos los que conozco y sinceramente quiero, mi amistad

9 de enero 2021 -303

JUNTO A LA LUMBRE

403- Yo vi como la hermana,
desde las ovejas

que en calma pastaban
en el prado de la tierra
que verde y llana,
se extiende por la derecha,
se vino callada
y bajo el pino grande,
junto a las rocas que hacen de casa,
prendió fuego a las piñas
y con sus manos rodeó las llamas.

Hermosa como una flor
junto a la lumbre cálida,
yo la vi recogida
y al lado, su tinada,
por la llanura pastando las ovejas
y a sus espaldas,
saltando el arroyuelo
y en la fría mañana
de invierno apagado,
yo noté que el campo estaba
vestido de blanco por las cumbres
y la tierra, cuajada de escarcha.

404- De puntillas me acerqué a la hermana
llevando un puñado de piñas secas
y al rodar por el suelo,
después de soltarlas,
la saludé diciendo:
- ¡Qué lumbre más buena
has prendido junto al camino
de la fría mañana!

Y la hermana querida y pequeña:
- Tengo que calentarme
mientras pastan las ovejas
porque sino, de frío me muero
y ya de paso
aso tres bellotas
en las rojas ascuas.
Si quieres te quedas y nos las comemos
mientras nos dan calor las llamas
y luego cogemos madroños
en esta fría mañana.

Y acerqué las piñas a la lumbre
para que más calentara
y me puse a su lado
con el cuerpo y el alma
mientras le seguía diciendo:
- ¡Qué lumbre más reconfortante
para una mañana
tan solitaria y gélida como esta

y con tanto hielo por su cara.

405- Y desde su voz de melodía
de cristalinas aguas,
exhalando un perfume consolador,
me dijo la hermana:
- ¿Tú has notado
lo que transmite hoy
esta extraña mañana?

Y le digo que algo estoy notando,
pero el rocío echo escarcha
- ¿a qué te sabe hoy a ti
con esta lumbre de plata?
Y la pastora chiquita
de azul por el alba:
- Tengo las bellotas puestas
sobre las ascuas
y las ovejas pastando
por donde las madroñeras largas
y a ti, a mi lado buscando
piñas secas y blandas
¿a qué crees que me sabe a mí
esta fría mañana?

10 de enero 2021 -304
SENCILLOS VERSOS
Desde pequeño se afanó en recorrer los campos. Al atardecer se sentaba en la roca de la ladera, frente al sol cayendo, y miraba embelesado. Y, al amanecer, desde la puerta del cortijo, oteaba el horizonte y otra vez se extasiaba ensimismado en la llegada de un nuevo día. Y en primavera, verano, otoño o invierno, siempre recorría los paisajes, con la ilusión del joven más enamorado. Libre como el viento y en todo momento disfrutando del verde en los bosques y del rumor de las aguas yéndose por los regatos.

Desde pequeño y, según fue creciendo, se despertaba en él la necesidad de recoger y guardar sus abrazos con estos campos. Por eso, a su modo y de la mejor manera que sabía, cada día escribía en su cuaderno. Dibujaba algunos planos, ponía nombre a los árboles, rocas, fuentes y ríos y daba colores a las nubes. Y su cuaderno se fue llenando. De sencillos versos, de relatos vírgenes, de caminos blancos, de flores, de vuelos de pájaros y, sobre todo, de muchos y precisos planos. Y cuando el padre le preguntaba:
- ¿Y para qué quieres todo esto?
Él siempre respondía:
- Para mí mismo. Para tener siempre conmigo las cosas que me gustan tanto.
- Pero todas estas cosas las tienes cada día y en vivo frente a ti.
- Es cierto pero no es lo mismo. Este cuaderno y los planos que en sus páginas estoy dibujando, es como un tesoro único y personal. Como mi mayor fortuna.

Y el padre callaba y dejaba que siguiera con su juego. Hasta que un día, cuando ya tenía bastante años, se presentó en el cortijo el dueño de aquellos campos. Saludó al padre y luego le preguntó:
- ¿Y tú hijo?
- Con su cuaderno y por los caminos recorriendo los campos.

- ¿Su cuaderno?
- Sí, su tesoro más íntimo y preciado.
- Me gustaría tocarlo y echarle una ojeada.
Y el padre se fue con el dueño en busca del hijo. Desde el cortijo en la ladera, bajaron hasta el valle del río y luego subieron al cerro de los robles. Llamándolo a cada instante y mirando por todos los caminos. Caía la tarde y era primavera. Por eso todos los paisajes olían a hierba fresca, a flores y polen nuevo y cantaban los pajarillos.

Se lo encontraron sentado en la roca alta, mirando al horizonte, con su cuaderno en las manos y esperando a que el sol se pusiera. Le dijo el padre:
- El señorito, dueño de todas estas tierras, quiere hablar contigo.
Miró él al señorito y le preguntó:
- Aquí me tiene. ¿Qué quiere usted de mí?
- Me han dicho que tienes un cuaderno donde escribes y dibujas cosas únicas y bellas.
- En mis manos usted ahora mismo lo está viendo.
- Déjame verlo.

Y el dueño de las tierras arrebató el cuaderno. Lo abrió y lo ojeó y luego dijo:
- Lo que aquí tienes recogido son cosas que me interesan mucho. Desde hacía mucho tiempo, esto es lo que yo estaba buscando. Me quedo con tu cuaderno para siempre.
- Pero esta obra es mía, es mi sueño, mi tesoro, mi pequeña vida.
- Debes tener en cuenta que yo soy el dueño y estos campos son míos.

Se ponía el sol y por el camino del río el dueño se alejaba llevando con él el cuaderno. Sobre la roca sentado, frente a sol de la tarde, triste dijo al padre:
- No tiene derecho. Es mi tesoro, mi íntimo sueño.
- Pero ten en cuenta, hijo mío, que él es el dueño.

11 de enero 2021 -305

EL AGUA MILAGROSA

Los vi y me llamó mucho la atención. Siguiendo la carretera llegaron al lugar, se pararon a la derecha, miraron para el río durante unos minutos y luego comenzaron a bajar, siguiendo el caminillo. Por el río, conforme iban llegando, se esparcieron. Como buscando entre los juncos, en la corriente del agua azul verde y entretenidos con algún que otro animal: peces ranas, renacuajos…

Y vi que uno de ellos no se fue con el grupo para el río. Siguiendo una sendilla de animales silvestres, caminó por entre el monte, buscando la elevación del cerrillo. Coronó en poco rato y rodeó el gran peñasco. Lo vi agacharse y beber del pequeño manantial: un hilillo de agua pura como el viento más fino y fría como el hielo, que brotaba justo de los pies de la roca. Y, cuando terminó de beber, se alzó y miró a los que se movían por la orilla del río. Uno de ellos llamó preguntando:
- ¿Has encontrado lo que nos decía?
Le contestó:
- Aquí, a los pies míos lo tengo.

Y el que había preguntado dijo a los demás:
- Parece que ha encontrado el manantial del agua milagrosa.
Y dos o tres del grupo exclamaron:
- ¡Vayamos corriendo!

Y se pusieron a subir a toda prisa por las veredillas que surcaban el monte. Conforme iban llegando se paraban junto a él y preguntaban:
- ¿Estás seguro que ésta es el agua milagrosa?
- Es un agua buena como ninguna otra. Fría como el hielo, clara como el viento más puro y con sabor a roca y a ramas de enebro.
- ¿Y podemos beber toda la que queramos?
- Poneros en fila que yo os voy dando.

Y vi como él, otra vez se agachó junto al manantial, escarbó e hizo una pequeña poza, con tierra y piedrecitas y dejó que pasara un rato para que el agua se "aposara". Luego, con sus manos en forma de cuenco, recogió un puñado de agua de la poza y lo acercó a la boca del primero de la fila. La probó y al instante dijo:
- Es un agua como no he saboreado nunca antes. No hay duda, tiene que ser milagrosa.
Y el que había hecho la poza dejó que fueran acercándose y bebieran toda la que quisieran.

Uno detrás de otro, se fueron agachando e hincando las rodillas en el suelo, bebían de la poza. Con cierta ansia y también con el deseo de que el fino líquido obrara el milagro. Desde la distancia, apiñados junto al manantial de la roca, yo los estaba viendo. Y por eso ahora puedo dar testimonio de ello.

12 de enero 2021 -306

ENTRE LA NIEVE

"Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón".

Durante varios días estuvo nevando. Sin parar un momento a lo largo de estos días y por las noches y sin que apenas se moviera el viento. Con el cielo todo cubierto de espesas nubes negras y con las nieblas subiendo por los barrancos y coronando las crestas.

Pero aquel día, una mañana ya del mes de febrero, amaneció sin nubes en el cielo. Todo azul, con el viento en calma y la nieve reluciendo blanca. Extendida como una inmensa alfombra mágica, por todas las laderas de las montañas, por las llanuras y barrancos. Y, sobre todo, por la ladera de las encinas, el valle de las rocas, por donde la gran curva del río y por el arroyo de los fresnos. Por aquí y esta parte de la montaña la nieve había caído en tanta cantidad que ni se veían los caminos ni las aulagas ni los romeros.

Pero aquella mañana de cielo azul intenso, fría y blanca como la escarcha más pura, se asomó a la ladera. La de las encinas, frente a la curva del río y el valle de las rocas. Y, antes de continuar avanzando, se paró justo en lo más elevado. Miró, durante largo rato y descubrió que toda la ladera estaba cubierta por una gruesa capa de nieve. Se dijo para sí: "Me gusta esto. Así que no tengo miedo ni me acobardo". Y pasado unos minutos meditando y sin dejar de observar, respiró hondo y susurró: "¡Dios mío, si estuviera!"

Y pasado un largo rato, comenzó a caminar. Pisando la blanca nieve y dejándose deslizar por ella como en los años lejanos, todavía muy pequeño. Y su gozo fue inmenso.

Recibió la caria del aire en el rostro y sintió como si cayera al vacío de sus más bellos sueños. Esquivó el pino centenario, la encina de tronco retorcido, la roca boronda y el acantilado de la izquierda. Y, sin preocuparse nada más que de la sensación que gustaba en el corazón, descendió y descendió hasta aterrizar en las tierras llanas del valle. Justo por donde el río se remansa y, a la derecha, se apiñan los fresnos.

Sintió voces y miró. Por la ladera de enfrente, solana, los vio. Eran los mismos de siempre, con sus mismas vestimentas y la misma actitud. Se dijo en su corazón: "¿Cuándo dejaréis de recorrer estas montañas como feriantes que solo buscan divertirse en la fiesta? ¿Cuándo descubriereis que estos lugares son sangrados y por eso antesala del cielo?" No les hizo caso. Metido en sí, caminó ahora hacia el bosquecillo de los fresnos. Buscó por entre la vegetación y las rocas y encontró el refugio. Construido de madera, pegado a unas de las rocas más grandes y muy cerca del cauce del arroyo.

Al llegar empujó la puerta, abrió y entró dentro. Vio la chimenea y, a la derecha, el montón de troncos y ramas secas. Se puso, prendió fuego a las ramas más delgadas y luego echó troncos más gruesos. El fuego prendió con fuerza y, por eso en poco rato, toda la estancia estaba caldeada. Frente a la lumbre se sentó, abrió su mochila, sacó los alimentos y se puso a comer. Y, mientras contemplaba las llamas, saboreaba los alimentos y fuera el silencio se fundía con el frío, para sí otra vez se dijo: "Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón".

13 de enero 2021 -307

383- EL CORDERILLO COLOR NIEVE

Cuando las nieves cubrieron las montañas de Sierra Nevada y la escarcha apareció por las riveras del río Darro, en la Alhambra el rey dijo a su general:

- Ve a la majada del pastor del valle y le indicas que lleve a cabo lo que anoche aquí acordamos.

Y solo unas horas después, cuando el sol se alzaba limpio y brillante por encima de las altas torres, el general y cuatro de sus súbditos, salieron de la Alhambra. Montados en sus caballos, recorrieron las sendas dirección al valle de la majada. Al medio día, llegaron al lugar y en ese momento, solo una mujer con su hija, trajinaban por la puerta de la pequeña casa de piedra y monte. La niña, al ver a los caballos y a los hombres con sus ropas militares y armas de guerra, se asustó. Junto a la madre y como protegiéndose de algo malo, miraba sorprendida mientras también en esos momentos, un pequeño perro negro, ladraba a los que habían llegado.

Era diciembre y por eso el frío se colaba hasta los huesos. Las nieves se acumulaban en las partes altas de las montañas y por las laderas y cerca de los ríos y arroyos, las escarchas blanqueaban. Y como la familia de este pastor del valle sí celebraba la fiesta de Navidad, justo hoy se ocupaban ellos en algunos detalles de cara a la llegada del día más importante del año. Preguntó el general a la mujer:

- ¿Y tu marido?

- Por los campos con los animales. ¿Para qué lo quieren ustedes?

- Traemos un recado del rey de la Alhambra. Y como no tenemos tiempo, te lo voy a transmitir a ti para que cuando vuelta, tú se lo digas a él.

- Dígame lo que quiera que se lo comunicaré a mi marido en cuanto vuelva.

Y el general, muy brevemente transmitió a la mujer el encargo del rey y al poco regresaban por los caminos dirección a la Alhambra. En cuanto al caer la tarde el pastor regresó a la majada con su rebaño de ovejas, la mujer comunicó a éste lo que el general le había dicho. Y la niña, nada más saber de qué se trataba, comentó:
- Pues ahora mismo entro al corral y me traigo conmigo al corderillo color nieve.
- ¿Y eso por qué?
Le preguntó el padre.
- Ya sabes que es mi amigo y como aun es tan pequeño y se le ve tan débil, blanquito y tan bueno, no quiero que se lo lleves al rey. Me quedaré sola y triste si lo pierdo y precisamente por estos días de Navidad, es cuando más lo necesito para compartir con él mis cosas y mis juegos.

En la Alhambra, unas horas antes, el rey recibía a sus amigos, un grupo muy numeroso y les decía:
- Nosotros no celebramos la fiesta de Navidad como si hace el pastor del valle. Pero esta noche, mañana y pasado, os voy a agasajar con la mejor carne de cordero que hayáis comido en vuestra vida. Quiero que lo paséis bien y que cuando luego regreséis a vuestras tierras, digáis a todo el mundo que aquí en Granada, hay manjares que son trocitos de cielo con sabor a las montañas y nieve de Sierra Nevada.
- Hace bien su majestad, obsequiándonos con los mejores corderos criados en estas tierras. Porque como también dice, no celebramos la Navidad pero disfrutar de la mejor cena, no está prohibido. Se lo diremos luego a nuestros amigos para que se asombre del poder y riquezas que tiene el rey de la Alhambra.

En la majada del valle, dentro de la humilde casa, la niña abrazaba al corderillo color nieve. Le daba mantas de hierba y le decía:
- Come todo lo que quieras y no te asustes que a ti nadie te hará daño. Eres mi único amigo y por eso te cuidaré y protegeré con mi propia vida.
La madre y el padre la miraban mientras se calentaban en la lumbre de leña seca que ardía en la chimenea. La mujer dijo al marido:
- Si allá en la Alhambra te dan algún regalo por los corderos tan buenos que les hemos criado este año, nos traes de la ciudad algunas cosas para celebrar un poco mejor la fiesta de la Navidad.
- No te preocupes que si me obsequian con algo, cumpliré fielmente lo que me encargas.

Poco después, los tres se acostaron en sus camas de monte y la niña puso a su lado al corderillo color nieve y de nuevo le comentaba:
- Unos a otros nos damos calor y así también cuido de ti para que no te pase nada.
La noche transcurrió en silencio, sin chispa de viento, con mucho frío y con el canto de algún mochuelo y cárabo por entre los árboles del río. Y a media noche, la nieve comenzó a caer. Sin hacer nada de ruido pero sí en gran cantidad y en copos grandes y esponjosos.

En cuanto amaneció, el pastor se dispuso. Salió de la casa y al ver todo el campo cubierto por un blanco y extenso manto, dijo a su mujer:
- No es un día bueno para llevar a cabo lo que el rey me pide pero tengo que hacerlo porque de lo contrario, será malo para nosotros.
- Pienso como tú y por eso ahora mismo te ayudo en lo que necesites. Los caminos están llenos de nieve y el frío es mucho pero los reyes de la Alhambra no entienden de esto.
En un momento, entre él y su mujer, separaron todos los corderos de las ovejas y al poco, los conducía por los caminos dirección a la Alhambra. Acompañado solo de un pequeño perro blanco y negro y el zurrón de piel de oveja a sus espaldas donde su mujer había puesto algo de pan y queso. Por entre las nieves, el monte helado y los ríos de claras

aguas, condujo sin titubear el hato de corderos. Llegó a los recintos amurallados de la Alhambra al medio día y cuando justo en esos momentos en el cielo las nubes se abrían y el sol apareció. En cuanto vieron al pastaros con su hato de corderos blancos y lustrosos, los guardianes avisaron al general y éste transmitió la noticia al rey que enseguida dijo:
- Que pase con sus corderos a estos recintos.

Avisó el rey a sus amigos y todos acudieron, les indicó y se fueron sentando a los lados de los salones, en los extremos y al fondo. Les decía el rey:
- Ya veréis qué corderos más hermosos y sanos criados en los pastizales de las montañas más altas y bellas.
- Y esto ¿para qué lo hace su majestad?
- Para que cuando luego esta noche nos comamos sus carnes asadas en las lumbres de leña y sentados en las mesas de este gran palacio mío, tengáis conciencia del manjar tan bueno que os ofrezco.
Alabaron al rey sus amigos y en ese momento, por el fondo de una sala, aparecieron los corderos guiados por el pastor.

Enseguida el rey miró a este hombre y descubrir como vestía y calzaba, al instante dijo:
- Que le den unos bombines de seda para que no pise y manche el suelo de mármol de estos hermosos palacios mío.
Al oír esto, muy extrañado el pastor comentó:
- Pero majestad, el hato de corderos que ahora mismo desfila por los lujosos recintos de estos palacios suyos, rayan y ensucian mucho más que mis albarca de esparto que han sido lavada por la nieve de los caminos.
- Los corderos son una cosa y tú otra. Ponte los bombines de seda para andar por estos maravillosos palacios míos y luego te los llevas como regalo especial y agradecimiento mío por todo tu trabajo. Te servirán cuando andes por tu casa allá en la montaña y para que aprendas modales.

No dijo nada más el pastor. Siguió guiando el hato de corderos por delante del rey y sus amigos y, al poco, le prohibieron continuar. Le dijo el general:
- Tus corderos ya son nuestros. Dentro de unos momentos los habremos degollado todos y estarán asándolos en las lumbres de leña para que el rey se los coma con sus amigos. Tú, vete de aquí y regresa a tu majada.
- Y con estos bombines de seda ¿qué hago?
- Has oído al rey que te ha dicho que te los ofrece como regalo.

Sin más, salió el pastor de los recintos de la Alhambra, buscó los caminos de regreso y mientras iba surcando los montes, se paraba en los castañares y buscaba castañas. Se decía: “Todas las que encuentre, se las voy a llevar a mi niña y a mi mujer para que nos sirvan de alimento en esta noche de Navidad. Es lo único que puedo llevarles de este viaje mío a la ciudad de Granada”. Caía la tarde y llegaba él a su casa en el valle. Se encontró a su mujer a su niña con el corderillo color nieve, cerca del fuego en la chimenea. Preparaban unos dulces con miel de romero y la niña daba pequeñas hebras de hierba a su cordero y le decía:
- En esta noche, tú no estarás solo ni nosotros tampoco.

En la Alhambra, en esos momentos, degollaban a los corderos que el pastor había llevado. Desollaron luego sus cuerpos, los asaron en las brasas de los fuegos y se los ofrecieron en lujosas fuente al rey y a sus amigos. Sobre las ostentosas mesas, humeaban las carnes con olor a sierra, musgos y romeros, laurel y orégano al tiempo que el rey decía:

- Comed, amigos míos que esta noche invito yo.
Y los amigos comentaban:
- Y una comida como la que nos ofreces, no se saborea todos los días. Tus corderos son los mejores que hemos probado en la vida.

Junto al fuego, en la casa del pastor del valle, su acurrucaba el padre, la madre y la niña. Saboreaban lentamente las castañas asadas en las brasas y luego los dulces con miel de romero que la madre había preparado. Sacó el padre de su zurrón los bombines de seda y ofreciéndoselos a su mujer le dijo:
- Este es el regalo que el rey me ha dado por los corderos que le he llevado a su palacio.
- ¿Y para qué quiero yo esto?
- Según él, para que no manches el suelo de esta casa nuestra cuando andes por aquí trajinando.

Algo triste la niña preguntó:
- ¿Y no te ha regalado nada para mí?
La madre la abrazó y le dijo:
- Tú tienes ahora mismo a tu corderillo color nieve, nos tienes a nosotros que te queremos mucho, todos por aquí tenemos la inmaculada nieve de estas montañas, el profundo silencio de la noche, la música del agua yéndose por el río y la luz del sol y el azul del cielo cuando mañana amanezca. Y todo esto, es mucho más valioso que los palacios de la Alhambra, los reyes y sus amigos.
Desde las torres de la Alhambra y en esos momentos, los guardianes miraban para las montañas y al ver un gran resplandor azul oro por donde la casa del pastor, asombrados preguntaron:
- ¿Qué será aquella luminosidad tan bella que por aquellos lugares arde?

14 de enero 2021 -308
483- PRINCESA DEL BOSQUE
The coldest night of the year. 10-1-2010/2021

El campo en divinidad asombra al universo
En algunas partes del mundo, es casi normal que el frío sea tanto. En toda Rusia, en Noruega, en Alemania y en gran parte de Europa, por estos días primeros de enero, los termómetros han bajado mucho. A menos cuarenta grados han llegados en Noruega. Y, en algunas partes de Rusia, lo mismo o quizá más. Por eso allí y, en algunas ciudades, han creado hasta castillos de hielo. Tal es el caso de Irkutsk, la gran ciudad de Siberia, donde han hecho un museo del hielo, un gran palacio, todo construido con bloques de helados y dentro han colocado muchas figuras representando a los personajes de algunos cuentos clásicos. Todo de hielo transparente porque aquellos lugares se consideran los sitios más fríos del mundo y justo en estas fechas del año.

En el Cortijo de la Viña, al norte de la ciudad de Granada y en esta mañana diez de enero, el Anciano le decía a la niña:
- En Rusia, que haga tanto frío y que por las calles construyan figuras de hielo, es normal. Lo extraño es que estas cosas ocurran en nuestro país y más extraño es que suceda aquí en Granada.
Y ella preguntó al Anciano:
- ¿Tú crees que esta noche ha sido la más fría del año?
- Lo ha sido. Y por eso se han helado las cascadas del río, las fuentes en las calles y plaza de Granada, los ríos en las cumbres de Sierra Nevada y los manantiales y arroyos por estas tierras nuestras.

Y ella dijo:
- Quiero que me lleves a las cascadas del río. Un espectáculo como el de hoy solo ocurre en sueños o una vez cada muchos años.
Y él le contestó:
- Te voy a llevar a las cascadas heladas del río. También yo quiero verlas y disfrutar contigo tan fantástico y transparente espectáculo.
- ¡Vale! Porque también luego, cuando estemos por entre las obras de arte que dices el frío ha esculpido esta noche por esos sitios, quiero preguntarte algo.
- ¿Qué es lo que deseas preguntarme?
- Luego, cuando ya toque con mis manos las cascadas heladas del río, te lo digo.

Y no se habló más. Eran exactamente las nueve de las mañana del día diez de enero. Ocho grados bajo cero marcaba el termómetro que hay colgado en la puerta del Cortijo de la Viña. Quince o veinte grados bajo cero decían las noticias que por la noche, a las seis de la madrugada, habían señalado los termómetros de muchos sitios en Sierra Nevada. También hoy había mucha nieve en casi todos los paisajes de España. Nevó ayer mucho. Durante casi todo el día y hasta por la tarde. Luego, cuando ya se ponía el sol, las nubes fueron marchándose y esta noche se ha quedado por completo raso. Sin una nube en el cielo y por eso los termómetros han bajado tanto. Por eso ha helado y por eso, al amanecer de este nuevo día de enero, todo se ve tan frío, transparente y blanco.

Mientras se preparaban para salir del cortijo y ponerse en camino hacia las cascadas del río, observaban por la ventana. Bajo ella y fuera, se veían las ramas del acebo y, en estas ramas, los puñados de bayas rojas.
- Se habrán helado.
Comentó la niña.
Y en estos momentos se oyeron los chillidos de un mirlo y los alborotos de los gorriones.
- También estarán muertos de frío.
Seguía comentando. Y el Anciano le ayudaba a ponerse las botas, el abrigo, la bufanda y el gorro de lana. Ella continuaba diciendo:
- Y luego, si nos da tiempo y el frío no acaba con nosotros, quiero que me lleves a ver las fuentes de Granada. Será un espectáculo verlas heladas y también será un espectáculo ver heladas las fuentes y acequias de la Alhambra. ¿Te acuerdas del arroyuelo que corre pegado a la muralla?
- Claro que me acuerdo.
- Pues también quiero verlo. Helado y por entre aquellos olivos y raíces de los álamos, será emocionante. Y toda la Alhambra, con la blancura de Sierra Nevada al fondo, de ningún modo hoy quiero perdérmelo.

Ya el sol se derramaba limpio sobre los paisajes cuando salieron del cortijo. Cruzaron las eras, tapizadas de hierba, hoy blanca por la escarcha, y tomaron la senda que lleva al arroyo del balneario. De las ramas de las nogueras, desnudas de hojas y cubiertas por la escarcha, colgaban algunos carámbanos. Las últimas gotas de lluvia de unos días antes el frío las había convertido en hielo. Dijo ella:
- Dan ganas de cogerlos y comérselos.
- Cuando yo era pequeño siempre pensaba como tú ahora mismo. Y a estos carámbanos tan relucientes y cristalinos yo les llamaba “caramelos de invierno, regalo de las estrellas”.

Ella no comentó nada más en este momento. Se acercaron al arroyo del balneario y, antes de cruzarlo, vieron que por el lado de arriba, de la pequeña cascada, colgaban muchos carámbanos, mostrando las formas más variadas, todas bonitas y acariciadas por el limpio sol de la mañana. Junto a las aguas del arroyuelo, en los tallos de la hierba, en los

palos de las ramas secas, en los juncos y en las piedras, el hielo colgaba en mil pequeñas figuritas brillantes. De nuevo comentó ella:
- Y en verano, ya sabes la de veces que nos hemos bañado en la corriente y charcos de este arroyo. Hasta me acuerdo ahora mismo que el día que estuvo por aquí ella las temperaturas llegaron a cuarenta grados. No se podía vivir y ahora, el frío es tan intenso que hasta se congela el aliento.

Cruzaron la corriente, siguieron la senda que lleva a la ladera del olivar, bajaron por entre el bosque de los robles y, sin dejar la vereda, fueron descendiendo hacia el río. Por donde las cascadas más grandes y los redondos charcos azules. Y conforme iban acercándose, hasta ellos llegaba el estruendo de las aguas. Los días de lluvia, durante casi dos meses y hasta anteayer mismo, habían dejado mucha agua por los campos. Y, sobre todo, en las montañas al levante y por entre los bosques de pinares y castaños. Por eso ahora esta mañana, el río bajaba tan lleno.
- Como hace ya muchos años que no lo he visto yo.
Comentó el Anciano. Y como respuesta ella dijo:
- Fíjate como se muestran las cascadas.

Frente a las grandes cascadas se pararon y el Anciano miró para donde ella señalaba. Y asombrado descubrió el fantástico espectáculo. De arriba abajo y hasta los mismos charcos, caía brillante un amplio manto de hielo: carámbanos en forma de estalactitas y estalagmitas, engarzadas entre sí como con hilos de plata y dejando traslucir su transparencia a los rayos del sol que los besaba. Y arriba, donde las aguas del río comienzan a despeñarse para forma la cascada, los bloques de hielo eran tan grandes que hasta daba miedo acercarse más. Pero ella no sentía miedo y por eso decía al Anciano:
- Quiero ponerme justo debajo y al borde del charco azul. Dame tu mano y sígueme con cuidado.

Le hizo caso él y, durante unos minutos más, caminaron por la orilla del río. Pisando cristales de hielo y procurando no resbalar. Cuando ya estuvieron donde ella pretendía, se pararon, miraron embelesados y entonces preguntó:
- ¿Crees tú que Dios existe?
Y el Anciano permaneció callado. Ella aclaró:
- Te hago esta pregunta porque sé que muchas personas dicen que Dios no existe. Pero yo pienso que estas maravillas tan perfectas que ahora mismo tenemos ante nosotros, alguien las tienes que haber modelado. Tú mira despacio y verás como descubres la mano de Dios en ellas.

15 de enero 2021 -309

MISTERIOS DE LA VIDA

Lo vi caminando en silencio y solo, por entre las jaras y siguiendo la sendilla. Al frente y, como colgando en el vacío, se veía el sol, semi oculto en un remolino de nubes blancas y negras peinadas por el viento. Días atrás, había nevado mucho. Tanto y durante casi una semana, que todos los paisajes quedaron convertidos en casi una infinita sábana reluciente inmaculada. Llegó al borde del barranco, se paró, miró despacio durante un buen rato y, por encima de los eucaliptos, vio las tres robustas y misteriosas cúpulas. Un poco menos iluminada la del centro y, las de los lados, por completo sin luz ninguna. Todavía quedaban unas horas de sol.

Sacó de su bolsillo la pequeña libreta y repasó los nombres de la lista. Diez en total, todos de personas muy conocidas y queridas por él. Aun faltaban algunas. Y justo en este momento, la vio subir. Sola, siguiendo el camino que remonta río arriba dirección a la

cúpula iluminada. No portaba ni mochila ni bolso ni maletas. La observa con interés porque la conoce desde hace mucho. Anota su nombre en la lista de la libreta y espera unos minutos. Al poco, queda tapada con las copas de los eucaliptos y, unos minutos después, la ve entrar por la puerta de la cúpula iluminada. Casi al instante, todo el resplandor que de la cúpula mana, aumenta. Algo después, se oculta el sol y en el firmamento, aparecen las estrellas. Ve enseguida la estrella especial que viene observado cada atardecer. Y, como cada atardecer, descubre que el resplandor de la cúpula del centro, languidece al mismo tiempo que aumenta el brillo de la estrella especial. Se dice: “Otra persona más conocida mía que se marcha de la estrella donde viajamos todos los humanos, al misterio, al Universo que solo Dios conoce".

Quiere rezar por ella y por eso, entre las jaras, al borde del barranco y frente al firmamento sembrado de estrellas, se sienta. En su corazón se dice: “Dios, Tú, de la forma más misteriosa y bella, nos das la vida trayéndonos a este mundo. Nos rodeas y das lo necesario mientras crecemos y pones en nuestros corazones ilusiones y sueños al tiempo que tropiezos y enfermedades en el camino. Luego un día cualquiera, nos quitas la vida y nos arrancas de este mundo para siempre
¿A dónde nos llevas y para qué? ¿En qué nos convertimos tantos y tantos millones de personas desde en comienzo de los tiempos?” Nadie ni nada dio respuesta a estas preguntas pero sí, allá en las profundidades del Universo, vio parpadear la misteriosa y brillante estrella. Como si tuviera enviando o recibiendo un mensaje. Cerró los ojos, relajó su cuerpo, quiso soñar algo hermoso mientras el frío airecillo le rozaba labios, rostro y manos.

16 de enero 2021 -310

384- LOS TRES HERMANOS

No es bueno obligar a las personas a que hagan cosas en contra de su voluntad.

La casa tenía tres pequeñas habitaciones. En la habitación de la derecha, dormía el matrimonio y en las dos pequeñas de la izquierda, los dos hermanos, en una y la niña, en la otra. Y como al menor de los dos varones le gustaba mucho las avecillas del bosque y las que hacían sus nidos por entre los árboles en los huertos junto al río, siempre tenía algunas de estas aves en la habitación. Por eso, el hermano mayor, constantemente le decía:

- Llegará un momento que tendré que dejarte la habitación para ti solo y para los pajarillos que cada día recoges de los campos.
- Es que cuando me los encuentro caídos del nido, sin fuerzas y dejados de los padres, no tengo más remedio que cogerlos. ¿Tú sería capaz de dejarlos morir de frío y sin alimentos?
- Yo no ni tú tampoco pero lo que te digo es cierto: un día tendré que dejarte la habitación para ti solo y para tus pájaros.

La hermana mediana, sentía especial cariño por el hermano menor y respetaba mucho al mayor de los tres. Por eso ella, siempre que podía y cuando el hermano mayor no la veía, se ponía del lado del pequeño, mostrando interés por lo que éste hacía y apoyándolo. A veces, le ayudaba a buscar pajarillos indefensos por las riveras del río o por los bosques de las laderas a un lado y otro. Otras veces, se ocupaba en buscar comida para algunas de estas avecillas, como saltamontes, lombrices o semillas silvestres. Y en otras ocasiones, cuando algunas de estas avecillas enfermaban o las veía débil, las acurrucaba en sus manos para calentarlas al tiempo que les susurraba palabras buenas y le daba ánimo. Les decía:

- Tienes que ser fuerte y ponerte pronto sano porque así te dejaremos libre para que te vayas con los tuyos al campo.

Le gustaba esto mucho y le llenaba de ánimo al hermano pequeño y se lo gradecía también a escondidas del hermano mayor.

Hasta que un día de primavera, muy hermoso y con todos los campos llenos de hierba y muchas flores silvestres, el hermano menor preguntó a la pequeña:
- ¿Me acompañas?
- ¿A dónde?
- En la cañada de los tres servales, a la derecha del río Darro, hace unos días vi algunos nidos de pajarillos. Me acuerdo de ellos porque me preocupa que la tormenta que anoche descargó por esas montañas, los haya dañado. Por eso quiero ir a ver qué ha pasado por allí.
- Pues te acompaño pero no se lo digas a nuestro hermano mayor. Si se entera, seguro que nos lo prohíbe o se enfada con nosotros.
- Estoy de acuerdo contigo. Vamos sin que lo sepa y nos llevamos con nosotros una jaula pequeña por si algún pajarillo está herido y necesita ayuda.

Salieron de la casa, recorrieron las calles del barrio, remontaron por las veredas a los cerros por la derecha del río Darro y le entraron a la cañada de los servales desde abajo. Fueron subiendo poco a poco y al llegar a donde brotaba un pequeño manantial y crecían varios avellanos, el hermano dijo a la niña:
- ¡Espera un momento!
Se quedaron quietos y escucharon con atención y al instante oyeron el piar de unos pajarillos llamando a sus padres. Dijo el hermano:
- En ese avellano tiene el nido una pareja de verderones. Lo vi hace unos días y las avecillas ya mostraban las primeras plumas.
Miraron y no vieron a los pajarillos en el nido. Sí al momento los encontraron desperdigados por entre la hierba, casi sin fuerzas, llamando a los padres y por completo asustados. En unos minutos, cogieron a las tres avecillas, las metieron a la jaula, regresaron por los caminos y aquella noche, el hermano mayor, discutió con el pequeño. Bastante enfadado y casi a voces, le decía:
- Te he dicho mil veces que no quiero más pájaros en esta habitación nuestra. En cuanto amanezca, los voy a coger todos para acabar con ellos tirados en el río.

La hermana pequeña, desde su habitación, oyó toda la discusión que por la noche el hermano mayor había tenido con el menor. Por eso, en cuanto amaneció fue a buscar la borriquilla que el padre tenía para los trabajos en la huerta. Le puso el aparejo y cuando salía el sol por encima de las cumbres de Sierra Nevada y comenzó a iluminar las torres de la Alhambra, surcaba las calles del barrio montada en la borriquilla. Al verla una vecina le preguntó:
- ¿A dónde vas sola y tan temprano?
- Me marcho de mi casa y de este barrio.
- ¿Pero a dónde te marchas y por qué?
- A un país muy lejano donde todas las personas sean amantes de los pájaros y del campo.
- ¿Pero qué sueño es este tuyo?
Y despacio, la niña le explicó los problemas de sus dos hermanos. La mujer la escuchó paciente y al final le dijo a la niña:
- Pero mujer, en este mundo, cada persona tenemos nuestra forma de ser, nuestros gustos y carácter. Tú y tus hermanos, como hacemos todas las personas, tenéis que aprender a respetaros para convivir.
- Las cosas serán así pero yo ahora me marcho para siempre de mi casa y de este barrio en busca de un mundo nuevo. Deme usted un beso y cuando vea a mis hermanos, les da a ellos otro de mi parte.

Besó la niña a la mujer casi llorando y luego la despidió. Siguió montada en la borriquilla y poco a poco la fue guiando hacia al río y para donde se encontraban los huertos. La mujer enseguida fue a casa de los padres de la niña y les contó lo que había visto y oído. Rápido el padre y el hermano pequeño salieron de la casa y corrieron por las calles en busca de la hermana. La encontraron al lado de arriba del pequeño huerto, como escondida entre unas rocas y matas de lentiscos. En cuanto el hermano menor la vio, salió corriendo, la abrazó y le dijo:
- Yo no quiero que te vayas y me dejes solo. Quiero irme contigo a ese mundo nuevo que dices y llevarme conmigo a todos los pajarillos que tengo en mi habitación.
Se presentaron en ese momento el hermano mayor y la madre que enseguida dijo a la pequeña:
- Hija mía, si mundos maravillosos como los que tú buscas no los hay en ningún lugar de la tierra.
- Pero mi hermano tiene derecho a ser amigo de todos los pajarillos que quiera sin que nadie se lo prohíba. Y yo no quiero ser mala ni enfadarme con ninguno de vosotros.

Se acercó el padre a la pequeña, la abrazó con ternura, se sentó en el suelo junto a ella, le pidió al menor de los hermanos que se sentara delante de él, entre sus piernas y también le dijo al mayor de los tres:
- Y tú siéntate aquí a mi derecha.
Le obedecieron los dos hermanos y cuando la madre también estuvo sentada en el lado de arriba y sobre una roca, el padre habló y dijo:
- En el alero de este pequeño edificio que aquí en el huerto tengo para guardar las herramientas, desde hace muchos años, una pareja de golondrina viene y hace su nido. Nunca yo las molesté ni me preocupé en ayudarles en nada. Simplemente las dejé que vivieran sus vidas mientras yo me dedicaba a mis cosas. Y este año, de nuevo ahí las estamos viendo. Van y vienen con pequeñas pellas de barro, plumas y hebras de pasto para reparar el nido y criar otra vez a sus polluelos. Y si miramos al frente, por el río y laderas a derecha y a izquierda, observaremos cientos de pájaros por ahí revoloteando. Currucas, verderones, ruiseñores, gorriones, chamarices, mirlos, oropéndolas, palomas y tórtolas. Todas, igual que estas golondrinas, se afanan con sus nidos y las crías, indiferentes a mi presencia por aquí y lo mismo yo con ellas.

Hizo el padre un pequeño alto en su relato y la pequeña aprovechó para preguntarle:
- ¿Y qué es lo que deseas enseñarnos con esto que nos dices y muestras?
- Algo muy sencillo y que entenderéis con toda claridad. Que todos los pájaros que por aquí hay y otros muchos que viven a lo largo y ancho de la gran naturaleza de montañas, ríos y valles, se enfrentan a la vida y la superan o no sin que nosotros les ayudemos en nada. Y esta es la gran verdad: que la naturaleza y los seres vivos que la pueblan, cuanto más libre y en paz la dejemos, mejor sabe adaptarse, desarrollarse y vivir. Y nosotros sí que podemos coger de la naturaleza aquello que sea bueno y necesitemos, respetando por encima de todo y no intentar dirigirla y domesticarla a nuestro gusto o capricho. Y lo que quiero deciros es que la mayor ayuda que podamos prestarle a las estas avecillas que viven por aquí y a las del mundo entero, es admiraras, disfrutar de sus cantos, vuelos y verlas libres y en paz. Dios ha impreso en ellas sabiduría y conductas que nosotros desconocemos y por eso es bueno y hermoso no intervenir en sus vidas.

Guardó silencio el padre y también los tres hermanos. Y fue justo en este momento cuando, las dos golondrinas que por el aire revoloteaban, de repente se posaron en el suelo. A solo unos metros de ellos y, como si buscaran la mejor hebra de pasto para el nido, emitían sus trinos y miraban a un lado y otro, sin asustarse y como si les gustara

estar ahí. En silencio observó la niña, el hermano pequeño y el mayor y, cuando después de unos tres minutos, las dos golondrinas alzaron vuelo y se fueron al nido, la pequeña dijo:
- Nunca antes había visto nada igual.

17 de enero 2021 -311

TODO MADURADO

425- Lo vi bajar por la calle estrecha del pueblo que corona el cerro y como todavía no había llegado la luz del nuevo día, lo vi como al llegar a la plaza cuadrada con firme de piedras, se sentó en la roca del lado de arriba que era por donde caía, en abanico, el caño.

Y primero miró al frente como si buscara la presencia de la persona amada y como fue descubriendo que el rincón estaba por completo todo solitario, a pesar de las casas que le rodeaban y que se les sentía repletas aunque las personas, por ser de noche, todavía estuvieran descansando y como se notó a gusto en la soledad del amplio espacio, de su zurrón sacó sus viandas y se puso a comer con la solemnidad de quien ya lo tiene todo madurado.

Y vi como en la noche clara que avanzaba asombrada hacia el amanecer transparente y blanco, por entre sus pies cansados y sus carnes ya perfumadas de reluciente alba, saltaba la corriente limpia que amorosamente todo lo inundaba y armoniosamente se abría como en un abanico de sueños colorados y lo que de siempre había sido una simple plaza con bombillas eléctricas y algunos rosales artificiales clavados en el asfalto, al llegar él y sentarse solemne en la piedra que es sillón del viajero que llega cansado, se transformó, desde el silencio, en un rutilante escenario.

La soledad con el agua corriendo y la luz de la noche, era lo grandioso y de misterio más cargado y luego su presencia y la iluminación del terreno y la fuente desbordada como fuera del tiempo y sin espacio y desde lejos, en la otra dimensión, quise acercarme y preguntarle:
- Viajero, conocido por mí porque soy yo y eres mi hermano ¿qué celebras en este amanecer tan detenido en la aurora y de tanta esencia vital, preñado?
Y me pareció oír de su boca:
- Es como si el camino aquí se hubiera acabado y también un poco el tiempo y por eso las personas que llenan estas casas, están descansado y al llegar, nadie me recibe sino el vacío de la amplia plaza, la música de la fuente fluyendo en su nítido canto y la inclinación del terreno anunciando.

Y le volví a preguntar:
- ¿Pero qué celebras en esta soledad y espacio?
Y él:
- Un poco el nuevo año pero lo que más ahora mismo yo estoy celebrando, es el encuentro con mi propia alma por donde tengo anidado el sueño que me mantiene vivo en el calor del Dios amoroso que fue principio, camino y fin y ahora, mi eterno descanso.

18 de enero 2021 -312

455- EL POEMA DEL RÍO

Al salir el sol, sube despacio siguiendo la senda que desde la pradera del río remonta a la llanura de las encinas. Hace frío, mucho frío. Sobre la hierba, se ve blanca la escarcha y de las ramas de algunos árboles, cuelgan gotas heladas. Es el frío propio de estos primeros

días del año. De aquí que arriba y a lo lejos, se vean blancas las cumbres de Sierra Nevada. La nieve ha caído en abundancia hace una semana y ahora las noches son muy largas. Aunque hoy, esta mañana, el cielo se presenta por completo limpio de nubes, azul intenso y con el sol iluminando puro.

Avanzaba despacio, recogido en sí y en silencio. Roza las viejas encinas de la derecha y, unos metros más arriba, se encuentra con las ruinas. Montones de piedras, trozos de tejas, algunos metros de paredes por completo rotas y la hierba brotando por entre todas estas ruinas. Se detiene, mira un momento, respira profundo y sigue.

En su mente se amontonan los recuerdos y en su corazón le amarga la tristeza. Por sus ojos brotan lágrimas y en sus manos se apelmaza el frío. A su izquierda aparecen las otras cuatro encinas. Recuerda los momentos que por aquí ha vivido y mira. Ya no encuentra por el suelo ni una sola bellota. Pero por la tierra, por toda la llanura hasta el collado, la hierba cubre en un tupido y verde manto. Como si pretendiera anunciar que la vida brota por primera vez a lo ancho del Universo. Él sabe que no, que todo es viejo, muy viejo. Tan viejo que ni siquiera su mente es capaz de imaginar el principio ni tampoco el fin y por eso, la hierba reluce como si fuera el comienzo de todo. Y siente como si en este comienzo, eterno estuviera aunque se note viejo, cansado, solo en este mundo y frente a la gran verdad que da sentido a la Creación completa.

Corona hasta el collado. Aquí se para un momento y mira hacia su derecha. Descubre el cauce del río. Serpenteante, hermoso, esquivando rocas y árboles, se desliza y avanza hasta rozar el collado. Desde aquí, continúa avanzando y por su izquierda, se pierde al fondo y a lo lejos. Antes de desdibujarse, se encuentra con las rocas. El laberinto rocoso que la misma corriente del río ha pulido y modelado a lo largo de los tiempos. Por aquí se ve la extraña roca que tanto le gustaba cuando, de pequeño, por estos rincones se movía.

Del bolsillo de su pantalón, saca un trozo de papel, algo roto, amarillento y escrito por una sola cara. Ni siquiera recuerda ya en qué momento escribió lo que en el papel hay. Sobre la piedra se sienta frente a la clara corriente del río y lee despacio:

“Cuando ya no esté, Dios mío,
y el río del edén siga corriendo
con la transparencia que lo he conocido
y con la luz y gozo que me ha dado contento
desde aquella primavera que me lo encontré
chiquitico, allí donde duerme el viento,
para cuando ya no esté, Dios del alma,
sólo tres cosas pedirte ahora quiero:

Permíteme que cada noche sueñe
con este río que aquí me dejo
y permíteme que sienta el rumor de su corriente
con la misma claridad que hoy la siento
para que mi corazón enamorado
no se muera de tristeza en el destierro.

Permíteme, Creador de las estrellas,
que cuando esté soñando este dulce sueño,
pueda percibir el olor de las montañas
que dan vida al que es el río más bello
y permíteme que pueda coger

los juncos y las ramas de los fresnos
para que en aquella distancia amarga
siga vivo un poco más, aunque esté muerto.

Permíteme, amado Dios de mis entrañas
que cuando ya no esté y me alimente con el sueño,
encuentre cada noche un prado limpio
y un poquito de hierba junto al sendero
para refrescar las sangre de mis venas
y seguir creyendo, que aunque muerto,
vivo todavía por estas riberas
donde recibí de ti aquel tan hondo beso".

19 de enero 2021 -313
385- CUMPLEAÑOS
Las personas no mueren nunca
si al correr de los años y los siglos
se mantiene viva su memoria.

Toda la casa en si era hermosa y rezumaba esencia a cielo. Es lo que continuamente decían los vecinos y aun parece que por el lugar se palpa esto. Besada por el sol a lo largo de todo el día, en mitad de la ladera del Albaicín, por encima del Puente del Aljibillo, frente a la colina de la Alhambra y mirando al gran valle de la vega. Y aunque la vivienda no era muy grande porque tenía solo dos habitaciones, una sala con chimenea y un patio rectangular lleno de flores, resultaba de lo más confortable y silenciosa.

Y ella, ahora ya con más de ochenta años, se sentía reina, refugiada en esta pequeña vivienda y feliz como pocas personas en el barrio. Porque fue aquí donde se instaló al poco de casarse, aquí tuvo su primer hijo, el segundo y el tercero y aquí, al calor del fuego de la chimenea, pasaba horas por las noches charlando con el marido, cuando volvía de las montañas de cuidar el ganado. Este había sido su trabajo desde pequeño y todo el barrio lo sabía y lo conocía. Con lo poco que le pagaban cuidando el ganado y con las cuatro cosillas que sacaba del huertecillo junto al río, crió a los tres hijos. Pero estos, en cuanto fueron mayores y se les presentó la oportunidad, se marcharon de la casa y del barrio. El varón mayor, se fue al norte de España y el varón pequeño, emigró a una ciudad cerca del mar. Solo la hija mediana se quedó en la casa y fue la encargada de cuidar a los padres según estos envejecían. Hasta que un día, el padre ya se quedó casi sin fuerzas, ciego de los dos ojos y con dolores por todo el cuerpo. Y una noche de invierno, al levantarse de la cama, se cayó al suelo y murió.

Acudieron los dos hermanos al entierro y entonces, entre ellos hablaron y se dijeron:
- Ahora que nuestra madre se ha quedado viuda, podemos ponernos de acuerdo y que viva una temporada en casa de cada uno.
Y la hermana mediana, al oír estas cosas, se entristeció y comentó a los hermanos:
- Ella siempre ha vivido conmigo y hasta que muera, me gustaría que de este modo siguiera.
Y al darse cuenta los hermanos que la hermana mediana necesitaba de la presencia de la madre para cuidarla sentirse útil, nada más hablaron de este tema. Volvieron otra vez cada uno a su casa, lejos de Granada y el tiempo fue pasando. No con mucha frecuencia pero sí de vez en cuando, algunos de los hermanos volvían al barrio para ver a la madre, ya muy anciana pero con el mismo gozo de toda la vida en su corazón y alma.

Hasta que un año, al llegar la primavera, la madre ya casi sin fuerzas, dijo a la hija mediana:
- Para mi cumpleaños en esta ocasión ¿sabes lo que me gustaría?
- No puedo ni imaginarlo. ¿Qué es lo que te gustaría?
- Que nadie me haga ningún regalo ni venga a nuestra casa a verme.
- ¿Y eso?
- Desde que se fue y nos falta tu padre, no tengo ganas para nada en esta vida. Su ausencia lo ha dejado todo sin sentido. ¿Dónde lo tendrá Dios recogido? Con lo bueno que siempre fue conmigo, qué dolor tan grande que ahora para siempre falte de mi vida.
Y la hija dijo:
- Pues tú no te preocupes que la celebración de tu cumpleaños en esta ocasión será como lo deseas y sueñas.

En aquel mismo instante la hija se puso y comenzó a preparar el pequeño recinto del patio de la casa. Plantó macetas con flores muy variadas, las regó y en los arriates, sembró muchos rosales y colgó macetas en las paredes del patio y en las columnas. Florecieron todas estas plantas y justo el día de su cumpleaños, todo el patio estaba decorado con mil colores, cargado de finas esencias y resplandeciente de luces limpias y azules. En el centro del patio, la hija colocó una bonita mesa de madera y un sillón de esparto que el padre había tejido hacía muchos años, sentó a la anciana y le dijo:
- Esto es para celebrar tu cumpleaños del modo que en esta ocasión deseas. Con muchas flores vivas en la que siempre ha sido tu casa y sin más regalos que la visión de la Alhambra allá sobre su colina, el azul del cielo de esta ciudad de Granada y las blancas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada.
En el sillón de esparto se acomodó la anciana mirando por entre las flores que de las macetas colgaba hacia las torres de la Alhambra y exclamando de vez en cuando:
- ¡Qué dolor, hija mía!

Se alzaba el sol ya a medio cielo, derramándose silencioso sobre los palacios y jardines de la Alhambra, cuando la hija volvía de hacer su trabajo en algunas casas del barrio. Y al abrir la puerta y entrar al patio, se quedó sorprendida. Toda la mesa de madera que delante de la anciana había puesto, se encontraba llena de originales y bonitos regalos. Y entre estos regalos, vio algunos dulces y ramos de flores. A los lados, por el suelo y por las paredes, las flores de las macetas y arriates, regalaban vivas pincelas de colores, como alegres mariposas queriendo volar al azul del cielo. La hija se acercó a la anciana que parecía dormir un aplacible sueño en su asiento de esparto y le dijo:
- Despierta que parece que alguien que te quiere mucho, sin que tú y yo lo sepamos, ha venido por aquí a traerte originales regalos.
Pero la anciana ni abrió los ojos ni dijo nada ni despertó. Dulcemente sonreía, mirando por entre las flores hacia la Alhambra y, por el purísimo azul del cielo, parecía irse hacia el paraíso que en su corazón toda su vida había soñado y al encuentro del esposo ausente.

20 de enero 2021 -314

180- ESTUDIAR FRENTE A LA ALHAMBRA

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. Sin embargo él, a primera hora de la tarde, salió de su casa. Con tres gruesos libros bajo el brazo y cruzó la plaza, pisó los primeros metros de la Carrera del Darro y al comenzar a subir, se tropezó con el amigo. Se saludaron y luego el amigo preguntó:
- ¿Otra vez el mismo sitio?
- No puedo evitarlo.

- ¿Y qué es lo que tiene de mágico ese jardín?
- No sé decírtelo con palabras pero tiene algo.
- Claro, porque estudiar, como tantas otras personas, podrías hacerlo cómodamente en tu casa. Un día de estos me voy a ir contigo para que me enseñes, no el camino sino el rincón donde te sientas a estudiar frente a la Alhambra. Quiero ver y experimentar lo que a ti tanto te fascina.
- Pues cuanto tú quieras.

Se despidieron y siguió subiendo. Esta tarde era una de las más de doscientas veces que ya había acudido al mismo sitio. Ni siquiera recordaba en qué momento y cuantas eran las veces que había visitado el rincón. Desde pequeño, desde que andaba metido en el mundo de los libros, desde siempre, desde toda la eternidad. Y siempre hacía lo mismo. Salía de su casa, lentamente caminaba por el paseo que discurre río Darro arriba, torcía luego, ya al final, para la izquierda, seguía subiendo despacio la cuesta y al llegar a la puerta de hierro, llamaba. Le abrían y entraba. Saludaba y sin más pérdida de tiempo, se iba al rincón. Justo entre las plantas buscaba el sitio más apropiado, se sentaba y, frente a la Alhambra, se ponía a estudiar. Dejando que pasara el tiempo. Y siempre mirando y estudiando en sus libros, le parecía descubrir a sus pies, por donde corre el río Darro y las laderas de la umbría de la Alhambra, un mundo mágico. Profundo como el valle más amplio, repleto de bosques verdes y vírgenes a los lados, surcado por limpísimas cascadas, riachuelos y manantiales e eliminado por el sol más puro.

Y siempre que vivía él esta experiencia, en el corazón se le quedaba una sensación muy placentera. Por eso nunca tenía ganas de irse del lugar ni volver a la cotidiana realidad de la materia y por eso un día y otro, regresaba. Y en esta ocasión, sin apenas mirar a las personas con las que se cruzaba, recorrió despacio el hermosísimo paseo de la Carrera del Darro. Llegó a la recogida plaza del Paseo de los Tristes, lo recorrió y al final, donde el puentecillo de piedra da paso al camino del Avellano y Cuenta del Rey Chico, torció para la izquierda. Continuó subiendo por la empinada Cuesta del Chapiz y al llegar al Carmen de la Victoria, se paró frente a la puerta de hierro. Llamó y al instante la puerta se abrió. Pasó dentro, saludó a la persona que le atendía, una mujer mayor que le preguntó:
- ¿Qué libros son los que traes hoy?
- Ya estás viendo, tres muy gordos, viejos y que pesan como demonios pero hermosísimos.
- ¿Hablan de lo que andas estudiando?
- Hablan de eso pero de una manera que gusta y transporta al más hermoso de los sueños.
- Tienes que dejármelos para que también los lea yo. Y también hoy quiero irme contigo para sentarme a tu lado en el rincón que tanto te gusta.
- Puedes hacerlo pero es que hoy, como otros tantos días, deseo estar solo.
- Si ya conoces tanto este sitio que hasta con los ojos cerrados lo podrías recorrer y gustar.
- Parece eso pero no es así.
- Pues como quieras.

Y por entre los pasillos, escoltados por gruesos árboles y plantas muy bellas, siguió caminando. Hasta que llegó al moral de tronco retorcido. Se paró aquí, miró para la Alhambra, al frente y sobre la alta colina y luego fue deslizando sus miradas por las laderas hacía el río. Y conforme descendía iba descubriendo lo que ningún otro día había visto. Por las laderas donde los bosques se tupían vírgenes, grupos de niños jugaban y, mientras corrían y gritaban, se decían:
- Démonos prisa y recorramos estos paisajes antes de que los profesores nos llamen otra vez a clase. Hay tantos misterios por aquí que debemos descubrirlos para luego mostrarles a ellos lo que realmente es importante.

Desde lo alto, desde su lugar en el jardín del Carmen de la Victoria, él miraba, los veías y escuchaba. Y como tantas otras veces, descubrió a la Alhambra al frente y como vigilando pero en esta ocasión mucho más imponente y misteriosa. Se dijo: “A todos los libros del mundo, hasta el mejor escrito y de contenido más bello, le faltará siempre el capítulo más importante mientras no sea leído y estudiado desde este balcón frente a la Alhambra. Con el corazón abierto y el alma ensanchada para descubrir, gustar y oír el misterioso mundo que en estos paisajes se agazapa. La Alhambra, el río Darro y el barrio del Albaicín, no se entienden por completo sin esta visión tan íntima, cerca y lejana. Contaré esto a mi amigo para que comprenda que leer un libro o estudiar frente a la Alhambra, es algo único”.

21 de enero 2021 -315

SIN ROSTRO

El pequeño pueblo se alza en todo lo alto de la Loma, entre olivos, mirando al sol de la mañana, frente a las montañas pobladas de pinos y blanco como la nieve. Es antiguo, tiene iglesias y palacios construidos con piedras, algunas calles son muy estrechas, crecen árboles centenarios en las tres o cuatro planetas y, al caer las tardes, se reflejas en las aguas del río grande que desciende de las montañas de los pinos. En este pequeño pueblo, casi nunca se ven turistas y menos aún, en estos momentos de la gran pandemia mundial.

22 de enero 2021 -316

63- VENTANA A LA ETERNIDAD

Al lado sur del río Darro, frente a la Dehesa del Generalife y en las laderas que van desde el Albaicín hasta la Abadía del Sacromonte, se encuentran los arroyos. Tres o cuatro pequeños barrancos que, desde lo más elevado del monte, caen hacia el valle de Valparaíso y cauce del río Darro. Estos arroyos cortos quedan por completo frente a la Alhambra, al fondo y como a los pies de Sierra Nevada. Y en el centro de estos dos barrancos, hay un puntal de tierra, tan elevado que es casi balcón al río Darro y a todo el barrio del Sacromonte. Espejo también del sol de la tarde y donde se alzaba la casa, escenario de este relato. Fue pequeña, blanca, construida casi en la pura roca y donde el aire a todas horas pasa, llevando y trayendo los aromas y ausencias de los reinos de Granada.

Por la senda que corona por el collado de los robles, se le vio asomar aquella tarde. Con solo una pequeña mochila en sus espaldas, en su mano un palo seco de acebuche que había cogido mientras se acercaba y con el corazón ilusionado. Los recuerdos le asaltaban en cada curva de la senda y al encontrarse con los árboles en los arroyos. Por eso, bajó despacio, meditando cada paso y recordándola en su alma hasta que se encajó en lo más elevado del puntal. Echó una marida, a lo lejos y por los barrancos y luego siguió acercándose. Se aproximó a la puerta de la casa, buscó la llave, abrió y entró.

En la estancia, la chimenea húmeda y todavía con las cenizas de la última lumbre y rodeada por las cuatro sillas. La mesa de madera a un lado y la puerta de la habitación, al fondo. La empujó despacio y pasó dentro. Se acercó a la ventana, miró a través de los cristales y descubrió el ancho valle del río. Al otro lado del cauce y sobre la gran colina, descubrió la figura de la Alhambra, eterna y muda. Más al fondo, Granada, la ancha Vega y el sol apagándose en el horizonte lejano. Sobre los muros de los palacios descubrió las torres clavadas y como si, al igual que en aquellos tiempos, estuvieran al cielo implorando.

Esperó un momento sin dejar de mirar a través de los cristales de la ventana y con sus ojos clavados en la lejanía. También el sol se ocultaba tras las altas torres de la Alhambra. Por eso, el misterioso resplandor color oro, parecía prender fuego a las murallas

y paredes de los palacios. Y al descubrir el espectáculo, emocionado recordó el momento. Su corazón se llenó ahora de miedo, mezclado con briznas de gozo y asombro y un triste sentimiento. Tampoco ella hoy estaba y deseaba con más fuerza que nunca que viera tanto las torres que servían de escudo al sol como el fulgor que de ellas manaba. También ansiaba que viera la casa sobre el cerro y la tarde yéndose allá a lo lejos. Porque tenía claro en su mente, una vez más, que en este lugar y momento se encontraba toda la dicha que siempre había soñado. Todo el cielo del Universo y la plenitud de la eternidad más honda. Por eso, volvió a sentir el dolor en su alma mientras por la cara le rodaban dos lágrimas. En lo más íntimo, le quemaba la tristeza al tiempo que se moría en un gozo inmenso.

23 de enero 2021 -317

486- CANTO A LA NIEVE - I

singing to snow

La casa de madera tiene su puerta cerrada y, al llegar nosotros, ya todo estaba cubierto por la nieve. Una fina capa blanca que hasta daba pena pisar. Y seguía cayendo. Como en bandadas de blandos copos, cada vez más y más tiernos. Desde la misma explanada de la casa, al fondo y lejos, se veía relucir Sierra Nevada y algo más cerca, la Alhambra. No nítida del todo sino como velada por la fina luz gris niebla. Dijo la niña:

- Por aquellas cumbres me la imagino a ellas.

Abrió la puerta el Anciano y entramos. Lo primero que hizo él fue buscar las ramas y troncos secos que en el rincón de la estancia estaban apilados. Los puso en la chimenea y les prendió fuego. En dos minutos las llamas se alzaron y la estancia se llenó de calor limpio y bueno. Otra vez comentó la ella:

- Y que la nieve siga cayendo. Que no pare en todo el día ahora que se ha puesto.

Fuera y en la misma puerta y entre las encinas y los almendros, tú y Enebro nos mirabais como diciendo: “No preocuparos por nosotros que por mucha nieve que caiga no tenemos miedo. Somos dos valientes y por eso nos gusta esto.” El niño del río, amigo de la niña, expresó:

- Como se están poniendo las cosas seguro que no vienen pero, como son amigas de la nieve porque en su país abunda, a lo mejor se animan en cualquier momento.

La pequeña me miró y yo comprendí que ella se llenaría de dicha si se hacía real lo que su amigo acababa de comentar. Y la animé yo diciendo que sí, que sería muy bello. Pero la nieve seguía cayendo espesa y rápida y por eso ya la hierba no se veía. Y ahora, desde dentro de la casa de madera y al calor del fuego, la niña parecía más hermosa. Por entre los pinos y a lo lejos se oía el canto de un mirlo. Y a la derecha y más lejos se veían las montañas por donde el pastor da careo a sus ovejas.

- Si hoy no para de nevar en todo el día y al llegar la noche sigue cayendo, esto será una nevada realmente en serio. Ya hacía falta que llegara una nevada como ésta porque, aunque parezca lo contrario, la nieve es buena para todo. Se me alegra a mí el alma y por eso estoy contento. Venga, os animo a cantar conmigo la canción de la nieve mientras, desde aquí dentro, seguimos viéndola caer y las esperamos a ellas.

Abrí mi cuaderno de campo y, en sus páginas busqué, no lo que por la noche me había contado Serafín para que yo se lo leyera a la niña nuestra sino la letra de la canción que había anunciado. La encuentro y la leo despacio para aprendérnosla bien.

Letra de la canción de
la nieve sobre los campos

Mariposas libres,

hermanas de la hierba
y amigas del rocío
en las praderas,
así son los copos
que cayendo, juegan.

Y son besos
de luz y estrellas
que en los brazos del viento
vuelan
para traer desde el cielo
ternura tierna.

Que siga cayendo
esta nieve buena
y que cubra el suelo
y la hierba
que hace falta blancura,
y mucha, en esta tierra.

Cantando bajo la nieve -II
singing under the snow

Y, a través de los cristales de la gran ventana de la casa de madera, contemplábamos nosotros la nevada. La densa bandada de grandes copos que lentos descendían y se posaban sobre las ramas de los árboles y en el suelo. Dentro de la casa el calor de la lumbre nos confortaba y el silencio nos envolvía. Y miraba la niña más atenta que nadie cuando se oyó una música. La voz de una persona que fuera y, por entre la nieve y la niebla, también cantaba. Preguntó, sorprendida:
- ¿Estáis oyendo vosotros lo mismo que yo?
Y el Anciano le respondió:
- Se oyen los timbres de una melodiosa voz humana.

Por debajo de las encinas y a la derecha de la casa de madera tú y Enebro os recogíais. Como reculados contra el viento para defenderos de la gran nevada. Y por la derecha nuestra se veía la senda que sube desde el lado de Granada. Miraba yo fijo en este punto mientras con interés escuchaba y las vi asomar. Eran tres y, la bandada de espesos copos que descendían de las nubes, finamente las velaba. Le dije a la niña:
- Por ahí vienen y son tus amigas.
Y era cierto. Casi cubiertas por el fino velo que tejían los frágiles copos se les veía acercarse y la primera era Julia. Abría sus brazos y cantaba con júbilo. Como si se alegrara de la nieve que estaba cayendo o de venir a nuestro encuentro. Y hasta nosotros llegaban, cada vez más nítidas, las vibrantes notas de la canción que entonaba. Le dije de nuevo a la niña:
- Viene solfeando la misma melodía que yo le he oído más de una vez cuando ella va por las montañas. Ya sabes tú que Julia siempre canta. Que lleva ella dentro de su corazón tanta alegría, tanta fuerza de vida, tanto amor por lo bello y tantas ganas de vivir, que siempre tiene que compartirlo y lanzarlo al viento para que los demás nos enteremos. Es como si su felicidad no fuera plena si los demás no somos felices con ella. Ya sabes tú y, todos los demás también sabemos, que en su corazón, en su alma, es donde Julia tiene, encierra y guarda, la más bella reina que nunca hubo en este suelo. La canción que ahora

viene cantando le pregunté un día y me dijo que se llama What a wonderful World, que traducido al castellano sería: Que mundo tan maravilloso.

Nos quedamos quietos dentro de la casa y mirando a través de los cristales de la ventana y al poco rato ya las vemos claramente. Y también oíamos con toda claridad la tonada que venía desgranando. Lo hacía en inglés, porque Julia se siente mucho más cómoda con este idioma y esto era lo que nosotros escuchábamos:

I see trees of green, red roses too
I see them bloom for me and you
and i think to myself what a wonderful world.
I see skies of blue and clouds of white
the bright blessed day, the dark sacred night
and i think to myself what a wonderful world.
The colors of the rainbow so pretty in the sky
are also on the faces of people going by
i see friends shaking hands saying how do you do
they're really saying i love you.
I hear babies crying, i watch them grow
they'll learn much more than i'll never know
and i think to myself what a wonderful world
yes i think to myself what a wonderful world.

Veo arboles verdes, rosas rojas también
los veo florecer para mí y para ti
y pienso que es un maravilloso mundo

Veo cielos de azul y nubes blancas,
el día glorioso y brillante, la oscura noche sagrada
y pienso que es un maravilloso mundo

Los colores del arcoíris tan hermosos en el cielo
son también las caras de las personas que van por ahí
Veo amigos estrechándose las manos diciendo ¿Cómo estás?
Y en realidad quieren decir “Te quiero”

Oigo bebes llorando, los veo crecer.
Ellos aprenderán mucho más de lo que creen
y pienso que es un maravilloso mundo
Sí, pienso que este es un maravilloso mundo. Louis Armstrong

24 de enero 2021 -318
511- MORIR BAJO LA LLUVIA
Dentro de un momento
voy a recibir el abrazo
del gran Dios eterno,
el amigo que siempre a mi lado
tuve desde pequeño.
Será dentro de nada
pero antes del encuentro,
quiero que la lluvia me lave
entre los brazos del viento

y la hierba verde y fresca
de este último y primero invierno.

Era ya muy mayor. Se movía con gran dificultad, tenía el pelo blanco y, aunque de sus labios en ningún momento se iba una sonrisa, los dolores se lo comían por dentro, caminaba torpemente y al hablar, algunas cosas no las pronunciaba con claridad. De cuerpo menudo, generoso y amable con todos y siempre como recogido en sí, casi continuamente tenía su pensamiento en la imagen del Creador y Dios en el que creía.

Toda su vida la había pasado en una gran casa atendiendo a personas y cuando ya los años lo envejecieron, de pronto un día sintió mucho dolor. Le diagnosticaron cáncer y comenzaron a tratarlo con medicamentos. Pero la enfermedad siguió avanzando hasta que llegó un momento que no se podía levantar. Le dijeron:
- Tendrías que irte a otra casa donde hay personas que te cuidarán bien y como mereces.
- Pues sí Dios lo quiere, sea así.
Dijo sin más. Pero unas horas más tarde, comentó:
- Si tengo que irme a ese lugar, me voy pero antes quisiera algo.
- ¿Qué es lo que quieres?

Muy pausadamente y como rogando, explicó:
- Noto y sé que las fuerzas se me acaban. La muerte viene acercándose y el trozo de camino que le queda para llegar a mí, es corto. No tengo miedo alguno porque a este punto concreto, se ha orientado toda mi vida. Sabía y todos los sabemos, que nuestra permanencia aquí el suelo, el solo por un tiempo. Un recorrido corto en el camino, todo orientado hasta este punto final. Y siempre, siempre y ahora lo tengo más claro, que justo al llegar a este final, voy a encontrarme con el Dios hermoso y bueno en el que he creído desde pequeño. Por eso repito, que no tengo miedo de lo que en nada de tiempo, va a sucederme.

Pero antes, en las horas que me quede en el suelo, quisiera vivir algo que me importa y deseo mucho.
Y de nuevo le preguntaron:
- ¿Pero qué es lo que deseas?
- Quiero que me llevéis a ese lugar de la montaña que me gusta tanto. A la ladera norte de la gran Nevada y donde los árboles son espesos. Ahora, en estos días de otoño, todas las hojas de esos árboles, se han teñido de colores amarillos y naranja y por la pradera crece la hierba. Corren por allí los arroyos, huele todo a setas y musgo y el viento acaricia con la suavidad de la seda. Todo es por allí tal como estoy diciendo porque lo veo cada noche en mi sueño.

Y en la pequeña llanura que hay por delante de la cueva en la roca un poco por debajo del manantial del roble, ahora la hierba crece como en una tupida y muy delicada alfombra. Justo ahí, en esta llanura y sobre la bella alfombra de hierba fresca, quiero acostarme todo desnudo. Mirando a las nubes que van por esos lugares mientras sobre mi cuerpo recibo las gotas de lluvia que las nubes siembran. Quiero vivir y experimentar este placer en los últimos momentos de mi vida en este suelo. Para preparar mi espíritu para el encuentro del Dios en el que siempre he creído. Es está mi última voluntad en este mundo porque ya sé que voy a marcharme de un momento a otro.

Los que le escuchaban, amigos y compañeros, se miraron entre sí. Dejaron pasar un rato y luego el principal, preguntó:

- Pero con lo delicado que te encuentra y las pocas fuerzas que ahora mismo tienes ¿de qué modo crees tú que acostarte sobre la hierba y dejar que la lluvia lave tu cuerpo puede hacerte bien?
- Físicamente quizás no me haga ningún bien pero en el espíritu, será ya mi unión con Dios a través del mejor regalo que siempre tuve de Él en este suelo.
- Y sin embargo, las personas que te conocemos y otras ¿no van a pensar que estamos locos? ¿Qué somos crueles y poco humanos contigo?
- Me da igual. Yo ahora, solo tengo dolor en mi cuerpo y sé que la vida se me escapa a chorros.
- Pues ahora esta noche, descansa lo que puedas y mañana ya veremos qué hacer.

Lo llevaron a la habitación sujeto por otras dos o tres personas porque apenas podía moverse. Torcía la cabeza y decía:
- Es que el dolor que tengo en mi cuello es insoportable. De este modo encuentro un poco de alivio.
En el sillón verde lo sentaron frente a la ventana y los árboles de jardín. Decía:
- Ojalá esta noche se nuble y mañana llueva mucho.

Antes de ponerse el sol, se empezó a nublar. La luna salió y se ocultó entre las nubes y algunos autillos, comenzaron a ulular. Se dijo: “Este año no veré las luces de la Navidad por entre las ramas del árbol que cada año decoran los estudiantes. No veré la nieve sobre las hojas del acebo bajo mi ventana, no veré a los jóvenes universitarios con sus mochilas yendo y viniendo ni oiré la música de los villancicos. Cuando estos días lleguen, ya no estaré yo este año por aquí”.

Con estos pensamientos en su mente y entumecido por los dolores, se fue quedando dormido. Ya casi entre sueños, notó que alguien abría la ventana de su habitación. Y al instante, sintió la lluvia caer como en forma de rumor y música muy grata. Susurró como en forma de oración: “Es el beso que en estos momentos necesito. Pero quiero sentir este beso, resbalándome por las carnes de mi cuerpo. ¿Por qué no me concedes este último deseo, Dios del cielo?” Y el sueño lo venció casi por completo.

Antes de que amaneciera, los compañeros llamaron a la puerta de su habitación. Nadie contestó dentro. Abrieron ellos y entraron. Lo vieron recostado en el sillón, muy cerca de la ventana, abierta ésta y uno de sus brazos, cerca de la abertura de la ventana. Algunas gotas de lluvias, habían entrado por las rendijas de la ventana y sobre la mano y brazo, se veían trabadas. Lo llamó uno de los compañeros y al notar que ni respiraba ni respondía, dijo:
- Se ha dormido en los brazos de la eternidad.
- Dios se lo ha llevado porque esto era lo que en sus oraciones y torturado por el dolor, él le estaba pidiendo. Seguro que ahora ya descansa y disfruta en el cielo que, todos estamos muy seguro de ello, Dios le ha regalado.

Fuera, la lluvia caía, un petirrojo desgranaba delicados trinos en las ramas del acebo, por las bayas rojas de este arbusto, resbalaban transparentes gotas de lluvia y la luz del nuevo día comenzaba a iluminar los lugares. El silencio era total y las nubes, en forma de fina niebla, se paseaban y llenaban los huecos entre las ramas de los cedros y almendros. Todo en su palpitar de los días anteriores pero como en un extraño, doloroso y a la vez, delicado vacío en el ambiente.

Epílogo

Si la naturaleza, montañas, bosques, ríos y praderas, al ir por ellas, no nos hace mejores y por dentro nos transforma y eleva, es porque estaremos haciendo un uso inadecuado de las cosas. Sobre todo de la naturaleza. Cualquier arroyuelo, cualquier mata de hierba, cualquier canto de pajarillo, cualquier nube, tarde de lluvia, mañanas de primavera, cumbres nevadas o flor pequeña, debe siempre ayudarnos a comprender y ver nuestra pequeñez en relación con el Universo. Y debe estimularnos tanto que seamos capaces de ver, en cualquier hoja de hierba o gota de rocío, una luz, un camino, un libro abierto que nos orienta hacia la verdad suprema. Nada hay más puro y bello en este mundo que la naturaleza en sí, a su ritmo, recreada por el viento y el tiempo. Nada puede transmitirnos mejor la grandeza de su Creador para llenarnos por dentro de bondad y llevarnos al gusto por lo puro, amable y sencillo. La naturaleza debe, en todo momento, servirnos para hacernos mejores. De lo contrario, estaremos haciendo un mal uso de ella.

Una sola hoja de hierba
o el canto de un grillo
en la pradera,
son más que mil mundos
llenos de bibliotecas.

25 de enero 2021 -319

64- LOS TRES PRÍNCIPES

La madre, sentada en su casa, al calor del brasero en la mesa de camilla, le decía a su niña:
- La mayor riqueza del mundo, la mayor fortuna de la vida ¿sabes tú cual es?
Y la niña enseguida le contestó:
- Yo creo que es tener amigos.
- Tener amigos es algo muy bueno y necesario. Pero siempre deberíamos conformarnos con pocos. Con los mejores. No desees nunca tener montones de amigos.
- Y tener bonitos vestidos y dinero ¿también es importante?
- El mejor tesoro de la vida, la mayor fortuna de todas, es la paz con uno mismo, ser libre y saber gustar la sencilla belleza que tienen las florecillas. Con solo estas tres cosas se puede ser muy feliz en esta vida porque no hay mayor tesoro en el mundo.

Era sábado, ya mediado de enero, estaban ellas sentadas en la mesa de camilla, en su casa del Acebo junto al río Darro y frente a la Alhambra. La noche hacía solo unas horas que había llegado y por eso, unos minutos antes, en el acebo de la ventana de la niña, el mirlo había estado cantando. Al oírlo ella comentaba con la madre:
- Desde que llegó el año nuevo, después de noche vieja, no ha parado de cantar. ¿Le pasará algo?
Y la madre le dijo:
- Intuye que la primavera viene de camino y por eso se prepara para hacer el nido. ¿Te acuerdas del año pasado?
- Sí que me acuerdo.
Y ella guardó silencio durante un rato y luego le preguntó a la madre:
- Ser amigo del mirlo y de los animales del bosque y de la Alhambra ¿también es importante?
- Tanto como ser libre y tener el corazón lleno de paz. Ser amigo del mirlo y de las ardillas del bosque pertenece al mayor y mejor tesoro de la vida.

Guardó la niña otro minuto de silencio y luego volvió a preguntar:
- Y tener una bonita casa de madera entre las ramas del viejo árbol de este bosque de la Alhambra ¿también es una fortuna?
Ahora fue la madre la que guardó silencio. Meditó un momento y luego dijo:

- Eso pertenece a los sueños, cosa que es también muy buena y necesaria en esta vida. Soñar es muy hermoso y placentero. Pero ser libre y tener el corazón lleno de paz, es lo mejor de todo. Y nosotras, además de una bonita casa junto al río que corre a los pies de la Alhambra, tenemos un acebo con un mirlo que canta todas las mañanas y también tenemos ardillas, las aguas claras, el bosque, el azul del cielo y la bonita figura de la Alhambra siempre sobre su colina. También nos da compañía en silencio de la noche y el aire puro y fresco que mana de este bosque y juega contigo en la ventana. Todo esto es una grandísima fortuna.

La niña volvió a preguntar otra vez por su casita de madera en el árbol viejo del bosque y después se fue a la cama. Le dio un beso la madre y, mientras se quedaba dormida, imaginó algo. Al poco rato se durmió mientras recordaba que al día siguiente era domingo y no tendría que madrugar para ir al colegio. Y al poco de quedarse dormida tuvo un sueño. Vio que por la ladera del bosque de la Alhambra caminaban tres príncipes vestidos de blanco. Y los vio como llegaron al viejo árbol que ella tenía en esta ladera y bosque. Del mismo bosque que junto a este viejo árbol se espesaba, pero sin cortar ramas, los príncipes cogieron muchos palos gruesos. Algunos los convirtieron en grandes tablas y otros los dejaron tal como estaban. Subieron luego a las ramas del viejo árbol amigo de la niña y, en un abrir y cerrar de ojos, construyeron una preciosa casita de madera. Toda escondida entre las ramas y hojas del viejo árbol, con la puerta y dos ventanas mirando a su casa del Acebo junto al río y a las primeras casas del barrio del Albaicín. Por el lado de atrás y casi en el techo, la casita de madera tenía como un pequeño mirador desde donde se podía observar las murallas y torres de la Alhambra. Y en su sueño vio ella como cuando los tres príncipes terminaron de construir la hermosa casita de madera, subieron por las sendillas del bosque y se metieron en los recintos de la Alhambra, aprovechando unos túneles secretos que ella nunca había visto antes.

La despertó el canto del mirlo cuando ya el sol comenzaba a levantarse por encima de la Alhambra. Y así, tal como estaba en su cama al despertarse, se quedó inmóvil. Llamó a la madre y enseguida le contó el sueño que había tenido. Luego le preguntó:
- ¿Será verdad que esta noche han construido para mí una casita de madera en el árbol viejo que tanto me gusta?
- Puede que solo sea un sueño aunque muy hermoso.
- Como hoy es domingo y no tengo colegio voy a levantarme rápido, preparo mi mochila y subo hasta el árbol viejo y compruebo si mi sueño es verdad o no.
Y la madre se puso a prepararle el desayuno. Ella se levantó aprisa, se duchó, desayunó, preparó su mochila, metió dentro frutas y algunas cosas más, mientras comentaba:
- Si me encuentro allí a mi casita de madera, quiero celebrarlo con los tres príncipes que me la han construido. Y si vienen a buscarme algunos de mis amigos diles que en el árbol viejo los espero.
- Pero lo de la casita de madera solo ha sido un sueño.
- Tengo que comprobarlo. Me llevo el pañuelo blanco y el rojo. Dentro de un rato tú te asomas a la ventana del acebo. Si ves que yo cuelgo en el árbol el pañuelo rojo, es que la casita de madera no existe. Pero si ves mi pañuelo blanco en lo más alto de las ramas del viejo árbol y ondeado por el viento, entonces es que mi sueño es una realidad. Sube corriendo y lo celebramos.

26 de enero 2021 -320

65- LAS NARANJAS Y EL LIBRO

Ya a mediado de enero, las naranjas de la Huerta del Cortijo de la Viña, estaban muy maduras. A primera hora, todas las mañanas, el Anciano iba al naranjal, buscaba una

buena naranja, la cortaba de su rama, la pelaba despacio y sentado junto a la acequia, se la comía. Este era su desayuno y por ello él todos los días daba gracias al cielo. Sabía que era un gran afortunado no solo por las ricas naranjas que cada día podía comerse sino por todo cuanto a su alrededor tenía: el Cortijo de la Viña, el arroyo con el agua clara del balneario, la huerta con los naranjos y la viña, el Puntal de los Almendros, el Bosque de los Robles, el borriquillo color plata y la niña.

Por eso, aquella mañana de sábado, madrugó un poco más. Buscó en la estantería el libro, lo metió en la bolsa de cuero que él mismo había hecho para protegerlo, se la colgó en forma de bandolera y luego salió fuera. Subió al naranjal, en la huerta y se puso a coger una buena carga de las mejores naranjas. Las fue echando en dos grandes espuertas de esparto y, cuando ya las tuvo llenas, se fue al por el borriquillo. El hermoso borriquillo Sinombre y que él tanto quería por los buenos ratos que a su lado había pasado. Le puso los aparejos, le colocó el serón pequeño, echó dentro de este serón las naranjas que tenía en las espuertas de esparto y luego acercó al borriquillo al terraplén de la acequia. Dio un salo y, con agilidad, se colocó en todo lo alto. Se acomodó bien y se puso en camino dirección a Granada.

Llegó a la casa del Acebo, en la misma orilla del río Darro y frente a la Alhambra, algo después del mediodía. Se apeó, llamó a la puerta y fue la niña la que enseguida preguntó:
- ¿Quién es?
- Tu amigo del Cortijo de la Viña. Abre y baja que te traigo un regalo.
Bajó ella corriendo, abrió la puerta, se abrazó al Anciano, lo besó y luego le preguntó:
- ¿Qué regalo me traes?
- Una buena carga de las naranjas más gordas y ricas que nunca se vieron en Granada.
Y ella le dio las gracias diciendo:
- ¡Cómo sabes que es la fruta que más me gusta!
- Lo sé y por eso te las traigo. Este año hay una muy buena cosecha. Quiero que cada día, como hago yo, te comas una de estas naranjas para desayunar.
- No voy a olvidarme ni un solo día, te lo aseguro.

Y a continuación ella preguntó:
- ¿Y esto que tienes aquí colgado?
- Es el libro.
Le dijo sin más. Porque él siempre, desde que lo estaba compartiendo con ella, lo llamaba "El Libro". Por eso, como ella conocía ya parte de lo que el libro guardaba en sus páginas, de nuevo le preguntó:
- ¿Vas a revelarme hoy lo que tantas ganas tengo?
- Algo pero antes vamos a descargar a este borriquillo.

Y dicho esto, se pusieron y en poco rato descargaron y subieron todas las naranjas a la casa. Llevó luego él al borriquillo al rellano en el puente del río, ya en la ladera del bosque de la Alhambra y como ella no se apartaba de su lado, le preguntó:
- ¿Te quedas esta noche aquí con nosotras?
- ¿Por qué quieres saberlo?
Y ella le dio la mano, lo llevó al pequeño muro en el Paseo de los Tristes, se sentaron mirando a la Alhambra y le dijo:
- Desde aquí mismo, mira qué bien se ve la ladera de este hermoso y misterioso bosque. Y mira como destaca la hondonada donde me dijiste aquel día él tenía su cueva. Por eso estoy pensando que si esta noche te quedas, podrías llevarme a ver el misterio de esa cueva. Es como si esta tarde o esta noche fuera el mejor momento.

Y el Anciano, sentado junto a ella y mirando al bosque y a la figura de la Alhambra en su colina, le dijo:
- En esa cueva, desde hace ya mucho tiempo, parece que no hay nada.
- Pero ahí es donde tú me dijiste encontraste el libro.
- Ahí fue donde él, a lo largo de su vida, lo fue escribiendo y ahí lo dejó escondido.
- Además de los relatos que ya me has dicho contiene el libro ¿qué más cosas guardan sus páginas?
- Los relatos, las más bellas, misteriosas y sencillas historias, son un tesoro incalculable. Pero es cierto que también hay otras cosas en este libro. Un secreto tan grande, que son cientos y que nadie conoce ni nunca nadie ha imaginado que pueda darse aquí en la Alhambra.
- ¿Y tú vas a contármelo?
- Si esta noche me quedo en tu casa, al calor del brasero y junto a tu madre, te leeré uno de los relatos y luego te revelo el secreto.
Y ella, emocionada como si le hubieran regalado el mejor de los juguetes, dijo:
- ¡Vale! Ojalá esta noche, ahora mismo, se pusiera a nevar para que no puedas regresar al Cortijo de la Viña. Y también para que la Alhambra y este bosque frente a mi casa, se vista del blanco. Sería un marco perfecto mientras me lees el relato y me revelas el secreto.

Y poco después, el frío se hizo intenso, las nubes en el cielo se espesaron y, cuando ya el sol comenzó a perderse al fondo de la Vega de Granada, la nieve empezó a caer**.**

27 de enero 2021 -321

387- NOCHE DE LUNA CLARA

En su sueño, el joven se vio por el río Darro, al otro lado de la colina del Generalife y algo más abajo de Jesús del Valle. Dos ríos se juntaban por este espacio y el del centro, el que parecía principal, bajaba lleno de aguas claras y serenas. Se vio subiendo por una de las sendas, cruzó la corriente del río más ancho y luego atravesó el valle. Por donde el río principal ofrecía un pequeño vado, cruzó también este valle y buscó la sendilla que subía a lo más alto del montículo.

Estaba oscureciendo pero no sentía miedo. Quería llegar a los más alto del monte para desde ahí, es más fantástico mirador que hay sobre el río Darro, colina de Generalife y torres y murallas de la Alhambra, observar este espectáculo. Iba solo y no temía que la noche se le echara encima. Pero aligeró sus pasos y, cuando oscurecía, llegaba a los más altos del montículo. Durante un rato estuvo buscando el sitio desde donde dominar más panorama hacia toda la cuenca del río, colina de la Alhambra y Vega al fondo de Granada. Cuando la luna asomaba por lo más alto de Sierra Nevada, encontró el punto exacto en el fantástico mirador en lo más elevado de cerrillo. Se dijo: “Aquí me voy a quedar toda la noche para gozar de estos rincones y iluminados por la luz de la luna. Y si tengo suerte, porque el cielo lo quiera, a lo mejor encuentro y veo lo que estoy buscando”.

Era final de primavera, no hacía frío ninguno y sí el airecillo que subida del río, pasaba cargado de aromas a flores de naranjos, jazmines y glicinias. Y estaba él sentado casi al borde del mirador natural en lo más alto del cerrillo, cuando sintió algunos ruidos. Miró para su derecha, un poco al lado del gran valle en el río principal y los vio. Primero como un rebaño de cabras que, iluminado por la luz de la luna parecían figuras de viento y por eso casi transparente. Avanzaron los animales hacia el otro lado del río chico y enseguida vio la figura de un gran caballo. También transparente y como alejándose hacia el Generalife. Miró para las aguas del río y como manando del viento al tiempo que se

fundía con las aguas azules verdes, vio la figura de una joven. Llevaba en sus brazos a un niño que acariciaba dulcemente y decía:
- Voy al encuentro del hombre que sueño para que me dé su mano y me salve. Tú acurrúcate en mí y no tengas miedo.

Quiso bajar del cerrillo y salirle al paso para ayudarle porque creía que lo necesitaba pero en ese momento despertó. Durante unos segundos continuó en la cama recordando el sueño y luego se levantó. Caminó por las calles del barrio y cuando se encontró con el anciano sabio, le contó el sueño que acababa de tener. Y el sabio, después de escucharlo le dijo:
- Lo que has soñado es cierto aunque por aquí nunca lo haya visto nadie.
- Pero mis amigos siempre dicen que los sueños son fantasías irracionales.
- Los sueños siempre son pequeños adelantos de un mundo nuevo que por ahora desconocemos pero que existe realmente. Un día, todos los humanos y desde todos los tiempos, nos encontraremos vivos y caminando por estos fantásticos mundos de los sueños. La Alhambra, Sierra Nevada como coronando, la luz que sobre Granada cada día se derrama, las aguas de este río Darro y el azul de los cielos que por aquí muchos días vemos, son pequeños reflejos de este mundo de sueños que te digo.

28 de enero 2021 -322

456- EL GRITO DEL VIENTO

Cuando de pequeño recorría los paisajes, no era consciente de lo que en su alma ocurría. Le gustaba jugar con el viento, contemplar las nubes sobre las montañas, oír la música del agua despeñándose por los arroyos y ríos, ver y oír el canto de los mirlos, ruiseñores y oropéndolas y le gustaba, sobre todo, observar la espesura de los bosques verdes, en primavera y verano y color naranja, en otoño e invierno. Le gustaba todo esto y recorrer las veredas desde lo hondo de los valles hasta lo más elevado de los cerros y, al llegar aquí, pararse y mirar a lo lejos. A los azules e infinitos horizontes por donde siempre imaginaba misteriosas princesas y reinos maravillosos.

Pero él, cuando de pequeño recorrido estos paisajes y jugaba y disfrutaba de todo cuanto a su paso iba encontrando, no era consciente de lo que ocurría en su alma. En algún lugar de su espíritu o corazón, se acumulaban las esencias, cantos de pájaros y rumor de aguas. Siempre sin dolor. En forma de dulces besos y abrazos. Como en forma del más limpio y sereno abrazo del amigo más bueno e inteligente.

Pero ahora de mayor, casi sin fuerzas ya y solo dos pasos para atravesar el umbral hacia la eternidad, las cosas en su corazón, le gritan. Y con más fuerza, en esta fría y a la vez soleada mañana de invierno.

Con los amigos de la ciudad, llega a los lugares que recorrió de pequeño. El que guía, habla y dice:
- Nosotros vamos a llegar hasta el collado para bajar luego al valle y subir por donde brota la fuente. ¿Nos acompañas?
- Quiero quedarme por aquí.
- Y de la fuente que tanto te gusta y añoras ¿no vas a beber un trago?
- Beberé otro día.

Se despide de los amigos y antes de andar la senda que ya está pisando, durante un rato, observa y ve que ellos se dirigen al collado. Se dice: “Como otros muchos, pisarán esas tierras y atravesarán esos paisajes y no se le conmoverá el corazón. Y no sabrán que estas

tierras y lugares son míos, que me pertenecen con tanta fuerza que yo mismo soy estos paisajes y al revés".

Remonta hasta lo más alto del cerro. Bajo un roble y en el rellano, se para, se vuelve para el barranco y mira en silencio. Unas nubecillas de niebla blanca, vaporosas revolotean barranco arriba y juegan con las rocas, los robles y los castaños. Al fondo se ve el río, a su derecha y más lejos, Granada y la Alhambra y a la izquierda, las cumbres de Sierra Nevada. La nieve tapiza muy blanca sobre estas montañas y el azul del cielo parece arropar como en una amable caricia. Un suave vientecillo roza su cara. El silencio es profundo y la quietud del momento parece de piedra.

Los ve asomar por la vereda al fondo del barranco. Caminan despacio y charlan. Al llegar al pilar donde el agua que brota por entre las rocas, se estanca, detienen sus pasos. Durante rato por aquí están como buscando algo. Luego, siguen subiendo y los ve llegar al rellano del gran castaño. El viejo y majestuoso árbol que tanto le gustaba. Todavía sigue con sus raíces clavadas en la tierra y como desafiando tanto a las cumbres como al tiempo. Hoy no tiene hojas porque es invierno y el frío las ha matado. Por el suelo y por entre la hierba, se ven esturreadas las últimas hojas de este viejo castaño.

Por aquí, en el rellano del pequeño montículo y bajo el gran árbol, ellos se paran. Miran despacio y comienzan a buscar por entre las piedras y los restos de ruinas del desaparecido cortijo. Él, desde donde está observando, puede verlos con toda claridad y por eso se fija en cada uno de sus movimientos. Se dice: "Como otros muchos, buscan algún tesoro material. Como si estos lugares y las ruinas de lo que fue mi pequeño palacio, fueron trofeos con los que alimentar la felicidad en sus corazones. Y no saben, como tampoco lo saben otros ni nunca lo sabrá nadie, que estos lugares, paisajes, viento y silencio, me pertenecen hasta en su esencia más pura. Soy yo en cada hoja de árbol, en cada sonido del agua en los manantiales, en cada canto de pájaro y en la soledad luz y sombra de estos lugares. Los sueños cada noche y por aquí camino, subo y bajo en espíritus y entre los brazos del viento. Por eso sé, ahora que todavía aunque por un tiempo corto, soy materia como vosotros, que por aquí seré y permaneceré siempre. En esa dimensión que llamamos eternidad que es donde la belleza y la bondad permanece sin fin".

Oye los válidos y las ve bajar. Siguiendo las sendillas que descienden hacia el río, trotan ágiles, las cabras y ovejas del último pastor de estos lugares. Cierra sus ojos. Piensa un momento y siente con fuerza el deseo de quedarse dormido para así abrazarse ya a lo que en su corazón le quema.

29 de enero 2021 -323

66- EL DUENDE DEL RÍO DARRO

A ella le gustaba mucho irse al charco del río. A la pequeña laguna que se remansa a la altura del Paseo de los Tristes, en el cauce del río Darro, a los pies de la Alhambra. Y cuando llegaba a este sitio, le gustaba mucho sentarse ahí, en el borde mismo de las aguas y mirar despacio. Tan despacio y concentrada que hasta parecía olvidarse del tiempo y de todo lo que a su alrededor pasaba. Por eso, a veces, su amiga le preguntaba:

- ¿Qué es lo que encuentras en las aguas de este charco que te embelesan tanto?
- No sé cómo decírtelo pero a veces veo como una puerta en su fondo.
- ¿Puerta a qué sitio?
- Quizá a mi corazón mismo, al corazón de la Alhambra, al del flamenco…
- ¿Corazón del flamenco?
- Ya te he dicho que no sé cómo explicarlo pero algo así es lo que siento y a veces veo.

A ella le gustaba mucho el flamenco. En realidad era lo que más le gustaba en su vida, el canto y los sonidos de las guitarras. Por eso, en más de una ocasión, cuando reflexionaba con su amiga, también le decía:
- A veces creo que el rumor de las aguas de este río son como acordes de guitarras. Y cuando la corriente se quiebra en las pequeñas cascadas, como los taconeos del baile más bello.
- No lo entiendo.
- Sí y también pienso que en su alma, este charco y la corriente del río, tienen estampado el más puro quejido y acento flamenco.
- ¿El rumor de la corriente son acordes de guitarras y las transparencias de las aguas, quejidos tristes y profundos lamentos?
- Tampoco sé explicarlo pero así lo siento y veo.

Y una tarde de invierno el sol salió muy brillante. Tanto que parecía un día de verano y por eso todo se puso precioso. No solo por las orillas del río Darro sino también por los bosques de la alhambra, por las torres y murallas, por todo el barrio del Albaicín y por toda la ciudad de Granada. Y ella, como tantos otros días, se fue al charco del río. Pero antes de llegar descubrió a alguien sentado en la hierba de la orilla. Según se iba acercando se preguntaba para sí: "¿Quién será? Porque parece que me estuviera esperando". Y lo comprobó nada más llegar. No era ni su amiga de siempre ni ninguna otra persona conocida. Aunque sí, la figura del que en la hierba estaba sentado frente a las aguas, parecía la de un niño no demasiado mayor. Su cara era hermosa, su mirada dulce, su estura pequeña y su pelo moreno. Se acercó, lo saludó, le dijo ella quien era y cómo se llamaba y luego le preguntó:
- Y tú ¿cómo te llamas, quién eres y dónde vives? Y te lo pregunto porque nunca antes te he visto por este barrio mío ni por la Alhambra ni por Granada.
Y él, desde su asiento en la hierba frente al charco, le respondió:
- Yo no tengo nombre, soy el duende del río Darro y vivo en el corazón de la montaña sobre la que se asienta la Alhambra.

Se quedó ella pensativa unos segundos, sin saber qué decir y después preguntó:
- ¿Y qué haces hoy aquí en este charco que tanto me gusta a mí?
- He venido a verte. Sé que hay cosas que te gustarían saber. Si quieres, puedes preguntarme, te escucho.
Y en este momento ella, sin más rodeo, preguntó:
- Si eres el duende del río seguro que sabes que el flamenco me gusta mucho.
- Lo sé.
- ¿Y sabes que siempre me estoy preguntando dónde tiene sus raíces el cante y baile flamenco?
- Lo mismo que las aguas de este río, que tanto también te gustan, nacen en un sitio concreto y ese lugar es su fuente, así también es el flamenco. Su casa, sus raíces y lugar de nacimiento están donde vivo yo.
- ¿En el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra?
- Ahí mismo. Y por eso este río Darro, el Albaicín, el Sacromonte y la Alhambra, chorrean y le sangra por todos sus poros el quejido flamenco.
- ¿Y puedes llevarme contigo al sitio donde vives y tiene su cuna el flamenco?
- Puedo hacerlo y quiero pero no hoy. Ahora tengo que irme. Otro día vuelvo y también te revelo un bellísimo secreto.

Y justo en este momento ella vio como el duende del río se acercó a las aguas del charco. Se metió lentamente en ellas y también muy lentamente vio como se fundía en sus transparencias. En el fondo del charco apareció como una puerta translúcida, por ella entró

el duende y desapareció de su vista. Se dijo, sorprendida y a la vez contenta: "Quizá sea esta la puerta que lleva a su casa, al corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, a la fuente y cuna del flamenco".

30 de enero 2021 -324
DESDE LA TIERRA
llana de lo alto de los cerros, hoy pradera espesa con la misma hierba de aquellos tiempos y era donde las ovejas se concentraban al caer las tardes, todavía arranca la senda, mitad ya carretera, que atraviesa el collado y por el cauce que el arroyo va formando, cae saltando rocas y se interna en la espesura del acebuchal y después de atravesar el puntal redondo de las jaras densas, vuelve y cien metros más abajo, ya descansa en la otra llanura hermana que se recoge junto al borde de las aguas del río bello y aquí, parece como si muriera o ya para siempre se quedara.

Y lo digo porque ayer por la tarde, como recordando aquello, me vine siguiendo las huellas que son todo silencio y soledad y al llegar justo a donde el fresco arroyo arropa con su sombra a la segunda llanura hermosa, miré y vi todavía la tierra negra de cuando aquella vez roturaron los campos y quemaron el monte para después sembrar las cosechas.

Y como en la tierra que fue tanto, han crecido las zarzas y se amontonan las ramas viejas de los acebuches, al verla me han entrado ganas de pararme y rozar otra vez el monte, retirar la broza y ponerme luego a labrarla y hasta sin querer, me he puesto a recoger ramas secas, pero cuando me he querido dar cuenta, la luz de la tarde nueva, se ha ido y la noche comienza a borrar el barranco y las siluetas de las montañas y entonces me he preguntado: "Con esta oscuridad tan densa ¿cómo ahora salgo yo de este barranco y recorro la senda que me lleva a la otra llanura hermana?"

Y es que de la tierra llana de la cumbre a la tierra llana de la vega y, sobre las huellas de la senda, es donde se me ha quedado enredada el alma, entre el monte espeso y la sombra de la noche que cae y el latido del corazón que todavía palpita y ama.

662- Se marchaba en su canto
el río de mis sueños
aquella tarde chiquita
sin sombra ni fresnos
y estaba yo parado
junto al agua corriendo
y mudo, extasiado
en la luz y su juego
y el dibujo claro
que trazaba sin lienzo.

Se marchaba en su canto
y el hambre en mi pecho
se me abrió en cascadas
como quien muriendo
pide un sorbo de agua
y un puñado de viento
y, desde el fondo del alma,
dije todo pleno:

“Con el río plateado
que es amigo sincero,
quiero yo, nadando,
irme a tu encuentro
ahora que a los dos
nos cubre el silencio
y nadie más comparte
este blanco secreto”.

31 de enero 2021 -325

LA SENDA DE LAS CAÑADAS

Va de cañada en cañada trazando una amplia ondulación al pasar por el valle del río que se encuentra justo en el centro de las dos cañadas. Como una gran media luna cuyos dos extremos son el comienzo y el final de la senda.

El extremo primero, donde debe comenzar la senda, sí lo conozco muy bien. Es una llanura blanca al final de los tres cerros donde, además de silencios y verdes en primavera, brotan más de veinte veneros. No todos en el mismo punto, sino repartidos por toda la llanura que en este caso sería la cañada de donde arranca la senda. Pero claro, decirlo así suena como si este trozo de sierra fuera más o menos igual a cualquier otra llanura de las muchas que por estos montes existen y no es igual. Yo mejor que nadie sé que es única no ya por la senda y los manantiales sino por una serie de cosas que pertenecen más bien al mundo de las emociones.

Los veneros echan agua casi todo el año y como son muchos y repartidos por aquí y por allá, desde cada uno van saliendo sus pequeños arroyuelos que abriéndose paso con armonía y suavidad buscan la parte baja de la cañada. Ya aquí se juntan y con el agua de todos el arroyo se hace grande. Es un primor la transparencia de estas primeras aguas acompañando ya, barranco abajo, la incipiente senda. Porque ya he dicho que la senda nace aquí, entre los veneros, los arroyuelos de los veneros y el arroyo que va resultando de la suma de los veneros.

Siguiendo el cauce que baja, unas veces por un lado y otras veces por otro, se dejar ir la senda buscando, sin titubeos ninguno, el río. Tienes la impresión que va a perderse por el barranco por la profundidad de éste, su oscuridad y su bosque pero no es así. Antes de llegar al río se abren los barrancos llenándose de luz por la amplia solana y una vez que cruza el río, por la solana precisamente sube la senda. Con suavidad, como si se tratara de un juego dulce, busca otra vez el cauce del nuevo arroyo que baja de la segunda cañada. Podría decirse que son dos arroyos gemelos con dos cañadas gemelas donde ambos nacen y dos llanura también gemelas sembradas de multitud de veneros cada una.

Pero en cuanto la senda sube a la segunda cañada, yo ya no la conozco. Desde la ladera de enfrente la tengo muy vista y aunque me intriga la densidad del encinar que por allí se ve y el horizonte casi azulado que lo llena de misterio, todavía no conozco esta segunda cañada. Cualquier día de estos y si es posible en primavera, vendré a verla. Intuyo que será grandiosa tanto la senda, como la cañada y el encinar.

1 de febrero 2021 -326

EL PINO VIEJO

Hoy, que hace un día muy bueno, todo lleno de un sol espléndido y suavemente perfumado por el vientecillo fino que acaricia los bosques, después de un buen rato con nuestro amigo el científico por el Arroyo de Rocanales gozando de sus charcos y aprendiendo los secretos de las culebras de agua, nos vamos hacia el Río Madera. Sólo tenemos que bajar un poco más y enseguida damos con la pista, hoy carretera asfaltada que viene por todo este curso del río y se va hacia la aldea de la Toba.

A lo grande, que es como primero nosotros hemos aprendido la sierra, queda a nuestras espaldas el Pico de Hornos que tiene 1.502 m. A la derecha, subiendo por el río, Cerro del Toril con 1.454 m. más arriba y a la izquierda, Cerro del Rayo y al final del curso del este río, que sería por donde nace, el Pico Espino con 1.722 m. compartidos con Navalperal que se alza enfrente pero mucho más lejos y en otra vertiente. Por aquí cerca queda una pequeña aldea llamada El Prado que nosotros pasamos de largo así como las instalaciones de varios campamentos juveniles que la Junta de Andalucía tiene montados por las riberas del río. El más espectacular de todos ellos, el que está perfectamente montado y ni siquiera es bonito comparado con otros, también nos lo dejamos un poco a la derecha y por el carril de tierra, buscamos el cauce del río. Un río que es de los más bellos de todas estas sierras pero que este año tampoco trae mucha agua aunque la que por él corre sí es limpia y como por aquí se remansa en algunos charcos deliciosos, aprovechamos para darnos un baño.

He oído, por algún sitio, que por la zona izquierda de este río, crece un pino viejísimo.
Expone en uno de nuestros chapoteos el primo mayor. Como está junto al científico y parece que ha sido a él a quien le hace la pregunta un poco incompleta, el científico responde que:
De tal pino no sé nada. Será algo como el famoso pino de Galapán, el abuelo de Cazorla allá por Vadillo, el de las tres cruces por el nacimiento del Río Guadalquivir, los de la derecha del Río Borosa y los centenarios por el barranco y la Cañada del Mesto por el Río Guadalentín.
Dicen que en los tiempos en que esto era provincia marítima, uno de los ingenieros que un día andaba por estos montes con los hacheros, al llegar al pino y verlo, dio orden que lo marcaran pero no para cortarlo sino para dejarlo indultado para siempre. Tan bonito era y tanto le gustó que se salvó precisamente por eso: por su vejez y su belleza.
Pues un día tendremos que hacer dos cosas: primero, buscar mucha más información y segundo, echarnos al monte hasta que demos con él. Seguro que será un ejemplar digno de admiración.
Responde el científico.

303- De los manantiales asombrosos,
donde aquellas tardes
me dieron a beber el agua limpísima,
que sabe a tomillo y huele silencio,
los que brotan en las playas de la niebla
y corren al final del río, a la derecha,
según se sube por la senda
que ya no va a donde crecían los robles
ni tampoco a las praderas de la siesta.

De los manantiales rumorosos
que corren por los surcos

de la tierra amarilla, rocas ceniza y plomo
y no son torrenciales sino mansos
como las lejanías misteriosas
de brumas y horizontes azules,
de estos manantiales,
que a partes iguales, corren por mi alma
y el arroyo que muere en el río nuestro,
sólo te digo que me pertenecen
porque, junto con ellos, me los regalaste
aquella tarde que me dieron a beber su agua,
de rodilla, junto a la corriente
y en la palma de la mano.

De estos manantiales,
que en forma de beso, son mis sueños,
y la fuente que alimenta sus propias vidas,
dos cosas más debería decirte,
pero los dejo ahí, limpios, corriendo,
como señal y recuerdo de tu presencia,
y en espera del día nuevo.

2 de febrero 2021 -327

488- FLORES AMARILLAS

Al caer la noche, comenzó a llover. Sopló bastante el viento y arriba, en las montañas de Sierra Nevada, la nieve caía espesa y sin parar. Al llegar el día, el manto blanco era tan amplio y denso que ni los árboles se veían.

Pero por la cañada, desde donde al fondo se veía la Alhambra y ciudad, la hierba se extendía verde. Tan densa o más que la nieve en las altas cumbres y fresca como si sólo unas horas antes hubiera brotado. Muchas de estas matas de hierba, mostraban ya algunas florecillas, blancas muchas y amarillas, otras. El sol había lucido unos días antes y las lluvias, aunque no muy abundantes, no habían dejado de caer.

Buscando horizontes y con su sueño muy vivo en el corazón, al salir el sol, comenzó a caminar. Siguiendo la senda que cruza la cañada por el lado de arriba, bien abrigado para defenderse del fresco de la montaña y en soledad como tantas otras veces y a lo largo de muchos, muchos años. No iba a ningún lugar concreto ni buscaba nada especial. Solo iba como siguiendo un sueño sabiendo que, como tantas otras veces, días y años, no conseguiría alcanzar. Tenía claro que la necesidad de cielo que en su corazón existía, no iba a saciarla nunca en estos lugares del mundo. Pero, como tantas otras veces, surcaba los caminos de las montañas, en soledad y como hacia ese encuentro, final y comienzo. Al menos por aquí y de esta manera, sentía que se acercaba poco a poco hacia lo que en su corazón presentía y su alma necesitaba.

Y cruzaba la cañada por la parte alta, justo cuando el sol se derramaba muy brillante y con el deseo de calentar. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de las cascadas y todo lo demás, era silencio. Pero de pronto, los oyó. Por el lado de abajo del camino que recorría y miró. Por entre la hierba y en un pequeño prado de flores amarillas, los vio. Ella tocaba las florecillas con sus manos y decía:

- La primavera este año se ha adelantado. Las lluvias han sido generosas y el sol también ha calentado.
Por entre la hierba y rodeado de flores amarillas, él miraba para el lado de abajo. Dijo, como respuesta a lo que ella había comentado:
- Lo que dices, se ve ahora mismo y con gran belleza en esta cañada.

En la senda que surcaba la cañada por la parte de arriba, él se quedó parado. Observando la escena llena de fantasía y realidad eterna y sintió envidia. Sintió su corazón brincar de gozo y, al mismo tiempo, como traspasado por una extraña y aguda tristeza. Se dijo: "En algún momento, también yo seré libre y tendré prados de hierba cuajados de florecillas amarillas como ahora mismo vosotros. Desde hace siglos, busco cada día llegar al final del camino para encontrarme lo que tanto necesito y os estoy diciendo".

El rumor de las aguas de las cascadas, inundaba todo el paisaje. El viento soplaba a veces y el sol también a veces brillaba en el cielo como jugando al escondite con las nubes negras y blancas.

3 de febrero 2021 -328
489- EL CORTIJO ENTRE BRUMAS
Siguiendo la senda que va por el lado de arriba de la cañada, me acerqué al collado. Por donde el terreno vuelca para el levante y cae levemente hacia el arroyo. Solo a unos metros al cruzar el arroyo, en el rellano, se alzaba el cortijo.

La mañana era fría, el cielo se veía por completo azul y la hierba, cuajada de diminutas gotas de rocío, tapizaba toda la cañada. Por el collado, se veían cinco o seis encinas y, a la izquierda, la bruma borraba el horizonte hacia el río. Era tiempo de bellota y por eso el campo olía a setas, musgo y humedad.

Y según me acercaba el collado, iba mirando con el deseo de encontrar la encina. La más gruesa y vieja en este collado y sabía que la que da bellotas gordas y buenas. Conocía este rincón, el cortijo, olivar, encinas y bellotas, desde hacía mucho tiempo. Desde pequeño y por eso hoy volvía y el corazón se me iba llenando de imágenes, algunas dulces y hermosas y otras, algo tristes.

Al volcar el collado, vi la encina, vi el cortijo al fondo, más lejos vi Sierra Nevada y la Alhambra un poco antes sobre la colina recortada. Bajo la encina, la vi a ella y esto me extrañó al tiempo que me alegraba. Vestía ropa pobre, tenía cubierta su cabeza y parte de la cara con un pañuelo a cuadros blancos y negros y se movía despacio como buscando algo. Me acerqué y ya solo a unos metros, la saludé. Alzó su cabeza, me miró, respondió a mi saludo, y siguió moviéndose como buscando. Le pregunté:
- ¿Sabes que las bellotas de esta encina son gordas y buenas?
- Lo sé y por eso las busco. Cada año, esta encina da mejores bellotas y las de este año, son casi como caramelos.

Miré con interés y ahora me di cuenta que aunque se movía con agilidad, era mayor. Le volví a preguntar:
- ¿De dónde eres y por qué sabes que esta encima es tan especial?
- Soy de un lugar concreto pero mi alma y espíritu, pertenecen y se alimentan de estos lugares.
- ¿Y sabes algo del cortijo que ahora mismo se ve ahí enfrente y un poco entre brumas?
- Lo sé todo.
- ¿Cómo qué?

Y mirando al cortijo, con un puñado de bellotas en sus manos, me dijo:
- A su entrada, tiene un portón de hierro, enseguida hay un amplio patio empedrado y según se entra a la derecha, hay como otra puerta. Lleva esta puerta a otro pequeño patio que tiene a su derecha una amplia sala con chimenea. En la segunda planta de esta sala están las habitaciones que usaban los obreros en aquellos tiempos y las ventanas de estas habitaciones, dan a las cuadras de los burros y mulos también de aquellos tiempos.

Mirando al cortijo, por un momento se mantuvo en silencio. Le pregunté de nuevo:
- ¿Y qué hay en el patio principal, a la derecha y al frente?
- A la derecha de este patio, hay un pabellón que era el que usaban los dueños de la finca cuando por aquí venían en verano. Y al frente de este patio principal, otra gran sala con chimenea en un extremo. Aquí se reunía la familia veraneante con el encargado de la finca.

Desde el barranco de la derecha y por donde se veían álamos al fondo, remontaban algunas nieblas. Por un momento taparon el edificio del cortijo y esto me pareció hermoso y lleno de misterio. Le seguí preguntando:
- Has dicho "se reunían". ¿Es que ya no?
- Desde hace mucho, mucho tiempo, todo lo que te he dicho, ha cambiado. El cortijo es ahora un museo antiguo que enseñan a los turistas. Por eso, por esta senda que has recorrido tú, quieren construir un pequeño ferrocarril. Un tranvía azul y verde para que traiga y lleve a los turistas que visiten este cortijo museo. ¿Qué te parece?

No supe que responder. Pero sí ella, sin que yo ahora le preguntará, me siguió diciendo:
- Nada quieren que cambien en este cortijo. Los hierros del portón, quieren que sigan oxidados, desean que las paredes continúen desconchadas y piensan en dejar las salas, las camas, las cuadras y los patios, tal como en aquellos días estaban. Y al mismo tiempo piensan usar las habitaciones para que las ocupen los que dormir en ellas quieran. ¿Vienes tú por aquí con la idea de visitar a este cortijo museo?

Después de un rato en silencio, le dije:
- Sí y no.
- Pues ten en cuenta lo que voy a decirte:
Cuando pises el primer patio empedrado, sentirás dentro de ti como un millón de burbujas transparentes haciéndote cosquillas. Si te sucede esto, sabrás que tu corazón y espíritu, están lleno de vida y perteneces al grupo de las personas buenas y amantes de lo bello. Pero si al pisar el empedrado del primer patio, sientes dolor en el corazón y como agujas que se te clavan en el alma, no te alegres ni te felicite de ninguna manera.

Algo sorprendido, pensé un momento y luego le volví a preguntar:
- Cuando tú vas ahora al cortijo y pisas el empedrado del primer patio ¿qué es lo que sientes?
- Lo mismo que sentirás tú cuando ahí entres. Millones de burbujas recorriendo las venas de todo mi ser y haciéndome cosquillas. Hace mucho, mucho tiempo, que nada me preocupa ni me quita la paz del corazón. Cierro mis ojos, me concentro en mí y me uno al universo del sueño que siempre llevo en mi alma.
- Pero y si yo sigo esta senda y, después de remontar las laderas de los olivos, vuelco para el río ¿qué es lo que por ahí puedo encontrarme?

Después de un rato sin pronunciar palabras, de nuevo comentó:
- Por ahí va la senda que ellos recorrieron el último día que por aquí estuvieron. Es muy bella esa senda pero también muy peligrosa. Surca una ladera tan inclinada que un mal

paso, te puede llevar rodando al río. Por eso ellos aquel día iban todos cogidos de la mano y, al tiempo que se alegraban, se daban ánimo.

Cortó sus palabras en seco. Yo tenía mis ojos clavados en la figura del cortijo ahora mismo como velado por una fina bruma. Volví mi cabeza para observarla de cerca y no la vi. La llamé y no me respondió. Sí por el suelo, vi algunas bellotas gordas con un aspecto tan bueno que parecían caramelos. Con respeto, cogí un puñado de estas bellotas y me las guardé como recuerdo.

4 de febrero 2021 -329

70- LA CASA DEL ROSAL

Desde Plaza Nueva hasta el Paseo de los Tristes, el río Darro tiene cinco puentes: Puente de Cabrera, puente Espinosa, puente del Cadí, árabe y del siglo once, puente de las Chirimias y puente del Aljibillo. Justo este último puente da paso a la Cuesta del Rey Chico y al camino de la Fuente del Avellano. Y aquí mismo, en el lado opuesto de la Cuesta del Rey Chico, arranca la famosa Cuesta del Chapiz. Sube muy empinada y se adentra en el corazón mismo del barrio del Albaicín: Plaza del Salvador y, no muy lejos, el Mirador de San Nicolás. Pero esta Cuesta del Chapiz, según remonta, va dejando a la derecha un rincón muy bello, entre el río Darro y la ladera del comienzo del barrio del Sacromonte. En este rincón, ahora mismo se alza el Palacio de los Córdova, el gran colegio del Ave María y la histórica Casa del Chapiz, hoy Escuela Superior de Estudios Árabes. Pero en este rincón, en otros tiempos, solo existían unas cuantas casas, muy humildes, con pequeños trozos de tierra donde crecían árboles, hortalizas y algunas plantas ornamentales. Las aguas del río Darro pasaban muy cerca de este puñado de casa y trocico de tierra.

Y una de estas casas, medianamente pequeña y sin apenas ornamentación, en aquellos tiempos era conocía con el nombre de “La Casa del Rosal”. Vivía en ella un matrimonio con un hijo pequeño y, a los tres, lo que más les gustaba era precisamente un bonito rosal que cada día regaban con cariño. Por eso este rosal tenía flores casi todos los días del año y esto era lo que al matrimonio más le gustaba. Por el lado de arriba y cerca, se sentaban ellos muchas veces y, con las flores del rosal en primer plano, disfrutaban mucho observando la figura de la Alhambra, al fondo y en lo más alto de la colina. Le decía el hombre a su mujer:

- Nosotros nunca viviremos en los grandes palacios de la Alhambra. Quizá nunca entremos a las estancias de esos palacios y quizá nunca comamos en esos salones ni bailemos en las fiestas que ahí se celebran. Pero ¿a qué es enormemente bello contemplar la Alhambra desde esta casa nuestra, con estas rosas aquí tan cerca?

Y la mujer le contestaba:

- No solo es bello sino de una dicha inmensa por lo bonitas que son estas flores y la fabulosa perspectiva que desde aquí se observa.

Y tan orgullosos estaban ellos de este tan original placer que la vida les regalaba que en muchas ocasiones, el padre llamaba al hijo y le decía:

- ¿Ves, hijo mío? En la vida no es necesario ni ser rico ni poseer palacios para ser feliz y sentirse afortunado. Esta pequeña casa nuestra, en este tan reducido trozo de tierra, este rosal y la exquisita belleza de la Alhambra sobre la colina, supera a todas las riquezas del mundo. La envidia, el poder, las grandes fortunas, casi nunca dan tanto placer como estas sencillas cosas nuestras.

Y el hijo callaba porque era pequeño y no entendía lo que el padre le decía pero en su corazón notaba que aquello era bueno. Y el hombre, en otras ocasiones, cogía al hijo de

la mano, caminaban un poco hacia el lado de arriba, se asomaban a la corriente del río Darro y otra vez le decía:
- ¿Ves, hijo mío? Un río pequeño de aguas muy claras, el fresco airecillo que de ahí nos llega, la música de la corriente, los bosques por las laderas, el cielo azul y las nubes colgadas como de las estrellas, también son cosas muy bellas. Tanto que todo esto es el mejor premio que ha podido regalarnos el cielo.
Y otra vez el hijo se sentía orgulloso de su padre y de su casa y del rosal y de las flores frente a la Alhambra y del pequeño trozo de tierra.

Pero un día, cuando ellos regaban su rosal y observaban las rosas recién abiertas, oyeron voces:
- ¡Que vienen los de la guerra!
Miraron para el lado de abajo, por donde el río se pierde en la ancha Vega de Granada y vieron las tropas. Grandes ejércitos, con muchos caballos, lanzas, cañones y flechas y también grandes humaredas. Seguían oyendo:
- Y vienen prendiendo fuego a todas las casas que encuentran a su paso.
Y la mujer y el hombre se echaron a temblar. Rápidos, buscaron la manera de ponerse a salvo y lo único que se les ocurrió fue salir huyendo.
- Si nos quedamos, nos cogerán y además de arrasar con nuestra casa, nos matarán. Esta guerra tan cruel ¿cuándo acabará?
Entraron a la casa, cogieron las cosas de más valor y las de menos peso, hicieron unos petates, cargaron con ellos y al poco, a los tres se les vio subir por la ladera frente a la Alhambra. Él llevaba un gran bulto acuestas y ella, de su mano llevaba al hijo y en la otra mano, un ramo de rosas frescas que había cortado del rosal. Le preguntó a su marido:
- ¿A dónde iremos ahora?
- Solo Dios lo sabes. Pero por si acaso nunca más volvemos, echamos un último vistazo a la Alhambra, con estas rosas en primer plano.

Y estando ellos echando esta última mirada a las torres de la Alhambra, vieron como su humilde casa se convertía en humo. Al poco la vieron convertida en llamas y luego vieron a los ejércitos de la guerra, destruyendo, asolando y quemando todo cuanto por el pequeño rincón del río había.

5 de febrero 2021 -330

457- LA DESPEDIDA DE AQUELLA TARDE

Sobre el muro de la izquierda, a la altura de la mitad del puente, se para. De espaldas a las personas que pasan y mirando para las cumbres de Sierra Nevada. Como meditando y en forma de oración, para sí y en lo más hondo de su alma, susurra: “Lo mismo que hice aquella tarde. Pero, como hoy es verano, las altas cumbres no están blancas. Aquella tarde, sí. Brillaban con la blancura de los nardos que venden a la entrada del puente.

Y, apoyado en este viejo muro de piedra, miro a lo lejos. Sueño y recuerdo. Como si, por aquellas lejanas y altas cumbres de Sierra Nevada, te hubieras ido para siempre. Y fue así aunque ocurrió en el mismo centro de este puente. Al llegar justo a donde ahora me he parado, recuerdo que dijiste:
- Mi amiga y yo queremos ir al desfile de caballos.
El desfile había sido ya. A las dos de la tarde de aquel día de mayo. Pero, los periódicos decían que, en la explanada que hay por delante del Palacio de Congresos, entregaban los premios. Y por eso los caballos, todos los que habían desfilado por las calles de Granada, estaban por aquí concentrados. Y, a esta concentración, entrega de premios y desfile, era a donde querías ir. Y lo entendí: querías hacerlo junto con tu amiga. Por eso, a tus palabras,

no hice ningún comentario. Simplemente me quedé parado, te di las gracias y también a tu amiga y, a continuación dije adiós. Sin más despedida, sonrisas ni abrazos.

Me acerqué al muro de piedra donde ahora mismo estoy parado y me puse a mirar las aguas del río. También a la blancura de la nieve en las altas cumbres y al azul del cielo. Y, sin pretenderlo, sentí como de mi pecho brotaba una oración y, de mis ojos, un par de lágrima. Miré, también sin pretenderlo, y te vi alejarte de espaldas por el pasillo del puente viejo. Y el color blanco de tu traje de lino se me empezó a confundir con el resplandor de la nieve en las altas cumbres. Quizá porque sabía que, unos días más tarde, ya te irías definitivamente de Granada. En un vuelo, para mí, misterioso que surcaría por encima de estas cumbres blancas. Y sabía que, al final de este vuelo, al otro extremo del Planeta Tierra, aterrizarías. En las tierras de tu lejano país, desconocido para mí, pero también blanco. Cubierto con la misma alfombra de nieve que brillaba aquella tarde en las altas cumbres de Sierra Nevada.

Por eso, aquella tarde, miré mudo mientras te alejabas. De espaldas, como ya he dicho, y sin pronunciar palabra. Y, como los ojos se me habían llenando de lágrimas, comencé a verte borrosa. Como si el viento mismo te hubiera dado su abrazo y, fundida con él, te llevara. Por lo menos, así lo volví a ver en mi sueño. Bajábamos por el final de la Carrera de la Virgen y, una ráfaga de viento, arrastró las hojas de los árboles. Como si no pesaras y, en ese mismo momento, te lanzaste al aire y te pusiste a volar. Mis ojos te vieron. Tumbada sobre los brazos del aire te ibas, te alejabas y te remontabas cada vez más hacia el cielo. Por encima de los árboles del paseo del Salón y luego por encima de la ciudad de Granada y de las colinas de la Alhambra. Por ahí seguiste alejándote y, al poco, ya te perdiste por entre el resplandor de las nubes y la blancura de las cumbres en Sierra Nevada. Y supe, en ese mismo momento, que te marchabas definitivamente. Hasta el final de los tiempos.

Es lo mismo que pensé en la tarde de las cruces de mayo. Y es lo mismo que sigo pensando esta otra tarde. Por eso he venido hasta este rincón de Granada y por eso me he parado aquí. A meditar, por unos minutos, aquel último momento. Sigo mirando para las altas cumbres y creo que continuo rezando mientras pienso. Voy a quedarme en este sito un poco más. Sin mirar a ningún otro lado ni a las personas que por aquí pasan. Luego, antes de que caiga más la tarde, me volveré para atrás. Me acercaré a la mujer que vende nardos en la entrada del puente y le compraré un puñado. Seguiré caminando, como de vuelta igual que aquella tarde, pero me detendré en el Santuario de la Virgen. ¿Sabes para qué?”

6 de febrero 2021 -331

72- EL PALACIO DE LA LUZ

En ninguna parte del mundo encontrarás, en espacio tan reducido, una fragancia así: una multitud de ventanas que se abre cada una a un rincón del paraíso. Alexandre Dumas.

Siendo todavía pequeña, en ocasiones, el padre le decía:

- La luz de esta tierra nuestra es lo mejor que poseemos.

Y ella quería comprender y por eso, según iba haciéndose mayor y seguía oyendo del padre:

- La luz que cada día nos besa es como la gran ventana al paraíso eterno.

Con frecuencia le preguntaba:

- ¿Tan única es esta luz de Granada?

- Es única por su pureza y más, cuando se derrama sobre la Alhambra.

Por eso el padre, que tenía riquezas porque era rey en estas tierras, mandó construir un palacio en lo más alto de la montaña. Sobre el monte que hoy conocemos con el nombre de “Cerro del Sol”. Y en uno de los lados de este palacio ordenó levantar una torre muy original: cuadrada, con ocho ventanas, dos en cada una de los lados y, cuatro de estas ventanas, en forma de balcón. Y al ver esta construcción ella le preguntaba al padre:
- ¿Para qué estos ventanales tan grandes?
- Para que cuando estés dentro, te bañe y llegue a tus ojos toda la luz de Universo. Ya sabes: la luz de estas tierras nuestras es el mejor regalo que Dios nos has dado en este suelo.

El palacio se alzaba en todo lo alto del cerro. Por encima de la Alhambra y laderas del Generalife y, por eso, desde sus ventanas y balcones, se veían perfectamente todas las murallas y torres de la Alhambra. También todos los bosques y jardines que le rodeaban. Al levante y al fondo se veía con claridad las cumbres de Sierra Nevada y el gran valle del río Genil. Y al norte, en primer plano, el hermosísimo tajo del río Darro. Al poniente, desde las alturas de su ventanas y aposento, se veía muy bien toda la ancha Vega de Granada. También como a vista de pájaros y con todos los detalles. Pero la ventana que a ella le empezó a gustar más, era la que daba a las tierras llanas del olivar. La llanura en lo más alto de la montaña y que de fondo tenía Sierra Nevada y la salida del sol, cada mañana.

Precisamente en este olivar y muy cerca de la gran ventana que a ella más le gustaba, crecía un viejo olivo. De tronco grueso, con ramas muy retorcidas, tupidas de hojas muy verdes y con muchos agujeros en los nudos y curvas del tronco. Por eso aquí, a lo largo del día, siempre había muchos pajarillos revoloteando y cantando. Por las mañanas, en los agujeros del tronco de este olivo, se refugiaban los mochuelos, los autillos y las lechuzas. Ella los sentía cantar y chillar, al oscurecer cada día, en el centro de la noche y también al amanecer. De aquí que con frecuencia le preguntara al padre:
- Y estos animalillos, con la naturaleza que por aquí nos rodea ¿también son parte de esa realidad única que tanto me comentas?
- Granada y la Alhambra y este palacio nuestro son trozos del paraíso más bello que pueda verse en este suelo. Y nada puede decorar mejor a estos rincones que la luz, el agua, la naturaleza, la blancura de las nieves de Sierra Nevada y los azules del cielo.

Mandó el padre construir una acequia, desde el río Darro, por las laderas de la gran montaña hasta los pies de su palacio. Luego mandó construir albercas, fuentes, baños, sembró densos jardines y trazó paseos fantásticos. Y ella, como ya vivía enamorada de la luz y libertad que le regalaba la montaña, pidió al padre que le construyera un columpio para pasearse.
- ¿Dónde lo quieres?
- En la encina grande que crece al borde de la gran ladera que cae para el río Darro. Para que cuando me esté paseando en él, además de besarme con el aire más puro, pueda ver la luz y misterios de esos barrancos.
Y dos días más tarde, ya se paseaba ella en el columpio de la encina y cantaba al aire y al sol que no paraban de abrazarle. Le decía al padre:
- Es verdad que la luz de estas tierras nuestras es como alimento que fortificara al corazón y llena de energía al cuerpo.

Llegó la primavera y uno de los mochuelos hizo su nido en el agujero del tronco del olivo. Al verlo ella, comenzó a ir cada día a este sitio hasta que se hizo amigo de estas aves. Nacieron las crías y ella comenzó a cuidarlas y luego se entusiasmaba con sus primeros vuelos. Les decía:

- Porque un día, cuando ya remontéis vuelo y os vayáis sin miedo a la libertad, quiero irme con vosotros. A la luz que tanto me gusta.
Y una bonita mañana de mayo el sol salió por lo alto de las cumbres de Sierra Nevada. Más brillante y hermoso que nunca y por eso ella, en cuanto se levantó y se asomó a su ventana y vio tan precioso día, tuvo ganas de irse a su columpio para disfrutar del fresco airecillo de la mañana. No tardó en salir por la puerta de su palacio, se fue derecha al tronco del olivo y, en cuanto llegó, llamó al joven mochuelo amigo. Le dijo:
- Vente conmigo que quiero que me enseñes a volar.
Y en una alegre carrera por entre la hierba y las florecillas de la llanura de los olivos, se alejaron hacia el columpio. El mochuelo parecía entenderla y, al mismo tiempo, se esforzaba en seguir su juego. Como si el entusiasmo que de ella se desbordaba a él también le importara mucho.

Llegó al columpio, se subió en él, se puso a mecerse al tiempo que su amigo la miraba posado en unas de las ramas de la encina. Y a cada mecida, ella decía:
- Quiero aprender a volar para irme por los aires y llegar hasta el sol. Quiero llena de luz todos estos paisajes y mi palacio y los palacios de la Alhambra. Quiero ser libre como lo eres tú y que mi corazón se llene del azul del cielo y de la blancura de la nieve de la sierra.
Y de pronto, en una de las grandes mecidas que con su columpio se daba, la cuerda se rompió. Su cuerpo delgado y joven salió volando por los aires hacia la profundidad del gran valle del río Darro. Y al verla su amigo el mochuelo, alzó vuelo y se fue tras ella. Como a sujetarla o como a cogerla para llevársela o sostenerla en el aire y que no cayera. Pero ni su amigo ni ella bajaron para el suelo ni para el gran valle del río.

Como en una visión mágica, los dos se perdieron dirección a la luz del sol. Y nunca más volvieron a la tierra. Al rato, en el palacio, en toda la Alhambra y en Granada, se supo la noticia. Los padres fueron los primeros en salir a buscarla y no la encontraron. Y el padre, conteniendo el dolor en su corazón, decía a los amigos:
- Se ha ido al sol y, desde allí, a la eternidad del reino de la luz. Desde hoy y hasta el final de todos los tiempos, cada vez que el sol derrame sus rayos sobre la Alhambra y paisajes de Granada, tendrá un brillo especial.

Y, desde aquellos tiempos hasta hoy, muchos han dicho y dicen esto: que Granada, la Alhambra y la naturaleza que rodea, irradian una luz como no hay otra en todo el mundo. Y así lo han dejado escrito, a lo largo de todos los tiempos, muchos escritores y poetas.

7 de febrero 2021 -332

LA FOTO

Se acercó a mí, me mostró la foto y me preguntó:
- ¿Para qué sirve la presencia y vida de las personas en este mundo si todo es tan confuso, doloroso y las dificultades, sufrimientos y muertes son tantas? Porque parece que este mundo es solo eso: sufrimiento, dolor, luchas y penas y, al final, destrucción total con la muerte y desaparición para siempre.
Estoy sentado bajo la encina, frente al pequeño arroyo y miro como meditando. Por donde el arroyo se aleja, veo una ancha llanura toda cubierta de voluminosas, grises y viejas encinas. A mi izquierda, se elevan varios cerros por donde también crecen muchas encinas, a mi derecha, me supera un redondo montículo donde en todo lo alto, se ven las ruinas de un muy antiguo colmenar. Cerca de estas oxidadas paredes de piedra, se ve el chozo de monte, justo en la vaguada. A mis espaldas, queda y veo el cauce del pequeño arroyo por donde baja la senda que el joven de la foto ha recorrido hasta mí. No lo conozco de nada.

Miro la foto que me muestra y medito un momento. La imagen muestra un grupo de personas como en fila, enmarcadas por el lado izquierdo, por la negra figura del tronco de una encina. Por el lado derecho, este grupo de personas, en la foto quedan enmarcadas por la pala de una excavadora y el mástil de esta pala. Cuento las personas que hay en la foto y me salen nueve. En primer, plano dos personas mayores, él y ella. Detrás, hay otras dos personas bastante más jóvenes, también él y ella. Por detrás de las dos personas jóvenes, se ven a tres niños de unos diez o doce años. Las dos últimas personas de este grupo en la foto, son dos niña también casi de la misma edad.

Observo muy despacio la imagen que la foto muestra e intento encontrar alguna respuesta a las preguntas que el joven hace. No la encuentro. Por eso, pasado un corto espacio de tiempo, le devuelvo la foto y me mantengo en silencio. La recoge el joven de mis manos y sin pronunciar palabra, comienza a alejarse de mí siguiendo la senda que baja por el arroyo. Lo miro durante un rato y después saco de mi bolsillo el pequeño cuaderno. Aquí tengo anotado cuatro grupos de personas por los que, varias veces al día, rezo al cielo por ellas. En el primer grupo están mis padres, hermanos, familiares cercanos y todos aquellos también familiares que ya se fueron de este mundo. En el segundo grupo recojo a conocidos y amigos muy especiales ahora ya ninguno cerca de mí aunque sigan en este mundo. En el tercer grupo recojo también a conocidos un poco menos especiales y también lejos de mí. Y en el cuarto grupo, tengo anotados a todas las personas con las que en estos momentos, comparto la vida. Varias veces a lo largo del día, traigo a mi mente a todas estas personas y rezo al cielo por ellos terminando siempre con la pequeña oración: “Protégenos Dios nuestro que nos refugiamos en ti porque nuestras vidas y suerte está en tus manos”.

8 de febrero 2021 -333
CANTO A UNA MARIPOSA
En silencio,
cuando el mundo entero dormía,
llegaste como en misterio
vestida con traje virgen
de seda y viento.

Abrirte tus bellas alas
al sol primero,
fuiste flor de primavera,
fantasía y sueño
y dulce princesa blanca
en libres vuelos.

Pero un día al caer la tarde,
el frío viento,
lento besó tus alas
y tu cuerpo entero.
Las fuerzas te abandonaron
y por el suelo
te fuiste como al infinito
¿A qué cielo?

9 de febrero 2021 -344
390- EL HUERTO MARAVILLOSO

Desde la puerta de la casa, se veía muy bien todo el surco del río Darro, la clara corriente que por ahí se deslizaba, los remansados charcos y las pequeñas playas de arena. Al otro lado del río, casi por completo frente a la casa, se veía la umbría que remontaba hacia lo más alto, las murallas de la Alhambra recorriendo toda la colina y las altas torres y ventanas. Con tantos detalles y tan vivos se veían los ventanales de las torres desde la puerta de su casa que, cuando la joven se asomaba al rellano y miraba, con frecuencia exclamaba:
- Es como si desde cada una de aquellas ventanas a todas horas nos estuvieran vigilando. ¿Les interesará a ellos tanto nuestro huerto, los árboles que crecen en estos terrenos y, en especial, la vieja higuera y los cerezos?
Y la madre siempre le decía:
- Los que se mueven dentro de aquellas torres y los que viven en las estancias de los palacios de la Alhambra, pasan de nosotros, de nuestras cosas y huerto.
- Pero entonces ¿por qué yo siempre pienso que desde allí nos observan incluso hasta en las noches de luna llena?
Y la madre callaba aunque en el fondo, le inquietaba bastante este oculto miedo en el corazón de su hija. Se decía: "¿Pensará ella que aquellas personas son malas y que un día vendrán por aquí y le robarán algunas de los árboles del huerto o las cosas que sueña?"

La casa, de paredes muy viejas y techo de chapa, monte y madera, se alzaba sobre un pequeño bancal o terraza a unos trescientos metros del río Darro. Justo a media ladera entre lo más alto de la colina del Albaicín y la corriente de las aguas. Por eso, entre la casa y el río, quedaba una muy buena porción de terreno que ellos cultivaban. No porque fueran dueños de las tierras y de la casa sino porque después de las últimas guerras y revueltas, todo por el lugar se había quedado destrozado y como para siempre perdido. Desde las montañas al norte de Granada, llegaron una mañana montados en su enclenque borriquillo gris y al ver las ruinas de la casa, se refugiaron en ella y se pusieron a reconstruirla. Y como no tenían dinero y carecían hasta de ropa y alimentos básicos, la casa la techaron con trozos de chapas, algunos troncos de árboles, retamas, lentiscos y juncos. Los pocos vecinos que había cerca, enseguida dijeron al padre:
- Ni se te ocurra cortar algún día la vieja higuera que hay junto al pozo, antes del río y no lejos de la parra.
- ¿Y eso?
- Porque esa higuera crece ahí desde tiempos inmemoriales. Ni los más antiguos de este barrio, saben cuándo la plantaron. Por eso nosotros la consideramos un monumento mucho más importante que todos los palacios que hay en la colina de la Alhambra. Puede que tenga más de trescientos años y, si la cuidamos, quizá dure un siglo entero.

Y desde aquel momento, tanto el padre como la madre y la hija, cada vez que se asomaban a la puerta de su vieja casa, palacio fantástico para ellos, miraban embelesados para las tierras de su huerto. A solo unos metros de la vivienda, crecían varios granados, algunos cipreses, dos o tres gruesas moreras, un par de almendros y al final, en el punto más estratégico del terreno, se veía la grandiosa higuera. Achaparrada, abierta como un paraguas gigante y con el tronco gris negro y retorcido. De verla tan hermosa, fresca y frondosa, la joven se fue enamorando de ella y por eso la visitaba todos los días. Sobre todo, en los días de primavera y verano, que era cuando se llenaba de hojas, maduraban las brevas y la cosecha de higos. Le decía a su padre:
- Los vecinos tienen razón. Esta higuera, solo su tronco y retorcidas ramas, tienen mucho más valor que todas aquellas torres de la Alhambra.

Y también comenzó a compartir esta emoción con las demás muchachas del barrio. A las más amigas les decía:

- Si un día yo tuviera dinero ¿sabéis lo que haría?
- Irte lejos de este barrio a recorrer mundo y acrecentar aun más tu fortuna.
- Puede que hiciera eso pero antes, en las tierras del huerto que hay por debajo de mi casa, ahí donde se encuentra el pozo y por donde también crece la parra, me construiría un gran palacio.
- Si ya sobre la colina de la Alhambra, tienes el más bello palacio del mundo ¿para qué quieres construirte aquí y solo para ti otro palacio nuevo?
- Es que este palacio mío no tendrá murallas ni torres pero sí jardines, acequias con claras aguas y, sobre todo, multitud de árboles frutales.

Pero fue pasando el tiempo y ni la joven reunía el dinero que soñaba para la construcción de su palacio en las tierras donde crecía la higuera ni tampoco los padres remontaban su pobreza. Más bien sucedía todo lo contrario, que cada día tenían menos medios para vivir y las tierras del huerto, se las iban quitando poco a poco. Porque de la Alhambra, personas importantes y con dinero, comenzaron a construirse pequeños palacios y casas lujosas cerca de las aguas del río Darro. Hasta que un día, cuando la joven miraba desde la puerta de su casa para el terreno donde crecía la hermosa higuera, los granados, la parra y se abría el pozo de las frescas aguas, vio como un grupo de hombre iban y venían por el espacio. Enseguida bajó por la sendilla, llegó al pozo, se acercó al grupo de hombre que tanto le estaban intrigando y al que parecía el jefe, le preguntó:
- ¿Qué están haciendo ustedes?
- Damos forma a un proyecto.
- ¿De qué proyecto se trata?
- Yo soy el gran administrador del grupo de señores más ricos y poderosos de la Alhambra y aunque puedo explicarte las cosas, no lo haré. ¿Qué razón tengo para hablar contigo contarte mis planes y proyectos?
- Mis padres cultivan estas tierras y yo soy la dueña de estos maravillosos árboles y de la grandiosa higuera que hay por debajo del pozo.
- Sueños tuyos que ni siquiera merecen dos palabras.

Tres días después, el mismo grupo de hombres a las órdenes de señores de la Alhambra y comandados por el administrador, cortaron la vieja higuera, cortaron luego los granados, la parra y los cipreses y en los terrenos, comenzaron a levantar un palacio. Desde la puerta de su casa de chapas, la joven observaba todo el movimiento y lloraba de pena y desesperación. Unos meses más tarde, sus padres y ella, tuvieron que irse a una cueva río arriba porque la casa de chapas también fue derribada. En las tierras donde la joven había soñado su huerto maravilloso, se alzaron no uno sino varios palacios que se mantuvieron en pie durante muchos años. Hoy por el lugar, aun se ven algunos de estos lujosos edificios con paredes de piedra y escudos tallados sobre las puertas. Los turistas, cuando pasan, miran y hacen fotos, con la Alhambra de fondo pero nadie sabe nada ni de aquella joven ni de las tierras que un día fue un gran huerto ni de la vieja higuera. Sin embargo, y de alguna forma misteriosa, parece que aquel árbol aun clava sus raíces por aquí y bajo la higuera, sueña la joven. Como esperando el momento de tener suficiente dinero en sus manos para construirse un palacio, junto a la parra, cerca del pozo y del río Darro y al lado de la higuera.

Y hasta parece que en las noches de luna clara y cuando las torres de la Alhambra se recortan sobre las estrellas, la joven se asoma a la puerta de su cueva y mira triste para lo que fueron tierras de su huerto. La madre se le acerca y le dice:
- Hija mía, las personas pobres, siempre tendremos que conformarnos con las migajas que caiga de la mesa de los ricos. Y aun así, debemos de estar agradecidos porque nos dejen vivir en esta cueva.

- Pero yo tengo derecho a soñar y ver convertido en realidad un día mi sueño igual que esas personas ricas que nos han quitado nuestras tierras.
- Es lo que a los pobres no podrán quitarnos nunca: nuestros sueños y la convicción de que un día, en algún lugar, Dios nos regalará un cielo completo y todo para nosotros. Este sueño tampoco nadie puede arrebatárnoslo sobre la tierra.

10 de febrero 2021 -335

74- LA MUSICA DEL RIO DARRO

Hoy en día, cualquier persona puede visitar la Alhambra. Cualquiera puede recorrer sus jardines, sentarse en los bancos, rodear sus murallas, tocarlas, hacer fotos, respirar sus aromas y gozar de las vistas desde sus ventanas, con el fondo de rumor de las aguas de las fuentes. Cualquier persona y a lo largo de todo el año puede entrar y recorrer todas las estancias y palacios de la Alhambra de Granada.

Pero hubo un tiempo en que las cosas no eran así. Los palacios, torres y murallas de la Alhambra, sí que estaban llenos de personas pero, o eran reyes y príncipes o criados y soldados, vigilantes de estos palacios. Solo estas personas tenían en privilegio de conocer, ver y tocar estos fastuoso y secretos rincones. Los demás, las personas sencillas y pobres de la ciudad y de los barrios, no podían ni siquiera acercarse a las murallas de la Alhambra. Aunque vivieran cerca de este lugar debían conformarse con solo verla desde lejos y con alguna noticia que alguien les comunicara. Por eso, muchos se decían entre sí, cuando desde la distancia observaban la figura de la Alhambra sobre su colina:
- ¿Cuánto serán los reyes que viven ahí?
- Ni lo sabemos.
- ¿Y cómo serán sus trajes, los salones de esos palacios, los comedores y demás recintos?
- Tampoco lo sabemos.
- Y la princesas y príncipes ¿qué hacen durante el día, por dónde juegan o pasean y dónde cenan y duermen?
- Nadie sabemos nada de esto.

Pero en aquellos tiempos, por la orilla del río Darro no había tantas casas como sí hay hoy. Muy pocos vivían junto a las aguas. Por eso todas las orillas de este río estaban despejadas y muchas personas bajaban o subían, siempre al borde de la corriente, siguiendo pequeñas sendas. Y desde aquí, mientras iban a sus casas o a las tierras de sus huertos, observaban la figura de la Alhambra en todo lo alto de la colina. Igual que hoy en día desde la Carrera del Darro o Paseo de los Tristes pero, para todas aquellas personas, las cosas eran muy distintas. Porque todas las personas que desde las orillas del río Darro observaban a la Alhambra, tenían que conformarse solo con eso: con verla desde la distancia e imaginar lo que hubiera o no dentro.

Sin embargo, en un punto concreto de este río y en aquellos tiempos, ocurría algo que nadie ha podido explicar nunca. Y este algo era una roca. Una gran piedra casi redonda que nadie sabía quién la había traído al lugar. Estaba justo en una pequeña curva del río, desde donde se veían muy bien las claras aguas de la corriente, todo el valle del río Darro, hacia arriba y hacia abajo y la Alhambra. Por eso muchas personas, cuando recorrían el camino que iba pegado al río, al llegar a la roca se paraban. Miraban a un lado y otro y luego miraba para la grandiosa figura de la Alhambra. Y muchas de aquellas personas hacían la prueba y siempre se sorprendían. Se decían entre sí:
- Vente a este lado, mira a la Alhambra, pon la mano aquí y espera.
El amigo o compañero le hacía caso. Se colocaba donde le habían indicado y ponía su mano en un lugar concreto de la roca. Y al instante, nadie sabía por qué ni cómo, se oía como una música de fondo.

El amigo le decía:
- Ahora vente aquí y pon tu mano en este punto de la roca.
El compañero de nuevo le hacía caso y otra vez se oía la música, no la misma melodía sino otra diferente. Siempre muy de fondo, muy suave y deliciosamente bella. Y el de la mano sobre la roca, en muchas ocasiones preguntaba:
- ¿Y si me pongo mirando al río y toco con mis manos este punto de la roca?
- Prueba.
Hacia la prueba y otra vez la música sonaba. Siempre como si surgiera de las aguas del río, de algunos de los charcos o de entre la vegetación que se tupía a los lados.

Y unos y otros, conocidos casi todos entre sí porque tenían sus huertos por el lugar o vivían cerca, comentaban:
- ¿Qué misterio tendrá esta roca?
- Nadie hasta hoy ha podido descifrarlo.
- Y la música ¿de dónde viene y quien la toca?
- También es un misterio.
- Pero no podemos decir que no sea fantástico.
- Yo creo que, como todos los que vivimos por aquí, somos pobres, el cielo nos premia con este regalo. Como si dijera que, para los reyes la Alhambra y para nosotros, algo mucho más fino y bello: las aguas de este río, claras como la luz y esta misteriosa roca con su música.
- Sí, quizá sea eso.

Y todo esto fue así y durante mucho tiempo hasta que un día un rey dijo:
- Córtese el camino y que nadie más pase por ahí nunca. Construid un palacio cerca de las aguas y que la roca de la música quede en el centro de los jardines.
Se llevó acabo este proyecto y, al poco tiempo, ya estaba el palacio construido. Dejaron la roca de la música decorando a unos jardines muy bellos y el camino desapareció para siempre. Pero muchos empezaron a decir que los dueños y habitantes del palacio nunca podían oír la música de la roca. Se secó su fuente a partir del momento en que cortaron la senda que cada día recorrían los humildes del río.

Al saberlo los que sí antes habían caminado por la vereda y habían gozado de la misteriosa música, comentaban:
- ¿Por qué la roca habrá dejado de regalar tan bella música?
- Tampoco lo sabemos.
- A lo mejor es que, como estas personas son tan egoístas y lo quieren todo para sí y no respetan ni a los pobres ni la naturaleza ni las claras aguas del río, el cielo se ha enfadado y no quiere ser amable con ellos.
- A lo mejor puede ser eso.

11 de febrero 2021 -336

391- EL ÚLTIMO SORBO DE AGUA

El sol se reflejaba sobre las torres de la Alhambra y, por entre los jardines, el fresco airecillo, lento se movía. Sobre las aguas del río Darro, al lado de abajo del Puente del Aljibillo, también el sol reverberaba. Los dos niños jugaban con su amiga y ésta les dio una pequeña bolsa de esparto con algunas piedras de cuarzo al tiempo que les decía:
- Como es el último juego de nuestras vidas, quiero que os llevéis esto con vosotros para que tengáis de mí siempre un buen recuerdo.
El mayor de los dos niños cogió la bolsa de esparto y al abrirla, la pequeña alargó su mano y de nuevo dijo:

- Y estas dos piedrecitas de mica y pizarra negra, también para vosotros de recuerdo. Ponedlas siempre junto a esta otra de cuarzo transparente y blanca para que en todo momentos estemos juntos en cualquier parte del mundo y a cualquier hora del día. Yo en el centro y vosotros dos dándome compañía y protegiéndome para que no me pase nada.

Y en ese momento, la madre de los niños, llegó al río, saludó a la pequeña y a los dos muchachos les dijo:
- Ha llegado el momento de macharnos de aquí cuanto antes.
Triste besó a la pequeña y ellos, también apenados, le regalaron otro beso y la despidieron. Se alejaron de las aguas del río, subieron despacio por la sendilla en el barranco del Rey Chico, cruzaron los jardines y huertas de la Alhambra por el collado de los Alixajeres y continuaron caminando. Cuando ya remontaron a lo más alto del cerro de la izquierda, se pararon, echaron una última mirada para el barrio del Albaicín, para la Alhambra y para Granada y siguieron caminando. El sol calentaba y como ya era casi verano, el bochorno también asfixiaba. De la barja de esparto que la madre llevaba colgada en su hombro, sacó un puñado de cerezas y se las dio a los niños diciendo:
- Tomad y comed algo y luego, cuando lleguemos al manantial de los álamos, bebemos y llenamos de agua esta vasija de barro.
Cogieron los niños las cerezas y mientras caminaban en silencio junto a la madre, se las iban comiendo.

Cuando llegaron al manantial, se pararon, bebieron un buen trago de agua fresca, llenó la madre la vasija de barro y después de unos minutos de descanso, siguieron subiendo. Ya con el sol a sus espaldas y lejos, muy lejos de la Alhambra y de Granada. Preguntó el más pequeño:
- Y cuando se nos acabe el agua que hemos cogido en el manantial ¿de dónde vamos a coger más?
- Cuando se nos termine el último sorbo de agua, Dios proveerá.
Ninguno de los tres dijo nada más. Siguieron remontando por las sendas llenas de polvo y, cuando se ponía el sol por la ancha Vega de Granada, ellos también se perdían en el horizonte lejano. Nadie supo nunca hacia qué lugar del mundo. Sí aquella noche y al día siguiente, en el barrio del Albaicín y en Granada, algunas personas comentaron:
- Quizá el cielo esté con ellos y antes de que se le agote último sorbo de agua, encuentren el paraíso que tanto están necesitando.

12 de febrero 2021 -337

REPARTIENDO DINERO

Sin saber como, al meter sus manos en los bolsillos de atrás de los pantalones, encontró un sobre. Lo cogió enseguida y lo abrió. Y vio que estaba repleto de billetes de 50 €. Miró para su lado derecho y al que le acompañaba, le dijo:
- Nosotros tenemos casa donde vivir, suficientes alimentos, electricidad, calefacción, agua caliente y hasta naranjas de muy buena calidad en el jardín y buenas hortalizas en el pequeño huerto. Ellos, muchas personas en estos momento, se mueren de hambre, de frío y de falta de cariño en sus vidas. Repartamos este dinero entre estas personas tan desvalidas y carentes hasta de lo más básico.

Desde donde estaban parados, los veían subir barranco arriba como en busca de libertad y aire fresco. Venían como huyendo de la ciudad. Le dijo al que le acompañaba:
- Diles que suben por la cañada de la derecha. Ahí les salimos al encuentro y repartimos con ellos este dinero.
El que le acompañaba indicó los que subían que remontaron por la cañada de la derecha. Y cañada arriba, siguiendo la senda que pegada al cauce del arroyo discurría, se les vio subir

aprisa, en un gran grupo. Con el sobre lleno de dinero en la mano, el que había encontrado este dinero en sus bolsillos, esperó un poco y, en cuanto los primeros que subían llegaron, les fue dando a cada uno un puñado de billetes. Sin contar nada, sacaba billetes de 50€ del sobre y se los daba a los que iban llegando.

El que le acompañaba miraba atónito al que repartía el dinero y para sí se preguntaba: "¿Cómo es que reparte y reparte dinero y el sobre que tiene en sus manos se mantiene por completo lleno? ¿Qué milagro es este?" Quiso preguntar al que repetía pero no se atrevió. Sin embargo, éste, al advertir el asombro en que le acompañaba, lo miró y dijo:
- Yo tampoco sé qué es lo que está pasando, pero sin embargo, tú fíjate

13 de febrero 2021 -338
LAS VIOLETAS
Blancas y moradas
en el jardín las violetas
ya están brotadas.
También entre las nieves
de Sierra Nevada
y junto a los ríos
de las aguas claras.

Humildes y en silencio
al viento exhalan
esencias y recuerdos,
cantos al alba
y oraciones al cielo
en las mañanas.

El frío del invierno,
las violetas blancas,
tu ausencia y mis sueños,
la nieve en las montañas
y el rocío en la hierba
casi escarcha…
Un canto a la vida
que lenta se marcha
entre violetas frescas
en el jardín brotadas.

14 de febrero 2021 -339
292- LA FUENTE, EL PERRO Y EL MENDIGO
En una pequeña plaza, en el barrio del Albaicín, hicieron una fuente. Justo al final de una estrecha calle que subía muy empinada desde el río Darro. Y a esta fuente, además de un pequeño caño por donde se deslizaba un claro chorrillo, le hicieron un pilar rectangular. Tallado en piedra y no muy grande aunque algo profundo y elevado del suelo como un metro, más o menos.
- Para que beban las bestias cuando vengan cargadas por esta cuesta.
Decían algunos vecinos.
- Y también para que las personas podamos beber en el chorrillo y lavarnos las manos y coger agua de este pilar.
Comentaban otros.

El caso es que todos los vecinos cerca de esta fuente, estaban contentos. La pequeña plaza ganaba mucho y la estrecha calle, adquiría mucha importancia porque no en todos los rincones del barrio, había fuentes. Y porque también, del agua del pilar, algunos vecinos cogían para dar de beber a los animales de sus corrales y regar las plantas del jardín o del huerto. Por eso, a primera hora de la mañana, desde el día en que inauguraron la fuente, alrededor del pequeño pilar se veía mucha actividad. Burros bebiendo, personas quitándose la sed en el claro chorrillo, mujeres llenando recipientes que luego se llevaban a las casas y hasta niños jugando por la plaza y cerca de la fuente.

Al poco tiempo de la inauguración de este pilar, en el rincón de la derecha y junto a una pared con un hueco, se refugió un hombre pobre. El mendigo del barrio que era como muchos lo llamaban porque desde hacía mucho tiempo, lo habían visto, a veces pidiendo y otras veces, refugiado en cualquier jardincillo o recoveco en las calles. Por eso, cuando se vino junto a la fuente, a nadie le molestó ni le resultó extraño. Y bastantes de los que pasaban por la plaza o se acercaban a la fuente para beber o abrevar a sus animales, de vez en cuando le daban algo. Algunos frutos secos, un trozo de pan duro, algunas prendas de ropa para que se abrigara e incluso, un vaso de leche calentita para que entrara en calor en las frías mañanas del invierno.

Los niños que con frecuencia jugaban en la plaza de la fuente, también respetaban al mendigo. Porque los padres de estos niños, de vez en cuando les decían:
- A los pobres hay que respetarlos y tratarlos con dignidad. Son personas como nosotros y, aunque en esta tierra son pobres, en el cielo puede que sean los más ricos. Nunca os riáis del mendigo ni lo enfadéis con vuestras bromas.
Y los niños que por las tardes y mañanas jugaban en la plaza de la fuente, en todo momento tenían muy en cuenta los consejos que le daban los padres. Todos los niños menos uno. El que vivía unas casas más arriba de la fuente y tenía el pelo rubio y era delgado.

El mendigo era amigo de un perro colorado que le daba compañía tanto de día como de noche. Se acostaba a sus pies, lo miraba cuando su dueño se acurrucaba en sí para quitarse el frío y hasta lo defendía cuando alguien molestaba a su dueño. También los niños que jugaban en la plaza, respetaban mucho al perro del hombre pobre. Le daban, a veces, trozos de pan para que comiera, lo acariciaban y lo animaban para que jugara con ellos. Y el animal disfrutaba mucho con las chirigotas y ocurrencias de los niños. Sin embargo, el niño delgado y de pelo rubio y que casi siempre andaba solo, en cuanto podía y los demás no lo veían, se acercaba al mendigo y le decía:
- Tu perro es el más feo de todo este barrio.
- ¿Y por qué dices eso?
- Porque no me gusta el color de su pelo ni tampoco sus orejas ni su rabo. Además, está sucio y cuando me acerco a él, siempre me ladra.
- Eso es porque tú no eres bueno con él. Este perro mí siempre ha sido cariñoso con todos y, conmigo, mi mejor amigo.
- ¿Y cuando lo lavas?
- Él se limpia solo y luego se pone al sol para secarse cuando llueve y para calentarse.

Y en estos momentos, cuando el mendigo se acurrucaba y el perro estaba cerca de la fuente, el niño rubio, cogía del pilar agua con un recipiente y se la echaba al perro por encima diciendo:
- Para que te laves y te quedes limpio.
El perro salía corriendo, huyendo del pequeño que lo mojaba pero al día siguiente, el muchacho volvía otra vez a lo mismo. Así fue como, casi todos los días, cuando se

acercaba a la fuente y veía al perro, lo empapaba de agua y cuando el mendigo protestaba, también se acercaba a él con el recipiente lleno de agua y lo derramaba sobre la cabeza del hombre pobre al tiempo que comentaba:
- Para que también te laves tú que estáis los dos hecho un asco.
Protestaba el mendigo y protestaba el perro y esto le hacía mucha gracia al pequeño solitario.

Cuando los demás niños andaban jugando por la plaza y veían al de los pelos rubios empapando al perro y al mendigo, se enfadaban con él. Salían corriendo y a un hombre mayor que vivía cerca de la fuente, le decían:
- Ya está otra vez echándole agua al perro y al mendigo.
El hombre mayor los miraba y no sabía ni qué decirles ni qué hacer. Hasta que un día, cuando los niños vinieron a él para decirle que andaba corriendo detrás del perro para empaparlo como siempre, el hombre mayor les dijo:
- Mañana mismo vamos a darle un escarmiento.
- ¿Cómo?
Preguntaron enseguida los niños. Y el hombre mayor les explicó el plan que ya había ideado.

Al día siguiente, todos los niños se fueron a casa del hombre mayor. Esperaron a que el niño solitario se acercara al mendigo y le echara agua al perro. Y cuando, media hora después el niño rubio apareció y, como todos los días, se puso a correr detrás del perro y a mojar al mendigo, todos los niños salieron de la casa y también el hombre mayor. Corrieron detrás del niño rubio, lo cogieron y, ayudados por el hombre mayor, con el mismo recipiente que el niño rubio usaba para empapar al perro y al mendigo, lo rociaron de agua una y otra vez. Luego lo acercaron a la fuente y todos al mismo tiempo y con las manos, le echaron agua y más agua durante un buen rato. Al final el hombre mayor dijo:
- Esto es solo un escarmiento. Como te veamos otra vez echándoles agua al perro y al mendigo, de nuevo recibirás lo que mereces.

A partir de aquel día, nunca más vieron al niño solitario maltratar ni al perro ni al mendigo. Sí los niños, preocupados, hablaron con el anciano y éste les dijo:
- En la vida, se aprende mucho cuando uno recibe el mismo trato que da a los demás.
- Pero, a partir de ahora, él no querrá saber nada con nosotros. Nos tratará como si fuéramos sus enemigos.
- Vosotros, tranquilos. Por ahora, vamos a dejar las cosas tal como en este momento están, para que escarmiente y comprenda que hay comportamientos que deben evitarse. Cuando pase un tiempo, yo mismo me encargaré de hablar con él y pedirle que se venga con vosotros y se haga nuestro amigo.

15 de febrero 2021 -340

76- EL MÁS BELLO JARDIN DE LA ALAHAMBRA

Uno de los reyes de la Alhambra, aquella mañana lo llamó al palacio y le dijo:
- Todos me hablan de ti y siempre es bueno.
- Me alegro, majestad. Serle útil a usted y a la princesa, es lo que más deseo.
- Y me han dicho que eres muy amante de la naturaleza. Que te gustan mucho las plantas, las flores, el agua, cultivar las tierras y disfrutar de la libertad y el air puro que tenemos en Granada.
- Es cierto que me gusta mucho todo esto porque pienso que el paraíso que Dios nos tiene prometido, de agua, de flores, ríos y lagos, tiene que estar repleto.
- Pues por esta manera tuya de comportarte, sentir y pensar, quiero hacerte un regalo.
- ¿Qué regalo, majestad?

- Desde hoy y durante cinco años, te regalo un trozo de tierra, no muy lejos de la Alhambra y en aquel sitio que tú quieras.
- ¿A cambio de qué?
- A cambio de que en estas tierras siembres, cultives y riegues todo aquello que a ti te gusta tanto. ¿Serás capaz de construir el jardín más bello que nunca se haya visto aquí en la Alhambra?
- Creo que sí, majestad.
- Pues si lo consigues en estos cinco años que te he dicho, además de regalarte para siempre este jardín, te prometo otro regalo aun mejor.
- ¿Qué regalo puede ser para mí mejor que este sueño que estamos comentando?
- Te lo diré y lo sabrás en su momento.

Y no se habló más. Aquella misma tarde el rey dio órdenes para que pusieran a su disposición el trozo de tierra que eligiera y en el lugar que más le gustara, no lejos de la Alhambra. Y él no lo pensó mucho porque, desde hacía bastante tiene ya, tenía escogido su paraíso ideal, a solo dos pasos de la Alhambra. Les dijo a los sirvientes del rey:
- Las tierras que quiero, están junto al Generalife, un poco por el lado de abajo. Ese es el lugar perfecto para realizar lo que sueño.
- Pues tuyo es, desde hoy, ese terreno.
Y en aquel momento se fue al lugar. Se puso a recorrer la tierra, a la vez que les decía a los sirvientes del rey:
- Desde aquella piedra hasta esta encina y por esos lentiscos donde va la acequia, todo esto lo quiero para mi jardín y huerto.
- Concedido está. Cumplimos órdenes del rey.
- Y también quiero que mi terreno llegue hasta el borde mismo del puntal. Desde ahí se ve con toda claridad todo el valle del río Darro, las laderas y cerro del Albaicín, la gran extensión de la Vega de Granada y el magestuso conjunto de la Alhambra. Quiero que el rey y la princesa, cuando se asomen a las ventanas de sus torres, vean estas tierras y me vean a mí trabajando en ellas.
Y otra vez los sirvientes le dijeron:
- Tus deseos serán cumplidos.

Aquella misma tarde, un poco antes de que se pusiera el sol, se puso mano a la obra. Y lo primero que hizo fue trazar, desde la acequia del Generalife, pequeños ramales por el trozo de tierra que había elegido. Luego, ideó un pequeño lago en el centro, no en forma de alberca sino en forma de lago verdadero. Planificó dónde sembraríás las higueras, los membrillos, las cepas de viña, los naranjos, granados y los olivos. Y a continuación, calculó dónde sembraría cada planta: rosales, setos de mirto, cipreses, jazmines y enredaderas. También calculó en qué lugar del terreno sembraría tomates, pimientos, patatas, lechugas, pepinos, zanahorias y calabazas. Y durante toda aquella noche estuvo trabajando en su trozo de tierra. A la luz de la luna y en compañía del rumor del agua de la acequia, del canto de los grillos, mochuelos y lechuzas y besado en todo momento por el fino vientecillo que subía del río Darro.

Era otoño y por eso él sabía que estaba en el mejor momento. Sembró las higueras y demás árboles que había pensado, labró las tierras, quitándole las piedras para dejarlas finas para el momento de la siembra y dio forma a todos los ramales de acequias y a su pequeño lago. Llegó el invierno y las lluvias y heladas no hicieron ningún desastre en sus tierras sin o todo lo contrario: las fueron empapando y preparando para la llegada de la primavera. Y se presentó la primavera y los árboles dieron sus hojas y flores. Primero los almendros, luego los cerezos, los membrillos y naranjos los rosales, higueras y parras. Y

sembró, mientras tanto, las tierras del huerto. A los pocos días brotaron las plantas, casi al mismo tiempo que su pequeño lago se llenaba de agua.

Y aquella primera primavera su tierra se llenó de verde, de flores, de olores y reflejos de agua. Vino un día el rey, en compañía de la princesa y al ver el jardín y huerto, preguntó:
- ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo, ni siquiera un año, hayas conseguido todo esto?
- Trabajando y disfrutando en cada momento sin dejar de agradecer al cielo todas las maravillas que por aquí nos regala.
- Lo que dices y haces es fantástico.
Y la princesa le preguntó:
- ¿Y este lago tan bello y de color azul cielo?
- Ha salido de mi corazón y sueños y es del rey y tuyo, por supuesto.
- ¿Puedo mojar mis pies en sus aguas?
- Claro que puedes.
Y la princesa se acercó y durante mucho tiempo no solo mojó sus pies sino que lavó sus manos, cara y luego se bañó. Decía mientras nadaba:
- Lo que más me gusta, y me gusta todo en este pequeño edén tuyo, es la visión que desde aquí hay sobre la Alhambra, sobre el Albaicín, río Darro y Granada.
- Esto debe parecerse al paraíso que Dios nos tiene preparado en el cielo.
Y la princesa quedó admirada. Cogió luego naranjas, cortó rosas, puso en su pelo un ramillete de flores de jazmín y, cuando ya regresaba con el rey al palacio, cogió tres bonitas flores de girasoles.

Aquel mismo día él llevó al rey una buena carga de las mejores cosas de su huerto. También al día siguiente y al otro y así a lo largo de todo el verano y parte del otoño. Y la princesa, cada vez que lo veía, le decía:
- No solo el lago es bello sino que estos frutos saben a cielo.
Y él le respondía:
- Me alegro.
Volvió a llegar otra vez el otoño, corrió el invierno, se presentó la primavera y luego el verano. Sus árboles, plantas y hortalizas del huerto, crecían y daban flores y frutos y el jardín se llenaba de más y más belleza. Al tercer año ya las higueras dieron ricos higos y lo mismo los naranjos, viña y granados. Y al cuarto año, el jardín y el huerto no solo parecía vergel digno de los mejores salones del cielo sino que era el orgullo del rey, de la princesa y de cuantos vivían en la Alhambra. Por eso, muchos le preguntaban:
- ¿Cómo lo consigues?
- El cielo me regala la luz, la tierra, el agua y el aire. Lo demás lo pongo yo, dando gracias al cielo, con mi trabajo y la fuerza de mi corazón.
- ¿Y que llevas en el corazón?
- Amor a lo bello y puro y respeto al cielo. También algo muy profundo que no comparto con nadie porque es mi secreto.
- ¿Ni siquiera con el rey o la princesa?
- Ni siquiera con ellos.

Y al quinto año, fecha en que se acaba el plazo que el rey le había concedido, éste lo volvió a llamar al palacio y le dijo:
- Estoy contento contigo y te estoy muy agradecido. Has demostrado que eres amigo del cielo, de la libertad y de lo bello.
- Me alegro, majestad.

- Así que voy a cumplir lo prometido. Como has sido bueno, de corazón noble y fiel en lo poco, mereces el mejor de todos los premios: desde ahora mismo eres dueño del jardín y todas las tierras que has sembrado y labrado. Nunca se ha visto por aquí un paraíso tan original y esto ennoblece a la Alhambra y a Granada. Y como te prometí darte otro regalo quiero cumplir mi palabra.
- ¿Qué regalo puede darme si ya tengo todo lo que quiero y bendición de su majestad y la del cielo?
- Ella. La princesa lleva mucho tiempo diciéndome que está de ti enamorada. ¿Serás capaz de cuidarla y de darle la felicidad que sueña?

16 de febrero 2021 -341

LA EXCURSIÓN

Los conocía desde hacía mucho tiempo. Por eso, muchas veces, ya lo habían invitado. En ocasiones, para reunirse y hablar de temas elevados y, en otros momentos, solo para verse y compartir cosas elementales y también para ir por algún lugar de la ciudad. Por todo esto, ya los consideraba buenos amigos y hasta los tenía por los más buenos.

Pero en aquella ocasión, cuando se enteró de la excursión, descubrió que ya lo tenían casi todo acordado. Directamente a él no le pidieron que se uniera pero por sí mismo interpretó que podía acompañarlos. Porque de ningún modo le había vetado su presencia. Por eso aquella mañana, ya con la primera parte de la excursión en marcha, se pararon un momento. Junto a la pequeña casa, todavía un poco antes de los manantiales y donde la explanada, los árboles y la fuente de aguas claras. Dijo el que iba al frente del grupo:
- Juguemos un rato, tomemos un bocadillo y luego seguimos.

Y enseguida, varios se pusieron a correr detrás de un balón, a charla en corro y, sin saber cómo ni por qué, se vio solo. Sin participar en nada, a un lado de todos ellos y sin que ni siquiera le dijeran que los acompañara. Se puso a jugar con su pequeño perro y al poco vio como todos se concentraba alrededor de la fuente. Sacaron bocadillos, los intercambiaron entre sí y tampoco les dijeron nada. Ni le ofrecieron un bocadillo ni una fruta ni nada de lo que entre ellos compartían. Y en estos momentos sí se sintió marginado. No dijo nada. Se limitó a estar allí, entre ellos mientras se acercaba al que creía era su mejor amigo. Éste ya había terminado de comerse su bocadillo y por eso dijo:
- No te entretengas muchos y recoge tus cosas que en un momento nos vamos.

Entró a la vieja casa, donde había dejado su mochila, recogió y metió dentro de la mochila algunas de las cosas que un compañero habían dejado por allí y, al poco, salió fuera con la intención de unirse a ellos y continuar el camino. Pero y de repente, descubrió que ya se habían marchado todos. Sin apenas meter ruido y sin decir nada. Ni siquiera tenía claro la dirección que habían tomado. Llamó a su perro que sí estaba por allí retozando, lo acarició y miró para el lado del arroyuelo, por donde se veía un trozo del camino.

En la misma explanada se paró un coche, bajó de él un hombre y una muchacha y el hombre se acercó y le preguntó:
- ¿Sabes a qué sitio se han dirigido?
Y le dijo que todos se habían marchado sin darle ninguna explicación. Le dieron las gracias, arrancaron el coche y se fueron. Mirándolos se quedó él, acariciando a su perro, con la mochila preparada y dudando si seguir, quedarse por allí sin tener claro para qué o

regresar. Porque tenía claro que todos lo habían dejado a un lado sin darle la más mínima explicación.

17 de febrero 2021 -342

VIAJE A LA NADA

- ¿Cuándo te marchas?

Le preguntaron. Y él respondió:

- Mañana, al caer la tarde.
- ¿Y ya lo tienes todo preparado?
- Todo menos lo más importante.

Y quisieron seguir preguntando pero le dijeron:

- Si organizas una fiesta de despedida nos gustaría ir a ella. Queremos decirte algo.

Hubo un momento de silencio y luego él preguntó:

- ¿Qué es lo que me queréis decir?

También ellos esperaron un rato y luego, el más amigo, dijo:

- Queremos que sepas que toda marcha, todo viaje hacia lo desconocido y nuevo, todo cambio de lugar, es como ir a la búsqueda de lo esencial. ¿Estás tú de este modo preparado?

Y él les respondió:

- En el fondo sé que aquí me dejo lo que más siempre he amado. Y más en el fondo sé que si no me llevo conmigo lo que tanto me duele dejar, de nada sirve mi cambio. Porque llegaré al lugar y comenzaré a vivir por allí pero sintiéndome vacío y sin tener conmigo lo que, desde que vivo, estoy ansiando.

Hubo otro momento de silencio y luego de nuevo le preguntaron:

- ¿Y cómo es aquello?
- Todo campo verde, un río muy claro y un gran valle repleto de altos árboles.
- Sin duda es un lugar hermoso por lo que nos estás contando. Pero ya sabes: todo cambio de lugar, en el fondo es como dar un paso al encuentro de tu final, de lo esencial, de tu hondo sueño, de tu más pura realidad. De nada sirve ir a un lado u otro buscando si no tienes claro que el fin eres tú mismo.

Y nada más se habló en aquel momento. Al poco, los amigos se fueron y él se quedó solo en su habitación. Dio unos pasos y se acercó a la ventana. Miro fuera y descubrió que estaba nublado, no hacía frío y en los álamos de la ladera, arrullaban dos tórtolas y canturreaban algunos mirlos. “Hoy puede llover”, se dijo. Luego cogió un bolígrafo y una hoja de papel y escribió los siguientes versos:

Si me faltas,
si no estás conmigo
por donde vaya,
aunque cambie de lugar
seré nada.
Lo más importante
no es cambiar de casa
ni de país
ni de playa,
si no estás conmigo

vaya a donde vaya
siempre tendré un vacío
en mi alma.

18 de febrero 2021 -343
PRONUNCIÓ SU NOMBRE
No era todavía primavera pero ya los almendros habían florecido y los mirlos lanzaban al aire sus cantos. (En construcción)

19 de febrero 2021 -344
SU BLANCO JUEGO
Era invierno. Ya final del mes de enero y el día amaneció tranquilo. Solo con algunas nubes en el cielo, el viento en calma y sin apenas frío. Por esto, aunque era invierno, apenas lo parecía. Pero sí, unos días antes, había llovido mucho. Sin parar a lo largo de dos meses y de una forma casi torrencial. Y lo había hecho a largo y ancho de toda la región y por las montañas y campos de sus recuerdos.

Y aquella mañana gris, de viento en calma y con cara de invierno, comenzó a subir por el camino. La pista de tierra que arranca en el corazón del valle y, zigzagueando ladera arriba, pasa por el collado de las encinas en busca del cortijo de las pitas. Y, conforme avanzaba por el carril dirección al cortijo, miraba. Despacio y con interés, como si buscara algo que en el fondo necesitaba. Y él sabía que sí lo necesitaba y por eso tenía claro también qué era lo que buscaba.

Siguiendo el carril de tierra, remontó a la curva cerrada del collado de los majuelos. Se paró un momento y fijo, miró al frente. No muy lejos, descubrió el cauce del arroyo grande, el puente de cemento por donde el camino cruzaba y, más arriba y coronando, la oscura silueta del cerro. Como mirando o vigilando el zigzagueo del camino y como ofreciendo una atalaya en la misma roca que en todo lo alto se clavaba. Siguió atento buscando y sus ojos se fueron hacia la figura del cortijo.

Y al fin descubrió, algo asombrado y al mismo tiempo emocionado, que a pesar del tiempo aun permanecía blanco, misterioso, sereno, hermoso… Oculto un poco por entre las encinas, como en aquellos tiempos, rodeado de eucaliptos, de olivos y de pitas y en el rellano de la derecha del cerro. Mirando al sol de la tarde, de igual modo que en aquellos tiempos y como escondiendo en sí el más importante de los secretos. Secretos o tesoros llenos de recuerdos amables que era lo que, en el fondo, él venía buscando. Con el deseo de rellenar, de alguna manera, el vacío y hambre que tanto le dolía dentro del pecho.

Por eso, después de un largo rato observando la figura del cortijo y meditando los recuerdos, se fue llevando sus miradas para la ladera por encima del puente y del arroyo. Se veía por aquí el camino trazando curvas y aplastado entre las encinas y la tierra. Y por una de estas curvas, le pareció verla. Subiendo con la misma elegancia y belleza que en aquellos días, montada en su bicicleta. De espaldas al arroyo y de espaldas a él pero exhalando tanta belleza que enamoraba y llenaba de dolor al corazón. Quiso llamarla para verla más de cerca y que no se le escapara del tiempo pero cayó en la cuenta que todo era puro recuerdo. Que no era cierto que en ese momento ella por allí subiera aunque su corazón sí la estuviera viendo.

Sin embargo, sí percibió que el aire le regalaba con la misma esencia de aquellos días lejanos y con la misma imagen del cortijo clavado en lo más alto del cerro. Sacó de su bolsillo un bolígrafo y papel y, sin dejar de mirar para donde le parecía subía montada en su bicicleta, escribió los siguientes versos:

Ha pasado el tiempo
y todo conmigo
se ha hecho tan viejo
que ni siquiera reconozco
estos cerros.
Pero mi corazón
te sigue viendo
igual de alegre y joven
y en tu mismo juego.
Sincera eternidad
en mi eterno sueño.

20 de febrero 2021 -345

295- EL JOVEN, EL PERRO Y LAS MONEDAS DE ORO

Parece que, a pesar del tiempo transcurrido y lo mucho que por el lugar han cambiado las cosas, todo por aquí siguiera vivo. Como si, en algún lugar de la luz o del viento, su figura, su caminar y sus sueños, hubieran quedado recogidos y nada, nada pueda borrarlo. Al menos, yo así lo percibo y casi nítido lo veo en muchos momentos.

Y sucedió hace ya mucho, mucho tiempo. Antes de que en la colina de la Alhambra, se alzaran las torres y murallas. Y por supuesto que mucho antes que junto al río Darro, Genil o por la Vega de Granada, hubiera edificios o palacios. Sí existían por aquellos tiempos, caminos que iban y venían por las orillas de estos ríos, cerca de las hermosas corrientes de aguas claras que descendían serenas o se remansaban en charcos o pequeñas playas. Subía, uno de estos caminos, por la orilla del hoy conocido como río Darro y pasaba por donde unos paisajes muy hermosos. Algo más arriba de donde ahora se juntan el río Darro con el Genil y casi a la altura de lo que conocemos con el nombre de Paseo de los Tristes.

Por este camino, todas las tardes, se le veía. Era joven, siempre le acompañaba un pequeño perro colorado y blanco y parecía que en todo momento iba al encuentro de algo grande. Algunas veces, se paraba junto al río, donde el cauce tenía una pequeña curva y se remansaban varios charcos. Y aquí, durante rato, se entretenía mirando y jugando con su perro. Cogía, a veces, algunas truchas y en otros momentos, le llamaba mucho la atención el pequeño animal salvaje que en este tramo del río vivía. Al verlo su perro, perseguía a este animal y nunca lograba cogerlo. No le importaba porque su mundo era otro y por eso siempre llamaba a su perro y seguía por el camino.

Le gustaba mucho el paso del pequeño arroyo que le llegaba al río por la derecha. Un hilo de agua muy clara, siempre descendía por este arroyuelo y para cruzarlo, él buscaba unas piedras gordas y de una a otra, saltaba. Como si no tuviera prisa pero siempre como al encuentro de algo importante que parecía no encontrar en ningún momento. Sin embargo, un día de invierno algo cálido, subió por este caminillo, en la curva de los charcos del río se paró un momento y jugó un rato con su perro. Luego siguió, cruzó

el arroyuelo por el vado de las piedras y unos metros más adelante, se encontró con varios conocidos que caminaban en dirección contraria. Le preguntaron:
- Queremos cruzar al otro lado del río para remontar a la colina de la izquierda. ¿Por dónde hay un buen paso?
- Cruzad el arroyuelo saltando por las piedras y por debajo de la curva del río, veréis una bonita playa de arena. Ahí el río ofrece un cómodo paso.

Le dieron las gracias las personas y él siguió subiendo por el caminillo. Una veredilla estrecha, muy pegada a las aguas y por donde todo el suelo era arena. Por eso pisaba con cuidado y al poco, sus desnudos pies, tropezaron con unas monedas muy relucientes. Se agachó, las cogió y enseguida comprobó que eran de oro. Siguió caminando, ahora mirando a la arena del caminillo que pisaba y, al poco, vio otras monedas. Las volvió a coger y al mirar, vio más monedas y así hasta doce. Las guardó todas en su bolsa de cuero y cuando la tarde caía por la gran Vega de Granada, él se perdía río arriba, siguiendo la senda y en compañía de su perro. La oscuridad de la noche lo ocultó en los bosques y montañas al fondo y por donde brotaban las aguas del río y al día siguiente, ya nadie lo vio. Nunca más se le vio por las orillas de este río Darro ni tampoco nunca nadie preguntó ni ha preguntado por él. Pasado el tiempo, construyeron casas junto al río Darro y junto al río Genil y construyeron torres y murallas en la colina donde hoy se alza la Alhambra. Se borró y desapareció aquel caminillo, el arroyuelo del vado de las piedras y los charcos del río. Y, pasado el tiempo, aun se borraron mucho más aquellas playas de arena dorada y los paisajes que le rodeaban.

Hoy en día, ya muchos, muchos años después, aquel caminillo y el joven con su perro, por completo han quedado enterrados en todo lo que por aquí se ha construido. Pero yo, muchas tardes me vengo al famoso Puente del Aljibillo, me siento en su muro, miro a la Alhambra sobre la gran colina, observo a los turistas y a las demás personas que por aquí pasan y me extasío en las puestas del sol sobre la Vega de Granada. Y claro que me gustaría preguntar, a los reyes que vivieron en la Alhambra, a los turistas y demás personas que ahora van y vienen por aquí y a una persona muy concreta que conozco, qué saben y piensan de aquel joven. Y por qué, a pesar del tiempo transcurrido y tanto como por aquí todo se ha transformado, aquel joven, su perro y las monedas de oro, parecen no haber desaparecido de este lugar. Como si, a pesar de haber sido insignificante, el Universo y el cielo, lo mantengan vivo en el alma y la luz de estos lugares.

21 de febrero 2021-346

82- EL HOMBRE DEL TESORO

Vivía solo, en una casita junto a las mismas aguas del río Darro. En el rincón de la Casa del Rosal pero más cerca aun del río, entre el Sacromonte y el barrio del Albaicín. Desde este lugar se veía muy bien la hermosa figura de la Alhambra, toda la umbría y bosque que desde lo alto cae y se oía claramente el correr de las aguas. También podía disfrutar del extenso valle que, hacia las montañas de Sierra Nevada, el río Darro abre. Y disfrutaba mucho estos paisajes porque, entre otras muchas cosas, lo que a él más le gustaba eran los días de lluvias con sus nieblas y los días de sol con sus nubes sueltas. Y por el valle que este río labra hacia las sierras donde nace, siempre llueve mucho y se amontonan las nieblas.

En un punto muy concreto y no lejos de su casa, en el río, tenía un precioso charco para bañarse. Lo hacía con frecuencia en las calurosas tardes del verano, cuando regresaba de labrar las tierras de su huerto. Y, después de refrescarse en las claras aguas, le gustaba mucho observar desde aquí la figura de la Alhambra y la umbría tupida de bosque. Le gustaba mucho, después de su baño en el charco, tumbarse en la sombra del

viejo fresno y dormir una larga siesta. Y también le gustaba mucho quedarse en la orilla del charco y, en la arena, buscar oro. El río Darro siempre ha tenido oro y, en tiempos lejanos, más que ahora. No tenía él mucha suerte cuando buscaba oro pero se entretenía, descansaba, tomaba el aire y el sol y alimentaba su alma.

En el barrio y entre sus amigos, lo llamaba en "El hombre bueno". Y esto era porque él continuamente repetía:
- Las cosas, hasta las pequeñas cosas de la vida, hay que transcenderlas.
Y los amigos le preguntaban:
- Entendemos un poco lo que dices pero no sabemos cómo hacerlo. ¿Nos lo explicas?
Y muy paciente siempre les decía:
- Uno puede ser pobre, pasar hambre y tener frío y no poseer ni casa ni fortuna o uno puede ser todo lo contrario: ser muy rico, vivir en un gran palacio, tener mucha comida, conocer idiomas y poseer cultura. Pero tanto si uno es pobre o rico, lo que importa en esta vida es vivir y proceder como si estuviéramos de viaje, solo por un día, hacia un reino grandioso en la otra orilla. Todo lo que por aquí poseemos aquí se quedará para siempre en cualquier momento. Y sin embargo, nosotros, somos habitantes de la luz, de lo hermoso y de lo eterno.
Y al oír esto los amigos de nuevo le decían:
- Muy bonito pero en lo que sí nosotros estamos muy de acuerdo es que eres un hombre bueno, además de respetuoso y amante de lo bello.

Y aquel día, final de febrero y por eso invierno, lluvioso y con algunas nieblas por la laderas, salió de su casa con su borriquillo. Cruzó el río, subió una pequeña cuestecilla y, al poco, se encajó en las tierras de su huerto. Dejó en la llanura a su borriquillo para que comiera hierba y se preparó para la faena. Tenía sus herramientas bajo un grueso almendro, todo en ese momento, repleto de flores. Por eso, durante unos minutos estuvo mirando a este árbol, decorado hoy también por las gotas de lluvia colgando de los pétalos de las flore y con la grandiosa figura de la Alhambra, al fondo. Cogió luego la azada y se puso a cavar para trazar el surco de la nueva acequia. Y no llevaba media hora trabajando cuando, al dar un golpe en la tierra, notó que algo se rompía. Cavó un poco más aprisa y, de pronto, se quedó parado.

Ante sus ojos y con la tierra y trozos de ánfora de barro, aparecieron muchas monedas relucientes. Cogió una, la miró despacio, la limpió en el agua y para sí se dijo: "Son monedas de oro. Acabo de descubrir un tesoro". Y sin más, se puso a cavar y en menos de media hora tenía desenterrado todo un gran tesoro: muchas monedas de oro, colgantes, sortijas, brazaletes, vajillas… y no lo pensó mucho. Cogió las alforjas que tenía sobre el aparejo de su borriquillo, las llenó por completo con todo lo que había sacado de la tierra y se puso en camino de regreso a su casa. Y nada más cruzar la corriente del río se encontró con uno de sus amigos. Lo saludó y le preguntó:
- ¿Tú hijo no estaba enfermo?
- Mi hijo y mi mujer y la madre de mi vecino. Yo todavía tengo un poco para comer pero ellos, cualquier día de estos se mueren de hambre.
Metió su mano en las alforjas, sacó un buen puñado de monedas de oro, se las dio y otra vez le dijo:
- Todo esto para ti y ve rápido a casa de tus vecinos y diles que venga a mi casa que tengo un regalo para ellos. Hoy, a todos, el cielo nos ha bendecido.

Y el amigo, fuera de sí por lo que estaba viendo, cogió las monedas, fue rápido a casa de los vecinos, comentó lo ocurrido y, al poco, en la puerta de la casa del hombre bueno, se formó una gran cola de personas. Todas querían monedas porque las

necesitaban para curarse, quitarse el frío y no morir de hambre. Y sin prisa, pacientemente y con respeto, a todos fue dando piezas de su tesoro. Y todos salían de la casa dando gracias y bendiciendo al cielo por las monedas de oro y por el buen corazón del amigo que tenían entre ellos.

Amaneció y sentado en la chimenea de su casa, charlaba con uno de sus amigos y le decía:
- Hoy soy la persona más feliz del mundo.
- ¿Y cómo dices eso si para ti no te has quedado ni una sola moneda del tesoro que te has encontrado?
Y por respuesta ofreció su silencio y luego compartió con su amigo un baso de té. De nuevo le dijo:
- Si dentro de unos días no me ves por aquí, encárgate de cuidar de mi borriquillo y de las plantas y tierras del huerto.
- ¿Y a qué viene esto ahora?
Tampoco le dio ninguna respuesta. Se levantó del asiento que ocupaba frente a la chimenea, caminó y se asomó a la puerta de su casa. Y al ver la figura de la Alhambra en lo más alto y bañada con el sol del nuevo dijo, susurró:
- ¡Fíjate que bella y fíjate qué amanecer! Y sin embargo, si todo esto no se transciende, dentro de un tiempo, todo será ruinas y polvo. Hay que acumular tesoros en el cielo para ser rico y tener vida allá donde la luz, lo bello y lo eterno.

Y dicen que al día siguiente no lo vieron ni en su casa ni en charco del río ni en las tierras de su huerto. Lo buscaron y lo llamaron y no apareció por ningún sitio. Ni aquel día ni al otro ni nunca más. Algunos dijeron, llenos de tristeza por su ausencia:
- Se ha ido repartiendo antes todo lo que tenía entre nosotros. Realmente era un hombre bueno, muy bueno.
Y pocos días después, todos los amigos y vecinos, acordaron perpetuar para siempre su recuerdo en este suelo. Buscaron el mejor artesano que por aquellos días había en Granada y le dijeron:
- Queremos que talles, en una bonita losa de mármol, este sencillo poema. Te pagaremos con algunas de las monedas de oro que él nos ha regalado.
Talló el artesano lo que los amigos le pedían y, solo una semana después, en la puerta de su casa pusieron la gran losa de mármol y todos pudieron leer los siguientes versos:

Aquí vivió un hombre bueno
que le gustaba soñar junto al río,
era amigo del silencio,
de las lluvias y nieblas blancas
y del sol y estrellas del cielo.
Nos regaló su sonrisa,
su amor puro y su dinero
y un día, al salir el sol,
se marchó a lo eterno
llevándose en su corazón
lo más noble de este suelo:
la libertad y el aroma del río,
el abrazo de su amigo el viento
y, de nosotros sus pequeños hermanos,
nuestro respeto.
Dios, allá en la eternidad,
le ofrezca el mejor premio.

22 de febrero 2021 -347

393- CUMPLEAÑOS

Vivía en una casa muy humilde que tenía dos ventanas a la Alhambra y al río Darro, un rosal y un limonero en la puerta y un pequeño pilar con agua clara. No estaba casada pero sí tenía una niña hermosa como un sol, con ojos y pelo negro y cara sonrosada. Para ella, la madre solitaria pero según algunos vecinos muy afortunada, no existía en el mundo más belleza, gozo y luz que la ingenuidad de su niña, la gracia con que jugaba y la sonrisa limpia y clara que dibujaba en sus labios. Por eso, a los conocidos, siempre les decía:

- Dios no me ha querido dar familia ni grandes amigos que me quieran pero sí me ha premiado con la niña más hermosa que nunca hubo en este suelo.

- Y eso es cierto.

Casi siempre le decían los conocidos.

Y un día, cuando la primavera llegaba a su fin y el verano se acercaba, varias amigas de la niña, entre sí comentaron:

- Todas sabemos que dentro de unos días, justo el primero del verano, nuestra amiga cumple años. ¿Qué se os ocurre a vosotras que podríamos regalarle?

Las amigas pensaron durante un rato y luego una, la que tenía la misma edad que la niña de la mujer pobre, dijo:

- A mí se me ocurre algo que a lo mejor puede gustarle mucho.

- ¿Qué es?

- Todas nosotras y nuestras familias, somos muy pobres pero todas sabemos que a nuestra amiga le gusta mucho la naturaleza, las plantas olorosas, las flores y especialmente algunas cosas muy concretas.

- Sabemos eso pero ¿qué es lo que se te ha ocurrido a ti?

La niña decidida pidió a las demás que la rodearan y que la escucharan despacio. Le hicieron caso y durante un buen rato, habló y explicó despacio lo que había pensado como regalo especial para el cumpleaños de la buena amiga. Escucharon muy interesadas todas las reunidas y al final dijeron:

- Pues nos gusta mucho tu idea. Creemos que es fantástica. ¿Cuándo empezamos a prepararla?

- Mañana mismo. Esta noche hablo con mi padre para que nos preste el borriquillo y vosotras, les pedí permiso a vuestros padres para que el día primero del verano, nos dejan ir a las montañas.

- ¡Qué divertido y qué original regalo vamos a prepararle a nuestra amiga!

Y el día primero del verano, por la mañana temprano, salieron de sus casas camino de las montañas. Montadas en el borriquillo, algunas y otras andando. Por las montañas, cerca del río Darro en sus partes altas y por algunos valles, buscaron lo que necesitaban y lo fueron cargando en el borriquillo. Cuando ya tuvieron las aguaderas llenas, regresaron al barrio, recorrieron las calles y fueron directamente a casa de la amiga. Llamaron a la puerta y al salir la madre, la niña de la gran idea, dijo:

- Venimos a felicitar a nuestra amiga y a entregarle un original regalo de cumpleaños.

- Pues pasad que en la sala está esperando.

Pasaron las amigas a la vez que empujaron un poco al borriquillo para que se acercara todo lo que pudiera y al ver a la niña que cumplía años, todas la felicitaron cantando una sencilla canción. Luego le dieron besos y al final le dijeron:

- Y aquí está nuestro regalo.

 Acercaron al borriquillo un poco más y rápidas quitaron una preciosa tela azul que cubría las aguaderas de esparto y el lomo del animal. Antes ellas, antes los ojos de la madre y de la niña del cumpleaños, aparecieron las plantas y las flores en todos los colores: tomillos verdes y muy perfumados, mejoranas frescas y olorosas, romeros llenos de tallos nuevos, ajedreas, hierba buena y mastranzos. Y al instante, todo el airecillo se quedó impregnado de las frescas y variadas esencias que las plantas desprendían. Sin palabras se quedó la niña de cumpleaños y lo mismo de asombrada y quieta se mostró la madre. Al fondo del borriquillo con su olorosa carga de plantas aromáticas, se vía el río Darro, la Alhambra sobre la colina y la ciudad de Granada. Pasados unos minutos, la niña del cumpleaños dijo:
- Vuestro regalo es lo más hermoso que nunca he soñado.

23 de febrero 2021 -348

512- LA ESCRITORA

Su casa, esta mañana templada de otoño en sus primeros días, es pequeña, recogida, hermosa y huele a primavera. En la puerta tiene una marquesina construida con ladrillos y decorada con rosales, jazmines, geranios, esparragueras y otras muy verdes y olorosas plantas. La fachada de su casa, es blanca, con ventanas a los lados de la puerta y balcones en la parte de arriba. Desde fuera, su pequeña casa, no lejos del río y mirando al sol de la mañana, es tan hermosa como ella misma.

A ella, la había conocido ya hacía mucho, mucho tiempo. Casi cuando era niña y luego cuando fue creciendo, cuando aprendía a leer y a escribir, cuando se preparaba para ser maestra y cuando, años después, se casó y nacieron sus dos niños. Siempre, en todo este tiempo, la había tratado con el mejor cariño y respeto y siempre estuvo de acuerdo en su forma de hacer y pensar. Hasta cuando decidió enamorarse y después casarse con el joven que escribía libros que recogían críticas a la sociedad.

La mantenía en su corazón, como algo indeleble, dulce, delicado y profundamente sensible a la bondad y trato.Creció y la mantuvo así de esta manera en su espíritu mientras ella avanzaba en la vida y él envejecía. Lejos de ella sin verla a penas ni saber casi nada de su vida pero sin olvidarla. Por eso esta mañana, ya muy viejo, se llenó de gozo al encontrarla aquí.

Acompañado de su borriquillo color canela y algo ceniza, lento bajó por la calle. Como recogido en sí y sin fijarse en nada ni nadie de los que a su paso iba encontrando. Se alzaba el sol por su derecha según bajaba y por lo alto de las lejanas montañas. Algo más cerca de él, se iba quedando el ancho río y luego las tierras llanas y las casas salpicadas por aquí y por allá. Decía a su borriquillo amigo desde hacía muchos, muchos años: “No tenemos prisa porque el tiempo, tanto para ti como para mí, ya nos importa muy poco. Me va a doler dejarte en esos lugares pero creo que es la decisión acertada. Tus fuerzas se acaban y las mías también y nada ni nadie puede ayudarnos en esto. Es la ley de la vida y aceptarlo con dignidad, es inteligente, es lo correcto”.

Dejó atrás las casas y árboles a su derecha y, al salir de la curva, vio la de ella. La pequeña y blanca casa con el jardín de esencias y la quietud en todo el rincón. Miró y la vio. Regaba sus macetas y al darse cuenta de la presencia del borriquillo y él acompañándolo, se quedó de pie como sorprendida. Se acercó él con su asno y a sólo unos metros de ella, se paró. Como si no hubiera pasado el tiempo, sin más le preguntó:
- ¿Qué haces aquí tan sola y a estas horas de la mañana?
- Aquí está ahora mi hogar. Y tú ¿a dónde vas?
- Llevo a mi borriquillo a las llanuras del río.
- ¿De paseo?

- No y sí. A la libertad de la hierba, cielos azules y rumor de las aguas del río.
- ¿Y eso?

Tragó saliva, miró a su borriquillo y dijo a ella:
- Se lo venía diciendo: ya tiene muchos años. Tantos casi como el tiempo y por eso, se queda sin fuerzas, sin ganas de vivir y hasta sin color en su pelo. Como a tantas cosas, plantas, seres vivos y humanos, le llega poco a poco su fin. Mi borriquillo ha sido y siempre será para mí un gran amigo. En estos últimos días, los que aún le queden de vida en este suelo, quiero darle el regalo que merece: praderas repletas de hierba fresca, cielos azules, viento puro y horizontes sin límites. El mundo y la libertad que a su dignidad corresponde. No sé si me entiendes.
Y ella contestó:
- Te entiendo casi por completo ¿pero ahí vas a dejarlo solo?
- Esta tarde, quizás también esta noche y puede que mañana, me quedé a su lado. Voy a sentarme frente al sol de la mañana, pegado a las ruinas del viejo castillo clavado en lo más alto del cerro. Desde aquí, lo voy a mirar, en la libertad que te he dicho, en esas praderas junto al río.

Ella ahora no hizo ningún comentario. Lo miró como mostrando un sincero respeto hacia él y su borriquillo y, pasados unos minutos, sí le preguntó:
- Y mientras desde ese sitio miras a tu borriquillo libre en las praderas ¿qué harás?
- Meditar, soñar un poco, dejar que me bese el sol yacaricie el viento y que pase el tiempo. A estas alturas de mi vida, también llena de años, ninguna otra cosa quiero en este mundo. Respeto y admiro, a veces, lo que veo y me rodea y también a las personas pero todo y a todos, los dejo en su mundo.
Y ahora ella pensó: "¿Y si le regalo el último libro que he escrito?"

Dijo:
- Espera un momento.
Se movió de donde estaba, entró en la casa y pasado unos minutos, apareció con un libro en las manos. Se lo ofreció aclarando:
- Como ahora enseño a niños a leer y a escribir, he sentido la necesidad de escribir esto. Te lo regalo. Quizás te guste leerlo cuando estés sentado junto al muro del viejo castillo, frente al río y al sol de la mañana y frente a las praderas donde coma hierba tu borriquillo.
Cogió él lo que le daba al tiempo que preguntó:
- ¿Qué cosas cuentas en este libro?
- Puedes imaginarlo.
- ¿Son recuerdos?

Dejó ella que pasarán unos segundos y luego, pausadamente, dijo:
- Desde que te conocí, todavía muy pequeña, me empezó a gustar en ti algo muy concreto. Y este algo es el gran respeto que siempre mostrabas a las personas. Cuando te relacionabas con unos y otros,vi muchas veces que en ningún momento despreciabas a nadie ni usabas palabras hirientes ni criticabas. Tu actitud siempre era, creo que ha sido, la de un respeto exquisito para con todas las personas. Esto se me fue quedando muy dentro de mí y a lo largo de los días, me ha hecho reflexionar mucho. Lo he tenido muy presente en mi vida cada día hasta que me he puesto, y en este libro, he recogido esta realidad. Es lo más importante en este libro que te regalo. Porque ahora pienso que no hay otra realidad mejor que intentar hacer un mundo amable, lleno de personas buenas y hacer que florezca el respeto para con todo y todos. El contenido del libro que te regalo, lo he incubado en mi corazón y de ahí lo he sacado para darle vida a estas páginas.

Nada dijo él a las palabras que ella acababa de pronunciar. Cogió el libro que le daba, le dio las gracias, la despidió y, junto a su borrico, continuó bajando calle adelante dirección al lugar de las praderas. Se veía al fondo y no muy lejos, el elevado cerro donde se alzaba el castillo. Al lado del levante, se veía el surco del río y, por el lado del poniente y a la derecha del castillo, se veían las amplías praderas.

Dijo a su borriquillo: “Y ahí, mientras tu buscas y repelas las mejores matas de hierba, voy a darme un baño en los charcos de la curva del río. Para recordar los momentos de jóvenes ilusionados. Después, te miraré en las praderas, tomaré el sol, meditaré y leeré el libro que ella me ha regalado. Un escenario y momento propio para la despedida y preparación al lugar y eterno encuentro”.

24 de febrero 2021 -349

ALTAR SAGRADO

Subió por la vieja y muy rota senda que asciende por la izquierda de la cascada. Al llegar a la blanca roca caliza bajo el tejo, se paró. Sobre esta roca se sentó frente a la hondonada por donde el río se deslizaba. En esta hondonada y algo lejos, por entre los pinos, descubrió la senda. Y al verla, a su mente acudió el recuerdo. Era otoño, las lluvias habían caído y hacía frío. Se encontró con ellos, justo donde la senda discurre por entre los pinos. Eran tres, los dos hermano y la amiga. Los saludó y, aunque no los conocía de nada, les preguntó:

- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Venimos de nuestro cortijo, en lo más profundo de estas montañas y vamos al pueblo. Nuestra madre está ahí enferma, queremos verla y darle las frutas que hemos recogido del huerto junto al río. Ella sufre mucho y nosotros también. Cada día le pedimos a Dios que el día que se la lleve, lo haga cuando esté durmiendo para que no sienta dolor. Y siempre nos preguntamos: “¿A dónde se la llevará Dios y cómo será aquello? ¿A dónde iremos cada uno de nosotros y qué nos encontraremos el día que también nos marchemos de este mundo?

No les preguntó más ni habló ninguna palabra más con ellos. Los despidió y mientras los veía subir por la senda dirección al pueblo, sintió algo muy extraño en su corazón.

Ahora, en estos momentos, Según estaba mirando hacia el río por donde en lo hondo se alejaba, los vio subir. No eran los de aquel día porque de aquello había pasado ya mucho tiempo. Enseguida descubrió que era un grupo de excursionistas de los muchos que por estas fechas recorren las viejas sendas de las montañas. Los vio cruzar la corriente varias veces y luego los vio acercarse al redondo y claro charco al final de la cascada. Se metieron en las aguas y comenzaron a gritar jugando como si de una fiesta se tratara. Al ver la escena y adivinar lo que algo después podría suceder, un sentimiento extraño sintió en su corazón. Un sentimiento muy diferente al que experimentó aquel día de los jóvenes que iban a ver la madre enferma.

Tal como estaba sentado en la roca frente a las aguas del río, alzó sus miradas y con su vista comenzó a recorrer los paisajes. Como en forma de oración, en su corazón y envueltos por el silencio que de los paisajes manaba, se dijo: “Estos lugares, bosques, manantiales, ríos, nubes, lluvias, nieves, flores, cantos de aves y todo cuanto por aquí hay, es como un altar sagrado para adorar y agradecer al Creador eterno. Nada nos pertenece sino que es como un regalo. Así lo siento yo ahora y así lo he sentido siempre”.

Y aunque se sintió algo aliviado, notaba que en sus piernas y cuerpo las fuerzas lo tenían casi abandonado. Después de casi un año con la lucha e incertidumbre con la pandemia mundial y con el peso de los años que ya tenía en su vida, Se notaba agotado, muy

agotado. Con ganas de hacerse esencia con las montañas que tanto amaba y terminar ya por fin tan larga espera.

25 de febrero 2021 -350

188 - EL RÍO DE LA ALHAMBRA

Valientes y decididos, se pusieron en camino, en esta ocasión por el lado izquierdo del río. Menos preocupados porque por este lado de la corriente, la vegetación era escasa y también el terreno más fácil de andar. Sin embargo, las aguas seguían precipitándose rápidas y cayendo en pequeñas y ruidosas cascadas. Al fondo ya se veía, seg6ún avanzaban por el caminillo, una alta colina, con una pendiente muy pronunciada y con muchos árboles esparcidos por la ladera y en las partes altas. Dijo la pequeña:
- Quizá detrás de ese monten, por donde ahora el sol se levanta, encontremos lo que vamos buscando. ¿Será bonita la Alhambra iluminada por la luz del primer sol de la mañana?
- Seguro que será muy bonita.

Y en estos momentos sintieron los ladridos de unos perros. Detuvieron su marcha y miró el hermano a la pequeña diciendo:
- Por los sonidos de sus ladridos puedo saber que no son nuestros perros.
- Vivirá alguien por aquí o estarán careando algún rebaño de ovejas. ¿Los llamamos?
- Vamos a esperar mientras seguimos a ver si aparecen y descubrimos quién viene con ellos.
- ¿Y si son salvajes y nos atacan?
- Los llamaremos pacíficamente y seguro que se aplacan.
Y la pequeña, de nuevo pegada al hermano y sintiéndose insegura, preguntó:
- Cuando lleguemos a los lagos, torres y murallas de la Alhambra ¿encontraremos perros allí?
- Creo que no. Nuestros padres nunca nos dijeron nada de perros por la Alhambra y sí de muchos soldados escoltándola y defendiéndola.
- Y estos soldados ¿nos dejarán pasar? Y te lo pregunto porque como seremos nuevos por allí, al no conocernos, pueden que nos prohíban entrar en aquellos palacios.
- Puede que no porque como somos niños, ellos descubrirán que ningún daño podremos hacerles y por eso no se opondrán a que pasemos.
- Ojalá lleguemos pronto y todo sea como dices.

En estos momentos, ellos no sabían que en su casa, frente a la fuente de los berros, los padres estaban preocupados. Ya los habían buscado por las primeras curvas del río, habían hablado con la mujer del huertecillo de los granados y almendros y la noticia se había corrido por los cortijillos de la alquería. También se habían enterado de la desaparición de los niños, algunas personas que, por los caminos, volvían a la ciudad de Granada. Por eso, en muchos rincones de la ciudad y principalmente por el barrio del Albaicín. Muchas personas entre sí comentaban:
- Dicen que se fueron de su casa, río Darro abajo en busca de la Alhambra y por ahí se han quedado perdidos.
- ¿Y ni siquiera rastros han encontrado de ellos?
- Ni señales de vida.
- Qué lástima de criaturas. Con el frío que ahora hace por las noches y lo malos que están los caminos por este río, seguro que se han helado o en algún charco han perecidos ahogados.
- Quiera Dios que no porque esos niños todos sabemos que eran buenos. Tanto o más que sus padres, que seguro estarán deshechos.
- Ni imaginar quiero el dolor que sus padres tendrán en estos momentos.

- ¿Y por qué no nos organizamos y nos unimos a estos padres para buscarlos?
- Eso es algo que podríamos hacer pero…

La noticia se fue corriendo más y más y no tardó en llegar hasta los recintos de la Alhambra. Primero lo supieron los que controlaban las puertas de las torres y murallas. De boca de los que por los caminos, llegaban a la Alhambra con los productos para vender y abastecer a los moradores de los palacios. Luego los soldados se fueron transmitiendo la noticia unos a otros hasta que llegó a los recintos de los palacios. Al rey también se lo dijeron y éste se lo dijo a los príncipes y la reina. Ésta, nada más enterarse de la aventura y pérdida de los niños, enseguida dijo:
- Esas criaturas merecen un premio grande. Por lo valientes que son y por el interés que tienen en venir a estos palacios para conocerlos.
Y rápida la reina habló con el rey y le dijo:
- Con la cantidad de personas que nosotros tenemos a nuestro servicio y los medios que poseemos ¿no podríamos hacer algo para ayudar a esos niños y a sus padres? Siento pena de ellos y al mismo tiempo los admiro por su valentía y el gran sueño que en sus corazones tienen.

El rey, ante la petición de la reina, meditó un momento y luego le respondió:
- Desde luego que dos criaturas así merecen ser ayudadas con todos los medios que se tenga. Pero tú ten en cuenta que ellos son hijos de pastores y nosotros somos reyes. No podemos dedicarnos a buscar a todos los niños perdidos de estos o aquellos padres. Nuestra misión y deberes, son otros.
La reina escuchó muy asombrada, las palabras del rey y nada contestó en ese memento. Tuvo la tentación de seguir insistiendo pero también se asustó. Sabía por experiencia que el rey, hombre bueno según decían muchos en los recintos de la Alhambra, también era severo y muy duro en sus palabras y órdenes.

26 de febrero 2021 -351
NIDO DE PATO 23-2-2021
https://youtu.be/y8mz4v7XNDQ
Este es el tercer año que la pareja de ánades reales, se preparan para una vez más hacer su nido, en las aguas del río Darro, por donde la iglesia de Santa Ana. Las señales las he visto claras en la mañana de este día 23 de febrero. Al asomarme al muro del río por donde se abre la boca del embovedado, buscando alimento en las agua, he visto al macho ánade. Me ha sorprendido porque el año pasado esta pareja de patos también hizo por aquí el nido. Cuando ya tenía casi todos los huevos, fue depredado por algunas personas de por aquí. Los animales volvieron a intentarlo otra vez pero el año pasado no consiguieron sacar adelante su crianza. Al ver el macho, enseguida he pensado que la hembra no estaría lejos. He avanzado un poco más por la calle y al asomarme al Charco de las Truchas, ahí la he visto con el macho que ha volado desde donde estaba.

El pato macho ha comenzado a cortejar a la hembra y al instante ha copulado con ella. Enseguida he pensado que ya está preparando el nido. Me lamentado no traer conmigo el pequeño equipo con el que en otras ocasiones he recogido estas escenas. Con un móvil no muy bueno, he hecho un video y algunas fotos para que quede el momento. No están por aquí los gansos ni tampoco se ven personas. Los gansos fueron también depredados el año pasado en los días en que justamente toda la ciudad estaba encerrada en su casa a causa de la pandemia del virus.

A causa de esta pandemia después de un año, esta mañana está solitaria la calle, todas las tiendas y bares se ven cerrados y turistas, ni uno. Pero me he alegrado ver a los ánades

reales de nuevo por este trozo del río y justo en estas fechas. Es el momento en que preparan el nido para que las crías nazcan justo al comienzo de la primavera y, a lo largo del verano, crezcan y se preparen para el próximo año. Ojalá haya suerte y esta pareja de ánades se reproduzcan nuevamente por este trozo del río a los pies de la Alhambra.

27 de febrero 2021 -352

394- UN TESORO MÁS

Por toda la colina de la Alhambra, hay muchos tesoros escondidos. Dentro de los recintos amurallados, por donde estuvieron y aun hay algunos palacios, por los espacios ajardinados, en los cimientos de las torres y en las galerías subterráneas y también en las tierras que rodean a las murallas. Por la vaguada al levante y hoy densos bosques, por las laderas que caen para el río Darro, por la umbría y cerro del Generalife y, en especial, por donde estuvieron las huertas, tierras que hoy son aparcamientos y el edificio de la biblioteca.

Por aquí fue donde, en aquellos tiempos, el hombre tenía un puñado de tierra. Solo unos metros cuadrados donde sembró árboles frutales y cipreses junto a una acequia y también cultivaba un pequeño huerto. Levantó, con gran esfuerzo y poco a poco, una humilde y pequeña vivienda y alzó paredes al levante. Vivía solo y con la única persona que compartía algunos de sus secretos y los frutos que le daban las plantas, era con una joven que al lado de arriba vivía con sus padres. A ella le gustaba mucho venirse junto al hombre, sentarse al borde de la acequia y mirando para las torres de la Alhambra, comentar:

- Un día tengo que ir a esos palacios.
- ¿Qué interés tienes en ello?
- Me gustaría ver cómo son las princesas que ahí viven y comprobar de qué modo visten los reyes.
- ¿Pues sabes lo que tienes que hacer para conseguir realizar algún día tu sueño?
- Pienso mucho en ello pero aun todavía no lo sé. ¿Tú puedes ayudarme?
- Voy a intentarlo.

Y al partir de aquel día, el hombre regaba y cuidaba con mucho interés todas las plantas de su huerto. A primera hora de las mañanas y al atardecer, se le veía junto al tronco de una gran morera, mirando para la Alhambra y escribiendo en un papel en blanco. Cada día en un papel nuevo y del mismo tamaño. Cuando terminaba de escribir, enrollaba este papel y lo guardaba en unos cilindros de barro cocido y huecos por dentro. Iba coleccionando estos cilindros y los ocultaba para que nadie los viera o se los robaran. Cuando veía a la joven, siempre les decía:

- Pienso cada día en ti y no me olvido de tu sueño. Ya tengo casi concluido el regalo que voy a darte para que, el día que vayas a la Alhambra, lleves a las princesas y al rey para que te abran las puertas y te enseñen sus palacios.
- ¿Qué regalo y cuándo me lo darás?
- Te lo daré dentro de poco y el regalo, ya lo verás.

Corrieron los días y un año, cuando la primavera llegaba a su fin, el hombre cogió de su huerto bastantes frutos, muy buenos y maduros. Se dijo: “Mañana mismo entregaré a mi amiga estos frutos y los escritos que tengo guardados para que vaya a la Alhambra y se los ofrezca a las princesas y a los reyes”. Y aquella noche, en la puerta de su humilde casa, durmió frente a las estrellas, dando forma en su mente lo que al día siguiente iba a escribir en el papel en blanco que cada día rellenaba con las palabras más acertadas y los pensamientos más bellos. Pero antes del amanecer, se oyó un gran tropel de caballos y soldados. A todo galope y como alocados, entraron por las tierras de su huerto y los que había cerca y también por los terrenos de la familia de su amiga y sin piedad ninguna,

apresaron y mataron a todas las personas que iban encontrando. El hombre quiso correr para llegar a casa de su amiga con la intención de prestarle ayuda pero en esos momentos, vio como la apresaban y entre gritos de auxilio se la llevaron. Uno de los soldados, al ver al hombre que corría en busca de la joven, le clavó su lanza y allí mismo quedó sin vida.

Cuando salió el sol aquel día, por el rincón todo parecía como si nada hubiera pasado. Pero ni la joven soñaba ya por allí ni el hombre escribía sus cosas junto al tronco de la morera mirando a la Alhambra. Nadie supo ni se percataron de los cilindros de barro llenos de escritos secretos ni aquel día ni al siguiente ni mucho después. Tampoco al correr el tiempo y ni siquiera ahora. Un tesoro más que aún permanece escondido en la colina de la Alhambra y no lejos de las grandiosas torres y palacios.

28 de febrero 2021 -353

297- LA CRUZ DE ORO

El matrimonio poseía un pequeño horno para cocer pan y dulces. Vivían en la Medina de la Alhambra y les ayudaba el único hijo que tenían. Joven bueno y trabajador y que los padres querían mucho y lo mismo los vecinos y muchas de las personas de la ciudadela y de la Alhambra. Ayudaba él a los padres no solo a cocer el pan en el horno sino también a venderlo y a llevarlo a los sitios donde lo compraban. También ayudaba a los padres en la búsqueda y transporte de la leña que usaban para encender y calentar el horno donde cocían el pan y los dulces.

Por eso el joven, casi cada día, surcaba los caminos, iba a las montañas cercanas a la Alhambra, recogía la leña que por aquí encontraba y a cuestas, la traía a su casa. Los montes que más le gustaban a él eran los que hay entre las cumbres de Sierra Nevada, por donde corren muchos ríos, abundantes arroyos y surgen bastantes manantiales de aguas claras. Y al joven, cuando solitario se internaba en los bosques de estas montañas, lo que más le gustaba era recorrer los cauces de los arroyos y ríos para descubrir los rincones más ocultos, silenciosos y llenos de misterio. Siempre se decía: “Yo no sé lo que esconden estos recodos en los arroyos y ríos pero lo que sí tengo claro es que llenan de emoción solo pisarlos. A lo mejor algún día, por estos tan ocultos lugares, me encuentro un tesoro interesante y de verdad”.

Y cuando se perdía por la espesa vegetación de los arroyos y ríos, lo que más emoción le producía, era el agua saltando por las cascadas, los árboles y arbustos cargados de frutos y bayas y los cientos de avecillas que por entre la vegetación revoloteaban. Recogía bellotas de las encinas, moras de las zarzas, almecinas de los almeces, castaña, setas y hasta aceitunas silvestres de los acebuches. Así que cuando luego cada día regresaba a su casa en la Medina de la Alhambra, además de leña para calentar el horno, también traía su barja llena de frutos de las montañas. Les decía a los padres:

- Tengo el presentimiento de que un día voy a encontrarme un tesoro en esos ríos y arroyos de las montañas.

Y la madre siempre le argumentaba:

- Si te encuentras un tesoro, bien venido sea pero ten claro que el mayor tesoro que Dios nos regala cada día, eres tú, nuestro trabajo con el que nos ganamos la vida honradamente, el aire que respiramos en cada momento y los buenos amigos que tenemos.

- Lo que dices es cierto pero si un día me encuentro un tesoro, seremos ricos de verdad y hasta podremos tener palacios y criados.

La madre callaba y cada día hacía su trabajo en compañía del padre y del hijo. También cada día, cuando el joven iba a las montañas a por leña y frutos silvestres, le

preparaba algo de comida para que no le faltaran las fuerzas. Sentado junto a la corriente de un arroyo o al borde del charco del río, el joven se comía los alimentos que la madre le había preparado mientras, en silencio, contemplando el agua, observando a las avecillas por entre la vegetación y se entretenía en la visión de los cielos azules y las nieves reluciendo sobre las cumbres de Sierra Nevada. Y así fue como un día, cuando comía sentado cerca de una cascada, vio algo que le sorprendió. Por entre las adelfas, aparecía una gran roca en forma de cruz. Sorprendido se preguntó: "¿Qué será eso?" Y dejó lo que estaba comiendo y la barja encima de la piedra donde se había sentado, caminó siguiendo las aguas del arroyuelo, apartó la vegetación y se acercó a la cruz que había descubierto.

Cuando estuvo cerca de esta figura, se paró, miró muy extrañado la cruz tallada en pura piedra y, de pronto, le llamó mucho la atención la parte alta de esta cruz. Lo que coronaba por completo el tramo central. Se dijo: "Parece como si ahí, en todo lo alto, tuviera algo escondido". Trepó por la cruz, se agarró al brazo izquierdo, se puso de pie y cuando vio con claridad la parte que coronaba, descubrió otro misterio. En todo lo alto de la cruz y en la misma roca de la que estaba hecha, vio como un remiendo. Como si alguien, quizá el que hubiera tallado la cruz, en esta parte de la piedra, hubiera escondido algo. Con la pequeña navaja que siempre llevaba en el bolsillo, pinchó y tanteó el parche añadido a la piedra y enseguida comprobó que era como una pieza también de piedra y muy bien terminada, que tapaba un pequeño orificio. Siguió haciendo palanca con su navaja y al poco, la pieza soldada al bloque principal, salió de su encaje. Miró y dentro del redondo agujero vio una pequeña cruz muy reluciente. Al instante se dijo: "Aquí tengo el tesoro que siempre he soñado. Es una pequeña cruz de oro".

La cogió con respeto y vio que la pequeña cruz de oro tenía en el centro un gran diamante y varios más pequeños en cada uno de los lados. Asombrado, contento y lleno de emoción, se guardó la cruz en el bolsillo, colocó en su sitio la pieza de piedra que sellaba el agujero, bajó de la cruz de piedra, cogió su barja y el haz de leña y regresó rápido a su casa en la Medina de la Alhambra. Nada más llegar buscó a la madre, le enseñó la cruz de oro y le dijo:

- Ya somos ricos tal como siempre he soñado.

Y la madre, rápida le preguntó dónde y cómo había encontrado la cruz de oro llena de diamantes. Le explicó él todo y después de un rato, la madre le dijo:

- Hijo mío, esta pequeña y brillante cruz es un símbolo religioso que no pertenece a la religión que nosotros practicamos. Pero la religión de esta cruz y la que nosotros vivimos, sí pertenece al mismo Dios. El Creador del Universo y el que nos da la vida, es el mimo para todas las personas.

- ¿Y qué quieres decir con eso, que Dios puede castigarme si ahora me quedo con este símbolo religioso y lo vendo para hacerme rico?

- Dios nunca castiga por estas cosas que piensas tú. Él premia o castiga por el bien o el mal que las personas nos hagamos entre sí. Algo que está por encima de las religiones o símbolos religiosos.

- ¿Entonces?

- Que la persona que guardó esta cruz en aquella cruz de piedra, tendría algunas razones muy poderosas que nosotros desconocemos ahora. Debería devolver esta pequeña cruz al sitio donde estaba escondida. Dios ni te premiará ni castigará por ello pero nosotros procederemos con respeto y eso sí lo tiene en cuenta Él.

Al día siguiente, el joven volvió a dejar la pequeña cruz de oro en el agujero de la cruz de piedra. Pasó el tiempo y cada vez que él volvía por el lugar buscando leña o frutos silvestres, su corazón se llenaba de paz y se sentía afortunado y rico con solo la presencia de las aguas en los arroyos y ríos, el bosque que por aquí crecía y las avecillas que lo

poblaban. Desde aquello y aquel día y hoy, ya ha pasado mucho tiempo. Sé yo ahora dónde se encuentra esta cruz de piedra y algunas veces, voy por el lugar y la veo. Y hasta me asombra el silencio y la belleza que por este sitio sigue existiendo. Como si la transparencia y luz del cielo mismo, estuviera por aquí ampliamente derramada.

1 de marzo 2021 -354

87- LA ALMUNIA DE LAS ENCINAS

Las princesas de los palacios de la Alhambra, no lo sabían. Tampoco los príncipes ni los reyes ni las sultanas. En realidad casi nadie en la ciudad palatina de la Alhambra, lo sabían. Pero en muchos momentos y días a lo largo del año, los reyes y príncipes saboreaban muy buenas y abundantes comidas. Y, en estas comidas, casi nunca faltaba la carne de cordero. La más rica, tierna y buena porque era de los mejores corderos que, por aquellos tiempos, se criaban en los reinos de Granada. Por eso, en algunos momentos una de las princesas, les preguntaba a sus padres:

- ¿Y esta carne de cordero tan buena?
- Me han dicho que es del pastor de la Almunia de las Encinas.
- ¿Quién es él y dónde se encuentra eso?

Y de la mejor manera que sabía, explicó a la joven lo de la almunia, lo del pastor y lo de los corderos que criaba.

A esta princesa, como más le gustaba la rica carne de estos corderos, era simplemente frita con aceite de oliva, con un poco de sal, unos trozos de ajo y partida en trozos pequeños.

- No hay alimento más sabroso en esta vida.

Decía siempre ella.

La finca de las Encinas, se encontraba en las montañas, al levante de la Alhambra. Justo en una gran colina, estribación de la gran cordillera de Sierra Nevada y en un terreno donde crecían muchas plantas: madroños, lentiscos, cornicabras, romeros, espliegos… También árboles muy hermosos como encinas, almeces, quejigos, fresnos y olmos, algunos castaños, higueras, granados y almendros. Y al pastor, el hombre que se ocupaba del cuidado del rebaño de ovejas y de criar los mejores corderos, el árbol que más le gustaba, eran las encinas. Decía, a su compañero y vecino:

- La encina es el árbol más hermoso y bueno que Dios ha plantado en este suelo.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque las encinas no solo dan sabrosas bellotas, el mejor alimento para nuestras ovejas, sino que en verano regala siempre la mejor sombra, bajo ellas crece todas las clases de hierbas y, entre sus ramas, viven y anidan los más alegres pajarillos de estas tierras.

Y viendo lo que antes sus ojos tenían, el amigo quedaba convencido.

La casa del pastor, el que criaba los mejores corderos de todo el reino de Granada y que degustaban los moradores de los palacios de la Alhambra, se alzaba en lo más alto de la colina. Mirando a Sierra Nevada y con dos ventanas a la Alhambra. A la derecha y en lo hondo, corría un río de aguas muy claras y a la izquierda y también en lo hondo, otro pequeño riachuelo se despeñaba. Pero cerca de la casa, un día y, otros pastores muchos años atrás, plantaron un buen puñado de encinas. Las regaron todos los veranos con las aguas de los ríos y las protegieron para que no se las comieran los animales. Murieron ellos de viejos y ya las encinas estaban muy crecidas. Los nuevos pastores que a la finca vinieron siguieron cuidando a las encinas, podándolas cada año y procurando que sus animales no les hicieran daño. También murieron estos pastores ya de viejos y entonces, el dueño de la finca, contrató al que ahora surtía de corderos a los habitantes de la Alhambra.

Y este último pastor, nada más llegar a la finca se enamoró de las encinas que, en la ladera, entre los ríos y cerca de la casa, crecían. Siguió cuidándola con el mismo esmero

o quizá más que los anteriores pastores y por eso el hombre se sentía orgulloso de la grandiosa ladera de encinas, del rebaño de ovejas cuando por entre las encinas pastaban y de los lustrosos corderos que a lo largo del año criaba. Le decía a su amigo, vecino:
- Todas las encinas que hay en esta ladera son dignas del mejor respeto pero esa de ahí, mira qué ejemplar más bello.
Se refería él a una de las encinas por cuatro o cinco veces centenaria que clavaba sus raíces no lejos de la casa. Sus ramas se abrían frondosas, daba muy buenas bellotas y sombra y su figura era esbelta y robusta. Por eso su amigo le respondía:
- Sí que es magnífica esta encina. Solo mirarla alegra la vida y contagia ánimo.

Pero un día, al llegar la primavera, la princesa amante de la rica carne de cordero frita con aceite de oliva, dijo a su padre, el rey:
- Quiero ir a ver la Almunia de las Encinas para conocer al pastor y a su rebaño de ovejas y corderos.
Y el rey dijo a su secretario:
- Da las órdenes pertinentes y que preparen las cosas. La princesa quiere ir a ver la Almunia de las Encinas.
Y lo primero que hizo el secretario del rey fue ir a la finca de las Encinas. Y, nada más llegar, llamó al pastor, se fue con él a la ladera de las encinas, se paró cerca de la preferida del pastor y le dijo:
- Esta encina, aquella de allí y la demás allá, hay que cortarlas. Va a venir la princesa a ver la finca y el rebaño de ovejas y quiero que todo por aquí lo encuentre no solo bien cuidado, sino también bello y artísticamente ordenado.

2 de marzo 2021 -355

DESDE LA CUMBRE

Se sentía cansado y sin fuerzas. Se acercó a la ventana, abrió los dos grandes cristales que dan al jardín del acebo y después se aproximó a la cama, justo al lado de los grandes ventanales. Lentamente se acostó y cubrió su cuerpo con la manta de lana color naranja. Sobre la almohada repasó la cabeza y, durante unos segundos, susurró en su mente la oración que cada día repetía. Pidió al cielo por él, los suyos, amigos y conocidos y luego quiso dormir. Se sentía cansado y si fuerzas. Un poco era por el peso de los años, otro poco era por la soledad en su vida y mucho era por la enfermedad que no le daba respiro.

Sin pretenderlo, vino a su mente, el momento de aquel día sentado bajo el tejo frente a la cascada. Y deseó tener las fuerzas y juventud de aquellos días. Deseó subir desde la cascada y recorrer lentamente todo el valle de los manantiales, veneros que al juntarse, van poco a poco dando forma al río de la cascada. Hacía años, cuando ni la enfermedad estaba presente en su cuerpo ni la debilidad se lo comía, recorrió muchas veces esta hermosa cañada. Con la agilidad de una gacela y con el entusiasmo del niño más ilusionado. Gozó hasta lo más íntimo el encuentro con cada manantial, bebió y lavó sus manos en cada hilillo de agua yéndose por entre las piedras calizas al encuentro del río, meditó realidades profundas sentado junto a estas fuentes y se empapó hondamente de los silencios y música de estos lugares. Hacía años, cuando aun no era tan viejo, apuntaba en su cuaderno los nombres de estos sitios, las especies de las árboles, arbustos y plantas, los nombres de las aves, los días de lluvia, nieve, nieblas, frío y calor y el recorrido de las viejas sendas atravesando los paisajes.

Hacía años, una mañana llegó hasta la orilla del río por donde el pequeño valle y los pinos centenarios. Junto a las aguas y por donde los narcisos crecían, se paró. Miró al frente y durante un buen rato, estuvo observando la robusta montaña recortada en el azul del horizonte. Cruzó luego las aguas, buscó la senda por entre la vegetación y rocas y

comenzó a subir. Lentamente pero sin parar y con el pensamiento puesto en la cumbre que remontaba. Unas cuatro horas tardó en llegar a la cumbre total pero no se lamentaba porque no se sentía cansado y sí muy satisfecho. Sin prisa, oteó los horizontes y se recreó en el azul del cielo y siluetas de las montañas. Le parecía vivir un sueño dentro de un mundo libre, profundamente grandioso y lleno de los misterios que su alma apetecía y esperaba.

Hoy, muchos años después de aquel día, acostado en la cama, sin fuerzas y muy cansado, recuerda aquellos momentos y lugares. Sabe con certeza que ya nunca más volverá a recorrer estos sitios. Pero a su mente acuden los recuerdos y desde lo más sincero de sí, le mana una limpia oración: "A todos, os tengo en mi corazón y por todos, cada día pido a Dios. Creo que casi ninguno sabéis esto, pero en mi espíritu os mantengo vivos, noble y limpios y esto es puro gozo en mi interior. Y más hondo es este gozo en mí cuando pienso que un día, cuando Dios lo quiera, nos encontraremos de nuevo en reino de la eternidad".

3 de marzo 2021 -356
DE "LA ÚLTIMA TARDE"
Él sabe que pasar por este trozo de tierra cuando la ladera escupe tanta agua, es tan difícil como peligroso al tiempo que también muy duro.
- ¿Cómo te las vas a arreglar con lo encharcada que estoy viendo la tierra y tan abundante como baja el arroyo?
- Me agarraré a las rocas y si es preciso, me dejaré caer pendiente abajo.
Ya está pisando veneros, charcos y caños de agua que no paran de brotar, correr y caer. Y va él todo preocupado por el manto de agua que desciende bañando las rocas que relucen como espejos y la senda que se le va perdiendo, cuando ante sus ojos se le presenta la realidad más incomprensible. Una cerca de alambres que bajan desde la cumbre y cortando la ladera y la senda por su centro, se adentra hacia el arroyo, lo atraviesa y sigue por la otra ladera.
- ¿Y esto qué es?
- ¿No lo sabías?
- Nunca he visto por aquí esta cerca pero ya quiero comprender.

- Te lo diré para que lo sepas: los que ahora mandan en estas tierras han sido los que han instalado la cerca que tiene ante ti y eso es por el deseo de proteger el monte de las ovejas y los pastores. No hacen dos días que lo han montado y como está sucediendo en tantos otros lugares, ni siquiera han respetado la senda natural que asciende desde el río y lleva hasta el cortijo de la hoya en las partes altas.
- Aunque seas capaz de cruzar las lastras y el agua limpia que las bañan, en cuanto llegues a los alambres, sé que no podrás seguir. Es una cerca de alambres recios, espesos y tan altos los han puesto que ni siquera saltarlos por arriba se puede.

Junto a la roca naranja que se apoya en el puñado de tierra retenida cerca de la senda, se para y preocupado está observando a ver cómo encuentra una salida, cuando al mirar hacia el arroyo, lo ve. Es un choto de cabra montés. La cría, todavía pequeña, ha resbalado por la ladera, la ha empujado el agua y al querer escapar barranco arriba, se ha tropezado con los alambres de la cerca. Te mira y como espera una respuesta, le dices que:
- Ahí tienes parte de la verdad que vas buscando. La vida enredada en la muerte y tu alma que se quema de sed en medio de este mar de borbotones. ¿Ahora qué piensas hacer?
- Pienso dejarme caer detrás de esta agua que se despeña y pienso cogerla en mis brazos y sacarla de entre ese remolino que se la traga. Pienso, luego seguir subiendo en busca de la fuente que busco y cuando me canse de pisar agua y atravesar campo, me pararé frente

al valle y el día que se alza para respirar profundo y llenarme un poco más de la vida que me falta. Pero al mismo tiempo pienso que esta barrera es absurda porque está impidiendo la vida y corta la senda que de siempre me llevó a la cumbre. ¡Dios del cielo, cuánta torpeza y mezquindad movida por el egoísmo ciego!

4 de marzo 2021 -357

LA MUDANZA, Bujaraiza

Tanto tiempo en aquel valle arrullados por el murmullo del Guadalquivir y abrazados por la elegancia de las sombras y los bosques, que arrancarse ahora de allí no era sencillo, sino muy doloroso.

Pues tenéis que iros; por más duro que sea y aunque os cueste tanto que deseéis morir, tenéis que iros.

Les decían.

Pero es que no acabamos de creerlo.

Y era verdad: en la pequeña aldea nadie se lo creía seriamente porque tan primor era aquello y tan sueño siempre habían sido aquellos paisajes, que nadie podía creer la noticia de tenerlos que dejar ahora y para siempre. Para la eternidad. Aquellas calles, casi caminos, sólo de tierra que nunca terminaban porque se deshacían o en la vega del río o en las laderas de las montañas, aquel viento del atardecer que más que otra cosa parecía pararse por entre las chimeneas y la torre de la iglesia, aquel trajín de rebaños desde las tinadas hacia las praderas y desde aquí por los manantiales y las dehesas verdes ¿Cómo todo aquello iba a desaparecer del universo y de la noche a la mañana tragado por las aguas del pantano?

Pues va a desaparecer y para siempre.

No puede ser; el progreso no puede ser luz verde para todo en este planeta. Algún día alguien tendrá que pagar por ello.

Déjate de trascendencia y acepta la verdad. Tenéis que iros porque las aguas no tardarán en cubrir todo este monte.

Lo que pasa es que vosotros ni habéis nacido aquí ni tenéis raíces en este rincón.

Seguían diciendo algunos vecinos mientras aquella mañana, otros vecinos de la pequeña aldea, ya preparaban su mudanza.

Porque aquella mañana toda la aldea era un hervidero de actividad, aunque se conectaba y tenía relación a la de tantas veces y tantos años atrás. Fundamentalmente todo el mundo esta mañana saca a las puertas sus enseres. Mesas viejas y de madera por un lado, sillas también viejas, unas de esparto y otras de aneas, por otro lado, colchones de lana y de panochas de maíz, cortinas, vajillas. Y mientras tanto, por la senda que nunca se pierde porque jamás muere en ningún sitio, van y vienen multitud de mulos, burros y bueyes cargados todos con los enseres de la mudanza. La gente, unos y otros los van siguiendo y cuando se cruzan o se encuentra por las calles o el camino, que tanto uno como el otro es casi la misma cosa, o mientras esperan en las puertas de las casas frente al último sol de sus vidas por estos valles, se entretienen en contarse lo que sienten.

¡Quién nos iba a decir a nosotros que amanecería un día tan triste como el de hoy en este valle!

Y cuatro cosas que tengo y hay que ver lo que cuesta arrancarlas de aquí.

¿Para quién o para qué será el agua de este pantano?

Yo creo que para regar las tierras de otros y hasta dicen que para el césped de campos de gol.

Lo que puede parecer es que ya somos tantos en este planeta que los más pobres tendremos que morirnos para que vivan los que tienen más dinero.

Claro, como ellos sí lo pueden comprar todo, ahora les están surgiendo otras necesidades y han venido a estas sierras a llevarse el agua de nuestros montes aunque para ello nosotros tengamos que dejar nuestras casas y cosas.

Pero mamá ¿Tú te das cuenta cómo esta quedando la casa?

¿Cómo está quedando la casa, hija?

Pues no tienes nada más que mirarla. La habitación se queda desamueblada, llena de pelusas por el suelo, sucias sus paredes, y la tierra por todos sitios la llena de polvo. ¿Y el pasillo? Fíjate como se queda el pasillo: todo lleno de trozos de palos, más pelusas, sin ni siquiera un mueble y vacío totalmente. ¿Tú te das cuenta, mama, lo desolada y sucia que estamos dejando la casa?

Me doy cuenta, hija mía pero es que a partir de ahora ya no vamos a vivir más en ella. ¿Para qué la vamos a limpiar?

¿Qué es lo que pasa, mamá?

Nos vamos, nos mudamos a otro lugar, así que ¿para qué tenemos que dejar la casa limpia?

De todas maneras es horroroso esto de tenerse que ir y dejar la casa tan sucia. Parece más fea, parece como si nuestra vivienda fuera la culpable de que la dejemos abandonada y por eso ni siquiera nos preocupamos de ordenarla un poco para que quede limpia.

Quizá tengas razón, hija pero como la casa en sí ni siente ni sabe, qué más da. La construimos nosotros un día cuando teníamos el corazón lleno de ilusión y ahora también nosotros la dejamos abandonada para que se hunda en este valle porque ya no hay ilusión en nuestro corazón sino tristeza.

Toda aquella mañana fue una mañana muy especial en el rincón de las dehesas verdes. Los rebaños se alejaban por las laderas, la gente por los caminos, el agua venía río abajo y conforme se iba remansando subía en forma de olas cubriendo las pequeñas rocas y el césped verde de las llanuras. El silencio se iba apoderando de los barrancos y las casas de las aldeas poco a poco se quedaban solas. Una extraña visión que sobre cogía el alma y estrujaba el corazón. Y es que ellos no lo entendían, por más argumentaciones de peso que les dieron lo ingeniero, ellos no llegaban a entenderlo. Era todo aquello una ruptura, como un primer o segundo escalón de aquella soberbia Torre de Babel cuando a los humanos se les ocurrió ser tan grandes como Dios.

5 de marzo 2021 -358

LA CHIQUILLA

La chiquilla se fue tras las ovejas, llevándose en los brazos el cachorrillo de Bolera y cuando llegó a las praderas del collado, por allí se paró. Las ovejas se extendieron llenando todo el collado y mientras los animales comían de aquella tan fina hierba, ella se dedicó a jugar con el cachorrillo.

- Hoy será el último día que vienes sobre mis brazos. En cuanto lleguemos al cortijo te voy a soltar para que te vayas con tu madre y después ya tienes que empezar a arreglártelas sólo.

Le decía la muchacha. Luego, cuando ya el sol calentaba, corrió con él por entre la hierba, le enseñó la senda que desciende desde el collado el gran valle del Guadalquivir y lo llevó a la que ella llamaba ΑCascada de Seda". En unas rocas por encima se sentó y mientras la contemplaba le decía a su cachorrillo:

- ¿Ves qué bonita? Vienen las aguas, desde lo alto y por entre las grietas de las rocas aquellas, se meten. Salen por los agujeros donde el musgo crece y al caer por el vacío, tan abiertas y extendidas, fíjate lo que parecen: revoltones de niebla o puñados de seda. Por eso yo le he puesto ese nombre pero si te fijas bien, también parecen caños de puro algodón. No hay unas cascadas más bonitas en todas estas sierras que estas mías. ¿Tú qué dices?

El cachorrillo no dice nada pero sí juega con la niña complacido por tantos mimos y detalles. Corretea por las sendillas y de vez en cuando se para frente a ella y la mira con cariño. Cae la tarde. Ovejas, perrillo y muchacha regresan al cortijo y en cuanto llegan, lo primero que ella hace es preguntar a la madre por Bolera. - Ya se ha muerto.

Le dice la madre sin más rodeos.

- ¿Pero dónde está mamá?

- Se fue por las rocas del Picacho y en la covachilla del roble, se metió. Fue tu padre a llevarle algo de comer y se la encontró muerta.

- Pero mamá, el animal tendría frío. ¿Por qué no dejaste que se acostara junto al fuego?

- Ella tenía que morirse. Ya tenía muchos años y a los animales, como a las personas, cuando les llega su hora, nada hay que se pueda hacer.

- Será verdad lo que dices pero si además de estar enferma pasa frío y hambre y se queda sola bajo aquellas rocas, ¿tú no crees, mamá, que es cruel?

- Sí lo será hija mía pero ya te he dicho que Bolera es vieja. Nadie puede quitarle los años de encima. Tenía que morir y ya ha muerto.

- Pues a mí me da pena y hasta siento que en el último momento la hayamos dejado tan abandonada. Algo más podríamos haber hecho por ella y a lo mejor no hubiera sufrido tanto. Me da pena que haya muerto y que haya sido en aquella cueva tan sola y con tanto frío.

6 de marzo 2021 -359
337- ESTA MAÑANA
Ahora, esta mañana, el cielo nublado
arropa tiernamente la tierra mojada,
besándola en un abrazo, cual dulce amada,
que virgen, el tiempo ha conservado.

A lo largo del mundo todo esta callado
con la voz del silencio de la inmensa nada,
como si la hora ya fuera llegada,
de juntar en un punto presente y pasado.

Ahora, esta mañana, me ha rozado el viento
con su mano vieja de algodón mullido
y se ha ido luego con su paso lento.
Y de nuevo otra vez aquí te he sentido
llenando mi alma en su mismo centro
y de nuevo un poco más de Ti, me siento herido.

7 de marzo 2021 -360

EL CANTO DEL SILECIO

Y su cuerpo cayó al vacío, atravesó el aire y en unos segundos se fundió con la vegetación y el agua del arroyo. De las cristalinas notas que las aguas del arroyo lanzaban al viento al saltar por entre las peñas, se oyó brotar una música muy hermosa. Una voz dulce y melodiosa, desgranaba al mismo tiempo un delicado canto. Retumbó esta música y canto por todo el entorno oyéndose los siguientes verso:

No lloréis por mí ni pronunciéis mi nombre
ni escribáis un poema como recuerdo,
el día que me marche de este mundo
al descanso que tanto y tanto sueño.
Que nadie me busque por ningún sitio
ni proclame si fui malo o bueno
ni escudriñe en las huellas que dejé
a mí paso por este suelo.

Dejadme tranquilo en las montañas
por donde los ríos, lagos y veneros,
entre los brazos de las noches largas
y la hermosísima música del silencio.
Que nadie manche mi soledad
ni me ensucie la luz de los luceros
que en la onda quietud de estos lugares
siempre tuve y tendré eterno.

Dejad que mi cuerpo se pudra y mi espíritu duerma
en los brazos amigos de mi hermano viento
donde sé que seré por los siglos
amado de Dios y canción del silencio.

Después de este canto, ni un grito se oyó ni a nadie que lo llamara por su nombre o le cantará una canción triste o alegre. Sí todo pareció pararse en un denso silencio solo roto por el fino trino de algún pajarillo y el chapoteo de las aguas yéndose por el arroyo. Todo lo demás, la hermosa y dolorosa soledad de los paisajes con los que su alma ya se había fundido, como en un silencioso palpitar del Universo. Ella era la belleza más perfecta, la eternidad, el cielo, Dios mismo. Lo único por lo que había merecido la pena vivir sus días en este suelo.

8 de marzo 2021 -361

492- LA PINTORA DEL RIO DARRO

The painter of the Darro river

El encuentro, the meeting

El sueño, the dream

EL ENCUENTRO, the meeting

Era invierno, caía la tarde, hacía fresco, por la calle Carrera del Darro, los turistas iban y venían y arriba, a la derecha sobre la colina, la Alhambra en su quietud de piedra. Caminaba lento, solo, como perdido entre los que iban y venían y miraba despacio. Se asomó al muro y vio la clara corriente del río donde unos patos silvestres buscaban alimento. Le gustó la escena y pensó que también era bello y además curioso, que en este invierno, aquí en el río que atraviesa la ciudad de Granada, de vez en cuando aparecieran patos silvestres. Iba como en su sueño y, también como tantas otras tardes, buscaba algo. Observaba las caras de las personas, el horizonte y soñaba.

Miró al frente y sobre el muro del río a la altura de la Iglesia de Santa Ana a su derecha, vio el pequeño cuadro. Del tamaño de un folio, apoyado sobre una caja de madera y frente al primer puente del río, el conocido con el nombre de Cabrera. Bajo este puente se movían y de vez en cuando nadaban un par de ocas domésticas. Apoyada en el muro del río, en su mano izquierda sostenía una paleta llena de colores. En su mano derecha sujetaba un delgado pincel que, a intervalos, mojaba en algunos de los colores de la paleta y después lo extendía en el pequeño cuadro que pintaba.

Antes de llegar, todavía como a unos diez metros, la vio. No la conocía de nada. Y de alguna manera se sorprendió porque era la primera vez que por aquí aparecía. Ya solo a unos metros, se quedó parado. A sus espaldas y sin llamar la atención ni pronunciar palabra. Miró durante unos segundos el cuadro que pintaba y luego se acercó. Directamente le dijo:

- Es muy bonito el cuadro que estás pintando.

Sorprendida, volvió su cabeza, lo observó durante unos segundos y luego le preguntó:

- ¿Te gusta?

- Me gusta mucho. ¿De dónde eres y para qué o quién pintas?

- Soy de Letonia y pinto para llevarme un recuerdo de esta ciudad. Estoy por aquí de paso, de turismo. Me marcho dentro de unos días.

- ¡Qué hermoso y a la vez qué pena!

Sorprendida ella lo miró y no pronunció palabra. Sí él deseó seguir hablando, preguntarle cosas, compartir un rato, el momento y el escenario. Pero no lo hizo por miedo a importunarla. Era la primera vez que la veía y no la conocía de nada. La despidió y siguió caminando por la calle que va al borde de las aguas. Soñó volverla a ver por aquí quizá al día siguiente, al otro o al otro. Sentía que iba a gustarle encontrarla de nuevo. Esto le animaba y al día siguiente al caer la tarde, cuando por el lugar se acercaba, miraba lleno de ilusión. No estaba pintando donde sí la tarde anterior. Tampoco la vio por aquí al día siguiente ni al otro ni durante una semana ni tres ni cuatro ni en los días que fueron corriendo. Ni siquiera sabía ahora ya si todavía seguía por Granada o se había marchado.

Pero, quizás porque seguía recordando su cara y el color de las pinturas en el pequeño cuadro con la corriente del río en el centro, una noche tuvo un sueño. La vio junto a las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra, por donde una tarde ya muy lejana, la encontró pintando su pequeño cuadro. Y escribió este sueño al día siguiente en su cuaderno narrándolo de la siguiente manera:

EL SUEÑO, the dream

“Esta noche no he podido dormir bien porque en estos días se celebran fiestas por aquí. Como todos los años, han montado un buen tinglado y lo que más jaleo mete es el conjunto

musical. Se oye por todo el entorno. Pero esta noche, al fin me he quedado dormido y he tenido un sueño.

Me encuentro por donde el río pequeño justo a los pies de la Alhambra. Donde las orillas son praderas de hierba espesa y fina y donde las aguas se remansan en charcos dulces y cristalinos. Estoy conmigo y me gusto por el paisaje que me rodea cuando veo que por la calle avanza la hermana pintora de la vida, sueños y colores. Se viene a mi lado y se pone a pintar y a jugar con la hierba cerca de las aguas. Me pide que juegue con ella para hacer más hermoso el momento y le digo que no puedo.
- ¿Por qué no puedes?
Me pregunta.
- Es que el río corre color chocolate y por eso las aguas no son limpias.
La hermana pintora, la que es y siempre será mariposa espiritual que sólo regala dulzura y gozo al corazón por donde los silencios de la Alhambra, me pregunta:
- ¿Quién te ha dicho a ti que las aguas del río no son claras?
- Las he visto con mis propios ojos.
- Pues tus ojos no ven bien.
- ¿Por qué no ven bien mis ojos?
- Porque las aguas del río hoy son tan limpias como siempre.
- Que no son limpias porque yo las he visto hace poco y pasaban turbias como nunca.
- ¿Qué río ha sido el que has visto tú?
- Nuestro río de siempre. El que tú pintabas aquella tarde.
- Pues te repito que te has equivocado.

Y entonces me acerco a ella y la cojo de la mano.
- ¿Por qué me dices eso?
- Es que el río nuestro yo lo estoy viendo ahora mismo y lo encuentro tan limpio o más que aquel día.
- ¿Cómo puede ser?
- Mira para aquella curva.
Le hago caso y miro para la curva de los fresnos y las algas verdes y lo que veo me asombra. Las aguas del río corren tan limpias o más que nunca y hasta llevan nenúfares en sus olas y algas más grandes y verdes que otros días. Pero algo me inquieta. En los redondos charcos donde el río se remansa, hay patos y nadan las truchas, las aguas están muy tranquilas y sobre su superficie no son nenúfares los que nadan sino grandes rosas de nieve blanca. Por eso le pregunto a la hermana que me da compañía y sin que ella lo sepa, también me regala dulce placer. Como si me quisiera decir que ella es la dicha y no la vida que tengo ahora bajo el sol del Planeta Tierra.
- ¿No puede ser?
- ¿El qué no puede ser?
- Las aguas del río estaban turbias y ahora corren claras y con flores inmaculadas sobre sus olas. Pero no puede ser porque si las flores han nacido y llenan con su perfume el aire de estas riberas es porque la primavera ha llegado. Pero sigo diciendo que no puede ser porque si ha llegado la primavera ¿Cómo estoy viendo la nieve dormida sobre las limpias aguas del río que hace poco he visto turbio?

La hermana me mira y me repite que tampoco es invierno y por eso no puede haber nieve.
- El río esta tarde sólo lleva aguas limpias y eso sí, en su ribera crece espesa la hierba verde, cantan ruiseñores y croan las ranas.
- ¿Y la nieve que estoy viendo?
- Serán los reflejos del sol que entran por entre las ramas del árbol que en mi cuadro pinté aquella tarde.

- El sol no es.
- Pues entonces será que en tu corazón ocurre algo raro.
Y caigo en la cuenta de que sí. En mi corazón hoy y desde aquella tarde, ocurre algo raro y por eso la veo a ella cuando no debiera verla porque hace mucho tiempo que tampoco está y ni siquiera están ya las riberas de este río ni algunas casas entre los majuelos ni las flores ni la hierba.
- Pero entonces ¿qué me pasa?
Ella me aprieta en su mano y al sentir el calor de sus finas carnes con la belleza y el aroma de aquellos momentos, hasta tengo ganas de llorar. Quiero llorar, necesito llorar y más necesito aún volar al cielo que en mi alma sueño. Porque en mi corazón me digo que ella sí está aunque sé que se ha ido y para siempre. Y como en aquellos momentos, sigue siendo puerta hacia ese temblor de amor que, en forma de sueño, me tiene trascendido hacia un mundo que no es este mundo. Ella, la hermana de los colores y la luz y con sabor a primavera limpia, es lo único que ahora y en este sueño mío, me hace sentir la vida nueva, el gozo y descanso eterno. La presencia de Dios, el cielo que no se parece a la vida de la tierra ni por asomo.

Las aguas del río que corre a los pies de la Alhambra y que son los escenarios donde jugaba la hermana con los colores y la luz, no corren color chocolate. Son cristalinas como el aire más puro y huelen a primavera. Pero ella, la hermana de los colores y ojos llenos de infinitos, hoy ya no está. Por eso quiero llorar y por eso en mi alma se refleja un mundo que no es el que necesito y sueño, sueño, sueño. Quiero irme con las aguas de este río para abrazarme al descanso y a la paz que tanto necesito".

9 de marzo 2021 -362

EL NIDO

La casa, construida con piedras calizas y mezcla de cal y arena, se alza en mitad de la ladera. A la derecha y comienzo del amplio valle por donde el claro río se desliza. Asomado a este valle, desde la puerta de la casa, se le ve esta mañana de primavera. Mira, contempla los paisajes mientras los espera. Llegarán desde la ciudad con el proyecto de recorrer el amplio valle por donde el río se desliza. Ellos quieren que él los acompañe para que les explique los sitios y diga los nombres de los lugares.

Mira como meditando a la vez que recuerda los días en que, cuando era joven y estaba lleno de fuerzas, recorría los paisajes de estas montañas y se llenaba de sensaciones profundas. En estos momentos y mientras los espera, siente que los años ya lo han envejecido mucho y las fuerzas lo han avanzado casi por completo. Quiere irse, desea con fuerza, le gustaría mucho, perderse una vez más por los bosques, laderas, hondonadas, valles y ríos de los paisajes que no puede borrar de su alma. Le gustaría volver a recorrer las viejas sendas que conoce, beber el agua fresca y limpia de los manantiales que también conoce y recrearse en amarillo de los narcisos silvestre que crecen en los arroyos.

Medita esta ensoñación cuando, de pronto, los siente bajar. Descienden desde el misterioso collado del viento y, siguiendo la vieja senda de los piornos, se acercan a la casa. Y justo ahora, desde lo hondo del valle, surcando el aire, ve acercarse un ave. De color negro con franjas blancas y algunas plumas naranja y amarillas en la cola y cabeza. Trae en su pico un pequeño manojo de pasto. Le llama la atención porque nunca antes ha visto por aquí un ave como ésta. Es, más o menos, del tamaño de una golondrina. Deja que se acerque y ve como, sin miedo alguno, se cuela por el hueco de la ventana que tiene a su izquierda. En la pequeña estantería de madera de pino que hay justo en la habitación a solo unos centímetros de la venta, se posa. Se mueve algo nerviosa y comienza a colocar las hebras de pasto que ha traído en su pico. Intuye él enseguida que la hermosa ave, prepara las

cosas para hacer el nido. Los que vienen desde la ciudad al encuentro del anciano para que lo acompañe y guíe por los caminos de estas montañas, justo en estos momentos llegan a la puerta de la casa. Antes de que se acerquen mucho, él les indica:
- Quedaros aquí quietos y no avancéis más. Un ave hermosa y que por primer vez en mi vida veo, se ha presentado por aquí y parece que quiere hacer su nido en mi ventana.

El que viene al frente del grupo, al ver el ave, enseguida aclara:
- ¡Y tanto que es misteriosa esta ave!
- ¿La conoces?
- Sé de dónde viene y el mensaje que trae.
- ¡Cuéntanos!
- Comencemos la ruta que tenemos planeada. Cuando estemos frente al gran lago de las aguas azules, os cuento.

10 de marzo 2021 -363
https://youtu.be/ho-9EdY7HLw
NIDO DE PATO-II
En la mañana de este día diez de marzo, los he vuelto a ver. Los dos ánades reales, macho y hembra, por donde las aguas del Charco de las Truchas en el río Darro. Pacíficamente estas dos ánades chapoteaban en las aguas buscando alimento prescindiendo por completo de lo que ocurre en el entorno. Y al descubrir por segunda vez esta escena, ya no dudo de que de nuevo este año están preparando su nido por aquí. Creo que la hembra ya tiene el nido con algunos huevos y por eso sigue apareada con el macho y tranquilamente en este lugar del río. En poner la apuesta completa, puede tardar casi un mes o más.

Por las aguas del río no se ve a nadie. lo de la pandemia, tiene muy paralizadas a las personas tanto por este lugar como por otros cercanos y toda la ciudad. Quizá cuando el tiempo mejore, la primavera se acerca, aparezcan como otros años personas por aquí. Aún nadie ha dictado normas para proteger este trozo del río y prohibirlo a perros, gatos, personas y otras presencias. Así que estos ánades, como el año pasado y el anterior, pueden tener los mismos problemas para sacar adelante su proyecto de crianza. Pero por ahora, según he visto esta mañana, siguen presentes por aquí como si este rincón les perteneciera en exclusiva y definitivamente.

11 de marzo 2021 -364
299- LA PIEDRA NEGRA
En la Alhambra, época de los reyes Nazaríes, crecía un árbol muy especial. Justo en el centro de los jardines más hermosos y no lejos de una de las torres donde moraba una princesa. Era un árbol de tronco muy grueso, alto, de color verde intenso y también muy viejo. Tanto que, hasta los reyes más toscos y las personas menos sensibles a las cosas de la naturaleza, lo respetaban. Decían los artesanos de la Medina:
- Un árbol tan majestuoso como éste y con tantos años a cuestas, merece el mayor de todos los respetos.
- ¡Y qué lo digas! Que no se le ocurra a ninguno de los que por aquí viven, cortar un día este árbol. Nos pondremos en contra y protestaremos hasta el cansancio.
- Yo me apunto a esa protesta.
Y los reyes desde luego nunca tuvieron la tentación de cortar este árbol. Todos, igual que los artesanos y otras muchas personas, admiraban y respetaban mucho tan hermoso anciano. Pero un día de verano muy caluroso, al caer la tarde, se formó una tormenta que, además de viento y mucha agua, desprendía relámpagos, rayos y truenos a mansalva.

Uno de los rayos que vomitó esta tormenta, cayó sobre el viejo árbol. Saltaron las ramas desde las más altas hasta las raíces y a los pocos días, todo el hermoso ejemplar estaba seco. Dijeron los reyes, guiados por los sabios y los comentarios de las personas de la Medina:
- Ha sido una pena lo que ha pasado con este árbol centenario pero la naturaleza es sabia. Nosotros, por respeto y como recuerdo de este árbol, debemos conservar su tronco hasta que lo funda el tiempo.
- Eso sí, desde luego. Aunque solo sea como símbolo y en homenaje al más grandioso de los árboles nunca visto cerca de estos palacios.

Y dieron órdenes para que cortaran el tronco del viejo árbol a ras de tierra, dejando solo una peana y una pequeña plataforma, llana y visible para todas las personas. El rey dijo:
- Otra cosa ya no podremos hacer por este magnífico árbol pero de este modo, lo veremos cada día y así no lo olvidaremos.
- Muy bien pensado, majestad.
Comentaron muchas personas. Y se alegraron todos los que habían visto al árbol lleno de vida.

Pocos días después de esto, la princesa que vivía en la torre cercana donde ahora se veía el tronco del árbol, enfermó. De una enfermedad tan grave y extraña, que ninguno de los sabios y médicos del reino, sabían qué le pasaba.
- Daré un tesoro entero al médico que encuentre el remedio para curar a esta hija mía.
Dijo el rey padre. A los pocos días, uno de los médicos de la Alhambra, dijo al rey:
- Majestad, yo sé cómo podría curarse esta hija vuestra.
- ¿Cómo?
- De la manera más sencilla aunque no es fácil.
- Cuenta que estoy impaciente. Y ya sabes que te daré un tesoro entero si es verdad que curas la enfermedad de mi hija.
El medicó confesó al rey:
- Del tronco de este árbol quemado por el rayo de aquella tormenta, puedo sacar árboles pequeños.
- ¿De qué modo y para qué?
- En cuanto la princesa vean uno de los árboles pequeños salidos del tronco de este árbol viejo y seco, sanará. Y el único modo de sacar estos pequeños árboles que digo, es usando los filos de una misteriosa piedra negra que hay en algún lugar del río Darro.
Muy extrañado, el rey preguntó:
- ¿Me estás contando un cuento o es verdad lo que dices?
- Lo que le digo, majestad, es tan verdad como que ahora mismo estoy aquí presente.
- ¿Y es verdad que existe también la piedra negra que me dices?
- Existe aunque nadie la ha encontrado hasta hoy.
- Pues ahora mismo doy órdenes para que todo el que quiera, busque esta piedra y venga al tronco de este árbol a hacer los árboles pequeños que dices crecerán al verlos la princesa.

Y justo unas horas después, la noticia de la piedra negra y los pequeños árboles que podían curar a la princesa, se corría por toda la ciudad de Granada y especialmente por el barrio del Albaicín. Llegó a oídos de dos jóvenes muy amigos y estos enseguida se dijeron:
- ¿Por qué no buscamos nosotros por la orilla de este río, esta piedra negra? Si llegáramos a encontrarla ¿os imagináis lo que ocurriría en nuestras vidas?

- Sí, vamos ahora mismo y nos ponemos a buscar esa piedra negra que puede curar la enfermedad de la princesa.
Y aquel mismo día, desde las partes altas del barrio del Albaicín, bajaron al río y se pusieron a buscar la piedra negra.

No la encontraron ni aquel día ni al otro ni al siguiente. Sin embargo, al cuarto día buscaban ellos junto a la corriente a la altura de la famosa Fuente del Avellano y de pronto vieron una bonita piedra negra, no muy grande y algo redonda que brillaba como un diamante. El más joven exclamó:
- ¡La hemos encontrado!
- ¿Cómo sabes que es ésta la piedra que buscamos?
- Porque a simple vista se ve y porque también mi corazón me lo dice.
- Pues subamos rápido a la colina de la Alhambra y se la mostramos al médico que cuidad de la princesa enferma.

Subieron a toda prisa a la colina de la Alhambra, buscaron al médico, le mostraron la piedra que habían encontrado y éste les dijo:
- Sí que es esta la piedra que puede curar la enfermedad de la princesa.
- ¿Y qué hacemos ahora con ella?
- Tendréis que partirla con otra piedra y con una de las aristas que se formará en el trozo más grande de esta negra, tenéis luego que intentar extraer del tronco del árbol seco, un buen trozo de su madera. Pero antes de hacer nada, se lo tenemos que decir a la princesa para que esté aquí presente, justo cuando vosotros extraigas del tronco seco, el trozo de madera que digo.
- Pues vaya usted rápido y dígaselo a la princesa y a todos los demás no sea que siga enfermando y en cualquier momento se muera. Nosotros, mientras tanto, buscamos otra piedra para golpear contra esta negra y que se rompa.

Fue el médico en busca de la princesa y solo unos minutos más tarde, ya estaba ésta junto a los jóvenes y frente al tronco seco. Habían partido la piedra negra y mostraba unas afiladas aristas en el trozo más grande. Se la mostraron al médico y éste les dijo:
- Venga, probar y extraer un pequeño trozo de madera de este viejo tronco.
Cogieron los jóvenes el pedazo de piedra negra de aristas afiladas, clavaron con fuerza un pico en forma de gancho y luego tiraron con energía para arriba. Miraban todos, tanto la princesa como el rey, el médico y la reina esperando ver lo que surgía del trozo de madera y asombrados vieron el milagro. El pequeño trozo de madera extraído del tronco viejo y seco, al alzarlo lo jóvenes en sus manos, se convertía en un hermoso arbolito exactamente igual al frondoso árbol que un día había destrozado el rayo de la tormenta.

Al ver la brillante fantasía, los jóvenes ofrecieron rápidos el pequeño arbolito a la princesa. Lo cogió ésta en sus manos y sonrió con una dulzura y belleza que enmudeció a todos los presentes. Dijo a los dos jóvenes:
- Sois los mejores porque ahora mismo, de parte del cielo, me habéis traído la vida y la alegría. ¿Qué queréis a cambio?
Y los dos jóvenes, al instante dijeron:
- Ni dinero ni tesoros queremos, princesa. Con que seas nuestra amiga para siempre y nos regales cada día con una sincera sonrisa, nos conformamos.

12 de marzo 2021 -365

LA BODA

Cosa importante ha sido la boda, superando en mucho todo cuanto esperaba y era sueño.

- Y ahora ¿qué tienes que decir?
- Que esperaba de ti esta pregunta y no deberías habérmela hecho.
- Ya sé lo que te pasa: después de haber visto lo que has visto y sentido lo que has sentido, te has quedado sin respuesta.
- También es verdad pero sólo un poco porque el otro poco es que tengo dentro de mí ahora mismo tanta abundancia de información y de sentimientos que me he quedado bloqueado. Tengo la respuesta y sé lo que siento pero si me pusiera a contar no sabría por donde empezar ni cómo continuar para que todo saliera
perfecto y nada quedara perdido.
- Pero vamos a ver ¿tenía o no tenía yo razón?
- Tú tenías razón: la boda ha sido muy hermosa pero yo ahora, para sentirme orientado y no perderme más, tengo que estructurarla en dos grandes bloques. El primer bloque es todo aquello que en la boda fue igual a otras muchas bodas del mundo y el segundo bloque, lo que fue y es único y no se da en ninguna otra boda del mundo porque pertenece a la identidad.
- Ya sé lo que quieres decir.
- Lo que te quiero decir es lo siguiente: que la boda y ellos hoy me han descubierto, me han acercado un poco más al corazón mismo de las sierras que tanto amo.
- ¡Claro! Hasta hoy tú no habías vivido de cerca o más bien desde dentro, sus cosas más personales, sus costumbres más puras y por lo tanto, desde esta dimensión, la sierra permanecía cerrada para ti, incompleta en ella misma y en el océano de tu espíritu porque en el fondo te faltaba conocer el trozo mejor, el más importante. No los tenías a ellos con sus cosas y menos a ellos con su boda y esto pertenece al segundo bloque.
- Algo así pero todavía hay mucho más que ahora mismo no acertaría a decir. Lo estoy asimilando y digiriendo en mi corazón y he pensado que más adelante, cuando disponga de tiempo, lo haya ordenado un poco y ya sepa por dónde empezar, te lo voy a contar todo con detalle y detenidamente que es como hay que hablar de estas sierras. Tú mejor que nadie sabes que estas cosas hay que cogerlas desde el principio y avanzar lentamente, para que nada se quede atrás porque en los matices es donde se esconde la belleza que diferencia. En cuanto disponga de tiempo y lo tenga preparado te contaré despacio todo lo que hoy he visto, oído y sentido desde esta boda y alrededor de ella, que no sólo me remite a los paisajes que tan dentro llevo, sino que me hunde más en su profundo misterio.

Ha sido una experiencia rica y bella dentro de las cosas de este puñado de tierra mía. Te contaré despacio y con detalle en cuanto tenga ordenadas las cosas y disponga de tiempo.

13 de marzo 2021 -366

EL COLOR DE UN SUEÑO

- ¿Nunca lo has visto tú?

Preguntó él. Y ella respondió:

- Nunca en mi vida lo he visto. Ni siquiera en sueño y, ahora que me lo dices, sí que me gustaría verlo. ¿Es del mismo color que me has dicho y tan hermoso?
- Y aun más porque las palabras ni siquiera pueden definirlo. ¿Quieres verlo?
- Pues claro que sí.

Y aquella tarde, todavía un poco antes de que el sol se pusiera, subieron por la senda que recorre la ladera. Llegaron a lo más alto del cerrillo y, al dar vista al arroyo, se

pararon. Frente al cerro gemelo donde, en todo lo alto, se veía el cortijo. Ya muy viejo, casi en ruinas y recortado en el cielo. Al fondo, por donde la tarde se iba, se veían las nubes y los rayos del sol surgiendo por entre ellas. Más cerca de ellos, entre las ruinas del cortijo y el cerrillo donde estaban parados, se veía el arroyuelo. Sin agua ninguna, con unos cuantos álamos clavados en la llanura de abajo, un par de majuelos algo más arriba y el manantial de las rocas, en la parte alta.

Dijo él:
- De ese manantial, la fuente más pura y fresca de estas montañas, cogían el agua para beber los que vivieron en el cortijo.
- ¿Y todavía sigue ahí el venero?
- Todavía y parece que cada día con el agua más clara y fresca.
- Quiero verlo y mojar mis manos en esa agua y beber un trago.
- Es necesario para apreciar después los colores que te vengo diciendo.

Y sin más, avanzaron de nuevo por la senda. Siguiendo la línea de la pequeña loma y atravesando la espesura de romeros. Rozaron el majuelo grande y se acercaron al manantial. Justo donde el arroyo comienza a fraguarse y por el lado de debajo de las dos llanuras grandes. Y, al acercarse, vieron que la fuente manaba copiosa, clara y remansada.
- ¿A caso es milagrosa esta agua?
Preguntó ella.
- Yo no sé si tiene propiedades pero sí puedo confirmarte que es agua buena, muy buena.

Bebieron, se lavaron las manos, se quitaron los zapatos y, en la corriente que caía desde la fuente, mojaron sus pies y luego siguieron.
- La tarde está cayendo y por eso tenemos que darnos prisa.
Y subieron rápidos recorriendo la ladera del cerro frente a las ruinas del cortijo. Llegaron a todo lo alto justo cuando el sol se ocultaba tras las lejanas montañas. Y él de nuevo comentó:
- Mira despacio y espera unos minutos.
Hizo ella lo que le pedía y, a los tres minutos, vieron como el color violeta claro se empezaba a derramar por todos los paisajes. Como en forma de lluvia mansa pero impregnando profundamente. Dijo ella:
- Lo estoy viendo y no lo creo pero compruebo que tenías razón: es fantástico. Como el color de un sueño.

14 de marzo 2021 -367

CARTA A UN AMIGO -I

"Tú Lo sabes mejor que nadie. Exactamente hoy se cumple un año del comienzo de la pandemia, estado de alarma, confinamiento total en España. Hace un año, este día 14 de marzo, subía yo desde la ciudad hacia mi casa. Al acercarme a la residencia de los universitarios, vi a 4 muchachas en la entrada. charlaban entre sí y al acercarme a ellas, les pregunté:
- ¿Sabéis ya la noticia?
Y sin más me dijeron:
- La sabemos. A partir de mañana se cierran todas las aulas de la Universidad de esta ciudad. La contaminación del virus es tanta y está tan extendida, que también van a prohibirnos salir de las casas y caminar por las calles en todas las ciudades de este país.

Dicen que nos confinará a todos por 15 días. Nosotras aún no sabemos si vamos a quedarnos en la residencia o marcharemos a nuestras casas.

Y al día siguiente, todas las personas de este país estábamos encerrados. Decían que por 15 días. Se nos prohibía salir de las casas e ir a los sitios y hacer cosas. Nos resignamos y pasaron los 15 días. Prolongaron otros 15 días más el confinamiento y así fue sucediendo a lo largo de muchos meses. Nadie sabía cuándo las cosas iban a mejorar y cuándo volveríamos otra vez hacer vida como antes y a salir de las casas. Nadie lo sabía y sí cada día aumentaba los contagios y las personas enfermaban continuamente. Muchas personas enfermaron del virus, muchas personas tuvieron que ir a los hospitales, muchas personas murieron las cosas, según los meses pasaban, no mejoraba. Muchas personas se quedaron sin trabajo, sin dinero, sin sus negocios. Y muchas personas tenían y tienen hambre, se apuntan a los comedores sociales y luchan por sobre vivir aunque sea en la miseria. Ni siquiera los que gobernaban, los que gobiernan, aciertan hacer lo correcto y, la impresión es, que no quieren hacer las cosas para ayudar de verdad a que las personas no enfermaran ni mueran en tanta cantidad.

Tú lo sabes mejor que nadie. La pandemia se extendió por todos los países del mundo y las personas siguieron enfermando en cantidades cada día más grandes. Las personas siguieron muriendo y el tiempo siguió pasando. Nada mejoraba. Todos soñábamos con el día en que esta pandemia se terminará y el día no se veía por ningún sitio. Los científicos del mundo entero, trabajaron rápido y duro y en poco tiempo consiguieron vacunas. Hoy, 12 meses después de aquella tarde 14 de marzo, los científicos han conseguido varias vacunas. Hay esperanza y muchas ganas en las personas de que estas vacunas terminen por fin con esta gran enfermedad. Como aquella tarde, en la tarde de este día un año después, tampoco nadie sabemos cómo evolucionarán las cosas. Tú lo sabes mejor que nadie: Un Año ha pasado desde aquel día 14 y después de tanto sufrimiento y dolor en el mundo entero, seguimos esperando. Te escribo esto porque tengo la necesidad de contarlo en nombre de todas las personas del mundo, las que aún estamos por aquí, las que están sufriendo y las que ya se fueron. Yo sé que el único que sabe cuándo será el final y cómo, eres tú. Lo conoces y lo sabes todo y tienes el poder. Estamos en tus manos. Las cosas han sido y son terribles, muy terribles.

15 de marzo 2021 -368

CARTA A UN AMIGO -II

“¿Te acuerdas del naranjo de los tres pies? Sí, el que es centenario, crece en el centro del jardín, da naranjas un poco agrias que tienen semillas y siempre se veía como un árbol realmente majestuoso. Al mirarlo, una vez y otra te decía que era el árbol más hermoso de este jardín, al que ahora llamo con el nombre de ‘El jardín de los doscientos árboles cortados y cien desmochados'. Tengo la lista completa de todos los árboles desaparecidos y los que han sido desmochados por los dos que sabes.

Pues en la mañana del día de hoy, estaba yo en mi habitación y sentí ruidos de sierra. Desde hace un tiempo, cada vez que oigo ruidos de sierra, trituradoras de ramas, cortadoras de césped… me alarmo. Me asomé enseguida a mi ventana y vi al que trabaja en el jardín encaramado en la escalera por el centro de las ramas del gran naranjo. Me asusté. rápido busqué a quien tú sabes y sin más le pregunté:

- ¿Has visto lo que están haciendo con el Naranjo?

Muy seguro de sí, me dijo:

- Yo Lo he visto y los técnicos lo han aconsejado. Hay que cortarle ramas al naranjo para que le entre la luz y se llene de vida.

- Pero esto es un jardín y no una finca agrícola. Este árbol tiene más de 40 años y tú lo estás cortando sin sentir un pellizco en el corazón. Ni me gusta ni es bueno el daño que cada día veo hacéis a las plantas y árboles de este jardín.
Hizo como si no me escuchara. Seguí relatándole el destrozo que desde hace unos años ha ido haciendo en este espacio para mí hermoso y sagrado. Hizo como si no me escuchara.

Al caer la tarde pasé por donde el huerto y ahí, en la tierra llena de ortigas, vi todas las ramas que le han cortado el naranjo. Lo han dejado por completo desmochado, herido, feo y sin dignidad. Desde hace años he pensado que este jardín, si estuviera bien cuidado y las personas encargadas de las plantas y riego fueran sensibles y poseyeran algo más de inteligencia, sería una gran joya. algo hermoso que admirarían muchas personas. Pero no es así y esto me duele mucho, mucho. Te cuento a ti esta historia aunque sabes mejor que yo lo que por aquí ocurre pero tengo necesidad de hablarlo. Y te pregunto: El día que allá en el Reino que soñamos, unos y otros nos encontremos en tu presencia ¿Vas a tener en cuenta el daño que estas dos personas han hecho a este jardín para mí sagrado?

16 de marzo 2021 -369

431- EL ABRAZO

Volvía después de mucho tiempo. Y, mientras se iba acercando, lo hacía por donde su corazón más se lo pedía. Por donde se encontraban sus más bellos y tristes recuerdos y por donde, a lo largo de muchos años, la había soñado: junto a las aguas del río Darro. Por eso, se le vio subir por donde hoy se alarga la Carrera del Darro, el paseo más bello del mundo, en Granada y a los pies de la Alhambra. Y llegaba acompañado solo de un pequeño perro blanco y su zurrón de viajero. Y lo que también en su corazón temblaba, según iba llegando, era la figura de la Alhambra sobre su colina. Tan grabada la tenía en su alma, desde sus primeros tiempos que, conforme se aproximaba, le parecía volver al descanso, al consuelo.

Y antes de llegar al último puentecillo del río, el que es conocido con el nombre de El Aljibillo, dijo a su perro, amigo y compañero:
- Vente por aquí que quiero que veas esto.
Y se acercó al río. Por donde un pequeño vado y, por eso, la corriente mostraba un buen paso. Y nada más llegar a las aguas lo primero que hizo fue mojar sus manos, luego sus brazos y después su cara. Le volvió a decir al compañero:
- En otros tiempos, cuando todavía éramos pequeños, por aquí los dos jugamos muchas veces. Corriendo por estas riveras, bañándonos en las aguas, tomando el sol recostados sobre la hierba y siempre respirando el purísimo aire y silencio que brota de este río. Para mí, era un ángel bajado del cielo. Por eso, en muchas ocasiones la llamaba con el nombre de “La Sirena del río Darro”. ¡Si tú la conocieras!
Y después de volver a lavar sus manos y cara invitó a su perrillo que a que bebiera.

Cruzaron luego la corriente y pasaron al lado de la umbría de la Alhambra. El sol lucía colocado en lo más alto y relucía como en los mejores días de verano. Aunque era invierno y al fondo, sobre las cumbres, las nieves blanqueaban. De nuevo dijo a su amigo:
- Subamos despacio. No tengo prisa en llegar porque ahora ya mi corazón está contento, como en su descanso. Por fin piso otra vez los rincones y tierras que siempre han sido para mí más que alimento.
Y remontaron lentamente. Parándose a cada instante para echar una ojeada a las casas de los barrios, al otro lado del río: el Albaicín blanco y el Sacromonte eterno.
- No son los mismos y, sin embargo, fíjate qué bonitos y cuanto misterio parece de ahí estar brotando.

Y su perro, como si lo comprendiera, se movía de un lado a otro olisqueando. Escudriñando cada rinconcillo del bosque y pendiente de las órdenes de su amo.
- ¿Sabes? Cuando ella jugaba por la corriente del río, lo que más le gustaba era irse a los sitios más desconocidos y oscuros. Comentaba:
- Tú dirás que este río viene de las montañas al norte de Granada pero yo creo que nace en algún lago en el más extenso de los paraísos.
- Y después de pasar por los pies de la Alhambra ¿a dónde crees que este río se marcha?
- Eso sí que lo tengo claro: al corazón mismo del Universo, que es donde se refugia el cielo y por eso, todo por allí, es eterno. Un río como nuestro Darro, de ningún modo puede ir a otro sitio. ¡Me gusta tanto y es tan bonito!

Más de una hora tardaron en remontar la ladera. Y mientras lo hacían seguía comentando con su perrillo:
- Y la Alhambra, sus murallas, palacios, jardines y fuentes, tú nunca lo has visto pero ahora te digo que todo por aquí es fantástico. Vete preparando que verás como no te miento.
Llegaron a todo lo alto y tomaron para la derecha, siguiendo el camino que discurría pegado a la muralla y bajaron un poco hacia Granada. El sol ahora les daba de lleno y de aquí que iluminara no solo sus cuerpos sino también las plantas y árboles que iban rozando.
- Y cuando por estos bosquecillos paseaba, muchos la confundían con una princesa. Y aunque lo era, a mí me gustaba decir a todos que su palacio lo tenía en las estrellas. Tenía cara de ángel, ojos de cielo, sonrisa de estrellas y su alma era blanca, muy blanca ¡Qué bellos fueron aquellos momentos y cuanto misterio derramó por estos jardines y espacios!

Llegaron a la puerta de la muralla y la cruzaron. Su pequeño amigo, al sentir ahora el ruido de las personas, se vino a su lado como si temiera algo.
- Yo ya no soy nada por aquí pero tranquilo. No dejaré que te hagan daño.
Y justo en este momento se encajaron en la pequeña explanada, antes de los palacios. De pronto, ante ellos apareció la gran fuente. Cristalina, alegre, iluminada por el sol y como gritando. Frente a ella, se quedó parado mirando, intentando comprender. Le comento al perrillo:
- Soñé mil veces con esta fuente aquí, para disfrutarla con ella y al fin la han construido. ¡Fíjate qué bonita! Cara a los palacios de la alhambra, frente al barrio del Albaicín y al gran valle del río Darro y casi entre los bosques y jardines. ¿A que es fantástico, como un sueño?

Y justo en este momento, mientras miraba absorto a la fuente, sintió su mano. Por el lado derecho se le acercó, le echó su brazo por el hombro y cuello y despacio, muy despacio fue acercando su cara a la suya, al tiempo que le decía:
- Soy la que sueñas y tanto quieres. No digas nada y disfruta el encuentro. No estamos ya en el tiempo sino en la eternidad. En el corazón mismo del cielo.

17 de marzo 2021 -370

LA DIVERSION

Estabas tú sentado bajo la sombra del pino en la ladera de enfrente y descansabas un poco de aquella subida al mismo tiempo que contemplabas el paisaje. Estabas tú allí sentado respirando el aire fresco sintiéndote aliviado del mundo de los humanos, de su presencia y de sus cosas pesadas y tontas cuando los sentiste acercarse por la pequeña cañada. Sólo eran tres y subían decididos, como si fueran a lugares concretos para realizar cosas también concretas que en principio parecían también importantes y serias. Ello no quitó que al verlos tú allí de pronto primero te sorprendiera y segundo te preguntaras que a dónde iban ellos por allí.

No tardaron en decirte a qué cosa concreta iban ellos por allí. En cuanto llegaron al final de la cañada que es donde comienza la loma y era el punto más próximo a donde tú estabas sentado los viste como torcieron hacia la derecha y empezaron a subir por el puntal.
- ¿Qué buscarán por aquí?
Te volviste a preguntar de nuevo y en este momento sentiste a los otros; a los que subían por el arroyo del otro lado de la lomilla pero más bien a media ladera. Estos eran más, por lo menos diez y subían metiendo jaleo en dirección contraria a los tres que ya iban por la lomilla.
- ¿Adónde irán aquellos también y qué es lo que buscarán por aquí?
Volviste a preguntarte sabiendo que estos rincones no son precisamente muy conocidos por los turistas y no porque sean insignificantes y feos, sino porque son rincones silenciosos y apartados y la mayoría de las veces ellos buscan otras cosas.

Y estabas tú intentando averiguar qué es lo que hacían por aquí cuando viste que los primeros se pusieron mano a la obra. Se organizaron en grupos de dos o tres y piedra gorda que encontraban por la ladera piedra que empujaban y echaba a rodar ladera abajo. Todo un crujir de rocas, monte y polvareda era lo que la piedra dejaba mientras se destrozaba saltando ladera abajo hasta el arroyo al tiempo que los del grupo miraban el espectáculo al parecer bastantes rebosantes de placer.
- Esta es más gorda pero vamos con ella.
Y de nuevo la empujaban hasta que la roca daba el primer tumbo y salía rodando. Otro escándalo más de piedras que estallaban y exclamaciones del grupo asombrados de su gran obra.
- Ahora nos toca a nosotros.
Gritaron los de arriba y entonces pusiste los ojos en ellos. ¿Qué es lo que descubriste?

Descubriste que se habían subido hasta una gran repisa donde varias piedras gordas que formaban como una pared ya las tenían ellos a punto de doblarse y salir rodando ladera abajo. Eran las piedras más bonitas de toda la ladera precisamente porque el tiempo y los fenómenos atmosféricos las habían tallado dándole las forma más caprichosa y bella que jamás artista humano podrá lograr nunca. Y las piedras estaban del tal modo talladas y puestas en la ladera que sólo era necesario darle un pequeño empujón para que salieran rodando monte abajo.
- ¡Será posible que sean capaces!
Te dijiste tú y enseguida viste que fueron capaces. Sin apenas esfuerzo el pequeño peñasco, escultura rocosa y belleza de la ladera, cedió y solemnemente se dobló hacia la ladera y después de emitir como un gran quejido, se desplomó hacia el barranco quebrándose en mil pedazos que llenaron toda la ladera y todo los árboles que cubren la ladera.
- ¡Impresionante!
Exclamaron los del grupo de arriba.
- ¡Esto es demasiado, macho!
Exclamaron los del grupo de abajo. Y al oírlos tú y ver lo que viste ganas te dieron de irte hacia ellos y decirles cuatro cosas pero no lo hiciste.

Allí seguiste sentado a la sombra del pino durante un rato más, respirando el aire fresco que subía por el barranco y meditando las cosas de los humanos, su presencia y sus mil posturas tontas. Y como tú aquel día lo único que buscabas era precisamente esto: estar lejos de ellos y olvidarlos aunque sólo fuera por unas horas y sobre todo, a unos cuantos muy concretos, cuando ahora los viste por allí realizándose y realizando sus obras maestras, una vez más te enfadaste con ellos. Ni siquiera podían dejarte en paz en el silencio de estos barrancos y bajo la sombra fresca del pino grande si no que tenían que venir a ponerse delante de tus ojos para que tú vieras bien lo que ellos son capaces de hacer, lo inteligentes que son y la cantidad de obras grandes que salen de sus manos y mentes. A tus mismas narices y donde sólo existe aire fresco y grandes silencios tenían que venir ellos a demostrarte sus absurda y salvajes prepotencias.

18 de marzo 2021 -371

EL VADO PEQUEÑO

El vado pequeño ha sido uno de los rincones más bonitos de la sierra. En cuanto tú te asomabas al collado blanco tenías ante ti, primero la llanura con su bosque verde y que todos conocen por el Prado de los Perrillos y al fondo la corriente del arroyo. Ahí mismo estaba el vado: donde el arroyo corta la llanura y la senda empieza a irse ladera arriba. Un poco más arriba de donde la senda cruzaba la corriente es donde estaba el gran manantial y por el lado de abajo del vado, por donde ya la corriente ha dejado atrás a la llanura, es por donde se abre la cascada. Por el otro lado, por el del collado, viene la senda pequeña. Es esta una senda que se acerca al vado casi con miedo, escondida entre los pinos y el silencio y casi de puntilla para no manchar la paz que en todo momento llena este vado. Una maravilla todo este rincón y un remanso de dulzura donde a nosotros, en aquellos tiempos, nos gustaba tanto venir.

Y nosotros éramos cuatro: los tres montañeros pequeños, primos y niña rubia y un servidor. Al rayar el día nosotros cogíamos el coche y a veces, sin ni siquiera haberlo planeado antes, cuando acordábamos nos encontrábamos camino del vado.

- Es tan bonita esa corriente y se lo pasa uno tan bien corriendo por la pradera que jugar por este vado no tienen ni chispa de comparación al juego por otros rincones de la sierra.

Me decían los niños y en el fondo tenían razón. Por eso el vado, con su llanura, poco a poco se les fue metiendo dentro, poco a poco lo empezaron a sentir como su trozo de tierra predilecto y hasta llegaron a creer que nadie más tenía que ir por allí. Esto llegaron a creer ellos y todo era nada más que por lo mucho que les gustaba el vado y lo bien que se lo pasaban cuando por él corrían.

Así que una de aquellas mañanas subimos por la senda y cuando ya estábamos en lo alto del collado blanco nos llenamos de alegría. Hoy también era un día bonito y nuestro pequeño vado parecía permanecer sumido en su silencio.

- Pues no es verdad lo que me dijeron.

Exclamó la niña rubia.

- ¿Qué fue lo que te dijeron?

Le pregunta uno de los primos.

- Me dijeron que los turistas ya habían descubierto este rincón y que lo tenían todo lleno de las cosas que siempre llevan consigo.

- Serían una pena si eso sucediera porque no sólo romperían todo este paisaje y ensuciarían el agua sino que ya no quedaría por aquí ni siquiera paz.

- Que se vayan a otro sitio y nos dejen tranquilos en nuestro vado.
Seguía diciendo la niña rubia mientras ya recorría la sendilla derecha a su rincón querido. Y su rincón querido estaba en la parta baja de la llanura muy cerca del vado de la corriente. Un día que ella jugaba descubrió el secreto y enseguida nos llamó.
- ¡Venid, veréis!
Fuimos corriendo y lo que allí vimos nos llenó de asombro. Era un pequeño agujero en forma de galería o túnel en la tierra del final de la llanura y por él manaba como humo.
- Es como si la tierra estuviera ardiendo por dentro y por aquí expulsara su calor.
- Que eso no es humo sino vapor. Lo que hay dentro de la tierra no es fuego sino agua y lo que por el agujero sale es el vapor de esa agua.
- Pero si esto es sólo vapor ahí en el agujero puedo yo poner mi mano y no me quemo.
- Si la pones, no en el agujero sino algo más afuera, donde el vapor ya se abre y se expande por el aire, seguro que no te quemas. Te calentarás las manos pero seguro que no te quemas.

Y la niña primero y después los primos hicieron la prueba y todo resultó tal como ellos habían creído. Fue aquello una sorpresa y un aliciente maravilloso para que el valle se convirtiera en algo mucho más auténtico para los niños. Por eso ellos y también yo llegamos a un acuerdo y decidimos no contar a nadie nada de aquel descubrimiento. Y por eso hoy los niños, en cuanto llegaron a la llanura, lo primero que deseaban era comprobar que su secreto todavía permanecía allí. Pero la niña fue también hoy la primera en descubrir que junto a su túnel de vapor se amontonaban los turistas. Por allí corrían los otros niños y por allí tenían ellos desparramadas sus mesas y sus tiendas.
- ¡Esto es una maravilla! Vapor de agua manando directamente de la tierra es lo más hermoso que he visto nunca. Esta noticia hay que publicarla.
Al verlos y oírlos la niña se volvió para nosotros con el deseo de querer decirnos algo sin poder.
- No te preocupes; nos iremos arroyo arriba y como otras veces jugaremos por allí. Quizá el arroyo sí esté solitario.

Pero no estaba solitario. Todo el arroyo, desde el vado hasta su nacimiento y desde su nacimiento hasta la cascada y la cerrada, estaba lleno de turistas. Unos iban con sus bolsas de plástico, otros con sus cañas de pescar y otros con sus aparatos de música llenando de ruido y dejando sin paz tanto la llanura como el vado y la senda.
- ¡Qué pena de nuestro vado! Ya nos lo han roto, ya nos lo han dejado sin paz, ya nunca más podremos venir a él para jugar como en aquellos tiempos. ¡Qué pena de nuestro vado!
Fue lo que exclamó la niña rubia y todos coincidimos en que sí, que tenía razón. A partir de aquel momento ya nunca el vado volvería a ser lo que hasta entonces había sido.

19 de marzo 2021 -372

397- MONEDAS DE BARRO

El invierno que ha pasado, ha sido muy lluvioso. Tanto, que el río Darro a lo largo de estos meses de invierno y primavera, ha bajado muy crecido y con mucha arena, rocas, árboles y monte. Por el camino que, desde el Puente del Aljibillo lleva a la Fuente del Avellano, se ha hundido un trozo de torrentera. Y la otra tarde, ahora ya verano muy caluroso, me dispuse recorrer este camino hasta el rincón de la fuente. Quería ver el trozo de torrentera hundido y quería ver la cueva donde vive, desde hace años, una joven extranjera.

Pero justo al cruzar el Puente del Aljibillo, me tropecé con él. Un joven vestido todo de blanco, túnica azul y barbas negras que al encontrarse conmigo, mi miró, se paró, me saludó y me dijo:
- Por la Fuente del Avellano, ahora no hay agua. Han roto el grifo que hace unos años pusieron ahí y por donde la cueva de la joven extranjera, las zarzas han crecido y los caminillos están casi todos tapados por la hierba. Un gato gris y manso vive allí, como único amigo de esta muchacha. Es hermoso aquello por la libertad que transmite pero da pena y llena de tristeza las cuevas y las personas que las habitan.
- ¿Y la torrentera hundida?
- La están arreglando pero el río por aquí y con estos calores, ya ves como se encuentra.
Miró para el curso de las aguas, señaló con su mano y siguió comentando:
- Ahí hay dos muchachas sentadas al borde de la corriente jugando con sus perros, un poco más allá, han puesto un sillón en medio del río y uno toca la guitarra, aquí debajo del puente, dos jóvenes y una muchacha beben cerveza mientras miran a las aguas y en este lado del cauce, otras jóvenes toman el sol casi desnudas. Este río Darro y por aquí, ya no es lo que fue.

Dejó de hablar por unos segundos y entonces aproveché para preguntarle:
- ¿Y qué fue este río Darro y cuándo?
- Por aquí mismo, por donde acabo de señalarte el espectáculo que ves, todo parecía un pequeño reino encantado, en los tiempos de los reyes de la Alhambra.
- ¿Cómo por ejemplo?
- Dos niños, ella y él y hermanos, con frecuencia se venían a jugar a las pequeñas playas de arena que la corriente de las aguas por aquí habían labrado.
- ¿Y a qué jugaban?
- Su juego predilecto era coger pequeñas pellas de tierra mojada y hacer con ellas monedas redondas o cuadradas. Las ponían al sol para que se secaran y luego las iban guardando en una cueva chica que había al lado de la umbría de la Alhambra.
- ¿Y para qué querían ellos estas monedas de barro?
- Era su juego y por eso soñaban que un día todas estas monedas se les convirtieran en oro. Se decían mientras jugaban: “El día que estas monedas nuestras se nos conviertan en oro, seremos más ricos que todos los reyes de la Alhambra”.

- ¿Y se convirtieron en oro en algún momento sus monedas de barro?
- Ellos soñaban esto y como se lo decían a las personas, un día, de la Alhambra bajaron dos guardias vestidos de negro y les robaron todas sus monedas de barro. Apenados y tristes lloraron ellos y acudieron a la madre para que les ayudara. Ésta les dijo:
- Vuestras monedas eran muy bellas pero vuestros sueños y juegos son mucho más valiosos que esos trozos de barro. Por eso, no estéis tristes. Ellos no se han llevado lo más valioso de vuestro tesoro. Así que seguí jugando por las orillas y playas de arena de este río.

Y aquellos niños, por aquí continuaron con sus juegos durante mucho tiempo. Y todos los que pasaban, al verlos, decían:
- Nunca este río y por aquí ha sido antes ni lo será en el futuro más hermoso que con la presencia de estos niños, aquí y ahora, jugando sus juegos y soñando sus cosas.
Al llegar a este punto del relato, el joven de la túnica azul, quedó en silencio. Miró un momento para la Alhambra y a punto de irse, me dijo de nuevo:
- Si tú comparas lo que ahora mismo ves por las orillas y en las aguas de este río con el juego y la ilusión de aquellos niños, ¿te atreverías a decirme cual de los dos cuadros encierra más belleza y tiene más valor eterno?

No supe qué responderle. Se despidió de mí y al poco lo vi subiendo por la Cuesta del Rey Chico.

20 de marzo 2021 -373
LAS FRESAS SILVESTRE

Nos pasamos toda la mañana buscándolas. Por la solana que se derrama hacia el río y no vimos ni una. Por la umbría que se entre el río y el arroyo y tan poco dimos con ninguna. Las buscamos luego por la ladera que queda a las espaldas de los vientos “granaínos”, y ni una sola vimos.
- ¿Tú estás seguro que en estos montes existen fresas?
- Y tan seguro. Yo me las he comido muchas veces.
- Pues tú dirás qué hacemos. Ya que eres el experto, porque encontrar no encontramos ni para probarlas.
- Tenemos que seguir buscando.

Así que como yo sé que en estas sierras las fresas silvestres se dan muy bien, y como es verdad que las he visto muchas veces, las he cogido y me las he comido, hoy estaba seguro de no fracasar. Y de pronto, mi seguridad da resultados. Cuando ellos, ya algo desanimados y bastante desmotivados, se rinden y se sientan en las rocas de la solana que baja hasta el río, yo me voy por el repecho que da a los aires del cierzo. Es una pequeña ladera arropada por la sombra de las encinas y los robles y humedecida en todo momento por el vapor del agua que sale del arroyo. Me voy yo por esta laderilla apartando la hierba que espesa y verde forma un manto grandiosamente bello, cuando las veo.

Primero veo una que es tan grande casi como un huevo de paloma. Brilla roja y nada mas verla el corazón me salta del gozo. Mi primer impulso es llamarlos a ellos para que venga y vean pero me controlo y continuación me siento tentado a cogerla y comérmela. También me contengo y ahora ya mucho más calmado, me detengo frente a la pequeña mata verde y la contemplo. Es tan hermosa, toda roja, redonda, húmeda, rezumando frescura que casi no puedo aguantar no cogerla y llevármela a la boca. Y desde luego, por encima de todo, es esto lo que ella pide a gritos. Como si nada más verla ya estuviera esparciendo en el paladar su sabor agridulce llenándote de placer todos los sentidos.

Me muevo, la toco con mis dedos, la separo del tallo y la alzo hacia mis ojos. ¡Ahora sí que es grandiosa! Resaltada sobre el manto verde de la ladera y el fino azul del cielo colándose por entre las ramas de las encinas, no parece si no una auténtica perla fraguada con la sangre más pura que rezuma las entrañas de estas sierras. Un trozo de lo más esencial de estos montes. Y como ya no me puedo contener más, me vuelvo para atrás y los llamo.
- ¿Qué pasa ahora?
Contestan ellos.
- Aquí están las fresas silvestres.
- ¿Seguro?
- Las tengo entre mis dedos y son tan perlas, tan rojas y tan apetitosas que si no acudí pronto no podré aguantar más rato sin comérmelas.
- Hombre, espera un poco porque después de toda la mañana buscándolas ahora no nos podemos privar de ellas.

Y cuando ya llegaron y vieron no se lo creían.
- ¿Pero es totalmente silvestre?
- La acabo de coger de esta mata.
- Desde luego es que el rincón donde nacen no puede ser más hermoso. Todo hierba llena de rocío, sombras de encinas, corriente cristalina arrullándola y perfume dulce. Así es de bonita y apetitosa esta joya de fresa.
- No cabe duda que lo es.
- Increíble que lo que parece tan misterio por la poca cosa, sea tan grandioso y en medio de estos montes.

21 de marzo 2021 -374
EXCURSIÓN A LAS CASCADAS
El responsable de organizar la salida dijo:
- La excursión será el día tres y el autobús partirá a las nueve de la mañana, del sitio que todos conocéis.
Y preguntaron varios:
- ¿A dónde iremos?
- Os lo diré en su momento.
Y nada más se habló.

El día tres, a la hora fijada y en el sitio acordado, el autobús ya estaba esperando. Llegaron los primeros y, entre ellos, el responsable. Tres minutos después, llegó un pequeño grupo y se dispusieron a subir al autobús cuando el responsable aclaró:
- La excursión será a la ciudad para ver monumentos.
Y los últimos que habían llegado comentaron:
- A la ciudad no queremos ir de excursión. A nosotros nos gusta más la montaña.
Y el responsable confirmó:
- Pues esto es lo que hay.

Cinco minutos más tarde el autobús se ponía en marcha solo con tres o cuatro dentro. Uno de los que se había quedado en tierra, dijo:
- Propongo hacer por nuestra cuenta una ruta a las montañas.
- ¿A qué sitio?
- A las cascadas de las cuevas, en el cerro oscuro que muchos conocemos. Después de tantos días de lluvias y hoy con este sol tan espléndido, aquello tiene que ser un espectáculo.
Y casi todos a una dijeron:
- ¡Vale! Ese sitio es fantástico.
Y no se habló más. Cogieron sus mochilas y se pusieron en camino con la intención de subir a las cascadas.

Unas tres horas después, llegaron al cruce de los arroyos. Al que por la izquierda baja desde las cascadas y al que por la derecha llega de frente desde los llanos altos. Uno del grupo dijo:
- Si os apetece descansamos un momento, tomamos un bocadillo para reponer fuerzas mientras esperamos a los que vienen rezagados.
Y todos estuvieron de acuerdo.

Se apartaron de la senda, caminaron unos metros cerrillo adelante hacia la izquierda y, cuando dieron vista al río, pararon.
- Este es un sitio muy bueno para descansar mientras comemos algo y esperamos a los que se han quedado atrás.
Y los demás vieron que lo que decía era cierto: en lo más alto del cerrillo, la hierba tapizaba, varias rocas se elevaban ofreciendo asientos y mesas y la elevación del terreno, fraguaba como un mirador natural sobre las aguas del río y pequeñas cascadas y charcos. El río bajaba repleto y espumoso. Las lluvias de los días pasados habían dejado mucha agua sobre las montañas altas y los llanos. Por eso hasta ellos llegaba el estruendo de las grandes cascadas de las cuevas, a la izquierda y muy al fondo.
- Estaremos allí en poco tiempo.
Comentaban.

De sus mochilas sacaron algunos alimentos y se pusieron a tomar un bocadillo. Uno de ellos tiró un racimo de uvas, con solo dos o tres granos pequeños.
- Esto lo recicla la naturaleza.
Comentaba. Y, casi al instante, tres pajarillos, carboneros y currucas, saltaron desde los pinos cercanos y se pusieron a comer los granos de uvas que todavía quedaban en el racimo. Todos se quedaron mirando y solo uno, muy quedamente para no asustar a las avecillas, comentó:
- Solo por ver esta escena, ya puedo decir que es fantástica y ha merecido la pena esta excursión nuestra.

22 de marzo 2021 -375
LAS MIGAS
Trabajaba con un camión propio que con mucho sacrificio había comprado. Y su trabajo consentía en dar viajes con materiales para las obras en construcción, en retirar escombros de estas obras o en llevar pequeñas maquinarias de acá para allá. Estaba casado con una muy buena mujer, que todas las noches, le preparaba una fiambrera de migas para que se las comiera a media mañana. Tenía cuatro hijos, dos hembras y dos varones, tenía un pequeño piso en propiedad y era feliz a medias. Trabaja muchas horas a lo largo del día y parte de la noche. Antes del amanecer, comenzaba la faena y había días que cuando paraba, eran ya las doce de la noche. Quizá por esto o quizá por lo duro de su trabajo, a lo largo de todo el día, fumaba mucho.

Pasaron los años, los hijos crecieron y él fue poco a poco perdiendo energías. Un día enfermó y después de muchas pruebas, los médicos le diagnosticaron cáncer de pulmón. Le pusieron in tratamiento pero la enfermedad no remitió. Al contrario, el cáncer se le extendió por varias partes de su cuerpo y el cansancio y dolores cada día eran más. Unos meses más tarde, lo ingresaron en el hospital y comenzaron a ponerle sedantes para calmarle los dolores. Pero los dolores cada día eran más fuertes y llegó un momento ya ni con sedantes tenía consuelo. Un día, el médico dijo a su mujer:
- La vida se le acaba. La enfermedad que padece, se lo llevará en cualquier momento.
- ¿Y qué podemos hacer?
- Solo rezar al cielo y que el sufrimiento sea el menos posible.

Un día de primavera muy soleado, la esposa estaba con él junto a la cama con su mano apretada entre las suyas. Le susurrada algunas palabras y ni siquiera sabía si podría oír y entender. Se dormía y, en algunos momentos se quejaba del gran dolor que por todo el cuerpo le mordía. Le preguntó la mujer:

- ¿Puedo hacer algo por ti en estos momentos?
Y oyó que muy débilmente dijo:
- ¿Has hecho hoy migas para el desayuno?
- Unas pocas sí y como a ti siempre te han gustado. ¿Quieres probarlas?
- Sí, aunque solo sean dos cucharas.
De la mochila, sacó la mujer una pequeña fiambrera de aluminio y con una cuchara también de aluminio, acercó a sus labios un bocado de migas. Con mucha dificultad el hombre tomó y saboreó lo que la esposa le regalaba. Y ella notó enseguida que la cara del enfermo se transformaba. Agradeció él el alimento que le regalaba la esposa y al rato, susurró.
- Ahora ya puedo irme.
Y se quedó dormido.

23 de marzo 2021 -376
98- ORACION FRENTE A LA ALHAMBRA
Tras la conquista de Granada en 1492, varias órdenes religiosas cristianas, se instalaron en esta ciudad. Actualmente en el barrio del Albaicín hay seis conventos, todos en la ladera sur frente a la Alhambra: convento de Santa Isabel la Real, de Tomasas, de la Concepción, de las Bernadas, de Santa Catalina de Zafra y de San Gregorio.

Y a ella la vieron nacer en la casa blanca, clavada en la ladera sur del Albaicín, frente a la Alhambra. Y en cuanto comenzó a caminar, todos la vieron correr y jugar por las estrechas calles del barrio. Y la vieron entretenerse con las claras aguas del río Darro y correr tras las mariposas por entre las zarzas y los saucos. Los padres cada día le enseñaban el gusto por lo bello, el respeto por los pobres y la admiración por lo excelso. Le decían:
- Hija mía, lo único que de verdad debe importante en este suelo son los sueños de tu corazón, el respeto para con los demás y la búsqueda siempre de lo bello.
Y ella les preguntaba:
- Y vivir en esta casa nuestra, en Granada, en este barrio tan bonito y frente a la Alhambra ¿no es importante?
- No solo es importante sino que es el mejor regalo que puede ofrecernos el cielo. Que siempre tu corazón tenga en cuenta este regalo y no olvides nunca agradecerlo. Vivir en Granada, es el más bello de los sueños.

Pasado el tiempo, los padres murieron, murieron también los hermanos y muchas de sus amigas. Y un bonito día de primavera, se le vio cerrar las puestas de su blanca casa, caminó despacio por las calles que conocía, llegó a las puertas del convento, llamó, las abrieron y pasó dentro.

Y varios años después, al llegar la primavera, se le ve en la penumbra de la iglesia. Ya viejecita, algo encorvada, envuelta en su silencio, arrodillada en el banco y meditando. Mirando, de vez en cuando, por la ventana que tiene a su derecha y refrescando en su corazón la bella imagen de la Alhambra en su colina. Por la ladera que, desde lo alto cae hacia el río Darro, ya han florecido los almendros, empiezan a mostrar sus nuevas hojas los almeces y la hierbecilla se engalana con todas las flores de la primavera. Cerca de su ventana, por el lado de afuera y en las ramas del limonero, canta un mirlo y, en la copa de los cipreses, las tórtolas revolotean. Es por la mañana y hasta el airecillo anuncia que ya ha llegado la primavera.

Recogida en sus recuerdos y en el calor de su corazón, medita y para sí susurra: “Gracias, Dios mío, por este nuevo día, por esta nueva primavera, con sus flores y perfume y por regalarme este momento. Te llevaste a los míos ya hace mucho, mucho tiempo y sin embargo, no los olvido. Una vez más y esta mañana, los tengo conmigo y para ellos te pido

tu bendición y tu beso. Gracias por esta mañana, por la luz, el rumor del agua del río penetrando por esta ventana y por el airecillo que respiro y, una vez más, me regalas. Y te pido que me permitas que acabe mis días en este rincón pequeño, corazón de este barrio mío y frente a la figura de la Alhambra”.

24 de marzo 2021 -377

302- EN LA NOCHE

En la noche, mientras Granada duerme y, sobre su colina la Alhambra es silencio, una ventana eñmerge. Como del corazón del tiempo y enmarcada por las celosías del viento y deja ver las escena, los paisajes y el momento. Ahí, donde el río del agua clara y amigo de la Alhambra, forma un gran valle, todo sembrado de huertas y densos árboles. Al lado de arriba, se ve un cortijo blanco, algunas personas entrando y saliendo, cuatro rosales en la puerta y las viñas y olivos a un lado y otro.

Es primavera recién llegada y por eso todos los campos están verdes y chorreando el agua que las lluvias de los días atrás, han dejado. Pero esta mañana, el cielo amanece despejado, con solo unas nubes blancas por el lado de la salida del sol y colores oro y plata, según llega la luz del nuevo día. Se le ve aproximarse, caminando siguiendo una sendilla que remonta por el río y al llegar a la puerta del cortijo, saluda al que sale a recibirle y le pregunta:

- Vengo buscando a una persona muy importante que el otro día me dijo que hoy me esperaba aquí. ¿Ha llegado?

El que lo recibe lo mira y responde:

- No sé quién es esa persona importante pero por el monte cercano y por detrás de este cortijo, hoy están cazando. ¿Acaso buscas tú a un rey, a un príncipe o a una princesa de las que viven en la Alhambra o en otro lugar de la tierra?

- Sólo sé que es importante, la persona que por aquí vengo buscando y que va a revelarme un gran secreto que creo es una llave. Traigo mi corazón emocionado.

- Pues busca por los bosques cercanos que en este cortijo ahora mismo no te espera nadie porque ninguno por aquí te conocemos.

Y desde la puerta del blanco edificio, camina para la parte de atrás. Llega enseguida a donde unos grandes árboles y dos sendas se dividen. Toma por la que remonta al frente como buscando lo más alto de la montaña y sigue mirando con el deseo de encontrar a la persona que busca. Media hora después, siente perros ladrar y al poco, por entre el monte, aparece un hombre. Se para frente a él, lo saludo y le pregunta:

- Busco a una persona muy importante que tiene que transmitirme un secreto y darme un gran encargo. ¿La has visto por aquí?

- ¿Es algún rey de la Alhambra, príncipe o princesa?

- Creo que sí pero no estoy seguro. ¿A dónde lleva la senda que estoy recorriendo?

- A dos lugares muy concretos. Solo unos metros más arriba, se divide en dos. La de la derecha, lleva a la gran roca en el collado y la de la izquierda, lleva a lo más alto de la montaña que ves al frente. ¿A dónde quieres ir tú?

- Solo tengo claro que busco por aquí a quien me dijo que viniera. ¿Qué es lo que hay en la gran roca del collado y qué se ve desde ahí?

- La gran roca es como un espléndido mirador hacia un mundo muy hermoso y sagrado. ¿Buscas tú esto?

- Tengo que encontrar a quien me ha citado para entregarme las llaves del secreto y tesoro más grande. ¿Qué se ve desde la cumbre de la montaña de esta senda de la izquierda?

- Se ve el río Darro, el valle por donde corre, la colina de la Alhambra, el Albaicín y Granada. ¿Te sirve para algo esto?

- Si desde ahí encuentro o veo lo que vengo buscando, puede que me sirva mucho.

Y despidió al hombre de los perros. Mientras se alejaba siguiendo la senda de la izquierda, el que se quedaba, para sí susurró: “Otro loco más en este mundo en busca de su felicidad, su tesoro personal”. Y el que ya subía por la senda dirección a la cumbre de la montaña, para sí también susurró: “Si es tan importante y me revela ese gran tesoro y secreto y me entrega las llaves de lo que mi corazón intuye, mi vida entera cambiará por completo”.

En la noche, mientras todos duermen y también Granada, la Alhambra y el mundo entero, se le ve a través de esta ventana que surge como del corazón del tiempo. Nadie lo conoce, nadie sabe quién es y solo unos pocos sabemos que existe y camina por estos lugares soñando un sueño. Y aunque, desde la lógica y realidad que ahora cada día los humanos vivimos todo parece una auténtica fantasía y puro cuento, vive y palpita y es eternidad. Bella eternidad, luminosa o triste, según se le mire pero fuerte y limpia como nunca hubo nada igual en este suelo.

25 de marzo 2021 -378

473- UN CUENTO

A tale

En el mismo muro del río del Puente del Aljibillo, se sentó junto a mí. Yo estaba en lo mío y no presté atención. Pero al rato, me preguntó:

- ¿Escribes historias?

Prestándole ahora algo de atención, le respondí:

- ¡Escribo!
- ¿Quieres que te cuente un cuento?
- Fábulas, cuentos, leyendas, poesía, relatos y sueños, cada persona tiene un montón y su mundo propio.
- Pero mi sueño no es como esos. No habla de políticos ni de alcaldes ni de manifestaciones ni de sabios ni de ciencias. ¿Te interesa oír mi sueño?
- Estoy en lo mío pero sino es muy largo y ya que dices es único, te escucho.

Y sin más, dijo:

- Estamos en el mismo centro de granada. Como por Plaza Nueva o así pero nada es igual a como lo conoces tú y ahora se ve. Hay como una pequeña estación no de autobuses ni de trenes o metro. Son pequeñas y muy iguales cabinas transparentes para transportar personas. Tú has oído hablar de esto y esta mañana de otoño, te interesas por ello. Llegas a la estación de embarque. Preguntas y consigues el ticket. Subes y al momento el artilugio se pone en marcha. El joven que conduce, te pregunta:
- ¿Es usted nuevo por aquí?

Le dices:

- Sí y no.
- Le va a gustar esta aventura.

Y enseguida te sorprendes.

Ves con toda claridad como el artilugio, se va moviendo lentamente por encima de las casas. Como colgado en el aire porque no se ve ningún póster o tendido que lo sujete. Remonta unos metros y, desde Plaza Nueva, sube por la ladera del Albaicín. Pasa enseguida por encima del mirador de San Nicolás y aquí se detiene un momento. El que conduce, quiere que veas. Y tú, sin salir de tu asombro, miras. Descubres que toda la ciudad queda a tus pies. Desde el artilugio transparente sujetado en el aire, miras y no entiendes aunque sí te gusta mucho. Preguntas al que conduce:

- ¿De qué modo se sostiene esto por encima de las casas, calles, plazas y monumentos de la ciudad?
- ¿Te sorprende?
- Mucho.
- Pues luego te cuento. Ahora, observa y comprueba que esto es real.
- Estoy comprobando que es real y muy hermoso. Recorrer la ciudad volando por encima de ella sin ruidos ninguno ni postes con cables, es fantástico. ¿Cómo se consigue y cuántas personas pueden disfrutarlo?
- Desde luego que esta obra no es ni de políticos ni alcaldes ni directores. Lo que estás viendo y disfrutando, es otra realidad que nadie nunca pudo realizar aunque sí lo intentaron muchos impulsados por deseos extraños.

Desde donde estás sentado, dentro del artilugio transparente, ves a tu derecha, la colina de la Alhambra, todos los jardines, torres y murallas de este monumento, el bosque, toda la umbría que cae para el río y las partes altas, hacia el Cerro del Sol y Llano de la Perdiz. Y según avanza la transparente cabina donde estás sentado, más y más te elevas sobre las casas y los paisajes. Superas las partes altas del barrio del Albaicín, te alejas por el valle del río arriba y ahora, poco a poco vas viendo, lugares y cosas que nunca antes has conocido.

Aparecen casas muy pequeñas perfectamente construidas y organizadas, todas de color blanco. Algo parecido a un pueblo no muy grande, con su coqueta plaza en el centro donde la fuente rebosa agua. No lejos de aquí y en un punto concreto, el artilugio que te ha transportado, se para. El que conduce te dice:
- Es el final del viaje.
Preguntas:
- Si me bajo aquí ¿a qué ahora llegarás tú para volver de nuevo al punto de donde vengo?
- Ni yo ni este ingenio va a regresar más a este lugar. Para volver, tú tendrás que arreglártelas solo.

Miras al frente y al ver la colina toda llena de vegetación y alta, preguntas:
- ¿Por aquella montaña van los caminos que debo recorrer para volver a Granada?
- Por allí van algunos pero. ¿Tú no has soñado muchas veces con un tesoro único a donde muy pocas personas pueden llegar?
- Eso es tan cierto como que ahora mismo estoy aquí contigo.
- Pues en esa montaña está escondido ese tesoro. Búscalo y encuéntralo antes de regresar a Granada.

26 de marzo 2021 -379

504- UN MUNDO MEJOR

El pequeño valle, solo un trozo de tierra no más grande que un campo de fútbol, se encontraba al final del olivar. Recogido, al levante, por una alargada loma donde en lo más alto, se encontraban las ruinas. Por el lado de la tarde, quedaba recogido el valle por un montecillo cubierto de jaras y al sur, se iba recogiendo hasta quedar en un pequeño arroyo. Al lado de arriba, al norte por donde el olivar, brotaba un venero. Manantial no me copioso pero sí de aguas frescas y muy claras. Ni siquiera en verano se secaba este manantial y por eso el valle, la pequeña porción de terreno siempre tenía hierba y siempre por aquí, había animales, conejos, aves, algún animal doméstico y hasta un rústico y fértil huerto.

A este valle tan pequeño y único en el mundo, muchas veces se venían los niños. A jugar con las aguas, saltar por las piedras o simplemente para reunirse y contarse historias entre

sí. Siempre que se reunían, aparecía el que llamaban el solitario. Apenas compartía nada con los demás y esto hacía que el resto del grupo lo vieran como al más insignificante.

Un año, de esto hace ya mucho pero parece como si hubiera ocurrido ayer mismo, el grupo se presentó en el valle como cualquier otro día. Se pusieron a jugar y a charlar y al solitario se le veía como algo separado. Algunas de las niñas le preguntaban:
- ¿Te pasa algo?
Y él, como si tuviera miedo, muy apocado decía:
- Son mis padres.
- ¿Tus padres?
- Sí, mis padres.
- ¿Qué les pasa a tus padres?
- No, nada.

Y aunque la pequeña le siguió preguntando, el niño nada más dijo. Los del grupo se preocuparon. Los rodearon y empezaron a preguntarle:
- ¿Qué es lo de tus padres?
- Que están siempre discutiendo y a mí me regañan y culpan de todo. Nunca me hacen caso sino que me ignoran por completo. Ya estoy harto. Hoy me he escapado de mi casa y no quiero volver más.
- ¿Y adónde vas a ir?
- No lo sé pero lo que si tengo claro es que no aguanto más ni me gustan las cosas que mi padre hace y dice. Quiero ser diferente y vivir en otro mundo mejor.
- Pero ¿cómo vas a conseguir lo que dices?
- Tampoco lo sé pero a mí casa y con mis padres, yo no quiero volver más.

Todos los del grupo se preocuparon mucho y no sabían qué hacer ni qué decir. Él se apartó del grupo y para sí pensó: “Si me voy de mi casa ¿dónde viviré? Y si no tengo trabajo ni dinero ¿qué comeré? Y si necesito ayuda ¿quién va dármela?” Se sintió muy desgraciado y por eso se alejó más del grupo y se fue para la loma al levante. Buscó las ruinas de la vieja construcción que en lo más altos se encontraba y en un rincón de la pared de piedra, se acurrucó. Los del grupo lo observaban pero ninguno se atrevía a decirle nada. La niña que había hablado con él, comentó:
- Nosotros nada podemos hacer pero dejarlo solo por aquí, tampoco deberíamos.
- Se lo podemos decir a los padres y que ellos hagan lo que quieran.
- ¿Y si él no quiere volver?

Caía la tarde y justo en el momento en que los niños del grupo se disponían a abandonar el valle, vieron a la mujer.
- Es su madre.
Dijo una de las niñas. Esperaron en silencio mientras la veían acercarse y al llegar a ellos, la mujer preguntó:
- ¿Habéis visto a mi hijo?
Le dijeron ellos dónde se encontraba y entonces la mujer se fue directa a las ruinas. Al llegar y verlo acurrucado en el rincón y llorando, le dijo:
- Vente conmigo a casa.
- No quiero ver a mi padre ni oír más las cosas que hace y dice.
- ¿Y adónde vas a ir, quién te va a dar de comer y dónde vas a vivir?
- Ya me las arreglaré yo como pueda. Odio lo que mi padre dice y hace y detecto las cosas que me enseña. No lo quiero porque tampoco me quiera él. Por algún lugar del mundo encontraré lo que mi padre no me da y cuando sea mayor, voy a luchar para hacer un

mundo distinto al que vosotros me enseñáis. No quiero volver a casa porque continuará regañándome y culpándome de todo y ya estoy muy harto.

Y la madre, de cuerpo delgado, bajita y voz muy dulce, abrazó al hijo, lo besó y le dijo:
- Ya me encargaré yo de hablar con tu padre.
- ¿Y qué le vas a decir?
- Que te pida perdón, que no te regaña más y que te acepte en casa. Y tú, olvídalo todo.

Los niños del Valle, desde cerca del huerto y manantial, miraban y esperaban. La misma niña, otra vez comentó:
- Él quiere, porque lo necesita, un mundo mejor pero ni siquiera sabe ni tampoco nosotros cómo conseguir esto. A su edad y a la nuestra ¿de qué modo podríamos hacerlo?

Ningún comentario hicieron los del grupo. Se miraban unos a los otros y miraban para lo alto de la loma. De las ruinas de piedra, vieron salir a la madre llevando de la mano al muchacho. Lo vieron bajar por la vereda de las jaras y buscar la senda por entre los olivos. El grupo de niños en el valle, a cierta distancia, siguieron a la madre con su hijo de la mano. Y uno de ellos, de nuevo comentó:
- ¿Qué hará el padre cuando lleguen a la casa y que hará él? Y mañana, pasado y el otro ¿cómo se sentirá y qué podrá hacer para arreglar todo esto?
Todos guardaron silencio y siguieron lentamente avanzando por la senda.

27 de marzo 2021 -380
503- EL RIO AMIGO
Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,
donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,
como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta piense que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras,

lentiscos, fresnos y otras plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había. Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

28 de marzo 2021 -381

398- EL VALLE DE LOS CEREZOS

Que la Alhambra hoy es un monumento grandioso, con mucha fama y muy visitada por los turistas, nadie lo duda. Que en tiempos pasados, cuando este monumento nacía, también fue algo hermoso y único, tampoco hoy nadie lo pone en duda. Pero que en aquellos tiempos, estos palacios y los reyes y personas que lo habitaron, fueron causa de muchas desgracias, guerras, batallas y muertes, también es cierto. Y que la Alhambra para ser alzada y llegar hasta nuestros días y tal como hoy la conocemos, se llevó por delante la vida de muchas personas y la destrucción de muchos paisajes y riquezas, es algo que no todos saben ni tienen en cuenta.

Pero ocurrió así y de ello hay muchas referencias, algunas escritas y, las más significativas y valiosas, por completo ignoradas. Y un caso claro de lo que digo, estuvo en el desaparecido y hoy por completo ignorado Valle de los Cerezos. Lugar hermoso como pocos en este suelo al levante de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada. Donde el terreno se recoge entre dos largas cuerdas y era bañado por varios arroyos y cascadas que descendían desde lo alto. A media ladera, entre las tierras llanas y las partes altas, tenían ellos huertos. Bancales de tierras que hacía mucho tiempo habían sembrado de nogales y cerezos. Cultivaban también estas tierras con hortalizas y cereales pero lo que con más cariño cuidaban, eran los cerezos.

Por eso estos árboles, algunos tenían troncos muy recios y grandes ramas y otros, cuando llegaba la primavera, se tupian de flores blancas y olorosas. Poco después y al comienzo del verano, estos árboles se cargaban de hermosas cerezas rojas que ellos cogían cada mañana y compartían luego entre sí. También las aves de estos lugares se comían parte de la cosecha y lo mismo otros animales. Pero a ellos no les importaba porque eran amantes de la naturaleza, de la libertad y del gozo que les proporcionaba el rincón donde vivían. Y, sobre todo, de sus hermosos bancales sembrados de cerezos. Por los caminos, para descender desde los bancales hacia las casas o para ir a los arroyuelos o cascadas, sembraron muchas higueras. Y estos árboles, también al llegar el verano, daban riquísimas brevas y luego, higos negros, rayados y blancos.

Pero un día de primavera, justo cuando los cerezos empezaban a llenarse de frutos maduros, al salir el sol, desde las puertas de sus casas, ellos observaron algo muy extraño. Bañados por los rayos del sol, toda la gran ladera de los cerezos, se tiñó de color naranja oro. Luego estos colores fueron cambiando hasta transformarse en brillantes llamas rojas sangre y negras. Asombrados, algunos de los hombres se preguntaban:
- ¿Qué será lo que ocurre esta mañana en los bancales de nuestros cerezos?
- No lo sabemos pero es un fenómeno que nunca se ha visto por aquí.
- Y es hermoso el espectáculo al tiempo que resulta extraño y misterioso.

Y aquella misma mañana y solo unas horas después del espectáculo de colores, aparecieron en el valle muchos soldados y generales. Acorralaron a las personas dueños de los cerezos y los asustaron diciéndoles:
- Los ejércitos y habitantes de la Alhambra, reyes, princesas y otras personas importantes, necesitan alimentos. Desde este mismo instante, este valle ya no os pertenece ni tampoco los cerezos ni sus frutas. Todo lo que hay por aquí, pasa a ser propiedad de los habitantes importantes de la Alhambra.
Y como aquellas pobres personas se asustaron tanto ni siquiera abrieron sus bocas para protestar o pedir explicaciones. Unas horas después, recorrían los caminos de aquel valle para irse lejos y dejar por allí no solo sus cerezos y manantiales sino también sus ilusiones y sus sueños.

Durante un tiempo, personas de la Alhambra, recogieron frutas y hortalizas de aquellos terrenos. Para comérselas en los palacios y para alimentar a los soldados en las guerras. Pero según fueron corriendo los días, todo por aquel lugar iba quedando por completo abandonado. Se secaron los cerezos y las higueras, por los bancales crecieron abundantes y vigorosas zarzas y otra vegetación y las lluvias, las nieves y los vientos, fueron transformando aun más aquel precioso y recogido Valle de los Cerezos. Siguió avanzando el tiempo y como también en la Alhambra y alrededores, muchos morían y otros tuvieron que irse, lo del Valle de los Cerezos quedó cada día más y más perdido y abandonado.

Hoy, de todo aquello, solo a través del tiempo emerge este sencillo relato. No para salvar nada ni para revivir el hermoso Valle de los Cerezos sino para dar testimonio de que la Alhambra, destruyó mucha belleza y quitó la vida a muchas personas pobres. Por eso decía al principio que la Alhambra hoy será un grandioso monumento para los turistas y otras personas pero en sus entrañas, tiene un mundo oscuro lleno de sangre y dolor. Y digo esto porque si aquel Valle de los Cerezos no hubiese sido arrasado del modo en que resultó ¿no habría existido allí durante mucho tiempo y puede aun todavía, un mundo hermosísimo, libre y puro? Algo que incluso superaría en dignidad y grandeza a los propios recintos de la Alhambra y a muchas de las personas que la habitaron.

Porque los pobres, los que rezan cada amanecer al cielo para agradecer el aire que respiran y el agua de los manantiales, tienen grandes tesoros en sus corazones y poseen infinitas bellezas en sus alma. Y son los únicos que de verdad engrandecen todo lo que tocan y llenan de honor y pureza hasta los más pequeños rincones de este suelo.

29 de marzo 2021 -382

ESPEJO DE LA PRIMAVERA

“Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de novia primaveral, azul y nieve y te regalo la magia, el sol y colores de la Alhambra”.

El día se presentó muy sereno. Con el cielo todo azul intenso, varias nubes blancas, sin viento ninguno y el clima templado. Solo a primera hora hizo un poco de frío y luego, en cuanto salió el sol, la temperatura fue subiendo. Un sol brillante y cálido, como siempre lo es en los primeros días de la primavera en Granada. Era sábado, anterior al Domingo de Ramos.

Y él, por la estrecha senda que se agarra a la torrentera, caminó despacio. Por su derecha iba quedando la blanca y ampulosa cascada. En las altas cumbres ya empezaban a derretirse las nieves y por eso el arroyo bajaba casi a tope. También por esto la cascada caía más llena que nunca y más luminosa que ningún otro día del año. Se paró en la curva que la senda traza justo frente donde la cascada es más grande. Tan cerca de las aguas que casi podía tocarlas con sus manos. Y miró despacio a las aguas y luego observó los rayos de sol cayendo desde lo más alto. Como si se derramaran desde la misma nieve de las altas montañas. Meditó durante un rato y la recordó.

Siguió luego subiendo hasta que media hora más tarde, llegó a lo más elevado. Donde las tierras se tornan llanas y el pequeño lago se extiende plácido. La fresca hierba tapizaba limpia, un par de tórtolas arrullaban en las ramas del viejo castaño y la inmaculada nieve relucía esplendorosa en las cumbres. Cerca de las aguas del pequeño lago se mecían los narcisos, algunas peonías, muchas margaritas y más de una docena de otras frescas florecillas. Y en las limpias aguas del lago, el azul del cielo se reflejaba. Con la nitidez de la imagen más limpia en la superficie del más bruñido espejo y como si jugara.

Por el lado de arriba, casi bajo las ramas del centenario castaño, buscó un sitio y se sentó. Sobre una gran roca, frente al sol de la mañana y frente a las serenas aguas del lago. Al fondo se veía la ciudad de Granada y, emergiendo como del propio corazón de la ciudad, se veía el barrio del Albaicín y la Alhambra. Como si pretendieran elevarse desde la tierra y venirse a jugar con las tranquilas aguas del lago. El día seguía muy sereno y el cielo sangrando azul intenso.

Sacó su pequeño cuaderno de la mochila, cogió el bolígrafo y despacio escribió: "A este lugar no te traje nunca. Pero hoy, cuando la primavera comienza y la Semana Santa llega, me vengo aquí contigo. Aunque solo sea en forma de recuerdo y sueño en mi corazón y alma. Todo brilla con la luz más fresca y la más sincera belleza. Y en las aguas azules de este lago ahora mismo se refleja Granada, tu recuerdo, la nieve de las cumbres de Sierra Nevada y el sol purísimo de la hermosa mañana. Como si hoy fuera un día único. Por eso todo es como en aquellos tiempos y por eso jamás te borras de mis pensamientos. Te regalo este momento, la limpia luz de estas aguas, el verde de las ramas del viejo castaño y todas las florecillas que la primavera viene regalando. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de sol primaveral, azul y nieve y te regalo la magia y colores de la Alhambra. Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma".

Y después de escribir esto cerró su cuaderno. Guardó el bolígrafo y, junto a las serenas aguas del lago, se quedó sentando. Contemplando y meditando y agradeciendo. Como si ninguna otra cosa fuera más importante en su vida en ese momento.

30 de marzo 2021 -383

PAISAJES NEVADOS

Era diciembre, ya muy próximo a la Navidad y hacía frío. Aquel día amaneció todo nublado, muy en calma el viento y con las cumbres, a los lados, cubiertas de blanca nieve. El día de antes había estado nevando durante varias horas. Desde por la mañana temprano hasta el anochecer. Y sin embargo, al llegar la noche, dejó de nevar, se calmó el viento, siguieron las nubes cubriendo y el frío fue aumentando. Tanto, que se helaron las cascadas de los arroyuelos, algunos charcos y todos los campos se llenaron de escarchas.

Llegó él al collado de las Tres Encinas. Donde el terreno es un poco llano y se reúnen varios cauces chicos. La hierba tapizaba a lo ancho y la tierra, al pisar, crujía como quebrándose. Los cristales de la escarcha eran muchos, transparentes y blandos. Miró al frente y descubrió la anchura y profundidad del barranco. A los lados surcado por muchos pequeños arroyos que descendían de las mismas cumbres de las montañas. Por el bosque, en las laderas del barranco, no se veía nada de nieve. El blanco manto solo se extendía a partir de la mitad de las laderas hasta lo más alto de las cumbres. Por eso caminó despacio siguiendo la senda, por entre las encinas de la cañada, hacia donde se juntan los arroyuelos, parte final de gran barranco.

Y media hora después llegó al manantial. Donde un pequeño pilar de cemento y unos tornajos de madera, recogían el agua del venero. Un cristalino chorrillo que, jugueteando con el frío de la mañana, se derramaba en el pilar de cemento. Aquí se paró y miró despacio. Como si buscara algo o como si pretendiera recordar. El agua en los tornajos estaba helada y, por el lado de abajo, colgaban puñados de carámbanos. Las tierras que en otros tiempos habían sido huertas, labradas y sembradas a lo largo de muchos años de tomates, lechugas, pimientos, pepinos… ahora las estaba viendo

yermas. Tapizada con un recio manto de escarcha blanca y salpicada matas de hierba. Todo quieto, mudo, como durmiendo un sueño extraño.

Lavó sus manos en el chorrillo, bebió un trago y siguió caminando. La senda ahora subía por el barranco del centro, adentrándose en el bosque y por entre recios y abundantes peñascos. Y caminó en silencio durante media hora más. Metido en sí y meditando los recuerdos que a cada paso le asaltaban. Hasta que llegó al pie de la gran pared rocosa. Por donde la vegetación todavía era muy espesa y por donde, a la derecha, sabía se encontraba la puerta. Apartó con sus manos las ramas de lentisco, romero y cornicabra y se acercó un poco más. Detrás de los troncos de dos gruesos robles, descubrió lo que venía buscando. Se paró, miró para el barranco, para las altas cumbres, vestidas de inmaculado blanco y luego miró para la oscuridad de la gruta.

Conocía muy bien el camino a las profundidades y entrañas de la gran montaña. Conocía al detalle cada recodo y repisa y tenía muy claro dónde se encontraba lo que por aquí venía buscando. Por eso su corazón estaba lleno de una inexplicable felicidad y por eso se sentía seguro y sereno.

31 de marzo 2021 -384

20 DE DICIEMBRE

I- Se abre el nuevo día, hoy domingo veinte de diciembre y el sol brilla. Con un resplandor intenso y blanco, casi parecido al hielo. Sí, hielo porque esto es lo que la noche ha dejado por el Cortijo de la Viña, a lo ancho de los campos, por el río y arroyo, por las cumbres de Sierra Nevada, por Granada y la Vega y por toda España.

En la sala del Cortijo de la Viña, junto a la lumbre y cerca del árbol de Navidad, los tres se calientan. Mira el Anciano por la ventana, la que da al acantilado del río y medita. La madre trajina en la lumbre y la niña comenta:

- Ya se acaba el otoño. Hoy es su último día y, de su mano, llega el invierno y la Navidad por entre las nieblas. ¡Si ella también llegara…!

Y el Anciano:

- El invierno es frío pero siempre parece, de las cuatro estaciones del año, la más íntima. El otoño, un poco pero no tanto. Y la primavera y el verano, como si buscaran que todo y la vida misma, se derrame hacia fuera, para dejar el corazón vacío. El invierno siempre vuelca hacia dentro y llena. Por eso es, según yo creo, de las cuatro estaciones del año, la más auténtica.

La niña calla. También la madre. En el acebo que hay fuera y debajo la ventana, se oyen los canturreos de los gorriones. Y, en el aire, el frío hielo, tiembla acurrucado. Y sin embargo, la mañana es muy hermosa. Como si en ella se estuvieran dando el más sincero abrazo, todos los recuerdos, el otoño que se marcha, el invierno que llega y la Navidad que asoma por entre las nieblas.

La tarde

La tarde fue cayendo y los campos se iban llenando de luces pálidas, húmedas como la lluvia sobre la hierba y con olor a musgo viejo. En la parte alta del arroyuelo y se sentaron y pusieron la cesta sobre una roca. Desde aquí divisaban todo el barranco del río, la gruta por donde las cascada y el Belén del año pasado y el bosque de los robles. Dijo el Anciano:

- Si quiere te recito ahora algunos de los versos que antes me decías. La noche no tardará en llegar.

- Sí y no tengas prisa. Ya sabes que a mí me gusta la oscuridad de la noche, en tu compañía, por estos campos.
Y el Anciano sacó de su mochila un pequeño cuaderno, pasó algunas hojas, encontró lo que buscaba, miró a la niña y comenzó a leer despacio:

Te regalamos la tarde
que lenta se va marchando
por el valle.

El otoño te recuerda
por los campos que pisaste
y la lluvia y la niebla
que el invierno trae.
Sigues siendo la esencia
dulce, mable,
que acaricia y alimenta
desde el aire.
Te regalamos un beso
sincero y grande,
vuelve y llega,
llora por ti la tarde.

1 de abril 2021 -385
NIDO DE PATO-III
En la mañana del día 29 del mes recién terminado, marzo, he visto una bandada de ánades reales recién nacidos. En el río Darro, por el lado de abajo del Puente Cabrera y antes del Puente Espinosa. Y me alegrado mucho ver de nuevo por aquí a estos ánades. Su presencia me dice que, a pesar de todo, los patos silvestres siguen presentes en este trozo del río a los pies de la Alhambra. Sería éste el tercer año que se ven en estas aguas a estos ánades con la intención establecerse y sacar adelante sus crías.

Once Pollito le he contado, todos muy pequeños pero al mismo tiempo llenos de energía y vivarachos. La madre los ha guiado por este trayecto del río y antes de llegar al charco que hay antes del puente Cabrera, se ha salido de la corriente. Por entre la hierba se ha ido aplastando y, poco a poco, los pollitos se han venido todos con ella. Bajo sus alas los ha arropado y esto me ha permitido observarlos durante bastante rato. Reflexiono y algo no me encaja. La última vez que vi por aquí la pareja de ánades reales, hace unos 10 o 12 días, me parecían que estaban preparando su nido. No me encaja que en tan poco tiempo haya nacido la nueva pollada. Por eso pienso que está ánade con sus crías, pudiera haber bajado río abajo desde las partes altas y está por aquí buscando un lugar cómodo y bueno.

Y esto que reflexiono, creo que lo he podido confirmar en los días siguientes. No muchas veces pero sí algunas, todo sigue muy parado por esto del virus, he venido por lugar a lo largo de los primeros días de este mes de abril. Con la intención de comprobar y seguir la presencia de esta nidada y no he encontrado ni rastro. Sí una mañana, volví a ver la pareja de ánades reales macho y hembra. No a la hembra con sus crías. Y después de pasar todo el mes de abril, las 4 o 5 veces que me he acercado a este lugar del río, han sido siempre infructuosas. No está por aquí la ánade real con sus polluelos. Solo una vez la he visto. Pero pienso que aunque fuera cierto que solo estuviera por aquí de paso, ya esto es suficiente para comprobar que la vida de estas aves silvestres siguen presente en este

trozo de río. La pandemia que no se va, nos ha desencajado por completo. No hay turistas, restaurantes y tiendas están todas cerradas, no hay estudiantes y los que por aquí caminábamos no en forma de paseos, también hemos desaparecido. Han desaparecido los gansos y un silencio extraño desprende este lugar de la ciudad. Y por supuesto que los que antes vendían baratijas y otros objetos, como por arte de magia todo ha enmudecido.

2 de abril 2021 -386

30 DE MARZO 2020

Esta noche me he visto en mi pequeño balcón frente a Granada. Es un trozo de terreno dentro del espacio donde vivo y que mira a Granada, a la Vega y puesta del sol. La ciudad estaba por completo en silencio y como dormida. En el mismo centro de este espacio de terreno veo a un joven. Tiene delante de él una especie de ordenador y una gran pantalla frente a la ciudad. Me acerco y le pregunto:

- ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

Sin mirar me responde:

- No me conoces y lo que hago aquí es intentar conectar para transmitir en directo con el corazón del Universo.

- ¿Quieres hablar con alguien?

- Quiero hablar con el que existe más allá de las nubes, de las estrellas y de los confines del Universo. Tengo necesidad de preguntarle por lo que ahora mismo le está ocurriendo a todos los humanos del planeta Tierra y por qué sucede esto.

No le he preguntado más. Por el pequeño trozo del terreno del balcón frente a la ciudad, me muevo despacio mientras observo. Aquí mismo hay un limonero cargado de limones amarillos, cantan por entre los árboles del jardín muchos mirlos, palomas y currucas y las nubes se cuelgan en el cielo. Han bajado las temperaturas y corre un poco de viento. La ciudad sigue sumida en su silencio y como en una lejanía inabarcable. Todos llevamos ya 15 días sin salir de casa y esperamos.

Un año después, 30 de marzo de 2021, las cosas de la pandemia no han mejorado. Siguen los contagios mueren las personas, hay mucha gente sin trabajo y con grandes problemas para comer y tener lo básico. Siguen las prohibiciones y ya el cansancio es mucho. Es verdad que hay vacunas contra esta infección y, en muchas partes del mundo y algo por donde vivo, se ve un ratito de esperanza. Pero el dolor y el sufrimiento s nivel mundial, es mucho.

3 de abril 2021 -387

100- LA MUJER POBRE

Al llegar la primavera, cada año parece que algo la recuerda. No se sabe qué es pero en el aire, en el ambiente, en la luz del sol, en las florecillas que brotan, en el verde intenso de la hierba, en las mañanas de azules puros… cada año al llegar la primavera, parece como si de nuevo otra vez volviera. Aunque hoy nadie la recuerda porque, todos los que la conocían, ya hace mucho que se fueron. A todos, compañeros y amigos, se los comió el tiempo como tantas y tantas cosas en esta vida. Pero ella, a pesar de que ninguno de sus conocidos siguen vivos para mantenerla fresca en la memoria, parece como si permaneciera eterna en un pequeño rincón del tiempo. No por sus títulos académicos ni por la belleza de su cuerpo sino por lo que en su corazón cultivó, a lo largo del tiempo que vivió.

Tenía su casa en la pequeña medina, junto a la Alhambra y tenía unas tierrecillas por la vega del río Darro. Y cada mañana, en invierno, primavera o verano, iba a sus tierrecillas y cultivaba las plantas. Recogía, casi cada día, algún producto de su huerta y, en cuanto llegaba a la medina, iba y se los regalaba al que ella sabía que más lo necesitaba.

En otoño, puñados de almendras, nueces, higos secos, membrillos, granadas… En invierno, espinacas, ajos, naranjas, limones… Y en primavera y verano, patatas, tomates, pimientos, racimos de uvas, ramitas de laurel y algunas hierbas aromáticas. Y cuando la veían subir por el barranco hoy conocido como Cuesta del Rey Chico, los vecinos y vecinas le decían:
- Tú haz lo que quieras pero si repartes gratis siempre los productos de tus tierrecillas ¿qué te queda a ti para comer?
- Me queda mucho y lo más rico y valioso.
- ¿Cómo dices eso si todos sabemos que siempre lo regalas todo?
- Los pobres también tienen derechos y necesidad de comer cada día.
- Pero las cuatro cosas que repartes entre ellos nunca los harán ricos y tú si que eres cada día más pobre.
- Será así pero el corazón lo tengo cada día más lleno y, en un rincón del tiempo, voy acumulando una riqueza inmensa.
- ¿Qué riqueza si hasta te vemos cada día con la misma ropa y, a ti y a tu ropa, cada día más viejas?
- Sin embargo sé que soy preciosa y que mi ropa, supera en brillo y en finura a las de todas las princesas.
Y en vista de esta forma de pensar y ver las cosas ella, los vecinos y vecinas la dejaban tranquila.

Pasó el tiempo y cada día se le vía más y más vieja. Seguía afanada en las tareas de su tierrecilla y seguía subiendo la Cuesta del Rey Chico con los productos de sus tierras acuestas. Cada vez más despacio, con su saco o cesta de esparto y cada día más encorvada y con menos fuerzas. Cada vez crecían menos plantas en su huerto pero seguía teniendo suficiente para repartir entre las personas que ella quería. Hasta que una bonita mañana de primavera, cuando ya habían florecido muchas flores en los campos y junto a las tierras de su huerta y cuando cantaban los pajarillos y las ardillas saltaban por entre los pinos, los vecinos no la vieron salir de su casa. Uno que vivía próximo a ella, se acercó a su vivienda para ver qué le pasaba y se la encontró en su cama. Sin fuerzas y sin ganas ni de levantarse ni de ir a ningún sitio. Se corrió enseguida la noticia y el primero que se dispuso a prestarle ayuda fue el vecino de la pequeña tienda de la esquina. Dijo:
- Todo lo que necesite, tanto para alimentarse como para abrigarse y calentarse, que se lo lleve de mi tienda. Yo se lo regalo en recompensa a tantas cosas como ha dado a los pobres a lo largo de su vida.
Y otra vecina de una casa más arriba, también dijo:
- Yo le haré cada día la comida y le arreglaré su casa mientras lo necesite.

Pero ella no necesitó ni de los alimentos del vecino de la tienda ni del cuidado de la vecina que cada día quería hacerle la comida. Porque aquella misma tarde de primavera, murió. Al saberlo, a su humilde casa acudieron todos los pobres que de ella habían recibido frutos de su huerta y también muchas otras personas. Nadie sabía por qué pero todos la lloraban a escondidas y todos en sus corazones sentían que ni había muerto ni era pobre. Entre sí, muchos comentaban:
- Es como si en un rincón del tiempo ahora fuera la más bella y rica del mundo entero.

Ocurrió esta historia hace ya muchos, muchos años. Por eso hoy, muy pocos o casi nadie la recuerdan. Porque, todos los que la conocían, también ya hace mucho tiempo que se fueron. Pero ella, a pesar de que ninguno de sus conocidos siguen vivos para mantenerla fresca en la memoria, parece como si permaneciera eterna en un pequeño rincón del tiempo. No por sus títulos académicos ni por la belleza de su cuerpo sino por lo que en su corazón cultivó y acumuló, a lo largo del tiempo que estuvo en esta tierra.

4 de abril 2021 -388

UNA CABAÑA

La niña le dijo al abuelo:
- Quiero que nos acompañes.
- ¿A dónde?
- Al cerro de las rocas de cristal, frente al sol más brillante.
- ¿Y para qué queréis ir a ese sitio?
- Tú, acompáñanos y luego te lo digo.

Y el abuelo se fue en busca del borriquillo que, en las praderas de la derecha, comía hierba en libertad. Preparó el pequeño carro, enganchó el borriquillo a los varales y le dijo: "Ale, llénate de entusiasmo y tira con alegría de este carro. Hoy los niños quieren que los llevemos al Cerro de la Luz". Llamó el abuelo a los niños, él y ella y también les dijo:
- Nosotros ya estamos preparados. Cuando queréis nos ponemos en marcha.
- Ahora mismo.

Dijo la niña y, sin más, subieron al pequeño carro de madera de roble. Un carro construido por el abuelo expresamente para el borriquillo. Para llevar a los niños de paseo y para transportar frutas, hortalizas y las flores de la niña, cuando ésta se iba por los campos.

El abuelo dio órdenes al borriquillo y, al poco, ya subían por el camino hacia lo más alto del cerro. Montados los tres en el pequeño carro y al calor del entusiasmo de la niña. Quiso él preguntar otra vez pero no lo hizo. Pensó que era mejor esperar y ver con sus propios ojos lo que ella se proponía. Por eso, mientras subían despacio, miraban a un lado y otro y esperaban que ella dijera algo. Él y ella, solo de vez en cuando comentaban:
- Abuelo, fíjate qué paisajes más bellos. A la derecha, el río con sus cascadas, a la izquierda, los bosques con sus tonos verdes oscuros y al frente, el Cerro de la Luz, con sus rocas blancas, cuarzo casi transparente.

Y el abuelo miraba y callaba.

Al mediodía llegaron a lo más alto del Cerro de Cristal. Al rellano donde los cinco gruesos pinos, las dos centenarias nogueras y el robusto almendro. Por entre la fina hierba de la llanura, avanzó el borriquillo tirando de su carro y con los tres en él montados. Dijo el abuelo:
- Tú dirás en qué sitios paramos.
- Sigue un poco más. Dile al borriquillo que lleve cuidado y que se acerque todo lo posible al balcón que mira al barranco, por donde el río nace y, desde aquí arriba, se ven sus cascadas y charcos.

Pidió de nuevo el abuelo al borriquillo que siguiera hasta donde la niña estaba diciendo. Tiró el asnillo de su carro hasta que la niña otra vez comentó:
- Aquí es, abuelo.

Dio órdenes el abuelo a su borriquillo y éste se paró. Bajaron los tres del carro y de nuevo el abuelo preguntó a la niña:
- ¿Qué es lo que por aquí venimos buscando?
- Ven conmigo.

Lo cogió de la mano y se lo llevó para donde las rocas de cuarzo, color hielo y transparentes casi como el viento. Se acercó a la puerta de la cueva, separó frente a ella, miró al abuelo y a su compañero y dijo:
- Quiero que me ayudéis a construir aquí una cabaña.
- ¿Una cabaña en lo alto de este cerro?
- Sí, la cabaña más bonita que nunca nadie haya visto.
- ¿Y para qué quieres esta cabaña y en este lugar?
- Para venirme a vivir a ella y recibir desde aquí la noche de la Navidad. ¿No estáis viendo que escenarios tan fantásticos?

5 de abril 2021 -389

CON LOS OJOS DEL ALMA

Que el alma tiene ojos yo nunca lo pondré en duda. Y que con los ojos de la cara no siempre se ve lo esencial, también lo creo. Y pienso esto porque, con los ojos del alma, muchas veces he visto lo que nunca pude con los ojos de la cara.

Por donde el Generalife, laderas que miran al sol de la tarde, subí el otro día. Siguiendo una senda que, como elevándose en el aire, lleva al mirador más bello de Granada y que muy pocos conocen. Es invisible a los ojos de la cara y yo lo conozco con el nombre de El Puntal de los Almendros. Por donde las tierras ya no son tales sino como transparencia de viento que, al pisar, se nota blanda como algodón en rama. Siguiendo la senda que he dicho, llegué a lo más alto y giré para el lado de los jardines del Generalife. Laderas de las huertas, Albaicín al fondo y la Alhambra un poco más cerca. Y, frente a este cuadro me quedé parado. Mirando despacio y gustando los últimos colores otoñales ya mezclados con los matices del invierno, que de todos estos sitios manaban.

Llovía, hacía algo de viento y, sobre las cumbres de Sierra Nevada, las nubes se apiñaban. En cantidades grandes la nieve caía por allí y también, en grandes cantidades, la lluvia se derramaba sobre Granada y la colina de la Alhambra. También sombre los palacios, torres y muralla, el barrio del Albaicín y los bosques que rodean. Como en un juego fantástico que besara a los paisajes y, al mismo tiempo, los recogieran como en amoroso abrazo. Bajo esta misma lluvia y sobre el mirador en los pilares del viento, me quedé mucho rato. Simplemente observando y gustando y, al mismo tiempo, comprobando lo que nunca he podido ver con los ojos de la cara.

Y, estaba yo embelesado en tan bella fantasía, cuando y con los ojos de la cara vi algo que me llenó de gran tristeza. Dos muchachas, extranjeras ellas, universitarias y con cierta apariencia de inteligentes, entraron a los jardines del Generalife. No llovía en ese mismo momento y por eso caminaban despacio. Haciendo fotos, mirando, charlando entre sí y preguntando al que le acompañaba: Un hombre mayor que, guiándolas, le ofrecía su sabiduría y respeto. Se le notaba claramente porque se le vía desde lejos.

Llegaron al Patio de la Acequia y empezó a llover. Una de ellas recibió una llamada de un amigo y al terminar de hablar, dijo:
- A las seis y media tengo que estar en mi piso.
Expuso el hombre que les acompañaba:
- A las cinco tenemos la visita a los palacios y hoy es ya la segunda vez que nos regalan las entradas.

Hubo un silencio denso. La lluvia arreció, las dos muchachas aligeraron el paso mientras se quejaban:
- Nos estamos empapando. Queremos volver a nuestra casa.

Poco después vi al hombre caminar detrás de ellas. Como el parrillo que sigue a su amo y, por eso, se le notaba algo menospreciado. Bajo la lluvia salieron de los jardines del Generalife, atravesaron las tierras por donde la Alhambra Alta, bajaron, salieron por la Puerta de la Justicia, esperaron al autobús y, media hora después, se apearon en el centro de Granada. Justo en la Plaza de Reyes Católicos. El hombre las despidió y, como triste y dañado por el poco respeto que había recibido, caminó cabizbajo. Yo no pude decir nada pero también me sentí desorientado.

La Alhambra, sus jardines, el Generalife, el Albaicín… cuando la lluvia cae como lo hacía en aquellos momentos, es la fantasía más bella que puede disfrutarse en este mundo.

6 de abril 2021 -390
511- MORIR BAJO LA LLUVIA
Dentro de un momento
voy a recibir el abrazo
del gran Dios eterno,
el amigo que siempre a mi lado
tuve desde pequeño.
Será dentro de nada
pero antes del encuentro,
quiero que la lluvia me lave
entre los brazos del viento
y la hierba verde y fresca
de este último y primer invierno.

Era ya muy mayor. Se movía con gran dificultad, tenía el pelo blanco y, aunque de sus labios en ningún momento se iba una sonrisa, los dolores se lo comían por dentro, caminaba torpemente y al hablar, algunas cosas no las pronunciaba con claridad. De cuerpo menudo, generoso y amable con todos y siempre como recogido en sí, casi continuamente tenía su pensamiento en la imagen del Creador y Dios en el que creía.

Toda su vida la había pasado en una gran casa atendiendo a personas y cuando ya los años lo envejecieron, de pronto un día sintió mucho dolor. Le diagnosticaron cáncer y comenzaron a tratarlo con medicamentos. Pero la enfermedad siguió avanzando hasta que llegó un momento en que no se podía levantar. Le dijeron:
- Tendrías que irte a otra casa donde hay personas que te cuidarán bien y como mereces.
- Pues sí Dios lo quiere, sea así.
Dijo sin más. Pero unas horas más tarde, comentó:
- Si tengo que irme a ese lugar, me voy pero antes quisiera algo.
- ¿Qué es lo que quieres?

Muy pausadamente y como rogando, explicó:
- Noto y sé que las fuerzas se me acaban. La muerte viene acercándose y el trozo de camino que le queda para llegar a mí, es corto. No tengo miedo alguno porque a este punto concreto, se ha orientado toda mi vida. Sabía y todos los sabemos, que nuestra permanencia aquí en el suelo, es solo por un tiempo. Un recorrido corto en el camino, todo orientado hasta este punto final. Y siempre, siempre y ahora lo tengo más claro, que justo al

llegar a este final, voy a encontrarme con el Dios hermoso y bueno en el que he creído desde pequeño. Por eso repito, que no tengo miedo de lo que en nada de tiempo, va a sucederme.

Pero antes, en las horas que me queden en el suelo, quisiera vivir algo que me importa y deseo mucho.
Y de nuevo le preguntaron:
- ¿Pero qué es lo que deseas?
- Quiero que me llevéis a ese lugar de la montaña que me gusta tanto. A la ladera norte de la gran Nevada y donde los árboles son espesos. Ahora, en estos días de otoño, todas las hojas de esos árboles, se han teñido de colores amarillos y naranja y por la pradera crece la hierba. Corren por allí los arroyos, huele todo a setas y musgo y el viento acaricia con la suavidad de la seda. Todo es por allí tal como estoy diciendo porque lo veo cada noche en mi sueño.

Y en la pequeña llanura que hay por delante de la cueva en la roca un poco por debajo del manantial del roble, ahora la hierba crece como en una tupida y muy delicada alfombra. Justo ahí, en esta llanura y sobre la bella alfombra de hierba fresca, quiero acostarme todo desnudo. Mirando a las nubes que van por esos lugares mientras sobre mi cuerpo recibo las gotas de lluvia que las nubes siembran. Quiero vivir y experimentar este placer en los últimos momentos de mi vida en este suelo. Para preparar mi espíritu para el encuentro del Dios en el que siempre he creído. Es está mi última voluntad en este mundo porque ya sé que voy a marcharme de un momento a otro.

Los que le escuchaban, amigos y compañeros, se miraron entre sí. Dejaron pasar un rato y luego el principal, preguntó:
- Pero con lo delicado que te encuentra y las pocas fuerzas que ahora mismo tienes ¿de qué modo crees tú que acostarte sobre la hierba y dejar que la lluvia lave tu cuerpo puede hacerte bien?
- Físicamente quizás no me haga ningún bien pero en el espíritu, será ya mi unión con Dios a través del mejor regalo que siempre tuve de Él en este suelo.
- Y sin embargo, las personas que te conocemos y otras ¿no van a pensar que estamos locos? ¿Qué somos crueles y poco humanos contigo?
- Me da igual. Yo ahora, solo tengo dolor en mi cuerpo y sé que la vida se me escapa a chorros.
- Pues ahora esta noche, descansa lo que puedas y mañana ya veremos qué hacer.

Lo llevaron a la habitación sujeto por otras dos o tres personas porque apenas podía moverse. Torcía la cabeza y decía:
- Es que el dolor que tengo en mi cuello es insoportable. De este modo encuentro un poco de alivio.
En el sillón verde lo sentaron frente a la ventana y los árboles de jardín. Decía:
- Ojalá esta noche se nuble y mañana llueva mucho.

Antes de ponerse el sol, se empezó a nublar. La luna salió y se ocultó entre las nubes y algunos autillos, comenzaron a ulular. Se dijo: “Este año no veré las luces de la Navidad por entre las ramas del árbol que cada año decoran los estudiantes. No veré la nieve sobre las hojas del acebo bajo mi ventana, no veré a los jóvenes universitarios con sus mochilas yendo y viniendo ni oiré la música de los villancicos. Cuando estos días lleguen, ya no estaré yo este año por aquí”.

Con estos pensamientos en su mente y entumecido por los dolores, se fue quedando dormido. Ya casi entre sueños, notó que alguien abría la ventana de su habitación. Y al instante, sintió la lluvia caer como en forma de rumor y música muy grata. Susurró como en forma de oración: “Es el beso que en estos momentos necesito. Pero quiero sentir este beso, resbalándome por las carnes de mi cuerpo. ¿Por qué no me concedes este último deseo, Dios del cielo?” Y el sueño lo venció casi por completo.

Antes de que amaneciera, los compañeros llamaron a la puerta de su habitación. Nadie contestó dentro. Abrieron ellos y entraron. Lo vieron recostado en el sillón, muy cerca de la ventana, abierta ésta y uno de sus brazos, cerca de la abertura de la ventana. Algunas gotas de lluvias, habían entrado por las rendijas de la ventana y sobre la mano y brazo, se veían trabadas. Lo llamó uno de los compañeros y al notar que ni respiraba ni respondía, dijo:
- Se ha dormido en los brazos de la eternidad.
- Dios se lo ha llevado porque esto era lo que en sus oraciones y torturado por el dolor, él le estaba pidiendo. Seguro que ahora ya descansa y disfruta en el cielo que, todos estamos muy seguro de ello, Dios le ha regalado.

Fuera, la lluvia caía, un petirrojo desgranaba delicados trinos en las ramas del acebo, por las bayas rojas de este arbusto, resbalaban transparentes gotas de lluvia y la luz del nuevo día comenzaba a iluminar los lugares. El silencio era total y las nubes, en forma de fina niebla, se paseaban y llenaban los huecos entre las ramas de los cedros y almendros. Todo en su palpitar de los días anteriores pero como en un extraño, doloroso y a la vez, delicado vacío en el ambiente.

Epílogo
Si la naturaleza, montañas, bosques, ríos y praderas, al ir por ellas, no nos hace mejores y por dentro nos transforma y eleva, es porque estaremos haciendo un uso inadecuado de las cosas. Sobre todo de la naturaleza. Cualquier arroyuelo, cualquier mata de hierba, cualquier canto de pajarillo, cualquier nube, tarde de lluvia, mañanas de primavera, cumbres nevadas o flor pequeña, debe siempre ayudarnos a comprender y ver nuestra pequeñez en relación con el Universo. Y debe estimularnos tanto que seamos capaces de ver, en cualquier hoja de hierba o gota de rocío, una luz, un camino, un libro abierto que nos orienta hacia la verdad suprema. Nada hay más puro y bello en este mundo que la naturaleza en sí, a su ritmo, recreada por el viento y el tiempo. Nada puede transmitirnos mejor la grandeza de su Creador para llenarnos por dentro de bondad y llevarnos al gusto por lo puro, amable y sencillo. La naturaleza debe, en todo momento, servirnos para hacernos mejores. De lo contrario, estaremos haciendo un mal uso de ella.
Una sola hoja de hierba
o el canto de un grillo
en la pradera,
son más que mil mundos
llenos de bibliotecas.

De mi libro: Mi primer edén
José Gómez Muñoz

7 de abril 2021 -391
305- AMIGO DE LOS POBRES
Almanzora, es el pequeño barrio en la ciudad de Granada, en la ladera de la Alhambra entre la Cuesta de Gomérez y el río Darro, por debajo de la Torre de la Vela y por encima de la iglesia de Santa Ana. El nombre viene del árabe al-Mansura, título concedido al rey

zirí Badis, que construyó el palacio en la zona de Santa Isabel la Real. Mauror, a los pies de Torres Bermejas, es otro bonito barrio parecido al Albaicín aunque más pequeño y menos visitado por los turistas. Aquí estuvo parte de la Garnata-Al-Yahud, la granada de los judíos. Fue la judería de Granada hasta el siglo XI. Su máximo esplendor se dio antes de la matanza de judíos por los musulmanes en el año 1066.

A primera hora de la mañana, el frío era muy intenso. La escarcha tapizaba de blanco toda la ribera del río, al borde de las acequias y por los huertos. También por la ladera que, desde el Darro, subía hacia la Alhambra. Aunque, al salir el sol, el cielo se veía todo azul, por completo limpio de nubes y como expectante. Porque ni siquiera una pizca de aire se movía y sí al fondo, por encima de las torres de la Alhambra, relucían limpias las nieves de Sierra Nevada. Junto al río, por los pequeños huertos y las laderas que subían hacia la Alhambra, solo algunos pajarillos revoloteaban. Un par de mirlos, varias currucas y algunos petirrojos. Era pleno invierno y por eso, a primera hora de la mañana, todo parecía no muerto sino parado en el tiempo y como esperando.

Ellos, los que tenían sus huertecillos por donde hoy se encuentra el barrio Almanzora y el del Mauror, los esperaban. Se reunieron a primera hora de la mañana y como el frío era tanto, justo en el pequeño collado que unía las tierras de la colina del lugar hoy conocido como Mauror con las tierras de la ladera hoy también conocida como Almanzora. En el trozo de tierra más alto y, donde en aquellos momentos nada había sembrado. Y alrededor de la lumbre, mientras calentaban sus manos y lo esperaban, unos y otros comentaban:
- ¡Es una pena que nos deje solo! Nunca nadie nos ha querido tanto como él ni tampoco nunca nadie nos trató con tan exquisito respeto.
- ¡Y que lo digas! Por eso en estos momentos, nuestros corazones están tristes y nos encontramos tan desorientados. ¿Quién nos defenderá, a partir de ahora, ante el rey y ante los poderosos que cada día nos oprimen más y más?

Esto y cosas parecidas comentaban al amanecer de aquel frío día de invierno, mientras lo esperaban en las mismas tierras de sus huertos y junto a la lumbre que habían encendido. Por la parte alta de donde ellos se concentraban, se veían las torres de la Alhambra. Emergiendo desde los palacios y circundadas por la recia muralla. Al lado de abajo, corría el río Darro y a la derecha y a sus espaldas, los huertecillos se escalonaban por toda la ladera. Salpicados por algunas casas y surcados por caminillos y acequias que recorrían la ancha ladera desde la cuenca del río Darro hasta la cuenca del río Genil. De estas tierras, convertidas en cultivo y repartidas en pequeños huertos, sacaban ellos para ir viviendo. Por eso también, además de hortalizas y legumbres, aquí tenían sembrados muchos árboles frutales que daban cosechas en varios momentos a lo largo del año.

Y precisamente él, “El amigo” que era como sencillamente lo llamaban, en los momentos de la recogida de los frutos, era cuando más los visitaba. Ellos le decían:
- Es que necesitamos que usted habla con el rey a ver si en esta temporada nos paga los frutos algo mejor que el año pasado. Tenemos muchos problemas en las casas y, aunque nos matamos trabajando, escasamente sacamos para comer.
- Vosotros no preocuparos que, por mi parte, mañana mismo hablo con el rey y le trasmito vuestras necesidades.
- Sabemos que usted es bueno y, desde que lo conocemos, también hemos comprobado que nunca nos ha defraudó.
Y aprovechaban la ocasión para comentar:
- También tenemos que comunicarle que cada día estamos más extrañados.
- Extrañados ¿por qué?

- Desde hace tiempo, todos los pobres que tenemos algún huertecillo en estas laderas o junto a los ríos, nos preguntamos por qué usted muestra tanto empeño en ser amigo nuestro. ¿Nos lo puede decir?

Y el amigo, hombre mayor, alto, delgado y con melena y barbas largas, cariñosamente les decía:
- Mis padres, siempre me enseñaron y dijeron que, por encima de todo y en cualquier momento y lugar, debía ser amigo y amar a las personas pobres. Al principio y cuando era niño y luego joven, no comprendía por qué ellos tenían tanto interés en que siempre tratara bien a los pobres. Pero según ha ido pasando el tiempo, sí que lo he entendido perfectamente.
- ¿Y nos lo puede explicar?
- Como ya más de una vez habéis visto, cada día os lo muestro con mis obras. Pero además de palabras, también os digo que vosotros y todos los pobres de este mundo y en todos los tiempos, sois los bendecidos de Dios y los herederos del cielo. Nadie, absolutamente nadie en este mundo, será nunca feliz plenamente ni amigo de Dios ni herederos del cielo, si desprecia o maltrata a los pobres y a las personas en general.

Y al oír esto, los hombres pobres de los huertecillos en las laderas por debajo de la Alhambra, guardaban silencio, meditaban algo y luego seguían preguntando:
- Pero es que usted no solo es bueno con nosotros sino que además, es amigo de los reyes y poderosos. ¿Cómo nos explica eso?
- Pues del mismo modo que ya os he explicado lo otro: que en esta vida, el proceder más inteligente y noble que podamos tener, es siempre tratar a los demás con respeto. Los reyes, los poderosos y los ricos en general, necesitan mucho más que vosotros del cariño de las personas. Por eso yo, me esfuerzo en ser amigo de ellos y de vosotros. Creo que es la mejor manera de proceder y poner granitos de arena para que este mundo sea cada día un poco más habitables y bello.
Estas palabras, convencían plenamente a todos los amigos pobres de los huertecillos y por eso lo apreciaban tanto y acudían al amigo para pedirle consejos y cualquier otra cosa. Nunca lo defraudaba.

Y aquella mañana de invierno, ellos lo esperaban. Junto al fuego que habían encendido para calentarse. Lo tenían todo preparado y hasta habían acordado que nadie dijera nada sino en el momento oportuno. Y el momento llegó al poco rato. Vieron venir al amigo por una sendilla que descendía desde la Alhambra y bajaba hasta las tierras llanas. Salieron a recibirlo, con el mismo afecto de siempre y él les correspondió. Y en cuanto se acercó al fuego para calentarse, le dijeron:
- Ya lo sabemos todo y estamos tristes. También estamos extrañados y nos preguntamos por qué las cosas tienen que ser así.
- Lo comprendo y comprendo vuestra tristeza pero, aunque yo tampoco lo quiero, lo acepto porque sé que a todo y a todos en esta vida, no llega el momento.
- Y a partir de ahora ¿quién nos representará y defenderá ante el rey y los poderosos?
- Vosotros sois nobles e inteligentes. Tengo fe en que sabréis comportaros con madurez y nobleza.

Y el amigo se dio cuenta que los pobres de los huertecillos, estaban realmente apenados. Por eso no quiso prolongar más el momento. Uno a uno los fue abrazando y cuando ya estaba a punto de marcharse, uno de los del grupo, cogió la bolsa de cuero que tenían cerca de ellos, se la dio al amigo y le dijo:

- Sabemos que de ningún modo podremos nunca pagarte todo lo que por nosotros has hecho. Pero a la largo del tiempo, hemos ido ahorrando y aquí tenemos algunas monedas de oro como pago y agradecimiento.
Y el amigo, cogió la bolsa de cuero con las monedas dentro, les dio las gracias, comenzó a caminar y antes de alejarse más, se volvió para atrás y les dijo:
- Ya sabéis: aprended de los pajarillos del campo que ni siembran ni hilan y Dios nunca los deja sin alimento. Son libres y amigos del viento y cada mañana cantan al salir el sol su gozo por la vida. Y de este modo nos enseñan que los problemas y preocupaciones por las cosas materiales de esta tierra, al final, no sirven para nada. Lo que importa, es amar sin límites a todos y a todo y dar gracias cada día al cielo por los sueños que nos regala y el aire que nos acaricia. Os devolveré estas monedas en su momento porque sé que lo que de verdad es valioso, es vuestro comportamiento para conmigo. Nunca Dios os abandonará ni os dejará sin premio. Y además, sé que un día, allá en el cielo, os regalará la mejor porción del paraíso.

Y a la Alhambra, en aquellos momentos, se le vio resplandecer como si todas sus paredes y torres fueran de oro puro. Los pobres de los huertecillos de la ladera, dijeron:
- Nos ha llenado de dignidad y por eso, por estas tierras y para siempre, queda como un camino abierto hacia la eternidad y a lo bello.

8 de abril 2021 -392
102- AMANTE DE LOS POBRES
La princesa diferente, amiga de las flores, de los cielos azules, noches estrelladas, lunas claras y amante de los pobres, vivía en una de las torres del palacio del Cerro del Sol. En la colina que hay por encima de la Alhambra, cerca del Generalife y de la Silla del Moro. Y era feliz a medias. Porque sus padres, reyes poderosos y ricos, le daban todo el cariño que necesitaba y le dejaban libertad para que paseara por los jardines y tierras cerca del palacio. Y en sus paseos por estos vergeles y terrenos, cuando se encontraba con los soldados o criados de sus padres, en muchas ocasiones se paraba a saludarlos y a charlar con ellos. Estos, siempre se lo agradecían porque sabían que era la princesa pero en sus corazones, tenían miedo. Nunca estaban seguros qué era lo que ella quería ni de la reacción del rey, si los descubría hablando con la princesa. Por eso, aunque ella les decía:
- Yo quiero ser vuestra amiga y quiero ayudaros en lo que pueda. No tened reparo en contarme vuestras cosas: carencia, sufrimientos, penas… Aunque vosotros seáis pobre y yo princesa, ante el Universo y ante Dios, nada nos diferencia. Vuestro corazón, vuestros sentimientos y vuestros sueños son como los de cualquier humano en cualquier tiempo.
Ellos le decían:
- Princesa, eres la más buena que nunca hemos conocido. Eres muy amable, muy inteligente y también muy bella.
Y ya no comentaban más. La querían y agradecían que los tratara de esta manera pero, en el fondo, no se fiaban. No sabían con qué intenciones ella les ofrecía tanta confianza.

Pero ella, por las tardes, por las noches y siempre que tenía oportunidad de hablar con el rey, le decía:
- Padre, yo soy feliz y tengo cuanto mi corazón desea. Vosotros siempre me dais más de lo que merezco y hasta me habéis procurado un buen príncipe para que me case pero…
Y dudaba seguir compartiendo con él lo que en su corazón llevaba. Por eso el padre le preguntaba:
- Si algo te falta o te impide ser feliz del todo, cuéntamelo, hija mía.
Y ella reunía fuerzas, se hacía valiente y, aunque temía que el padre la castigara, le decía:
- Es que los pobres que tienes en tu reino y los que trabajan en los jardines y dependencia de este palacio, son muy pobres.

- ¿Y cómo quieres que sean?
- Me gustaría que fueran libres, que tuvieran dignidad y que en sus vidas no faltara ni una casa donde guarecerse ni un trozo de pan para quitarse el hambre.
- Ellos tienen el pan necesario y muchos viven en cuevas o en casa humildes no lejos de este palacio.
- Pero no son libres y sufren mucho y tienen hambre. Nosotros vivimos en la abundancia y nunca no falta de nada.
- Las cosas tienen que ser así. En cuanto los pobres tengan todo lo necesario y posean dignidad y libertad, nosotros perderemos nuestro poder sobre ellos y dejaremos de ser reyes. Y perderemos tanto que incluso hasta podemos quedarnos sin este palacio.
- Pero padre…

Y la princesa callaba por miedo a que el padre la castigara. Se iba a sus aposentos en la torre del palacio y se ponía a pensar en sus cosas. Por las noches, a veces contemplaba la luna y las estrellas y por el día, se entretenía con el canto de los pajarillos y en cortar flores de los jardines que rodeaban a su palacio. Y luego al otro día y siempre que podía se iba con los que trabajaban en las tierras y se ponía a charlar con ellos. Les decía:
- Merecéis que se os trate con la misma dignidad que a un rey y que se os dispense el mismo respeto.
Y ellos le preguntaban:
- ¿Y por qué dices eso, princesa?
- Porque es así como lo siento y lo que, en lo más profundo de mi corazón, para todo el mundo quisiera.

Hasta que, una mañana de primavera, cuando daba un paseo por la parte alta del Cerro del Sol, oyó gritos. Se asomó corriendo a la ladera y los vio subir por entre el monte, apresurados y en busca de la vereda. Eran cuanto: un joven, una muchacha algo más joven y dos niños. Y al poco volvió a oír voces que decían:
- Que no se escapen. Hay que cogerlos, vivos o muertos.
Y unos minutos más tarde pudo comprobar como los apresaron, le pusieron cadenas en las manos y luego, apuntándoles con armas de fuego y flechas, los obligaron a que caminaran dirección a los recintos amurallados de la Alhambra. La princesa quiso correr y salir al encuentro para ayudarles pero no lo hizo. En ese momento se acordó del rey su padre y tuvo miedo que la castigaran. Pero por la noche, toda triste y desconsolada, se acercó al padre y le preguntó:
- ¿Por qué han apresado a ese joven, a la muchacha y a los dos niños?
Y el rey le dijo:
- A los pobre, hija mía, hay que darles escarmientos para mantenerlos a raya, controlados y sometidos. No podemos dejar que sean libres ni que hagan o digan lo que quieran. Si empiezan a exigir derechos y dejamos que nos critiquen, un día se amotinarán y nos quitaran estas tierras, este palacio y todas nuestras riquezas.
- Pero padre…
Y la princesa pensó en el joven que, al frente del grupo, había visto subir por la ladera huyendo de los soldados.

Poco después se fue ella a las dependencias de su palacio. Y dicen que aquella noche, mientras contemplaba las estrellas y se dejaba besar por la luz de la luna, se le vio llorar amargamente. Sin poder apartar de su mente la imagen del joven apresado mientras intentaba comprender por qué las cosas eran de este modo, en su pequeño mundo mágico.

9 de abril 2021 -393
402- LA PRIMERA ESCUELA

En qué lugar del Albaicín estuvo, hoy casi nadie lo sabe. A lo largo de mucho tiempo y despacio yo he recorrido cada calle y plaza de este barrio y ni una señal encontré de esta casa. Pero sé que el edificio existió y que, durante bastante tiempo, fue vivienda y también escuela. “La Escuela del Joven”, que era como en aquellos tiempos los vecinos y muchas personas del Albaicín, la llamaba.

Los padres, cuando todavía era pequeño, hicieron un esfuerzo para que el hijo aprendiera a leer y escribir. El viejo sabio del río Darro fue el maestro y, entre otras cosas, le enseñó a ser amable con los demás y a compartir con ellos sabiduría, pan y techo. Por eso el hijo, cuando ya estaba para cumplir los veinte años, dijo un día a su padre:
- Como somos pobres no sueño tener una casa propia para mí pero sí me gustaría poseer un lugar donde enseñar a leer y escribir a los niños pobres de este barrio.
- Pero hijo mío, tú mismo lo estás diciendo: somos tan pobres que la humilde casa que ahora tenemos es gracias a que yo mismo, ayudado por tu madre y tu esfuerzo, la construimos. De adobes de barro y paja y con techo de monte y juncos es nuestra humilde casa.
- Es que podemos convertir, parte de esta pequeña casa nuestra, en la escuela que te estoy diciendo.
- ¿Y cómo piensas tú que podemos hacer eso?
- Si me das permiso y estás de acuerdo con lo que te digo, déjame y ya verás como logro hacer real este sueño.

Le dio permiso el padre y aquel mismo día habló con los jóvenes del barrio y, al caer la tarde, desde el río Darro subieron agua, arena, tierra y piedras y se pusieron a construir los cimientos. Por el lado de arriba de su humilde casa y pegado a ésta para aprovechar las paredes. Fabricaron muchos adobes de barro y fueron a las montañas y cortaron palos y los acarrearon para usarlos como vigas en el techo. Y sin descanso, trabajaron a lo largo de varias semanas. Para darse ánimo, el joven decía a sus amigos:
- Nada puede ser más importante y beneficioso para nosotros y las personas que vengan después, que saber leer y escribir. El conocimiento de las cosas y de la vida, nos hace libres, nos eleva al cielo y nos convierten en personas nobles.

En solo unos meses, la obra estaba terminada. Y la bonita estancia de adobes de tierra y techada con ramas de árboles y retamas, se veía unida a la humilde casa. Dijo entonces el joven al padre:
- ¿Tú ves como con buena voluntad y empeño, las cosas se consiguen?
- Lo estoy viendo, hijo mío pero a partir de este momento ¿qué harás con todo esto?
- Mañana mismo lo verás.

Aquel mismo día recorrió el joven todo el barrio del Albaicín invitando a todos los niños para que al día siguiente fueran a la escuela. Y al día siguiente, no solo los niños sino también muchas personas mayores, se presentaron junto a la humilde casa y al ver la constricción, en las laderas del Albaicín, frente a la Alhambra y no lejos del río Darro, dijeron:
- Esta es la primera escuela que se pone en marcha en este barrio. Y todo se debe al empeño de este joven competente. ¿Cuánto vas a cobrarnos por enseñar a leer y escribir a nuestros niños?
Y muy diligente el joven dijo a todos los presentes:
- La cultura, ni se compra ni se vende. Enseñaré gratis a leer y escribir a vuestros niños con una única condición.
- ¿Qué condición es esa?

- Que ellos, cuando sean mayores, devuelvan a los demás lo que han recibido de nosotros en las misma condiciones y si es posible, con creces. Solo de este modo haremos un mundo cada día un poco más hermoso y seremos más libres, buenos y fuertes. Personas sabias y honestas y que sepan enamorarse del brillo de las estrellas, es lo que realmente hacen falta y no guerreros ni guerras ni gobernantes opresores.

10 de abril 2021 -394

306- CAMINOS A LA ETERNIDAD

Caminando río Darro arriba desde el centro de Granada, a la izquierda, queda el barrio del Albaicín. En una original colina muy parecía a la de la Alhambra, que se eleva a la derecha. Como si el cauce de este pequeño y original río, a lo largo del tiempo, se hubiera entretenido en labrar dos colinas casi por completo iguales. La de la Alhambra y la del barrio del Albaicín. Pero la colina de este hermoso barrio blanco, tiene una particularidad única. Sube, desde el río, en una ancha y prolongada ladera y al llagar a lo más alto, donde hoy se encuentra el Mirador de San Nicolás, se torna llana. Tan llana que incluso baja levemente y, en una distancia pequeña, se abre una llanura ancha y alarga.

Es en esta porción llana de terreno donde hoy el barrio tiene su corazón. Iglesia del Salvador, Plaza Larga, calle del Agua, Plaza Aliatar y otros muchos rincones realmente bellos y curiosos. Luego el terreno, hoy todo sembrado de muchas casas blancas, calles estrechas y pequeñas plazas, se prolonga hacia la ladera. Es la que cae del Cerro San Miguel y ermita que se encuentra en todo lo alto. Por esta prolongada y bastante elevada ladera ni en tiempos pasados ni hoy en día, se construyeron casas. Es un terreno muy apropiado para excavar cuevas y trazar veredas. Y esto fue lo que hicieron en aquellos lejanos tiempos, cuando todavía en la Alhambra vivían reyes y princesas y cuando, por las tierras llanas entre el Mirador de San Nicolás y cuesta del San Miguel Alto, había huertos.

Sí, donde hoy se ven tantas casas blancas apretadas entre sí, estrechas calles y pequeñas plazas, en otros tiempos hubo muchos huertos. Cogían el agua para regar estas tierras, tanto de la acequia de Aynadamar, la que venía del pueblo del Alfacar y de la otra pequeña que llegaba del río Darro. Y como estas tierras eran muy fértiles, los pequeños huertos que por aquí había, daban muy buenas y abundantes cosechas. La envidia era de los otros pequeños huertos, en el mismo valle del río Darro y los que también había en la colina de la Alhambra.

Por la parte de arriba de esta recogida llanura entre el Mirador de San Nicolás y la ermita de San Miguel Alto, la ladera toda estaba llena de cuevas. Pequeñas y humildes, algunas y otras algo más grandes pero todas habitadas y como engarzadas por una red muy amplia de caminillos. Casi igual a lo que hoy en día puede verse por el lugar. Aquellos caminillos, estrechos y empinados, eran de tierra y no iban a ningún otro lado que a las puertas de cada una de las cuevas. Eran de tierra que se convertían en polvo en los meses de verano y en barro y pequeños arroyuelos, en los meses de otoño e invierno. No tenían otras vías por donde ir y moverse las personas que vivían en aquellas cuevas y los que cultivaban los huertos de la llanura en la parte baja. Todo casi exactamente igual a lo que todavía puede verse por el lugar, excepto la llanura donde estuvieron los huertos.

Y cuenta una leyenda que en aquellos lejanos tiempos, se presentó un invierno muy lluvioso y luego frío y con nieve. Las personas que vivían en la colina de la Alhambra y en la Medina al levante, cerca de los palacios, no tuvieron ningún problema. Pero las personas que vivían en la ladera de San Miguel, sí se morían de frío y quedaban sepultadas en sus cuevas, al hundirse éstas, de tanta lluvia y nieve. Los caminillos que surcaban la ladera de una cueva a otra, se llenaron de barro y se convirtieron en arroyuelos. Tanto que

apenas se podía caminar por estos arroyuelos veredas. Y por eso, las personas pobres que ocupaban las cuevas, sufrían aun más. Calladamente, como casi siempre los pobres o comentando con los vecinos sus penas.

Algunos decían:
- Es como si el cielo nos hubiera abandonado por completo.
- Eso es lo que muchos pensamos, porque tanta lluvia y este frío tan intenso, a nosotros no nos sirve para nada.
- ¿Y qué podemos hacer para poner algún remedio en esto?
- Como siempre, nada. Los que hemos nacido pobres y así vamos pasando los días, nunca podremos hacer nada para remediar nuestras tristezas y penas.
Y una mujer muy pobre que vivía sola en una cueva, siempre decía a unos y a otros:
- De todos modos, si creemos en Dios y nos comportamos bien unos con los otros, pienso que en algún momento, Dios puede premiarnos con algo muy especial.
- ¿Y qué día será ese y con qué nos va a premiar?
- No lo sé pero sí tengo la certeza de que eso así va a suceder.
Los vecinos, muchos, casi todos los de las cuevas y los que cultivaban y vivían por donde los huertecillos y más abajo, no se atrevían a contradecir a la mujer ni tampoco esperaban del cielo grandes milagros. Seguían comentando:
- ¿Cuándo se ha visto por aquí un milagro que salve o ayude a los más pobres como nosotros?
- Los que tienen el poder y el dinero, los reyes de los palacios de la Alhambra y otros como ellos, lo único que hacen es robarnos lo poco que tenemos.

Pero una noche de invierno, muy fría, lluviosa y con luna llena, en la ladera de las cuevas, ocurrió algo asombroso. Sería media noche cuando algunos vecinos vieron bajar por la ladera a un joven todo vestido de blanco, entró en la cueva de la mujer solitaria, la cogió de la mano y por las veredas que descendían hacia el río, se la fue llevando. Y vieron que la mujer, resplandecía con una luz muy hermosa y los caminos que pisaba, parecían transformarse en blanco y blando algodón. Todos los caminillos se tapizaron con esta hermosa alfombra y nadie sabía explicar qué era ni por qué sucedía. Al amanecer al día siguiente, fueron a la cueva de la mujer solitaria y no la encontraron. Nunca más supieron de ella y sí casi todos, desde aquel día comentaban:
- Ella creía en Dios y esperaba en el cielo. Lo que aquella noche de frío y lluvia ocurrió, fue que un ángel vino por aquí y se la llevó al paraíso que tanto había soñado.

Y los más escépticos, seguían diciendo:
- Que los milagros no ocurren ni Dios ayuda nunca los pobres. Mirad como todos los caminos de estas laderas, siguen llenos de barro y agua y nosotros más muertos de frío y hambre cada día.
- Pero entonces ¿quién se la llevó vestida de una luz tan hermosa y con todas estas sendas tapizadas de alfombra de algodón inmaculado?
- Eso no lo sabemos porque es un misterio.
- Pero como ha sucedido, es cierto y por eso pertenece a lo que ella creía, a la eternidad que se acuna tras las playas del tiempo.

Yo no sé vosotros pero yo, hoy en día y cada vez que recorro los caminillos que van de una cueva a otra en la ladera de San Miguel Alto, pienso en esto. Y en algunas ocasiones hasta he llegado a imaginar que estos caminillos, son algo más que tierra y barro. Como si se escaparan del suelo y, de una forma misteriosa, conectaran con un desconocido reino, no se sabe en qué lugar del Universo pero sí muy hermoso y eterno.

11 de abril 2021 -395

400- ESCRITOR DESCONOCIDO

Los dos niños, convencieron a la maestra para que cogiera el libro y lo leyera. Y al día siguiente, nada más llegar a clase, le preguntaron:

- ¿Le ha gustado a usted el libro que le dimos ayer?
- Tanto que hoy vamos a comentarlo. Es un libro hermoso y muy, pero que muy interesante.
- Pues nosotros conocemos al hombre que lo ha escrito.
- ¿Es de este barrio o vive por aquí?
- Ni una cosa ni la otra pero sí que es un hombre bueno y ahora se está muriendo de viejo.

Pidió la maestra a los niños que se leyeran el primer capítulo del libro.

- Y mañana, me traéis un trabajo, bonito y claro, de este libro.
- ¿Qué clase de trabajo, maestra?
- Lo que a vosotros os guste o encontréis más interesante en el capítulo del libro que tenemos entre manos.

Poco después, todos los niños se fueron a sus casas y al día siguiente, en cuanto llegaron, dijeron a la maestra:

- El libro que usted nos ha recomendado, el lo más hermoso que nunca hemos leído.
- ¿Y habéis hecho el trabajo?

Rápidos todos los niños pusieron sobre la mesa de la maestra lo que habían escrito y ésta, se puso a leer al azar y por encima. Después de unos minutos, alzó su cabeza, miró a los niños y les dijo:

- Esto ha salido muy bien. ¿Cómo lo habéis conseguido?
- Solo hemos sido sinceros con lo que en el libro hay escrito.

Y los dos niños levantaron la mano. Los miró la maestra y les preguntó:

- ¿Qué tenéis que decir?
- Solo preguntarle si usted conoce más libros de este autor.
- Vosotros me dijisteis ayer que sois amigos del autor. Yo ni siquiera sabía que tenía este libro escrito.

Se miraron los niños entre sí y sin pronunciar palabras, estuvieron de acuerdo en lo que pensaban. Por eso, nada más terminar la clase, salieron y rápidos recorrieron la estrecha y larga calle hacia el río Darro. Al llegar al Puente del Aljibillo, se lo encontraron aquí sentado. Miraba, mudo y quieto, las aguas del río y la figura de la Alhambra sobre la colina y miraba a las personas que por delante del puente pasaban. Lo saludaron los niños y sin más rodeos le dijeron:

- Venimos a darte una muy buena noticia.
- ¿De qué se trata?
- En la clase, todos hemos leído tu libro y de él, hemos realizado un trabajo. Y todos coincidimos que no hay libro más bello en el mundo que éste tuyo.

Mudo y pensativo miró el hombre a los niños y pasado unos segundos les preguntó:

- ¿De qué libro mío estáis hablando?
- De este que tenemos aquí.

Y le mostraron el libro diciéndole:

- Así que anímate porque por fin eres famoso y la historia te recordará como al escritor que más bellas cosas escribió de la Alhambra, del río Darro, del Albaicín y de Serra Nevada.

Y aun más pensativo y mudo, el hombre siguió mirando a los niños. Pasado un buen rato habló de nuevo y les preguntó:

- ¿Y si os dijera que el libro que me estáis mostrando no está escrito por mí?

Muy sorprendidos los dos niños se miraron entre sí, miraron para la Alhambra y también después de un rato, dijeron:

- Sabemos que lo que dices no es cierto y también sabemos que tienes escritos más libros. Queremos que nos los prestes para leerlos y hablar a todo el mundo de ti y de tus libros. Y hacemos esto porque estamos convencidos de que lo mereces. Eres bueno y sabio y escribes cosas hermosas para los demás.

Se levantó el hombre de donde estaba sentado, caminó dirección a la Cuesta del Rey Chico, miró para el camino que lleva a la Fuente del Avellano y al darle el sol en la cara, en sus mejillas brillaron dos lágrimas. Le siguieron los niños, se le pusieron delante y como suplicando le dijeron:
- ¡Por favor, no te vayas sin darnos algunos de tus libros! Se lo hemos prometido a la maestra y ella está muy interesada porque dice que tus escritos enseñan cosas muy bellas.
Y les dijo el hombre:
- Escribí mis libros a lo largo de mi vida y mi única pretensión siempre fue explicarme a mí mismo mis sueños y lo que me rodea. Sé que de nada me sirve la fama ni en esta vida ni en el cielo que espero. La única ganancia que deseo con todo esto es elevarme cada día un poquito más hacia las estrellas que decoran el firmamento.

Sin saber qué hacer ni qué decir los dos niños miraban al hombre y siguiendo los impulsos de sus corazones, otra vez argumentaron:
- Pero si en tus libros hay cosas hermosas y buenas que pueden servirnos para hacernos mejores ¿por qué no deseas compartirlos?
- Decidle a la maestra que en la vida, cada persona ha de encontrar y realizar su sueño por sí misma. La búsqueda de este sueño y la lucha por conseguirlo, es lo verdaderamente bello.
Señaló el hombre en la dirección del Camino de la Fuente del Avellano y tragando saliva, pronunció estas palabras:
- Vosotros, volved otro día, cuando tengáis tiempo y queráis. Al final de este camino, hubo en otros tiempos una fresca fuente muy hermosa y, un poco más arriba, había unas cuevas escavadas en la ladera. Desde allí se ve todo el río Darro, el barrio del Albaicín y la colina de la Alhambra. En una de estas cuevas que os digo, vivió durante muchos años una joven extranjera. De ella y de estos lugares, quisiera contaros una historia que quizá os guste mucho y sirva para entender lo que os estoy diciendo. Volved otro día.

12 de abril 2021 -396

APRENDIENDO A VOLAR

Bajo por la cañada dirección a la acequia que, por la mitad de la ladera, discurre paralela al río, allá en todo lo hondo. Despacio avanzo pisando la tierra sintiendo que la conozco y por eso sé que me pertenece. Me voy encontrando con los arboles que también conozco: cerezos, perales, ciruelos, granados… es primavera y por eso todos estos árboles una vez más muestran sus tiernos y nuevos brotes. Las hojas se ven muy verdes y limpias porque también están brotando en estos días. Bajo estos árboles, la hierba crece fresca, alta y muy verde. es como si por primera vez la vida comenzará en este pequeño rincón del universo. Cantan algunos pájaros y veo mariposas de colores revoloteando por todo este delicado vergel, parte de mi sueño y lo mejor de mi alma.

Oigo murmullo de personas y al mirar las veo. Un grupo de 6 ó 7, jóvenes ellos y ellas, se concentra y están sentados en la alfombra verde bajo uno de los árboles. Los esquivo un poco viniéndome para el lado de la izquierda en busca directamente de la acequia. Por la acequia corre un buen caudal de agua limpia azul verde. Al llegar, camino por el borde de estas aguas dirección a levante durante un trecho no muy grande. Miró al frente y, por mi lado izquierdo, veo la alta montaña como saludándome. Sé que por aquí va a llegar el amigo con el que voy a encontrarme. Me desvío de la acequia por el lado derecho y sigo

descendiendo hacia el río. Veo al grupo de personas que, se levanta de donde están sentados, caminan buscando la acequia por el lado de arriba de donde yo estoy y, al llegar al canal, avanzan también como hacia el levante. Prescindo de ellos.

Sigo descendiendo por la ladera y al llegar al cauce del río, busco la pequeña cascada que, por entre piedras, se desliza como hacia algún lugar desconocido. En una de estas piedras muy cerca de las agua, me siento frente a la montaña al levante. Me concentro en mí y en lo que me rodea y elevó mi pensamiento al creador del pequeño paraíso donde ahora mismo estoy, de mi vida, de mis sueños y la eternidad que desconozco pero presiento muy clavada en mí, desde siempre, desde mi nacimiento.

Siento como un susurró de viento y miro para el lado del levante que es por donde la alta montaña me saluda. Y por la misma cumbre de esta elevada creación, lo veo aparecer. En un hermoso cuerpo, joven, sin vestidos que lo cubra, sin alas pero sí tumbado en el viento y como leve pluma dueño del aire. Avanza suavemente y veo que viene a mi encuentro. No me asusto ni tampoco tengo ningún miedo. En mi corazón siento como si lo conocieron desde lo más hondo de la eternidad. Como si fuera el mejor de los amigos. Sobre las aguas azules verdes de la corriente del río, se para, me saluda y me dice:
- Vengo a tu encuentro porque sé que quieres aprender a volar.
Le digo:
- Desde que tengo uso de razón, he soñado en volar y ahora que ya soy viejo y me siento tan cansado, con más fuerza aun deseo volar para irme al lugar que a todas horas sueño.
- Yo tengo poder y sé cómo enseñarte a surcar el aire y viajar al lugar que quieras con la libertad más grande y la suavidad de una pluma.

Me da su mano, mira hacia la montaña que nos supera y me aclara:
- Primero vamos a elevarnos hasta lo más alto de este cerro que tenemos enfrente. Desde allí, valoremos a la pequeña cumbre que ves a tu izquierda y desde esa atalaya, nos elevaremos a la misma alta cumbre que, al frente, te fascina.
Le pregunto:
- ¿Qué hay al otro lado de esa cumbre?
- El paraíso que tanto anhelas y donde vas a recibir el abrazo del gran Dios que a lo largo de tu vida, a cada instante has presentido.
-¿Y ellos, los que van por la acequia?
- Tengo un mensaje bueno que transmitirles. Lo haré en su momento. Tú ahora, dame la mano y, como si durmiera en el mismo viento, vamos a lanzarnos a aire para volar al encuentro del cielo que anhelas.

13 de abril 2021 -397

104- EL ABUELO Y LOS NIETOS

Llegaron a la orilla del río un poco antes de que el sol se pusiera. Y nada más pisar la pequeña llanura tapizada de hierba, al borde mismo de las aguas y frente a las cumbres de Sierra Nevada, el abuelo dijo a los tres nietos:
- Dejemos aquí mismo las mochilas, descansemos un rato y pongámonos a montar las tiendas.
Y la pequeña de los tres, la nieta princesa que era como la llamaba el abuelo, preguntó:
- ¿Es este el sitio mágico del que tanto tú nos has hablado?
- Este es el lugar que quiero enseñaros.

Y mientras descansaban un poco, antes de ponerse a montar las tiendas, el abuelo les explicó despacio:

- Ya estáis viendo: aquí junto a nosotros, corre el río de las aguas más limpias del mundo, allá en lo alto, brillas las nieves de Sierra Nevada, río abajo, se encadenan los charcos, las cascadas y las riveras tupidas de árboles, al fondo, se extiende la ciudad y Vega de Granada por donde ahora se oculta el sol y a nuestra derecha, sobre la colina, mirad que hermosa se alza la Alhambra, con el Albaicín de fondo y la luz del sol que la tarde le regala.
Y otra vez la pequeña nieta le preguntó:
- Abuelo, y la cascada gigante, de espumas blancas y charcos azules que nos has dicho ¿dónde se encuentra?
- A solo unos metros río arriba.
- ¿Vamos a ir a verla?
- Mañana por la mañana, en cuanto nos levantemos, vamos a ir a explorarla.
- ¿Y también exploraremos las galerías de agua y la misteriosa cueva que lleva a los palacios de la Alhambra?
- Os las enseñaré para que veáis las maravillas que por aquí ha fraguado la naturaleza.

Se pusieron a montar las tiendas, sobre el tapiz de hierba junto a las aguas. Una pequeña para la princesa nieta y otra, algo más grande para los dos nietos mayores y para el abuelo. Y mienta la montaban no dejaban de mirar a la Alhambra, besada por los últimos rayos de sol de la tarde. Y al llegar la noche, cerca de las aguas del río y cerca de las tiendas, encendieron un fugo y alrededor de las llamas se sentaron. El abuelo les dijo:
- Contemplar las estrellas desde un sitio como este, con el rumor de las aguas del río de fondo, es lo mejor que las personas podamos hacer en la vida. Porque aprender los misterios y belleza de la naturaleza, amarla, respetarla y vivir entre ella, es el camino correcto para descubrir y gozar de todo lo bueno que hay en el Universo.

14 de abril 2021 -398

EL HOMBRE Y LA LLUVIA

A veces, los que escribimos cosas: cuentos, relatos, poemas…deseamos, necesitamos ser muy claros y concisos. Porque, en muchos momentos de la vida, vemos cuadros, escenas, paisajes, que por su belleza y fuerza impresionan tanto, que ansiamos transmitirlo tal como hasta nosotros llegan. Con la misma claridad, resplandor, color, forma y olor, que antes nuestros ojos se manifiestan para que lo entiendan bien las personas que lo lean. Al menos a mí, en muchas ocasiones, me sucede esto.

Y una de estas ocasiones la viví ayer mismo por la tarde. En el rincón de las tierras llanas al comienzo del río. Aquí es donde tiene él su propio huerto. Un trocico de terreno, muy cerca del riachuelo y que labra y siempre con el mayor esmero. Y en esta tierra siembra de todo un poco: tomates, pimientos, habichuelas, garbanzos, habas, maíz… También tiene aquí sembrados algunos árboles frutales y muchas plantas que solo dan flores: rosales, lirios, enredaderas… Y todo esto lo hace solo por el gusto de ver crecer las plantas y para gozar y disfrutar de sus frutos y flores. Por eso es, según he visto con mis propios ojos, el más feliz y libre de todos.

Y ayer por la tarde lo pude comprobar. Su gozo llegó a tal extremo que parecía morirse de tan honda dicha. Se nubló mucho el cielo y, al caer la tarde, comenzó a llover con fuerza. Lo vi acercase a su huerto, se sentó en una piedra y se puso a mirar la lluvia caer sobre las hojas de las plantas. Con tanto interés miraba que parecía beberse la propia lluvia que ante él se derramaba y ahogarse en no sé qué océano de felicidad. Por eso, ahogándome yo también en mi propia curiosidad, me acerqué y le pregunté:
- ¿Qué es lo que tanto te emociona?

Y me respondió:
- La clara lluvia cayendo sobre las hojas de las plantas de mi huerto. ¿No ves tú qué espectáculo tan hondo, natural y bello?
Y miré y miré y, lo que más deseé en ese mismo momento, es lo que ya he dicho antes: haber tenido en mí la facultad de recoger, escribir y transmitir el acontecimiento con la misma sencillez, claridad, hondura y fuerza que él la estaba viviendo.

15 de abril 2021 -399

POR MENOS DE UN CÉNTIMO

Para ti que llegaste desde la lejanía y el silencio
y, de pronto, me regalaste una sonrisa
por menos de un céntimo,
para ti que me has dado
tantos bellos momentos
con solo tus sencillas palabras
llenas de besos,
para ti que en la distancia
me regalas tu tiempo
y sigues sin pedir nada,
ofreciendo universos,
para ti hermosa criatura
que eres un cielo
y un ángel azul
sin descanso ofreciendo
y regalando luz
y paz y consuelo
y animando al corazón
en todo momento,
para ti, amiga del alma,
en la mañana del año nuevo,
te doy las gracias
y te mando un beso.
Gracias por todo
y por tantos sueños
y por tantas cosas bonita
que nombrar no puedo
y por tantas estrellas brillantes
que has puesto en el cielo
todas llenas de sinceridad
y de limpio incienso,
para ti, aroma sincera,
te mando un beso
y te doy las gracias
en la mañana del año nuevo.
No serás el mundo
pero eres un mundo tan bello
y creas tantos mundos hermosos
desde tu silencio

que, además de ángel y hada,
en ti todo es cielo.
Por eso una vez más,
gracias ángel bueno
y que el año que comienza
muchos te digan: "Te quiero",
porque eres belleza real,
luz y universo.
GRACIAS SUEÑO DEL ALMA POR TANTO,
un beso.

16 de abril 2021 -400
643- YO RECUERDO AQUEL momento
como al más bello vivido
justo donde nace el viento
y se hace cuna y nido
mi corazón con el cielo,
el verde de los pinos
y el canto de los trigueros
al ser por mí sorprendidos.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

Iba siguiendo la senda
que remonta al infinito
y al coronar el collado
me cegó con su luz y brillo
la pradera extendida
donde nace el dulce río,
mana la fuente sonora,
la hierba se hace caminos
y tiene el pastor la choza
que le presta el abrigo
al consuelo de la sombra
o la soledad redonda
del rincón en sí recogido.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

Yo recuerdo aquel momento
y recuerdo el hechizo
de la amplitud de la pradera
vistiendo el limpio vestido
de la libertad que sueño
y el deseo que escondido
llevo en mi pecho ardiendo

desde que ando y respiro.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

17 de abril 2021 -401

642- POR CAMINO DE TIERRA
que, pegado al arroyo, sube
subiendo vengo
y como hasta hace un rato
ha estado lloviendo,
por el camino corre el agua
y gris y espeso
se amontona el barro
en su silencio.

Por el camino de las zarzas,
aun retumban los ecos
de aquellos que cada tarde
bajaban de los cerros
de plantar pinos
en las tierras de los huertos.
"A todo se acostumbra uno
y cuando pasa el tiempo,
muchas cosas se olvidan
y hasta el corazón va muriendo".

Llego a lo alto
y ahí me los encuentro
sentados en el cerro
y, entre ellos, repartiéndose
las cuatro cosas que fueron mías
y ahora ya no tienen dueño,
dicen ellos y añaden:
"Aunque son pertenencias sin valor
sirven como recuerdo".

18 de abril 2021 -402

641- EL BONITO CORTIJO
asentado en la roca
de la curva del río,
sigue aun en su espera
rodeado de olivos,
a la sombra gruesa
del viejo pino
y besado sin parar
por el viento fresquito
que asciende desde el valle
de los álamos erguidos.

Ayer por la mañana,

siguiendo el camino,
me acerqué por el rincón
para mí, tan querido,
y al ver las higueras
y en ellas los higos,
las parras con sus uvas,
las nogueras en su sitio,
las chumberas en la roca,
la fuente del hililllo
y en lo hondo la curva
del grandioso río,
me dije llorando:
“Dios mío
¿por qué no me dejas
que me escape y, escondido
en este rincón,
me quede ya tranquilo
hasta que la muerte venga
y me lleva contigo?”.

19 de abril 2021 -443
640- ESTABA SENTADO
frente a la amada sierra
y meditaba
la conveniencia
de irme al rincón
final de la tierra
y dejar aquí para siempre
mis dulces praderas,
cuando el viento fino
en forma de esencia,
plantó su beso
en mi cara vieja.

Estaba desconcertado
y querían que me fuera
al rincón perdido
que no tiene hierba,
cuando llegaste Tú
con tu mano tierna
de viento perfumado
y en la piel reseca
de mi rostro arrugado,
dejaste la sincera
miel del gozo y cariño
y tuve conciencia
que Tú, Dios mío,
me quieres y respetas.

Pones en mí el cariño
por la dulce tierra
y me regalas los prados

preñados de esencia.

20 de abril 2021 -404
EL ARROYO QUE SE HUNDE
¡Estos chiquillos,
corriente y gritando al campo!
Pasa la senda justo por ahí mismo, por el trozo de arroyo donde primero se remansa un poco y luego se despeña por la cascada de las rocas grandes. Por ahí mismo pasa la senda que baja desde la ladera del cortijo. Pero antes del arroyo, en la mitad de la ladera, se encuentra la roca grande y rozándola por abajo, pasa la senda. No hay más de treinta metros desde esta roca hasta el arroyo y esta distancia la senda la recorre cayendo en picado.

El niño serrano casi todos los días bajaba por la senda. Rozaba la roca grande, se pegaba a la corriente y como unida a la corriente la senda sigue bajando, aprovechando el surco del arroyo hasta cerca del pueblo, mientras iba por su camino se dejaba acompañar por el rumor del agua hasta que al final la despedía para irse al pueblo. Pero cuando aquella mañana el niño serrano bajó por su senda, descubrió que por la ladera no había monte. Desde el arroyo, la roca y senda arriba, no crecía ni una sola mata de monte. Bueno, algo sí había pero poca cosa y, además, lleno de tizne. Todos los troncos de las casi centenarios madroñeras, estaban achicharradas. Llenas de tizne y sin una sola hoja verde.

Pero el niño aquel día siguió bajando y cuando llegó al arroyo, jugando con el agua se encontró con el grupo de niños de la ciudad.
- ¿Qué hacéis aquí?
Les preguntó.
- Hemos organizado un juego con esta agua. Ya ves que hemos hecho un pozo en la tierra de este lado para meter ahí los peces que cojamos en la corriente.
El niño serrano miró hacia el lado donde los otros niños habían construido su pozo y exclamó:
- ¡Pero si se ha hundido!
- ¿Qué es lo que se ha hundido?
- El arroyo ¿no lo veis?
- Nosotros sólo vemos agua y tierra.
- Pero es que ahí, donde tenéis trazado vuestro pozo la torrentera se ha hundido. ¿No veis que es media ladera que por pocas se lleva para delante la misma senda?
- Ya te hemos dicho que nosotros no vemos nada.

Los niños de la ciudad no podían ver nada porque aunque lo veían todo, el rincón entero era nuevo para ellos. No tenían referencias de lo que aquello había sido antes y por eso tampoco podían comparar con el momento presente.
- ¿Y cómo habéis llegado hasta este lugar?
Les preguntó el niño serrano.
- Tienes preguntas de cordobés, que preguntas lo que ves. Nos han traído nuestros padres con sus coches ¿no los ves en la curva del arroyo?
Y era verdad: en la curva del cauce estaban los coches y esto aún le sorprendió más. ¿Cómo habían llegado los coches hasta ese punto si por el arroyo sólo existía una senda estrecha?
- Pues cómo van a llegar, por la pista ¿es que no la ves?

Miró de nuevo el niño serrano y ahora sí veía la pista por primera vez en su vida. El día antes no estaba y ahora ya sí estaba.

- ¿Y cómo es posible?
- ¡Tú eres tonto, chaval!
- Es que lo digo porque me extraña mucho. Ayer yo pasé por aquí y toda esta ladera estaba llena de un gran bosque de madroñeras, encinas y robles. Hoy no veo nada más que tierra seca, ramas quemadas y trozos llenos de tizne y cenizas. Por la torrentera donde ahora vosotros jugáis ayer pasaba la senda rozando el agua y hoy por ahí se ha hundido medio cerro y la tierra se la lleva el agua. Ayer la senda bajaba rozando el cauce pegadita a las aguas, estrecha y débil pero bella y suficiente para ir por ella. Ahora veo una pista flamante por donde pueden correr los coches y hasta el cauce del arroyo esta fuera de su sitio. Por esto decía lo que antes he dicho.
- Bueno pero nada de eso es importante si lo comparas con lo que dice mi padre, está ocurriendo en el mundo entero.
- ¿Y qué es lo que ocurre?

- Pues que se están derritiendo los polos. El hielo que allí existe se está rompiendo en grandes bloques y dice mi padre que es porque está subiendo la temperatura en la Tierra. También dice mi padre que si esos bloques se derriten puede subir el nivel del mar o la tierra da un vuelco. Y si la tierra se vuelca ¿te imaginas lo que puede pasar?
- ¿Qué puede pasar?
- Que lo que ahora es tierra se queda bajo el mar y lo que ahora es fondo del mar se convierte en tierra ¿Verdad que será alucinante?

Aquella mañana el niño serrano se fue y dejó allí a los niños de la ciudad en su juego con el agua y los peces del río. Se subió por la senda y en la roca grande de en medio de la ladera, se sentó. Se quedó allí quieto mirando el paisaje a ver si podía entender las cosas. Su mente estaba hecha un lío y como sí se daba cuenta que el paisaje ya no era el mismo, de pronto se sintió triste.

21 de abril 2021 -405

LA GRAN CUEVA

La llanura es sencilla, extendida un poco y como durmiendo, al abrigo de la solana. Frente a ella queda el recodo de la ladera, el arroyuelo de los lentiscos y el cerro redondo de las piedras blancas. La llanura es como si hubiera nacido de la tierra que se derraman de la solana larga, justo ahí, donde crecen las encinas negras y el arroyuelo que descienden la corta por el final. Algo más abajo se abre la cascada, se extienden los charcos azules y se espesa el monte del barranco.

Por la llanura, siendo todavía pequeño y cuando luego fui mayor, muchas tardes he jugado a revolcarme por la hierba verde, a buscar grillos escondidos entre los cardos y a pisar chorrillos de aguas claras cuando se iban las tormentas o las lluvias del invierno. Así que la llanura la tengo bien pisada y hasta creo que la conozco mejor que nadie. La quiero un poco y desde luego que la tengo guardada entre los recuerdos que no desecharé nunca. Esos que me llevaré conmigo el día de mi muerte con la esperanza de encontrármelos resplandecientes, en la dimensión eterna que en mi fe recreo.

De la cueva grande que la llanura esconde, siempre había oído hablar pero nunca la descubrí. En el centro estaba el pozo y al otro lado, por la dirección en que el sol se levanta, sobre el cerrillo se alzaban los cortijos.
- Pues ahí está la cueva.
Me decían ellos.
- Pero cómo en una tierra que no es nada más que llanura, ¿puede haber una cueva y tan grande como dices?

Les preguntaba yo. Sólo tres más sabían de aquella cueva y ellos, por fin un día, me la enseñaron. Bajamos desde la parte alta cogiendo la llanura justo donde nace y al llegar a las matas de carrasca, donde las tres encinas se curvan para el surco de la cañada, nos metimos por el agujero.

- Esta es la puerta. Pequeña como ves, estrecha y casi nada pero no tengas prisa.
Entendí que lo que mi amigo quería decir es que me preparara y aunque un poco sí ya lo estaba, lo que vi me llenó de asombro. Nada más atravesar los tres primeros metros, se abrió la cueva. Una nave grande, casi como la misma llanura, hundida hacia el centro de la tierra y larga hasta el final del arroyo.
- ¿Lo estás viendo?
- Asombrado estoy y me lo creo porque lo veo pero dime ¿Quién ha hecho una cueva como esta?
- Este palacio, que no cueva, está aquí de siempre y permanecerá hasta el final de los tiempos. Escondida a los ojos de todos los humanos y en silencio bajo la tierra. Su dueño es sólo Dios y aunque la hizo tan bonita y con detalles tan exquisitos, es como su secreto particular. Tú tampoco lo digas nunca. Mírala despacio, apréndetela bien y goza con lo que es tan bello pero no lo digas nunca. La tierra de estas montañas por dentro está toda hueca, y son como tesoros escondidos que el mismo tiempo, el silencio y las lluvias, ocultan a nuestros ojos.

Por la llanura, después de aquel día, he pasado y paso muchas veces. Hoy ya sé dónde la cueva tiene su puerta y sé también cómo es de grande y bella pero a nadie se lo digo. Ni quiero que la llanura se rompan ni tampoco ese palacio de tierra y piedras que las entrañas del suelo, esconde. No es cualquier cosa esta cueva y por eso pienso, que es mejor dejarla así. Que sea sólo sueño y una fantasía que se hace vida por las sendas del espíritu porque en la materia no cabe. Creo que la cueva de la llanura pertenece a esta categoría y por eso se esconde tanto a pesar de ser tan grande.

22 de abril 2021 -406

DESDE DONDE SE VEN
ALGUNAS ALDEAS

Estoy solo, sentando en la cumbre, bebiendo tu recuerdo en un abrazo caliente y la distancia. Con el sol blanco sobre los montes, el murmullo del viento, la brisa del valle, los pajarillos y la mañana. Estoy solo.

Voy a pararme un rato bajo la sombra de estos pinos porque el sol ya calienta y porque, además, quiero descansar al tiempo que me gozo en la panorámica que abarco con mis ojos. Soñaba yo anoche que estaba por estas sierras. Desde lo alto del cerrillo que linda con la llanura y siguiendo la senda que baja por el borde del monte, me acerqué al cortijillo. El que está levantado en la misma cumbre del pequeño cerro y al lado norte, donde termina la cañada y comienza el arroyo, mana la fuente. Es este el palacio donde vive el pastor más viejo del lugar. Es el amigo mío y como en muchas ocasiones me tiene dicho que venga un día por aquí, hoy he venido. Es media mañana cuando llego al rellano que precede a la entrada del cortijo. Ahora mismo está él aquí con su familia y al verme, todos salen al rellano para saludarme.
- En estos momentos me iba para donde tengo los animales.
- Pues me voy contigo y me hablas de ese rincón.

Así es que despedimos a la familia, bajamos un poco el primer collado y en cuanto coronamos la loma de la parte que da al barranco oscuro, nos asomamos a la cañada de las aldeas.

- ¿No las ves allí?
- Sí que las veo; sobre la ladera que desde el levante se derrama hacia el norte, las veo algo perdidas entre las rocas y me llaman la atención muchas cosas y entre ellas, dos.
- Yo, como las estoy viendo de siempre, nunca encuentro nada especial.
- Eso es normal pero fíjate que salta a la vista que sean del mismo color que las rocas. Es más, parecen trozos de rocas desparramados por las laderas.
- Como que cada una de esas paredes están formadas por pequeños trozos de rocas que el viento y la nieve ha dejado rotas por las laderas.
- Y así que llegaron aquellos hombres se pusieron a recoger piedras y poniendo unas sobre otras, con paciencia fueron dando forma, primero a una casa, luego a otra y al final surgió la aldea.
- Eso fue lo que sucedió.

- Pero otra cosa más me sigue llamando la atención y es su soledad, su silencio y quietud ahora mismo sobre esa ladera tan bonita. Como si durmieran un sueño bello mientras esperan algo importante. ¿Desde cuando no vive nadie en ellas?
- Ni lo recuerdo. Sé que un día sus habitantes se fueron dejándolas abandonadas y ya nunca más volvieron por aquí. Yo esto lo sé porque me lo han contando.
- ¿Quieres decir que sólo tú quedaste por el lugar?
- Por lo menos, desde hace mucho tiempo, tanto en estas aldeas como en esos cortijos de la cañada, no vive nadie.
- Dueño absoluto de estos rincones eres tú entonces.

- Si no el dueño al menos sí el único que se mueve por aquí, bregando con los animales y las tierras como en aquellos tiempos.
- ¿Por qué no te fuiste?
- No quería renunciar ni a mi tierra ni a mis raíces. Lo que soy lo soy moviéndome por estos cerros. Identidad llamáis vosotros a eso.
- Clara identidad porque no te has vendido ni a las cosas modernas ni has renunciando a lo que aprendiste y viviste de pequeño. Cosa importante que vale mucho. No todo lo nuevo es bueno rotundamente.

Mientras hemos hablado sin dejar de seguir la senda hemos cruzado por la parte alta de la cañada. Vamos a volcar a la segunda cañada y justo en este punto vuelvo a mirar hacia las aldeas. Me quedo parado y le digo:
- Un momento.
- ¿Qué pasa?
- Quiero ver despacio este cuadro.

Y el cuadro no es otra cosa que la misma aldea. Al verlas ahora una vez más desde aquí se me clavan en el alma de tan bonitas y colgadas en la ladera. Hay tres: la primera que está casi derramada en la misma llanura de la cañada, abajo, donde la cañada comienza a convertirse en arroyo. Es la más grande.
- ¿Cuántas casa tiene?
- Diez o doce si contamos las tinadas para el ganado y el horno para cocer el pan.
La segunda se aplasta justo donde la ladera se funde con la llanura y es también pequeña. Y la tercera y última aunque podría ser la primera si bajamos desde el collado, ya está casi en el lomo del cerro. Donde las rocas son mucho más grandes y la ladera forma como una pequeña meseta. Las tres son bonitas y hasta pienso que conjuntan, que armonizan, que son parte de los paisajes de estas sierras.
- Tanto es así que si un día las quitaran o las dinamitaran como fue con otras, esta ladera dejaría de ser lo que es.

Me dice mi amigo el pastor y de verdad que lo creo. Precisamente en estos momentos lo que más me llama la atención en la armonía silenciosa de las tres aldeas, aplastadas y subiendo por la ladera como si desearan escaparse hacia el infinito. Viéndolas desde donde nosotros hoy y a través de esta luz tan limpia que las pincela, no tienes más remedio que llenarte de asombro.

Seguimos avanzando y en cuento coronamos la otra cañada de nuevo me quedo sin aliento. Qué bonito es este otro rincón. Lo primero que se me cuela por los ojos es el cortijo alargado que se alza en el centro de la vaguada.
- También lo dejaron abandonado. Lo empecé a aprovechar para encerrar el ganado y eso es lo que ahora mismo tengo ahí. Las ovejas paridas con sus corderos, gallinas y otros animales.
- Toda una fortuna que aunque en dinero no sea muy grande, en belleza y riqueza humana, ya me dirás.
- Eso es lo que pienso. Nada en el mundo vale para mí tanto como el rincón y los cuatro seres que ahora mismo tenemos ante nosotros.

23 de abril 2021 -447
EL BARRANCO DE LA NIEBLA Si Tú, Dios mío, esta tarde, me pudieras abrazar, si me pudieras abrazar y llevarme ya contigo, qué dicha para mí.

Como su corazón estaba tan inseguro, como le corría por dentro la incertidumbre y sentía que una parte de él se le iba tras la fantasía de su mente mientras que la otra parte se le agarraba a la realidad de la tierra que pisaba, aquella tarde bajó hasta el barranco.
- Tú quieres convencerme de que es bueno que nos vayamos a otras tierras lejanas a buscar trabajo y ganar dinero pero yo quiero que tú veas una cosa.
- ¿Qué quieres que vea?
- ¡Sígueme!

Avanzaron por la senda y allí donde la falda de la cordillera se recoge y el terreno traza una gran hondonada, se tropezaron con la belleza. El gran bosque de robles que hoy estaban todos verde y llenos de solemnes fantasías de agua. Cuando llegaron al barranco donde la senda se hace algo llana y atraviesa algunos arroyuelos, frente al bosque se pararon. Y se detuvieron por dos razones: porque hasta ese punto era hasta donde querían llegar y porque, además, no era posible pasar de allí sin antes detenerse frente aquel bosque y sentir la muerte de manos de la belleza.

- ¿Te das cuenta?
- Sí, porque la realidad que me entra por los ojos me aplasta rotundamente.
- En algún lugar del mundo ¿has visto algo igual?
- Ni siquiera en sueños.
- ¿Y crees tú que el dinero o cualquier otra realidad material puede darme un mundo como este?
- Creo que no existe nada sobre la tierra que pueda darte una realidad tan gozosa y limpia como la que ahora mismo vemos.

Y es que desde las partes bajas del barranco, unos pequeños vellones de niebla blanca se deslizan suaves ladera arriba. Y como por la ladera no hay nada más que ramas verdes de viejos robles, la niebla se mezcla por entre ellos y parece como si se los estuviera llevando cielo arriba. Tan profundo es el bosque y tan lleno de misterio que ni siquiera se ve la tierra

de las laderas. Sólo ramas verdes que chorrean agua limpia desde las hojas hasta los troncos. Y los troncos están recubiertos por un manto de musgo verde.

- ¿Y cómo es posible que en estas sierras exista algo tan extrañamente hermoso?
- Eso es lo que yo me digo y casi nunca me lo creí pero aquí lo tienes.
- Sencillamente asombroso además del silencio y la soledad del barranco. ¿Cómo se llama este lugar?
- Para mí y sólo para mí lo tengo bautizado con el nombre de El Barranco de la Niebla. Aunque alguna vez le cambio el nombre y le digo El Barranco de los Robles. Tanto un nombre como otro me sirve para entenderme conmigo y con estas sierras. Además, lo tengo bautizado también con un tercer nombre que ese no se lo digo a nadie. Lo guardo en lo hondo de mi alma porque es mi secreto para con él y el Creador de maravilla tan grande.
- Yo podría traer a mucha gente para que vea esto. ¿Qué opinas?
- No soy el propietario de nada de lo que aquí estamos viendo.
- ¡Es que es tan hermoso el espectáculo!
- Pues ya lo sabes: existe y aquí lo tienes.

24 de abril 2021 -448

LA CERRADA SOÑADA

Puestos a decir dónde se encuentra la cerrada, ni sería fácil ni tampoco daría más importancia a lo que ella es. Yo la he visto mil veces y nunca me llenó de tanto placer y gozo como aquella tarde-noche. Había estado lloviendo tres días sin parar. Una lluvia mansa pero constante que empapó a fondo la tierra y llenó a tope los cauces. Por eso aquella tarde-noche lo que más destacaba en lo hondo del barranco era precisamente la corriente despeñándose. Potente como el huracán más grande, señorial y bella como el sueño más dulce.

El barranco estaba claro y el bosque verde como si la primavera ya hubiera brotado. Pero desde el barranco, además de la espuma blanca que de la cascada arrancaba, surgía la sinfonía más concentrada. Cristales de agua quebrándose contra las rocas y puñados de borbotones y olas rompiéndose de charco en charco. Todo el barranco estaba lleno de esta sinfonía y precisamente ella era la que detectaba la presencia de la cerrada a mucha distancia. Se oía y casi se veía mucho antes que se llegara al barranco.

Y aquella tarde-noche yo me fui por allí y casi sin querer me acerqué a la cerrada. Mi rincón predilecto entre los rincones bonitos de estas sierras, un poco mi amor secreto y un buen trozo del camino que me conecta con el creador del mundo. Me dejé envolver por la densa sinfonía y me dejé lavar la piel del cuerpo por el vaho fino. Me paré un poco antes de pisar las aguas de la corriente, ahí por donde el cauce tiene su pequeño vado y cuando ya estuve seguro de lo que quería me fui hacia la arena dorada.
Salté por encima del montículo y cuando rodeé la roca me quedé mirando fijo. Frente a mí y ahí en silencio, a pesar del tremendo chapoteo de charcos y corrientes, estaba la asombrosa belleza: la cerrada del barranco repleta por el fondo de corrientes de aguas limpias y arropada, desde todas las cumbres, por mil blancas cortinas de gotitas diminutas. El que me acompañaba me dijo:
- ¿Estás viendo lo que yo?
- Estoy viendo y al mismo tiempo siento lo que mil veces he soñado.
- ¿Y cómo podríamos explicarlo?
- Sólo un artista como el que le da vida y forma podría hacerlo. Pero claro, yo sé lo que tú quieres decir: que lo de la cerrada, su barranco y las cortinas de agua que vuelan por los aires, son tan bonitas que habría que comunicárselo a muchas personas. Porque está claro

que aquellos que como nosotros no tengan la suerte de venir aquí y ver, se pierden mucho ¿verdad?
- Se lo pierden todo, porque es lo que tú acabas de decir: si no lo explicamos claramente, no sabrán nunca lo que la cerrada es.
- No podremos decir otra cosa sino que la cerrada de este barranco y sus cascadas de aguas, es un trozo de sueño hecho materia viva para que sea más que sueño, al mismo tiempo que también es un trozo en un rincón de estas sierras. Materia soñada que sólo transmite gozo y hace de puente entre lo mortal y lo eterno.

25 de abril 2021 -449

310- PEÑA DORADA

El río Darro, también conocido como "El río de la Alhambra", a lo largo de su recorrido tiene varios puntos muy significativos: su nacimiento, a sólo unos kilómetros del pueblo Huétor Santillán y por el lado de arriba, su paso por este pequeño poblado, por entre huertos y casas blancas, el lugar conocido como Jesús del Valle, con la Presa Real de la Alhambra, por donde la Fuente del Avellano, Valparaíso, Puente del Aljibillo y Paseo de los Tristes.

Y en uno de estos característicos tramos del claro y hermosísimo río de la Alhambra, a la derecha y cerca de unas viviendas, había una gran peña. Antes de Jesús del Valle y por debajo del pueblo Huétor Santillán. Dos niños hermanos, él y ella, entre doce y diez años, casi todos los días acudían a jugar a esta peña. Sus padres tenían una casa no lejos de las aguas del río y cuando cogían frutos del huerto, bellotas o castañas por los campos, siempre ellos se venían a la peña y, mientras se comían estos frutos, inventaban historias y construían castillos. De arena y piedras construyeron una vez las murallas y torres de la Alhambra, el cauce del río y las montañas de Sierra Nevada. En la misma peña, en un recoveco que había, algunas veces se refugiaban de las tormentas. También junto a esta piedra, en ocasiones hacían lumbre y en sus brasas, asaban bellotas o setas de los campos.

Y un día de primavera, cuando todavía no hacía mucho calor pero sí ya los campos estaban todos llenos de hierba y flores, estalló una gran tormenta. Se refugiaron ellos en esta ocasión, en su casa y asomados a la ventana, observaban la oscuridad de las nubes y la densa manta de agua que sobre los paisajes se derramaba. Y estaban entusiasmados mirando este espectáculo cuando, al volver sus ojos para la peña de sus juegos, la vieron relucir. Como una gran ascua incandescente aunque no ardía ni la lluvia la apagaba. Dijo ella al hermano:
- Mira qué bonita la roca donde jugamos. ¿Por qué se ve así?
- No lo sé.
- ¿Vamos corriendo y la vemos de cerca?
- Sí, vamos.
Y sin más, salieron de su casa y corrieron por los campos, en medio del intenso aguacero y se dirigieron a la peña que a lo largo de los años había sido su compañera de juegos.

Uno metros antes de llegar, se pararon y se quedaron fijos mirando a la reluciente roca. Y fue justo en este momento cuando, una luz cegadora, iluminó todo el rincón. Crujió enseguida un gran trueno y la lluvia arreció. En estos momentos, la madre que estaba en la casa, se acordó de ellos y al mirar para el lado de la gran piedra, solo vio un chorro de luz y la roca como ardiendo. Llamó al marido y, sin miedo a la lluvia ni al viento ni a los truenos, se fueron corriendo hacia la piedra incandescente. Cuando llegaron, llamaron a los niños y estos, ni contestaron ni aparecieron por ningún lado. Dijo el marido:
- Es como si esta roca se hubiera convertido en oro puro y por eso reluce tanto.
Y preguntó la madre:

- Pero ellos ¿dónde están?

No supo qué responder el marido porque no los vía por ningún lado. Los buscaron y los llamaron durante mucho rato, hasta que llegó la noche y la tormenta desapareció. Siguieron buscándolos al día siguiente, al otro y al otro y no los encontraron. Sí la roca, al salir el sol cada mañana, relucía como ascuas incandescentes y luego también al ponerse el sol. Por el entorno, muchos empezaron a comentar:
- Esa roca, a raíz de aquella tormenta y la desaparición de los niños, se ha convertido en oro puro.
En la Alhambra, un día se supo lo de la roca de oro y algo después, el rey ordenó que se expropiara la Peña Dorada y todo el terreno que había cerca. Pocos días más tarde, pusieron barriles de pólvora en esta piedra y al explosionarlos para llevarse el oro que de la peña saliera, todo se convirtió en polvo. Se inundaron las aguas del río Darro de pequeñas manchas de polvo brillante y al ver el fenómeno, muchos dijeron:
- Es como si el cielo quisiera que el oro de esta peña, no sea para nadie.

Muchos, muchos años después de aquella tormenta y la Peña Dorada, un invierno llovió copiosamente. Por el río Darro bajó una gran crecida y las aguas arrastraron ramas y piedras. Junto al Puente del Aljibillo, en la orilla, apareció una piedra muy grande que al darle el sol de la tarde, brillaba como ascuas incandescentes. Yo la vi durante muchas tardes y por eso me paraba a observarla, con la Alhambra al fondo, sobre la alta colina. Cuando escribo este relato, la piedra que digo, todavía está en el mismo sitio. Pero a nadie llama la atención porque ni conocen esta historia ni ven el brillo que la roca desprende. Creo que solo yo consigo verlo y, en estos momentos, a mi mente acude la imagen de la Peña Dorada y los dos niños aquel día de la tormenta.

26 de abril 2021 -450

402- LA PRIMERA ESCUELA

En qué lugar del Albaicín estuvo, hoy casi nadie lo sabe. A lo largo de mucho tiempo y despacio yo he recorrido cada calle y plaza de este barrio y ni una señal encontré de esta casa. Pero sé que el edificio existió y que, durante bastante tiempo, fue vivienda y también escuela. “La Escuela del Joven”, que era como en aquellos tiempos los vecinos y muchas personas del Albaicín, la llamaba.

Los padres, cuando todavía era pequeño, hicieron un esfuerzo para que el hijo aprendiera a leer y escribir. El viejo sabio del río Darro fue el maestro y, entre otras cosas, le enseñó a ser amable con los demás y a compartir con ellos sabiduría, pan y techo. Por eso el hijo, cuando ya estaba para cumplir los veinte años, dijo un día a su padre:
- Como somos pobres no sueño tener una casa propia para mí pero sí me gustaría poseer un lugar donde enseñar a leer y escribir a los niños pobres de este barrio.
- Pero hijo mío, tú mismo lo estás diciendo: somos tan pobres que la humilde casa que ahora tenemos es gracias a que yo mismo, ayudado por tu madre y tu esfuerzo, la construimos. De adobes de barro y paja y con techo de monte y juncos es nuestra humilde casa.
- Es que podemos convertir, parte de esta pequeña casa nuestra, en la escuela que te estoy diciendo.
- ¿Y cómo piensas tú que podemos hacer eso?
- Si me das permiso y estás de acuerdo con lo que te digo, déjame y ya verás como logro hacer real este sueño.

Le dio permiso el padre y aquel mismo día habló con los jóvenes del barrio y, al caer la tarde, desde el río Darro subieron agua, arena, tierra y piedras y se pusieron a construir los

cimientos. Por el lado de arriba de su humilde casa y pegado a ésta para aprovechar las paredes. Fabricaron muchos adobes de barro y fueron a las montañas y cortaron palos y los acarrearon para usarlos como vigas en el techo. Y sin descanso, trabajaron a lo largo de varias semanas. Para darse ánimo, el joven decía a sus amigos:
- Nada puede ser más importante y beneficioso para nosotros y las personas que vengan después, que saber leer y escribir. El conocimiento de las cosas y de la vida, nos hace libres, nos eleva al cielo y nos convierten en personas nobles.

En solo unos meses, la obra estaba terminada. Y la bonita estancia de adobes de tierra y techada con ramas de árboles y retamas, se veía unida a la humilde casa. Dijo entonces el joven al padre:
- ¿Tú ves como con buena voluntad y empeño, las cosas se consiguen?
- Lo estoy viendo, hijo mío pero a partir de este momento ¿qué harás con todo esto?
- Mañana mismo lo verás.

Aquel mismo día recorrió el joven todo el barrio del Albaicín invitando a todos los niños para que al día siguiente fueran a la escuela. Y al día siguiente, no solo los niños sino también muchas personas mayores, se presentaron junto a la humilde casa y al ver la constricción, en las laderas del Albaicín, frente a la Alhambra y no lejos del río Darro, dijeron:
- Esta es la primera escuela que se pone en marcha en este barrio. Y todo se debe al empeño de este joven competente. ¿Cuánto vas a cobrarnos por enseñar a leer y escribir a nuestros niños?
Y muy diligente el joven dijo a todos los presentes:
- La cultura, ni se compra ni se vende. Enseñaré gratis a leer y escribir a vuestros niños con una única condición.
- ¿Qué condición es esa?
- Que ellos, cuando sean mayores, devuelvan a los demás lo que han recibido de nosotros en las misma condiciones y si es posible, con creces. Solo de este modo haremos un mundo cada día un poco más hermoso y seremos más libres, buenos y fuertes. Personas sabias y honestas y que sepan enamorarse del brillo de las estrellas, es lo que realmente hacen falta y no guerreros ni guerras ni gobernantes opresores.

27 de abril 2021 -451

434- LA MADRE, LA NIÑA

A media mañana, la niña salió de la casa y se fue a la morera. La que crecía en la misma puerta y tenía su tronco grueso y torcido hacia las torres de la Alhambra. Puso sus pies en los agujeros que el paso del tiempo había ido horadando en este tronco y, como otros muchos días, trepó hasta la cruz del árbol. En la gruesa rama que se tumbaba para el río, se sentó y se puso a mirar para la Alhambra. El sol caía limpio, iluminando tanto el barrio del Albaicín como las torres, murallas y jardines de la Alhambra. No hacía frío ninguno. Era ya mediado de mayo y por eso la primavera estaba avanzada.

Dentro de la casa, en la pequeña habitación de la derecha, la madre se acurrucaba en la humilde cama. No dormía pero sí se notaba sin fuerzas, con mucho frío en todo el cuerpo y el corazón como apagado. En su mente no existía ningún pensamiento pero sí en su cuerpo, todo entero era un puro dolor sordo y monótono. Quiso llamar a la hija pero no lo hizo y ni siquiera sabía por qué. La casa, pequeña estancia toda desangelada, fría y por completo abandonada, parecía detenida en el tiempo. Sin más vida que el dolorido cuerpo de la madre y la presencia de la pequeña que ni siquiera sabía qué hacer. Sí en su corazón faltaba el cariño, en su cuerpo el alimento y en sus labios la sonrisa. Pero a sus doce años,

ni sabía qué era lo que a la madre le pasaba ni por qué las cosas de este modo y en su mundo sucedían.

De las últimas casas del barrio en la parte baja del Albaicín y que rozaban el río, llegó la amiga de la madre. También mayor, con apenas fuerzas ni en sus piernas ni brazos pero sí con el deseo de hacer algo por la que se apagaba en silencio. Encontró la puerta de la casa abierta, entró, avanzó hacia la habitación y al acercarse a la cama, saludó a la mujer y le dijo:
- Un poco de sopa caliente te traigo porque algo tienes que comer. ¿Cómo te encuentras hoy?
Y la madre acurrucada en la cama, apenas movió un poco su cuerpo, miró sin ánimo a la mujer y, aunque quiso decir algo, no le salían las palabras. La que había llegado de nuevo comentó:
- Te arropo un poco con esta vieja manta y mientras te preparas para tomarte la sopa que te he traído, voy a intentar arreglar algo tu casa.

Se puso la amiga a ordenar un poco las cuatro cosas que por la estancia se veían esparcidas y desordenadas y de vez en cuando se paraba para respirar y tomar un poco de fuerzas. Miraba por el hueco de la puerta y veía a la pequeña subida en la morera y sentada en la gruesa rama. Varias veces pensó llamarla pero no lo hizo porque pensó que la chiquilla nada podía hacer para mejorar las circunstancias. Se dijo: “Es tana joven y tiene tan poca experiencia de la vida y las personas que lo que más necesita es cariño y apoyo. ¡Si yo pudiera…!

En las ramas de la morera poco a poco se iban concentrando los pájaros. Palomas, mirlos, gorriones, oropéndolas, estorninos… Todos acudían a buscar las moras maduras y también los verdes y tiernos tallos. Mientras permanecía en silencio y mirando para la Alhambra, la pequeña también se entretenía en cada uno de los pájaros que de un lado a otro revoloteaban. Sentía cierta envidia de estas aves y hasta deseaba comerse las moras más gordas y maduras que se veían en las ramas más altas. Se decía: “Pero como no soy pájaro para poder volar ni puedo subir a las copas de esta morera ni tampoco puedo elevarme por encima de aquellas torres y murallas”.

La humilde casa se alzaba no lejos del río Darro, un poco más arriba del puente del Aljibillo. Por eso desde aquí se veía perfectamente la Alhambra, las aguas del río, el azul del cielo y hasta se oían cantar por las noches los ruiseñores.

28 de abril 2021 -452

LA MÁS NOBLE REINA

Del país de las nieves y paisajes anchos, vino a la ciudad de Granada con una beca Erasmus para estudiar español. De estatura pequeña, carácter alegra, sonrisa sincera y de corazón bueno, su modo de comportarse, era amable, con gran educación y limpia sinceridad. Y se le notaba en todo momento, su brillante inteligencia y gran capacidad de trabajo. Era, es bella por fuera y por dentro.

Durante cinco años, estuvo en esta ciudad luchando con los estudios. Por fin un día, le dieron el título de doctora y volvió a su país. Siguió estudiando, le concedieron varias becas y dos años después ya estaba trabajando como traductora en la institución de Naciones Unidas. Se casó, tuvo dos hijos y el tiempo siguió corriendo. Y, a pesar de ello, en la ciudad de Granada, cada día él la recordaba y rezaba al cielo por ella. Envejecía lentamente hasta que un día, le faltaron las fuerzas y enfermó. Continuamente sentía que en cualquier momento podría irse de este suelo.

Y aquella mañana de primavera, muchos, muchos años después del primer encuentro, rezó especialmente por ella. Presentía que su final había llegado. Hacía días que el virus lo había atacado de la forma más virulenta. En su cama, con apenas fuerzas para moverse, cerró los ojos y mientras se dormía, la vio acercarse, como caminando sobre el viento desde un infinito blanco y lejano. Traía a sus niños cogidos de la mano, sonriendo e irradiando serenidad y sincero afecto. Al acercarse, no pronunció palabra, sí sonrió y entonces él notó que del corazón de ella, salía mucha paz y amor, mucho amor. Se dormía él en un sueño dulce, notando que ella, ahora a su lado, era reina, la persona más buena, noble y sincera que había conocido en este mundo.

29 de abril 2021 -453
647- IBA YO BUSCANDO,
como tantos momentos,
el rayo de luz
que salve e ilumine
la vida que tengo,
y al llegar al espacio
del redondo puerto,
la bonita roca,
piel de caramelo
y traje verde oscuro
de pinos añejos,
se me puso delante
recortada en el cielo.

Detuve mis pasos,
miré desde dentro
y me dije callado:
“Roca sobre el cerro
de mi Dios amado,
qué envidia te tengo
con el sol a raudales
por tu cara corriendo
y con el viento a mares
dándote su beso.
Si yo hoy pudiera
en algún agujero
que tú me ofrecieras,
quedarme y morir,
¡qué descaso más bueno
y qué libertad por fin
en este destierro!”.

30 de abril 2021 -454
646- SE DORMÍA LA LUZ
sobre el arroyuelo
al amanecer
de un día pequeño
y se dormía el otoño
quietico y sereno
sobre el pasto oro

teñido de viejo.
Pasé por allí
siguiendo mi sueño,
bebiendo de la brisa
que iba de paseo
y sin querer ni buscarlo,
qué regalo más bueno
me ofreció la mañana
en el limpio arroyuelo
y la quietud acostada
en los pinos añejos
se dormía la luz
sobre el arroyuelo
y al amanecer,
sin querer y queriendo,
pasaba yo por allí
y al darme su beso,
me acordé de mi Dios
y me dije sincero:
"¡Gracias por tu amor
en este certero
regalo primoroso
de luz y arroyuelo
justo cuando menos soy
y menos merezco!"